«El romance universitario de mis sueños».
ELENA ARMAS, autora de *Farsa de amor a la española*





UNLOVED

UN AMOR PARA SUBRAYAR



De la autora de ***Unsteady***

PEYTON CORINNE

Lit
RBA

UNLOVED

PEYTON CORINNE

Traducción de Mariona Gastó

RBA

Índice

Glosario
Playlist
Prólogo. Ro
1. Ro
2. Freddy
3. Ro
4. Freddy
5. Ro
6. Freddy
7. Ro
8. Freddy
9. Ro
10. Freddy
11. Ro
12. Ro
13. Freddy
14. Ro
15. Freddy
16. Ro
17. Freddy
18. Ro
19. Ro
20. Freddy
21. Ro
22. Freddy

23. Ro
24. Freddy
25. Freddy
26. Freddy
27. Ro
28. Freddy
29. Ro
30. Freddy
31. Freddy
32. Ro
33. Freddy
34. Ro
35. Ro
36. Ro
37. Ro
38. Freddy
39. Freddy
40. Ro
41. Freddy
42. Freddy
43. Ro
44. Freddy
45. Ro
46. Freddy
47. Freddy
48. Ro
49. Freddy
50. Ro

51. Freddy
52. Freddy
53. Ro
54. Freddy
55. Ro
56. Ro
57. Freddy
58. Freddy
59. Ro
60. Freddy
61. Ro
Epílogo Freddy
Un Año Después... Ro
Agradecimientos
Notas

Título original inglés: *Unloved*.

© del texto: Peyton Corinne, 2025.
© de la traducción: Mariona Gastó Jiménez, 2026.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2026.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: enero de 2026

REF.: OBEO032
ISBN: 9791370311261

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Para AK.
Por si no eres consciente del impacto que ha tenido
tu inquebrantable y cariñosa amistad a lo largo
de la última década, este libro va para ti.
Nuestra amistad no nació a raíz del dolor,
pero sí la ha hecho crecer.
Creo que la ha hecho inconmensurablemente más fuerte.

Glosario

ACADEMIC BOWL: concurso de preguntas y respuestas de carácter académico donde se enfrentan dos equipos contrincantes (relacionado con el sistema educativo estadounidense; no tiene nada que ver con el hockey).

BREAKAWAY: situación en la que el jugador atacante lleva el *puck* y patina hacia la portería sin la oposición de ningún defensa que se interponga entre él y el portero del equipo contrario.

CROSS-CHECK: tipo de carga ilegal con el *stick*.

FACE-OFF: saque.

FROZEN FOUR: sistema de final a cuatro de hockey en la NCAA.

GUARDAS: nombre que recibe la protección para las piernas del portero.

HAT-TRICK: tres goles marcados por el mismo jugador durante un mismo partido.

MÁSCARA: nombre que recibe el casco del portero.

NCAA: Asociación Nacional de Atletas Colegiados de Estados Unidos (por sus siglas en inglés: *National Collegiate Athletic Association*).

NHL: Liga Nacional de Hockey (sobre hielo) de Estados Unidos (por sus siglas en inglés*: National Hockey League*).

PLAYOFFS: fase eliminatoria.

PUCK: disco o pastilla.

SHUTOUT*:* dejar la portería a cero (evitar que el equipo contrario marquen algún gol).

STICK: palo para jugar al hockey.

SUICIDE DRILLS*:* tipo de ejercicio físico extremo (que busca la intensidad, en el caso del hockey, patinando) utilizado en los entrenamientos de varios deportes.

PLAYLIST

«Jump Rope Gazers», The Beths
«Lollipop», Lil Wayne feat. Static Major
«Casual», Chappell Roan
«mirrorball», Taylor Swift
«Wet Dreams», Wet Leg
«My Honest Face», Inhaler
«LOVE», Kendrick Lamar feat. Zacari
«tolerate it», Taylor Swift
«Pool House», The Backseat Lovers
«don’t worry, you will», lovelytheband
«striptease», carwash
«Motion Sickness», Phoebe Bridgers
«Reflections», MisterWives
«Linger», The Cranberries
«This Side of Paradise», Coyote Theory
«broken», lovelytheband
«There She Goes», The La’s
«Take Care», Beach House
«The Smallest Man Who Ever Lived», Taylor Swift
«complex (demo)», Katie Gregson-MacLeod
«Cool About It», boygenius
«Young Folks», Pete Bjorn and John
«Dreamer (Stripped Down), Mokita, Kaptan
«House Song», Searows
«Chiquitita», ABBA
«Good Looking», Suki Waterhouse
«ceilings», Lizzy McAlpine

«I Can’t Handle Change», Roar
«You Could Start a Cult», Niall Horan
«Dizzy on the Comedown», Turnover
«Scary Love», The Neighbourhood
«Gasoline», The Weeknd
«Hot», Cigarettes After Sex
«The Sunshine», Manchester Orchestra
«As I’m Fading Into You», Blevins
«Daddy Issues», The Neighbourhood
«Falling», Harry Styles
«Smoke Signals», Phoebe Bridgers
«Big Jet Plane», Angus & Julia Stone
«Driver’s Seat», Madds Buckley
«Glue», Nat & Alex Wolff
«We Don’t Have to Take Our Clothes Off», Ella Eyre
«You’re Somebody Else», flora cash
«Liability», Lorde
«Quiet, The Winter Harbor», Mazzy Star
«I’m in Love», Jelani Aryeh
«Fearless (Taylor’s Version)», Taylor Swift
«I Don’t Wanna Wait Til Christmas», Summer Camp
«Kissing in Swimming Pools», Holly Humberstone
«The Very Frist Night (Taylor’s Version)», Taylor Swift
«Touch», Sleeping at Last
«Keep Driving», Harry Styles
«You’re Gonna Go Far», Noah Kahan
«Sure Of», Caamp
«So High School», Taylor Swift
«Jump Rope Gazers», The Beths
«Forever», Noah Kahan

PRÓLOGO

Ro

PRIMERO DE CARRERA

«LA NOCHE DE LA QUE ÉL NO SE ACUERDA»

«Puedo ser quien yo quiera».

Me repito este mismo mantra mentalmente tres veces más antes de abrir los ojos y echarme una última miradita rápida en el espejo del baño de nuestro atiborrado cuarto de la residencia estudiantil.

«Puedo ser quien yo quiera».

Vuelvo a repetírmelo mientras me aliso el apretado top negro de tirantes superfinos y la falda vaquera también negra, y tiro de nuevo de ambas prendas, como si sobrara algo de tela con la que cubrirme el ombligo, que me queda al aire, y las piernas, que tengo más largas que buena parte de las chicas. Siento la apremiante necesidad de cambiarme otra vez, pero...

«Puedo ser quien yo quiera».

Pero me siento sexi. Me siento guapa y poderosa.

Llaman a la puerta.

—¿Estás bien? —pregunta en un tono aburrido desde el otro lado de la fina puerta de madera.

Abro sonriendo, segura, y me coloco unos cuantos mechones de pelo, recién alisado, por detrás del hombro.

—¿Qué te parece? —quiero saber.

Se me pierde la mirada en el *sex appeal* natural que tiene mi nueva compañera de habitación.

Cohibida, bajo la vista por mi modelito, de la misma forma que lo hace ella, porque estoy empezando a pensar que, ya puestos, al lado de Sadie Brown, bien podría tatuarme la palabra «VIRGEN» en la frente.

Es diminuta, pero está musculada. Lleva una prenda de cuero que le envuelve sus tonificadas piernas y ese culo que yo mataría por tener, y la ha combinado con un corsé azul cielo que ilumina su pálido tono de piel. Incluso la forma en que se ha maquillado, con ese impoluto delineado de ojos oscuro y esos labios de color rojo rubí, hace que me sienta como una niñita que le ha robado algo de brillo a su madre para maquillarse los párpados antes de que la pillaran.

—Estás guapísima —me dice.

Vuelve a centrar la vista en el móvil sin mirarme siquiera, absorta en la conversación que tiene con vete tú a saber quién, que se está desarrollando a la velocidad de la luz. Me duele un poco, al igual que ha ocurrido un millón de veces a lo largo del último mes, desde que nos conocimos el día en que nos mudamos aquí. Pero estoy convencida de que conseguiré caerle bien. Será mi amiga.

«Puedo ser quien yo quiera».

—¿Lista?

Vuelvo a sonreír de oreja a oreja, esperanzada, a pesar de que ella no me devuelva el gesto.

—Sí —suspiro—. Lista.



Me abrumo en cuestión de segundos, pero en el mejor de los sentidos. Me siento vibrante, llena de ilusión. Noto que se me suelta el cuerpo como una serpiente encantada por la embriagadora energía que me rodea. La música suena tan alto que noto el ritmo en los tacones y eso me hace temblar con el movimiento mientras camino detrás de Sadie entre la multitud, a ciegas y a trompicones, desesperada por seguirla a pesar de que no me haya cogido de la mano.

No necesito que me dé la mano. No soy una cría.

Alguien se abalanza sobre mí y me da un golpe en el hombro tan fuerte que trastabillo a causa de los tacones, excesivamente altos, y choco con una pared. El tío se disculpa e intenta sonreírme, pero lo aparto de un empujón, agobiada por no perder de vista a mi compañera de habitación.

Frenamos en seco al llegar a la entrada de la sala principal, donde todo el mundo está sentado o bailando de tal forma que me sonrojo con solo verlo.

Siento como un vacío en el estómago, una mezcla de deseo y ansiedad.

—¿Estás bien? —se interesa Sadie, a la vez que un tío gigantesco la roza por detrás y ella le pega un codazo para quitárselo de encima. El tipo suelta un taco a modo de queja.

—Sí —respondo con la impresión de estar gritando un poco—. Mola.

Asiente y vuelve a estudiarme. Noto cierto calor en el cuello y me cohíbo un poco ante su escrutinio.

«Puedo ser quien yo quiera».

Me coloco el pelo detrás del hombro y sonrío con más ganas.

—¿Te apetece tomar algo? —le pregunto.

—Enseguida vuelvo —dice ella al mismo tiempo, y sus palabras y su voz acallan las mías enseguida.

—¿Adónde vas? —le pregunto en un tono indiferente, aunque estoy agarrándole la muñeca con fuerza, como si fuese un bote salvavidas en este mar de personas que me rodea.

Baja la vista hacia donde la estoy sujetando y la suelto.

—Voy a seguir a ese de ahí. —Señala al capitán del equipo de fútbol americano, a quien conozco de haberlo visto en pósteres por el campus. Está en último curso, es alto y está buenísimo, demasiado popular para unas chicas de primero como nosotras.

No obstante, él también está mirando a Sadie como si fuese a devorarla aquí mismo.

—Al baño. Pero no tardo nada. Tú espérame aquí, ¿vale?

Quiero decirle que no, que de «vale» nada. Que, a pesar de que no me lo haya prometido, yo pensaba que no dejar a tu amiga tirada formaba parte del código entre chicas. No conozco a nadie aquí y no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Además, no he probado el alcohol en la vida.

Quería que esta noche fuese distinta. *Yo* quería ser distinta.

Pero, una vez más, vuelvo a quedarme marginada.

—Vale. —Le dedico una amplia sonrisa y me acomodo el pelo detrás de las orejas, aunque ya se me está empezando a encrespar por culpa de la humedad—. Tranqui, te espero aquí.

Sadie se larga antes de que me dé tiempo a terminar la frase y va a por ese tío con tanta facilidad que nadie diría que el chaval le saca treinta centímetros. Casi no tiene ni que decirle nada: él la sigue encantado y desaparecen por un oscuro pasillo.

Me quedo sola, y toda la alegría y la ligereza a las que me aferraba antes se me revuelven en las tripas en una agria mezcla mientras me dejo caer contra la pared.

Paseo la vista por la sala y me encuentro con una panorámica directa de la abarrotada cocina donde alguien ha montado una barra improvisada. Quiero pedir algo de beber, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo.

Quiero soltarme, pero no sé cómo.

Frustrada, suspiro y hago lo que mejor se me da: quedar mirándome a los demás.

Hay un grupo de chicas que parecen bastante majas, pero tardé casi un mes en armarme de valor para pedirle a mi compañera de habitación que hiciéramos algo juntas. Esas chicas, todas las que están ahí juntas, son guapas, llevan unos outfits chulísimos y parece que las haya maquillado un profesional.

Quiero hacerles un cumplido, pero tengo la lengua pegada al paladar.

Las luces están apagadas, pero en las esquinas de la sala hay unos focos que se mueven sin cesar e iluminan a la multitud en sutiles tonos azules y blancos. De hecho, todo parece casi irreal.

En medio de esa marabunta de cuerpos, hay una pareja que me llama la atención de inmediato. Están meciéndose de forma sensual, al son de la música. Parece una escena sacada de una película: él está acariciándole la cintura con las manos y ella se balancea de un

lado a otro, acercándose y separándose de él. El chico le recoge su sedosa melena mientras se agacha para darle unos cuantos besos en el cuello y luego va subiendo hasta la oreja.

Roza lo pornográfico y tengo la sensación de que me arden un poco la cara y el cuello.

Pero me arden en el buen sentido y no quiero que esta sensación se desvanezca. Quiero sentir, explorar por mí misma.

«Puedo ser quien yo quiera».

El chico levanta la cabeza hacia mí y me sonríe, como si me hubiese pillado con las manos en la masa. Aquella sonrisa de medio lado grita «peligro», pero del bueno de verdad.

Le susurra algo a la chica antes de separarse. A ella la envuelven otro par de brazos y continúa bailando, con la misma sensualidad y la misma asombrosa belleza. Pero a mí me ha distraído el chico, que ahora se dirige hacia mí.

Pero de pronto, gira en seco y se dirige hacia otro lado de la sala.

El grupo al que se une es un poco más ruidoso y están todos alrededor de una mesa, unos junto a otros, con chupitos y latas de las grandes y de diferentes colores en la mano.

Serán unos seis o siete tíos y unas cuantas chicas que se les van pegando de vez en cuando. Todos altos y musculosos, de un atractivo casi abrumador. Están jugando a algo y los hay que están medio bailando al ritmo del bajo de «Lollipop», de Lil Wayne, sin apartar la vista del despliegue que tienen delante. Parecen un tanto indiferentes, pero sin dejar de hacerse notar.

Son espectaculares y, por error, me los quedo mirando un segundo más de la cuenta, porque soy incapaz de desviar la atención de ese maldito chico. Y él también me está mirando.

Ahora que le da un poco más la luz, puedo verlo mejor.

Y lo que es más: veo cómo se me acerca.

Pelo rubio dorado, más corto por los lados y un poco alborotado en la parte de arriba, como si el tío supiera cómo peinárselo a la perfección. Al sonreír se le dibujan unas líneas en la cara que hacen que parezca mármol tallado, y el gesto se prolonga hasta sus ojos de color esmeralda, mientras él sonríe con más ahínco e invade mi espacio personal. Estoy casi segura de que puede notar que me late el corazón al ritmo de la música.

—¿Quieres beber algo? —me pregunta gritando, a pesar de que casi no lo oigo por culpa del apabullante ruido que hay en esta zona de la sala.

Debo de tener la cara del color del pintalabios de mi compañera de habitación, ese que parece que lleve permanentemente. Aun así, asiento.

—Genial. Me sobra uno —me dice enseñándome un vaso de plástico pequeño.

En lugar de dármelo, me pasa un brazo por el hombro y se coloca detrás de mí.

El miedo me lleva a sujetarle el brazo por puro instinto y abro los ojos como platos al ver el chupito.

—No sé yo si puedo con esto... —Señalo la bebida, que, a la luz de los focos, desprende un brillo sutil de tonos azules y púrpuras. Levanto la vista hacia él en busca de confirmación o tal vez para quedarme mirando su hermosa cara, a saber.

El chico sonríe socarrón y levanta la mano para lamerse una gota de alcohol que se ha caído del vaso y ahora le baja por la mano. Lo

hace moviendo la lengua despacio y con los ojos llenos de vida, y entonces me doy cuenta de que esto es muy mala idea.

—Tranquila —me dice al oído para que pueda oírlo—. Claro que puedes.

Pongo los ojos en blanco y desplazo los pies para recuperar el equilibrio.

Lo de este chico es demasiado avanzado para mí. Tengo que tratar de conocer a gente de primero en otros ambientes o ir a una de esas fiestas de videojuegos. Con suerte, los tíos que encuentre ahí irán más o menos a mi ritmo.

Tengo que entrenarme. Este tipo va a toda leche en el Circuito de Mónaco; no creo que yo pueda conseguir que eche el freno.

Sin embargo, antes de que pueda retractarme, me sujeta la nuca con la otra mano, me levanta la barbilla y noto la calidez de su palma en el cuello mientras me echa la cabeza hacia atrás para acunármela con el brazo.

Me roza la barbilla con los dedos y me acaricia el cuello con dulzura con la palma de la mano. Sería tan fácil alejarme, decirle que no y escabullirme bajo su brazo (porque tampoco es que me esté agarrando por el hombro con tanta fuerza), pero... No quiero. Quiero esto.

«Puedo ser quien yo quiera».

—Abre —me susurra en lo que viene a ser, más que una orden, una provocación. Sigue centelleándole la mirada.

Es el chico más guapo que he visto en toda mi vida.

«¿Va a besarme así? Dios, quiero notar sus labios. Parecen melocotones».

Intento recomponerme deshaciéndome del rubor que está aflorando a causa de estos pensamientos indecentes, abro la boca y él vierte un líquido ardiente que me baja garganta abajo. Al principio me preocupa que pueda atragantarme o que acabe escupiéndolo porque quema un montón, pero mantengo la vista clavada en él, en el extraño orgullo que le resplandece en la mirada mientras se muerde el labio y sigue derramando la bebida hasta vaciar el vaso por completo.

Por un segundo, cierro los ojos y la boca con fuerza, hasta que me doy cuenta de que me cae un poco de alcohol por la comisura de los labios.

Sin soltarme, acerca mi cara hacia él y, despacio, me lame las gotas de ese líquido ámbar que me cae de la boca. Huelo la embriagante mezcla de su perfume con el olor a alcohol durante un segundo y entonces...

Me besa.

«Ay, Dios». Suelto un gemido bochornosamente alto que la música acalla (cosa que agradezco con todo mi ser) y él me cuela la lengua en la boca.

Me envuelve la cintura con los brazos y me sujeta con firmeza contra su cuerpo.

Casi no me da tiempo ni a pensar. Aunque no podría pensar ni queriendo. Porque que esté experimentando mi primer beso justo después de haberme tomado el primer trago de alcohol de mi vida hace que me sienta un poco atolondrada, que me dé vueltas la cabeza y que se me entumezcan los dedos de las manos.

Trastabillo un poco y él continúa sujetándome por la cintura mientras deja que me apoye delicadamente contra la pared. Ni

siquiera soy consciente de en qué momento hemos cambiado de postura.

—Guau... —susurro. Él me sonríe pletórico y asiente sutilmente con la cabeza en señal de aprobación—. Yo... es...

—¡Freddy! —grita alguien con voz profunda.

El chico arruga la frente como si acabasen de sacarlo de un sueño maravilloso y gira la cabeza por encima del hombro derecho, en dirección a la mesa atiborrada de gente, desde donde nos mira todo el mundo.

—Ya os lo he dicho: es Matty.

Un chaval corpulento y de pelo castaño le cuelga un brazo por los hombros al tipo que me ha dado mi primer beso y le da una sacudida (con lo que consigue sacudirme también un poco a mí, porque el otro sigue agarrándome con firmeza por las caderas).

—Los apodos no los eliges tú, Freddy —le dice el de pelo castaño —. Los decidimos nosotros. Venga, vuelve. Echamos una última partida de *beer pong* y nos largamos. Tenemos entreno por la mañana.

El intruso abandona nuestra burbuja y yo me quedo mirando, boquiabierta, a Freddy-o-tal-vez-Matty.

—A mí me gusta «Freddy».

Las palabras se me escapan de la boca. Las digo de un tirón, con un hilo de voz. Aun así, él me oye y me dedica una amplia sonrisa mientras agacha la cabeza hacia mi cuello para darme un beso y un lengüetazo ahí que casi me hacen gritar. Succiona delicadamente antes de separarse, pero no sin darme un discreto apretón en las caderas y levantarme un poco del suelo primero.

—Y a mí me gustas tú —responde con una sonrisa socarrona y los ojos enrojecidos y centelleantes como si fuesen unas estrellas de color verde mientras vuelve a dejarme en el suelo y se aleja un poco —. ¿Cómo te llamas?

—Vale —digo sin pensar—. Me llamo Ro.

—Vale, Ro.

Me sonríe de nuevo y se separa de mí hasta que el único punto de contacto es su mano y la mía y tira de mí para regresar a la mesa, con el grupo.

Jugamos al *beer pong*, aunque más bien debería decir que Freddy, pacientemente, se pasa el rato enseñándome a jugar a pesar de las quejas de sus amigos. Y entonces, cuando el grupo se dispersa casi por completo, él se queda a mi lado. Apoyamos la cabeza en la del otro y vamos mirando a los fiesteros que pululan por la sala mientras vamos comentando la situación en voz baja.

Le suena el móvil con un tono de llamada fuerte e intrusivo y baja la vista hacia la pantalla.

—Uy, eh... —Se le serena la expresión de repente y se impulsa para separarse de la pared de ladrillos en la que estábamos apoyados. Parece nervioso; asustado, casi—. Tengo que cogerlo. Ahora vuelvo a buscarte, ¿vale? Tú no te muevas.

Tropieza con la mesa y derrama unas cuantas bebidas, pero ni siquiera pestañea. Sale de ahí en busca de un lugar más tranquilo para responder a la llamada.

No me muevo a pesar de que la euforia y la alegría amenazan con obligar a mis extremidades a liberarse y bailar.

No me muevo a pesar de que Sadie regresa con la misma pinta impecable que antes, sin estar despeinada en lo más mínimo. Sin

embargo, el *quarterback* de último curso que la sigue por detrás tiene el pelo enmarañado y respira con pesadez, como si acabase de completar un triatlón para el que no había entrenado.

No me muevo mientras Sadie se toma tres chupitos de Fireball más, cuyo sabor resulta que me encanta a pesar de que la inmediata sensación de mareo que lo acompaña no me gusta tanto.

No me muevo mientras esperamos y seguimos esperando hasta que la fiesta va decayendo.

No me muevo a pesar de que siento cierta aflicción. No hasta que Sadie me convence para que nos marchemos con la expresión más compasiva que le he visto jamás desde que compartimos habitación.

—Estoy un poco avergonzada... —le confieso finalmente mientras regresamos a la resi—. Es que pensaba que... No sé qué pensaba.

Sadie me sonríe mientras yo le paso por el lado y contesta:

—Pensabas que quería estar contigo. No tienes de qué avergonzarte. A mí me pasa constantemente.

Freno en seco. Sadie hace lo mismo y nos giramos para mirarnos la una a la otra.

—¿En serio?

Sadie arruga la frente con la misma cara de pocos amigos de siempre.

—Constantemente —repite—. A ver, encontrar a un tío en una fiesta de universitarios borrachos o en un bar es arriesgado, Ro. O sea... Yo no lo recomiendo.

—Pero tú siempre lo haces. —El alcohol me suelta un poco más la lengua, así que acabo confesándole—: Solo quiero ser normal.

Sadie me coge la mano (es la primera vez que me toca) y me hace andar un poco más hacia ella para poder pasarme un brazo por

la cintura y contestar:

—Si lo que quieres es algo normal, no soy la compañera adecuada. Mi vida es bastante caótica... Pero si te soy sincera, nadie es normal. Ser normal es una tontería, ¿vale? Tú solo sé tú misma.

—No sé quién soy.

—Estamos todos igual. Tú... —Resopla como si estuviese enfadada conmigo, aunque estoy empezando a pensar que Sadie Brown es así y punto—. Tú solo haz lo que te dé la gana y a tomar por culo quien te diga que no puedes hacerlo, ¿estamos? Si quieres salir de fiesta, sal. Si no quieres, no salgas.

Cuando deja de hablar, ya hemos llegado a la residencia. Aún quedan algunas personas desperdigadas fuera, besándose, riendo o devorando algo de comida rápida; al olerla, se me hace la boca agua y tengo que contener las ganas de suplicarle a mi compañera de habitación que vayamos a Taco Bell.

Resulta que no hace falta que lo haga porque de repente veo que Sadie echa a andar alegre hacia un bullicioso grupo de chicos que hay al lado de la fuente que queda en el centro del patio. Va directa hacia el más guapo, cómo no. Sin pizca de inseguridad y sin titubear siquiera.

El chaval, alto y rubio, sonríe nada más verla y la acerca para darle un abrazo, aunque ella lo aparta enseguida de un empujón y le arranca la bolsa de comida de The Chick (que ha cerrado hace muchas horas) de la mano.

—¿Nos vemos pronto? —oigo que le pregunta él mientras Sadie regresa hacia mí.

—Ya veremos —contesta ella por encima del hombro antes de mirarme con una expresión queriendo decir: «Ni de coña».

Espero a que lleguemos a nuestro pequeño cuarto, cómodamente sentadas en nuestras camas individuales la una delante de la otra, y le pregunto cómo lo hace. Cómo va a por lo que quiere sin tapujos, sobre todo con los chicos.

A Sadie le cambia la expresión y frunce todavía más el ceño, más de lo que suele hacerlo normalmente, antes de volver a dejar lo que se estaba comiendo en la bolsa y apartarla a un lado.

—En plan... —me apresuro a justificarme—. Es que pareces tan segura de ti misma... Te acuestas con quien te da la gana.

—No es ningún delito —me suelta—. Disfruto del sexo, igual que todo el mundo.

Me da un vuelco el estómago.

—Ya...

Me salta una alarma en la cabeza, una que va gritándome «¡virgen!» una y otra vez. ¿Podrá oírla?

—¿Estás pidiéndome consejo? —me pregunta sin que su voz haya perdido el mismo tono acalorado—. Porque, en ese caso, solo puedo decirte una cosa: no seas como yo. Ni se te pase por la cabeza querer ser como yo. ¿Vale? Eres guapa y estoy segura de que también eres lista, y créeme: puedes ser quien tú quieras.

—Pero yo creo que tú eres genial.

Las palabras se me escapan sin que pueda contenerlas y me sonrojo, un poco avergonzada. Es como si llevase una señal encima que rezara: «Me muero de ganas de ser tu amiga».

—Pues no lo creas.

Se le rompe un poco la voz y arrugo la frente mientras calculo las posibilidades de que vaya a echarse a llorar. Los brazos me

cosquillean de las ganas de abrazarla fuerte, si es lo que necesita. Como hacen las amigas de verdad.

Aun así, Sadie se endereza, baja de la cama y va hacia la neverita, donde tenemos algo más de comida que seguramente ya esté rancia.

El frágil y efímero compañerismo que hemos compartido esta noche se desvanece en el acto. Sadie apaga la lamparilla y se pone a dormir. Tiene tantísimo enfado acumulado en ese cuerpo tan pequeño y va por la vida como si estuviese tan lista para pelear que siento una punzada en el pecho.

Intento dormir. Cierro los ojos y pienso en Freddy-o-tal-vezMatty, con su alegre sonrisa en el rostro, el sonido de su voz y la calidez de su piel. Me llevo la mano a los labios otra vez. Juraría que todavía los tengo hinchados por el beso.

1

Ro

ÚLTIMO CURSO

FINALES DE JULIO, PRESENTE

—Dáselo a Ro.

Freno en seco y me detengo a estudiar el diáfano espacio de la oficina, donde se concentra la mayor parte de ayudantes de profesor y tutores de nuestro departamento. Vuelvo a darle un delicado puntapié con la zapatilla a la puerta, ligeramente pesada, y consigo dejarla entreabierta lo suficiente como para poder entrar sin que se me caiga el gigantesco montón de papeles que llevo en los brazos.

Ninguno de los chicos se ofrece a ayudarme. Absolutamente ninguno pestañea siquiera al verme haciendo malabares mientras dejo todas las carpetas, llenas a rebosar, en mi ordenada zona del escritorio.

Aquí dentro reina el silencio, lo habitual en pleno semestre de verano, sobre todo durante la semana de exámenes finales (motivo por el cual siempre intento volver temprano). Por eso y porque parece que, cuando llega julio, la apremiante necesidad de regresar se adueña de mí.

—¿Darme el qué?

Rodger, uno de los otros tutores del departamento, me tira la carpeta que tiene en la mano, mientras Tyler, mi novio desde hace un par de años, se me coloca detrás, me apoya la cabeza en el hombro y juguetea con las puntas de mi pelo.

—A Rodger no le gusta el alumno que le ha tocado —dice Tyler riendo.

Me da un beso en el pelo, lo cual me irrita y me deja de piedra porque la última vez que hablamos por teléfono me dijo que ya no estábamos juntos ni de broma.

Nos conocimos en segundo, el primer año en que empecé a hacer de tutora en mi especialización. Llegué a Waterfell a sabiendas de que quería estudiar Ciencias biomédicas, pero no tenía claro qué camino quería seguir. Tyler, que estaba un curso por encima, me hizo de mentor y me guio durante ese primer año como tutora.

Lo admiraba porque era listo y bueno en lo suyo, y la gente lo respetaba en las clases que dábamos. Además, me persiguió incansablemente, de forma pública y extravagante. Me traía flores antes de entrar en clase, me sorprendía con comida en el trabajo, se ofrecía para llevarme en coche para ir y volver de Brew Haven... Y todo eso antes de que empezáramos a salir.

La romántica empedernida que habitaba en mi interior estaba encandilada, ilusionadísima de haber encontrado, por fin, el afecto que siempre había soñado. Sin embargo, en algún punto, la cosa cambió.

«*Creo que deberíamos tener algo más informal. Abrir la relación*».

Las palabras que me dijo por teléfono el fin de semana pasado vuelven a mí, pero yo las oigo como si fuesen una lejana alarma que

ignoro alegremente.

—Buenos días, cariño. Bienvenida al antro de las quejas y los nenazas.

Estira los brazos como si estuviese presentándole la sala a unos imaginarios espectadores que estuvieran viéndonos desde sus casas.

—Que te den, Donaldson —espeta Rodger, que parece más agitado que de costumbre.

Por sorprendente que parezca, es quien mejor me cae de todo el grupo. Creo que es porque vivo con mi mejor amiga, que se pasa las veinticuatro horas del día enfadada.

—Buenos días —respondo un tanto distraída mientras abro la carpeta y estudio las pruebas de muestra que tengo delante. Voy leyendo en diagonal y frunzo el ceño—. Parece que haya copiado. En plan..., palabra por palabra. ¿Está todo plagiado?

—Hasta la última coma. —Rodger suspira, se frota los ojos y se deja caer en una de las sillas alrededor de la mesa de grupo que hay en el centro del círculo que forman los escritorios.

—A mí siempre me venía con la misma mierda. Por eso te lo encasqueté a ti el año pasado —admite Tyler, dándole un ligero empujón a Rodger al pasar junto a él de camino a su escritorio.

—Yo ya no puedo seguir trabajando con este tío —anuncia Rodger mientras se frota la cara con las manos y se echa su oscuro y enmarañado pelo hacia atrás—. Lo tuve el semestre pasado y este verano ya ha sido el colmo. Ro, por favor, quédatelo tú.

Me muerdo el labio un segundo, apoyo la cadera contra la mesa y pongo los papeles justo encima.

—El verano está a punto de terminar. Además, creo que bastante cargadito se me presenta el otoño ya.

Tyler empieza a repartir cafés de una bandeja y yo no le aparto la mirada en ningún momento. Cuando ve que lo estoy mirando, se frota la nuca y dice:

—Lo siento, no sabía qué querías.

Siempre pido exactamente lo mismo, da igual el tiempo que haga: un *dirty chai* con hielo. Y, por si fuera poco, llevamos años saliendo. Aun así, le dedico una sonrisa discreta.

—Tranquilo. Ya me tomaré uno en el trabajo.

—Ya decía yo... —Me sonríe, se me acerca y me empotra contra la mesa. Me da otro beso y se yergue—. Es imposible que Ro se lo quede —añade.

—Claro que se lo quedará. Es la mejor tutora que tenemos, es mejor que cualquiera de nosotros, ¿a que sí? —tercia Mark, otro tutor y el amigo más cercano de Tyler del grupo, mientras se estira y hace girar la silla sin apartarse del escritorio.

No es ningún cumplido. De hecho, es justo lo contrario.

Si pregunto algo, es porque estoy intentando que me ayuden o que se compadezcan de mí. Es porque soy débil. En cambio, si me muestro segura de mí misma con lo que hago, resulta que es porque me creo mejor que el resto.

—Este semestre tengo tantos alumnos que no sé ni por dónde empezar. Además, yo no me he especializado en dislexia o discalculia.

—También tiene TDAH —sentencia Rodger, lo cual no ayuda.

—No puede ser tan complicado. —Tyler sonríe socarrón y se inclina para echarle un vistazo a los papeles que he ido esparciendo encima de la mesa—. Por el amor de Dios... ¿Sabe leer al menos?

Algunos de estos párrafos que ha copiado y pegado no..., en fin, que no se parecen de un huevo a una castaña.

Pillo un bagel de canela de la mesa (cortesía de nuestra profesora titular, seguro) y empiezo a untarle capas y capas de queso crema mientras vuelvo a echarle una ojeada a otros documentos. Es como si quienquiera que los haya hecho no se hubiera esmerado lo más mínimo.

—Cien pavos a que ni siquiera sabe leer —dice Mark antes de estudiarme con la mirada y echarse a reír—. Mil si Ro le hace de tutora y el tío aprueba el semestre con más de un seis.

—Yo no he dicho que...

—Hecho —grita Tyler cortándome y estirando el brazo para darle un apretón de manos a Mark—. Yo subo la apuesta otros mil más a que el tío intenta zumbársela antes.

—Tyler —suelto y enarco las cejas a más no poder—. No seas tan grosero.

—Tú espera a ver quién es... —me dice antes de girarse hacia los chicos que lo rodean—. Es imposible que Ro lo admita cuando vea el nombre...

Ya no oigo nada más porque el corazón me late desbocado. Casi escupo el pedazo de bagel que tengo en la boca, porque, de repente, me resulta imposible masticarlo.

Matthew Fredderic.

Para todos nosotros, es casi como un ser mitológico. Los tíos aquí presentes hablan de él como si fuese porquería pegada a las suelas de sus mocasines nuevos de trinca. Aun así, llevan cuatro años envidiándolo tanto como yo lo he anhelado injustificadamente.

Yo y más de la mitad del campus.

Me separo de la mesa con un empujón mientras le suplico mentalmente al poder supremo (sea cual sea) que la reacción involuntaria que tengo siempre hacia este chico (es decir: sonrojarme sin cesar) no haga acto de presencia ahora mismo. Me lo recordarían hasta la saciedad.

Me doy la vuelta hacia Tyler; de hecho, hacia toda la sala.

—No pienso...

—Venga, Ro... Que no te va a morder.

—Eso —intercede Tyler, que a duras penas puede contener la risa que delata su mirada—. Aunque sí que intentará meterte la polla.

—Tú asegúrate de que tome precauciones, Donaldson —ríe Mark —. No creo que quieras tener que criar a un mini Fredderic. Sería igual de retrasado que...

—Basta —espeto, girándome y enderezándome a la vez—. Como vuelvas a decir esa palabra, pondré una queja contra ti. —«Otra vez», me entran ganas de añadir, porque ya me he quejado de sus constantes insultos y malas formas. Sin embargo, nadie ha hecho nada al respecto.

Me chirrían los oídos ante la cacofonía de «¡Uhhh!» que sueltan los demás.

—Mira cómo tiemblo —se burla Mark con desdén.

Espero de nuevo (y, por lo que parece, eternamente) a que Tyler se dé cuenta de cómo me habla Mark. En lugar de mostrarse asqueado o cabreado, solo parece un poco molesto. Pero no por Mark, sino por mí.

—Tú... Yo qué sé. Ven a mi última tutoría con él y mira a ver si crees que podrías llevarlo —suspira Rodger y me pasa la otra carpeta que tiene en las manos—. Esto es lo que ha hecho en

verano. Igual a ti se te ocurre algo más, porque tiene que aprobar para que lo sigan aceptando.

Para que lo sigan aceptando para jugar al hockey, quiere decir, porque Matt Fredderic es la estrella del campus.

El equipo de hockey de la Universidad de Waterfell lleva diez años siendo uno de los mejores del país. Después de que el año pasado llegaran al Frozen Four, Waterfell destinó todavía más fondos al presupuesto de deportes, especialmente al hockey.

El campus está lleno de pósteres y figuras en las que aparecen las relucientes caras de los jugadores: el atractivo y adorado capitán del equipo, Rhys Koteskiy; el estoico pilar que defiende la portería, Bennett Reiner, y la perversa e hipnotizante sonrisa del playboy de Matthew Fredderic, a quien todos llaman Freddy. Máximo goleador dos temporadas consecutivas, un provocador extraordinario y, ahora, nuevo fichaje de los Dallas.

Pero todo esto es solo información que no necesito saber. Que, seguramente, no *debería* saber.

Sin embargo, en su día tuve un *crush* descomunal con el ala izquierdo y leí todos los artículos y publicaciones que salían sobre él. Seguí sus redes sociales de forma bochornosa y me guardé unos *edits* absurdos que subían sus fans a Internet.

Y aun así, por sorprendente que parezca, no tenía ni la más mínima idea de que necesitaba ayuda con las clases y mucho menos que le estuvieran haciendo tutorías desde mi departamento.

—¿Ha aprobado la de Sumnter, al menos? —le pregunto mientras le echo una ojeada rápida a los exámenes de Biología e intento reprimir una mueca al ver todas esas marcas de color rojo.

—Qué va. —Rodger se sienta en la mesa y le da un sorbo a su café americano con hielo. Tengo unas ganas irreprimibles de robárselo—. Pero ahora tendrá a Tinley.

La doctora Carmen Tinley, la supervisora del Departamento de Tutorías de la Facultad de Ciencias y Matemáticas, también es la mujer a la que todos queremos impresionar desesperadamente, porque todos queremos hacernos un hueco en su grupo de graduados para formarnos en Ciencias biomédicas avanzadas. Durante el semestre de primavera, acepta a los tres alumnos con mejor rendimiento en su programa especializado. Pues bien, aquí estamos: siete personas compitiendo por esos tres puestos.

Pero más allá de eso, es una persona a la que idolatro. En mi especialidad solo hay dos mujeres, y una es ella. Además, es maja con sus alumnos, a diferencia de la doctora Khabra, que es reservada y a menudo muy brusca con sus prácticas como docente, aparte de ser estricta a la hora de puntuar. Mientras que la inteligencia de Khabra asusta a los alumnos (aunque también los impresiona por igual), Tinley es más cálida y cercana.

—Venga, RoRo... —me susurra mi quién-sabe-si-novio al oído. Baja aún más la voz y añade—: Si nos haces este favor, esta noche intentaré tachar algo de la lista, ¿vale?

Me suben los colores.

Me parece bochornoso que me chantajee con esa facilidad. Porque sabe que quiero ir tachando puntos de mi «Lista de cosas sexis para hacer en la uni», que lleva años abandonada.

He estado tentada de tirarla en más de una ocasión, pero la he guardado por puro sentimentalismo. Me recuerda al día en que Sadie y yo estrechamos lazos mientras bebíamos vino barato, de ese

que viene en tetrabrik, y anotábamos todo lo que quería hacer pero que nunca me atreví a verbalizar en ese tablón de espuma, adornado con besos por todo el fondo blanco gracias a la colección de pintalabios oscuros de Sadie. Me recuerda al día en que Tyler y yo reímos bajo aquellas bonitas sábanas decoradas con flores el año pasado, con los dedos entrelazados y las palmas sudadas, y tachábamos «perder la virginidad» de mi lista antes de que él se colocara encima de mí en aquella cama individual e hiciera que me sintiese lo más preciado del mundo.

Me recuerda a que sus promesas de ir tachándolo todo se han ido convirtiendo, poco a poco, en bromas y provocaciones.

Me recuerda a que esa lista lleva ahí un año, acumulando polvo y medio vacía.

Igual que yo.

—¿De mi lista? —pregunto sin poder contenerme.

Él ríe por lo bajo con la boca pegada a mi cuello.

—Sí, cielo. Lo que tú quieras.

Solo está provocándome y, en cierto modo, burlándose un poco de mí. Sin embargo, yo sonrío y aguanto porque la verdad es que me muero de ganas de intentarlo.

—Bueno, vale.



—¿O sea que habéis vuelto?

Me encojo de hombros y noto lo mucho que me pesan las palabras de Sadie en el estómago.

—A ver, técnicamente, supongo que nunca rompimos.

Son las tres recién pasadas de un jueves por la tarde, y estamos en Brew Haven, la cafetería que hay fuera del campus, donde trabajamos media jornada. Estoy ayudando a Sadie a cerrar mientras sus hermanos juegan con mi iPad y nosotras limpiamos. Parece un poco más tensa de lo habitual, pero sé que, ahora que se está reuniendo con el abogado que ha contratado para conseguir la custodia de sus hermanos, se le está haciendo todo un poco más cuesta arriba.

—Y una mierda —escupe.

Al oír eso, Liam se echa a reír.

—Tata, has dicho una palabrota —señala contento.

Sadie lo mira poniendo los ojos en blanco y le pasa un billete arrugado de un dólar por encima de la mesa, a la vez que sonríe socarrona y lo despeina cuando caminamos junto a los chicos para ir hacia la parte trasera.

—Te ha bloqueado de todas partes y te ha gritado mientras estabas aquí trabajando —comenta Sadie. A pesar de que lo dice en voz baja, sus palabras me hacen daño.

Trago saliva para deshacerme del nudo que se ha instalado en mi garganta al acordarme de eso, de la vergüenza que sentí al oírlo gritar y al ver que Luis (el cocinero) y Alex (el hermano de Luis y gerente del restaurante de al lado), tuvieron que pararle los pies y echarlo de la cafetería.

—Ya lo sé... —Asiento—. Y ya se ha disculpado, pero no hemos... —Cierro los ojos y me froto la sien—. Tyler no quiere que volvamos a ser pareja tan rápido. De momento, seremos amigos y veremos si podemos resolver nuestros problemas. Tendremos algo más informal.

—Más informal. Claro. —Sadie pone los ojos en blanco; sin embargo, su mirada deja traslucir más compasión que enfado—. Tyler quiere seguir teniéndote como opción mientras él se va a la estúpida conferencia esa del fin de semana y hace lo que le sale de las narices. Pero, cuando vuelva a empezar el curso, intentará volver contigo.

No le digo nada. Solo me froto el pecho con sutileza para aliviar la presión que siento y que no para de ir a más.

Porque Sadie lleva razón. Tyler hace lo mismo cada año, porque así puede irse a la estúpida conferencia de estudiantes de Medicina esa con el estatus de soltero y tontear con la misma chica de Princeton que, claramente, es más lista y más guapa y «de clase más alta» que yo (signifique eso lo que signifique).

Desesperada, trato de deshacerme de todos esos pensamientos destructivos. Me giro y me pongo a frotar las manchas casi permanentes que hay debajo del reborde de la máquina de café.

—Ro... —Susurra—. Lo siento.

Esto aún lo detesto más. Porque mi mejor amiga (de hecho, una de las pocas que tengo) se preocupa por no herir mis sentimientos cuando me defiende. Es la única amiga que he hecho en los últimos tres años y sigue estando a mi lado a pesar de los altibajos, del comportamiento de Tyler y de mis mini ataques de nervios.

Y conozco lo bastante bien a Sadie como para saber que seguirá siempre a mi lado.

Leal a más no poder. Como yo.

2

Freddy

«¡Yo lo mato!».

Gruño a causa del mortífero dolor de cabeza que tengo, agravado por la música clásica que suena a todo volumen por toda la casa donde, aparte de mí mismo, solo está Bennett Reiner, el portero del equipo, despierto y lleno de energía desde que ha amanecido.

—Reiny, POR FAVOR —me lamento con la boca pegada a la almohada y me dejo caer de espalda contra el colchón antes de taparme por completo la cara y las orejas.

Es como si el universo hubiese oído mi súplica, porque la música para de inmediato y yo suspiro hasta que alguien abre mi puerta abruptamente y aparece una rubia alta y de piernas largas vestida solo con una de mis camisetas. Está sonrojada. Pega la espalda a la puerta, ahora ya cerrada, como si estuviese escondiéndose.

—Buenos días, Candice —digo arrastrando las palabras—. No habrás despertado tú a la bestia de ahí abajo, ¿no?

—No le ha hecho ni pizca de gracia que bajara —suspira, y deja dos bebidas isotónicas amarillas y dos botellas de agua en la cama —. Pero ha merecido la pena.

—Ya te digo.

Pillo una de las botellas y me la bebo casi de golpe. Sonrío socarrón al ver que ella necesita hidratarse tanto como yo.

Me basta con saber que está satisfecha, que ha disfrutado, para deshacerme del mal humor y del dolor de cabeza incitado por la molesta rutina matutina de Bennett.

Candice da unos sutiles sorbos a la poca agua que le queda en la botella y, acto seguido, hace una pequeña pila con todas sus cosas, se viste con su ropa y tira mi camiseta en mi evidente montón de ropa sucia que tengo en una esquina del «organizado desastre» que es mi cuarto.

—¿Ya te vas? —le pregunto sin preocuparme por ponerme nada mientras me levanto completamente desnudo y estiro los brazos para desperezarme y bostezar a la vez.

Ella vuelve a repasarme el cuerpo con la mirada y se para unos segundos de más en mi erección matutina mientras camino decidido hacia el pequeño baño en suite.

—Por desgracia, tengo la tarde repleta de reuniones de sororidad. Pero ha estado bien.

—¿Bien? —pregunto agarrándola por la cintura, dándole la vuelta hasta pegarme a ella de nuevo y recorriéndole la mandíbula con la nariz. Candice suelta una risita que me suena a gloria; quiero impregnarme de ese sonido. Pero sigue sin ser suficiente—. ¿Solo bien? Me da a mí que si te quedas un poco más puedo hacerlo mejor.

Se le nubla un poco la vista, pero sonríe pícara y se separa de mí para coger el bolso.

—Ha estado más que bien la primera vez, Freddy —me dice y me lanza un beso—. Eres increíble. Nos vemos, ¿vale?

Me muerdo la lengua para no soltar la desesperada respuesta que tengo en la punta de la lengua a sabiendas de que voy a sonar patético e intento no cabrearme demasiado por que se vaya.

«Tal vez, si lo hubieses hecho mejor, se habría quedado. Estás perdiendo facultades».

Me despido de ella con dos dedos, imitando un saludo militar, y me meto en el baño para acicalarme después de una noche movidita y antes de reunirme con los entrenadores.



—Rhys vuelve esta semana —es lo primero que dice Bennett en toda la mañana.

Yo no he parado de hablar. Ni mientras nos zampábamos a toda prisa en la encimera el desayuno que él había preparado ni de camino a la pista montados en su camioneta. Sin embargo, no parece que este arisco gigante me haya estado escuchando de verdad en ningún momento. Es como si le hubiese hablado a una pared.

Quiero burlarme de su estoico silencio, pero sé que Bennett no bromea cuando algo tiene que ver con Rhys Koteskiy, nuestro capitán y su mejor amigo.

Me gustaría decir que somos tres amigos muy unidos, pero es que yo siempre soy el sujetavelas en todas partes. Reiner y Koteskiy llevan patinando juntos desde que nacieron. Han ido a academias de hockey privadas y sus padres (que resulta que también son mejores amigos a matar) son exjugadores de la NHL, de modo que Bennett y

Rhys tienen el lazo más estrecho que pueden tener dos personas que no comparten sangre.

—¿Habéis hablado?

—No. Me ha escrito para decírmelo —responde mientras agarra el volante un poco más fuerte—. Qué estúpido, joder —musita por lo bajo.

La primavera pasada, nuestro capitán recibió un fuerte golpe en el hielo durante el Frozen Four, cortesía del defensa Toren Kane, conocido en la NCAA por ser un completo psicópata. Después del comportamiento que tuvo durante el Mundial júnior, deberían haber prohibido que ningún equipo lo fichara. Sin embargo, el tío ha conseguido seguir entrando en equipos universitarios mientras continúa sembrando el caos, propiciando cargas ilegales y provocando peleas tan brutales que, en los últimos tres años, incluso lo han expulsado de dos equipos.

Rhys casi la palma a causa de esa carga. Abandonó el partido en ambulancia y, además de los ocasionales «Está bien» que oímos por parte del entrenador o de sus padres, no hemos vuelto a saber nada de él desde entonces.

Yo ya sabía que seguramente necesitaría espacio. Eso o que se había hecho tantísimo daño que tal vez no volvería a jugar nunca más. No obstante, Bennett se tomó muy a pecho que Rhys se cerrara en banda y se alejara de todos nosotros, porque Rhys no solo era su capitán.

Era su mejor amigo. Y lo había dejado de lado. Durante meses.

—Bueno, buenas noticias. Lo necesitamos.

La idea de empezar las actividades de pretemporada sin nuestro intrépido líder no acababa de gustarme. Y como tuve que rechazar

asistir al campamento intensivo de verano con el resto del equipo para ir a clases de refuerzo académico, me muero de ganas de volver al hielo, joder.

Regresar a la pista de Waterfell me mejora el humor considerablemente. Hasta que el entrenador Harris decide hacer estallar todas mis burbujas de felicidad con su fulminante mirada en cuanto me siento delante de él en su despacho.

Los dos asistentes del entrenador se han ido antes de que llegase yo y en ese momento me han entrado ganas de echar la pota, porque la aterradora sensación de haber hecho algo mal se ha adueñado de mí.

—Entrenador. —Asiento a modo de saludo y empiezo a mover las rodillas mientras me froto las palmas de las manos—. ¿Qué tal el verano?

—He podido pasar algo de tiempo con mi mujer sin que nos interrumpieran un montón de adolescentes hormonales, así que... Bastante bien —responde el entrenador Harris de manera seca.

—Ya... —Río, aunque de forma breve y entrecortada, cortesía de los nervios.

El entrenador suelta un largo y fuerte suspiro, cosa que no ayuda.

—Mira, Fredderic...

—Por el apellido, ¿eh? —lo corto, y sonrío de oreja a oreja—. Supongo que será que la he liado de verdad.

Sacude la cabeza y prosigue:

—He hablado con Gavins. Se ve que no te has puesto en contacto con él ni con ese agente de quien te pasé el contacto.

Mierda.

Jeff Gavins es el director general de los Dallas Stars, el equipo de la NHL que me ha fichado. El entrenador Harris lleva atosigándome con que me ponga en contacto con él y con el agente que me adjudicó porque está intentando que pueda irme a jugar antes con ellos. Sé que es porque ve lo mucho que me cuesta la parte académica, pero es que me da la impresión de que está tratando de deshacerse de mí.

Aunque él, eso, no lo entiende.

Si estoy aquí es por algo y ese algo es demasiado importante como para tirar la toalla ahora. Esta es la primera vez en la que no voy a escoger el camino más fácil.

—He fichado con Gavins para después de la graduación. Me muero de ganas de jugar con su equipo, pero cuando haya acabado el Frozen Four.

—Freddy —dice el entrenador Harris con un murmullo, pasándose la mano por los ojos. Los tiene tan cansados que es como si no se hubiese relajado lo más mínimo en estos dos meses de verano—. En serio: no todo el mundo está hecho para la universidad. Podrías haber estado jugando en la NHL con dieciocho años.

Podría. Énfasis en el condicional.

De repente, noto que me pica la nuca y empiezo a mover la rodilla con más fuerza y más deprisa mientras asiento y respondo:

—Ya. Pero quiero hacerlo a mi manera.

Es lo mismo que le he respondido cada vez que hemos tenido esta conversación en los últimos tres años. He pasado a último curso por los putos pelos y, llegados a este punto, tengo que demostrarle a todo el mundo que puedo hacerlo.

—Muy bien... —suspira—. Tengo a dos alas de primero a los que necesito que vayas controlando. Mientras tú y Dougherty sigáis con vuestras gilipolleces, creo que tendremos una buena temporada.

Me basta con ese elogio para que se me dibuje una genuina sonrisa en los labios.

—Encantado de liarla tanto como pueda.

El entrenador Harris me mira sacudiendo la cabeza mientras me levanto, pero veo que se le empiezan a curvar ligeramente los labios.

3

Ro

Me he cambiado de ropa tantas veces que es hasta vergonzoso y, aun así, cuando llego al tercer piso de la biblioteca y salgo del ascensor, me sigo sintiendo ridícula y mal.

Llevo una falda de tenis plisada de color blanco y un top lavanda de manga corta a juego con el lazo del pelo. Es un outfit muy yo pero, últimamente, cuando me visto así, todavía me cuesta más sentirme segura de mí misma; no sé muy bien por qué.

Enseguida encuentro una mesa de estudio libre. Durante la segunda mitad del semestre de verano, siempre suele estar todo vacío; sin embargo, como ahora están en plena semana de finales, hay unos cuantos grupos esparcidos por el suelo.

El aire acondicionado está a tope y hace un ruido espantoso que inunda este amplio espacio, mientras intenta combatir el sofocante calor que se cuela a través de los ventanales que van del suelo al techo recubriendo las paredes (que están muy mal aisladas). Así pues, me pongo los cascos y me meto en el perfil de Spotify de Sadie, donde encuentro una *playlist* titulada «Motivación».

Empieza a sonar a todo volumen una canción de un grupo que no he oído en la vida y hago una mueca.

Paso a la siguiente y muevo la rodilla al rápido ritmo de Wet Leg mientras voy escuchando la melodía a través de los cascos.

Y, como si de la escena de una película se tratase (o de uno de mis sueños de primero de carrera), se abren las puertas del ascensor y aparece Matt Fredderic.

Continúa siendo tan alto y musculado como lo recuerdo. Parece algún tipo de supermodelo bien acicalado con una pizca de rebeldía brillando en sus ardientes ojos verdes. Es su personalidad. De su cuerpo emana un *sex appeal* arrollador por todos los poros, tanto en el hielo como fuera de este. Siempre se viste con una pulcritud que te lleva casi al infarto, y, en parte, resulta incluso molesto, porque nunca se pone unos pantalones de chándal y una camiseta cualquiera como hacen casi todos los demás deportistas.

En verano, no obstante, se viste de forma un poco más desenfadada. Esa camiseta azul cielo le cae por sus amplios hombros y se ha desabrochado más botones de lo que sería habitual en otros tíos, de modo que su bronceado pecho centellea reluciente incluso bajo la luz de los fluorescentes de la biblioteca. Lleva unas bermudas cortas, seguramente más cortas que mi falda, que dejan sus musculadas piernas a la vista. En una de ellas, en la parte alta del muslo, aprecio un tatuaje que no le había visto nunca: nada más y nada menos que una mariposa.

Ha dejado tantísimo moreno al descubierto que se me seca la garganta y tengo que coger la botella de agua. Tener esas pintas, con unos rasgos tan marcados pero suavizados por su encanto pueril, debería ser ilegal.

Posa la mano en la silla giratoria de una chica y, al pasar por su lado, le da la vuelta y le guiña un ojo. La chica ríe y lo riñe en plan

broma, pero él se lo toma con humor, como el típico payaso adorable de clase. Pasea un momento la vista por la sala, como si estuviese buscando dónde tiene que ir.

Sin embargo, fija los ojos en alguien: una chica que está de puntillas, intentando coger un libro de la estantería, a quien se le clava el deshilachado dobladillo de los pantalones cortos en la oscura piel de los muslos. Él se inclina y coge el libro que estaba intentando alcanzar la chica. Esta queda recostada contra la estantería mientras él sigue con el brazo levantado sobre su cabeza.

Y... me preocupa estar babeando un poco.

—Hey —me saluda Rodger, y casi pego un salto en la silla al darme cuenta de que estaba tan centrada en Freddy que no había ni visto ni oído acercarse a mi compañero de trabajo.

—Ah, genial —dice Tyler sentándose a mi lado—. Está aquí.

Me mareo un poco y la culpabilidad de haber estado fantaseando con Freddy cuando tengo un semi-quién-sabe-si-novio se mezcla con la excitante lujuria de estar en su presencia. Freddy no está haciendo nada sensual en concreto, pero yo llevo años fantaseando con él.

—Ya te dije que no hacía falta que vinieras —musito porque sigo un poco frustrada con la incapacidad de Tyler para hacer lo que le pido. Aunque, a estas alturas, ya estoy casi acostumbrada.

Rodger tenía que venir para entregarme los documentos de forma oficial y estudiar el cambio de planificación con Freddy presente. Quien no tiene motivo alguno para estar aquí es Tyler. De hecho, no debería estar aquí. Va en contra de la privacidad académica de los estudiantes.

Sin embargo, él ríe y dice:

—¿Qué? ¿No quieres que esté aquí porque así puedes suspirar por Matt Fredderic?

Pongo los ojos en blanco y le doy un leve empujón con el hombro.

—Venga, Ro. No me digas que todavía piensas que está bueno. Con lo mal que le saldría a este tío una prueba de ETS, imagínate un examen de Biología de primero.

—Para ya.

Tyler no se equivoca. A Freddy lo precede cierta reputación. Pero la cosa no es tan sencilla. He oído por ahí historias suficientes como para llenar el cupo para una vida entera, y ninguna es negativa. Las chicas lo adulan, pero nunca he oído ningún rumor sobre que haya dejado a nadie con el corazón roto. Se divierte con quien sea y, luego, a por otra cosa, mariposa. Parece que todo el mundo acaba contento.

Freddy sigue hablando con la chica de la estantería mientras le dibuja varios patrones junto al borde del dobladillo de los pantalones cortos, y ella parece ensimismada, como si tanto el atractivo como el aura de Freddy fuesen un reloj de bolsillo que no para de balancearse de un lado para otro y ella fuese el sujeto dispuesto a acabar hipnotizado.

Mientras tanto, yo sigo pegada a mi asiento y voy cruzando y descruzando las piernas, deseando haberme puesto otra cosa en lugar de esta falda.

Como si mis incesantes movimientos le hubiesen llamado la atención, Tyler me estudia de arriba abajo y pasea la vista desde mis calcetines cortos con volantes hasta el lacito de color lavanda con el que me he recogido el pelo para apartarme unos cuantos mechones de la cara. Y lo hace con una mirada de desaprobación absoluta.

—Pensaba que a estas alturas ya habrías dejado de vestirte así —señala en voz baja.

Me sonrojo y, de repente, noto que me aprieta todo. Me siento ridícula. Detesto la facilidad que tiene para herirme con las palabras. Llevo años queriendo a Tyler y sé que odia que me vista así. Pero es que quien decidió que ya no estábamos juntos era él.

«¿Por qué no puedo pasar de él y punto?».

Me levanto sin preámbulo alguno, me separo de la mesa con un empujón y casi tropiezo al coger la mochila.

—Eh, ¿adónde vas? —pregunta Rodger echando su silla giratoria hacia atrás para dejarme pasar.

—Pues, eh... Al baño. Tengo la regla —miento—. Tú revisa el plan de estudios con él y dile que ya quedaremos la semana que viene. En el mismo sitio y a la misma hora, ¿vale?

Me marcho antes de que ninguno pueda responder y casi echo a correr hacia el pasillo donde están los baños con el móvil en la mano, lista para escribir a Sadie...

Hasta que me choco contra una pared durísima.

Una pared llamada Matt Fredderic.

—Perdona —farfullo, retrocedo y casi tropiezo conmigo misma.

—Tranquila, princesa. —Me sonríe socarrón y me guiña sutilmente el ojo mientras me recoge el móvil, que se me ha caído al suelo, y lo estudia—. Ni un rasguño. Qué suerte has tenido.

—Sí, no veas... —suelto, aunque solo consigo sonrojarme todavía más. Cojo el teléfono con la mano temblorosa y casi se me vuelve a caer—. Me, eh... Tengo que irme. Gracias.

Creo que no he corrido tanto en toda mi vida.

4

Freddy

Se me tensan un poco las manos y arrugo la frente un tanto confundido al ver a esa morena de piernas largas echar a correr como una estrella olímpica hacia la salida.

Alguien lanza una silla giratoria en su dirección y, aunque es lo bastante ágil y rápida como para saltarla, la chica apenas consigue esquivarla y acaba pegándose un golpe en el hombro contra la pared.

Miro, seguramente con demasiado detenimiento, cómo se le menea esa falda de tenis blanca. Me flipa cómo contrasta con sus largas y bronceadas piernas. Es alta. Lleva los tirabuzones del pelo semirrecogidos con un bonito lazo y le rebotan en la espalda.

Una extraña calidez hace que me mueva y me gire como si fuese a seguirla.

«Céntrate».

Eso. He venido aquí por algo y ya voy (miro el móvil) diez minutos tarde.

Suelo llegar tarde y nunca lo hago a propósito. Tal vez por eso ayer, a altas horas de la noche, recibí un e-mail de mi tutor actual, Rodger, en el que me decía que teníamos que quedar antes de que

empezara el semestre para presentarme a la nueva persona que se encargaría de mi tutoría.

Puede que la gente me conozca como el golfo del campus, el que se tira a todo lo que se menea, pero cambio de tutor más rápido que de chica. Lo cual no me importaría si no fuera porque mi rutina se ve extremadamente afectada por ello. Bastante me cuesta ya estar al día con la uni y los horarios de hockey como para tener que sumarle otro día, hora y punto de encuentro nuevo cada vez que cambio de tutor... Y aún me cuesta más acordarme de todo y presentarme en el sitio adecuado a la hora adecuada.

Me acerco a la mesa negra donde suelo reunirme con Rodger, el mismo sitio donde llevamos quedando todo el verano, y freno en seco.

Se me remueve el estómago y las náuseas se apoderan de mí.

Tyler Donaldson está espatarrado en la silla que hay al lado de Rodger.

Hace dos años tuve el gran disgusto de conocer a Tyler Donaldson. Empezó haciéndome de tutor a finales de mi segundo año y continuó ayudándome casi durante todo tercero, hasta que de repente me mandó con Rodger la primavera pasada, jodiéndome justo antes de los finales con ese cambio tan repentino. Además, nunca me ayudó ni con las adaptaciones ni con las tutorías. Empecé a suponer que el tío no tenía toda mi información, que tal vez mi carpeta seguía igual de incompleta que en primero.

Pero entonces Rodger empezó a intentar que me adaptara un poco este pasado verano para ayudarme a aprobar Biología a la segunda y ahí fue cuando me di cuenta de que el cabrón de Donaldson me había jodido con todas las de la ley.

Incluso ahora me mira con el mismo desdén, como si odiara mi mera existencia. Para cabrearlo, sonrío aún más y me acerco a ellos con chulería.

—Rodger —lo saludo con un gesto con la cabeza—. ¿Quién es el pijo este?

—Tyler —señala Rodger, distraído con el móvil como de costumbre.

Está tan distraído que acaba de presentarme a alguien a quien sabe que conozco. Alguien que fue mi tutor durante todo un año.

Tyler está que echa humo por las orejas y se pone tan rojo que relajo mi falsa sonrisa hasta dejar que se transforme en una real.

—Qué gracioso, Fredderic —espeta—. Todo un detalle que te hayas presentado.

Lo ignoro por completo y planto las manos en la mesa para inclinarme hacia ellos.

—No pienso volver a cambiar, Rodger. Me pasaré el semestre sin la ayuda de ningún tutor si mi única opción es...

—Tu tutor no soy yo —me corta Tyler—. Siéntate y céntrate por dos segundos, a ver si así igual conseguimos avanzar con esta reunión con normalidad.

El tío es listo pero, por desgracia, emplea sus poderes de cerebrito para hacer el mal e intentar darme donde más duele. De todos modos, jamás dejaré que vea que me afecta.

Me siento delante de ellos y me cruzo de brazos, a la defensiva, mientras muevo la pierna sin parar por debajo de la mesa. «Tal vez me habría valido más seguir a esa chica».

—Has suspendido Biología. Otra vez —evidencia Rodger dándole la vuelta a mi expediente para ponérmelo delante.

Noto que me sonrojo sin que pueda hacer nada por evitarlo debido a una mezcla de vergüenza e ira que ha desatado la sardónica risa de Tyler, que me mira sacudiendo la cabeza. Estoy seguro de que no tiene por qué estar aquí; de hecho, me apuesto a que hay como mínimo tres reglas universitarias que prohíben que se meta en mis asuntos académicos, pero no quiero dar pie a malos rollos. Lo que quiero es largarme rapidito.

—La repetirás en otoño —dice mi tutor más reciente—. Y, ahora, tendrás una nueva tutora. Es buenísima. Se asegurará de que apruebes.

—¿Tutora? —pregunto en voz baja.

—Sí —ríe Tyler—. Tu nueva tutora es una chica. ¿Crees que serás capaz de aguantar el tiempo suficiente sin meterle la polla para que no te echen?

—¿Y tú crees que eres capaz de pasarte más de cinco segundos sin ser un cabrón? —Le dedico una amplia sonrisa—. Ya decía yo...

—Muy bien, Fredderic...

—Basta —farfulla Rodger—. Me estáis dando jaqueca. —Abre su desgastada mochila y saca otra hoja de papel en la que aparece un nuevo horario de estudio—. Esto es un horario provisional para la primera semana de clases con la nueva tutora. El primer día, la semana que viene, os reuniréis aquí; luego ya os pondréis de acuerdo para ver dónde quedáis a partir de entonces.

—Y que sea en algún espacio público, a poder ser —añade Tyler mirándome.

—Maravilloso —espeto, cojo el papel y lo doblo—. ¿Algo más?

—Sí. —Rodger asiente y me pasa un montón de hojas grapadas—. Tu horario de clases para el semestre de otoño. Ya lo he revisado. Te

ha tocado un profesor de mates de mierda, así que ve preparándote. Pero, por lo menos, en Bio tendrás a Tinley...

Sigue hablando, pero yo no oigo ni una sola palabra de lo que dice. Lo único que oigo es el retumbar de los latidos de mi corazón en los oídos cuando pronuncia el nombre de esa mujer. Finjo estudiar el horario, pero la ansiedad que siento es tal que me resulta imposible concentrarme y las palabras que aparecen en la hoja que tengo entre los dedos se vuelven borrosas.

—¿Hay algún otro curso de Biología disponible? —quiero saber.

Ni siquiera me molesto en pedirle perdón por haberlo cortado. Rodger desvía la vista hacia Tyler, pero niega con la cabeza.

—No —responde Rodger—. Ninguno que no interfiera con tus entrenamientos de hockey.

—¿Puedo hacerlo en primavera?

—Tinley es muy buena —responde Tyler—. Es nuestra responsable. Y es la mejor profesora de Biología que hay en la universidad.

—Sinceramente, me importa una mierda, Donaldson —suelto.

Detesto que la voz revele mi ansiedad. Como parece que le estoy rogando, me obligo a colar una pizca de frustración en mi tono. Prefiero sonar cabreado a parecer asustado, no vaya a ser que alguno de estos genios haya pasado por lo que pasé yo hace años.

—En fin... —Tyler pone los ojos en blanco, echa la silla hacia atrás y recoge sus cosas—. Yo me piro. Espabílate tú con él.

—No —dice Rodger mientras yo sigo aquí sentado, sintiéndome cada vez más como un niño cuyos padres están decidiendo qué hacer con él—. Ahora es responsabilidad de Shariff.

Apenas oigo lo que dice porque sigo intentando resolver cierto problema mentalmente.

Rodger vuelve a mirarme mientras Tyler se aleja y se marcha de la biblioteca. Se rasca la cabeza y suspira molesto. Con un tono de voz un tanto más delicado ahora que su amigo ya no está, me recuerda:

—No puedes aplazarlo hasta el semestre que viene, Freddy. Como suspendas, no podrás graduarte... ¿Y qué harás entonces?

Cierro los ojos y trato de respirar un poco más despacio en un intento por frenar el temblor de mis rodillas. A pesar de que no entienda por qué estoy dudando, Rodger tiene razón. O hago esto o seguramente ya puedo ir despidiéndome de graduarme. En cuyo caso me habré pasado cuatro años sufriendo para nada.

«Así sí que conseguirías que estuviese orgullosa...».

—Vale. —Asiento, doblo el horario y coloco la hoja alrededor de la de tutoría—. Sí, lo entiendo.

—Te irá bien. —Rodger suspira—. La nueva tutora es buenísima. Te gustará.

5

Ro

—Si estiro demasiado, dímelo, Ro.

Se me desdibuja la sonrisa por una milésima de segundo para dar paso a una mueca, pero enseguida veo mi reflejo en el espejo y me aseguro de borrarme la expresión de dolor de la cara antes de que Sadie pueda verla. Me gusta tantísimo que me esté ayudando con esto que no quiero ni mencionar lo mucho que me está tirando del pelo.

—Todo bien —respondo alegre.

Sadie Brown lleva siendo mi mejor amiga desde que empecé la universidad. En realidad, es mi única amiga, pero saber que no estoy sola en esto, que yo también soy su única amiga de verdad, es, en parte, reconfortante. Nos hemos aislado en muchos sentidos, pero no cambiaría ni un segundo de lo vivido: del alboroto, del caos, de estar con sus hermanos, de sentirme sola... Pasaría otra vez por todo eso con tal de tener una amiga tan leal y fuerte como ella.

Aun así, cada vez disfrutamos menos de noches como la de hoy. Las dos trabajamos en el Brew Haven, pero Sadie tiene otros dos trabajos más aparte de los entrenos, porque compite como patinadora artística para el equipo de nuestra universidad. Si a esto

le sumamos el trabajo más importante de todos (cuidar de sus hermanos pequeños), casi ni la veo.

La echo de menos. Pero la entiendo, de verdad. Yo también he tenido que cuidar de gente antes. Nunca dejaré que a Sadie le pese esta amistad. Simplemente me aseguraré de que me deje ayudarla siempre que pueda.

Sadie sujeta un clip de mariposa con los dientes mientras utiliza ambas manos para colocarme otro con cuidado y sujetarme un tirabuzón.

—Ya casi estoy —dice.

—Te ha quedado genial.

Y es verdad. Ha cogido casi todos los diminutos clips multicolor que tengo, aunque ha utilizado sobre todo los que pegan con mi outfit de punto a rayas lilas, una prenda que yo misma cosí en segundo, pero que no había tenido el valor de ponerme hasta ahora.

Vuelvo a mirar el móvil y veo el mismo mensaje flagrante que me indica que lo ha leído hace diez minutos. Lo cual significa que Tyler no está respondiendo a propósito.

Esta noche voy a una minifiesta con Sadie. Espero que no te importe! Noche de chicas ☺

Tampoco veo que me estés dando elección

Si voy, te enfadas?

En serio irás solo con Sadie?
Mándame una foto

Y eso he hecho: le he enviado un selfi que me he sacado rápidamente en el espejo en el que aparecemos mi compañera de piso (con la frente arrugada como de costumbre y un vestido de seda gris) y yo (con la sonrisa temblorosa).

Pues vale. Haz lo que te dé la gana

Tyler, porfa, que solo voy a pasar el rato con mi compañera de piso...

Ok

No quería que te enfadaras. Lo siento

Y, a partir de ahí, nada.

—Igual no debería...

Sadie me tapa la boca con una mano y baja la cabeza para fulminarme con la mirada, algo que tiende a ocurrir al revés porque la alta soy yo. Mido casi un metro ochenta y mi amiga no llega al

metro sesenta, de modo que, cuando estamos una junto a la otra, la imagen resulta más bien cómica, aunque Sadie Brown va por la vida caminando como si fuese la persona más imponente de la sala.

—Esta noche, nada de eso, ¿vale? —Lo dice con firmeza, seria. Estoy desesperada por empaparme tanto como pueda de su determinación—. Tú y yo vamos a escuchar ABBA mientras jugamos a algo y nos tomamos unos chupitos en la cocina. Y cuando estés lista, nos vamos de fiesta. Y nos vamos a divertir. Y si Tyler tiene algo que decir al respecto, que venga y me lo diga a mí.

Al oírla hablar con tanta solemnidad, se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Vale? —me pregunta.

—Vale.



La fiesta me resulta agobiante, pero Sadie no se separa de mí en ningún momento.

La casa de esta fraternidad, que no había pisado nunca, es gigantesca, pero sé que Sadie suele venir aquí de fiesta a menudo. Sobre todo, por un chico llamado Sean que no me está cayendo nada bien.

Ahora mismo estamos sentadas en la planta baja, rodeadas de focos y de música a todo volumen, aunque, por alguna razón, parece que estén sonando siempre las mismas quince canciones en orden distinto. Sadie está acomodada en el reposabrazos del sofá mientras Sean pasa de ella para hablar con sus amigos, aunque el tipo no para de acariciarle la pantorrilla con la mano.

Puede que a mi amiga le dé igual, pero el tío ese alardea de su chulería como si de un reloj caro se tratase. Me recuerda a Tyler y a Mark: la panda de niñatos pijos al completo.

No me gusta.

Mi mejor amiga tiene pinta de estar muriéndose de aburrimiento. La miro y le dedico una mueca. El whisky con sabor a canela que me corre por las venas hace que me sienta un tanto mareada. Sadie sonríe (todo un logro por mi parte), se quita la mano de Sean de encima de un golpe y viene hacia mí.

—¿Jugamos a algo? —grita para que la oiga por encima de la música—. Me han dicho que tienen un *beer pong* montado en la cocina.

Asiento, me levanto del sofá que está frente al suyo y trastabillo un poco al pisar el suelo con las botas de tacón. Sadie se ríe por lo bajo y me pasa un brazo por la cintura.

—¿Seguro que estás bien, Ro?

Vuelvo a asentir con una sonrisa mientras me abro paso por la atiborradísima cocina y acepto uno de los chupitos que me ofrecen al entrar. Por un segundo, me siento libre. Libre de cualquier cosa que me haga daño. El alcohol hace que me sienta como si acabasen de chutarme alegría en vena. Es una sensación agradable, por más artificial y efímera que sea.

—Oye... —digo soltando una risita y abrazando a Sadie sin demasiada fuerza—. ¿Me ayudas a buscar el baño?

6

Freddy

—No lo emborraches, Freddy —me ha advertido Bennett antes de que nos fuéramos a una fiesta de principio de curso que había cerca —. Te lo digo muy en serio, joder.

—No era mi intención —he respondido con una pizca de sarcasmo.

Y no lo era. De verdad. Quiero que Rhys se suelte un poco, aunque sea solo por un segundo antes de que vuelva a ponerse en modo «capitán de hockey» por completo.

Eso, y que yo tendría que estar cieguísimo para no ver cómo se ha quedado mirando la pantalla de mi móvil mientras cenábamos. Rhys estaba mirando la foto de Sadie, esa patinadora que apenas recuerdo, como si fuese la Copa Stanley.

Todo el mundo sabe que soy el típico tío al que le gusta pasarlo bien, el alma de la fiesta, aunque a veces deje que me robe el puesto nuestro defensa, Holden Dougherty. Y a pesar de que no es que sea el mejor animando al personal, y mucho menos al capitán del equipo, a quien tanto admiro y que ahora parece que esté colgando de un hilo, sé que al menos esto puedo hacerlo bien.

Por más que «esto» signifique dejarlo a solas con la chica de las piruetas a quien nunca he visto sonreír, pero a quien sí vi la

primavera pasada tomándose chupitos directamente del ombligo de uno de mis amigos del equipo de natación mientras estaba tumbado. Aunque la que después acabó yéndose arriba con ambos tíos fue Paloma Blake.

De todos modos, a juzgar por la forma en la que veo que se están mirando Rhys y Sadie cuando subo arriba, creo que no debería interrumpirlos en absoluto. Sobre todo porque este Rhysie enamorado no se ha dado ni cuenta de que estoy a escasos centímetros de él.

A ver, no es que yo sea una torre como Reiner, pero tampoco soy bajito y menos aún soy de los que se callan.

Sobre todo, si una chica guapa choca conmigo.

La sujeto como si nada y casi no puedo ni resistir la tentación de cogerla por la cintura, levantarla y volver a dejarla de pie. Solo por el simple hecho de que puedo y punto. Es solo una discreta advertencia para dejar claro cuáles son mis habilidades en la cama.

«Mira, cariño... ¿Has visto la fuerza que tengo? Puedo darte la vuelta como si nada. Pero soy delicado. Aunque, si quieres, puedo ponerme agresivo. Lo que tú prefieras».

—Perdona —me dice tímida y en voz baja, y se sonroja sutilmente a la vez que echa la cabeza un poco hacia atrás para mirarme.

Tiene el pelo largo y le cae como una cascada de rizos por la espalda; también lleva unos clips en forma de mariposa que le adornan los rizos. Y entonces caigo en que es la misma chica que vi en la biblioteca la semana pasada (bueno, más bien debería decir: «la chica que vi saliendo escopeteada»).

Recurro a mi sonrisa habitual y dejo que haga milagros mientras a ella se le dilatan las pupilas y, si eso fuera posible, le suben aún más

los colores.

—Tranquila, princesa —murmuro con todo mi encanto, esperando para ver si me empujará hacia el baño del que acaba de salir o si se marchará escaleras abajo a lo Cenicienta (teniendo en cuenta que ya es casi medianoche). Le acaricio las puntas de sus elásticos rizos—. ¿Necesitas ayuda?

—¡Nope! —espeta Sadie.

Hace ademán de llevarse a la chica, pero la fina mano de aquella misteriosa desconocida me agarra del brazo con el que estoy sujetándole la cintura.

Al notarlo, bajo la mirada y sonrío mientras le acaricio los dedos con la otra mano y me fijo en su delicada manicura de tono perlado, que centellea en contraste con mi piel. Me gusta fijarme en esos detalles, en cómo se esmera la gente (sobre todo las chicas) en mantener una buena apariencia.

No oigo la conversación del capitán con la patinadora, pero la chica me suelta con demasiada rapidez y se gira, trastabillando un poco, en dirección hacia las escaleras. La sigo con la mirada y me siento un poco tentado a ir detrás de ella. Parece divertida, llena de vida.

Me basta con mirarla para que se me empiece a relajar el cuerpo.

Sin embargo, solo puedo mirarla un segundo, porque Sadie y Rhys me gritan que me mantenga alejado de ella.

Levanto las manos en señal de rendición, con el claro propósito de hacerles caso. Al menos de momento.

Cuando me giro y voy hacia las escaleras, la chica ya está bajando a trompicones. Parece que vaya más borracha de lo que yo creía en un principio.

«Vale. No puedo "mantenerme alejado" de ella cuando no tiene a nadie que la cuide».

—Eh, con cuidado —río, y la acerco hacia mí rápidamente antes de que tropiece y se caiga por las escaleras.

—Perdona. —Se sonroja y levanta la vista para mirarme con los ojos vidriosos—. Todo me da vueltas. Y... —arruga la frente—, las escaleras aún más.

Cuando consigue recuperar el equilibrio, la sigo hacia el salón y luego hacia la cocina, donde se choca con otro tío.

—Joder, nena. Págame una copa primero —le dice un cabrón que va igual de borracho mientras le coloca las manos en la cintura para sujetarla después de rebotar contra él—. Venga, ven por aquí.

—Nope —contesto yo colocándome entre los dos con brusquedad. El tío la suelta de inmediato y la chica se choca con alguien mientras él me estudia de arriba abajo con los ojos centelleantes—. Aparta —gruño irritado de repente.

—Me ha cogido ella —farfulla el tío.

Me doy la vuelta y sacudo la cabeza porque no estoy de humor para pelearme con nadie y menos con unos idiotas que van de prepotentes solo porque han bebido de más.

—Hey, Ro —la llama uno de los amigos del tío con un tono de voz más dulce. A este lo conozco de antes, pero no recuerdo cómo se llama—. Dejadla en paz, tíos —le dice al resto.

—¿La conoces? —le pregunto.

—Freddy, hola —me contesta.

Le doy un apretón de manos, pero no respondo nada porque no me acuerdo de cómo...

—¡Mitch! —grita la chica, agarrándolo por el bíceps y dedicándole una amplia y cegadora sonrisa—. No sabía que estabas aquí.

Mitch se sonroja un poco bajo la gorra que lleva puesta del revés, pero levanta la vista y me mira con cierta aprensión en el rostro.

—Estábamos en la misma clase de Química orgánica el año pasado. Hicimos un trabajo juntos. ¿Está bien?

Levanto las manos.

—Yo solo la estoy vigilando. Su amiga está arriba, hablando con Rhys.

Mitch asiente y vuelve a girar a la chica hacia mí. Básicamente, acaba de responsabilizarme, de nuevo, de la preciosa (aunque borrachísima) princesa de mariposas en el pelo.

—Hey —me dice ella, levantando la vista para mirarme curiosa. Se detiene un segundo, como si me viera por primera vez, y me estudia bien bajo la luz de la cocina—. Freddy.

—¿Sabes cómo me llamo?

Abre los ojos de par en par y empalidece antes de negar con la cabeza. Su reacción consigue hacerme reír y le paso un brazo alrededor del cuerpo en medio de esta ruidosa sala atiborrada de gente.

—¿Quieres salir a que te dé un poco el aire, princesa?

—Vale —acepta hundiéndose fácilmente en mí mientras yo la guío hacia el jardín trasero, donde está la piscina.

—No me has dicho cómo te llamas —le digo con los labios pegados a su oreja para que pueda oírme a pesar del elevado volumen del altavoz al pasar—. Sería lo suyo, porque está claro que tú sí sabes cómo me llamo yo.

Sale afuera antes que yo. La sigo y cierro la puerta corredera tras de mí.

—Rosalie —dice gritando un poco. Se sonroja y sonríe con timidez —. Pero todo el mundo me llama Ro.

Aquí fuera ya no hay tanto ruido. Va directa hacia la piscina y se arrodilla para tocar el agua con la mano.

—Está caliente. Un poco, vaya... —me dice Rosalie antes de sentarse, bajarse la cremallera de las botas y quitarse los calcetines a toda prisa para poder meter los pies en el agua.

Niego con la cabeza pero la imito. Dejo mis impecables zapatos lejos de la piscina, con cuidado, y hago lo mismo con sus botas. Meto los pies en la piscina, a su lado, con el muslo sutilmente pegado al suyo. Ella se menea con dulzura al son de la música que se oye aquí fuera, de ritmo más pausado: «LOVE», de Kendrick Lamar y Zacari, suena a través de los altavoces que cuelgan de un alambre en el porche.

La estudio un momento e inhalo. De normal, me encanta perderme en el atolondramiento que supone una fiesta, donde nunca estás solo; sin embargo, por alguna razón, esto me está gustando más. Rosalie es preciosa: tiene la piel de un tono tostado cálido y el pelo castaño rizado que le llega prácticamente hasta la cintura; unos brillantes ojos color avellana con más verde que marrón y un delicado tono rosado en las mejillas a causa del alcohol. Ahora que la tengo tan cerca, me doy cuenta de que huele un poco a whisky de canela Fireball y a algo más dulce, como a un delicado perfume floral.

La ropa que lleva también es espectacular: unos shorts y un top sin mangas, ambos de punto, lo que hace que me entren ganas de

preguntarle si los ha hecho ella.

—Qué chulos —le digo alargando el brazo para coger, con delicadeza, uno de los clips en forma de mariposa de color rosa que le adornan los rizos—. Son monos. Y el outfit también.

Rosalie se sonroja todavía más, se separa y esconde la barbilla.

—Ah, gracias. No... Eh... No suelo vestirme así.

—¿Ah, no?

Niega con la cabeza.

—¿Y por qué? Mola.

—Tyler dice que parezco una niñita estúpida —suelta, y luego hace una mueca, como si no hubiese querido contarme todo eso. Se le ensombrece un segundo la mirada y empieza a tirar de los clips, como si intentara quitárselos casi con rudeza—. Total, son ridículos...

La detengo antes de que pueda arrancarse un mechón de pelo y le acaricio los rizos mientras le vuelvo a colocar una de las mariposas que se ha quitado. Solo le quedan tres en el pelo y el suelo a nuestro alrededor se ha convertido en un colorido cementerio de mariposas abandonadas y amontonadas sobre el cemento.

—De ridículo nada. Tyler es un idiota —gruño.

No sé quién es el tío ese, pero parece un cabrón y me encantaría estamparle el puño en la cara.

Y tal vez por eso soy incapaz de contenerme de hacerle la siguiente pregunta:

—¿Y Tyler es tu...?

—¿Novio? Sí. O... Bueno, no —musita antes de ruborizarse—. Se me había olvidado. Creo que ahora es mi ex. Yo qué sé. Me confunde y siempre va por ahí diciendo que no estamos juntos, pero que tenemos algo «informal». —Al pronunciar esa palabra, dibuja las

comillas en el aire, dándole un toque sarcástico, y a mí se me escapa un poco la risa—. Aunque si supiera que estoy hablando contigo, me mataría.

—¿Es celoso?

Ríe por lo bajo, como si acabase de hacer una broma la mar de graciosa, y chapotea un poco el agua con los pies.

—Qué va. Pero tú eres tú.

Estoy acostumbrado a eso, pero por alguna razón, oírselo decir a ella hace que sus palabras me sienten como una patada en el estómago. Y, por un segundo, desearía no tener esa reputación.

—Ya. ¿Tan golfo soy que todo el mundo ha oído hablar de mí? —pregunto.

Aun así, ya no sueno ni despreocupado ni relajado. Incluso la risa que se me escapa tiene un tono más oscuro de lo habitual y creo que Rosalie se asusta un poco.

—No —contesta al fin con los ojos bien abiertos y la frente arrugada—. No. Es... Porque... O sea... Porque me gustas.

Guardo silencio ante su atrevida confesión, pero Rosalie sigue hablando, nerviosa.

—Nos conocemos de antes. Coincidimos en otra fiesta, pero seguramente ya no te acuerdas y debes de pensar que estoy loca. Pero siempre has sido mi, eh..., mi *crush* famoso.

Se me dibuja una amplia sonrisa en el rostro antes de que pueda remediarlo y la alegría empieza a burbujearme en el estómago como si de champán se tratase. Casi me entran ganas de reír como un crío pequeño.

—¿No se supone que para ser tu *crush* famoso yo debería ser... famoso? —la interrogo dándole un golpe en el hombro con el mío y,

sin querer, le rozo el pie bajo el agua.

Rosalie ríe y asiente sonrojada, con los ojos embriagadoramente centelleantes.

—Sí, claro. Pero algún día lo serás —comenta con tanta seguridad que se me suben los colores de inmediato, cosa que no me pasaba desde hacía años.

—¿Eso crees?

—Eres increíble.

He oído esas mismas palabras un sinfín de veces; sin embargo, ella hace que suenen más genuinas. Es como si no estuviésemos hablando de mi cuerpo. El sexo no me cuesta. Empecé a aprender muy deprisa, cuando todavía era muy joven; demasiado. El hockey me cuesta todavía menos y soy mejor que la mayoría porque le pongo muchísimo empeño, por más natural que me salga. Ahora bien, dejando eso aparte, no soy... nada. Soy un puto fracaso porque soy un cabeza hueca. De hecho, no merece la pena que intente absolutamente nada para lo que necesite el cerebro porque, cuando se trata de hacer algo que no implique mi cuerpo en el sentido físico, no sirvo para nada.

Pero... Esto me ha hecho sentir diferente.

—Gracias. ¿Te gusta el hockey?

—Pues claro. —Asiente con vehemencia—. No he ido a ningún partido, pero estoy segura de que debe de ser una pasada. He visto vídeos. Me mola un montón.

Río porque parece confundida y empática a la vez. Es como si estuviese dándole banda ancha a un crío que quiere hablar de su obsesión con los dinosaurios. Y noto cierta calidez en el pecho.

—¿Vídeos? ¿De quién?

—De las mejores jugadas de la NHL y cosas de esas. O cuando lo echan por la tele. Parecen increíbles. Además, Sidney Crosby es guapísimo.

Me atrevo a alargar el brazo para acomodarle un rizo detrás de la oreja y le hundo la mano entre los tirabuzones.

—No has visto nada increíble todavía, princesa. Para eso, tendrás que verme jugar a mí.

Sí, es una puta frase para ligar y seguramente de las peores que haya soltado en la vida. Veo cómo ella se retrae en sí misma y se aleja un poco, como si acabase de causar el efecto contrario al que yo esperaba.

—Voy a meterme.

Rosalie se levanta y se marcha tan deprisa que no acabo de asimilar sus palabras. Solo abro los ojos como platos y pego un salto para seguirla. Sube por la escalera lateral hasta llegar arriba del cobertizo que hay en la punta del camino pavimentado que da la vuelta al borde de la piscina. Los de la fraternidad lo llaman «el trampolinazo», porque es donde van los fiesteros más aventureros para hacer piruetas y saltar... Sin embargo, más de uno se ha roto algún que otro hueso al calcular mal el salto.

Al ver lo que está a punto de hacer Rosalie, el estómago me da un vuelco enorme.

Como hasta ponerme debajo y quedar frente a ella. No quiero ni pensar en por qué me ha dado también un vuelco el corazón, ni en por qué siento este nudo en la garganta.

—Eh, princesa, ¿qué haces? —le pregunto con un ligero temblor en la voz.

—Quiero hacer algo divertido.

—Hablar es divertido. ¿Quieres que juguemos a algo?

—Quiero ser diferente —suelta, y empiezan a llenársele los ojos de lágrimas. Quiero que las estrellas que le he visto antes regresen; que regrese ese brillo entre dorado y color avellana a esos ojos que lo miran todo maravillados—. Quiero ser como tú.

—No, por supuesto que no quieres —río con crudeza.

—No soy valiente, ni guay, ni divertida. Solo soy... cuidadosa. Soy buena, pero sigue sin ser suficiente. Quiero ser más.

—Puedes ser quien tú quieras.

Cierra los ojos con fuerza, como si acabase de herirla físicamente con esas palabras.

—Ojalá... —empieza a decir.

Pero le resbalan un poco los pies y mi estómago da un salto mortal.

—Rosalie —gruño—. Espérame.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que ahora tenemos público. Pillo uno de mis zapatos y tiro del cordón.

«A la mierda». Estiro los brazos hacia arriba, pero el cobertizo sigue siendo un tanto más alto que yo. Sin embargo, si consigo saltar y agarrarme al borde con la mano, podré levantarme con un impulso sin tener que ir hacia la escalera y perder de vista a Rosalie.

De modo que eso hago. El afilado metal del cobertizo me corta las palmas de las manos y aprieto los dientes. Me impulso y me planto delante de ella. La cojo por la cintura, preocupado por si intenta saltar sí o sí.

—¿Qué haces? —me pregunta jadeante.

Tengo que cerrar los ojos para impedir que mi imaginación tome vida propia.

—Si tú saltas, yo también —respondo, y me encojo de hombros.

—¿Sí?

—¿Por qué no? —Sonrío—. A no ser que quieras hacerlo sola.

Rosalie se apresura a negar con la cabeza y contesta:

—Odio estar sola.

«Yo también».

—Genial. Entonces, no voy a dejarte sola, Ro —le susurro acariciándole el pelo con el aliento mientras alargo el brazo y le quito los últimos clips que le quedan en el pelo antes de guardármelos en el bolsillo, cogerle los tirabuzones con las manos y atárselos arriba del todo de la cabeza con el cordón del zapato, con cuidado, para que no le caigan en la cara.

—Gracias —responde sonrojada.

Estamos muy cerca, pero no me muevo.

—No tienes que agradecerme nada. Solo quiero asegurarme de que estés bien.

—Estoy bien.

Le apoyo las manos en los hombros y siento cómo tiembla bajo mi tacto.

Le cojo la mano y la guío hacia el borde. Por suerte, ya he visto a algunos universitarios temerarios saltando de este absurdo cobertizo en otras ocasiones. Y sé que podemos hacerlo.

—¿Lista?

—Lista.

Cuento atrás sin soltarle la mano mientras saltamos. Como me arde la piel, porque es lo que pasa cuando una chica consigue que te entre una ansiedad paralizante, noto el agua fría. Salgo a la superficie, me aparto el pelo de los ojos con un rápido gesto de

cabeza y oigo la sibilante risa de Ro mientras echo a nadar en su dirección y me pego tanto a ella que su aliento y el mío se vuelven uno solo.

—Eres muy majo —me dice sonriendo.

—¿Sí, eh? —me pavoneo ante su cumplido.

Ella asiente, pero enseguida se le desdibuja la sonrisa. Me da un vuelco el estómago de inmediato y me invade la necesidad de devolverle esa sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Ojalá fuera siempre así de fácil.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

Me han llamado «fácil» en muchísimas ocasiones, pero nunca así.

—Creo que no le caigo demasiado bien a la gente. Y eso que me esmero un montón —dice marcando bien esa última palabra.

Las lágrimas le inundan un segundo los ojos, y yo siento un nudo en la garganta al verla así. Y al empatizar con ella, porque la entiendo perfectamente.

Así que le ofrezco una pizca de mi propia vulnerabilidad para que estemos en situación de igualdad:

—Qué marrón... A veces, yo también me siento así.

Se me pone la piel de gallina con semejante confesión, pero ya no puedo retractarme.

Y... tampoco quiero.

Voy recorriendo con la vista las gotas de agua que resbalan por su bronceada piel y que le caen de los rizos que le he atado en lo alto de su largo cuello con el cordón del zapato.

Sus ojos son pura alegría y por fin se relaja. Es como si la tensión que le agarrotaba los hombros se hubiese fundido con el agua. Todo

parece más agradable, como si el tiempo pasara más lento aquí, en el agua, estando el uno frente al otro. No me cabe duda de que estoy mirándola con la misma expresión soñadora con la que me está mirando ella a mí. Estoy convencido de ello porque oigo lo rápido que me late el corazón en los oídos.

Esta... cosa indefinida con ella, sea lo que sea, es distinto. Noto cierta calidez y cierta opresión en el pecho, todo a la vez, porque me da la impresión de que puede que Rosalie vaya a besarme. Y lo deseo, desesperadamente. Me da igual el montón de gente con la que he estado antes, ahora mismo estoy sintiendo el mismo nerviosismo y la misma ilusión que sientes justo antes de tu primer beso. Quiero congelar este momento, detenerlo para que pueda volver a sentirme así una y otra vez y...

—¿Freddy? —me llama Rosalie en un jadeante susurro.

—¿Sí? —respondo con el mismo tono de voz que ella.

Me acerco hasta que nuestras manos se rozan bajo el agua.

—Gracias.

Le acomodo un mechón de pelo suelto detrás de la oreja y respondo:

—No hay de qué, princesa.

—Creo que sería muy fácil quererte —me dice.

Es un cumplido simple pronunciado en un susurro y Rosalie no tiene ni idea de que, para mí, ha sido como oír un disparo. Uno que me ha llegado directo al corazón.

Me deja sin palabras. Me quedo de pie, mirándola, y lo único que me hace reaccionar es la repentina aparición del capitán y la patinadora, que hacen estallar la burbuja en la que estábamos envueltos.

«Creo que sería muy fácil quererte».

Oigo esa misma frase mentalmente sin parar y consigue que mi cabeza se detenga, aunque siempre vaya a mil por hora.

7

Ro

—Tienes una pinta de mierda.

Casi no puedo ni levantar la cabeza. En lugar de eso, giro el cuello para poder mirar por encima del maravilloso y oscuro paraíso que he creado al cruzar los brazos sobre la mesa.

Sadie hace una mueca y deja dos tazas de café, frente a mí. Las ha preparado con nuestra Nespresso de segunda mano: un regalo que me hizo mi madre la primera y única vez que vino a visitarme.

—Tú intenta despertarte con un martillo golpeando tu cabeza y con «tolerate it» como alarma sonando sin parar, de esa manera tan triste y aterradora.

Sadie suelta una carcajada y se frota la boca con la manga porque se le ha escapado un poco de café.

—Por favor, no me digas que el altavoz que se ha pasado la noche encendido reproduciendo esa misma canción era el tuyo.

Gruño.

—Creo que empecé con «Getaway Car», pero en algún momento de la noche, la tristeza me invadió y empecé a sentirme muy rara.

—Teniendo en cuenta la impresionante sesión de karaoke que te marcaste anoche en el asiento trasero del coche, no me sorprende

demasiado.

Me tapo la cara con las manos, con brusquedad, y sacudo la cabeza.

—No... Dime que estás bromeando, por favor.

Sadie arquea una de sus perfectas cejas. Todavía tiene los labios un poco teñidos por su rojo oscuro habitual y lleva el pelo echado hacia atrás, recogido en un moño. Incluso con esa pinta está impoluta, elegante. Yo, en cambio...

Yo soy una masa grumosa de rizos enredados y encrespados, con los ojos hinchados.

—¿En serio no te acuerdas?

—Esos últimos chupitos me dejaron fuera de juego, Sadie —me quejo frotándome los ojos y dejándome caer con dramatismo contra la silla de madera que tenemos al lado de nuestra pequeña mesa de desayuno—. No me acuerdo de nada.

Sadie empieza a poner cara de haber visto un fantasma, así que a mí me da un vuelco el estómago.

—Ay, Dios... —digo con un gimoteo—. Qué cara... Suéltalo. ¿Qué pasa?

—Puede que tu sesión de karaoke fuese en el asiento trasero del coche de Matt Fredderic. —Se muerde el labio un segundo mientras yo noto cómo empalidezco con cada palabra que sale de la boca de mi amiga—. Y puede que acabaras en la piscina con él.

—¿En la piscina? ¿Qué? ¿Qué piscina...?

—Saltaste desde el cobertizo como una lunática. —Ríe por la nariz —. Daba un poco de miedo, pero moló bastante.

«Ay, Dios».

En lo primero que pienso es en Tyler. Me pregunto si habrá visto el espectáculo, si alguien me grabó haciendo locuras y se lo ha contado. Y detesto que eso sea lo primero que me venga a la mente. Ojalá me diese igual lo que Tyler opina de mí, pero es que sigue importándome porque lo quiero. Creo. Y quiero que me vea con buenos ojos, que me vea como a su pareja y como a una igual.

No como a una fiestera borracha que va saltando de los tejados con un playboy jugador de hockey.

En un acto reflejo, cojo el móvil y abro mi chat con él.

Nada.

Simplemente dos «Lo siento» por leer y responder. Que le envié yo a él.

Vuelvo a mirar la hora en la pantalla del móvil y me sobresalto.

Las 13:39 h.

—¡He dormido hasta pasada la una! —grito, y casi tiro la silla al suelo al intentar levantarme con las prisas.

Sadie, que está escuchando música con los auriculares puestos, me mira con una tostada de mantequilla y mermelada medio colgándole de la boca. Se quita un auricular y luego coge la tostada en cuestión.

—Sí —contesta con parsimonia y con una ceja arqueada—. Creo que estuvimos despiertas hasta las cuatro, más o menos, Ro. Casi no me ha dado la vida ni para llevar a los chicos a entrenar esta mañana. Cuando he vuelto, me he metido de nuevo en la cama. ¿Por qué, pasa algo?

Gruño mientras ella acaba de hablar, me meto un trozo de tostada en la boca con brusquedad y pillo la botella de agua.

—Tengo que estar en la biblio en veinte minutos.

—¡Ro, tía! —Sadie sonríe—. De hecho, creo que estoy hasta orgullosa de ti. Primer día en la vida que llegas tarde a algo.

Rebusco desesperada por los cajones de la cocina para ver si encuentro una barrita energética. Lo que sea con tal de no desmayarme en mitad de la tutoría con Matt Fredderic.

Matt Fredderic.

Yo, que estaba yendo hacia mi cuarto a toda prisa, freno en seco y me giro hacia Sadie para suplicarle:

—Porfa, porfa, porfa... Dime que Freddy y Rhys estaban tan borrachos anoche que tampoco se acordarán de nada.

Sadie se detiene y le cambia el rostro. La confusión le desaparece de la cara y esboza una amplia y malévola sonrisa.

—No los vi con una copa en la mano en toda la noche, a ninguno de los dos. Lo siento, Ro. —Al verme tan agobiada, sacude la cabeza —. Tranquila. A estas alturas, seguro que ya tienes a Freddy en el bote. Incluso puede ser una buena forma de compensar que te pasaras todo primero y segundo suspirando por él.

Sacudo la cabeza con la fuerza suficiente como para volver a sentir un dolor despiadado.

—Y ahora tengo tutoría con él...

Me froto la cara con las manos otra vez y asiento antes de dar media vuelta e ir hacia mi cuarto antes de que pueda oír a Sadie canturreando «Getaway Car» para burlarse de mí y hacer que mi jaqueca vaya a peor.



Llega tarde.

Lo cual, si tenemos en cuenta el carrerón que me he pegado para adecentarme y presentarme aquí a tiempo, es bueno y malo a la vez. No voy con mi mejor ropa: una camiseta oversize rosa chillón con corazoncitos y mariposas en distintos tonos rosados que he combinado con unos cómodos pantalones cargo finos de color crema y una diadema gruesa de tela negra para apartarme los rizos (que hoy tengo muchísimo más alborotados que de costumbre) de la cara.

Por lo menos voy decente y he conseguido deshacerme del olor a licor de canela.

Me pesa tanto la cabeza que casi no puedo ni mantenerla levantada, así que apoyo la barbilla en las manos y cierro los ojos mientras le doy otro sorbo a la botella absurdamente grande que he traído conmigo.

—Hey.

«Dios, ¿cómo puede este chico hacer que una simple palabra suene ASÍ?».

Me enderezo y sonrío discretamente a pesar de que noto cómo se me va subiendo el color a las mejillas. Cuando todo lo que me ha contado Sadie acerca de lo ocurrido anoche vuelve a colarse en mi mente, no hago sino sonrojarme todavía más.

Matt Fredderic está exasperantemente guapo, como siempre. Y él, que siempre planea sus outfits a la perfección, hoy ha optado por algo un poco más informal que de costumbre. Aun así, la tela de su delicada camiseta azul marino del equipo de hockey de la Universidad de Waterfell se tensa a la perfección a lo largo de su definido pecho y sus marcados hombros y le queda un poco más suelta a la altura de su esbelta cintura.

Lleva el pelo impecablemente peinado en unas suaves y cortas ondas, y las líneas que delinean su sonrisa se ensanchan, convirtiendo ese gesto en un arma secreta.

—Sí, hola, hola —suspiro, y entonces carraspeo al darme cuenta de que sigo mirándolo embobada.

La sonrisa le llega a los ojos mientras se sienta en la silla que, de repente, bajo todo su peso, parece más pequeña. Le noto cierta ligereza en el rostro, como si compartiésemos alguna especie de broma interna a pesar de que ninguno de los dos ha dicho nada aparte de saludarnos.

—Me alegro de volver a verte, princesa —me dice con voz dulce y yo me sonrojo—. Te echaba de menos.

—Yo..., yo también me alegro de verte —farfullo, y trato de dar con las palabras adecuadas—. Debería disculparme por lo de anoche.

—¿Por qué exactamente? —Sonríe pícaro y se inclina por encima de la mesa con las manos tan cerca de las mías que casi me las roza —. ¿Por hacer que acabase empapado?

Freddy se muerde el labio inferior para contener la sonrisa mientras me mira. Le devuelvo la mirada, como si estuviese estudiando con todas mis fuerzas para un examen cuya temática desconozco.

Incluso diría que quiere besarme, lo cual es absurdo. Sin embargo, su expresión es muy parecida a la que recuerdo de aquella fiesta de verano de primero. Su cálida y sonrosada piel, el sabor a canela de su lengua al enroscarse con la mía...

«¿Se acordará de ese beso? ¿Se despertará después de haber soñado que me tenía abrazada por la cintura como sueño yo con

él?».

Una gélida estupefacción hace que levante la vista de golpe y lo mire directamente a sus ojos verdes, ahora entrecerrados.

«¿Nos...? ¿Nos besamos?». No puedo preguntárselo. No quiero reconocer que no me acuerdo de absolutamente nada de lo que ocurrió anoche. Bastante humillante fue ya todo lo ocurrido.

—No. O sea, sí, pero yo no... —«¿Qué me ha dicho?». Me he quedado en blanco. Carraspeo y vuelvo a ceñirme a mi guion habitual—. Hemos venido a hacer un repaso rápido de...

—Rosalie —dice en un intento por tranquilizarme mientras coloca una mano encima de la mía.

Pero con eso consigue justo lo contrario. En un acto reflejo, me separo unos buenos treinta centímetros. Echando la silla hacia atrás, aparto las manos y las escondo bajo los muslos.

«¿Rosalie?». Ay, Dios. No sé cómo es posible, pero me sonrojo más aún y noto que me arden las mejillas. ¿Le di mi nombre completo? Pero si no lo sabe nadie... No lo utilizo nunca. Ni siquiera Tyler sabe de dónde viene Ro, aunque tampoco es que me lo haya preguntado en ningún momento.

—Es Ro —digo con un agudo hilo de voz—. Pues eso, que... Que la gente me llama así.

Una rápida mueca de dolor le atraviesa el rostro antes de echarse a reír, apartando esa emoción a un lado, y repantingarse en la silla que me queda delante, a pesar de seguir con sus fuertes antebrazos y sus grandes manos apoyados sobre la mesa. Me distrae. Todo él me distrae.

—No es lo que me dijiste... —canturrea—. Además, me gusta «Rosalie».

Como siento que voy perdiendo el control de la situación, me yergo un poco en el asiento y recoloco las libretas y las carpetas encima de la mesa para que queden un poco más rectas. Si me mantengo con las manos ocupadas y voy siguiendo mis movimientos con la vista, no tengo que mirarlo a él.

—Puede que bebiese un poco más de la cuenta —le digo mordiéndome el labio inferior, y luego intento tragarme el nudo de vergüenza que siento en la garganta—. Lo siento muchísimo.

—No te disculpes, Rosalie —me dice sonriendo, mientras yo vuelvo a sonrojarme al oír que me llama por mi nombre completo. Cuando lo pronuncia él, suena como una canción—. Anoche me lo pasé bien, más que bien.

—Ya sé que en la fiesta igual me, esto..., me comporté de cierta manera, pero quiero asegurarte que suelo ser muy profesional...

—Pero en ese momento aún no nos conocíamos —me corta con la frente arrugada.

Noto una punzada de dolor en el pecho. Aun así, consigo esbozar una amplia sonrisa cuando por fin lo miro a los ojos. Parece confundido.

—Ya —contesto antes de coger el montón de hojas que suelo utilizar para asesorar sobre las diferentes formas de aprendizaje. Vuelvo a carraspear innecesariamente y me enderezo. Freddy me imita con discreción, pero sus ojos verdes siguen centelleando—. Rodger y Tyler me han dejado unas cuantas observaciones sobre ti para que las revisara antes, pero he pensado que podríamos...

—Frena. —Freddy levanta la mano, como si así pudiese volver a meterme las palabras en la boca físicamente—. Tyler, el cabrón de tu

posible exnovio, ¿es Tyler *Donaldson*? —me interroga marcando bien el apellido.

Me quedo atónita y voy abriendo y cerrando la boca repetidamente antes de dar con una respuesta que no sea preguntarle, con una voz demasiado aguda: «¿Ayer te hablé de Tyler?». Así que, en lugar de eso, intento aferrarme a mi ya endeble profesionalidad.

—Esto es inapropiado —digo. Freddy se recuesta de nuevo en su asiento, pensativo y con el ceño fruncido, y me mira fijamente a los ojos por primera vez desde que ha llegado—. Pero sí. Tyler Donaldson y yo... estamos saliendo.

«Estamos». En presente porque no tengo del todo claro cómo tengo que calificar este extraño e incómodo vaivén en el que nos encontramos ahora mismo.

A Freddy se le dibuja una sonrisa jovial en los labios mientras se cruza de brazos y vuelve a mirarme a los ojos.

—Cómo no. Ahora entiendo por qué me advirtió sobre ti, al igual que parece que a ti te ha advertido sobre mí. Por lo visto, los dos tenemos cierta reputación.

Sus palabras suenan a broma, a burla intencionada. Aun así, me siento un poco aturdida, más por la ansiedad que por cualquier efecto tardío del alcohol.

¿Que Tyler le advirtió sobre mí?

La lista de cosas que puede haberle dicho me parece tan larga y me resulta tan agobiante que no sé ni por dónde empezar, lo cual no hace sino aumentar la ansiedad y el miedo que siento hasta que alcanzan niveles desorbitantes. «Llevas siendo el *crush* de Ro desde primero. Jura que fuiste su primer beso a pesar de que la mayoría

de nosotros no nos creemos que os hayáis besado en la vida». Casi oigo cómo me chirría su risa burlona en los oídos.

O peor aún: casi lo oigo hablándole de mis gustos en la cama.

Tyler dice que soy demasiado descarada, por decirlo sutilmente. Que le tengo demasiadas ganas, que hago demasiado ruido o que soy excesivamente expresiva con los gemidos. Que pido mucho o que hago cosas que, según él: «Están por debajo de alguien tan listo como tú, Ro. Es degradante». ¿Sería capaz de comentarle algo tan personal a Freddy? ¿Estará refiriéndose a esa clase de advertencia?

¿Puede ser que por eso Freddy fuera a por mí anoche en la fiesta? ¿Que me buscara justo por eso y por eso mismo esté tonteando ahora conmigo? Vuelvo a sentir un vacío en el estómago, como si estuviese en una montaña rusa interminable de adrenalina que está quitándome años de vida a cada segundo que pasa.

A lo mejor Tyler siempre ha tenido razón. Mi comportamiento debería reflejar el respeto que espero recibir por parte de los demás. Si quiero que me vean como a alguien brillante e inteligente, debería de ser más reservada con los temas sexuales, igual que Tyler. Estoy segura de que sus amigos del colegio privado al que fue en Nueva York, y con quienes pasa todos los veranos, también son así. Si me comporto de esa manera, tal vez al final logre ser lo suficientemente buena.

Me paso las manos sudadas por los vaqueros y tiro de uno de los rizos que ha quedado suelto mientras voy enrollándolo sin parar con un dedo para calmarme.

—Oye... Si Tyler te ha dicho algo o me comporté rara anoche contigo o algo... Que sepas yo no soy así.

Al oír mis palabras, Freddy frunce el ceño y luego empieza a dibujar círculos con los dedos sobre la mesa de madera. Sus labios se curvan hacia abajo. Me parece que lo que acabo de decir le ha molestado.

—¿A qué te refieres con eso de lo que dijiste...?

—No me acuerdo de nada de anoche —confieso finalmente con un tono de voz un poco más severo de lo que esperaba y con la piel encendida a causa de la humillación. Asiento con la cabeza con un poco de brusquedad y prosigo—: Seguramente sea mejor así. Empecemos de cero. Olvídate de anoche. Haz como si nunca hubiese pasado —lo corto tras tenderle la mano para que nos saludemos de manera formal.

Freddy me mira la mano, y veo cómo el dolor le inunda el rostro y se le hunden los hombros. ¿Es consciente de que sus emociones se dibujan claramente en su rostro ahora mismo, sin la habitual sonrisa ligona en los labios?

Sacude la cabeza y musita por lo bajo:

—Vale.

No me mira a los ojos. Baja la vista al suelo, como si estuviese pensando en algo, antes de aceptar mi mano por fin y darme un rápido y desganado apretón.

Mientras yo abro la carpeta, Freddy se levanta tan abruptamente que su silla cae hacia atrás. Abro los ojos como platos.

—¿Adónde vas?

Ya se ha colgado la mochila de un hombro y me hace un gesto extraño con la cabeza antes de dirigirse hacia la puerta y perderse por la silenciosa planta de la biblioteca, donde no hay nadie.

—¡Espera! ¡Aún no hemos empezado! —digo más fuerte de lo que debería, aturullada mientras lo persigo.

Lo agarro por el asa de la mochila y trastabillo un poco con la fuerza accidental con la que tiro de él. Me sorprende que consiga mantenerse firme; lo que no me sorprende es que no lo consiga yo. A la que caigo de culo contra el suelo, suelto un grito.

Él desvía la vista hacia mí, que sigo bochornosamente espatarrada sobre esta horrenda alfombra con estampados de los años noventa. Imagino que ahora se marchará, mientras yo me siento tentada de cerrar los ojos para no ver la sonrisa burlona que seguro que se le dibujará en el rostro.

Pero en lugar de eso, se agacha, me agarra por las caderas justo por encima de la vaporosa tela de mi camiseta extremadamente grande, y me levanta para volver a dejarme de pie. Como si fuese una pluma, como si fuese una chica diminuta y no la que sé que soy en realidad: una chica delgada, pero que mide casi un metro ochenta.

Deja las manos en mis caderas un segundo de más y juraría que noto cómo me aprieta...

Freddy se dirige hacia la puerta y yo me sobresalto.

—Freddy, espera. ¿Adónde...?

Chasquea los dedos y se gira para responder:

—Se me había olvidado. Tengo, esto..., cosas de hockey —responde, y esboza una falsa sonrisa—. ¡Ya sabes!

Sacudo un poco la cabeza para evitar que su encanto se adueñe de mí.

—No, no lo...

—¡Nos vemos el martes que viene! —grita. La bibliotecaria de verano vuelve a reprimirlo con un «¡Shhh!» mientras mueve el dedo.

—¡Es los miércoles! —le contesto, y pongo los ojos en blanco cuando la bibliotecaria me mira estupefacta.

Ahora mismo no hay ningún otro alumno más en la biblioteca. No hace falta que guardemos silencio.

Freddy se apoya contra la puerta, se encoge de hombros y sonríe descarado.

—Tengo dislexia —contesta.

Empuja la puerta antes de que se me ocurra una sola respuesta a su humor autocrítico.

Día uno como tutora de Matt Fredderic y ya he perdido absolutamente todo el control sobre nuestra dinámica.

8

Freddy

Mi plan fue un fracaso absoluto.

Mensajes por responder o respuestas rápidas y a modo de disculpa. Sin embargo, sigo solo en esta casa.

Casi todo el mundo a quien suelo invitar para que me hagan compañía estaba ocupado haciendo otras cosas, echando el rato con sus amigos... Disfrutando del relax que supone el principio del semestre.

Me alegro de que tengan algo que hacer, pero no por eso me duele menos la sutil sensación de abandono que siento.

Incluso ahora, mientras caliento un poco de beicon en el microondas y preparo unos huevos revueltos en la única sartén que me deja usar Bennett, espero que, cuando coja el móvil, encuentre alguna respuesta alegre. Un «Te echo de menos, Freddy» o un «¡Ya voy!», por lo menos, que ayuden a mitigar el dolor que empieza a crecerme en el pecho.

Al entrar en mi cuarto, cierro de un portazo y el eco del golpe me retumba en la cabeza.

Estoy solo. La casa está vacía. Rhys regresa mañana y Bennett no está aquí porque ha pasado la noche fuera. Aun así, sentado solo en

mi habitación, finjo que me da igual poder o no mitigar esta punzada de dolor. «Estás bien. Todo va genial».

Me obligo a sonreír en un santiamén, como si así fuera a subirme el ánimo, y me como todo lo que tengo en el plato antes de meterme debajo de las sábanas e intentar dormir. A pesar de que sigo oyendo su voz.

«*Creo que sería muy fácil quererte*».



Hoy no llego tarde, algo extraño en mí, pero es que a duras penas he podido pensar en otra cosa que no sea en esta siguiente sesión de tutoría. Ya sea por culpa de la ansiedad o por culpa de las expectativas que he puesto en ella, o por ambas razones.

Rosalie me envió un escueto e-mail después de que me largase a toda prisa de nuestra última sesión y me pidió que quedásemos en la cafetería que hay en la tercera planta. Hoy empieza el semestre de otoño, de modo que la biblioteca está relativamente vacía: casi nadie necesita venir aquí nada más empezar las clases, a no ser que ese alguien tenga problemas constantes con los estudios, como yo.

Aun así, casi no he dormido porque he decidido pasarme la mañana en el gimnasio del complejo deportivo, lo cual significa que voy con unos shorts con los que enseño más muslo del que debería y la última camiseta limpia que tenía en la colección de prendas que guardo en el asiento trasero del coche. Definitivamente, tengo que hacer la colada ya.

Veo a Ro antes de que ella se fije en mí. Está sentada en la mesa de una esquina. Sigue pareciéndome igual de guapa que la primera

vez que la vi, aunque hoy va un poco más tapada. Se ha puesto un chaleco de punto a modo de top que le da un aire más profesional que el outfit más cómodo que escogió la última vez. Aun así, lleva un clip muy original (grueso y decorado con unas cuantas fresas) en el pelo, lo cual le aporta un poco más de informalidad. Está sujetando un lápiz con la mano: se lo pega a los labios y le da vueltas antes de hacerlo repiquetear contra la boca. Me distrae tanto que me detengo un segundo a mirarla.

Como si acabase de anunciar mi llegada, Rosalie levanta la vista de las hojas que tiene esparcidas delante y me mira a los ojos, no sin antes detener la mirada un poquito demasiado en el tatuaje de una mariposa que tengo en lo alto del muslo. Me dirijo hacia ella mientras tenso un poco más de la cuenta los músculos, y dejo que se me dibuje una sonrisa descarada. La necesidad que siento de alardear delante de ella es casi irreprimible.

La gente no deja de observarme y me repasa de arriba abajo con la mirada como si mi cuerpo fuese un espectáculo exclusivo para sus ojos. Pero cuando me mira Ro, me siento distinto. Ella no me mira con avaricia, sino inquisitiva, como si estuviese intentando ver algo que se esconde detrás de todo eso.

«Aunque tal vez esté intentando acordarse de la noche que quiere fingir que no ha pasado».

La sonrisa se me desdibuja sutilmente ante ese inesperado pensamiento, pero consigo deshacerme de él con un rápido gesto de cabeza mientras me acerco a mi nueva tutora.

—Hey —la saludo en voz baja.

Mi voz surte efecto de forma inmediata. A Ro se le enciende la piel hasta adoptar un tono rosa dorado. Mi sonrisa se ensancha aún más.

Me encanta que reaccione así ante mí.

—Hola.

Tiene los ojos color avellana bien abiertos y llenos de preguntas, y vuelve a bajar la vista hacia mi muslo antes de subirla deprisa y mirarme a los ojos de nuevo.

—Siéntate —me dice con un tono más serio que la expresión que atisbo en su rostro. Obedezco alegre y me apoyo en los antebrazos mientras la escucho—: Bueno, he revisado tu horario para que no se te solape con nada y he mirado a ver qué carga...

—Eso, a ver qué carga, que algunas no son legales.

Es una broma penosa y cualquiera se molestaría y soltaría un gruñido o pasaría de mí por completo. Pero, cómo no, Rosalie es distinta.

Sonríe como si no pudiera evitarlo. Y eso a mí me sienta como si me estuviesen incitando, y entonces me entran más ganas de arrancarle otra sonrisa, de hacerla reír o de sonsacarle cualquier reacción positiva que pueda ofrecerme que de prestar atención a lo que sea que esté intentando decirme.

—Qué gracioso —responde.

—Soy muy gracioso. Seguro que te acuerdas.

La estoy poniendo a prueba en un nuevo intento por ver qué es lo que recuerda del viernes por la noche. A lo mejor, ahora que han pasado unos días, ha empezado a recordar algo.

Arruga sutilmente la frente.

—No. Lo... —Se aclara la voz y levanta la vista para mirarme dubitativa—. Lo siento. Es que... No sé muy bien qué pasó el viernes. No me acuerdo de nada.

Al oír sus palabras, un frío glacial reemplaza la calidez que me corría por las venas.

Ro tiene pinta de estar esperando a que le cuente cosas y me quedo petrificado. Sonrío a pesar de que noto una punzada de dolor ante el recordatorio de que no se acuerda.

¿Cómo se puede decir con delicadeza: «Estabas tan triste que quisiste tirarte a la piscina desde un tejado solo para sentir algo diferente»? O también: ¿«Me dijiste que tu novio es idiota y luego pusiste todo mi mundo patas arriba al decirme que sería fácil quererme cuando a todo dios le supone un puto suplicio»?

En lugar de decirle nada de eso, sonrío y sacudo la cabeza.

—No te preocupes por eso. Sigue, por favor. Prometo no interrumpirte.

Finjo cerrarme la boca con cremallera, giro la muñeca como si estuviese pasando la llave y la tiro por detrás de mi espalda antes de erguirme, cuadrarme de hombros y juntar las manos. La imagen del alumno más atento del planeta.

—Bueno... —Señala los papeles que ha esparcido delante de mí sin dejar de sonreír—. Por lo visto, las fechas en rosa son las que mejor nos irían para quedar. También he añadido la hora. Cuando tenga claro cuáles son las asignaturas que más te cuestan, especificaré un poco más para ver en qué tenemos que centrarnos primero. ¿Te parece?

Trago saliva con fuerza.

—Claro.

—Vale —continúa. Si se ha dado cuenta de que a duras penas he mirado los papeles, no dice nada. Me pasa otro montón de hojas más grueso que el anterior, este grapado—. Son los temas para la

prueba de hoy, que es de muestra. He añadido una mini pausa debajo de cada una para que descanses un poco, sobre todo porque no quiero que te agobies. Da igual lo que saques en esta prueba, ¿vale?, pero a mí me servirá para ver por dónde tenemos que empezar.

Me pongo a mover la rodilla debajo de la mesa mientras estudio el papel. Hay una cantidad de texto sorprendente, tanto que me siento tentado de tirar la toalla antes de empezar.

—De acuerdo. —Asiento y escaneo el documento con la mirada—. Me parece bien. Creo que puede funcionar.

Vuelvo a pasarle los papeles y esbozo una sonrisa antes de levantar la vista. Ro parece más relajada, pero sigue con el ceño fruncido mientras alterna la mirada entre los papeles y yo.

«Lo sabe». Le he echado una mirada demasiado rápida a los documentos. Se me suele dar bien fingir que estoy leyendo algo, llevo años salvándome el pellejo en situaciones como estas. Pero cuando tengo a Rosalie cerca, me pongo demasiado nervioso. Ha leído todo lo que aparece en mi carpeta: dislexia, discalculia, TDAH... Pero nunca nadie se da cuenta de lo grave que es mi dislexia. Si ya me cuesta entender los horarios de hockey, no hablemos de un libro de biología.

Nos quedamos mirándonos mutuamente, pero yo desvío la vista, mientras Ro la deja clavada en mí. Este momento parece durar una eternidad, pero al final Rosalie le da la vuelta a una hoja y me la coloca delante.

—Vale. Bien —dice serena—. Tenemos que revisar esto juntos; es un requisito de mi equipo. Así que, si no te importa, te lo leo directamente.

Es *imposible* que sea un requisito de su equipo y más ahora que sé que dicho equipo lo forman Tyler y Rodger y cualquier otra persona que haya intentado ayudarme hasta ahora y no lo haya conseguido. Me muerdo la lengua para evitar refutar su argumento con algún comentario mordaz, como justamente lo que acabo de pensar.

Pero Ro está mintiendo porque quiere ayudarme. Sin dejarme en evidencia y sin reñirme.

—De acuerdo. —Asiento, y trago saliva con fuerza—. Te escucho.

9

Ro

—¿Y va todo bien con tus amigos? ¿Qué hay de esa clase de bolos a la que dijiste que te habías apuntado?

Respiro profundamente y me paso una mano por el pelo mientras, sentada, hago girar despacio la silla de mi escritorio.

Estoy en plena llamada telefónica semanal con mi madre, aunque esta semana la he llamado yo dos veces. Tyler cree que la llamo demasiado, que, para la edad que tengo, estoy «demasiado pegada a ella».

—Pues, en realidad, lo dejé antes del verano. Necesitaba centrarme más en un proyecto de investigación para Tinley.

Oigo que mi madre empieza a soltarme el rapapolvo habitual sobre mantener un equilibrio y disfrutar de los años de universidad, pero la corto enseguida porque esta conversación solo nos llevará a que le confiese algo que no quiero confesarle. Y menos a las diez de la noche del día antes de que empiece el curso.

—Estoy muy cansada... —susurro pasando de la punzada de dolor que siento en el pecho solo de pensar en colgar la llamada.

Mamá suspira al otro lado de la línea y yo cierro los ojos.

—De acuerdo, *yavrum* —responde con ternura. Lleva llamándome *yavrum*, que significa «peque» o «cariño» en turco, desde que era una cría. Mi padre siempre la riñe con cariño por seguir tratándome como a una bebé; él, en cambio, dejó de llamarme *caramelito* en cuanto empecé la secundaria. Al oír su cariñoso apodo por teléfono estando yo tan lejos, me siento como si me estuviese envolviendo con una manta de esas tan calentitas—. Llámame pronto, por favor. Me encanta oír tu voz.

—Te quiero —le digo con la esperanza de que note cómo me siento, ni que sea muy sutilmente, porque con las palabras no basta —. Dile a papá que también le quiero.

—De tu parte. Y nosotros te queremos a ti. Y recuerda —me dice con la voz cargada de puro amor—: tu padre y yo estamos muy pero que muy orgullosos de ti.

—Buenas noches, mamá —me despido medio atragantándome con las palabras antes de colgar, dejarme caer en la cama y cubrirme los ojos, ya acuosos, con las mangas de la sudadera de Waterfell de mi padre.

Permitirme llorar me resulta casi catártico. Me he pasado la mitad del verano con mis padres, pero nunca me parece tiempo suficiente. Y como sé que no volveré a casa hasta Navidad y eso me agobia un poquito demasiado ahora mismo, prefiero no pensar en ello.

Así las cosas, espero a que las lágrimas paren, me limpio la cara, me trenzo el pelo, pongo las alarmas correspondientes y dejo la ropa preparada para el primer día de clase de otoño. Reviso el horario dos, tres veces, y preparo la mochila: cualquier cosa con tal de distraerme y no centrarme en la opresión que noto en el pecho.

Al final, consigo cansarme hasta el límite. Cojo el móvil que he dejado en el escritorio, desde donde ahora suena «striptease», de carwash, de una *playlist* de Sadie. Mientras el cantante tararea la melodía dulcemente a través del altavoz, me doy cuenta de que he recibido un mensaje.

Lo de mañana sigue en pie? Soy Freddy, por cierto

Debajo del mensaje, aparece una línea entera de emojis sin orden ni concierto con varios corazones en llamas y caritas guiñando el ojo, además de varios pares de botas.

Me dispongo a guardar el contacto con el nombre «FREDDY», pero entonces me muerdo el labio y lo borro. No suelo mandarme mensajes de texto con mis alumnos, siempre opto por el e-mail para mantener una distancia profesional, porque suelo ser de la misma edad o más joven que las personas a quienes tutorizo. Como Sadie o (Dios no lo quiera) Tyler vean su nombre en mi teléfono, me bombardearán a preguntas que no sabré responder.

Sí, antes de clase. Volveremos a repasarlo todo para la prueba de muestra

Eso suena a copiar... Me encanta

Qué va. Es solo preparar un examen, como haría con cualquier otro alumno. Hasta mañana

No me vas a preguntar de dónde he sacado tu número?

Las mariposas que habitan en mi interior alzan el vuelo con más fuerza y más insistencia que de normal. Al intercambiar estos mensajes con Freddy, no me siento como si estuviera haciendo mi trabajo, sino que me da la impresión de estar tonteando con él. Me siento ilusionada y me pongo a pensar en bromas que son solo nuestras. «Que eres su tutora, no su amiga», me recuerdo a mí misma.

Buenas noches. Duerme un poco antes de empezar mañana las clases. Es importante descansar

Dulces sueños, princesa

Al final del mensaje ha añadido una cara guiñando el ojo y otra lanzando un beso, pero lo ignoro con la misma rapidez con la que hago caso omiso a lo mucho que me arden las mejillas. Pongo el

móvil a cargar y me giro para intentar dormir, y esa noche sueño con Freddy guiñándome el ojo y lanzándome besos.



Nada más entrar en la sala, noto la tensión que se respira en el ambiente de inmediato. Y todo el mundo calla.

Es una sensación extraña a la que estoy plenamente acostumbrada. Como soy la única chica del departamento, soy cautelosa. Y aunque los chicos pijos que lo llevan todo suelen excluirme, dado que Tyler es su cabecilla y, a ratos, mi novio, siempre he esperado que tal vez pudiese ganarme un sitio o algo así entre ellos.

Sin embargo...

—Buenos días —los saludo.

Me abro paso y cuelgo la mochila en el respaldo de la silla de mi escritorio. A continuación, me recojo los rizos en un moño para apartármelos del cuello porque, entre el paseo por el campus y la ansiedad que me ha entrado al imaginarme cómo se comportará Tyler, sobre todo delante de su público favorito, hacen que se me revuelvan las tripas y empiece a sudar.

—Ro. —Tyler me dedica una sonrisa tensa y forzada. Echa a andar hacia mí y todo el grupito que tiene detrás también se pone a caminar con cuidado, como si quisieran espiar la conversación y pensaran que están siendo discretos—. ¿Podemos hablar, nena?

Siento un nudo en el estómago. Quiero decirle que no porque ya estoy empezando a sentir náuseas y, a juzgar por cómo me está mirando, sé que dicha sensación no hará sino empeorar.

Aun así, en lugar de eso, respondo:

—Claro.

Y sonrío, aunque el gesto no me salga natural.

Nos metemos en una de las salas de estudio pequeñas: solo tenemos tres en el despacho y solemos utilizarlas, sobre todo, para hacer reuniones estudiante-profesor o por si alguien necesita un poco más de tiempo para alguna prueba. De todos modos, ahora están vacías.

Los ventanales de la sala en cuestión cubren la pared entera. Me siento como si estuviese en una pecera y todos los demás nos estuviesen mirando, listos para empezar a aporrear el cristal.

—Estábamos hablando con los chicos de las solicitudes para el curso intensivo de Tinley y... —Deja la frase a medias y se pasa una mano por su enmarañado pelo castaño—. Tal vez deberías plantearte pensar en otro curso.

Arrugo la frente con el corazón acelerado, pero intento mantenerme calmada todo lo que puedo.

—Ni siquiera he pensado en enviar la solicitud a ese curso aún. Todavía faltan dos meses para que cierren las inscripciones. No sé... ¿Por qué me estás...?

—Oye —me corta—. No te alteres. Era solo una sugerencia.

Creo que mi reacción ha sido totalmente normal teniendo en cuenta que quien está en el comité de selección con Tinley es precisamente él.

—No lo entiendo. Me dijiste que mi idea para el proyecto era perfecta...

—Se me ha olvidado mencionarlo. Tuviste una idea maravillosa, Ro. Eres superlista —me dice abrazándome con cuidado—. Creo que

la cosa estará reñida entre tú y Mark, y Mark siempre juega sucio. No quiero que lo pases mal por todo ese lío. Solo quiero protegerte.

Sí, Mark juega sucio. En segundo, cuando los dos quisimos solicitar la misma beca, borró uno de mis proyectos. Según me contó Tyler, Mark estaba desesperado por quedarse en Waterfell después de que sus padres le cerraran el grifo por culpa de «algo absurdo» que había hecho a lo largo del verano.

En su día no pregunté qué era porque me dio la impresión de que tampoco me hacía falta saberlo. Porque Tyler me protegió, me defendió y amenazó a Mark para que se mantuviera alejado de mí. Sin embargo, Mark y Tyler se han hecho muy amigos desde el verano pasado.

—Creo que podré con esto. Puedo contar contigo, ¿no?

Detesto que mi voz suene débil al preguntárselo, pero necesito oírselo decir para quedarme tranquila. Por más que ahora tengamos algo «informal», la verdad es que lo echo de menos. Echo de menos cómo eran las cosas antes, cuando comíamos algo que habíamos preparado juntos en casa durante mis pausas en el Brew Haven y hablábamos del uso de la inteligencia artificial en el campo de la medicina, de qué haríamos cuando nos graduásemos, de adónde iríamos juntos...

—Claro —suspira. Me da un delicado beso en la frente y yo me derrito un poco—. Si estás decidida a ir a por ese curso, puedes contar conmigo, RoRo.

10

Freddy

Bajo hasta el final del auditorio con el estómago revuelto.

Aparto la vista del semicírculo de ayudantes de la profesora que están cuchicheando y que, en realidad, tienen mi edad, y me fijo en la fila de alumnos de primero que están esperando para hablar con la nueva profesora. Entre los integrantes del primer grupo, enseguida veo a mi tutora de pelo rizado.

Ro me mira y yo intento dedicarle mi sonrisa habitual con tanta naturalidad como puedo. Ella me devuelve el saludo con un gesto con la mano antes de acabar de recoger sus cosas y meterlas en su mochila verde, en cuya cremallera ha atado un lacito. Con ese lacito he estado yo jugueteando hace solo unas horas para tener las manos ocupadas mientras me centraba en lo que ella me iba diciendo.

Echa a andar hacia mí, alejándose del resto de los ayudantes, y sonríe de forma genuina. Se me calma un poco la ansiedad. Sobre todo porque, cuando Ro me mira, no me da la impresión de que me esté juzgando.

Creo que nunca he conocido a nadie que juzgue tan poco a los demás como ella.

—Hey —me saluda con su agenda con anillas en espiral en las manos—. ¿Cómo te ha ido?

—Dímelo tú —contesto.

Se recoloca un poco mejor la mochila y se gira hacia un lado.

—Aquí está, así que pronto lo sabremos. Aunque seguro que lo has bordado.

«Seguro que la he pifiado estrepitosamente, pero cualquier elogio es bienvenido, por erróneo que sea».

—Ro —la llama alguien desde la entrada principal del auditorio, arriba del todo, donde ahora se encuentran Tyler Donaldson y su cuadrilla de capullos con zapatos náuticos—. Si quieres que te llevemos, tienes que venir. Ya.

Aquella brusca orden me lleva a apretar los puños a ambos lados de mi cuerpo. Sobre todo, al ver que la vergüenza se apodera de la tostada piel de Ro, que se tiñe de un rosa dorado; al menos, a lo largo del perfil que tengo a la vista.

—Claro —contesta ella en voz alta—. Eh... Esperadme en el coche. Voy enseguida. Lo prometo.

Tyler pone los ojos en blanco y sale malhumorado al pasillo. Tengo que seguir apretando los puños para no hacerle una peineta y gritarle algo del tipo: «¿Esos pantalones te vienen así de fábrica o tienes que meterte el palo ese por el culo tú solito?». Sin embargo, al ver que Ro corta la tensión con una risita y se echa un tirabuzón hacia atrás, consigo contenerme.

—Perdona... —me dice un tanto incómoda.

Arrugo la frente. ¿Se está disculpando... ella?

Odio a ese tío. Nunca me ha dirigido ni una sola palabra en plan majo y no puedo ni imaginármelo conteniendo esa necesidad que

tiene de menospreciar a los demás con sus amistades y relaciones. De hecho, después de la fiesta y de la charla que tuve con Ro antes de que nos tirásemos a la piscina, sé que no lo hace. Y por eso lo detesto todavía más.

«*Tyler dice que parezco una niñita estúpida*».

Cabrón de mierda.

Aprieto la tira de la mochila con tanta fuerza que me crujen un poco los nudillos.

—Eh... Debería irme. Pero ya nos vere...

—Una pregunta. —La detengo sujetándola por la muñeca cuando Ro hace ademán de marcharse—. ¿Qué narices haces saliendo con ese cabrón?

Se ruboriza todavía más.

—Es inapropiado que me hagas una pregunta así. Soy tu tutora. Y la asistente de tu profesora —tartamudea.

Noto una peligrosa adrenalina recorriéndome el cuerpo que hace que me olvide de todos los alumnos que hay amontonados alrededor de la profesora y del motivo por el cual tengo que quedarme después de clase. Creo que mi nuevo pasatiempo favorito es hacer sonrojar y tartamudear a Ro. Lo cual a mí me viene de perlas porque necesito encontrar desesperadamente una distracción, pero es fatídico tanto para Ro como para mis notas.

Sonrío un poco y me encojo de hombros mientras, despacio, levanto la mano para frotarme la nuca y estirarme mientras veo cómo ella desvía la vista, nerviosa, cuando una sutil zona de la parte inferior del vientre me queda al descubierto.

—Pero si te lo pregunta un amigo no es inapropiado. —Me inclino hacia ella hasta casi susurrarle al oído—: ¿No somos amigos?

—No somos... O sea... Freddy...

Ro resopla, me agarra del brazo y tira de mí hacia la pared, tan lejos como puede del resto de alumnos que hay al lado del atril.

—Venga, Ro. Al menos acepta que somos amigos.

—Es inapropiado.

—Ya, bueno... —Me encojo de hombros—. Tú solo piénsalo. A lo mejor resulta que así se te hace muchísimo más tolerable eso de tener que ser mi tutora.

—¿Tolerable? —me pregunta, mirándome con una ceja enarcada y arrugando la nariz.

Joder, detesto hablarle así. Casi noto cómo me voy enfadando a la vez que me frustro cada vez más al ver cómo está llevando todo el asunto. Aparto esos sentimientos y sonrío mientras tiro de una de sus trenzas.

—Sí. Te ha tocado apechugar conmigo, el tío más tonto de toda la universidad. Con la habilidad de repetir la misma asignatura tres veces. Estoy en racha.

—Freddy...

La dulzura que noto en su voz y la cariñosa empatía de su reprimenda hacen que me dé vueltas la cabeza.

—Deberías marcharte. —Le digo con una sonrisa a la vez que levanto las manos para volver a colocarle bien la mochila—. Nos vemos en la tutoría. Te lo prometo. Venga, ve, que te están esperando.

—Me sorprende que sigas aquí —contesta, deteniéndose y trastabillando con los dos primeros peldaños de la escalera.

La miro serio, de brazos cruzados, y respondo:

—Cuidadín, princesa. Vigila dónde pones los pies.

—Ya, bueno... —me imita risueña a pesar de que no me pasa desapercibido el momento en el que su expresión juguetona cambia a una de preocupación—. Perdona... Me...

—Eh, vosotros dos, qué hacéis aún aquí —nos llama una voz grave aunque delicada. Se me eriza la piel y la ansiedad me carcome por dentro—. ¿Necesitáis algo?

Carmen Tinley se encuentra entre ella y yo, aunque se ha colocado un poco más cerca de mí, tanto que incluso me llega el fuerte aroma de su perfume habitual. Alterna la vista entre Ro y yo repetidamente hasta que al final Ro empieza a bajar de nuevo las escaleras para acercársele.

—Disculpe, doctora Tinley —le dice con una centelleante sonrisa que hace que me vuelvan a entrar náuseas—. Solo estábamos hablando. De hecho, soy la nueva tutora de Freddy.

Carmen abre todavía más sus impactantes ojos azul cielo. Noto el furor de su mirada dirigida a mí. Es como si esperase una reacción que no le pienso dar.

Entro en tensión y me preparo para recibir un buen golpe mientras ella pasa por mi lado y se detiene un poco más cerca de Ro.

—Vas a enviar una solicitud para el programa intensivo que ofrezco en primavera, ¿no? Creo que Tyler me dijo que te lo estabas planteando.

—Así es —contesta Ro antes de que se le dibuje una amplia sonrisa en el rostro, a pesar de que no llega a separar los labios.

—Me consta que es la segunda vez que Freddy cursa esta asignatura conmigo, así que, si consigues ayudarlo para que apruebe, me causarías muy buena impresión. Me encantaría que aprobase.

Se giran las dos hacia mí y yo me centro en Ro.

—A mí también —contesta ella, aportando un poco de calidez a mi fría y tensa actitud.

—Y tú, céntrate —me dice Carmen—. No quiero que acabes seduciendo a mi mejor alumna.

Ríe como si no estuviese bromeando acerca de mi reputación con mi tutora, y como si ella no fuese además mi profesora. Ro arruga la frente y me entran ganas de abrazarla por el simple hecho de que se haya dado cuenta de lo inapropiado que resulta todo esto.

«Pregúntame, Rosalie. Por favor. Creo que a ti podría contártelo».

—Debería irme —dice mi calmada aunque confundida tutora, poniéndole fin a este incómodo silencio—. Freddy, ¿me acompañas?

Se me encoge un poco el corazón. Echo a andar hacia ella y noto que me quito un peso de encima, justo antes de que esa misma sensación vuelva a aplastarme cual peso muerto cuando Carmen me agarra por el bíceps.

—Tengo que hablar con él un segundo. ¿Quieres que Ro te espere?

Niego con la cabeza y dejo caer los hombros en señal de derrota.

—No. Ve tirando, Ro. Nos vemos el miércoles.

—Si estás seguro... —dice Ro con la voz apagada.

Espera a que se lo confirme y sigue subiendo escaleras arriba. Tropieza más de una vez, tantas que, al final, se detiene a medio camino y se gira para asegurarse de que no la estoy mirando (y sí, la estoy mirando) antes de continuar y llegar arriba del todo, dejándome a mí aquí.

—Freddy —me llama Carmen—. Me alegro de volver a tenerte en mi clase. ¿Quieres que repasemos la guía docente? ¿Que nos

aseguremos de que está todo en orden?

«O sea que vamos a jugar a esto...».

Sacudo la cabeza con una pizca de agresividad y contesto:

—Lo que quiero es desapuntarme de la asignatura.

La mujer entorna los ojos de forma muy sutil, pero asiente y retrocede, haciéndome señas despacio para que la siga por el pasillo que conecta el auditorio con su despacho.

Los tacones negros altos que lleva la doctora Tinley repiquetean contra el suelo de linóleo, cuyo sonido retumba en mi cabeza, ya bastante alborotada. Intento centrarme en el discurso que he ido preparando mentalmente durante toda la clase, pero me cuesta desviar la atención de sus largas piernas y el vestido que lleva, y me pregunto por qué se lo habrá puesto. ¿Se lo ha puesto ya alguna otra vez? ¿Lo ha hecho a propósito?

«Para».

La doctora Tinley mete la llave en la cerradura de la puerta de su despacho y enciende una tenue luz que proviene de la lámpara que ilumina su oscura oficina.

Parece que todo sigue como estaba.

Espero lo que me parece una eternidad mientras Tinley se acomoda en su butaca y me mira mientras juega, de forma casi provocativa, con su corta y brillante melena, aprieta los labios pintados y arruga la frente.

Joder... Odio cómo me mira. Como si fuese un crío, un absurdo crío al que le ha tocado cuidar.

—¿Quieres desapuntarte de la asignatura? —me pregunta.

Asiento. Tengo un nudo en la garganta. Aquí hace un calor terrible.

—Me he divorciado, Freddy.

—Felicidades.

Guarda silencio un segundo y una pizca de dolor y empatía le atraviesa el rostro, pálido, antes de que se incline hacia delante y, en un tibio suspiro y con un tono de voz algo más dulce, me diga:

—Lo siento. Debería de haber sido más cuidadosa con tus sentimientos...

—Basta —exclamo echándome hacia atrás sentado en la silla al darme cuenta de que, sin querer, he estado inclinándome hacia ella —. No soy ningún crío. Solo deja que cambie de profesora.

Carmen resopla y repiquetea en el escritorio con los dedos y las uñas pintadas. Ese ruido me chirría tanto en los oídos que incluso acabo encogiendo los hombros. Sigo moviendo la pierna sin cesar a pesar de que estoy sujetándome la rodilla con la mano para intentar detener el movimiento.

—Por desgracia, Freddy, este semestre solo yo doy esta materia — me cuenta recuperando su elegante y confiado tono de voz habitual —. Quienes estarán más al mando de las clases serán mis asistentes, y, teniendo en cuenta que son menos exigentes, te irá bien. Y Ro también estará, además de que la tendrás como tutora. No tendrás que verme demasiado... A no ser que quieras...

—Genial.

Me levanto de golpe para largarme y me subo la correa de la mochila al hombro. Como me quede aquí un segundo más, creo que voy a explotar. Eso o diré algo impulsivo de lo que luego me arrepentiré enormemente.

Necesito una copa, joder. Y una chica. Alguien en quien perderme hasta que vuelva a sentirme normal otra vez.

Abro la boca como si fuera a decir algo (algo terrible, provocador y cruel, seguramente), pero solo suelto el aire en un suspiro tembloroso y repleto de vergüenza, y luego me giro en dirección hacia la puerta.

Tengo que girar la llave para poder salir. Y eso hace que me cueste pegar ojo durante toda la noche.

11

Ro

La primera mitad de semana de vuelta a la uni ha sido la mar de tranquila. Lo más alocado que he hecho ha sido celebrar que han comenzado de nuevo las clases con Sadie cantando «Reflections», de MisterWives, a pleno pulmón mientras limpiábamos el apartamento y bailábamos.

Sadie habló con la señora B., una vecina ya mayor que de vez en cuando le echa un cable con Oliver y Liam, para que los cuidara el fin de semana, así que nos pasamos el sábado por la noche tomando unas copas sentadas en el suelo del apartamento y viendo nuestras pelis románticas favoritas.

Me he despertado a las cuatro de la madrugada, tumbada en el suelo y cogida de la mano de mi malhumorada compañera de piso. Le he colocado una almohada debajo de la cabeza, la he tapado con una manta y he regresado a mi cuarto para seguir durmiendo.

No me despierto hasta que oigo a alguien aporreando la puerta de entrada y unas vocecitas que anuncian que Sadie ha traído a sus hermanos.

Salto de la cama, me lavo los dientes e intento adecentarme las pintas (aunque solo sea un poco) para que no parezca que me ha

arrollado un tren durante la noche. Al salir, me encuentro con una alegre escena en nuestra pequeña cocina: Sadie y Liam haciendo tortitas y Oliver poniendo la mesa.

—Estás empezando a sorprenderme con tus... —hace una señal de beber con las manos a espaldas de Liam— habilidades.

—Dios, qué jaqueca. —Río, y empiezo a sacudir la cabeza, pero me duele tanto que paro enseguida y la hundo entre los brazos, que tengo cruzados sobre la mesa—. Creo que tanto azúcar no me sienta bien.

Sadie sonríe y me da un apretón en el hombro al pasar.

—Bueno, no sé de dónde sale esta nueva faceta, pero que sepas que me encanta.

Porque yo no suelo beber ni salir de fiesta con ella. Soy educada y mojigata hasta la médula. Sadie sabe que no bebo cuando estoy con Tyler, y tampoco pregunta. Aparte de la fiesta esa (de la que no me acuerdo y de la que tampoco quiero acordarme, teniendo en cuenta que me puse completamente en ridículo delante de Matt Fredderic y Rhys Koteskiy), casi no he salido con ella desde segundo.

Desde que conocí a Tyler.

Nos comemos las tortitas casi en silencio. Liam habla por los codos y con la boca llena. Oliver permanece callado y va comiendo lentamente mientras mira a Sadie y a Liam con cautela. Puede que no sea el mayor de los tres, pero se comporta como si ya fuese el hombre de la casa, y verlo así hace que note una dolorosa punzada en el pecho.

Al final, los chicos se excusan para ir a ver la tele al sofá.

Alguien llama con fuerza a la puerta y tanto Sadie como yo gruñimos y nos tapamos las orejas con las manos.

—Veo que me entiendes —digo—. No quiero volver a ver la luz del día nunca más.

Sadie ríe por lo bajo ante mi exageración y me da un golpecito en el hombro con la cadera al pasar por mi lado para ir a abrir la puerta. Ya nos hemos zampado todas las tortitas, pero a mí todavía me rugen las tripas. Voy hacia la nevera, pillo unos cuantos paquetes de queso en lonchas y un gran recipiente de sandía cortada en dados, consigo meterme una botella de agua debajo del brazo y me llevo el botín a mi cuarto.

Cuando Sadie me llama en un tono un tanto extraño, me da un vuelco el estómago.

—Ha venido Tyler —me dice viniendo hacia mí y cogiéndome los tentempiés de las manos, aunque consigo quedarme con uno de los paquetes de queso aún por abrir—. Hey —me frena y me mira arqueando una ceja—. Solo tienes que decírmelo y hago que se largue al instante, Ro.

—Ya lo sé. No pasa nada. —No es ninguna mentira, pero es que jamás le pediría que hiciese algo así—. Además, tengo que hablar con él de todos modos.

Sadie lo deja todo sobre la encimera para irse hacia el sofá con sus hermanos y, de camino, se pone la capucha.

Cuando abro la puerta, no veo a Tyler y, durante un segundo, me tranquilizo un poco. Hasta que saco la cabeza para mirar por el pasillo y lo veo apoyado en la pared. Se endereza y me dedica esa sonrisa que hace que crea que se preocupa por mí de verdad, que soy la única mujer para la que ha tenido ojos en toda su vida. Acto seguido, baja la mirada para estudiar mi cuerpo como suele hacer siempre, mientras yo cierro la puerta y me apoyo contra ella.

—Tienes pinta de haber pasado una mala noche.

Me está acusando. Y, de repente, vuelvo a ponerme a la defensiva.

—No... ¿Qué?

—Ro. —Suspira con pesadez, como si estuviese cargando con el peso del mundo a sus espaldas. Se pasa una mano por el pelo y le quedan algunos mechones en ángulos extraños; parece que tiene algo de gomina aún pegada en las puntas—. Sé que seguramente ya habrás visto las fotos y...

El zumbido que noto en la cabeza es tal que no consigo oír lo que me dice. «¿Las fotos?».

La cabeza empieza a irme a mil por hora y se me acelera el corazón a más no poder. ¿Qué fotos? Enseguida me vienen a la mente imágenes de Freddy y de mí en la piscina, tonteando o riendo. O mías, borracha haciendo el ridículo, vestida como «una niñita», según diría Tyler.

—¿Qué ha pasado? —lo interrogo cruzándome de brazos, pero manteniendo un tono abierto y empático a pesar del nudo que siento en el estómago.

Tyler mete la mano en el bolsillo y luego la saca para pasarme su teléfono.

Arruga la frente y cierra los ojos. Tiene pinta de estar tan dolido que me entran ganas de abrazarlo. Porque lo quiero. No quiero que lo pase mal ni que se sienta mal.

Quiero que lo nuestro funcione... ¿Verdad?

Pero por lo visto él está más interesado en meterle mano a Lucy Hamilton cuando está en su casa, en Nueva York, que es donde se ha ido a pasar el fin de semana.

Porque en la foto que tengo justo delante sale Tyler, ataviado con un bonito traje que mataría por verle puesto. Y en su regazo aparece una rubia de piernas largas, con su sedosa melena recogida en un moño y luciendo un vestido granate que le sienta como si fuese la modelo de una portada de revista. Él tiene la cara agachada para oír lo que quiera que le está susurrando ella al oído y está sujetándola con las manos por la parte desnuda de su muslo, por la raja del vestido. Y no le aparta la mirada del escote.

Ambos estaban participando en la Academic Bowl (ella con el equipo de Princeton y él con el de Waterfell) antes de que se graduaran el año pasado. Tyler se quedó aquí para hacer un posgrado gracias a que consiguió un puesto de liderazgo en el programa intensivo de Tinley mientras estudiaba directamente bajo su tutela. Y su *amiga de la infancia* Lucy Hamilton acabó en la ciudad de Nueva York, donde está estudiando Empresariales.

En su día, yo también quise formar parte del equipo de la Academic Bowl. Sin embargo, Tyler me suplicó que no hiciera las pruebas porque, según él, necesitábamos estar un tiempo separados y decidió que la Academic Bowl era lo suyo. Y yo no podía formar parte de eso.

«*Tú tienes que ir a la tuya, Ro. La Academic Bowl es... Dudo que vaya a gustarte. Es demasiado anticuado y académico para ti. No te pega*».

No me pegaba porque yo era «demasiado pueril», según decía él a menudo. Algo que, en su día, le gustaba. Pero entonces terminó la carrera y, de repente, yo tenía que ser más sofisticada, pero siempre fracasaba en el intento.

Lucy, en cambio, era la sofisticación en persona. Era la típica pija guapísima que jugaba al fútbol americano en una universidad de la Ivy League y que, por lo visto, también era un cerebrito a nivel académico, lo que, además, encajaba perfectamente con la adinerada y elegante familia de Tyler. Era esa chica que él seguía jurando que era «solo una amiga» hasta que, el año pasado, alguien, de forma anónima, me envió unas cuantas fotos de Tyler metiéndole la lengua hasta la campanilla en un presuntuoso bar clandestino de Nueva York durante un fin de semana que se fue a casa.

Rompimos, pero la ruptura duró solo una semana, porque al final me dejé convencer por sus insistentes atenciones (flores, comidas que me traía a domicilio y una cantidad ingente de regalos que iban apareciendo en la puerta de nuestra habitación en la residencia) y por los mensajes románticos de texto que me iba enviando. Y le volví a hablar.

El tema cayó en el olvido de inmediato y, cada vez que yo sacaba a colación «el malentendido» (según lo llamaba él), Tyler decía que yo intentaba sabotear la relación. «¿Por qué sigues echándome la bronca, Ro?».

Era como si Tyler quisiera que me olvidara del tema, que me tragara el dolor hasta dejarlo completamente sepultado. Yo dudaba que fuera posible.

Tyler nunca me llevó a conocer a su familia, pero cada vez que teníamos vacaciones acababa «encontrándosela a ella por casualidad» y, cuando yo le preguntaba qué tenían exactamente, me tachaba de loca.

Además, hacía solo una semana que habíamos hablado de volver a intentarlo. Habíamos acordado que podíamos ir quedando, poco a poco y en plan informal porque, después de una de las cenas introductorias de la Facultad de Ciencias y Matemáticas, me dijo que estaba orgulloso de tenerme a su lado y que podíamos ser la pareja perfecta.

El enfado me enciende las mejillas y no me gusta nada la batalla que se está librando en mi interior, hasta el punto de que no sé si echarme a llorar o gritar.

Al final decido morderme el labio y secarme los ojos con discreción porque, como Tyler me vea llorar, me lo restregará toda la vida. Ya no se tratará de que él la haya cagado, sino que lo convertirá en una lección sobre mí e irá por ahí diciendo que soy exageradamente dramática por reaccionar de una forma tan emocional.

Lo utilizará en mi contra.

Una vez sollocé delante de él: estaba completamente abatida porque echaba de menos a mi familia y Tyler me dijo que dejara de comportarme como una cría. Que «madurara». Me dolió, pero me tragué el orgullo porque tal vez Tyler tenía razón. Yo nunca había visto ni a Sadie ni a ninguno de mis amigos del trabajo o de la uni llorando públicamente porque echaran de menos a sus familias.

«Madura».

—Te prometo que no pensé que fuese a encontrármela allí, Ro. Te lo habría dicho —se excusa. Teniendo en cuenta que, a pesar de la de veces que ya ha ocurrido lo mismo, nunca me lo ha comentado, dudo que me hubiese dicho nada—. Pero ya sabes que nuestras familias tienen muy buena relación y es una chica superlista; me

vino bien trabajar con ella. Les pasamos la mano por la cara a los demás.

—Pues muchas felicidades —digo irónicamente.

Me sorprendo tanto como él.

—A mí no me saltes así. Todo esto no habría pasado si tú... —«Lo hicieras mejor. Fueras mejor. Te comportaras como es debido». Eso es lo que quiere decir, porque ya me lo ha dicho cientos de veces. Pero Tyler deja la frase a medias y se pasa una mano por el pelo; con esos mechones casi en punta y saliéndole hacia los lados, parece una parodia de Edward Cullen en 2008. Resulta lo suficientemente gracioso como para que consiga reprimir unas cuantas lágrimas más—. Mira, da igual. No he venido aquí para discutir contigo.

—Yo diría que sí —murmuro.

Sin embargo, entre lo cerca que lo tengo y la ansiedad que me corre por las venas, me entran ganas de volver a arreglar lo nuestro.

De calmar las aguas, al menos. Detesto las peleas. Las detesto tanto que siempre acabo cediendo. Porque es más fácil.

—No estoy enfadada. —Me escuece tanto la garganta al pronunciar esa mentira que me llevo la mano al cuello, como si así pudiese impedir que se me formara un nudo ahí dentro—. Pero necesito un poco de espacio, ¿vale?

—Te prometo que no es más que una foto sacada en un momento inoportuno. —Levanta las manos a la defensiva—. En serio, Ro. Tienes que creerme. No le des más importancia de la que tiene, ¿vale?

¿Cuántas veces habrá practicado esas mismas frases como quien practica un discurso de agradecimiento? La parte de mí que quiere

ponerse a chillar, a gritarle y a berrear y puede que incluso a pegarle un portazo en la cara ha quedado tan sepultada bajo la necesidad que siento por mantener la paz que no tengo claro si todavía existe. Así que, en lugar de eso, voy acumulando montañas de dolor.

Y tengo el presentimiento de que probablemente acabe perdonándolo y terminemos justo en el punto de partida otra vez. Es decir: como estamos ahora.

Me da un beso en la frente. Parece contento de que no le haya pegado ningún empujón para apartarlo ni me haya zafado de su abrazo.

—Mañana te llamo, ¿sí? Y lo hablamos mejor. Lo que tú necesites.

Permanezco en el pasillo hasta que estoy segura de que puedo reprimir las lágrimas para que Sadie (y lo que es más importante aún, sus hermanos) no me vea llorar.

12

Ro

Me paso los siguientes dos días evitando la constante avalancha de mensajes y llamadas de Tyler.

Todavía no estoy preparada para hablar con él, aunque sé que tendré que verlo casi a diario durante toda la semana. Consigo saltarme la clase del lunes con Tinley para poder avanzar un poco con las correcciones, pero es la única vez que puedo escaquearme.

Enseguida estamos a martes y no me siento preparada. Además, estoy más nerviosa por tener que ver a Tyler que por la tutoría que tengo con Freddy, lo cual suele ser la principal razón por la que las mariposas me revolotean de forma nauseabunda en el estómago. De hecho, tengo ganas de que llegue la tutoría porque me pasé la semana pasada entera buscando nuevas ideas y herramientas didácticas para personas con dislexia y discalculia, además de TDAH.

Esta mañana, la pequeña cafetería donde nos encontramos está casi vacía. Casi todos los alumnos de Waterfell prefieren el ambiente que se respira en el Brew Haven, lo cual hace que podamos quedar aquí con tranquilidad, un lugar sin distracciones y perfecto para nuestras tutorías antes de que yo empiece las clases.

A través de los altavoces, con un volumen más bien suave, suena «This Side of Paradise», de Coyote Theory (por lo visto, de momento, la búsqueda que hice para dar con canciones que propicien la concentración funciona). Repiqueteo con el boli al son de la música y voy desviando la vista hacia Freddy con disimulo mientras dibujo unos cuantos garabatos.

—Hecho —anuncia Freddy a la vez que le da un golpe al papel que hay en la mesa y esboza una dulce sonrisa—. Me merezco algo por haber sido tan rápido con este ejercicio.

—La rapidez no sirve de nada si las respuestas no son correctas.

—Pfff...

Se pasa la mano por el pelo, que se ha dejado despeinado a propósito.

—Hey, Freddy —lo llama alguien con una voz alegre. Mi estudiante se gira sin levantarse de la silla y le guiña el ojo a la atractiva rubia que tiene al lado—. Me alegro de verte. ¿Te pasas luego por Zeta?

—Puede. ¿Estarás tú?

La chica se sonroja y, muy a mi pesar, yo también.

—Sí —contesta risueña y un tanto nerviosa por la mera presencia de Freddy—. Mi compañera de habitación y yo nos hemos enterado de un rumor tuyo y queremos preguntarte si es verdad.

De no ser porque estoy estudiándole el perfil con ojos de halcón y fijándome bien en la fuerte línea de su cuello y de su mandíbula, seguramente no me habría dado cuenta de cómo se ha estremecido Freddy, muy pero que muy sutilmente.

—¿Ah, sí? ¿Tan bueno soy con las manos? ¿O con la boca?

La risita de la chica se vuelve más aguda todavía, pero yo me tenso de los pies a la cabeza.

«¿Pero por qué va él y le sigue el juego?».

La chica se le acerca, se agacha y la trenza le cae un poco deshilachada por un lateral y roza la piel de Freddy. Ella le pregunta algo en un susurro, pero oigo todas y cada una de las palabras que pronuncia:

—¿El perfil ese es tuyo?

En esta ocasión, Freddy cierra los ojos por completo, como si, en lugar de estar flirteando con una chica que claramente lo desea, acabasen de pegarle un puñetazo. Frunzo aún más el ceño.

—Ah... —Se encoge de hombros, mueve la cabeza y esboza una sonrisa socarrona exageradamente amplia—. No se puede saber todo en esta vida.

Freddy se lleva un dedo a los labios antes de hacer otro gesto de cabeza hacia donde estoy yo, cuya presencia en esta mesa parece haberle pasado desapercibida a la chica en cuestión.

—Estoy en plena tutoría y no quiero ser maleducado. Ya nos veremos luego en la fiesta.

Por lo visto, a la chica le basta con eso y parece que salga flotando con la ligereza que Freddy le inyecta a cualquiera que tenga alrededor. Él, en cambio, parece... agotado, completamente abatido.

Quiero preguntarle qué le pasa. A lo mejor así descubro por qué tiene pinta de preferir arrancarse las uñas una a una antes que ir a una fiesta. Aunque también quiero que deje de tener esas pintas, porque estoy empezando a sentir un nudo en el corazón.

—Has hecho casi la mitad bien —le digo, pero me siento cruel por tener que ponerle mala nota mientras él sigue con esa cara de cordero degollado—. Pero creo que hoy podemos dejarlo aquí, porque me he olvidado el resto de los ejercicios en casa y...

—O podemos seguir una hora más —dice él encogiéndose de hombros.

—Si seguimos, dudo que vaya a ganarme la simpatía de tu club de fans.

Esta provocación mordaz se me escapa de la boca antes de que pueda remediarlo y, al darme cuenta de lo que acabo de decir, abro los ojos como platos. «Suerte que se suponía que yo era la profesional...».

Aun así, parece que lo he animado.

—¿Celosa? —Sonríe con los labios separados—. No deberías. Debajo de tooodo esto, hay un hombre que solo tiene ojos para una mujer —me dice señalándose el cuerpo con las manos para darle más énfasis a sus palabras.

Se me encienden las mejillas al ver su gesto y me arden aún más al darme cuenta de que, tal vez, Matt Fredderic está tonteando *conmigo*.

—Tengo novio —respondo agachando la cabeza para centrarme en la hoja que tengo delante.

«¿Estás segura?», me pregunto a mí misma. «Porque tiene pinta de que se ha pasado el verano enrollándose con una rubia cerebrito de Yale cuando, en teoría, estabais saliendo».

—¿Acaso no marco siempre gol aunque haya portero? —dice Freddy encogiéndose de hombros y luego se inclina por encima de la mesa (que, de repente, resulta extremadamente pequeña) para mirarme de forma juguetona con una bonita sonrisa en el rostro—. Que estén defendiendo la portería complica la jugada, pero no la imposibilita.

Hace tres años, esto me habría parecido un sueño. Ahora, en cambio, solo hace que me retuerza y entre en calor. Ya ni me acuerdo de la última vez que alguien tonteó conmigo. Tyler ha sido mi primer novio y, con él, nunca ha habido nada de carácter juguetón, más bien ha sido todo siempre abrumadoramente serio.

—Además... —Alarga la mano para tirar de uno de mis elásticos rizos que se ha soltado del resto—. A mí me encantan los retos.

Me separo de un salto, alejándome de su repentina cercanía.

—Tienes que parar.

—¿Parar qué? —me pregunta con una expresión repentinamente inocente, a pesar de que la diversión sigue centelleando en esos ojos de color esmeralda.

—Ya... Ya... —resoplo y me aparto los rizos del cuello—. ¡Ya lo sabes! El... ¡Eso! —Lo señalo y sigo hablando con un áspero hilo de voz—. El... flirteo. Tengo que concentrarme.

—¿Te distraigo?

Distraerme sería una cosa, pero esto es más bien... desestabilizarme. No parece real. Resulta extraño, como si, en cierto modo, fuese una especie de obra de teatro interminable que yo nunca he aceptado ver.

—Estoy intentando ser profesional —le digo manteniendo un delicado tono de voz a pesar de haberme puesto seria—. Por favor, Freddy.

Me vuelve a vibrar el móvil. Creo que ya me han llamado unas diez veces en los últimos minutos.

La juguetona mirada que suele tener Freddy en los ojos de forma permanente desaparece y es reemplazada por una sutil pizca de preocupación.

—Parece que alguien está desesperado por hablar contigo, Ro.

—Ya... —Frunzo el ceño y se me revuelven las tripas porque tengo clarísimo quién es, pero no quiero aceptar que esa actitud se haya convertido en algo tan habitual. Activo el modo «No molestar» del móvil y lo guardo en la mochila—. Venga, centrémonos. Te prometo que saldremos de aquí a la hora prevista. Bueno, ¿le has dado una oportunidad al audiolibro?

—Sí. —Se sonroja y se frota la nuca—. Tenías razón. El sistema de la doctora Fincher es mucho mejor que ir a ciegas.

—La verdad es que sí. Su hijo tiene dislexia.

Tuve a la doctora Fincher en primero y me encantó. Tanto que acabé uniéndome al equipo de la revista literaria en el primer semestre.

En primero me apunté a casi todo. Luego conocí a Tyler. Me sugirió que dejara prácticamente todas las actividades extracurriculares para poder centrarme en los estudios. Y en nuestra relación. Confié en él porque era mayor que yo y más inteligente. Además, en comparación con la vida cosmopolita de Tyler, yo había vivido siempre en un entorno protegido.

Y no es que fuese intencionado, fue más por una cuestión accidental. Porque me encantaba estar en casa. Adoraba a mis padres. Y entonces, cuando mi padre...

En fin, que no pasaba demasiado tiempo fuera.

Así que no salía de fiesta, me dedicaba a estudiar y me pasaba todos los segundos del día con mamá y papá. Me fui a estudiar al *alma mater* de mi padre. Me dieron una beca completa. Además, esta universidad quedaba tan lejos de casa que mis padres no se

preocuparían por mí, no se estresarían intentando venir a verme cada dos por tres.

Y yo también vigilaba. Solo les contaba las cosas buenas, lo que me salía bien. Porque se lo merecían. Se merecían todo lo bueno.

La única pega era que los echaba de menos. A diario.

—¿Todo bien?

Pestañeo y me doy cuenta de que había desconectado por completo.

—Eh... Sí.

Como si no fuese suficiente ya con perder el hilo en mitad de una tutoría, las lágrimas empiezan a inundarme los ojos y siento que se me encoge el corazón.

—Mierda... —dice Freddy mientras se levanta de su silla y se desliza a mi lado, empujándome contra la esquina—. ¿Qué pasa? ¿He dicho algo que te ha molestado?

No tengo ni idea de por qué se está culpando a sí mismo, pero su presencia me aporta un apoyo que consigue mitigar un poco la soledad que siento al echar de menos a mi familia, una sensación que me va hundiendo como si tuviera encima un peso fantasma.

—Qué vergüenza... —sollozo mientras me froto los ojos y sacudo la cabeza—. Lo siento.

—Hey, hey, hey —me sosiega—. Shhh. —Estoy casi arrinconada contra la pared, con su gigantesco cuerpo frente a mí, como si estuviese protegiéndome del resto de la biblioteca para que pueda desmoronarme en paz—. No te disculpes. Quien tiene que pedirte perdón soy yo.

—No. —Niego firmemente con la cabeza—. Tú no has hecho nada mal.

Consigo tranquilizarme respirando lenta y serenamente y, al final, las lágrimas ceden. Al menos, lo suficiente como para que pueda esperar a llegar a casa y meterme en la ducha para deshacerme de todos estos sentimientos.

—Perdona. Es que... Echo de menos a mi familia. Estoy un poco nostálgica —reconozco con total honestidad.

Me puede la vergüenza, pero lo último que quiero es que Freddy piense que ha hecho algo mal y que estoy tan triste por su culpa cuando no es así.

Se recuesta y se le relaja la expresión a la vez que asiente y vuelve a estudiarme la cara con la mirada. Ahora, le atisbo algo genuino en los ojos; algo más natural que no le había visto antes.

—Te entiendo —contesta en voz baja y pausada, con un tono grave y al mismo tiempo dulce. Casi me acerco a él—. Yo... Echo de menos a mi madre. Muchísimo.

No le digo nada, lo cual parece relajarlo todavía más. Permanecemos otro rato en silencio. Tiene el brazo apoyado a lo largo de la mesa, y sus hombros anchos me aíslan del resto de forma protectora. No nos estamos tocando, pero juro que noto el calor que emana de su cuerpo. Y eso resulta casi más íntimo y reconfortante que cualquier momento que haya compartido con nadie hasta ahora.

En cierto modo, me sorprende, porque nunca me he sentido así cuando he compartido momentos íntimos con Tyler, que casi nunca me abraza ni me coge de la mano porque, según él, son unas «muestras de afecto en público desesperadas y patéticas». Sin embargo, esto sigue sin parecerse en nada a cualquier otra cosa que haya sentido jamás, ni siquiera con Freddy.

Si cierro los ojos, noto cómo era tenerlo rodeándome con los brazos en aquella oscura sala la noche que él no recuerda. Una parte de mí siempre pensó que ese instante no se repetiría jamás. Otra parte en cambio, pensó que, si se volvía a repetir, me daría un patatús.

Sin embargo, ahora no me siento ni acalorada ni insegura a la hora de responder. Simplemente, me siento... reconfortada. En paz, pero de verdad, con sus brazos aportándome el espacio que necesito.

—¿Estás bien? —me pregunta finalmente mientras se recuesta, relajado.

—Sí. —Asiento—. Creo que deberíamos terminar por hoy.

No son ni las seis de la tarde, pero estoy segura de que le estoy sumando minutos a mi desespero real. Me pesan muchísimo los hombros de tanto estrés, me duele la nuca y noto que todo mi cuerpo está a punto de ceder.

—Si tú lo dices... —responde dubitativo—. ¿Podemos quedarnos tanto rato como necesites? —La frase suena como una pregunta, como si ya no estuviese seguro de nada.

Niego con la cabeza y respondo:

—Creo que solo quiero irme a casa.

Sueno más vulnerable de lo que me habría gustado, pero al menos me sirve para aliviar un poco la tensión. Freddy se separa de mí y se levanta de la mesa. Lo recogemos todo en silencio. Me acompaña al aparcamiento. El sol brilla con fuerza en lo alto, anunciando un bonito atardecer.

Pero yo sigo sintiéndome extraña, como si algo no acabara de ir del todo bien.

—Nos vemos mañana por la mañana en clase —le recuerdo.

Él asiente sin quitarme los ojos de encima, estudiándome sin cesar. Verlo así de preocupado por mí, sin esconderse, y esa evidente vulnerabilidad en el rostro me lleva a cogerlo del bíceps y darle un apretón mientras le digo:

—Estoy bien.

Freddy esboza una tierna y genuina sonrisa. Una real.

—Vale —contesta, y la calma que acompaña su voz me envuelve con toda su calidez.

13

Freddy

Los vestuarios están sumidos en un silencio sepulcral antes de que estalle el caos.

Y somos Holden y yo quienes llevamos la batuta.

—¡Menuda gilipollez! —se queja Holden.

Yo estoy a su lado, de brazos cruzados, y nos estamos dirigiendo a la línea entera de entrenadores que están en medio del vestuario.

—No esperaréis que juguemos con él.

—Pues sí —responde el entrenador, tranquilo y sin pestañear siquiera ante nuestro griterío y los incesantes alaridos de apoyo que se oyen justo a nuestras espaldas—. Espero que juguéis con él y en *vuestra línea* —añade remarcando bien las últimas dos palabras.

Giro la cabeza para mirar a Bennett, que está blanco como la cera. Tiene la mandíbula apretada mientras va limpiándose las guardas sin parar. Está clarísimo que no está de acuerdo con la decisión, pero no será él quien remueva el avispero, al menos, no públicamente. No me sorprendería que luego nos enterásemos de que ha hablado del tema con el entrenador.

—No. —Niego con la cabeza—. Ni de broma. Kane es un puto psicópata. ¿Por qué cojones querría venir aquí siquiera? Dadle una

vuelta.

El entrenador Harris suspira y se coloca bien la gorra.

Odio todo esto. Sobre todo, porque admiro al entrenador: es una de las pocas figuras en el mundo del hockey que conozco bien y en quien he conseguido confiar. Lo respeto lo suficiente como para hacer todo lo que me dice y acatar cualquier orden. Pero esto no. Esto no tiene sentido.

Toren Kane es una amenaza. Y un defensa increíble cuando no está en el banquillo de expulsados y con la cara estampada en todos los medios de comunicación sobre deportes por un escándalo u otro. Debería de estar jugando ya en la NHL, pero la ha cagado tanto que, por lo visto, esta es la única alternativa que tiene para jugar al hockey de manera profesional.

El año pasado, durante el Frozen Four, Toren Kane perpetró una carga brutal contra nuestro capitán, Rhys. Lo dejó KO sobre el hielo, inconsciente y despatarrado, y a todos los demás con el corazón en un puño. Después de que se llevaran a Rhys, perdimos el partido porque nadie fue capaz de centrarse sin nuestro capitán, y mucho menos nuestro portero: Bennett. Pero eso daba igual, porque ganar sin él no habría significado nada para nosotros.

Soy plenamente consciente de que el entrenador Harris admira a Rhys. Lleva confiando en nuestro capitán desde que estamos en segundo porque siempre ha sido el jugador más maduro, serio y sereno del equipo. Rhys ya ejercía de capitán incluso antes de asumir ese rol: lleva lo de ser líder en la sangre. Así que la pregunta es: ¿por qué el entrenador quiere meter en el equipo al responsable de que Rhys no acabase el partido, a quien casi lo mata?

—Kane ha entrado en el equipo. Koteskiy ya lo sabe y lo ha aceptado. Apechugad o largaos de mi puto equipo.

No dice ni una sola palabra con malicia y no levanta la voz en ningún momento. Lo dice todo calmado, sereno, por eso consigue que todo el mundo guarde un apacible silencio.

—Sois un equipo. Pase lo que pase. Que no se os olvide. Venga, arreando —nos dice saliendo del vestuario mientras los asistentes empiezan a soltarnos órdenes y a exigirnos que nos plantemos enseguida sobre el hielo.

La tensión no se disipa en ningún momento, pero todos acatamos la orden.



En cuanto cruzo el umbral de la puerta de casa, escribo a Ro.

Hey, estás bien?

No te hacía yo de esos que se preocupan, papá 

Enseguida le suma otro mensaje para asegurarme de que está de broma. Pero el hecho de estar bromeando con ella hace que sienta una sensación rara en el estómago, sobre todo porque eso significa que, en realidad, Ro se siente cómoda bromeando conmigo.

Prefiero papi, si vamos a ponernos apodos

Es un mensaje arriesgado: puede que esa broma, sin que ella oiga mi tono de voz al soltarla, suene horripilante. Aparecen unos puntitos que indican que está escribiendo. Luego para, vuelve a escribir algo y, al final, recibo un mensaje que no es sino una sarta de emojis. Sonrío más todavía y doy una especie de giro a la conversación como si fuese una preadolescente que acaba de recibir un mensaje de su *crush*.

Qué tal el día? Mejor?

Sí

Al poco rato, añade:

Gracias por preguntar, Freddy, pero no hace falta
que te preocupes por mí

Claro que hace falta. Cómo voy a aprobar el examen si no?

Pasa otro largo minuto en el que miro cómo van apareciendo y desapareciendo esos tres puntitos sin parar. Estoy a punto de enviarle algún GIF gracioso para sonsacarle una sonrisa desde la distancia al acordarme de lo rojos que tenía los ojos y lo angustiada que la vi la última vez. Apoyo la espalda en la puerta y repiqueteo con los dedos en el lateral del teléfono, desesperado por mantener esta conversación y evitar que termine.

Juguemos a las veinte preguntas. Peli favorita?

Seguramente debería irme a dormir, pero Por siempre jamás

No la conozco, pero la busco de inmediato en el móvil en un intento por descubrir dónde puedo verla mientras me planteo si decirle que venga a verla conmigo. Sí, vuelve a ser otra muestra de mi constante deseo por no sentirme tan solo.

Yo no tengo favorita. Son demasiadas

Esta vez, tengo que esperar tantísimo a recibir el siguiente mensaje que la llamo de forma impulsiva. Me sorprende un poco ver que responde al segundo tono.

—¿Hola?

—He pensado que sería más fácil si te hago las preguntas directamente y me respondes en tiempo real. Odio los mensajes de texto.

—Hola, Freddy —me saluda Ro.

Juro que noto cómo sonríe desde el otro lado de la línea. Voy pasando por las apps de mi Xbox de segunda mano y hago clic en la que sé que tiene la película favorita de Ro.

—Como la peli sea mala, me decepcionaré muchísimo, Rosalie.

—Espera... ¿Qué peli?

—*Por siempre jamás*. Tu favorita —contesto sin titubear siquiera, como si me acabase de hacer una pregunta la mar de absurda.

—¿La vas a ver? ¿Ahora?

—La estoy poniendo en la cola. Primero quiero hablar contigo. —Intento mantener un timbre de voz relajado, calmado, igual que su soñoliento tono—. A no ser que te haya despertado.

Tarda bastante en responder y a mí empieza a encogérseme el corazón cuando por fin Ro susurra vacilante:

—No, no pasa nada. Podemos seguir con tus veinte preguntas.

—Tengo muchas más que veinte, princesa. Pero por algo se empieza. —Ro ríe y a mí me da un vuelco espectacular el estómago —. ¿Color favorito?

—No tengo favorito. Son demasiados —contesta repitiendo las mismas palabras que le he dicho yo antes—. ¿Y tú?

—El verde. Cualquier tono. Me gustan todos.

Carraspeo y me relajo contra el cabecero de la cama mientras noto cómo la tensión que sentía antes se va disipando. Vamos lanzándonos preguntas a diestro y siniestro y Ro empieza a escoger unas cuantas ella misma después de abrirse un poco más conmigo.

Me pregunta que a quién admiro. Le digo que a Archer, uno de los entrenadores de mi padre, y a Rhys. Yo le pregunto qué es lo que más le gusta hacer, y ella me habla de sus proyectos de moda y de su gusto por la costura.

—¿Me harás algo?

—Puede. Si apruebas Bio.

Al oírla hablar de la clase, siento una sensación un poco agria en mi interior, pero enseguida me apresuro a deshacerme de esos recuerdos amenazantes.

—¿El momento que más vergüenza has pasado en la vida? —me pregunta, y oigo el ruido de unas sábanas arrugándose.

Al imaginármela tumbada en la cama, dejándome que la acune con la voz, todo se vuelve más delicado, más íntimo, a pesar de que solo estemos hablando por teléfono.

Me invade una ligera sensación de alegría cuando le hablo de mi primer partido de hockey como júnior en el instituto. Mi madre estaba sentada al lado de la pista, con Archer, con una pancarta enorme y unos dedos de espuma gigantes con los colores del equipo. Yo salí un poco demasiado deprisa al hielo y me caí de cara, dando paso así a un efecto dominó de mis compañeros de equipo, que fueron cayéndose uno detrás de otro justo detrás de mí. Le digo a Ro que había salido tan apresuradamente por una cuestión de nervios, y por sentir vergüenza, pero en realidad no fue por eso: recuerdo que, al ver a mamá y a Archer, sentí la inmensa y desesperada necesidad de ir hacia ellos.

Ro ríe mientras le cuento la historia, sobre todo cuando le confieso que nunca más me dejaron ser el primero en salir del túnel. La

desesperación que siento por oírla tan feliz y por seguir haciéndola reír es tal que no puedo evitar continuar hablando.

—Y luego está la vez en que me pillaron haciéndolo —añado. Guardo silencio porque oigo que se atraganta con algo ante mi confesión, posiblemente agua—. A ver, en realidad me han pillado un montóóón de veces, pero esa fue la peor.

Contarle la historia de cómo Archer y mi madre me pillaron acostándome con la vecina de al lado (literalmente) tampoco es tan doloroso, y menos al ahorrarme el detalle de que teníamos quince años. Lo que sí le digo es que era mi primera vez porque bastante bochornoso es eso ya.

—Lo que más me dolió fueron las astillas de madera de la cabaña en el árbol que me clavé en el culo y lo humillante que fue que Archer tuviese que quitármelas con pinzas.

Los dos nos reímos, y la sonrisa que tengo en el rostro es tan ancha que incluso me duelen las mejillas.

—¿Y tú qué? —me intereso cuando Ro deja de reír—. ¿Cuándo has pasado más vergüenza?

—Tantas veces que no puedo ni contarlas.

Ro guarda silencio un momento y yo la dejo pensar mientras tatareo la canción del famoso programa de televisión *Jeopardy* hasta que encuentra una respuesta.

—Vale. Eh... El año pasado tenía que ir a hacer un retiro de un fin de semana a Nueva York con mi equipo. Era la primera vez que iba de viaje con mi novio y decidí, pues..., comprar una de esas cosas sexis para ponerme.

No puedo evitar sonreír.

—Puedes utilizar la palabra *lencería*, Rosalie.

Cuando la oigo aclararse la voz sé que, si pudiese verle la cara, seguro que la tendría de ese precioso tono rosa dorado.

—Ya. Bueno, sí... Tyler y yo llevábamos unas bolsas iguales porque me prestó la suya y las mezclamos en el Uber. Así que cuando la abrió se encontró con toda esa... lencería —dice casi susurrando porque le cuesta decir la palabra— femenina con volantes. Se me cayó la cara de vergüenza. Porque soy la única chica del grupo y los chicos no pararon de hacer bromas.

—Venga ya —intervengo—. Habría sido muchísimo mejor que se burlaran de Tyler que de ti. A mí ya se me han ocurrido por lo menos cinco bromas.

Ríe nerviosa al otro lado de la línea, señal de que he conseguido animarla con ese comentario.

—Ya, puede... En parte, fue todo en vano.

Arrugo la frente.

—¿Qué quieres decir? —me intereso.

—A Tyler no le gustó. —Bosteza. Intento ahorrarme cualquier comentario y me muerdo la lengua para no insultar a Donaldson como estoy deseando hacer. Callo y dejo que sea ella quien siga hablando—. Sintió tanta vergüenza que le dijo a todo el mundo que nos habíamos dado un tiempo y que eso no era para él. Me dijo que lo tirase todo, que con eso parecía una guarra. Fue terrible. Además, no lo soy. Te lo juro.

Vuelve a acompañar sus palabras con una risa. Sin embargo, yo ya estoy a punto de pegarle un puñetazo a ese idiota porque, en cierto modo, ha conseguido que Ro piense que debería avergonzarse de que le pasara algo tan terrible como eso, de que el que por aquel entonces era *su novio* la tratara así.

Así que decido ser honesto.

—El único que debería avergonzarse aquí es Tyler.

Los dos nos sumimos en un largo silencio antes de que ella afirme:

—Puede que tengas razón. No era una buena historia. A ver si se me ocurre una mejor...

No quiero colgar, pero Ro bosteza cada dos palabras.

—Venga, ¿por qué no me la cuentas en la siguiente tutoría?

—Ajá —susurra.

Ahí me doy cuenta de que Ro se ha quedado dormida y de que no quiero colgar. Así que dejo el móvil en la almohada y lo silencio mientras voy a por un vaso de agua abajo. Rhys tiene la puerta cerrada. Al volver arriba, me cuesta un mundo contenerme y no llamar a su puerta para ver si está bien, pero al final aprieto los dientes y regreso a mi cuarto.

No necesita mi ayuda. Total, Reiner puede ayudarlo mejor que yo.

Me pego una ducha rápida y me meto en la cama con el móvil al lado, dejando que la delicada respiración de Ro me arrulle hasta quedarme dormido.



Cuando bajo las escaleras a la mañana siguiente, me encuentro a Rhys bailando en la cocina.

Me resulta tan extraño que freno en seco y lo miro desde la puerta un segundo. Lleva los auriculares puestos, pero tiene la música tan alta que no me ha oído ni entrar, y está moviendo la cabeza de un lado a otro mientras prepara café.

—Esto de la música es nuevo —señala Bennett, y yo pego un salto del susto.

—¿Sabes una cosa? —comento con desdén—. Para lo grande que eres, hay que ver lo silencioso que puedes llegar a ser. Estaría bien que hicieses algo para que los demás sepamos que estás por aquí. No sé, camina con más pesadez.

Nuestro portero suelta una breve risa y pasa por mi lado para entrar en la cocina y perderse en su característico ritual matutino de desayuno. Rhys lo ve, se fija en que yo estoy en una esquina, se sonroja y se quita los auriculares.

—Hey —dice con cierta timidez—. Perdonad.

—¿Por bailar en tu propia cocina? —Me llevo una mano al pecho —. Disculpas aceptadas.

Rhys se queda plantado ahí, un tanto incómodo, esperando que la cafetera termine. Se me hace la boca agua. Es una cafetera de esas chulas y caras que trajeron Bennett o Rhys a casa, por supuesto, no de las que yo pueda permitirme. Como no me atrevo a preguntar cómo funciona, siempre acabo esperando a que alguien haya terminado de preparar el café para servirme una taza.

Sorprendentemente, el sistema lleva años funcionándome.

—Bueno... —Rhys suspira—. Tengo que...

Señala las escaleras con la mano y se marcha decidido sin molestarse en decir nada más. Esa actitud no le pega nada. Rhys es sociable, le gusta estar rodeado de gente y siempre es el más alegre de todos. Puede que Holden y yo siempre hagamos reír a la gente y consigamos que lo pasen bien, pero el que de verdad es buen amigo es Rhys. Es amable, siempre tiene una sonrisa preparada y es feliz. Es un gran tipo.

Pero ahora, mientras sube las escaleras para encerrarse de nuevo en su cuarto, cosa que parece ser la nueva normalidad, lo veo algo más pálido, como si se le hubiese apagado un poco el brillo.

Espero hasta que oigo que ha cerrado la puerta de la habitación y le pregunto a Bennett:

—¿Has hablado con él?

—Sí.

Pongo los ojos en blanco e insisto:

—¿Y sabes cómo está? Lo veo un poco... apagado.

Bennett cierra el puño y casi parte el huevo que tiene en la mano sin querer. Echa los hombros hacia atrás, gira el cuello hacia un lado y le late un músculo rápidamente: una clara señal de que está incómodo o molesto. Nuestro gigantesco portero carraspea y continúa preparando el desayuno.

—No quiere contarme nada —refunfuña.

—Pero si eres su mejor amigo.

Y no lo digo a modo de reprimenda ni para llamarle la atención. Es solo que la sensación que tengo de impotencia, de estar tan desconectado de Rhys, se me cuela en la voz.

El equipo entero parece estar medio separado. Bennett parece más distante que de normal. Rhys no parece centrado y resulta evidente que algo va mal, pero no quiere contarnos de qué se trata ni tampoco quiere pedir ayuda.

Al ver que no podré hablar con ninguno de los dos, me rindo, regreso a mi cuarto a toda prisa, me ducho y me cambio enseguida antes de ir hacia la tan temida clase que tengo los viernes.

Sobre todo, porque la da la mujer que más daño me ha hecho.

Desde luego, tener que ir ahí y escucharla hablar cada dos semanas es casi una tortura. Basta con ver a Carmen para que todo se me remueva de nuevo. Pero al mismo tiempo, también me debato entre desconectar de lo que dice por completo o escucharla, porque así podré aprobar por fin la maldita asignatura.

Sin embargo, por más que deteste la biología, no puedo evitar sentirme ligeramente ilusionado mientras voy hacia el aula, porque eso significa que podré ver a Ro en un contexto distinto al de nuestras sesiones de tutoría.

Me cae bien. Quiero ser su amigo. Nunca me había sentido lo suficientemente cómodo con una chica como para querer que fuésemos amigos, pero ella me aporta cierta calidez y hace que me sienta seguro. Quiero verla y no solo en las tutorías. Y... creo que yo también podría aportarle algo bueno a Ro.

14

Ro

—Lo he intentado.

Sadie resopla al otro lado de la línea.

—Ro, te lo suplico, por favor: no dejes que te haga esto.

—Que no... —Niego con la cabeza y hago unos cuantos garabatos para intentar distraerme—. Es culpa mía. Es que... No sé qué quiere.

—No es culpa tuya —contesta Sadie.

Oigo un portazo de fondo. Acto seguido, capto unas risitas y gritos a lo lejos que me informan de que ha ido a recoger a los niños al cole y me siento culpable por estar robándole tiempo de esta manera. Bastante tiene ya con todo.

—Ya lo sé. —Carraspeo y luego, con un tono de voz más alegre, saludo—: Hola, Oliver. Hola, Liam.

El chillido de Liam ahoga el saludo firme aunque más discreto de Oliver. Le digo a Sadie que nos veremos pronto (mañana, si todo va bien) y ella me responde que se quedará a pasar la noche con los niños.

La cafetería que hay en la biblioteca está a punto de cerrar, así que nuestra escondida esquina está completamente a oscuras y en silencio. Esta semana, he cambiado nuestro sitio habitual por este

para evitar tanto a las chicas que están desesperadas por distraer a Freddy como a Tyler, que también está haciendo tutorías en algún punto de este mismo edificio.

Se supone que Tyler vendrá por la noche y yo he estado desviviéndome por ver cómo arreglar las cosas (o si quiero arreglarlas, para empezar).

El estómago me da un vuelco porque me estoy dirigiendo hacia lo desconocido. Conozco a Tyler y sé qué esperar de él cuando está enfadado, enamorado, en la cama... Todo. Sé que no tenemos la mejor relación del mundo, pero terminarla hace que me sienta como si fuese a saltar de un avión sin paracaídas. Lo conocido aporta seguridad, confort.

Sin embargo, si me quedo, las cosas tendrán que mejorar. Tengo que arreglarlo.

Necesito saber cómo hacer que volvamos a estar bien. Sobre todo, en lo sexual.

Porque no nos hemos acostado desde el semestre pasado.

Tengo una relación complicada con el sexo, especialmente con Tyler. No soy virgen, pero puedo contar con los dedos de una mano las veces que nos hemos enrollado en los casi dos años que llevamos de relación. Al principio, a Tyler le pareció entrañable mi curiosidad e inocencia (toda yo, en general), hasta que la cosa... o más bien yo pasé a ser una molestia.

—Ro.

«Pero le gusta la chica esa de la Ivy League».

Ese pensamiento aparece de la nada y casi me estremezco porque me persigue a diestro y siniestro. ¿Qué la hace mejor que yo? ¿Qué hace que ella valga más la pena? Igual es más refinada en la cama...

—¿Ro?

Yo quería ser espontánea, intentar cosas nuevas (de ahí mi olvidada Lista de cosas sexis para hacer en la uni), pero bastante avergonzada me he sentido ya intentándolo.

He intentado seguir las normas de Tyler y satisfacer sus deseos. El sexo con él es algo cuidadoso, controlado y en una única postura. Tyler siempre guarda silencio, lo cual no hace sino dañar mi confianza casi constantemente. Y a veces grito tanto que me dice que baje un poco el volumen. No le gusta chupármelo, dice que no lo disfruta, pero tampoco deja que le haga mamadas.

«*Es denigrante*». Hasta oigo su voz al decirlo y se me revuelven las tripas porque, en cierto modo, su reprimenda es más denigrante que estar yo arrodillada y con su polla en la boca. «*Ni siquiera deberías querer hacerlo, Ro*».

—Rosalie.

Oigo a Freddy pronunciando mi nombre completo de forma tan melódica que me sobresalto y me sonrojo al darme cuenta de cuánto rato hace que intenta llamarme la atención. Coloca ambas manos sobre la mesa, con fuerza pero divertido, y se sienta delante de mí con una amplia sonrisa en los labios.

—Perdona. —Me coloco los mechones de pelo suelto detrás de la oreja y me siento tentada de recogérmelos para apartármelos del cuello porque, entre esos pensamientos y la intensa mirada de Freddy, estoy empezando a sudar—. Estaba distraída. Lo siento.

—No pasa nada, Ro. Respira. —Se acomoda relajado en el asiento, lo cual resulta cómico porque es enorme y está mazadísimo—. Además, mola no ser yo quien se queda mirando las musarañas.

Sonrío, sobre todo porque es verdad: Freddy siempre suele quedarse ensimismado y asintiendo con la cabeza. Me pasa los ejercicios que he estado corrigiendo desde el otro lado de la mesa de madera que nos separa y pregunta:

—¿En qué piensas tanto?

En parte, querría contárselo, preguntarle... Pero soy incapaz de verbalizar esas palabras.

—Tonterías —farfullo.

Freddy apoya los antebrazos sobre la mesa, repiquetea con delicadeza con los dedos y ladea la cabeza hasta casi reposarla también sobre la mesa para mirarme fijamente a mis ojos despistados.

—Venga, Rosalie —dice haciendo énfasis en mi nombre—. Me gustan las tonterías.

Pongo los ojos en blanco, pero enseguida me cambia la expresión y sonrío alegre porque ya me siento más cómoda. Lo cual tiende a pasarme siempre que estoy con él.

—Vale. —Vuelvo a acomodarme el pelo detrás de las orejas y noto cierto nerviosismo corriéndome por las venas, lo que me lleva a removerme en el asiento mientras me inclino hacia delante—. Pongamos que llevas unos años saliendo con una chica. Hipotéticamente.

Se cruza de brazos.

—De acuerdo. ¿Estoy enamorado de esa chica? ¿Hipotéticamente?

—Mmm, quizá.

—¿Quizá? Yo diría que eso deberías tenerlo claro.

Sacudo la cabeza.

—Bueno, pongamos que, hipotéticamente, llevas unos años saliendo con esa chica. Y puede que la cosa ande un poco, eh..., mal, que digamos.

—¿Mal? —Arquea las cejas y aprieta los labios—. ¿En qué sentido?

—En... —Vuelvo a inclinarme, seguramente hasta quedar demasiado cerca de él, y confieso en voz baja—: El sexual.

Abre mucho los ojos y luego adopta su expresión neutral habitual. Sin embargo, noto que está un poco sonrojado. Resopla discretamente y se interesa:

—¿Qué quieres preguntarme?

—Pues, hipotéticamente...

Levanta las manos y responde:

—Hipotéticamente, claro.

—¿Cómo podría seducirte la chica en cuestión?

—¿Seducirme?

Su típica sonrisa, esa que es atractiva a más no poder, vuelve a hacer acto de aparición en el momento en que Freddy se hunde en el asiento y me mira con esos centelleantes ojos verdes.

—Sí. A ver... Se te da bien el sexo, ¿no?

Se le ensancha todavía más la sonrisa.

—¿Está mi tutora pidiéndome consejos sexuales?

Ay, Dios. Hundo la cara entre las manos y gruño. «Si es que menudo cliché. Le haces broma a Sadie sobre su jugador de hockey y vas tú, que eres la tutora de un atleta que necesita que le echen un cable, y en lugar de ofrecérselo te pones a hablar de sexo con él».

—Por Dios, Freddy, lo siento. No debería haberte dicho nada... Es superinapropiado. Por favor, perdóname. Por favor... —«Y, por favor,

no vuelvas a mencionar esta conversación en la vida».

—No pasa nada...

—Sí, ¡sí que pasa! ¡Acabo de tratarte como a un objeto! Lo siento muchísimo.

La risa de Freddy es alegre y reconfortante.

—No pasa nada, Ro, en serio. Tranquila. —Se inclina hacia delante y se apoya de nuevo en los antebrazos mientras me habla en un tono bajo—: Se me da bien el sexo —coincide, y noto cómo me arde la piel casi de inmediato—. De hecho, se me da genial.

Y tiene toda la pinta. De hecho, no necesita la reputación que lo precede, aunque él la lleve orgulloso por bandera.

Es como si Matt Fredderic emanara sexualidad por todos los poros de su piel. Resulta casi demasiado fácil imaginárselo encima de cualquier chica, con sus fuertes y gruesos músculos tensándose y alargándose con cada fuerte y lento empujón, y con sus ásperas manos en el mejor de los sentidos. ¿La agarraría por el cuello con su callosa palma? No me lo imagino siendo egoísta, sino más bien obstinándose por complacer a la chica con precisión y habilidad.

Con esa misma sonrisa pícara que hace que se me caigan las bragas y me dé un vuelco el estómago cada vez que lo veo sonreír, por más que la sonrisa no sea para mí.

—Y si una chica quisiera... —se me cierra la garganta y bajo aún más la voz— chupártela, ¿qué tendría que hacer para que te entraran ganas? —Las palabras me salen demasiado deprisa y se aturullan las unas con las otras mientras me van saliendo de la boca y yo pierdo el control—. ¿Un estriptis? ¿Hablarte sucio? ¿Ponerse lencería bonita o...?

Freddy se pone como un tomate mientras yo voy hablando hasta que, al final, me tapa la boca con su enorme palma, que me cubre hasta los ojos.

—Ro, por Dios.

Aparta la mano.

—¿Qué? —le pregunto mientras me abanico el cuello porque tengo tantísimo calor que seguro que estoy sudando. Ya vuelvo a notar un nudo en el estómago y me preocupa que, como no me recomponga rápido, voy a echarme a llorar de la vergüenza—. Solo quiero saber si lo estoy haciendo bien. Quiero que sea perfecto...

Se le relaja la expresión ante la lacerante vulnerabilidad de mi voz y me recorre el brazo, que tengo apoyado en la mesa entre nosotros, con los dedos.

—Hey, no pasa nada. No has hecho nada malo.

Inhala profundamente para serenarse y yo cierro los ojos un segundo para centrarme en el patrón que me está dibujando él con la punta de los dedos.

—Si fueras mi novia, Rosalie... —dice con voz grave y áspera; envuelto en sus labios, mi nombre completo suena genial—, no tendrías que hacer nada para convencerme. Bastaría con una puta sonrisa para que perdiera el control. ¿Vale?

De repente, su voz pierde la aspereza y vuelve a dibujar una alegre sonrisa.

—Pero yo soy el guarro de la uni, ¿no? —añade encogiéndose de hombros, apartándome la mano del brazo y dejándose caer perezosamente contra el respaldo de la silla—. O sea, que igual deberías preguntárselo a alguien más listo, como Bennett o Rhys.

—Vale —contesto—. ¿Puedes pasarme su número de teléfono?

Abre los ojos como platos y se sienta recto en el acto.

—No, no les preguntes nada.

—Pero me acabas de decir que...

Parece un poco alterado.

—Olvídate de lo que te he dicho —gruñe mientras se frota la cara con la mano—. Tengo el cerebro frito. No sé ni lo que me digo. Tú solo... Solo dile que lo deseas. Bésalo y dile exactamente lo que quieres que te haga, ¿vale?

—Vale.

Asiento con la cabeza, pero con resignación, porque eso ya lo he intentado.

—Creo que deberíamos dejarlo por hoy. Tengo que ir a un sitio —me dice Freddy, y se levanta de inmediato.

Me da un vuelco el estómago. Intento darle las gracias o disculparme, pero se marcha tan deprisa, haciendo casi un esprint por la biblioteca, que es como si se muriese de ganas de largarse de aquí.

15

Freddy

Me suena el móvil y, después de haberme pasado una semana hablando única y exclusivamente acerca de estrategias de lectura y haciendo deberes de Biología, espero que quien me llame sea Ro para hablar de cualquier trivialidad otra vez.

Por desgracia, no lo es.

—Llevo llamándote toda la semana.

Al oír esa áspera voz, me pongo a la defensiva enseguida.

—Estoy ocupado —contesto.

—Pues para quedar con Gavins parece que no lo estás tanto.

—¿Cómo...? —Cierro los ojos mientras me masajeo el entrecejo—. ¿Sabes qué? Da igual. Déjalo. ¿Qué quieres?

—¿Archer ha conseguido que te acepten los Dallas?

—No —gruño, y luego muerdo el anzuelo que me está mostrando él de inmediato—. Lo he conseguido yo con mis putas habilidades, cabrón.

Mi padre ríe.

—Cada día te pareces más a mí, ¿eh?

«No me parezco en nada a él. No me parezco en nada a él. No me parezco en nada a él».

—Los Dallas me ofrecieron el acuerdo. A mí y solo a mí. Y es mejor de lo que podrías haber logrado tú en la vida.

—Claro que sí —se burla—. ¿Antes o después de que Archer te hiciera de padre en las negociaciones?

—Vete a la mierda —grito mientras me paseo por el cuarto enfurecido—. No pienso hablar de Archer.

—Vaya, te has puesto muy a la defensiva...

Cuelgo y tiro el móvil en la cama antes de subir el volumen del televisor. En la pantalla aparece una serie de Internet que llevo años viendo y que sigue reconfortándome a día de hoy. Luego me meto en el baño para darme una buena ducha con la esperanza de que el vapor y el calor consigan disipar el odio y la persistente culpa e ira que me inundan la cabeza.



El entreno va como el culo.

Estoy frustrado por varias razones en las que no quiero ni pensar, pero también por esto. El hockey es lo mío, es mi vía de escape. Pero estamos jugando de pena y todo por culpa del puto Toren Kane.

Llevamos casi media hora con el mismo ejercicio técnico y nuestra línea, la *primera línea*, no consigue bajar el *puck* porque Holden y Kane son incapaces de jugar juntos.

Una parte de mí quiere gritarles que se concentren, mientras que la otra parte está lista para llegar a las manos con el entrenador Harris para que vea que meter a Kane en el equipo ha sido una estupidez colosal. Esperar que un júnior leal como Holden, que

prospera bajo la atención y los consejos de Rhys, al que mira casi como a un Dios, juegue en la línea de defensa con el jugador que casi lo mató... No tiene sentido.

Y luego está Rhys, que tiene unas pintas aún peores. No pienso decirles nada a los demás, pero veo que le está costando. De vez en cuando, empieza a respirar con pesadez, como si no estuviese en forma. Pero yo sé que no es por eso... Le pasa algo más.

Sin embargo, no quiere compartir su dolor ni sus secretos con el resto, así que ¿qué más puedo hacer...? Yo sé cuál es mi sitio. En realidad, no formo parte del dúo de estrellas KoteskiyReiner. Solo soy el guapo del sujetavelas.

—Otra vez.

Espero un segundo y me paso la lengua por los labios para apartarme el sudor que va cayendo sobre los labios mientras trato de tranquilizarme, porque estoy jadeando. Vuelvo a desviar la vista hacia Rhys y espero a que diga algo, a que diga lo que todos pensamos. Pero guarda silencio y mira a Kane enfurecido.

Supongo que me toca hacerlo a mí.

—Con el debido respeto, señor... —suspiro con la respiración forzada—. Es evidente que tenemos un problema en la línea de defensa y eso hace que todos los demás debamos trabajar más.

Holden se estremece. Quiero pedirle disculpas, y lo haré. Pero por ahora me mantengo firme.

—Pues quizá te convendría mantenerte un poco al margen, *crack* —dice Toren, que no parece molesto a pesar de que respira con dificultad a causa de la intensidad del entreno.

—Al menos, cuando yo paso el *puck*, va a parar a mis compañeros, no al puto equipo contrario.

—Ya basta —tercia el entrenador con su tono de autoridad habitual, solo que esta vez más fuerte.

Porque el entrenador Harris no grita. No es de esos entrenadores. En lugar de gritar, le gusta guiarnos con respeto y ese es uno de los motivos por los que lo admiro desde el primer día en que lo conocí.

Todo el mundo se queda callado mirando cómo este hombre de mediana edad no para de frotarse la cara antes de mirarnos otra vez y desistir con un gesto con la mano.

—Haz lo que quieras con ellos, entrenador —le dice al asistente que tiene a la derecha—. Me da igual. No quiero verlos hasta que jueguen como un equipo. —Patina para salir del hielo, pero frena y mira a Rhys—. Es tu equipo, Koteskiy. Que no se te olvide.

A pesar de estar en tensión, Rhys asiente. Sigue comportándose como nuestro capitán ejemplar incluso bajo la pesada carga que supone tener en el equipo a Toren Kane.

Así que nos pasamos el último tercio del entreno practicando *suicide drills* hasta que estoy casi seguro de que vamos a acabar todos vomitando. Cuando el entrenador Johnson nos deja marchar, estamos todos jadeando y casi no nos aguantamos ni de pie.

De vuelta al vestuario, los jugadores guardamos silencio y la tensión en el aire casi se puede cortar.

Rhys se pone los AirPods nada más salir de la ducha. Se viste con el pelo empapado y sale cabizbajo. No es más que la sombra de nuestro antiguo capitán, que esboza una sonrisa pensando que nadie se da cuenta de que solo es una máscara.

Yo también me apresuro a ducharme. Sobre todo porque tengo un examen mañana por la mañana y quiero intentar descansar un poco.

—¿Listo? —me pregunta Holden dándome una palmada en el brazo al acercarse. Me está esperando porque se ha ofrecido a llevarme a casa en coche después de que Bennett dijera que tenía que ir a no sé dónde y se marchara pitando antes que los demás. Guardo las últimas cosas en la mochila antes de casi pegarme un buen cabezazo contra el panel de madera que queda encima de mi cubículo.

Me giro hacia la única persona que se daría de bruces conmigo a propósito.

El puto Toren Kane.

—Disculpad, compis —suelta burlón y marcando bien esa última palabra.

Se pasea hacia su taquilla, con todos sus tatuajes y goteando tras salir de la ducha. Se quita la toalla y la tira encima de mi bolsa de entrenamiento.

—Qué puto asco —gruño, agarro la toalla y lo azoto con ella antes de volver a tirársela. Kane se limita a reír socarrón por encima del hombro a pesar de que acabo de dejarle una buena marca roja en la espalda; parece que le haya dado con un látigo. Ojalá tuviese dos dedos más de frente y consiguiese mantener el pico cerrado, pero no puedo evitarlo—: ¿Por qué no recoges y te duchas en tu puta casa la próxima vez? Nadie te quiere por aquí.

El tío asiente mientras se sube los pantalones de chándal por una pierna antes de girarse y estirar los brazos a lo ancho.

—Soy consciente.

—Entonces, ¿qué coño haces en Waterfell?

Se me acerca, descamisado y dejando a la vista todos sus tatuajes. El que le ocupa casi todo el costado y el torso me parece

sutilmente familiar, es como si ya lo hubiese visto antes.

—Si crees que estoy aquí por gusto es que eres más idiota de lo que pensaba.

«No seas un jodido imbécil».

Mi puño vuela antes de que pueda contenerme e impacta de lleno contra su pómulo. Tiene tiempo de sobras de protegerse, de agarrarme el brazo o esquivar el golpe, pero no lo hace. Deja que le dé.

—¿Eso te lo ha enseñado tu padre?

—Cierra la puta boca —le suelto empujándolo por el pecho desnudo, hasta que acaba con la espalda empotrada contra la pared de la esquina donde nos encontramos. Me quedo de piedra al ver que sabe algo que, clarísimamente, no debería saber. Siempre he mantenido la identidad de mi padre en secreto. Lo he mantenido a escondidas. Aunque ¿quién coño iba a conocer a John Fredderic, un fracasado jugador de tercera línea? Los únicos que lo sabemos somos el entrenador Harris y yo. Sin embargo, lo que más me cabrea es que este cabrón tenga los huevos de sacar el tema a colación. Me inclino hacia él enfurecido y echando humo en silencio —. No tienes ni puta idea de lo que dices.

Mi repentina ferocidad lo lleva a sonreír más aún.

—Joder que no. Lo he investigado, guaperas.

Lo empujo contra la pared con más fuerza todavía, iracundo al ver que no contraataca.

—Freddy —me llama Holden, agarrándome por el brazo y separándome de Kane—. No vale la pena. Déjalo. Vámonos.

Holden parece un poco decepcionado. Pero, por lo visto, no conmigo. Sino con Kane, su nuevo compañero de línea.

Me libero de su brazo con una sacudida de hombros, recojo mis cosas y salgo de mala leche por la puerta con otro aplastante peso más encima.



Hacía tiempo que la cosa no me iba tan mal.

Entre la llamada de mi padre, la mierda de entreno que hemos tenido y que Toren Kane me ha sacado de puto quicio cuando ya no podía más, luego viene el ayudante del doctor Cipher y nos pasa la última prueba de mates que hicimos la semana pasada. Creo que voy a gritar.

Un puto 45, muy lejos del 59 para aprobar.

No solo he suspendido, sino que, además, he sacado peor nota que la última vez.

Y lo intenté. Lo intenté muy pero que muy en serio.

Noto que me arde la cara de la vergüenza con solo pensar que tengo que decírselo a Ro. Cierro el puño y arrugo el papel antes de meterlo en la mochila y salir escopeteado por la puerta nada más terminar la clase.

Por un segundo, me planteo cancelar la tutoría directamente. Pero cuando abro el chat con Ro y veo nuestra última conversación, con los emojis que me envió ella, doy media vuelta y me dirijo a la Facultad de Ciencias y Matemáticas, donde me ha pedido que nos veamos.

Incluso me paro a pillar un *dirty chai* para ella y un café con hielo para mí. Como si llevarle eso fuese a mitigar la decepción que sentirá cuando le enseñe mi nota.

Quiero verla sonreír con su bebida favorita antes de defraudarla porque eso no puedo remediarlo.

—Mira tú quién viene por ahí...

Toda la tensión de la que me había liberado al pensar en Ro regresa a mí multiplicada por diez al oír la voz que me llama en cuanto entro en los despachos de tutorías.

Me aferro a mi habitual sonrisa socarrona y lo saludo con un gesto de la cabeza y un:

—Donaldson.

—Fredderic —responde apoyándose en la mesa—. ¿Qué haces tú por aquí? ¿Te has perdido?

Las fuertes ganas que siento de tocarle las narices son tales que no puedo evitar responder:

—Solo venía a buscar a mi chica.

Algunos de sus secuaces, que están justo detrás de Donaldson, escuchando, sueltan una risita que retumba entre este tenso silencio. Y, como si acabase de invocarla con tan solo pensar en ella, Ro sale del despacho del fondo. Cuando caigo en que se trata del despacho de Carmen, empiezo a sentir náuseas.

Vestida con unos pantalones blancos y un top verde salvia que deja a la vista una pizca de su bronceada y morena piel a la altura del abdomen, Ro está preciosa. Además, es lista, amable y graciosa. De nuevo, me encuentro preguntándome qué diablos hace saliendo con Tyler Donaldson.

—RoRo —la llama él mientras se dirige hacia el escritorio de ella.

Sé que es el de Ro porque, justo encima, está su mochila con el lacito.

Ro le sonríe discreta y aturulladamente antes de mirarme a mí, nerviosa.

Noto que me sudan las manos.

—Hey, Freddy —me saluda con amabilidad. Mis hombros se relajan y la ansiedad que aún sentía en el cuerpo se va disipando cuando Ro me dedica una amplia y genuina sonrisa—. Cojo las cosas y nos vamos.

—Sin prisa —le respondo.

Lo veo ya antes de que pase. Tyler invade su espacio personal y la arrincona tantísimo que incluso noto cómo cruje el escritorio de Ro con el peso de ambos. Desvío la vista hacia el techo antes de que la curiosidad se apodere de mí y mire cómo se besan.

Llevo sin poder quitarme de la cabeza todas las preguntas que me hizo sobre sexo desde el día en que tuvimos esa conversación. Quiero saber a qué se deben esas dudas y más aún: por qué me pidió consejo *a mí* en lugar de hablarlo con la persona con quien se acuesta.

Que es algo en lo que no quiero pensar ahora mismo.

Aunque el intento de Tyler por devorarle la cara entera a Ro casi me hace reír. La sorpresa que se le dibuja a ella en el rostro es una señal todavía más clara de que esta muestra de afecto en público está más dedicada a mí que a ella, o incluso a él.

Al fin Tyler la suelta. Ro camina hacia mí roja como un tomate, avergonzada. Se siente tan humillada que tiene los hombros muy tensos, y se me quitan las ganas de bromear. Así que le sujeto la puerta para que pase y fulmino a Tyler con la mirada antes de seguir a Ro.

—¿Estás bien?

—¿Yo? Sí. Claro —responde con la voz temblorosa—. ¿Por?

Me encojo de hombros.

—Solo preguntaba.

Le paso el húmedo vaso de plástico con una sonrisa. Ro lo acepta y arruga la frente, confundida.

—¿Qué es?

—Un *dirty chai* con hielo. Es lo que te gusta, ¿no? —Al ver su desconcierto y que parece un tanto alterada, el pánico se adueña de mí—. ¿He pedido lo que no tocaba? Perdona. Te compro otra cosa en la...

—No, no, no —me corta—. Es mi bebida favorita. No me puedo creer que te hayas acordado... Gracias, Matt.

Noto cierta calidez al oír cómo pronuncia mi nombre de pila.

—No es nada.

Le doy un sorbo a mi café con hielo y me acerco a ella para seguir andando mientras atravesamos el campus y nos dirigimos hacia nuestro silencioso rincón en la biblioteca. Nos pasamos todo el camino hablando y volvemos a sacar el tema de cuáles son nuestras películas favoritas porque tanto ella como yo seguimos sacando más y más pelis para añadir a la lista.

Casi me había olvidado por completo del examen hasta que Ro me lo pregunta tras habernos sentado a la mesa y haberlo sacado todo de las mochilas. Pero... Me siento bien y no quiero que la alegría que le he visto en el rostro desde que le he dado la bebida desaparezca.

Mi plan de contarle una mentira se esfuma ante su relajada y amable expresión.

—Pues... —Me froto la nuca y le evito la mirada—. He suspendido.

Mientras espero el bofetón que sentiré al verla decepcionada, busco, a tientas, el papel de esa cosa horrenda y me corto el pulgar con la hoja al pasárselo.

—Es muy vergonzoso, la verdad... —Río entre dientes y hago crujir mis dedos; lo que sea con tal de no mirarla en un momento tan bochornoso como este.

Pero entonces, Ro coloca una mano sobre la mía y paro. Con una voz tranquila, contesta:

—No es vergonzoso. Tú solo dime en qué tenemos que mejorar. Lo conseguirás.

Cuando por fin levanto la cabeza para mirarla, la encuentro rebuscando en el bolsillo pequeño de su mochila. Me mira a los ojos. Los suyos, de color avellana, centellean con una picardía que me animo a imitar. Abre la mano y deja un montón de clips en forma de mariposas sobre la mesa.

—Vale...

Me explica los problemas o, mejor dicho, el orden correcto de las ecuaciones que, claramente, yo no entendí, e intento centrarme y escucharla. Una alegría eufórica hace que se me acelere el corazón.

Sigo esperando a que algo salga mal. A que algo neutralice la pura suerte que tengo de contar con Ro en mi equipo, de que esté a mi lado de verdad, de que se preocupe tanto por lo que no entiendo y que realmente quiera ayudarme.

—¿Me sigues?

Su voz acalla cualquier otro ruido por un segundo y la vergüenza hace que me ruborice un poco, pero, al final, me siento lo bastante cómodo como para negar con la cabeza con total honestidad. «No, sigo sin pillarlo».

No se frustra en absoluto. Solo se limita a sonreír y asiente antes de intentar explicármelo de una forma completamente distinta.

En mitad de su argumentación, Ro guarda silencio porque se da cuenta de que no tiene los clips suficientes para terminar este problema en cuestión. Entonces, se lleva la mano al pelo y se quita un par con los que se había sujetado los rizos.

Ese gesto se parece una barbaridad al que hizo en la piscina y los clips son los mismos que tengo guardados yo en la mesita de noche de esa fiesta que ella no recuerda. Me gusta mirarlos cuando no puedo dormir.

La pizca de tristeza que siento al recordar que ella no se acuerda de nada me pesa tanto que me resulta imposible deshacerme de la aflicción que siento en el pecho, por más que intente frotármelo con la mano. Daría lo que fuera por volver a compartir un momento así con ella, sin corazas, con una vulnerabilidad absoluta y un afecto, un cariño real.

Pero me basta con poder tener esto con Ro. Con ser su amigo, si me deja.

Prometo que la protegeré, que estaré junto a la chica guapa de las mariposas sujetando sus alocados rizos, por más que nunca vaya a ser mía.

16

Ro

Hoy será una noche perfecta

Qué ganas de que empecemos de nuevo



Tyler ha dejado ese último mensaje en leído y lleva veinte minutos sin responder. Los nervios se apoderan estrepitosamente de mí mientras me pongo dos capas más (totalmente innecesarias) de mi bálsamo labial favorito, con sabor a piña, hasta que me quedan casi demasiado brillantes y un poco pegajosos.

Cuando Liam me llama a la puerta y me pregunta si puede atarme el lazo del pelo, Tyler sigue sin haberme respondido.

—Como siempre —me dice con una tímida sonrisa—. Soy el mejor en eso.

A pesar de que sus palabras parecen denotar confianza en sí mismo, cada vez que pregunta algo lo hace con una especie de miedo al rechazo constante en la voz.

Llevo treinta minutos sentada en el borde de la cama, vestida y preparada. Si voy a irme, tengo que marcharme pronto, pero algo me lo impide.

Algo no anda bien.

Sigo sin poder quitarme esta sensación de encima mientras pido un Uber para ir al restaurante. No vamos a un sitio demasiado elegante y está en medio de un montón de restaurantes más que hay en el pintoresco centro de Waterfell, de modo que queda un poco alejado del campus. Teniendo en cuenta que el coche no me va demasiado bien, la ubicación no es ideal.

Como me he quedado tirada un sinfín de veces, mi mejor aliado han sido los viajes compartidos en coches ajenos desde primero de carrera. Una vez, Sadie y yo empezamos a conocernos un poco mejor gracias a que nos pusimos a hablar de los problemas que teníamos con el coche y de lo poco que sabíamos las dos al respecto. Y aunque yo sé que me bastaría con enviar un solo mensaje a mis padres mencionándoles los problemas que tengo con el coche para que vinieran al rescate, he mantenido el pico cerrado y me las he apañado como he podido.

Al entrar en el restaurante, me da un escalofrío (ojalá me hubiese decantado por el cárdigan en lugar de este reluciente y fino vestido de tirantes blanco) y le mando un mensaje rapidillo a Tyler para informarle de que ya he llegado. La camarera me sienta en una mesa al lado de la ventana y me pregunta si quiero pan; acepto encantada mientras espero.

Y espero.

Treinta minutos, para ser exactos.

El restaurante se va llenando cada vez más porque es un lugar donde muchos acuden con sus citas los viernes por la noche a principios de septiembre. Mi humillación no hace sino aumentar con cada parejita feliz que entra por la puerta. Hasta las parejitas que *no* parecen felices hacen que me sienta humillada porque, incluso ellos, a pesar de estar en la miseria, se han presentado.

Le mando otro mensaje a Tyler, y otro. Incluso lo llamo a riesgo de que su ira se desate.

No responde.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras me zampo todo el pan con aceite de oliva que me han traído. Luego le pido a la camarera que me traiga la cuenta para pagar mi Coca-Cola Zero y largarme.

Me mira compasiva y me ofrece una ración de patatas fritas con beicon y queso para llevar, cortesía de la casa, con lo que aún me cuesta más no desmoronarme. Estoy al límite.

Echo a andar con las piernas temblorosas (hecho que se ve agravado por los tacones de tiras que me he puesto, y que, como todo el mundo sabe, no son nada prácticos). Casi no he ni atravesado las puertas de cristal tintado cuando me choco con fuerza contra alguien.

—Pe-perdón —farfullo, y las palabras me salen como un sollozo.

—Mierda —suelta una profunda aunque suave voz antes de que unas manos frías me agarren por los bíceps, que me arden a más no poder a causa de la vergüenza—. ¿Ro?

Matt Fredderic.

Por si la cosa no pudiese ser más humillante ya.

—Hey, Matt —murmuro, e intento esbozar una penosa sonrisa aunque mis ojos están ya acuosos—. ¿Qué haces aquí?

—Ro, ¿estás bien?

Creo que nunca lo había oído con una voz tan seria. Mira a mi alrededor y parece un tanto frenético, como si estuviesen a punto de atacarnos.

Por fin lo miro y entonces me fijo en la atractiva rubia de ojos grandes, con las puntas del pelo teñidas, que tiene justo al lado, que me mira preocupada.

—Ay, Dios...

Ahora sí que me pongo a llorar. Esto es lo más vergonzoso que me ha pasado en toda la vida.

—Estás... Yo... Freddy, lo siento muchísimo...

—Rosalie —vuelve a llamarme agarrándome la cara con una mano y levantándome la cabeza para que lo mire a los ojos—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué lloras? —Le cambia la expresión de inmediato. El enfado se apodera de su rostro, normalmente jovial, convirtiéndolo en algo duro y aterrador—. Ro, ¿alguien te ha hecho daño? ¿Quién...?

—No, no. Estoy bien.

—¿Dónde está Tyler?

Sacudo la cabeza en silencio porque soy incapaz de pronunciar las palabras en voz alta. Soy incapaz de reconocer que mi novio me ha dejado plantada, y menos a Matt Fredderic. Además, ¿admitirlo mientras, por si eso no fuera ya suficiente, le estoy arruinando la cita? Ni de coña.

—Lo siento —repito—. No quería molestar. Solo... Voy a pedir un Uber...

—No, Rosalie —me corta Freddy mientras se frota la cara con una mano—. Y deja ya de disculparte. Te llevo a casa.

La chica que está con él no parece enfadada, solo confundida y preocupada.

—¿Podéis esperarme un momento en el coche? Voy... —Freddy se aleja musitando no sé qué de que va a por algo que se ha olvidado en el restaurante del que acaban de salir antes de dejarnos, a su cita y a mí, aquí, de pie, mirándonos incómodamente la una a la otra.

Bueno, al menos es incómodo para mí, porque ella se me acerca enseguida.

—¿Estás bien? —me pregunta con delicadeza.

—Sí. Lo siento mucho. —Respiro temblorosa y me apresuro a limpiarme las lágrimas que ya se me están secando mientras procuro adecentarme, porque seguro que tengo el rímel corrido por debajo de los ojos—. Soy Ro.

—Encantada, Ro. Yo me llamo Sarah. —Tras dudar un segundo, pregunta—: ¿Quieres que te dé un abrazo?

Río por lo bajo y asiento deprisa antes de contestar:

—Pues sí, la verdad.

Sarah me envuelve y me abraza con fuerza, apoyándome la cabeza en su clavícula. Aunque soy una chica, la verdad es que soy alta, y más ahora que voy con tacones. Son unos tacones bajos, pero si Tyler hubiese estado aquí, se habría quejado porque habríamos quedado a la misma altura. A mí eso nunca me ha importado demasiado, pero a él le molesta.

El contacto físico me resulta reconfortante. Me gusta que me toquen, que me abracen. Y últimamente nadie suele abrazarme demasiado, a excepción de Sadie y sus hermanos. Sin embargo, hace un tiempo que Sadie ya no está tanto por el piso.

Sarah me suelta y me guía hacia el coche de Freddy, que parece bastante destartalado. Cojo el pomo de la puerta de atrás y subo antes de que la chica me ofrezca sentarme delante porque tengo el presentimiento innegable de que lo hará.

—¿Sois muy amigos? —se interesa ella mientras se sube al asiento del copiloto a regañadientes.

Cuando Sarah cierra la puerta y esta emite un crujido, ambas hacemos una mueca. Yo me acomodo en el asiento del medio de atrás.

—Soy su tutora.

—¡Anda! —Sonríe con segundas—. Compensa, ¿eh? Freddy es increíble, ¿a que sí?

Me da la impresión de que no estamos hablando de sus habilidades como jugador de hockey, cosa que aún tengo que ver en persona, ni tampoco de sus talentos como estudiante, lo cual hace que se me revuelvan las tripas de mala manera.

—Solo somos amigos.

La chica frunce el ceño y se retuerce en el asiento mientras se coloca su larga melena detrás de la oreja. Tiene una marca roja en el cuello que parece reciente, como si alguien le hubiese dado un chupetón, y tengo que bajar la vista hasta el regazo para no imaginarme a Freddy haciéndoselo él mismo, para no imaginarme cómo debe de haberla saboreado y cómo debe de haber jugado con los labios pegados al cuello de Sarah. Al pensar en Freddy mordisqueando la pálida piel de la chica para marcarla, me tenso y me entra muchísimo calor.

«Es inapropiado. Deja ya de estar tan desesperada».

—Freddy no es «solo amigo» de las chicas —comenta Sarah, aunque le sale más bien en un tono interrogativo. Es como si no acabase de conocerlo lo suficiente como para estar segura de que lo que acaba de decir es cierto.

Dejo caer los hombros y respondo:

—Conmigo sí.

«Aunque... No es del todo cierto, ¿verdad?».

No somos amigos. Creo. Ese error ya lo cometí en el pasado, al esperar que fuésemos amigos y darme cuenta de que dicha amistad era solo unilateral. La vergüenza que sentí fue apabullante.

La puerta del conductor se abre y Freddy sube al coche. De repente, me pasa un par de cajas de pizza individuales.

—Una de queso y una suprema. Como no sabía qué querrías, he pillado las dos.

Atribuyo a mis múltiples *mental breakdowns* la rapidez con la que empiezan a anegárseme los ojos de lágrimas ante ese gesto tan tierno. No me ha preguntado si había comido, ni si quería nada... Simplemente lo ha hecho. Por mí.

Volvemos prácticamente sumidos en un silencio absoluto. Sarah me hace algunas preguntas generales, como qué estudio y de dónde soy, y yo respondo con facilidad. Pero la verdad es que Freddy me distrae un poco, aunque, en realidad, no está haciendo nada; pero es enigmático y resulta casi imposible no sentirse atraída por él.

La forma en la que conduce resulta irritantemente seductora, con una mano en el volante y la otra suelta, con la que ahora mismo se está tocando su carnoso labio inferior. Cuando ha aparcado marcha atrás, ha levantado el brazo y lo ha apoyado en el reposacabezas del asiento del copiloto para girarse y mirar por encima del hombro, y

me ha guiñado el ojo antes de concentrarse en el continuo tráfico del fin de semana.

Como se ha puesto bermudas, sus muslos musculados vuelven a quedar obscenamente a la vista y tiene las piernas tan separadas que puedo verle el costado de una de ellas bien apretado contra la consola central. Y esa maldita mariposa...

Mira por el retrovisor a menudo y me busca los ojos un segundo, como si quisiera asegurarse de que estoy bien. Y, por cada sonrisa tímida que le dedico, él me devuelve una diez veces más amplia. Seguimos el trayecto compartiendo historias ligeras entre los tres, la mayoría divertidas. Él escucha mientras Sarah me habla y, de vez en cuando, suelta algún comentario gracioso o hace alguna broma. Las arrugas al sonreír se le marcan cada vez más en el rostro con cada risa que le sonsacamos. Es como un niño que, llegada la mañana del día de Navidad, descubre que le han traído justo lo que quería. Es como si nuestros halagos y nuestra atención fuesen el regalo que lleva esperando todo el año.

Aparcamos en un complejo de apartamentos que queda alejado del campus y que yo no he visto en la vida. Consigo apartar la vista de Freddy un segundo y dejo de estudiarlo.

Sarah salta del coche y nos sonríe con una mano en la puerta.

—Me lo he pasado genial, Freddy. Y, Ro: encantada de haberte conocido. Espero que la noche mejore.

Esta última frase la dice sonriendo pícara y guiñando un ojo, y a mí me suben los colores.

—Sarah, para, que es mi tutora —le recuerda Freddy con una sonrisa, a pesar de que pronuncia esas palabras con seriedad y una subyacente dureza—. Va en serio.

La chica se hace una cruz a la altura del pecho y se despide de él con un saludo militar antes de irse alegre hacia las escaleras que tiene detrás.

—Siento haberte arruinado la cita —suelto.

—No era una cita.

—Bueno, pero no quería cargarme...

—Rosalie, te prometo que no te has cargado nada —me dice con un tono que evidencia que no está buscando ninguna riña—. Oye, ¿qué haces todavía ahí atrás?

Se inclina, me coge la mano y tira de mí con cuidado para que, gateando de forma un poco patosa y dándome varios cabezazos, salte por encima de la consola central y me coloque en el asiento del copiloto.

17

Freddy

La mano de Ro es cálida, suave y delicada. No quiero soltarla.

A través de mis altavoces, esos que necesitan desesperadamente algo de cuidado y cariño, suena «Take Care», de Beach House. He conducido hasta el parque que hay entre el centro de Waterfell y las residencias porque me niego a dejarla en casa todavía.

Se ha comido la mitad de una pizza. Yo no tengo hambre, pero la miro mientras ella moja los bordes en la mantequilla de ajo y los saborea con ganas. Ahora ya no está llorando, pero sigo atisbándole el dolor en la cara, escondido bajo la salsa marinera, el queso y una desesperada necesidad de hacerme sonreír.

Y eso lo sé porque no para de mirarme con la misma sonrisa a la que recorro yo cada vez que intento descifrar si alguien está molesto. Si tengo que complacer a alguien de alguna forma para mejorar la situación.

Quiero preguntarle qué ha pasado. Sin embargo, en lugar de eso, me limito a sugerirle si le apetece ver algo. Porque como vuelva a mirarme como si ella misma hubiese hecho algo mal, no lo soportaré. Busco el móvil y lo coloco tal y como he hecho en mil

ocasiones: sobre el tablero del coche, en un equilibrio precario pero perfecto.

—¿Quieres que veamos tu peli?

—¿Mi peli? —pregunta con el ceño fruncido y la boca tan llena que se le juntan las palabras y su farfulleo resulta casi incomprensible.

Se sonroja de golpe mientras mastica (con los labios apretadísimos) y se traga la comida.

—Sí —digo riendo, mientras entro en una de las aplicaciones de *streaming*. Ya tengo *Por siempre jamás* en la lista—. La descargué para verla durante el trayecto a mi próximo partido fuera de casa. Pensé que podría verla en el bus. El otro día no la terminé porque me quedé dormido.

Clava sus ojos color avellana en los míos y le atisbo una firmeza en la mirada que no le había visto en toda la noche. Ante esa preciosa imagen, siento un inmenso alivio que se va apoderando de mí. Ro sonríe nada más empezar la película y fija la vista en la pantalla, en silencio, mientras yo lo hago en ella.

Al cabo de unos minutos, me pierdo en la trama con facilidad. Que le guste la historia de una princesa a la chica a la que yo siempre llamaré *princesa* me parece casi demasiado perfecto.

—¿Tú tienes alguna peli que te haga sentir mejor? —me pregunta con un susurro, como si estuviésemos en un cine y le diese miedo hablar demasiado alto y molestar a los demás.

Lo considero un minuto, pero niego con la cabeza y apoyo el codo en el centro de la consola, dejando que nuestros brazos se rocen.

—No creas. Suelo ver vídeos de YouTube. Me gusta el programa de entretenimiento *Good Mythical Morning.* —Lo que no le cuento es que lo veo a todas horas, normalmente para quedarme dormido o

justo al despertarme. Por extraño que parezca, hace que me sienta menos solo—. Pero... —añado antes de que me dé tiempo a pensar siquiera en lo que voy a decir— a mi madre le encantaba *Love Story*. Siempre que la veía se sentía mejor. Solíamos verla juntos muy a menudo, sobre todo cuando...

Se me apaga la voz y bajo la vista; aparto el brazo del confort de su piel, me paso la mano por el pelo y me froto la nuca. Me arden sutilmente los ojos y trago saliva con fuerza para deshacerme de ese montón de emociones. «No llores. Deja de llorar, joder. Ya han pasado cuatro años. Ni siquiera estás contando algo triste».

—¿Estás bien? —me pregunta dubitativa.

Me da un inmenso vuelco el estómago antes de asentir.

—Sí, perdona. Me... —Carraspeo en lo que parece una táctica para ganar tiempo, pero noto la voz pegada en el fondo de la garganta, áspera y rasposa—. Mi madre murió —le cuento y, acto seguido, me apresuro a seguir con mi coletilla habitual—. Pero ya hace cuatro años. Ya estoy bien. Así que no pasa nada. —Cada palabra es más apaciguadora que la anterior.

La verdad es que hay días en los que no siento nada por más que piense en el tema. Y hay días en los que me duele como si se hubiese muerto ayer.

Ro vuelve a mirarme con la misma intensidad de siempre, esa que hace que me abra con ella, que no me importe ser vulnerable.

—No pasa nada por que la eches de menos, ¿eh? Ni por que llores. Yo siempre lloro porque echo de menos a mis padres, y eso que solo están lejos.

Sus palabras me sientan como un abrazo y yo me regodeo en esa sensación. La miro a los ojos con los míos enrojecidos sin tratar de

esconderme ni bromear.

—¿En serio?

—En serio. —Asiente antes de morderse su carnoso labio inferior y juguetear con un tirabuzón. Está nerviosa—. ¿También te sientes solo a veces?

Soy incapaz de contener la risa incrédula que se me escapa, pero asiento y le sonrío.

—Joder, a todas horas.

—¿En serio? —pregunta ahora ella.

—En serio.

—Es que... Adoro a Sadie, es mi mejor amiga —me dice con soltura a medida que se va sintiendo más cómoda—. Pero es la única amiga que tengo y... Y está ocupada. Muchísimo. Tiene un montón de cosas que gestionar. —Se le apaga sutilmente la voz y la irritación que me genera la patinadora esa vuelve a adueñarse de mí de golpe, por Rhys y por Ro—. Cuando está ocupada, no la veo demasiado, y el semestre pasado casi no la vi. Pero no es culpa suya.

Quiero llevarle la contraria y decirle que sí que lo es, pero me muerdo la lengua.

—Así que... —Se encoge de hombros—. A veces me resulta imposible no sentirme muy pero que muy sola. —Acompaña esa última frase con un simulacro de sonrisa desprovista de humor alguno.

—Yo seré tu amigo, Ro —respondo—. Quiero que me veas como a un amigo.

—Me encantaría, Matt.

Me sonríe con un discreto y delicado gesto, y yo siento que me invade una nueva ola de cariño y protección hacia ella. «Amigos». Y no porque estemos en el mismo equipo de hockey o porque pueda ofrecerle algo a cambio.

Simplemente es mi amiga porque quiere serlo.



Por paradójico que resulte, disfruto más de las fiestas de cumpleaños de mis amigos que de las mías propias. Y hoy es el cumpleaños de Rhys.

La semana pasada decidimos que montaríamos una fiesta más de tranquis en nuestra querida Hockey-morada y que invitaríamos al equipo y a algunos amigos cercanos. Yo incluso he tirado un poco la casa por la ventana y he comprado unas buenas botellas de IPA local para que Bennett se sienta tentado de beber, lo cual parece que ha sido una excelente inversión, porque ya va por su tercera birra y lo tengo sonriendo justo delante de mí a pesar del jaleo que se ha armado en su adorada cocina.

Resulta que el problema no es la naturaleza arisca de nuestro apreciado portero, sino la muy sentida ausencia de la patinadora que tanto me toca las narices.

Rhys nos contó la semana pasada que había invitado a Sadie. Lo dijo con una sonrisa fastidiosamente amplia en la cara e incluso le resplandecían los hoyuelos al confesarnos que «le daba igual» a quién invitásemos o lo que quisiéramos hacer, pero que Sadie vendría. Parecía que solo le importase eso, lo cual no hizo sino multiplicar mi recelo por diez.

Intentamos jugar a distintos juegos relacionados con beber, pero Rhys está completamente distraído. Cada vez que se abre la puerta, se le ilumina la mirada. Y cuando ve que no es Sadie, su expresión se vuelve a ensombrecer.

Hasta viene Paloma, que se apresura a desearle un feliz cumpleaños a Rhys antes de irse con Holden y algunos chicos de la segunda línea a divertirse bebiendo con el juego de la King's Cup. Y por sorprendente que parezca, hasta Bennett se une a ellos.

Mientras tanto, yo trato de animar a Rhys (y, en gran parte, fracaso en el intento). Varias chicas vienen a tontear con nuestro atractivo capitán, pero él no mira a ninguna, sino que tiene la vista fija en la puerta. Me cuesta no soltar algún que otro comentario mordaz acerca de la patinadora ausente, pero, como veo que así solo conseguiré que Rhys se sienta peor, intento controlarme.

—De hecho... —dice al final con una falsa sonrisa en los labios que se le aguanta por los pelos—. Creo que me voy arriba. Es que... Estoy cansado y me duele un montón la cabeza.

Últimamente, siempre sale con lo mismo. Es frustrante, porque pone la lesión de la que en realidad no quiere hablar como excusa para que no lo presionemos con lo que quiera que le pase. Y tampoco nos cuenta nada sobre su relación con Sadie.

Mientras, mi cabreo con esa chica no hace sino aumentar con cada titubeante paso que da mi capitán escaleras arriba, aunque no para de mirar hacia atrás.

Ya es tarde y casi todos los asistentes a la fiesta se han ido al centro de la ciudad o se han dispersado. Vuelvo a tener a Holden y a Bennett al lado. Hacía muchísimo que no veía a este último tan relajado, incluso sonríe sutilmente mientras abre una botella de

cerveza. A mí me cuesta mostrarme igual de tranquilo o alegre. Me siento como una absoluta decepción con patas. Rhys está arriba, sintiéndose miserable y sufriendo por una chica cuando yo podría haberlo advertido ya en esa primera fiesta a la que fuimos. Ahora está pilladísimo.

Estoy a punto de incordiar a Bennett hablándole de la situación en general cuando alguien entra en la cocina con unos tacones que repiquetean al andar.

Sadie Brown (con un vestido muy corto, una chupa de cuero oversize, unas botas de tacón alto y su pintalabios rojo habitual) llega dos horas tarde.

—Freddy. —Me saluda con un gesto con la cabeza—. Eh, ¿habéis visto a Rhys?

—Mira quién ha decidido presentarse al final —digo y me termino la bebida que me ha servido Holden en el vaso—. Si lo buscas a él, llegas tarde.

Sadie parece molesta y me da un mini vuelco el estómago, como si acabase de hacer algo mal. Aun así, me deshago de dicho pensamiento enseguida. «Está jugando con los sentimientos de Rhys. No está siendo buena amiga con Ro. Ambos se merecen a alguien mejor».

Desvío la vista rápidamente hacia Bennett. Está incómodo, inclinado sobre la mesa con los hombros echados hacia delante para evitar tanto mi mirada como la de Sadie, y ya ni rastro hay de la sonrisa de antes.

—Ya sé que llego tarde —dice la patinadora, a quien le tiembla un poco la voz—, pero tengo que hablar con él.

—Ni de coña —suelto con más rudeza de la que pretendía—. Pírate.

—Freddy. Para ya —tercia finalmente Bennet, frustrado pero más tranquilo que yo.

Nuestro portero mira a Sadie y algo parecido a la empatía o a una profunda comprensión aparece en sus ojos azules. Eso solo hace que me cabree todavía más: es como si quien no entendiera nada fuese yo. Como si fuese un forastero. Alguien que no encaja, que se ha quedado fuera del dúo que eran Bennett y Rhys y que, ahora, con Sadie, se ha convertido en una especie de trío.

—No.

La ira me corre ávida por las venas; cierro el puño y me cargo el vaso. Lo tiro a la basura sin apartar los ojos, entrecerrados, de Sadie. Se me va amontonando en la cabeza todo lo que quiero decirle. Quiero gritarle y echarle la bronca por cómo se está portando con Ro y también quiero estallar por cómo se está comportando con Rhys.

Puede que yo no conozca a Sadie, pero sí sé cuál es su reputación. Sobre todo, la que tenía el año pasado. Estaba en todas y cada una de las fiestas a las que fui. Y nunca estaba sola: incluso se presentó con Paloma en más de una ocasión, pero siempre conseguía lo que iba buscando: alcohol, algún atleta y un revolcón de cinco minutos en el baño. Si no me gusta que esté con Rhys no es por lo que piense yo de ella, sino porque conozco a Rhys y sé que él sería incapaz de tener un rollo de una sola noche ni queriendo. Rhys no sabe lo que son los follamigos. Es el típico que o lo tiene todo o no tiene nada, y lo admiro por eso.

Al igual que admiro a Ro por su devoción hacia sus amistades, lo cual no hace sino evidenciar cada vez más en todas las conversaciones que mantenemos. Y no puedo evitar querer apartar a los dos de Sadie para que esta no pueda hacerles daño.

«Apartarlos de Sadie y de ti, ¿no? Porque está claro que tú eres igual que ella».

Apago la amenazante voz de mi cabeza y me giro hacia Bennett en lugar de hablar con la esbelta patinadora que sigue en la entrada de la cocina.

—Ya lo has visto, Reiner. Se ha pasado la noche al lado de la puta puerta, esperándola. —A duras penas le dejo margen a Bennett para hablar, porque enseguida me dirijo a Sadie—: Le has hecho daño. Dado tu historial, creo que es mejor que te pare los pies.

Me da la impresión de que todas mis palabras le sientan como una patada a Sadie, pero no puedo contenerme. Es como si el ácido estuviese desgarrándome la garganta y tuviese que sacarlo todo.

—Rhys te importa una mierda.

Por más que siga sonando música de fondo a través de los altavoces, parece que la cocina se haya sumido en un profundo silencio. Aun así, una ráfaga de frío me envuelve entero. Me siento vacío.

—Si me importase una mierda, Freddy, creo que ya te habrías dado cuenta. Pero este semestre no es como el anterior. Y Rhys es... distinto.

Pongo los ojos en blanco y musito algo sarcástico por lo bajo, con lo que consigo hacer estallar el mini volcán que es Sadie Brown.

—Me encanta follar tanto como a ti, Freddy, y no es ningún puto delito solo porque sea tía. Lo que sí te garantizo es que me importa

más Rhys de lo que a ti te ha importado cualquier tía a la que le hayas metido la polla.

Con cada palabra, es como si Sadie me estuviese clavando una flecha y hubiese encontrado el punto justo donde darme hasta dejarme desangrado.

«No eres mejor que ella. Eres exactamente igual que Sadie. Si ella no se merece a Rhys, entonces tú ni siquiera te mereces ser amigo de Ro, y mucho menos te mereces la fantasía esa que te has montado ya en la cabeza».

—Está en su cuarto —anuncia finalmente Bennett.

Sus palabras me resultan distantes e incoherentes. Sadie sale pitando de la cocina y, a juzgar por el desespero con el que se mueve, tengo la sensación de haberme pasado de la raya.

—Te has pasado un poco, Freddy —musita Holden haciendo una mueca—. Déjalos que hagan lo que quieran.

Cierro los ojos ante las reacciones de Holden y Bennett, y hago ademán de pillar la oscura botella de Jim Beam. Bennett me aparta la mano de un golpe y sacude la cabeza con determinación.

—Ya basta.

—Estoy bien —le suelto.

Se yergue, enderezándose y alzándose más, y me mira con un brillo oscuro en los ojos.

—Basta. O te quedas con nosotros y dejas ya el tema o te vas a dormir.

—Vete a la mierda, Reiner.

Me lo dice por mi bien, ya lo sé, pero a mí me sienta como si estuviese recordándome que soy como un hermano pequeño que va

rezagado detrás de él y de Rhys. Me siento ridículo, avergonzado y cabreado, así que cojo el móvil de la mesa y echo a andar.

—Asegúrate de que todo el mundo se vaya bien a casa —oigo que farfulla Bennett, que debe de estar hablando con Holden—. Si quieres, puedes quedarte en el cuarto de sobra. Voy a ver si está bien.

Me sigue escaleras arriba, en silencio, pero yo lo noto igual. Me detengo justo entre nuestras habitaciones.

—Estás molesto —evidencia Bennett con tono monocorde. No es más que una observación pero, viniendo de él, es como si acabase de darme un abrazo—. Lo siento. No quería irritarte.

Bennett y yo no tenemos este tipo de conversaciones. Lo de hablar sobre sentimientos no va con nosotros. Yo me meto con él porque me cae bien y él gruñe cual oso cabreado, aunque supongo que también lo hace por aprecio. Sin embargo, de todos, a quien más cuesta pillar es a Bennett.

Rhys me lo contó una vez: «Bennett necesita que seas claro con él. No siempre sabe distinguir cuándo vas en serio o cuándo estás de guasa. Intenta no ser tan sarcástico».

Al principio me lo tomé como si yo hubiese hecho algo mal. Pero lo que Bennett quería realmente era ser mi amigo. Y no me entendía, igual que yo tampoco lo entendía siempre a él.

—No me has irritado, Ben. Estoy frustrado con Rhys y con Sadie, y... conmigo mismo. Yo qué sé... —Sacudo la cabeza—. No quería comportarme como un capullo.

—Tiendes a comportarte como un capullo a menudo. —Encoge sus gigantescos hombros y se le dibuja una discreta sonrisa en los

labios a pesar de tener la vista clavada en los pies—. Así todo parece más normal. Y en cuanto a Rhys... A lo mejor Sadie le hará bien.

«Lo dudo». Me muerdo la lengua para no volver a soltar algo por el estilo y contesto:

—Ya. Puede.

—Tampoco es tan mala. Además, de verdad que hace feliz a Rhys, o sea que igual puede ayudarlo más de lo que hemos podido nosotros. —Abre la puerta de par en par mientras habla y su perro labrador negro, Siete, levanta la cabeza de la cama antes de acercarse con cuidado a alguien que está descansando justo ahí.

Enarco las cejas. Porque, que yo sepa, Bennett Reiner no está saliendo con nadie ni es de los que va por ahí enrollándose con gente. Y ya hace cuatro años que lo conozco.

Su perro de asistencia echa a andar hacia él con un gemido y le acaricia la mano con el hocico mojado. Bennett susurra:

—Vuelve con ella.

Lo dice en voz tan baja que a duras penas lo oigo.

Aun así, veo cómo Siete vuelve hacia el bulto que hay bajo las sábanas, que queda parcialmente oculto por la puerta y por el cuerpo de Bennett, y al instante, nuestro protector portero se sitúa aún más en el centro para evitar que pueda ver de quién se trata.

—Descansa un poco —me dice distraídamente, y yo asiento—. Todo irá bien.

Como se muestra más positivo con el tema que antes, confío en la sólida presencia de Bennett y le doy rápidamente las buenas noches antes de irme hacia mi cuarto, desoyendo las dentadas esquirlas de soledad que me suplican que encuentre con quién mantener la mente ocupada.

En lugar de eso, pongo *Love Story* y dejo que los recuerdos me arrullen hasta quedarme dormido. Mi madre acariciándome el pelo con la mano, el sabor a palomitas ligeramente quemadas, la voz de Archer al preguntar «¿Está dormido?» antes de llevarme en brazos hasta mi cuarto...

«*Eres mi niño favorito en todo el mundo*», solía decirme Archer en voz muy baja mientras mi madre reía con discreción.

«*No. No puedes quedártelo. Matty es mío y solo mío*», respondía ella.

Entonces, Archer contestaba: «*De acuerdo. Pero déjame que lo abrace un rato más*».

La mezcla de sus voces en mis recuerdos me resulta más relajante que cualquier canción de cuna.

18

Ro

—Ya sé que no vas a creerme, pero... —Freddy sonríe con picardía —. Creo que lo he entendido.

Gira la hoja encima de la mesa del Brew Haven para dejarla mirando hacia mí, pero, en lugar de ampararse con sus habituales tácticas de evasión, guarda silencio mientras espera a que le corrija los ejercicios.

No solemos hacer las tutorías a esta hora, pero Freddy tiene doble tanda de partidos fuera de casa este fin de semana, ambos amistosos, para ir adaptándose a la dinámica del equipo de esta temporada.

Me interrumpe sin que yo apenas haya tenido tiempo de echarle una ojeada al papel.

—Tal y como puedes comprobar... —Se aclara la voz y mueve las cejas repetidamente mientras se recuesta, satisfecho, contra el respaldo del banco—. Soy in-cre-í-ble.

Se me dibuja una amplia sonrisa en el rostro de inmediato, igualita a la suya. Me resulta imposible contener el gesto. No habría podido ni queriendo, aunque tampoco es que quiera. Está así de alegre por Mates y a mí me entran ganas de bailar un poco sin

levantarme del asiento, porque este cambio de actitud ha sido gracias a mis preguntas relacionadas con las estadísticas de hockey. Aun así, consigo reprimirme.

—Pues sí —respondo, y luego me echo a reír cuando veo que se le ensancha aún más la sonrisa y se le forman unas arruguitas en las mejillas—. Este ejercicio lo has hecho bien. Pero tengo más.

Mientras él continúa y va leyendo y releyendo el párrafo y yo estudio su carpeta y añado unas cuantas notas acerca de sus adaptaciones, me viene algo a la cabeza. Freddy está teniendo un buen día con Mates, cosa que no suele ocurrir a menudo. Puede que le cueste Biología, pero lo que le está destrozando la media es Mates. La media y la confianza en sí mismo.

—Oye, Freddy...

Levanta la vista para mirarme a los ojos antes de bajarla hasta el lápiz que tengo entre los labios y entrecierra sutilmente los ojos. Lo suficiente como para que yo me sonroje y me lo quite de ahí.

—¿Sí, *Rosalie*? —pregunta marcando bien mi nombre.

Me parece vergonzoso que mi cuerpo reaccione tantísimo ante el simple hecho de oírlo pronunciar mi nombre completo. Tras un sutil escalofrío, prosigo:

—Si no quieres hablar del tema, no pasa nada, pero te... ¿No tomas ninguna medicación?

Frunce el ceño.

—Para el TDAH, digo.

Sonríe de medio lado.

—Lo suponía —responde un tanto sarcástico—. Pero no. Lo intenté de pequeño y no me funcionó. Conseguía centrarme, pero me quedaba frito y me iba fatal para el hockey. Casi no comía y a

duras penas tenía ganas de jugar. Estaba cansadísimo. Agotado. —Se sonroja y evita mirarme—. Preferir jugar al hockey que ser inteligente es una gilipollez, ya lo sé...

—El medicamento no convierte a nadie en inteligente. Y tener TDAH no te hace menos listo. —Lo digo con más rudeza de la que quería, pero continúo. Necesito que me oiga—. Como tampoco lo hacen la dislexia o la discalculia. La medicación es una herramienta que puede ayudar, pero no es ninguna cura.

Sonríe, sacude la cabeza y me observa con lo que diría que es asombro en su mirada.

—¿Qué?

—Mi madre decía lo mismo.

Me llevo una mano al pecho para mitigar la agridulce punzada de dolor que siento al oírle decir eso.

—Pues debía de ser un genio —respondo.

Se le escapa la risa y contesta:

—Sí. La verdad es que sí que...

—Freddy —dice alguien, ilusionado. Aparece un chico alto de pelo moreno que se acerca a la mesa. Lleva una camiseta del equipo de baloncesto de Waterfell con su número estampado justo debajo del nombre. Sonríe alegre y se pone la gorra del revés—. ¿Qué haces, tío? Pensaba que estarías en la Hockey-resi esta noche.

—Brandon. —Freddy le dedica una sonrisa prieta mientras repiquetea el lápiz más deprisa contra la mesa y se le vuelven a tensar los hombros enseguida—. Hoy no. Tengo demasiadas cosas que hacer.

—Joder, qué putada —responde Brandon, que no parece empatizar con él en absoluto.

En ese instante, como si acabase de percatarse de mi presencia, Brandon desvía la vista hacia mí. Y lo hace de una forma que se asemeja muchísimo a cómo suele mirar casi todo el mundo a Freddy, como si estuviese medio desnudo. Me cruzo de brazos, un tanto cohibida.

—Perdona. Soy Brandon —se presenta.

—Ro —respondo mientras acepto el apretón de manos que me ofrece.

Brandon me sujeta la mano más tiempo del necesario y me gira la muñeca varias veces mientras roza la piel justo debajo de las pulseras.

—Qué chulas —me dice.

—Gracias. Las he hecho yo.

El chico me mira intensamente y noto que me arden las mejillas.

—¿En serio? —pregunta con lo que parece un interés genuino sin soltarme aún la mano—. Mola que fli...

—Deberíamos seguir estudiando —interrumpe Freddy.

Creo que nunca lo había visto tan irritado.

Me libero de la mano de Brandon y me muerdo la lengua para no disculparme ante Freddy aunque, en realidad, es lo que querría hacer.

—Venga ya... —ríe Brandon apoyando las manos en nuestra mesa e inclinándose—. Total, ¿por qué ibas a estudiar tú? Si lo último que he oído es cierto, ya puedes estar tranquilo con ese contrato en la NHL.

Freddy asiente y contesta:

—Sí. Cuando me haya graduado.

Como si no acabase de oírlo siquiera, Brandon prosigue:

—Además, ¿no sigues forrándote con la mierda esa de OnlyFans?

Incapaz de contener mi reacción, enarco tanto las cejas que casi llegan al techo.

Espero a que Freddy lo niegue, pero no parece ni que le haya sorprendido el comentario.

—Ya, bueno... —musita con el mismo tono sarcástico con el que suelta siempre esa misma muletilla—. Pero sigo teniendo que aprobar este examen, así que... —Deja la frase a medias y abre los brazos, señalando el montón de hojas y libros que tenemos sobre la mesa.

«Así que lárgate», imagino que quiere decir.

—Pásate cuando termines —le dice Brandon haciendo un gesto con la mano—. Seguro que a Ro también le apetece venir. ¿A que sí, nena?

Al oír esas palabras, Freddy entra en tensión y se yergue, quedando así un poco más alto a pesar de seguir sentado. Su rostro es pura amenaza, frustración y enfado.

—Echa el freno.

—Vamos, Freddy, que tú tienes a un montón de tías haciendo cola. A Ro puedo hacerle compañía yo. De hecho, no me vendrían mal algunas tutorías —comenta deslizando la vista de nuevo hacia mí, y luego apoya los codos en la mesa dejando la cara a muy pocos centímetros de la mía.

Inhalo con fuerza, sorprendida, y la incomodidad me hace temblar. El cuerpo me pide que me separe, pero me quedo petrificada y me atravieso las palmas de las manos con la mirada.

—Hasta me quedaré después de clase y te enseñaré...

—Pírate —escupe Freddy de mala gana, impulsándose para levantarse agresivamente.

Brandon imita su postura con expresión cautelosa.

—Relájate, Freddy, que era una broma, joder. —Me mira—. No quería que...

—Tengo novio —suelto, y cierro los ojos—. Ya vamos tarde y Freddy no saldrá ahora corriendo para ir a la fiesta. Así que si no te importa dejarnos...

Ordeno los papeles que tengo delante en busca de una distracción y una excusa para no establecer contacto visual con Brandon mientras él vuelve a disculparse y nos deja envueltos en un pesado silencio.

Freddy parece que no está del todo bien. Está recostado delante de mí, pálido. Emana ansiedad por todos los poros de la piel. No sé si me he pasado, si he hecho algo mal.

—¿Freddy?

—Perdona... Lo siento —dice, y luego sacude la cabeza y sonríe amargamente—. Dios, cuánto odio a ese tío.

—Bastante maleducado, sí... —digo jugueteando con las uñas, con la manicura de color verde—. Me... ¿Por qué ha dicho eso?

La pregunta se me escapa de la boca antes de que pueda contenerme, pero soy incapaz de mirar a Freddy cuando responde:

—Porque es un gilipollas flipado y tú, una chica guapa. Siento que Brandon te haya incomodado. Además, no sabía que tú y Ty...

—No —lo corto levantando la cabeza para mirarlo a los ojos—. O sea... ¿Lo de OnlyFans?

Freddy hace una mueca ante semejante recordatorio y yo estoy a nada de retractarme, de decirle que «da igual» y seguir con el

siguiente ejercicio de mates cuando él dice:

—La cuenta esa no es mía. La he visto y quienquiera que se haya abierto ese perfil tiene el mismo tatuaje que yo en la pierna, pero no soy yo. —Echa la cabeza hacia atrás, clava la vista en el techo y sacude ligeramente la cabeza mientras se le escapa otro ruido extraño y medio desgarrador que, más que una risa, parece un gimoteo—. La gente habla. Pero solo son rumores.

Ríe de forma forzada y se frota la cara con una mano.

—No pasa nada si no me crees, pero el perfil ese no es mío.

—¿Por qué no le dices a los demás que no eres tú?

Se encoge de hombros como si todo eso no importara en absoluto y responde:

—Es un rumor sobre mí. Uno de miles. No me afecta.

Solo que sí le afecta, está clarísimo. Niego con la cabeza mientras voy recordando miles de interacciones previas que he tenido con él, cómo duda cuando necesita ayuda, lo mucho que insiste en decir que es estúpido, y ¿ahora esto?

—¿Te... te preocupa más que la gente sepa que te cuesta leer que una cuenta de OnlyFans que ni siquiera es tuya?

Abre la boca y la cierra repetidamente, y luego se decide por fin:

—Sí. ¿Podemos dejar de hablar del tema?

Nunca me había hablado con tanta rudeza. Cierro el pico a pesar de que me gustaría seguir insistiendo.

«Hace nada que sois amigos. Dale tiempo».

—De acuerdo.

—Lo siento... —Sacude la cabeza—. Es que estoy frustrado.

—Podemos hablar de otra cosa —comento.

Tengo la sensación de que haría lo que fuera con tal de arrancarle esa expresión de enfado y derrota del rostro.

—Vale. A ver qué te parece esto: ¿cuándo habéis vuelto tú y Donaldson?

«Lo que sea menos eso, por favor...». Desesperada por complacerlo, respondo:

—Nunca. Solo... Me ha pedido que quedemos este fin de semana. En plan... cita.

Asiente y cruza los brazos con firmeza.

—¿Como esa en la que te dejó tirada?

—Freddy...

—Perdona, no debería haber dicho eso.

—Quiere compensármelo.

«Creo».

Tyler me ha pedido que pase el sábado con él para hacer un miniviaje de un día. Me ha dicho que es una sorpresa, pero que nos vendrá bien pasar algo de tiempo juntos, los dos solos, sin interrupciones.

Yo sigo sintiéndome igual de aterrada y confundida ante cualquier posible desenlace, pero he accedido igualmente.

Aunque ahora me arrepiento un poco. Al confesarle a Freddy que he aceptado, noto algo en el estómago, como una ligera advertencia que me dice que me he equivocado.

—Mientras seas feliz, Rosalie...

Freddy sonríe, pero lo hace poniéndose la misma máscara que se pone con todo el mundo. Y el vuelco que me da el estómago es aún mayor.

De todos modos, yo me coloco una máscara igualita a la suya y miento:

—Sí. Soy feliz.

19

Ro

—Me dijiste que pasaríamos el día juntos, los dos solos.

Detesto con todo mi ser el timbre quejumbroso de mi voz, cuyo eco retumba en el coche.

—Cambio de planes —responde Tyler con frialdad mientras estudia cuidadosamente el GPS—. Los chicos del Academic Bowl de aquí nos han conseguido entradas, así que hemos quedado con ellos. Les he dicho a Rodger, Mark y Davis que pillen un Uber hasta aquí y que ya conduciré yo luego, así volvemos todos juntos a casa.

Desvía su fría mirada hacia mí, me coloca la mano en la parte superior del muslo y me da un apretón muy pero que muy sutil. Yo permanezco completamente tiesa en el asiento del copiloto.

—Lo siento, Ro —me susurra con una sonrisa—. Siento haberme saltado la última cita que tuvimos. Pero esta es mejor, ¿verdad?

Pues no, sinceramente. Aun así, asiento.

—Gracias, nena. —Tyler se inclina hacia mí y me da un beso en el cuello antes de preguntarme—: ¿Te importa sentarte detrás? Con lo delgada que eres, así cabremos todos mejor.

Y, como soy patética y ya no me quedan agallas, lo hago. Lo cual significa que, cuando recogemos a los demás, acabo apretujada en

el asiento trasero entre Mark y Davis, y Rodger se sienta delante. Esto es mi infierno personal, sobre todo con los comentarios mordaces que va soltando Mark sin cesar (eso sin tener en cuenta que no para de darme con el codo en el estómago «sin querer»), y todos van dirigidos despectivamente hacia mí.

—¿Con ganas de ver a tu alumno favorito?

Me entran ganas de devolvérsela de malas maneras, pero me muerdo la lengua. No pienso entrar en el juego.

La verdad es que sí, me alegro de este cambio de planes por esa simple razón: podré ver a Freddy jugando al hockey. Cuando bajamos del coche y vamos hacia las gradas para acomodarnos en nuestros asientos, con unas vistas bastante decentes, la adrenalina me inunda el cuerpo.

Soy la única chica y ninguno de los chicos (ni los de Waterfell ni los de Vermont) intenta entablar conversación conmigo. Cosa que, por extraño que parezca, agradezco enormemente.

Sobre todo cuando veo a Freddy saliendo a la pista, seguido de Bennett y de Rhys.

Las gradas están más bien vacías. Los partidos amistosos de principio de temporada no llaman la atención de demasiados alumnos, a diferencia de lo que debe de ocurrir con los partidos donde sí se juegan algo. Así pues, en menos de un minuto, un integrante del equipo ya me ha visto: es el gigante del portero, que agarra a Freddy por el pescuezo y lo gira hacia mí.

No puedo evitar sonreír pletórica y saludarlo con la mano desde mi asiento, tres filas más arriba. Freddy arruga la frente antes de mirarme a los ojos y de que se le dibuje una sonrisa espectacular e inmensa en el rostro, haciendo que se le marquen bien las líneas

bajo las mejillas. Patina hacia el metacrilato y da unos golpecitos con el *stick* mientras me guiña un ojo.

—Voy a saludar —susurro, y voy saltando por encima de los asientos con mis largas piernas para bajar las dos filas que me separan del cristal.

Tyler musita algo de mala educación y los demás ríen. Sin embargo, yo lo ignoro, atraída por el sonriente chico que acaba de quitarse el casco.

Nos quedamos mirándonos un segundo. Normalmente, suelo quedar más cerca de su cara porque soy alta, ahora, en cambio, los patines le suman unos cuantos centímetros más a Freddy.

—Rosalie. —Sonríe pícaro—. Qué lujo verte por aquí.

—¡Sorpresa! —le digo, y me echo a reír—. Ha sido cosa de última hora, pero me hace ilusión verte.

—Y a mí que hayas venido. —Al ver la sonrisa del otro, sonreímos más; tanto, que resulta casi bochornoso—. Gracias, princesa.

Freddy echa a patinar hacia atrás sin dejar de mirarme mientras va dando vueltas y empieza a calentar. Regreso a mi fila y me siento al lado de Tyler.

Rhys se pone a patinar detrás de Freddy y también me saluda y mira a los chicos. Creo que debe de estar buscando a cierta mejor amiga mía antes de que su mirada adopte un brillo receloso al ver quién me ha acompañado.

Les enseño los pulgares. De todos modos, no consigo mitigar la intensa expresión de los (ahora ya) tres jugadores de hockey extremadamente protectores que me miran: dos delanteros y su gigantesco portero. Sobre todo, cuando Tyler me coge de la barbilla y me gira la cara hacia él con brusquedad.

—Pensaba que habías venido aquí por mí —me susurra al oído.

—Claro —respondo a pesar de que mi voz adopta un tono casi agresivo.

Estoy enfadada. Quien ha cambiado nuestros «planes de cita informal» para convertirlo en una reunión académica de niños pijos, listos y ricos que piensan emborracharse en un partido de hockey universitario ha sido él.

Mantengo la atención puesta en el hielo, sobre todo en el número veintisiete. Sé lo esencial (me he preparado un poco al pensar en ejemplos reales para las sesiones de tutoría de Mates de Freddy), pero verlos jugar en la vida real es algo totalmente distinto.

Freddy es rápido (sorprendentemente rápido) y brilla con luz propia sobre el hielo. El corazón me late con fuerza al son de la música que ponen entre tiempos y no afloja en ningún momento. Estoy demasiado ilusionada. Freddy está en su salsa... Juro que es como si hubiese nacido para jugar a este deporte. Tiene un talento natural, está clarísimo, que ha ido puliendo y mejorando hasta alcanzar la perfección. Y está tan guapo, es tan feliz...

Creo que podría pasarme la vida entera viéndolo jugar.

No obstante, cuando entramos en el tercer tiempo, la cosa cambia. Tanto dentro como fuera de la pista. Freddy parece agitado, frustrado. El equipo casi no ha anotado y parece que no paran de pelearse en el banquillo, incluso discuten entre entrenadores y jugadores.

Mientras tanto, Tyler y todo su grupito de amigos ya van borrachos y no paran de liarla cada vez más con cada minuto que pasa. Pero, aun así, siguen bebiendo.

—Joder, qué rápido es —comenta alguien mientras Freddy echa a patinar a toda prisa en un *breakaway*, aunque no consigue marcar.

—Uy, sí —se burla Mark—. Fredderic es rapidísimo en el hielo y aún más rápido a la hora de cambiar de tía, pero para otras cosas es bastante lentito.

El enfado hace que me ardan las mejillas y cierro los puños sobre el regazo para no explotar.

—Le hemos hecho todos de tutores —comenta Tyler dándole un sorbo a su cerveza barata—. El tío es idiota de cojones. ¿A que sí, Ro?

Paso de él, giro la cara, me hundo en el asiento y me centro en el partido. La vergüenza que siento por no defender a Freddy me carcome por dentro.

Al terminar el partido (con un marcador desfavorable para Waterfell de 2 a 1), los chicos salen de las gradas a trompicones y gritando.

Me fijo en que unos cuantos guardias de seguridad miran al grupo de cerca y la vergüenza se apodera de mí cuando Tyler me pasa un brazo por encima de los hombros y me exige que le dé un beso en la mejilla. Aunque un poco titubeante, cedo.

—¿Qué pasa? —me pregunta con desdén—. ¿Estabas demasiado ocupada haciéndole ojitos a tu estudiante, RoRo?

Lo dice lo suficientemente alto como para que su panda de amigotes borrachos se eche a reír bajo el frío aire de la noche. Nada más echar a andar hacia el coche, me zafo de su abrazo.

—Conduzco yo —digo cogiéndole las llaves. Sin embargo, él me las arranca de las manos de inmediato y arruga la frente—. Ahora en serio, Tyler: para ya. Vais todos borrachos.

—¿Tú no has bebido? —comenta uno de los chicos de Vermont a quien no conozco de nada mientras se apoya en su amigo con una sonrisa socarrona en los labios y añade—: Normal. Tienes pinta de ser una mojigata de cojones.

—Más bien lo contrario —musita Tyler, cuya risa resulta chirriante.

Siento un nudo en el estómago y miro a mi alrededor como si necesitase escapar.

—Aquí somos todos adultos —dice Mark—. No eres mejor que nosotros, aunque quieras fingir lo contrario.

A duras penas les he dirigido cinco palabras en toda la noche y, aun así, quien está comportándose como no toca soy yo. En un acto inútil, desvío la vista hacia Tyler, como si él fuese a parar lo que quiera que estén haciendo, conspirando contra mí. Me ha hablado fatal de Rodger y de Mark a sus espaldas, pero eso sí, cuando estamos todos juntos, nunca se pone de mi parte.

«Esta es tu última oportunidad. Demuéstrame que me equivoco, por favor. Defiéndeme en público por una vez».

En lugar de eso, Tyler suelta con desdén:

—Si no bebes es solo porque no toleras el alcohol.

—Tyler, basta ya. Qué vergüen...

—Tú sí que das vergüenza —me suelta como si se le acabase de agotar la paciencia—. Joder, si es que, llegados a este punto, no sé ni cómo te aguanto. Debo de ser un maldito santo.

Tyler se me acerca y casi me arrincona contra la pared de ladrillos del edificio. Me está gritando y algunos de sus amigos me miran con cierta compasión, pero nadie le para los pies. Absolutamente nadie se atreve a intervenir.

—Eres puto patética, Ro. La verdad es que...

—¿Te importa?

Lo interrumpe alguien con una voz ronca, cuyo profundo tono transmite una calma que más bien da un poco de miedo. El hombre al que pertenece esa voz y que está agarrando a Tyler con fuerza por el hombro justo cuando empezaba a arrinconarme en la esquina resulta todavía más aterrador.

Es enorme, alto incluso para mí. Tiene la piel sutilmente enrojecida y el pelo negro y empapado. Un jugador, supongo, ya que va vestido de negro de los pies a la cabeza. Aunque no lo había visto en la vida, ni siquiera en la lista de la plantilla que me estudié hace unas semanas.

—Esta conversación es privada, tío. A ti no te incumbe.

—Estás gritándole a una chica en público. Yo diría que le incumbe a todo el mundo —responde el otro antes de desviar sus temerarios y centelleantes ojos hacia mí—. ¿Estás bien?

Asiento.

—¿Quieres seguir hablando con este pringado?

—Vete a la mierda —gruñe Tyler mientras intenta apartarse del campo magnético del tío que tenemos delante—. Mi novia está bien.

Los dorados ojos del chico resplandecen con júbilo; no con enfado, sino como lo harían los ojos de un gladiador al oír al público pidiendo más a gritos. Agarra a Tyler con un poco más de fuerza antes de apartarlo de mí con rudeza y estamparle la espalda contra la pared de ladrillos.

—Ahora ya me estás cabreando. —Sonríe, y luego levanta a Tyler del suelo, dejando que este mueva los pies en el aire en un intento por mantener el equilibrio—. ¿Cómo puede ser que los capullos, los don nadie como tú sean...?

—Bájalo.

Todo el mundo se queda helado ante la aparición de otro gigante entrando en escena. Los amigos de Tyler, que siguen en el mismo sitio donde estaban, pero no han intervenido ni una sola vez, se quedan petrificados ante la presencia de un macho alfa como Bennett Reiner, que echa a andar hacia el desconocido que sigue apretando el cuello de Tyler.

El tío lo deja en el suelo. Tyler trastabilla hacia atrás un segundo y musita algo en un susurro que lleva al chico de ojos dorados a quien no conozco a estamparle el puño en la cara.

—Joder —suelta Bennett apartando al jugador, que hace ademán de volver a cargar contra Tyler—. Hostia, Kane, no me obligues a salvarte el culo.

—Pues bien que me he pasado la noche salvándotelo a ti —refunfuña Kane con poco entusiasmo—. Seamos justos.

Por sorprendente que parezca, a Bennett se le dibuja una sutil sonrisa en el rostro mientras agarra a Kane y lo aparta con un fuerte empujón.

—Ve y mete tus cosas en el bus. Ya me ocupo yo de esto.

Bennett se gira y atisbo un visible cambio en la cara de Tyler. Podría ganar a ciertos tíos a base de argumentos, pero a Bennett Reiner no. Nació en el seno de una familia incluso más adinerada y con mejores contactos que la de Tyler Donaldson.

Amenazarlo con denunciarlo no es nada para el imponente heredero de toda la fortuna de los Reiner, por no hablar de que es el hijo de un implacable abogado corporativo.

—Reiner —suspira Tyler—. Ya nos íbamos.

Bennett asiente con los brazos aún cruzados mientras sigue ahí plantado con toda su altura frente a nosotros, con sus rizos empapados por la ducha y un traje azul impecable, aunque no lleva corbata.

—Pues largaos —suelta.

Al oír su voz, nadie rechista y el grupo entero empieza a marcharse. Me giro para irme con ellos, cabizbaja a causa de la vergüenza. No obstante, cuando ya me he alejado del sitio donde sigue el portero del Waterfell, Tyler me coge por el brazo.

—Búscate otra forma de volver a casa —me dice—. Con nosotros no vienes.

—No puedes dejarme aquí. —Intento forzar algo de autoridad en mi indeciso tono de voz, pero se me cuela un detestable sollozo en la garganta—. ¿Cómo quieres que...?

—Ya eres mayorcita, Ro —contesta con desdén, y se tambalea un poco debido a las cervezas que se ha tomado—. Usa ese cerebrito que tienes y espabílate.

20

Freddy

Mi humor después de los partidos siempre depende de cómo haya jugado, ganemos o perdamos. Y, hoy, cierta tutora de pelo rizado estaba en las gradas, de modo que debería estar más contento. Sin embargo, estoy de bajón.

He jugado como el puto culo. He perdido más *pucks* que el resto del equipo, tal y como me ha recordado nuestro querido asistente del entrenador durante diez minutos después de que acabara el partido. Y que Ro me haya visto jugando por primera vez en este partido en concreto hace que me sienta abatido, decepcionado y... avergonzado. Casi no sé leer, las mates se me dan de pena y ahora voy y fracaso delante de sus narices haciendo lo único que se supone que se me da de perlas.

«Delante de ella y de Tyler Donaldson», me recuerda amablemente mi cerebro. Gruño frustrado mientras agarro la bolsa con una fuerza exagerada.

—Dale las gracias a Ro y a sus amigos por haber venido —me dice Rhys a la vez que me da una palmada en la espalda al pasar—. Todo un detalle por parte de Ro.

Asiento y contesto:

—Es maravillosa.

Aunque estoy casi seguro de que Rhys no me ha oído porque se pone los cascos de inmediato. Juro que no se los quita absolutamente nunca.

Lo sigo de cerca. Ya casi estoy en el bus cuando alguien me agarra por el hombro con su enorme mano. Y con tanta fuerza que hasta hago una mueca.

—Joder, Reiny... —dejo la frase a medias al ver lo indignado que está—. ¿Todo bien?

Señala hacia atrás con la cabeza.

—Los que han venido con ella la han dejado aquí tirada.

Desvío la vista hacia atrás, hacia el punto que está señalando, y veo a Ro sentada en el suelo, apoyada contra la pared de ladrillos del estadio. Suelto un taco, pero no le digo nada a Bennett, solo echo a correr hacia ella.

No hace demasiado frío pero, a medida que me acerco, veo que está temblando.

—¿Ro? —pregunto con un tono delicado, tentativo, y esbozo una sonrisa con la esperanza de poder tranquilizarla.

Levanta la vista para mirarme un poco conmocionada. Tiene los ojos color avellana enrojecidos e hinchados y le cae el pelo de la bonita cola de caballo que ya llevaba cuando la he visto por primera vez desde el otro lado del metacrilato.

Detesto que ahora parezca tan pequeña. Como detesto sentirme así de grande estando frente a Ro, me pongo en cuclillas y mis muslos se quejan en señal de protesta. Puede que haya jugado como el culo, pero incluso siendo un maldito partido amistoso me he puesto muchísima presión.

—Freddy —tartamudea—. Hey. —Ella también me dedica una sonrisa que me sienta como un abrazo directo al corazón y me lo desgarra a la vez—. Lo has hecho genial.

—Ya te digo yo que no. —Sacudo la cabeza y aparto la mirada—. Pero gracias por venir.

—Ha estado muy guay. —Sonríe, pero tiene los ojos anegados de lágrimas—. ¿Ya os vais?

Señalo detrás de mí.

—El bus del equipo está a punto de arrancar. —Me muerdo el labio e inhalo varias veces para sonar calmado al preguntarle—: ¿Estás bien, Ro?

—¡Sí, sí! —Se apresura a asentir con la cabeza—. Estaba a punto de pedir un Uber.

Arrugo la frente.

—¿Dónde están tus amigos? ¿Y Tyler?

—Se, eh... Se han ido. Tyler me ha traído hasta aquí, pero me...

Un áspero sollozo, que resulta evidente que estaba intentando contener antes de que se le escapase, le corta la voz.

Suelto un taco y me arrodillo del todo para gatear hacia ella, levantarla y acurrucar su esbelta figura contra mi cuerpo.

—Shhh —la tranquilizo—. No pasa nada.

Le acaricio la espalda mientras ambos seguimos agachados contra el cemento.

Intento darle todo el tiempo que necesite sin soltarla. ¿Cuántas veces habré deseado yo lo mismo? ¿Que alguien me ofreciese una simple muestra de afecto sin pedirme nada físico a cambio? Apoyo de verdad.

Así que se lo doy. Quiero dárselo. Desesperadamente.

Y no solo por lo bien que me hace sentir ver que alguien me necesita, sino porque ese alguien sea Ro.

Porque respeto a Ro. La admiro, es como un modelo a seguir para mí. Es amable, buena persona y ayuda a los demás, y lo hace sin esperar nada a cambio.

Es creativa, fuerte e independiente. No se asemeja en nada a mí. Ro no necesita que los demás le digan lo bien que hace algo para sentir que merece la pena. No necesita palabras vacías para acallar el eco de los feos comentarios que me grita constantemente la voz de mi padre.

Ro no necesita a nadie.

Sin embargo, ahora, quien la tiene en brazos y quien la está reconfortando soy yo.

Así que disfruto del momento.

No pienso dejar que regrese sola a Waterfell a las diez de la noche en el coche de un desconocido ni de broma. Si hace falta, la llevaré en brazos los ochenta y pico kilómetros que hay de vuelta antes que dejar que eso ocurra.

—¿Rosalie?

Envueltos por esta silenciosa oscuridad, pegados el uno al otro, pronunciar su nombre completo se me antoja algo íntimo. Aun así, ella levanta la vista y se separa un poco para secarse sutilmente los ojos.

—Perdóname.

Niego con la cabeza.

—Nah, pero qué dices. —Sonrío en un intento por arrancarle una sonrisa también a ella—. ¿Te importa esperar aquí un momento? Tengo que ir a consultar algo.

Entrecierra los ojos pero asiente y se recuesta contra la pared, estirando sus largas y esbeltas piernas frente a ella.

Siento que se me ha tensado el cuerpo entero, el corazón me late con fuerza y tengo la cabeza hecha un lío mientras regreso al bus, donde me encuentro a Bennett al lado del entrenador Harris. Al ver que me acerco, dejan de hablar.

Cuando los alcanzo, me doy cuenta de que me he dejado la mochila donde está Ro.

—¿Está bien tu chica, Freddy? —me pregunta el entrenador, pasándose una mano por su corta y cuidada barba.

Tiene una expresión seria que no deja entrever lo más mínimo cómo se siente en realidad, como de costumbre.

—Es mi tutora. Y la han dejado aquí tirada. ¿Hay alguna posibilidad de que yo regrese con ella? No quiero que tenga que volver sola.

El entrenador aprieta los labios y sacude sutilmente la cabeza mientras se alisa la americana.

—Ya sabes que se me caerá el pelo como los de la universidad se enteren de que te he dejado saltarte esa norma. Tienes que volver con nosotros.

Me da un vuelco el estómago y la cabeza me va a mil por hora mientras intento dar con otra alternativa.

—¿Cómo se llama?

—Ro, señor.

—Dile a Ro que puede volver con el bus del equipo.

Abro los ojos como platos.

—¿En serio? —pregunto.

El entrenador parece ofendido.

—Jamás dejaría a una mujer tirada, Fredderic. Confía un poco, chaval.

—Por supuesto, entrenador. —Sonrío, asiento y contengo la necesidad de coger a este hombre en volandas y hacerlo girar aquí mismo en señal de agradecimiento.

En lugar de eso, regreso corriendo hacia Ro y la convenzo enseguida para que se suba al bus. Ella no parece estar del todo segura, pero acepta y se me destensan un poco los hombros.

Solo un poco.

Ro está callada y se abraza por la cintura de tal forma que a mí se me revuelve todo por dentro. Se ha encogido y, hecha un ovillo, sube los pocos peldaños del bus que nos llevará de vuelta a Waterfell. Cuando los chicos ven a la morena de piernas largas vestida con ropa de Waterfell subiendo al bus, callan en el acto y yo rezo mentalmente para que nadie suelte ninguna broma.

Siento tal ansiedad que desearía que Ro estuviese aquí con alguien más, con alguien que la mereciera de verdad. Que nadie me mirase con una ceja enarcada como si fuese a preguntarme si la estoy llevando a casa o como si estuviese dando por sentado (a pesar de no decir nada) que me la estoy tirando.

Ro no se merece esto.

Rhys se levanta, arruga la frente, detiene a Ro a medio andar y le coloca la mano en el brazo, con delicadeza.

—¿Estás bien? —le pregunta en voz baja.

—Sí —contesta ella también en voz baja—. Por favor, no le cuentes nada de esto a Sadie. Por favor...

Sadie, la patinadora por la que tanto le gusta destrozarse el corazón a nuestro capitán.

Me cuesta acordarme de que *mi* Ro es la mejor amiga de una chica de reputación casi infame por ser inaccesible y por su mal comportamiento, lo cual me parece un contraste clarísimo con la vibrante, amistosa y casi abrumadoramente amable Rosalie.

«Eres exactamente igual que ella. Eres igual que Sadie. Si ella no se merece a Rhys, ¿por qué ibas a merecerte tú a...?».

No. Sacudo la cabeza y vuelvo a levantar la vista hacia mi capitán.

Rhys tiene pinta de querer protestar, pero lo miro con tanta seriedad a espaldas de Ro que asiente y le responde:

—Claro.

Señalo los dos asientos vacíos que hay detrás de Rhys y dejo que Ro sea la primera en sentarse.

Antes de que pueda seguirla, Rhys me agarra por el bíceps y baja aún más la voz. Con la boca prácticamente pegada a mi oreja, me dice:

—Suerte que ibas a mantenerte alejado de ella...

Le sonrío con una pizca de amargura en el gesto y señalo:

—No estoy acostándome con ella, Rhysie. No hace falta que me vengas con una citación por acercarme demasiado a la compañera de piso de la borde de tu patinadora.

Hace caso omiso de mi pullita, pero me aprieta más el brazo y responde:

—Ro es la mejor amiga de Sadie. Solo estoy cuidando de ella.

—¿Y quién te cuida a ti? —le pregunto sin alzar la voz. «¿O a mí?», quiero añadir. Sin embargo, no lo digo y la aspereza de esas palabras me raspa la garganta al tragármelas—. Alguien tiene que hacerlo. Con ella acabarás pasándolo mal.

—Cuidado —dice ferozmente protector con la chica con la que «no» está saliendo.

—Ro es mi tutora. Y punto. —Suspiro y agacho la cabeza para acercarla más a él—. Y el cabrón de su novio la ha dejado aquí tirada, lejos de la ciudad, ¿de acuerdo?

Rhys se muerde el labio y deja de apretarme tanto el brazo.

—La única vez que conocí al Donaldson ese, fue un cabrón con ella estando yo delante. Disculpa, Freddy. Es que creo que no estoy...

Espero a que termine la frase. «No estoy... bien. Estoy intentando sonsacarle una sonrisa a todo el mundo, pero cuando no estoy jugando, tengo pinta de querer estar en cualquier otra parte. He fingido que me dolía el tobillo para no jugar, cosa que yo no haría nunca...». Espero a que diga algo que me demuestre que mi amigo me necesita.

Que confía lo suficientemente en mí como para necesitarme.

No obstante, él se limita a encogerse de hombros, me da una palmada en la espalda y vuelve a sentarse en su sitio antes de colocarse los auriculares con brusquedad.

21

Ro

«Inspira. Espira».

Me siento como si mi cuerpo entero fuese una herida al rojo vivo. Me abrazo con fuerza por la cintura porque es lo único que consigue que no me desmorone aquí en medio y me venga abajo por completo sentada sobre la rasposa tela del asiento del autobús del equipo de hockey de la Universidad de Waterfell.

Freddy ni siquiera me está mirando. En parte, creo que me está dando cierta privacidad; sin embargo, mi maltrecho corazón me grita que debe de verme como a una niñata pesada e infantil que lo está avergonzando.

Me giro para hablarle, aunque no sé qué quiero decirle. A lo mejor puedo suplicarle que me deje pedir un Uber o puedo sugerirle que estudiemos mientras volvemos a casa para así mostrarme útil y sentir que, en cierto modo, me necesita. Sin embargo, al ver lo tensos que tiene los hombros, desestimo esa idea de inmediato.

Freddy se cuadra todavía más de hombros: parece un escudo humano protegiéndome. Levanto la vista para ver qué lo ha llevado a reaccionar así y me deslumbran los mismos aterradores ojos dorados de antes.

Bueno, la palabra no es deslumbrarme. Más bien me sobresaltan, me asustan.

Incluso ahora que sé que este chico me ha defendido, que casi ha llegado a las manos con Tyler, me quedo petrificada nada más verlo. La evidente reacción de Freddy ante ese tipo no hace sino confirmar aún más mis sentimientos.

Desvía la vista hacia mí un segundo, no sé si para valorar si debe considerarme alguien de fiar o no. De todos modos, no lo hace con malicia, sino simplemente con una fría indiferencia mientras camina hacia el fondo del bus, donde acaba sentándose solo.

Las luces se apagan y me envuelve una reconfortante oscuridad mientras nos acuna el vaivén del vehículo. Alguien habla en voz baja hacia el final del bus y varios pares de cascos emiten diferentes melodías amortiguadas.

—¿Estás bien? —me pregunta Freddy.

Ahora sí que me obligo a mirarlo.

Sigo oyendo el eco de la voz de Tyler como un aporreo constante, como si fuese la banda sonora del momento en que se me ha partido el corazón.

«*Llegados a este punto, no sé ni cómo te aguanto. Tú sí que das vergüenza*».

Cada vez que ocurre algo parecido, espero que me duela menos. Espero que llegue el momento ese del que habla la gente, que llegue el entumecimiento. Que llegue el momento en el que lo ignore y pase página de la de veces que me ha hecho lo mismo. Aunque ese momento nunca llega. Me duele a rabiar, como si fuese una herida abierta y latente.

Freddy me coloca una mano en la rodilla y me da un apretón. La sonrisa que esboza le disipa un poco las marcas de desasosiego que atisbo en su rostro, pero sigue con el ceño fruncido.

Intento devolverle la sonrisa en un intento por asegurarle que estoy bien. Sin embargo, vuelve a darme un vuelco el estómago y, en lugar de eso, sollozo y agacho la cabeza.

—Mierda —susurra él por lo bajo. Me pasa un brazo por el cuello y me hunde la cara en su pecho para darme un espacio oscuro en el que desmoronarme en silencio—. Venga, Ro. Sácalo todo.

Niego con la cabeza pegada a él, pero Freddy me pilla desprevenida al besarme en el pelo y abrazarme con más fuerza.

—No pasa nada. Han apagado las luces y todo el mundo está durmiendo o escuchando música con los auriculares puestos. Tranquila, llora todo lo que necesites. Estoy aquí.

Le creo.

Ahora que lo conozco de verdad, estoy dándome cuenta de que puedo confiar en Freddy. Puedo contar con él.

En mi cabeza, he visto a Matt Fredderic de un millón de formas distintas. Después de conocerlo en primero, me creé una imagen romántica de él totalmente idealizada. En mis sueños, era el chico guay y popular que me quitaba la venda de los ojos (metafóricamente hablando) y se enamoraba de mí. Un caballero que me rescataba de mi alta torre de marfil. El amante cariñoso con quien perdía la virginidad mientras él me susurraba «¿Te gusta así?» o «Eres perfecta» antes de confesar la devoción que sentía hacia mí en un momento épico y digno de película, del tipo: «Eres tú. Siempre has sido tú».

Y luego, cuando conocí a Tyler, abandoné todas esas fantasías con Matt Fredderic para perseguir lo que pensé que era mi verdadera oportunidad de vivir una historia de amor. Pero ahora veo que no era más que yo rogándole a Tyler que fuese mínimamente romántico.

Algo que, según él, no era realista.

«En la vida real, la gente no actúa como en tus libros, Ro».

Pero lo que yo quería no era el romance, en realidad. Era el anhelo de querer sentir algo real. Algo abrumador pero que valiese la pena.

En su día, me pasaba las horas resguardada en la seguridad de mi casa, cerca de mis padres, porque era reconfortante y su amor era cálido y tangible. Luego, cuando mi padre sufrió el derrame cerebral, dediqué todo mi tiempo a estar en familia porque tenía miedo. No quería perderme ni un solo segundo con ellos, por si acaso.

Sin embargo, había vivido miles de vidas enteras a través de la literatura. Y, en cierto modo, siempre me había imaginado cómo sería enamorarme.

Lo había anhelado.

A lo mejor Tyler tiene razón.

A lo mejor soy una ingenua de pacotilla, pero me resulta vergonzoso reconocerlo incluso para mis adentros, que se supone que debería ser un lugar seguro. ¿Cómo voy a ser capaz de reconocerle jamás a otra persona que me he pasado un año entero suplicándole que nos acostáramos a alguien que me tachaba de desesperada cuando le decía que lo amaba?

¿Que me he pasado *dos* años buscando validación constante por parte de un tío que no paraba de compararme con otra chica para puntualizar mis defectos?

Como si ser mejor (más seria, más sofisticada, más inteligente, más competitiva) fuese a servirme para ganarme su amor. «Brilla más, Ro, pero no te pases; tampoco puedes ser mejor que él».

¿Y ahora...?

Ahora me siento... asqueada de mí misma.

¿Por qué lo he hecho? ¿Qué me ha llevado a estar tan desesperada por ser suficiente para él como para seguir cediendo y haciéndome pequeña hasta caber en la cajita donde él quería meterme?

En parte, darme cuenta de esto es mucho peor que cualquier cosa que me haya podido escupir esta noche Tyler en la cara.

He perdido un montón de partes de mí misma, de aquello que me hacía ser realmente yo. Ahora, todo esto se ha desvanecido y ya no sé quién soy.

Me siento perdida. Flotando sin tener a qué agarrarme.

Apoyo la cabeza en el firme y cálido pecho de Freddy y él me abraza mientras me arrulla susurrándome palabras sin sentido, pero tan reconfortantes que, al final, noto que se me van secando las lágrimas y el entumecimiento empieza a calarme hondo. Y me siento segura, así que me abandono a esa sensación.

22

Freddy

Ro no dice nada en todo el trayecto de vuelta.

Le paso uno de mis AirPods para que escuche música y pongo una *playlist* de Taylor Swift porque me acuerdo vívidamente de verla sonreír la mar de alegre mientras cantaba a pleno pulmón en el asiento trasero de mi coche.

Aunque ahora mismo no recuerdo qué canción era. Seguramente se deba al hecho de que a mi cerebro le gusta más escuchar la voz de Ro diciendo: «Creo que sería muy fácil quererte». Y hace que me acuerde de esa frase sin parar porque se ha convertido en la lacerante banda sonora de esa noche que Ro no recuerda.

Una noche que yo no podría olvidar ni queriendo.

Cuando regresamos al campus, bajamos despacio del bus y vamos hacia el aparcamiento de la pista de hielo. Algunos de los chicos miran a Ro curiosos e inquietos, y yo los miro a ellos y sacudo la cabeza, frustrado.

Aun así, todos se muestran amables. Incluso parecen preocupados.

Ro mira a su alrededor, perdida. Y aunque ha dejado de llorar, cuando desvía la vista hacia mí veo que tiene los ojos rojos y

acuosos. Esa demoledora vulnerabilidad hace que se me forme un nudo en la garganta.

Los chicos se dispersan formando grupitos. Rhys y Bennett están más cerca que los demás, pero todos la miran igual de angustiados que yo.

Puede que venir a Waterfell no fuese mi elección, pero me siento honrado de poder jugar con este equipo, con la única excepción de Kane. Mis compañeros son unos tíos de puta madre. Sé que si yo no estuviera aquí, cuidarían de Ro. Y eso que ni siquiera es mi novia, sino mi tutora.

—¿Ro? —la llamo, porque su expresión es de puro pánico.

—Lo... lo siento. No sé qué hacer. —Levanta los brazos en señal de impotencia y empieza a mirar a su alrededor—. He... Lo tiene todo Tyler. Se lo ha llevado todo...

Está dejándose llevar por la histeria. Me apresuro a envolverla en un fuerte abrazo y ella me devuelve el gesto de inmediato.

—No tengo el coche ni mi carné de alumna, ni siquiera tengo las llaves de la resi —musita con la boca pegada a mi cuello.

—No pasa nada. Iremos en mi coche. Encontraremos una alternativa.

—Lo siento.

Niego con la cabeza y la abrazo con más fuerza, mientras con un gesto les indico a los chicos que estamos bien para que puedan ir tirando hacia casa.

—Nada de pedir perdón. Venga, vamos, que me muero de hambre.



Le paso a Ro una bolsa de patatas en forma de rejilla por encima de la consola central mientras salimos de la zona de aparcamiento de The Chick, no sin antes haberme zampado dos bocadillos de pollo asado.

Tarda un poco en sacar las patatas de la bolsa. Incluso veo que se le dibuja una ligerísima sonrisa al ver esos novecientos gramos de salsa golf, así que guardo la reacción en mi lista mental de «Cosas que hacen sonreír a Rosalie Shariff».

Intento sacar varios temas de conversación triviales, pero Ro permanece callada. Sigue perdida en las profundidades de sus pensamientos. Y yo sé mejor que nadie lo que es eso. Así que la dejo tranquila por más que deteste lo mal que debe de estar pasándolo.

Suena «Cool About It», de boygenius, en un volumen suave mientras voy conduciendo por los callejones más estrechos, optando por el camino más lento hacia el campus. A pesar del reconfortante rasgueo de la guitarra y las cálidas voces de la canción, se me tensan los músculos.

—¿Quieres hablar de...?

—No —contesta ella.

No es un rechazo cruel, solo uno sutil.

Pero no importa. Me duele igual.

Me aclaro la voz y digo:

—Yo también me enamoré de alguien que me trató mal. Y... —Suelto una risa amarga y me agarro con más fuerza al volante en un intento por mantener la voz firme y calmada—. Pero no me quería. Yo se lo dije, pero ella nunca me lo dijo a mí. Que no pasaba nada, pero es que no paraba de utilizarlo a su favor, joder. Y le funcionaba.

Yo quería que pensara siempre en mí, igual que yo pensaba siempre en ella. Habría hecho lo que fuera por ella. Y tardé demasiado tiempo en ver lo que me estaba haciendo.

Ro no dice nada, pero noto que tiene toda su atención puesta en mí. Es como si tuviese un foco calentándome el lateral de la cara.

—No me di cuenta hasta que ya no estábamos juntos. Y me sentí tan estúpido, tan ridículo y tan... avergonzado. Pero a ella no le afectó lo más mínimo, porque nunca le importé.

«*Ha estado bien, Freddy. Pero esto no... No eres lo que yo necesito*».

Sacudo la cabeza en un mísero intento por deshacerme de su voz.

—¿Por qué...? —empieza a preguntar Ro con la voz áspera y ronca antes de carraspear y darle un sorbo a la Coca-Cola Zero—. ¿Por qué me estás contando esto?

«Para ponerme en ridículo, claramente».

Soy incapaz de dar con una respuesta. El silencio que nos envuelve es cada vez mayor mientras yo intento encontrar las palabras para describir lo que siento. Su paciencia y la quietud de su presencia me tranquilizan.

—Porque me habría gustado que alguien me hubiese parado los pies antes de que acabase perdiéndome y rompiéndome. Y... porque me importas. Eres mi amiga, Ro.

Se le ilumina el rostro. Entonces me mira con los ojos abiertos de par en par y pestañea.

—¿Sí?

—Pensaba que eso ya había quedado claro —respondo en plan broma—. A no ser que...

—No, no. Soy tu amiga. —Asiente entusiasmada, y yo siento una punzada en el corazón—. Me encanta ser tu amiga. Es solo que... En el pasado he tenido problemas con eso, porque pensaba que había gente que era mi amiga, pero... Qué vergüenza. Da igual.

La punzada en cuestión se vuelve tan intensa que levanto la mano para frotarme el pecho, porque entiendo cómo se siente. Yo mismo he cometido ese mismo error en infinitas ocasiones.

Detengo el coche delante de la residencia y Ro duda tanto que casi le ofrezco que se venga a la Hockey-morada. Porque estoy empezando a pensar que le caigo bien.

Que no quiere estar sola.

No obstante, permanezco callado mientras ella coge la bebida del posavasos del coche y coloca la mano en la manilla de la puerta antes de detenerse y girar la cara para mirarme por encima del hombro.

—Me alegro de ser tu amiga. —Continúa con la mano en la manilla y se da la vuelta por completo—. Por si te sirve de algo, aunque sea yo quien te lo diga... La chica esa es idiota. Creo... creo que eres increíble, Matt. Eres de los buenos.

Ese elogio hace que me envuelva cierta calidez y sonrío.

—Debería irme —añade—. Gracias por salvarme. Otra vez. Y por todo lo demás.

Salta del coche y apoya la mano en la puerta para cerrarla.

—Gracias a ti, Rosalie —respondo en un delicado tono de voz, algo que parece que no puedo controlar cuando estoy con ella.

—¿Por qué?

—Por ayudarme. A veces me... me cuesta leer y resolver problemas de mates. —Me encojo de hombros y la vulnerabilidad

hace que empiece a sudar bajo la gruesa camisa de vestir que llevo puesta—. Pero nunca te has burlado de mí.

Es una confesión delicada. Y me duele decirle eso a Ro, pero necesito que lo sepa.

—No lo haría jamás. Nunca...

—Ya lo sé.

Lo decimos todo en un susurro, como si ambos tuviésemos miedo de hacerle daño al otro.

Acto seguido, Ro cierra la puerta con cuidado y echa a andar hacia la residencia. Tiene el móvil en la mano y vuelve a iluminársele la pantalla, pero ella se lo guarda en el bolsillo del abrigo. Y yo me quedo mirando cómo las fuerzas que había aunado Ro antes de saltar del coche parecen ir desvaneciéndose: sus hombros se hunden y agacha la cabeza, derrotada.

Le pego una palmada al volante y se me nubla la mente al verla así a través del empañado parabrisas. Cuando llega a la entrada, se gira e intenta dedicarme otra sonrisa. Casi no lo consigue. Llama a la puerta y la abre una auxiliar de la residencia.

Yo no me marcho hasta al cabo de una hora.

Y todo ese tiempo lo paso autoconvenciéndome de que no debo seguirla dentro. Autoconvenciéndome de que no le conviene alguien como yo.

23

Ro

—Pareces cansada.

Musito algo sin sentido (y seguramente incoherente) al niño de doce años que está gorroneando comida de la despensa antes de ir directa hacia la cafetera.

Mi silencio debe de confundir a Oliver porque, al girarme, lo encuentro mirándome fijamente con las cejas arqueadas como si acabase de dejar entrar a un animal de granja en el apartamento o fuese vestida con un disfraz de cowboy hinchable en lugar de ir en pijama.

Bajo la mirada solo para asegurarme de que no sea así.

—¿Estás bien...?

«Dios, debo de tener peores pintas de las que pensaba».

—No he dormido bien.

Espero a que suelte algo mordaz, como tal vez haría Sadie, pero entonces recuerdo que estoy hablando con Oliver.

Me preparo una taza de café, algo que no suelo beber a menudo, y el niño se me queda mirando con cierta preocupación. Tanta que, al final, le digo:

—Estoy bien. Es solo que he pasado mala noche.

Tras darle un buen sorbo al café, pego un salto para sentarme en la encimera. Aún son las seis de la mañana, así que tampoco me extraña que seamos los únicos que estamos despiertos.

De hecho, es bastante probable que ninguno de los dos haya pegado ojo.

—¿Qué tal tu noche?

Oliver se encoge de hombros.

—Bien. Sin más.

—Pero no has dormido.

Vuelve a encogerse de hombros y sé que he dado en el clavo.

—Si vuelves a tener problemas, podemos llevarte a que te visite alguien.

Oliver empieza a negar con la cabeza antes incluso de que me dé tiempo a terminar la frase.

—No, Sadie no puede permitírselo. Acaba de comprarme unos patines nuevos. Estoy... estoy bien, Ro.

Lo veo tan inquieto que dejo el tema (de momento), pero me guardo la información.

Vivir en la residencia con mi mejor amiga y sus dos hermanos pequeños *no* forma parte de mi Lista de cosas sexis para hacer en la uni, pero no lo cambiaría por nada del mundo. Quiero a Liam y a Oliver como si fueran mis propios hermanos, pero ayudarlos a ellos significa que también estoy ayudando a Sadie y... por ella haría lo que fuera.

Creo que, de no haber sido por Sadie, no habría aguantado tres años tan lejos de mi familia.

Y se me parte el alma con solo pensar que puede que ella no sea consciente de eso. Que puede que no sea consciente de que no es

ninguna carga para mí, sino más bien lo contrario.

Cuando vuelvo a salir de mi cuarto, Sadie ya se ha despertado y yo tengo veintiséis llamadas perdidas de Tyler. No le respondo hasta que no salgo de la resi y voy de camino al gimnasio porque quiero ir a correr un poco por el circuito cubierto.

—¿Qué? —le digo.

«Mantente firme. Sé fuerte».

—Por el amor de Dios, Ro —me dice. Al oírlo tan enfadado, casi freno en seco y me giro para regresar a la resi—. Estaba subiéndome por las paredes.

—Dudo que fuera para tanto, teniendo en cuenta que me dejaste tirada a una hora de la ciudad.

—El que se ha pasado la noche intentando llamarte para ver cómo estabas he sido yo. Y *tú* me has ignorado.

—Te dije que había llegado bien a casa y que necesitaba que me dejaras en paz. Necesitaba espacio...

—Joder, Ro, te he dicho que lo siento. No debería haberme marchado. Y si te digo la verdad, no me habría ido, pero estabas un poco tocapelotas y me cabreé un montón. Necesitaba volver a casa.

—Me dejaste ahí sola, Tyler. Y te llevaste todas mis cosas. Eso no se hace.

«Bien». Me entran ganas de darme una palmadita en la espalda a mí misma. Una rapidita pero firme. «No dejes que te atrape de nuevo en su red».

—Solo ha pasado una vez.

Casi grito.

—Yo diría que no, eh. Ni siquiera ha pasado solo dos veces. Hace literalmente menos de un mes me dejaste horas tirada en un

restaurante.

—Ya me disculpé por eso —responde—. Pero venga, sigue, échame la bulla por eso también. Otra vez.

Es la primera conversación real que tenemos al respecto, pero vale.

—Tyler...

—Deja de presionarme, Ro. Te he pedido perdón, joder.

No me ha dado ni veinticuatro horas de espacio y la que lo está presionando soy yo.

—Necesito mis cosas, Tyler.

—Vayamos a tomar un café y te las traigo —se apresura a responder.

—Déjamelas en la oficina y no pondré ninguna queja contra ti.

Más que oírlo, noto cómo la ira se va adueñando de él. Ojalá pudiese alegrarme de que estemos hablando de esto por teléfono, lejos uno del otro, pero la mejor arma de Tyler siempre han sido las palabras.

—Para. Estás comportándote como una zorra, Ro.

—A mí no me llames así.

Me enorgullezco de que no me tiemble la voz al hablar.

—No lo he hecho —suspira como si yo fuese una cría petulante—. He dicho que estabas comportándote como tal.

—Es exactamente lo mismo. No paras de insultarme. A veces me llamas zorra, luego dices que me comporto como una cría... Busca otra táctica, porque con esos insultos pareces aún más estúpido de lo que ya eres.

A lo mejor no debería provocarlo, pero después de tanta verborrea, algo me lleva a caminar con la cabeza alta y hace que me

sienta mejor. Más segura de mí misma.

—No pongas palabras en mi boca, joder. La que quería que volviésemos fuiste tú. La otra noche, casi me lo suplicaste.

Freno en seco. Me da un vuelco el estómago y las náuseas se apoderan de mí. Es como si estuviese mirándome en un espejo por primera vez en dos años y detesto lo que veo con toda mi alma.

—Deja de llamarme, Tyler. Estoy harta.

Ríe incrédulo y me chirrían los oídos. Le doy una patada a la pared de ladrillos del edificio que tengo delante porque quiero gritar y llorar, incluso ver cuánto puedo correr hasta desmayarme del cansancio para así poder sacarlo todo.

—Te estás comportando como una cría, Ro.

Río un poco demasiado fuerte porque Tyler está haciendo *exactamente* lo mismo que he dicho que haría y casi me atraganto con mi propia saliva. Aun así, consigo responder calmada:

—Para nada. Va en serio, Tyler. Se acabó.

—No se acabó. Déjate de dramatismos.

—Según tú, ni siquiera estábamos saliendo. Era algo «informal». Bastante maja estoy siendo ya diciéndote esto. No quiero seguir contigo. Quiero que lo dejemos.

—Claro —refunfuña—. Ya hablaremos luego. Cuando ya no estés tan sentimental.

Cuelga. Y me planteo poner en práctica la típica técnica de gestión emocional de los tíos, esa que consiste en pegarle un puñetazo a la pared.



Cuando llega la hora de reunirme con Freddy para la tutoría el lunes por la mañana, he acumulado un sinfín de notificaciones en el móvil: más de treinta llamadas perdidas y, por lo visto, una infinidad de mensajes.

En persona, Tyler Donaldson es alguien relajado, calmado y sereno. Por teléfono, en cambio, ya sea a través de mensajes o por llamadas, es brutal.

Aun así, he conseguido evitarlo durante dos días. He pasado a hacer las tutorías en otro sitio y mis estudiantes se han mostrado dispuestos a ir donde les he propuesto. Incluso hago las horas de oficina que me tocan en otros despachos de la uni o en salas privadas de la biblioteca.

Sin embargo, hoy, a ambos nos toca ayudar en la clase de Tinley, de modo que es inevitable que me lo encuentre. Y estoy atacada de los nervios.

Al oír que se abre la puerta, pego un salto. Me basta con mirar a Freddy un segundo para saber que mi reacción no le ha pasado desapercibida. Frunce el ceño y la sonrisa que tenía dibujada en el rostro hasta ese momento se difumina para dar paso a una expresión aprensiva.

—¿He... hecho algo mal?

La pregunta es tan contraria a todo el bombardeo que tengo ahora mismo en la pantalla del móvil que casi me río.

—Para nada —contesto—. Perdona. Es que... hoy tengo un mal día.

Sigue de pie en la puerta, tan alto que ocupa toda la entrada. Su postura emana incertidumbre: desde lo tensos que tiene los hombros hasta la fuerza con la que está agarrando la tira de la

mochila con una sola mano. No suelo ver a ese jugador de hockey así a menudo y enseguida me doy cuenta de que no me gusta.

—¿Quieres que cancelemos la tutoría?

—No. Estoy bien. De verdad.

Consigo esbozar una temblorosa sonrisa, pero aun así logro que a él se le relajen los hombros mientras se sienta a la mesa, delante de mí.

Tardo muchísimo en explicarle todo el ejercicio de mates. Sobre todo, porque me distraigo constantemente con el móvil, que no para de sonar.

Y sonar.

Ahora, con notificaciones de números que no tengo registrados. Me da un vuelco el estómago.

La primera vez que discutimos, Tyler se fue iracundo y me bloqueó el número de teléfono, en redes sociales... En todas partes. Fue un shock superdesagradable para mí; uno que no supe cómo gestionar porque era la primera vez que tenía novio. No sabía si era una reacción normal o no, y, dado que Sadie ya contaba con bastantes responsabilidades con sus hermanos y su padre, no tuve a quién pedirle opinión.

Al cabo de un par de días, Tyler se pasó por el Brew Haven para disculparse y me dijo que yo tenía que entender lo mucho que se había molestado. Sadie me dijo que era una forma elegante de decir que me estaba castigando a mí por ello.

Ahora sé que mi amiga tenía razón.

Más adelante, cuando nos volvimos a pelear, no dejé que me castigara. En lugar de eso, lo bloqueé. Aunque con eso solo conseguí empeorar las cosas. Y, como no parábamos de volver a intentarlo

cada vez que nos peleábamos, Tyler seguía viéndolo todo como si estuviese ganando.

De ahí que ahora me esté petando el móvil desde otros números de teléfono.

Al final, como he acumulado tanta ansiedad que siento que estoy a punto de estallar, tiro el móvil (que sigue vibrando) en la mochila con una fuerza exagerada. Freddy deja de garabatear, levanta la vista hacia mí, arquea las cejas, entrecierra los ojos y me estudia con la mirada.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —respondo.

No obstante, por algún motivo que desconozco, se me llenan los ojos de lágrimas.

«No pienso volver a llorar delante de él».

Freddy, para no variar, capta mi mentira en el acto. Pero no me dice nada.

En lugar de eso, cierra el libro. Al verlo, miro mi reloj dos veces y luego desvío la vista hacia el ruidoso reloj que hay en la pared.

—Tengo una idea —me dice apoyando ambas manos en la mesa e inclinándose ligeramente sobre esta—. ¿Por qué no hacemos pellas?

Me quedo boquiabierta. Y debería negarme a ello, rotunda y firmemente. Sin embargo, me sonrojo y confieso en voz baja:

—No lo he hecho nunca.

Freddy sonríe, pero no con su sonrisa habitual, sino con una de un inocente encanto pueril. Una sonrisa agradable y genuina.

Real.

—Yo tampoco.

—¿En serio? —Río—. Me...

—¿Te sorprende?

Niego con la cabeza.

—No. En realidad, me parece muy lógico.

—¿Sí? —pregunta.

Parece escéptico aunque intrigado. Se inclina más hacia delante.

—Sí. —Asiento con la cabeza y lo miro sonriendo discretamente—. Nunca te arriesgarías a defraudar a alguien. Siempre... siempre cumples.

Se le entrecorta la respiración y, de no ser porque es imposible (porque estoy segura de que todo el mundo lo ha elogiado a más no poder a lo largo de su vida), diría que estaba muriéndose de ganas de oír esas palabras.

Le sientan como el agua a una flor.

Me coge la mochila y se la cuelga del hombro. Cierta calidez me envuelve el cuerpo entero, y no porque sea una acción romántica en sí, sino porque es delicada y amable. Algo que anhelo. Desesperadamente.

Salimos de la biblioteca en dirección a la pequeña zona de aparcamiento cubierta. Freddy le dedica una amplia sonrisa a varias personas que se detienen a saludarlo. Yo intento quedarme rezagada para dejarle algo de espacio, pero cada vez que me detengo, él se gira para esperarme.

Casi como si estuviese preocupado. Como si temiera que fuese a desaparecer.

Al final, llegamos a su coche, donde él me coloca el cinturón en el gastado asiento de cuero del copiloto y cierra la puerta antes de rodear deprisa el vehículo y acomodarse detrás del volante.

—Bueno, y ahora ¿qué? —le pregunto.

La adrenalina que siento es tal que empiezo a mover la pierna y noto que la cabeza me va a mil por hora. Incluso estoy un poco mareada.

Y sí, puede que sea por el alivio que siento al no tener que ver a Tyler hoy. Aunque creo que se trata más bien del Efecto Matt Fredderic.

Este chico hace que todo sea diez veces mejor. Siempre he sabido que estar cerca de él resultaba embriagador (me quedé fascinada ya el día en que lo conocí), y no tiene nada que ver con su belleza.

Desvío la vista hacia él y veo que sus ojos verdes centellean al sonreír. Sus carnosos labios, de un potente tono rosado, dibujan una sonrisa que se le extiende por las mejillas.

No. No tiene nada que ver con su físico. Es por él, por cómo es. Freddy es como un imán que me atrae constantemente hasta que lo único que consigo ver es a él.

Tyler me hace sentir pequeña e inocente, estúpida.

Sadie me hace feliz, pero ella siempre va acompañada por el peso de la responsabilidad. La necesidad de cuidar de ella es algo intrínseco a nuestra amistad.

Pero Matt es distinto.

Su presencia es cálida, vibrante. Estar cerca de él es como ir subiendo por una montaña rusa antes de bajar, aquella apaciguada sensación de nervios que sientes porque sabes que, a pesar de caer en picado, no te harás daño.

Cuando estoy con él, soy la divertida y la interesante. No soy la lapa ni la que le ríe las gracias.

—Dime algo que siempre hayas querido hacer, pero no hayas hecho nunca.

Me vienen un millón de imágenes a la cabeza, todas inspiradas por mi Lista de cosas sexis para hacer en la uni que está acumulando polvo en alguna parte de mi escritorio, bajo un montón de artículos impresos sobre la creatividad y su impacto en el cerebro.

«Freddy sujetando un embudo mientras bebo o enseñándome la técnica del *shotgun* con una lata de cerveza. Freddy hundiéndome las manos en el pelo, dejándomelo probar todo con él...».

«Freddy bañándose desnudo conmigo, con los cuerpos empapados y el agua cayéndole por la piel y oscureciéndole su pelo dorado... Y yo viéndolo todo perfectamente porque tengo los rizos recogidos con... ¿el cordón de un zapato?».

¿Por qué me resulta tan familiar todo eso?

Sacudo la cabeza y decido ir a lo seguro con un:

—Pues, en realidad, nunca he patinado sobre hielo.

Freddy se queda helado, boquiabierto, y luego cierra la boca. Me mira, travieso, y arranca el coche.

—¿Adónde vamos? —le pregunto.

—A la pista del pabellón.

—¿Podemos ir a estas horas?

Se encoge de hombros.

—Ya nos estamos saltando la clase, princesa. ¿Qué más da que rompamos otra regla más?

24

Freddy

La pista del pabellón está cerrada, lo cual significa que disfruto de un trayecto de veinte minutos en coche durante el cual Ro tararea por lo bajo la melodía de la música que suena por la radio mientras yo conduzco por el histórico centro de Waterfell en dirección a la pista local.

Aunque estamos a principios de octubre, hace bastante fresco, así que tengo que rebuscar entre la pila de ropa limpia que guardo en el maletero del coche hasta que encuentro una chaqueta. La huelo antes para escoger la más limpia y cojo una del Departamento de Deportes de la Universidad de Waterfell con media cremallera, mi número en una manga y mi apellido bordado en el bolsillo izquierdo.

—Levanta las manos, princesa —le digo pasándole la prenda por la cabeza y ajustándosela por encima de las caderas.

Me inclino y se la abrocho. La tela le llega hasta la barbilla. Ro me sonríe con ternura. Cojo los patines del maletero y cierro el coche con llave.

Al entrar en la pista, el frío del hielo me calma los nervios. Estoy a punto de pedirle a Ro que se siente para ir a por un par de patines para ella cuando la oigo gritar.

Se me echa encima, caigo bocarriba sobre el suelo ligeramente acolchado con la alfombra de goma y sus largas extremidades se enredan con las mías. Para ser una chica, es bastante alta, y torpe (lo suficiente para que me imagine su versión adolescente larguirucha).

—Mierda... Perdona.

La miro sonriendo entre el mar de rizos que ella intenta echarse detrás de los hombros a pesar de que se le siguen cayendo.

—¿Sabes una cosa? Es la primera vez que te oigo soltar un taco.

Se sonroja aún más antes de impulsarse contra mi pecho y mirar disimuladamente por la ventana que da a la pista.

—Es Sadie. Está aquí.

Arqueo las cejas y me levanto despacio, dejando que Ro siga sujetándose a mí (aunque creo que no se ha ni dado cuenta de que me está agarrando).

Como ella susurra, yo también lo hago. Le aparto unos cuantos rizos e ignoro educadamente el escalofrío que le recorre el cuerpo entero cuando me acerco a ella.

—Aquí arriba no pueden vernos, princesa.

—Vale... —dice con un hilo de voz antes de apartarse de mí para levantarse, roja como un tomate.

Le sigo la mirada a través del oscuro cristal hasta reposar la vista en la pista medio llena. El círculo exterior queda reservado al público general, pero justo en medio están el capitán del equipo, la patinadora y un grupito de unos seis niños pequeños con patines.

Rhys tiene toda su atención puesta única y exclusivamente en Sadie y sigue todos y cada uno de sus movimientos con la cabeza. Hace lo mismo que haría con otro jugador. Es como si estuviese

descodificando los secretos de sus movimientos, de sus jugadas. Es el tipo de atención de la que solo es capaz el capitán Rhys. Puede que ya me haya dado cuenta de eso, de forma muy sutil, en la fiesta; sin embargo, aquí, bajo la potente luz fluorescente, es imposible no verlo.

A lo mejor me equivocaba.

Porque parece que Sadie lo mira de la misma forma a él: intensa y cuidadosamente.

Es como si estuviesen vigilándose el uno a la otra en todo momento.

—¿Es buen tipo? —me pregunta Ro de repente.

Su pregunta me pilla un poco desprevenido. Frunzo el ceño y estudio su perfil mientras Ro los mira. Parece nerviosa y preocupada. Se ha llevado una mano al pecho para coger el cuello de la blusa y se está mordiendo el labio.

—Es que... —prosigue antes de que me dé tiempo a responder—. Nunca he visto a Sadie pillada de verdad. Y ya tiene... bastantes cosas con las que lidiar. Quiero asegurarme de que es tan buen chico como parece.

—Lo es. Rhys es el mejor tío que conozco. Le confiaría mi vida. Sadie está en buenas manos.

Siento cierta amargura en el estómago porque, de repente, no puedo quitarme el cumpleaños de Rhys de la cabeza. Ya sé que no era culpa mía, porque, a juzgar por las veces que he interactuado de fiesta con Sadie, ¿cómo no iba a ponerme protector con mi amigo?

Pero Ro es amable y buena persona. Y si quiere tantísimo a Sadie y está siendo tan protectora con ella quizá sea porque hay algo más bajo esa fachada.

«¿Igual que te pasa a ti?».

«¿O es que quieres creértelo porque Ro quiere a Sadie a pesar de sus defectos y eso significa que también podría quererte a ti como amigo? ¿A pesar de *tus* defectos?».

Como suele ocurrir casi siempre, la voz de mi conciencia suena igual que la de mi padre y tengo que sacudir la cabeza para salir de ese bucle antes de que me dé tiempo a entrar en él siquiera.

Solo que ahora no recuerdo lo que ha dicho Ro porque el cerebro se me ha ido volando muy lejos de esa última interacción. Así que me froto la nuca y asiento.

—Tendrás que elegir otra cosa.

No sé si lo que le he dicho tiene algo que ver con el tema del que estábamos hablando o no, pero Ro sonríe y me relajo.

—¿Yo? ¿Y tú qué?

—Nope. Claramente, hoy no vamos a patinar, así que... Tienes que elegir otra cosa.

Me giro y voy hacia la puerta. Me flipa lo rápido que me sigue mientras musita por lo bajo.

Me paro frente al coche y la miro enarcando una ceja mientras doy unos cuantos puntapiés.

—Vale. Bueno, siempre he querido hacerme un tatu.

Se me ilumina la mirada. No era lo que esperaba, pero me sirve.

—¿Qué tenías en mente?

Ella baja la vista hasta mi pierna. Hoy voy con vaqueros, pero es como si fuera desnudo, porque la intensidad de su mirada me abrasa la piel justo donde tengo el tatuaje.

—Una mariposa... —suelta antes de sacudir la cabeza con fuerza y cubrirse la cara con las manos—. No, espera. Perdona. En realidad,

no lo sé...

Guardo silencio a sabiendas de que mi ego tal vez sea incapaz de soportar ver que su primer tatuaje va a ir a conjunto con el mío y le abro la puerta.

Conduzco hacia el estudio de tatuajes al que fui yo, que se encuentra en el centro histórico de Waterfell, entre una famosa pizzería y una confitería *vintage* que no ha sufrido ni un solo cambio en los últimos cien años. Aparco unos cuantos edificios más abajo, en uno de esos sitios en diagonal que tanto cuestan de encontrar, ayudo a Ro a bajar y le apoyo una mano en la espalda para guiarla mientras cruzamos la carretera a toda prisa.

Una vez dentro de ese antiguo edificio de ladrillos, el estudio está adornado con un brillante color crema y delicados tonos verdes, con diseños enmarcados y algunos lienzos a tamaño real en las paredes. Está relativamente vacío y solo hay una chica tatuándose la espalda en una de las camillas.

—¿Qué te parece si le echas una ojeada al dosier y yo voy a por los informes? —sugiero.

Puede que cualquier otro tipo se ocuparía sin problemas de rellenar todo el papeleo por ella mientras Ro se entretiene mirando el dosier de diseños del estudio para escoger qué quiere hacerse; sin embargo, dado que yo a duras penas puedo leerlo, y no hablemos ya de ir escribiendo las respuestas a medida que ella me las dicta, nos tiraríamos horas aquí dentro.

Así pues, pillo un boli y los documentos, me giro y...

Ro ha desaparecido.

Se me detiene el corazón un segundo justo antes de ver un montón de rizos moviéndose fuera del local mientras ella camina de

un lado para otro.

—Por el amor de Dios, Ro. —Salgo de la tienda sonriendo con sorna y me cruzo de brazos a la vez que me coloco frente a ella para obligarla a parar—. Pensaba que me habías dejado aquí tirado.

—¡No! —se apresura a responder—. Eso nunca. Es que, por un momento, me he agobiado un poco. A lo mejor...

Se le apaga la voz y agacha la cabeza.

—A lo mejor no te apetece tatuarte nada todavía —termino la frase por ella.

Asiente con una expresión de disculpa absoluta mientras, en un susurro casi inaudible, dice:

—Lo siento.

—No me pidas perdón, Rosalie. —Desesperado por hacerla sentir igual de bien que como la he visto hace unos minutos, miro frenéticamente a mi alrededor—. En realidad, yo solo he venido aquí porque me estoy muriendo de hambre y tienen la mejor pizza de Massachusetts.

Ro desvía la vista hacia el local de al lado que estoy señalando.

—¿En serio? —me pregunta incrédula.

Me encojo de hombros.

—Según un... —centro más la vista en el periódico que tienen pegado por la parte interior de la ventana— artículo del *New York Times* de 1995, sí. Y seamos realistas... Este sitio tiene pinta de no haber cambiado desde ese año, así que yo diría que estamos de suerte.

Le abro la puerta.

El local es pequeño, solo tienen tres mesas en total y parece sacado directamente de principios de los noventa. Hay un par de

máquinas expendedoras en la entrada: una llena de bolas de chicle que parecen piedras de lo duras que se han quedado con el paso de los años y otra que tiene justo lo que yo andaba buscando.

Después de pagar las pizzas en efectivo y pedir que me devuelvan el cambio en monedas de veinticinco centavos (y de hacer caso omiso de la cara de asco que pone el adolescente con acné que está detrás de la barra), decidimos pedirlas para llevar.

Sobre todo porque una de las mesas está ocupada por una pareja que está disfrutando de una temprana cena y las otras dos están sepultadas con cajas, y me apuesto lo que sea a que nadie se moverá para que nos sentemos nosotros.

De todos modos, me las apaño para sacar dos bolas de colores de la máquina expendedora sin que Ro se dé cuenta, por más que cualquiera que pase por la calle piense que soy un cabrón por hacerla cargar con las cajas.

Aun así, creo que la sorpresa merecerá la pena.

25

Freddy

Como Sadie le ha enviado un mensaje a Ro para decirle que no irá a la residencia esta noche, acabamos justo allí.

Ro no me ha contado qué dice el mensaje exactamente, pero estoy molesto porque sé que ella lo está.

Nunca he sido demasiado protector, ni con mis amigos ni con las chicas. Está clarísimo que eso de cuidar de los demás nunca ha sido lo mío. Sin embargo, mi incipiente amistad con Ro sí que me importa. Con eso sí que estoy siendo cuidadoso.

Las luces de lo que vendría a ser su apartamento de la residencia están apagadas, pero tienen la música puesta en el televisor y, ahora mismo, suena «Young Folks», de Peter Bjorn. Ro es la primera en entrar y enciende las lamparillas desaparejadas que hay sobre las mesitas a ambos lados del sofá.

La sigo y, cuando me pasa un cojín para que lo ponga sobre el palé que claramente han construido ellas mismas, me siento. Ella continúa de pie, mira nerviosa a su alrededor y luego vuelve a desviar la vista de golpe hacia la cocina.

—¿Quieres vino? —me pregunta sonriente, estirando el brazo para coger un par de vasos de distintos colores.

—Venga.

Ro sirve vino blanco de una botella que ha sacado de la nevera y deja ambos vasos en la mesita de café antes de abrir una de las cajas de pizza en el suelo.

Levanto el vaso y brindo:

—¡Por la mejor pizza de Massachusetts de 1995!

Ro me recompensa con la alegre y abierta risa que se le escapa y que me sienta igual que los primeros cálidos rayos de sol en verano.

Hacemos chocar los vasos mientras ella repite mi misma frase. Acto seguido, nos acomodamos manteniendo una tranquila conversación y disfrutamos de la comida.



—Bueno —digo mientras cojo mi cuarto pedazo de pizza, aunque sigo con el primer vaso de vino. Ro me roba uno los muchos bordes de pizza que he ido amontonando a un lado después de mentir y decirle que los detesto y lo moja en la salsa de ajo—. Puede que haya pillado una sorpresita para que podamos completar nuestro «Yo nunca...».

A Ro le centellean los ojos color avellana, resplandecientes ya bajo la luz de la lamparilla que la ilumina mientras seguimos aquí, sentados sobre pilas de cojines y mantas que hemos quitado del sofá y colocado sobre el suelo.

—¿Qué es?

Saco las dos bolas de colores que he comprado antes en la máquina. Sonrío y sacudo un poco la palma de la mano.

—Tatuajes temporales.

La sonrisa de Ro es casi cegadora.

—¿De qué son?

—No lo he mirado —contesto, y me encojo de hombros—. He pensado que podíamos escoger uno al azar y ponérnoslo.

—¿En serio? ¿Lo harías?

Arrugo la frente.

—No voy a dejar que te diviertas sin mí, princesa. Venga. Elige, vamos.

Sin perder ni un segundo, Ro coge la bolita de plástico lila y yo me quedo con la verde en la mano.

La abre y deja a la vista el tatuaje de una corona plateada y brillante.

—Perfecto —río mientras lo cojo—. Una corona para una princesa.

Al oír mi broma, pone los ojos en blanco y me golpea el hombro con el suyo.

—¿Qué te ha tocado a ti?

Me parece increíble lo liberada que parece. Más de lo que la he visto hasta ahora. Vale, ya casi se ha terminado su segundo vaso de vino, pero está cómoda y sonriente. No está borracha, solo está tranquila y relajada.

Es una versión de Ro que creo que no he visto jamás.

Abro la bola verde, suspiro y sacudo la cabeza al ver el pequeño tatuaje que hay dentro.

—Sí, hombre... —me quejo—. Se burlarán de mí hasta que me muera.

—Me lo has prometido —ríe Ro mirando por encima de mi hombro para ver el dibujo de Hello Kitty que hay ahí dentro.

—Ya, ya, lo sé, lo sé.

Y también sé, perfectísimamente, qué cara se le va a quedar a Holden. Casi puedo oír cómo me vacilarán en los vestuarios hasta que se me borre.

Algo lleva a Ro a detenerse y dice:

—No hace falta que lo hagas. Si no quieres, no pasa nada.

—Ya. —La despeino un poco, afectuosamente, y le sonrío mientras sacudo la cabeza—. Pero quiero. En serio.

Parece tranquilizarse y la sonrisa que llevo queriendo sonsacarle todo el día reaparece en su rostro. Hacerla feliz, complacerla, me hace...

«Para. No vuelvas a ir por ahí».

«Acuérdate de la última vez».

Sacudo la cabeza, me estiro y aparto la caja de pizza que ya casi está vacía.

—Bueno, ¿dónde lo...?

—Tú primero —suelta ella antes de ponerse de pie e ir corriendo hacia la cocina.

—Vale —contesto quitándome la camiseta y apoyándome en los antebrazos—. Pero tienes que prometerme que me lo pondrás perfecto, Rosalie. Bastante mal está ya que me presente con un dibujo de Hello Kitty en el pecho. Como esté torcido todavía será pe...

Dejo la frase a medias porque parece que acabe de darle un ataque a Ro. Se ha quedado completamente petrificada en la esquina mientras regresaba al salón.

Tiene los ojos abiertos como platos, la boca ligeramente boquiabierta y se está ruborizando a la velocidad de la luz. Me impulso para sentarme enseguida, atacado de los nervios.

—¿Qué te pasa?

—¡Nada! —contesta, a pesar de que la voz le suena aguda y chilla un poco; vaya, que, de «nada», nada—. Es solo que... Estás... Te has quitado la camiseta. No estaba preparada.

Me relajo un poco y tengo que tragarme las fuertes ganas que me entran de preguntarle si le gusta lo que ve. Soy muy consciente de la extraña relación que tiene Ro con Tyler Donaldson, esa que él se ha encargado de dejarme clarísimo que no me incumbe en absoluto. Sin embargo, cuando alguien me presta la más mínima atención, reacciono de forma automática y me pongo a fanfarronear como si fuese un maldito pavo real.

«Qué patético, joder...».

—Perdona, Ro. No quería que estuvieras incómoda. —Porque es eso, ¿no? ¿Está incómoda?—. Iba a pedirte que me lo pusieras en el pecho, pero...

—No, no —me corta sacudiendo la cabeza, lo cual parece funcionar como si hubiese apretado el botón de reseteo, porque echa a andar de nuevo hacia nuestro palé improvisado con un bol de agua caliente y un pequeño rollo de papel de cocina en las manos—. Lo siento. Seguro que esto te debe de haber parecido un poco rarito. Eh... Perdona, Matt. Es que, por desgracia, eres demasiado atractivo.

—¿Por desgracia?

Me hace reír cómo lo dice. Me han dicho que soy atractivo en innumerables ocasiones, pero nunca me lo habían dicho como algo negativo.

—No me... —Sacude la cabeza—. Disculpa. Ahora sí que debes de estar incómodo. No hace falta que te lo pongas solo para hacerme fe...

—Créeme, Rosalie —contesto—. No hay nada que me apetezca más hacer.

Vuelvo a acomodarme, apoyándome sobre los antebrazos, y ella se arrodilla a mi lado.

Ríe disimuladamente y yo la miro de nuevo.

—¿Qué?

—Nada. Estás espatarrado como si acabasen de herirte en una batalla. Y yo... —se señala deprisa a sí misma y luego señala el bol de cerámica y el papel de cocina que tiene al lado— parece que haya venido a curarte. Es muy rollo novela erótica de época.

Enarco las cejas y vuelvo a preguntar:

—¿Que qué?

Solo que esta vez me sale la voz mucho más fuerte y Ro se pone como un tomate.

—Porque en las portadas de esos libros salen damiselas con vestidos y hombres descamisados.... —Se muerde el labio inferior—. Pues por eso.

—¿Son libros subidos de tono que van de sexo?

Le guiño un ojo, de repente muy interesado en este nuevo hobby.

—Algo de sexo tienen, pero son más bien románticos.

—¿Y te gustan?

Detesto verla un poco avergonzada mientras asiente y moja el papel en el agua antes de presionármelo contra la piel.

—Sí, me gusta la novela romántica, pero... Este tipo de libros son mis favoritos. En casa, los coleccionaba a montones.

—¿Y no te trajiste ninguno a la uni? Quiero ver alguno.

—Sí, pero... —Deja la frase a medias y baja la vista hacia el suelo —. Eh... En realidad, ya casi no me queda ninguno. Bueno, creo que

uno sí: mi favorito.

Se levanta, trastabilla un poco y me sujeto el papel de cocina mojado en el pectoral.

El libro que trae Ro tiene los cantos rotos y está desgastado, pero se nota que lo trata con cariño. Puede que en su día fuese de un verde intenso, pero el color se ha ido desvaneciendo con el paso del tiempo y ahora es de un sutil color salvia. Me lo pasa con cuidado.

Marcados a fuego, reza el título que aparece en la portada, donde la base de las letras roza el musculado pecho de un melenas pelirrojo medio desnudo que lleva única y exclusivamente una falda escocesa. El tipo sale abrazando a una mujer de tez oscura con una estupenda melena rizada, con una mano en la cadera de esta y la otra hundida entre sus rizos.

—¿De qué va? —me intereso mientras me muerdo los labios para contener la sonrisa provocadora que amenaza con escapárseme.

Ro parece titubear. Es como si no estuviese del todo convencida de haberme dejado coger el libro, por no hablar ya de que le eche una ojeada.

—Es, esto... La historia de un mujeriego que termina sentando la cabeza.

Arrugo la frente.

—¿Cómo?

—A ver... —Carraspea y juguetea con el dobladillo de la manta que tengo debajo mientras giro el libro como si fuese a leer la contraportada—. El héroe era un sinvergüenza, un playboy, y cambia su forma de ser para estar con la heroína, porque la quiere.

Ro guarda silencio y juguetea con un mechón de pelo. Los nervios emanan por cada uno de los poros de su piel.

—Continúa... —le pido, intrigado.

—Pues, sí..., en el libro todo el mundo se piensa que Callan, el chico, es un libertino. Y a Rosalina la han separado de su padre para saldar las deudas familiares y la envían a Escocia.

Sonrío y agacho un poco la cabeza para poder mirarla a los ojos.

—Conque *Rosalina*, ¿eh? —pregunto marcando el nombre con especial énfasis.

Ro se sonroja.

—Es la primera vez que veo algo con mi nombre, pero no es mi favorito por eso. Es... Al principio, la chica tiene miedo, y cuando la subastan...

—¿Que la qué?

Ahora, quien me mira a mí es Ro, que se lleva un dedo a la boca en señal de silencio.

—Déjame acabar. La subastan y Callan es quien puja más alto, pero nadie entiende por qué quiere sentar la cabeza. Callan puede estar con la mujer que le dé la gana, pero nadie entiende que es porque se siente solo.

Me da un vuelco el estómago y vuelvo a mirar al tipo descamisado que aparece en la portada. «Sí, Callan, te entiendo».

—Menos Rosalina. Porque ella también se siente sola. —Aprieta los labios y se acomoda el pelo detrás de las orejas—. Ser amado es ser visto, con todos tus matices. Y ella es la primera en verlo a él de verdad. Por eso se enamoran.

Se hace el silencio y lo único que se oye es el suave sonido de la música de fondo.

«Yo me siento solo», quiero decir, prácticamente desesperado por compararme, en cierto modo, con el tío embadurnado por el que

está claro que Ro siente cierta debilidad. «¿Me ves tú a mí con todos mis matices? ¿Notas lo solo que estoy?».

«¿Tú también te sientes sola?».

Ro alarga la mano y la coloca encima de la mía, pero solo para quitarme el trozo de papel que tengo en la piel y soplar con delicadeza sobre el tatuaje mientras yo, con la boca casi pegada a su pelo, le digo:

—A mí me... Me gustaba leer. En plan, me gustan los libros. De pequeño, no sabía leer demasiado bien. —«Ni ahora tampoco», pienso para mis adentros, pero me ahorro el comentario, aunque sé que Ro es plenamente consciente de ello y que nunca se burlaría de mí—. Pero mi madre solía leerme *Harry Potter*. Y *El Señor de los Anillos*, *Eragon*... Me encantaban.

Sin embargo, luego crecí y decidí que patinar con mis amigos y pasar de llegar a casa a la hora molaba más que oír la voz de mi madre. Y, antes de que pudiese centrar la puta cabeza, mi madre cayó tan enferma que, si apenas podía ya mantener el cuello recto, no hablemos de leerme un puñetero libro, así que nunca terminé ninguno de los que habíamos empezado.

Y ahora ya no los terminaré jamás.

Aprieto la mandíbula y espero a que la ola de dolor que siento retroceda.

Ro levanta la vista hacia mí sin caer en la cuenta de que estamos muy cerca. Desde aquí puedo atisbar las motitas de color dorado que centellean en sus ojos de color avellana.

—¿Cuál era tu favorito?

Sonrío.

—*El Señor de los Anillos*. Me gustaba Samsagaz.

Me mira con dulzura, como si acabase de revelarle una gran incógnita sobre mí mismo. Este gesto me resulta tan dolorosamente tierno que me aparto antes de que pueda ver algo que no vaya a gustarle en caso de que me estudie con más detenimiento.

Creo que sería incapaz de soportar un rechazo por parte de Ro.

—Te toca, princesa.

Cambiamos de posición con unos movimientos delicados aunque asustadizos porque ambos tenemos miedo de ir demasiado deprisa e intimidar al otro.

De fondo, muy suave, suena «Dreamer (Stripped Down)», de Mokita y Kaptan, mientras Ro se acomoda debajo de mí. Se tumba sobre un montón de mantas multicolor que parecen un fondo de *patchwork* en contraste con su tostada piel y deja a la vista su largo cuello y su tez sonrosada.

—Quiero ponérmelo aquí. —Se toca justo encima del hueso de la cadera—. Si no te importa.

Como no confío en mis palabras, asiento.

Por un segundo, desearía no sentirme atraído por ella. Que todo lo que sintiera hacia Ro no fuese más que simple amistad. Lo haría todo muchísimo más fácil.

Así no pensaría en el escalofrío que le recorre el cuerpo cuando le levanto la tela de la camiseta. No me daría cuenta de lo suave que es su piel al rozarla con los dedos, ni de cómo se le eriza la piel a la altura del estómago cuando le coloco un pedazo de papel mojado sobre el tatuaje. En el sonido que hace al exhalar con fuerza cuando le soplo con delicadeza sobre el dibujo.

En un intento por darme algo de margen para respirar sin suplicarle a Ro que me bese (o que me acaricie la puta cabeza como

si fuese su perro, llegados a este punto), me levanto y recojo los papeles y las cajas de pizza para limpiar todo lo que hemos ido dejando por ahí.

—Gracias —me dice en voz baja—. Por rescatarme tantas veces últimamente... con Tyler. Sé que debe de ser una molestia...

—Para nada. —Niego con la cabeza mientras meto las cajas en la bolsa de basura que tienen ya a rebosar antes de hacerle un nudo y dejarla al lado de la puerta para tirarla cuando me marche—. Lo único que me molesta es que te trate así. Te mereces a alguien muchísimo mejor. Eres increíble, Ro.

Me giro para mirarla y veo que se ha tapado los ojos con los brazos. El tatuaje de la corona le brilla tanto que parece la luz de un faro, y Ro sigue con la camiseta tan levantada que casi tengo que darme la vuelta de inmediato.

—Ya, bueno... Basta con conocerme bien para ver que tampoco soy tan increíble —comenta en un murmullo prácticamente inaudible.

Cuando le pregunto a qué se refiere, no responde.

Volvemos a quedarnos sumidos en el silencio mientras yo acabo de ordenarlo todo. Me giro hacia el palé y me siento a su lado.

—De pequeño —empiezo a contarle en voz baja porque tiene los ojos cerrados—, solía pedirle a mi madre que me leyese los libros de la escuela. Ella me los leía primero y yo lo hacía después. Los leía y los releía conmigo hasta que yo acababa pronunciando todas las palabras a la perfección. —Mientras voy hablando, casi me imagino a mi madre y los reconfortantes abrazos que me daba mientras iba pasando las páginas y corrigiéndome cuando me saltaba alguna palabra—. Ahora sé que, más que aprender a leer, estaba

memorizándolo todo, pero daba igual. Mi madre sabía lo mucho que me avergonzaba leer en voz alta en la escuela, así que se aseguraba de que fuese confiado a todas las clases.

«*Si hoy quieres quedarte en casa, no pasa nada, Matty*».

Siempre me ha parecido una broma cósmica espectacular que la mujer más tierna del mundo acabase con el peor narcisista del planeta.

Se me escapa un largo suspiro mientras bajo la cara para contemplar la figura durmiente de Ro.

—A veces, tú me recuerdas a ella, sobre todo en las tutorías. Creo que eres increíble y... Y espero que tú también lo creas.

Debería irme. *Tengo* que irme. Pero no puedo dejarla durmiendo aquí, en el suelo.

Así pues, me levanto, le paso los brazos por debajo de la cabeza y de las rodillas y trato de levantarla despacio para no despertarla.

Ella hunde su cara en mi pecho y frunce el ceño mientras musita algo por lo bajo.

—Para, para. Soy enorme.

Se me dibuja una sutil sonrisa y respondo:

—Serás alta, pero yo lo soy más.

—Y más fuerte —jadea acurrucándose más contra mí mientras la llevo a su cuarto.

El orgullo me invade por completo y hace que se me hinche un poco el pecho.

—Sí, princesa. Y más fuerte.

Abro la puerta con el hombro y entro en su habitación. Es pequeña y está ordenada, pero también se siente acogedora. La decoración me indica que quien ha decorado el apartamento que

comparten con Sadie ha sido, en gran parte, Ro. Porque hay estallidos de color y un montón de cojines y mantas por todas partes.

La tumbo en la cama y cojo una manta que hay a los pies de esta para taparla. Me da a mí que se me saldrá el corazón del pecho y, como mínimo, debo de estar sonriendo como un lunático. Sin embargo, soy incapaz de preocuparme por eso, y menos al ver a Ro así.

Tranquila, relajada y feliz.

Cuando me giro para marcharme, me llama la atención una cartulina que tiene en el escritorio, al lado de una máquina de coser diminuta y medio cubierta por artículos de prensa. Me fijo en que es una lista y paseo la mirada por algunos de los puntos:

Bailar encima de una barra a lo Bar Coyote
Llegar a la tercera base en un coche
Bañarme desnuda! (Pero *que* no me pillen
y me metan en la cárcel!)
Hacer algún viaje alocado durante las vacaciones de primavera
(pero sin *que* me detengan!)

Una mezcla de cosas escritas a mano con una caligrafía estilizada y con algunos dibujitos por aquí y por allá.

Y tics. Sobre todo, al lado de algunos de los puntos de la lista con carácter más sexual. Siento una punzada en el corazón, una presión que me lleva a frotarme el pecho con la mano. Sé que ha hecho todo eso con Tyler y no puedo evitar odiar aún más a ese tío.

Aparto la vista de la cartulina, la desvío de nuevo hacia la adormilada Ro y suspiro. Al verla tan vulnerable e inocente, me resulta más fácil relajarme, olvidarme de todo ese odio.

De modo que tomo nota de todo (y de la mera existencia de la lista en cuestión) y lo guardo en mi carpeta mental de Rosalie Shariff mientras espero, en secreto, que la próxima vez que le ponga una marca a algo sea porque lo haya hecho conmigo.

26

Freddy

Cuando termino de entrenar por la mañana (y especifico el momento porque hoy nos toca doble entrenamiento), me encuentro con dos mensajes de texto de Archer y dos llamadas perdidas de mi padre.

Paso de los mensajes con la esperanza de que me escriba mucha más gente para que acaben perdiéndose al final de todo de la bandeja de entrada, lejos de mi curiosidad.

«Si alguna vez necesitas a alguien, estoy aquí».

Desesperado por quitarme el hosco y triste tono de voz de Archer de la cabeza, le devuelvo las llamadas a mi padre antes de que me llene el buzón de voz con todas sus mierdas. Otra vez.

—Hey —lo saludo cautelosamente cuando responde.

—¿Qué cojones ha sido eso? —me pregunta casi gruñendo. Oigo un portazo de fondo antes de que prosiga—: ¿Vas de máximo goleador en los amistosos y luego no mueves el puto culo mientras esperas a que empiece lo bueno de verdad?

Tengo diez años y tengo frío.

Alargo el brazo hacia el pomo de la puerta de mi habitación y la cierro, como si con esa acción pudiese alejar mi mente de ese terreno pantanoso.

—No he...

—Mandé a unos malditos ojeadores para que te vieran, idiota —me corta—. Eres un desagradecido de mierda. Ya puestos, déjalo. Teniendo en cuenta que lo único que haces es cargarte todo lo que yo conseguí, sería lo correcto.

Tengo diez años y mi padre no me mira.

—Haces que se me caiga la puñetera cara de la vergüenza, Matt.

Me va a estallar la cabeza, que me da vueltas sin parar, cada vez más y más rápido a medida que recuerdo.

Tengo diez años y tengo frío.

Tengo diez años y tengo frío, pero los nervios me hacen tiritar más que el frío que emana de la pista. Ya está repleta de gente. Hay niños de mi edad sentados en los bancos y sus padres están arrodillados en el suelo, atándoles los cordones. Algunos incluso entablan conversaciones.

Levanto la vista hacia mi padre y le sonrío, dejando entrever el hueco del diente que me falta, pero él no está mirándome a mí. Está mirando a su alrededor.

—¿Me pongo los patines aquí? —le pregunto sin dejar de sonreír a pesar de que ahora ya me duelen las mejillas.

«Si no te lo pasas bien, dile que te quieres ir a casa. Te traerá enseguida», recuerdo que me ha dicho mamá. Sin embargo, yo

quiero caerle bien a papá.

—Sí —contesta bajando mi bolsa de entreno desde el hombro y dejándola en el banco, a mi lado—. Tú... ponte los patines y sal al hielo. Tengo que ir a hablar con alguien. Enseguida vuelvo.

Se marcha antes de que me dé tiempo a decirle que me cuesta atarme bien los cordones. Que a veces me pongo a divagar y se me olvida dónde estoy o qué estoy haciendo y que, por lo tanto, necesito que alguien me mire y me ayude mientras lo hago.

Por un momento, al levantarme al lado de la bolsa, mientras tiro de los cordones de la sudadera, veo que mi padre se va corriendo hacia el otro lado de la pista, le da una palmada en la espalda a otro tío y se dan un apretón de manos, y yo siento una extraña presión en el pecho.

Papá sonríe más ahora que en todo el día.

—¿Va todo bien, campeón?

Esa voz desconocida me pilla por sorpresa y echo la cabeza hacia atrás para mirar al hombre que tengo delante, que es altísimo. A su lado hay un niño que debe de ser de mi edad o puede que un poco mayor, porque es bastante alto para ser un niño. Más alto que la mayoría de los de mi equipo. Y tiene los brazos apoyados en el stick.

—Pues, eh... —Me rasco la nuca—. Necesito ayuda para atarme los cordones.

El hombre asiente y sonríe.

—No pasa nada. A veces cuesta. ¿Por qué no te sientas en el banco mientras te ayudo?

Vuelvo a asentir, me inclino y tiro de la bolsa hacia mí. Saco los patines, me siento en el banco e intento no mover mucho los pies.

«Toma aire durante cinco segundos y suéltalo en otros cinco. No pienses en eso», oigo el eco de la voz de mamá en mi mente mientras sigo las instrucciones que suele darme.

Empiezo a desviar la vista a ambos lados mientras el hombre continúa atándome los cordones y me fijo muy brevemente en el logo de los Winnipeg Jets que tiene estampado en su camiseta gris, justo a la altura del pecho.

—Los Jets —digo señalando el logo con la cabeza—. Henney, menuda perla esta temporada.

El hombre ríe, asiente y sonríe. Me siento estúpido, pero sé que seguramente va a darme la razón. Puede que no sea el mejor en el cole, pero me paso el día viendo partidos de hockey. Me paso el día pensando en el hockey.

Y el entrenador Archer dice que ya pienso como toda una estrella.

—Pues sí —coincide el hombre mientras apoya mi otro pie en su regazo y yo estiro la pierna con el patín ya puesto y observo cómo me lo ha atado—. ¿Te gustan los Jets?

—Sí, pero yo soy de los Dallas. —Sonrío—. Mi padre juega con ellos.

—Anda, ¿sí? ¿Y cómo te llamas, campeón?

—Matt Fredderic —respondo, y miro hacia el niño que tiene mi edad y que se me ha quedado mirando sin decir ni mu—. Pero en mi equipo me llaman Matty.

—Encantado de conocerte, Matt. —El hombre me sonríe—. Así que tu padre es John Fredderic, ¿eh?

A juzgar por cómo lo dice, dudo un segundo en responder, porque ya he oído ese tono de voz antes. Cuando algo tiene que ver con mi

padre, los adultos siempre reaccionan así. Sin embargo, yo asiento igualmente.

—Sí. Hoy ha venido a patinar conmigo. Normalmente no puedo pasar mucho tiempo con él...

—Reiner —dice mi padre al regresar con una sonrisa que parece dolorosamente falsa mientras le tiende una mano al otro, a pesar de que el hombre sigue atándome el patín.

El tipo pasa de mi padre a propósito y termina de hacer el doble lazo.

—¿Cómo te los notas, campeón? —me pregunta el señor Reiner, sonriéndome.

Tengo la sensación de que acabo de meterme en problemas y me da un vuelco el estómago, así que me apresuro a asentir rápidamente antes incluso de ver si estoy cómodo con el patín izquierdo.

Al final, el hombre levanta la cabeza y se yergue. Es más alto que mi padre; parece el entrenador Archer: superalto, de pelo oscuro y con una fina barba, solo que él no es tan moreno.

—John. Me alegro de verte.

—Disculpa —le dice mi padre y me señala como quien no quiere la cosa—. No sabía que el crío no sabe atarse los malditos patines él solo.

Se echa a reír y llego a la conclusión de que, en cuanto terminen de hablar, quiero que me lleve a casa.

Solo quiero estar con mamá.

Aunque están hablando, no oigo lo que dicen, solo noto que el señor Reiner me da un par de palmaditas en la espalda y en la

cabeza con amabilidad. Es como si estuviese dándome un poco de cariño y fuerza antes de marcharse.

Acto seguido, mi padre me arrastra fuera de la pista sin quitarme los patines y me mete en el baño, donde las cuchillas chirrían al entrar en contacto con el suelo mientras él me habla en un tono bajo y cruel al oído.

—No me salgas con esas mierdas nunca más. Haces que se me caiga la puñetera cara de vergüenza. Cuando salgamos ahí afuera, más te vale demostrarles quién eres. No estás en ningún equipo. Así que demuéstrales que sabes hacer algo por tu puta cuenta. Sé una superestrella.

—Tengo clase —musito con un fuerte dolor de cabeza y cortándolo a media frase, aunque tampoco es que me haya enterado de lo que lleva diciéndome en los últimos cinco minutos.

Lo que sí oigo es lo último que me dice:

—Voy a ir al partido contra Harvard. Como la cagues, me aseguraré de que no juegues con los Dallas.

La ira se adueña de mí.

—No eres mi agente. No puedes hacer eso.

—Tú espera. Además, ¿quién coño se encargará de eso si no? Elsie ya no está y, por lo visto, Archer me ha cargado el muerto a mí. Por si no tengo suficiente ya con lo mío, ahora, encima, tengo que ocuparme de ti.

«Claro. Porque tenerme como hijo es una carga que no veas». —No te necesito.

Se echa a reír.

—Soy tu padre. Si la gente conoce tu apellido es *gracias a mí*. —Déjame en paz de una puta vez.

Cuelgo con mal sabor de boca y agotado a más no poder.



No podría sentirme más fuera de lugar sentado en este taburete diminuto de laboratorio en una clase con treinta y pico alumnos más. Sin embargo, Ro me dijo que estaría bien que fuese a la revisión opcional que hacían esta tarde, así que aquí estoy. Preferiría no tener que pasar más tiempo del necesario con Carmen Tinley.

—¿Y eso sería transporte activo? —suelto la pregunta mientras voy moviendo la pierna sin parar y jugueteando con el boli entre los dedos, a la vez que me paso la otra mano por el pelo. La repentina sonrisa socarrona de Tyler hace que me encoja un poco y me arrepienta de haber dicho nada—. O... ¿pasivo quizás?

Me muerdo la lengua para no soltar un «da igual» como haría de costumbre, obligándolos a seguir adelante y quedarme yo atrás. No pillo un concepto y punto. Pero no. En Biología, todo parece ser la base de algo más y, a la mínima que te pierdes, luego ya no puedes seguir.

—Tiene que ser coña... —musita Tyler, sentándose en la mesa de un salto.

Ro se levanta de su silla, relajada y segura de sí misma.

—Piénsalo así —me dice juntando las manos—. El transporte pasivo es como tirar una roca enorme montaña abajo: no necesitarías nada de energía, ¿a que no? El transporte activo es como coger la misma piedra y subirla montaña arriba, para lo cual

necesitaríamos muchísima energía. ¿Así que una bomba sodio-potasio sería...?

Ro guarda silencio y repiquetea con la uña contra la pizarra blanca donde hay dibujado un diagrama bastante grande. Sospecho que lo ha dibujado ella porque sé lo artística que es.

—Activo —respondo sonriente.

Es posible que sea la primera vez que haya respondido a una pregunta en clase en voz alta. Joder, si es que hasta puede que sea la primera vez que haya hecho una pregunta en clase desde que tenía catorce años.

—Menuda explicación más simplista y estúpida —se burla Tyler, con la vista puesta en Ro—. Parece que le estés hablando a un crío.

Algunos de los alumnos que están escuchando ríen y lo hacen lo bastante alto como para que yo vea a Tinley levantando la mirada de la conversación que está manteniendo con otra persona en una mesa que hay al fondo, no muy lejos. Por suerte, no se mueve; sin embargo, a Tyler no parece preocuparle lo más mínimo su atención.

—Tyler...

—Si quieres seguir escuchando a la futura profe de la guarde con lacitos en el pelo, estoy seguro de que te pondrá una pegatina de estrella y otra de una carita sonriente en el examen. A lo mejor incluso te coge de la mano mientras haces la prueba. —Algunos alumnos vuelven a reír, pero yo me giro un segundo para fulminarlos con la mirada y algunos de los de primero enmudecen—. Pero si lo que quieres es aprobar, te hará falta algo más que el rollo este que acaba de soltarte.

Ro se sonroja, iracunda. Aun así, se mantiene firme ante la irritante sonrisa despectiva de Tyler. «Esa es mi chica».

—Todavía no hemos entrado en detalles. Primero tienen que entender el concepto para que luego entiendan qué...

—Ro —la corta Carmen.

Cierro los ojos al oír su voz.

—Si necesitara que me ayudases a dar clase, Ro, te lo diría.

—Freddy tenía una pregunta... —dice ella tratando de defenderse.

Abro la boca para ayudarla, pero entonces noto la mano de Carmen en el hombro y vuelvo a cerrarla de nuevo.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarte?

—En nada —respondo entre dientes, muriéndome de ganas de arrancarme la piel de la zona en la que me está tocando—. Ya está. Ya me ha ayudado Ro.

Ro empalidece un poco ante mi brusca confesión. Carmen me aprieta el hombro con sutileza y me roza las puntas del pelo con la mano al pasar por detrás de mí, bordeando la mesa para dirigirse a la parte delantera de la clase. Reprende a Ro en voz baja y esta asiente, sonrojada a causa de la humillación.

Ro sigue desviando sus preciosos y hechizantes ojos color avellana hacia mí, pero no se mueve. Todo el mundo guarda silencio y se queda mirando cómo mi tutora deja que Carmen termine antes de encontrar un asiento cerca de uno de los laterales de la clase.

Hunde los hombros, como yo. Ambos estamos encorvados y acobardados, pero no podemos movernos de esta estúpida aula.

Espero a que Carmen le diga algo a Tyler, que lo reprenda por su comportamiento, que ha sido muchísimo peor, pero no lo hace. Simplemente se coloca a su lado y sigue justo donde lo había dejado.

La sesión termina al cabo de unos minutos y lo único que recuerdo es la explicación de Ro. Quiero echar a correr, largarme de aquí y dejar que la energía del esprint se encargue de aplacar la hiperactividad que vive en mí, aunque sé que eso no servirá de nada. Así pues, en lugar de eso, espero a que Ro termine de repartir unas cuantas hojas de práctica más, acabe de recoger sus cosas y las meta en la mochila.

Tyler se la queda mirando. Carmen se me queda mirando a mí. Pero yo no aparto los ojos de Ro en ningún momento.

Al final, me levanto, me cuelgo la mochila en el hombro y voy hacia Ro. Entonces me percato de que soy el último alumno en salir del aula.

—Hey —le digo en un susurro, acercándome a ella y arrinconando su esbelta figura tanto como puedo con todo mi cuerpo. Ro juguetea nerviosa con uno de los lazos que lleva en el pelo hasta que le cojo la mano y se la aparto—. ¿Estás bien?

—Sí. Todo en or...

—Fredderic —espeta Tyler, que viene hacia nosotros. Intento bloquearle el paso con sutileza tanto con el hombro como con toda mi estatura, pero el tío consigue desviar la vista hacia Ro, aunque se dirige exclusivamente a mí—: Me alegra saber que Ro te ha estado ayudando tantísimo. ¿Sabes?, habíamos apostado a que no sabías leer. —Se ríe ante su propio comentario y sacude la cabeza, como si fuésemos compañeros de toda la vida y estuviésemos riéndonos de su deleznable sentido del humor—. Aunque mi apuesta era mejor. Aposté a que te la tirarías a la primera de cambio. —Como no ha bajado en ningún momento la voz, sé que Carmen está escuchando todo lo que dice—. A Ro le gusta que el aprendizaje sea siempre

muy práctico, ¿verdad que sí, RoRo? —se burla y le centellea una mezcla de remordimiento y odio en la mirada mientras vuelve a desviar los ojos hacia Ro—. Pero ¿acostarse con un alumno? Esto ya es rastrero hasta para ti.

—No nos estamos... —A Ro le tiembla la voz y se le llenan los ojos de lágrimas, aunque hace todo lo que puede por contenerlas.

De no ser porque estamos en el aula con una figura de autoridad que sé que no va a ponerse de mi parte, lo tumbaría de un puñetazo.

—Estar celoso no te pega, Donaldson —comento antes de ponerme serio y añadir—: Déjala en paz.

Él me da una palmadita en la espalda, baja la voz y susurra de forma casi inaudible:

—Puede que hasta seáis perfectos el uno para el otro. Esta de aquí es aún más zorra que tú, Fredderic.

Ro se impulsa para apartarse de la pared, pasa corriendo por mi lado y sale a toda prisa del aula. Nos quedamos inmersos en un silencio ensordecedor durante un segundo antes de que yo gire la cabeza para mirar a Carmen por encima del hombro. Está estudiando la situación atentamente a pesar de que finge estar ocupada con no sé qué documentos que tiene delante.

—No vuelvas a dirigirle nunca más la palabra a Ro, cabrón —digo deprisa y con rudeza, y lo suficientemente alto como para que nuestra querida profesora esté al tanto, pero como no lo he amenazado físicamente, no podrá intervenir—. Va en serio.

—Bonita amenaza, pero no te tengo miedo —contesta Tyler encogiéndose de hombros, como si mis palabras no hubiesen surgido el más mínimo efecto—. Lo mío con Ro no ha acabado.

—¿Nos apostamos algo, joder? —suelto antes de salir cabreado y echar a correr con la esperanza de alcanzarla.

No llego muy lejos. Encuentro a Ro sentada en la entrada del baño, escondida en una esquina y con la cara hundida entre las manos.

—Rosalie —la llamo.

Ella levanta la cabeza de golpe y los rizos le caen alrededor de la cara. Inhala con fuerza y se obliga a sonreír a pesar de que tiene los ojos enrojecidos y vidriosos.

—Freddy, hola —me saluda y se seca las mejillas—. ¿Tenías alguna pregunta más?

Me duele que cambie así de tema, pero resulta evidente que está poniendo límites. Ahora mismo, no somos ni amigos ni nada por el estilo: ella es mi tutora, la ayudante de mi profesora, y yo soy el alumno. No puedo consolarla, abrazarla y calmarla como tan desesperadamente quiero hacer.

—No, todo bien. Pero... Estoy preocupado por ti.

—Estoy bien —contesta ella—. De verdad. No te preocupes por mí.

Asiento como si así pudiese hacer que se sintiera mejor, y me pongo de pie antes de añadir:

—Si algo te molesta, puedes contármelo.

—Todo bien. —Le tiembla la voz, por no decir que está a punto de rompérsele, y empieza a mirar a mi alrededor—. Debería irme.

Asiento y me toca tragarme la punzada de dolor que siento ante su rápido rechazo, para nada habitual.

—De acuerdo. No pasa nada. Solo quiero que sepas que estoy aquí y que se me da bien escuchar. —Al decir eso, me parezco tanto

a Archer que me sorprendo a mí mismo. Con un tono juguetón, añado—: Al menos, a ti.

Cierra sutilmente los ojos, esforzándose por contener las lágrimas, y se aferra como si no hubiese un mañana a la sonrisa que ha esbozado.

—Buenas noches, Freddy.

Se marcha antes de que pueda decirle nada más.

27

Ro

—¿Y ahora qué?

Me sonrojo y dejo el móvil antes de cogerlo y darle a la pantalla a tientas. Sadie, que está sirviéndose una taza de café descafeinado de nuestra vieja cafetera Nespresso, me mira extrañada. Son las diez de la noche, pero no estoy cansada y sé que Sadie quiere quedarse despierta conmigo por más que yo vea clarísimo que ella sí está agotada.

Cuando esta tarde, en la cafetería, me ha sugerido que organizásemos una noche de chicas después de que yo le confesara que lo había dejado oficialmente con Tyler, me he puesto más contenta de lo que he dejado entrever en realidad. La echaba de menos. Echaba de menos esto. Las noches de pelis, risas y sesiones de karaoke absurdas y superescandalosas. Echaba de menos a Sadie, pero si sus hermanos hubiesen estado aquí, yo también habría estado contenta. Mi familia de Waterfell son tanto Sadie como esos niños.

De todos modos, esto, nosotras disfrutando de un rato a solas, hace que una alegría absoluta me llene el corazón.

—¿Mmm? —le pregunto distraída por la imagen que sigue asaltándome la cabeza.

Ya puedo apagar la pantalla del móvil tantas veces como quiera que sigue grabada a fuego en mi mente.

Matt Fredderic me ha enviado una foto. Suya. Sin camiseta. Con un tatuaje de Hello Kitty en el pectoral. Lo había visto descamisado, pero no empapado en sudor y con la cámara apuntando hacia abajo, hacia una «V» muy sugerente, cortada solo por los gruesos pantalones de hockey que lleva puestos. En cierto modo, eso es justo lo que hace que me resulte más sexi todavía.

Y ahora estoy sudando.

—Te he preguntado que si quieres que te tatúe la cara ahora o luego —suelta Sadie sin más.

Al oír el verbo *tatuar*, me sonrojo a más no poder porque vuelvo a pensar en Freddy, en su delicado tacto en mi cadera, en su aliento en mi piel... La corona ya se está borrando, pero aún sigue ahí.

—¿Tierra llamando a Ro-ro-*rock and roll*? —ríe Sadie y le da un sonoro sorbo al café mientras se recuesta en nuestro palé improvisado y para la peli, que ya va por los créditos—. Qué distraída estás...

—Qué va —me apresuro a responder.

Sadie va pasando *playlist*s de Spotify desde el televisor y al final se decanta por una titulada (muy acertadamente) «TÍOS, QUÉ ASCO...» y deja que suene «Chiquitita», de ABBA, por los altavoces. Río y mi mejor amiga sonríe.

—¿Me estás «Chiquititeando»?

—Esa palabra no existe —argumenta Sadie—. Pero sí. Y la pondré cada vez más y más alta hasta que me digas qué ha pasado con

Tyler.

Niego con la cabeza, pero sonrío abiertamente cuando Sadie empieza a subir el volumen.

—A Liam le sabrá mal haberse perdido esto —comento.

En lugar de darme la razón, mi amiga coge el móvil, graba un vídeo donde salimos medio cantando medio chillando las canciones mientras bailamos y se lo envía a Oliver acompañado de un breve mensaje donde le dice que se lo enseñe a Liam. Y que los quiere y que los echa de menos a los dos. Se me encoge muchísimo el corazón y me siento un poco culpable porque sé que, si ahora no está con ellos, es para hacerme compañía a mí.

—De verdad que estoy bien —digo intentando convencerla a ella y puede que, tal vez, también a mí misma—. Es idiota. Sinceramente, debería haberlo dejado hace muchísimo tiempo.

—No podría estar más de acuerdo.

Ahora que por fin tiene permiso para mostrar el desprecio que siente hacia Tyler más abiertamente, sonrío ante su soberbia.

—No tenías por qué quedarte conmigo esta noche —le digo.

Sadie baja el volumen, se deja caer a mi lado y descansa la cabeza al lado de la mía.

—¿Sabes qué pasa? Que a veces yo también te necesito —me contesta en voz baja—. Ya sé que no soy la mejor del mundo cuando se trata de estas cosas, pero eres mi mejor amiga.

Me escuecen los ojos un montón, pero niego con la cabeza.

—Eres una amiga increíble. —Empiezan a venirme imágenes de las dos a la cabeza, de momentos en los que he estado de bajón porque echaba de menos a mis padres, porque Tyler se comportaba primero de una forma y luego de otra, porque sentía que nunca iba

a ser suficiente... Y, sin importar qué pasara en la caótica y ajetreada vida de Sadie, ella siempre ha estado ahí para abrazarme. Para ayudarme a levantarme y decirme que fuese con la cabeza bien alta—. Tú también eres mi mejor amiga.

Entrelazamos las manos con los brazos levantados por encima de nuestras cabezas, mientras sigue sonando su alegre *playlist* de fondo.

—Bueno... ¿Hablamos de Rhys o qué? —La miro de reojo y veo cómo las emociones que intenta esconder le bailotean por el rostro. Al mencionar a esa estrella del hockey, atisbo una risueña alegría en la cara de Sadie, pero el arrepentimiento y el dolor la sustituyen de inmediato. No quiero verla triste—. ¿Lo habéis hecho?

—¿Qué? No.

—¿Me juras que aún no te has acostado con él?

Estoy medio bromeando porque Sadie ya me ha dicho que, en realidad, no se ha acostado con el jugador, lo cual es sorprendente teniendo en cuenta la de ruidos sospechosos que proceden de su lado del apartamento sea la hora que sea.

«Sabe muy bien lo que se hace con la boca», me dijo cuando la chinché, y yo me sonrojé de los pies a la cabeza y tardé todo un día en recuperar mi color de piel habitual. Sin embargo, por más que sepa que Rhys Koteskiy parece estar satisfaciendo enormemente a Sadie, todo esto no suele ser habitual en mi amiga.

Al intentar chincharla más, solo consigo que acabe saltándome con un:

—Pensaba que eras tú la que había dicho que nada de hablar de chicos. —Mueve las cejas repetidamente—. Si ya podemos volver a sacar el tema, tienes que contarme lo de tu «Estudiante».

Me pregunta por el «Estudiante» (que es como tengo guardado a Freddy en el móvil) porque, a pesar de que no sabe quién es, una vez, en el Brew Haven, me vio con una amplia sonrisa en la cara mientras me enviaba mensajes con esa misteriosa persona.

Entro en tensión, pero Sadie ríe y musita algo sarcástico por lo bajo antes de preguntarme acerca de las tutorías con Freddy.

—Bien. Fácil.

—Me sorprende que necesite refuerzo. ¿No se acuesta con todas las profes de la uni para que le pongan buena nota? —«Ay...»—. ¿O es que este año todos sus profes son hombres y se ha quedado sin profesoras a las que seducir?

Quiero cantarle las cuarenta por soltar comentarios de ese tipo, pero no sé muy bien cómo hacerlo. Así que me decanto por un escueto «Qué graciosa». La cabeza me va a mil por hora. No es la primera vez que oigo rumores de ese tipo, pero sí que es la primera vez que noto semejante punzada en el corazón. Me siento protectora con Freddy, como siempre, pero ese instinto de protección conlleva cierto grado de actitud posesiva que todavía no estoy preparada para aceptar.

Aun así, cuando a Sadie le suena el móvil, se nos acaba la tranquilidad de la que estábamos disfrutando esta noche.



Por más que intente disimularlo, la ansiedad de Sadie es palpable. Nos abrimos paso a codazos entre esta multitud de personas en busca de Bennett Reiner, que mide casi dos metros y está muy

cuadrado, de modo que no debería costarnos demasiado encontrarlo.

En cuanto el mejor amigo de Rhys ha llamado a Sadie, he visto clarísimamente lo muchísimo que se preocupa mi amiga por el jugador de hockey que, según ella, no es más que un «follamigo». Ahora hemos venido a rescatarlo y Sadie está caminando entre la gente de forma muchísimo más agresiva que yo, a pesar de que ella es mucho más bajita.

Las paredes vibran al son de la música y a mí se me pone la piel de gallina porque tampoco es que vaya muy tapada. Que no es que nunca me haya puesto nada revelador, pero sí que hay una diferencia entre mis outfits para «salir» (todos muy bien estudiados) y los pantaloncitos cortos de seda azules y blancos y el top del pijama con el que voy vestida ahora mismo. Entre eso, el lazo con el que me he atado mi densa y rizada melena, y las absurdas zapatillas blancas que me he puesto a toda prisa y sin calcetines al salir, me siento un poco ridícula.

Y muy fuera de lugar.

Veo a Tyler antes de que Sadie lo vea y retrocedo unos pasos de forma instintiva nada más cruzar miradas con los enrojecidos ojos marrones de mi ex. Él empuja a Sadie con el hombro y yo siento tal escalofrío que cierro los puños con fuerza.

Si alguien puede cuidar de sí misma, es Sadie. Aun así, no quiero que tenga que hacerlo, y menos con este tipejo.

Tyler no desvía su atención de mí en ningún momento. Es como si no se hubiese dado ni cuenta de que ha empujado a mi amiga.

—Vaya modelito, Ro —suelta con arrogancia, provocándome.

Consigo contener las ganas que siento de estremecerme.

Me coloco delante de Sadie y la guío hacia donde veo que están Bennett y Freddy aunque, por suerte, logro evitar hacer contacto visual con ninguno de los dos. Sé que Sadie no quiere dejarme aquí (y menos con un Tyler borracho), pero a juzgar por cómo ha reaccionado al recibir la llamada, algo no anda bien.

Y ella puede negarlo tanto como quiera, pero le gusta (muchísimo) el capitán de hockey. Así que, después de tranquilizarla por segunda vez, Sadie se marcha a regañadientes.

—¿Qué haces aquí, Tyler? —le pregunto.

La verdad es que me da igual. Lo que pasa es que sé que, si no hablo con él ahora, me seguirá y es bastante probable que monte algún numerito.

El Tyler sobrio estaría aterrado de montar un espectáculo, pero el Tyler borracho siempre intenta algo. Si dejé de salir con nuestro grupo del laboratorio fue porque él se metía en una u otra pelea noche sí noche también tras pasarse con el alcohol y aquel patrón era agotador. Como nunca me resultó gracioso, decidí ponerle punto final a esa parte de mi experiencia universitaria.

—Veo que sigues con tus pataletas —comenta Tyler.

Sonríe con desdén y estudia mi cuerpo con la mirada mientras alarga el brazo para cogerme la fina tira del top. La seda cede muchísimo y veo que Tyler baja su vista hasta mi pecho, desnudo, antes de que yo me aparte y me cruce de brazos.

—Si querías llamar mi atención...

Me arde la piel y me escuecen un poco los ojos ante la insinuación que esconden tanto su sonrisa como su mirada.

—Para. No estoy haciendo nada de lo que dices...

—Ya te he pedido perdón —balbucea con poco entusiasmo, tropezando y arrinconándome contra una pared con tanta fuerza que hasta empuja la mesa que nos queda a la izquierda.

No soy bajita y Tyler solo me saca un par de centímetros, pero lo tengo tan cerca que me está sofocando. Me arde la piel y siento el pelo pegado a la nuca debido a la ansiedad y la frustración.

—En realidad, no me lo has pedido —resoplo y me coloco unos cuantos rizos sueltos detrás de las orejas, sonrojadas—. Además, por más que lo hubieses hecho, habría dado igual. Venga, aléjate de mí.

—No seas ridícula, Ro.

Levanta el brazo y me agarra la cara. El gesto no es brusco en sí mismo, pero sí es humillante.

Quien está montando el numerito es él, y me resulta casi doloroso. Sin embargo, la que se siente como si fuese una cría a quien le están echando la bronca, avergonzada e intentando no llorar, soy yo.

—Para —gruño—. Apártate.

Estoy segura de que estoy hablando en voz tan baja que, entre la oscuridad de la noche y el ruido de la fiesta, no creo que me oiga. Sin embargo, debo de estar equivocada, porque nada más cerrar los ojos noto que el calor que emanaba del cuerpo de Tyler desaparece.

—¿Qué pasa aquí?

Aunque estoy tan avergonzada que lo único que quiero es desaparecer, no puedo evitar sentirme aliviada y notar que se me destensan los músculos en cuanto oigo esa voz.

Pestañeo y me encuentro con Freddy, como si fuese un mediador. Y, a pesar de que está colocado de forma que puede mirarnos tanto

a Tyler como a mí, tiene el hombro sutilmente girado hacia mi lado para protegerme.

Tyler no aparta su enrojecida mirada de mí, pero ahora parece todavía más desencajado. Me da un vuelco el estómago.

—Lárgate —le suelta Tyler.

Freddy chasquea la lengua sin dejar de sonreír, socarrón. Su pelo rubio está perfectamente peinado y su tez pálida ha adoptado un toque dorado, como si acabase de ir a la playa. Además, va con la camisa sutilmente abierta, de modo que los pectorales quedan un poco al descubierto. Una vez más, Freddy va impecable. Y yo me siento todavía más ridícula.

—Nah —contesta Freddy—. Creo que no me voy a largar.

Y, entonces, suelta la mano y coge a Tyler por la barbilla, apretándosela con tanta fuerza que a este no le queda más remedio que mirar al tipo más alto y más fuerte que lo está agarrando. Intenta desviar la vista hacia mí de nuevo, pero Freddy vuelve a pegarle una sacudida. La mano de Freddy parece tan grande en comparación con la cara de Tyler que incluso temo que vaya a partirle la mandíbula sin querer.

—No pienso preguntártelo otra vez. ¿Tenemos otro problema, colega?

Parece que Tyler esté a punto de estallar. Aun así, intenta mover la mandíbula otra vez para liberarse de la mano de Freddy. En esta ocasión, lo consigue, pero solo porque este lo suelta.

—Para empezar, no sabía que hubiésemos tenido ninguno, Fredderic.

Tyler pronuncia su apellido casi con condescendencia. Parece que se haya serenado, como si el miedo a acabar metido en una posible

pelea con una estrella del hockey de metro noventa haya hecho que los efectos de la borrachera se desvanecieran de golpe.

—Uy, claro que sí. —Freddy sonríe con desdén y se cruza de brazos como si nada mientras me mira a mí, luego a Tyler y después a mí de nuevo—. Uno así de grande —comenta levantando la mano para darme un golpecito en la cabeza con cuidado y vigilando de no deshacerme la coleta—. Uno de pelo rizado. —Baja la mano para tirar sutilmente de uno de los rizos sueltos que tengo alrededor de la cara—. Que suele llevar lazos —dice ahora con una sutil risa, no en plan burlón, sino con suma alegría mientras me toca el pelo con la mano hasta llegar al lazo con el que me lo he atado—. Y a quien le encantan los libros subidos de tono.

Añade eso último en un susurro, así que dudo que Tyler lo haya oído, aunque tampoco lo miro para comprobarlo. El calor que siento al notar los ojos de Matt Fredderic fijos en mis labios me tiene demasiado distraída. Me sonrojo como un tomate bajo su escrutinio.

Ahora mismo me da igual que esto sea una especie de pelea de gallos. Me gusta tener toda la atención de Freddy.

El momento parece alargarse y crecer entre nosotros, hasta que estoy convencida de que llevamos demasiado rato mirándonos. Alguien carraspea. Tyler, por lo visto. Me había perdido tanto en las verdes profundidades de los ojos de Freddy que casi me había olvidado de que mi ex estaba ahí.

Cuando vuelve a desviar la vista hacia Tyler, Freddy frunce el ceño y se coloca delante de mí, cubriéndome por completo.

—Y todo tiene que ver con el hecho de que *tú* la tratas como el puto culo.

Por un segundo, veo que Tyler se enfurece. Sin embargo, me quedo mirando, con un nudo en el estómago, cómo su expresión va cambiando despacio, de manera que pasa de la rabia al más puro deleite.

—Hostia puta —dice Tyler, sonriendo como si acabase de tocarle la lotería. Nos va señalando a Freddy y a mí—. A ver, ya sabía que te van las guarradas, Ro, pero ¿en serio? ¿Esto es lo que quieres? No, si al final ganaré la apuesta y todo. Me pregunto qué pensaría la doctora Tinley...

Mientras Tyler habla, veo cómo cada músculo del cuerpo de Freddy se va tensando y la ira se adueña de su rostro, normalmente alegre y pícaro. Le cambia tan rápido el humor que da casi miedo y, en mi cabeza, algo me grita: «Esto va mal, muy mal».

Freddy se abalanza sobre Tyler y lo agarra por el cuello.

—Cierra la puta boca —espeta Freddy empotrando a mi ex contra la pared.

—Freddy —digo con un tono más severo del que me gustaría. Sin embargo, el corazón me va a mil por hora; además, ahora, todas las personas que están en la entrada y en el salón tienen la vista puesta en nosotros—. Pasa de él.

Freddy cierra los ojos un segundo y suelta a Tyler.

—¿Yendo a por el guarro de la uni para ponerme celoso, Ro? —me suelta Tyler.

No puedo evitarlo, me estremezco y retrocedo un poco. Choco con la mesa y me coloco al lado de Freddy.

Es como si Tyler supiera que la mejor forma de hacerle daño a Freddy es metiéndose conmigo.

Y parece que le funciona.

—Vaya, vaya, Donaldson... —dice Freddy, sonriente. Todo él emana una mezcla de rabia y de su picardía habitual—. ¿Te preocupa que el golfo de la uni consiga que tu chica se corra de verdad?

—¡Freddy! —intento gritar.

Aun así, de repente noto cierta presión en la garganta, es como si no pudiese respirar. Así que el grito me sale más bien en un tono áspero y patético.

Freddy se gira hacia mí y estudia mi cara como si acabase de darse cuenta de lo que ha dicho. El arrepentimiento empieza a reflejarse en su mirada y vuelve a ponerse serio de nuevo.

—Rosalie, espera. Lo sien...

Ocurre tan deprisa que no puedo ni gritar. Tyler lanza el brazo y le propina un puñetazo a Freddy en la boca.

Mi ex trastabilla y casi se choca conmigo porque sigo muy cerca de ambos. La ira ensombrece la mirada de Freddy, que desvía la vista hacia alguien que hay entre el gentío.

—Sácala de aquí —suelta, señalándome.

Me envuelve por la cintura y me susurra una disculpa en el oído antes de que alguien me arrastre hacia la multitud.

Sin embargo, ya lejos y a salvo, me doy cuenta de que una sombra de ilusión se dibuja en la mirada de Freddy mientras se gira decidido hacia Tyler con la boca aún ensangrentada y se la limpia con una sonrisa en los labios.

—Llevo años esperando esto.

«¿Años? ¿Por qué iba Freddy a...?».

Freddy vuelve a coger a Tyler por el cuello de la camisa: una táctica que he visto ya en todos los vídeos de peleas de hockey que

he mirado en secreto, deslumbrada por esa asombrosa brutalidad. Estampa el puño con fuerza contra la mandíbula de Tyler, que acaba con la cabeza empotrada contra la pared antes de intentar, sin éxito alguno, devolverle el golpe a Freddy.

Tyler no sabe pelear. Lo sé por las muchas veces que lo he sacado de un bar por empezar algo que jamás podría terminar, así que también sé que, si no les paro los pies, va a ser una masacre.

Levanto la vista y veo que tengo a Holden detrás. No lo conozco, pero sé que está en el equipo, así que le pregunto:

—¿Dónde está Bennett?

—Hace rato que no lo veo. ¿Estás bien?

—Sí.

Nada más pronunciar esa palabra, me escabullo por su lado y me abro paso entre la multitud para encontrar a la única persona que sé que es capaz de ponerle fin a todo esto.

28

Freddy

¡Dios! Qué bien me ha sentado pegarle un puñetazo a Tyler Donaldson por fin.

En parte porque se ha pasado años atormentándome con sus comentarios de cabrón en las sesiones de tutoría previas que había hecho con él. Pero, sobre todo, por la expresión que le he visto demasiadas veces a Ro en el rostro.

Si me canso o me distraigo ni que sea un poco, mi cerebro recurre a mezclar una imagen de ella llorando, con los ojos rojos mientras iba quitándose sus clips de mariposa del pelo, con otra de ella esperando, envuelta por el frío de la noche, porque el tío la había *abandonado* en una ciudad cualquiera a una hora de casa.

Y no era la primera vez que se lo hacía.

Me resulta casi demasiado fácil ir conjurando imágenes mentales de otras ocasiones en las que Tyler ha dejado tirada a Ro, sola y sin que yo estuviera a su lado para traerla de vuelta.

Con el siguiente golpe, me abalanzo con todo el cuerpo, desvergonzadamente orgulloso por la sangre que va goteando desde mi puño.

Desvío la vista hacia donde debería estar Ro y me doy cuenta de que ha desaparecido. Holden sigue en el mismo sitio, pero me mira y se encoge de hombros.

—¿Ahora te da pena no poder fardar de músculos delante de ella? —dice Tyler.

El tío sabe pelear con las palabras, pero a mí me flipa tocar las narices, así que sonrío y le digo:

—Seguro que te alegras de que no esté viendo cómo te estoy dando una paliza ahora mismo. —Vuelvo a estamparle el puño en un costado y oigo cómo se le escapa el aire mientras trastabilla hacia atrás—. Además, yo diría que, después de todo esto, a quien cuidará Ro a partir de ahora será a mí.

Dos fuertes brazos me envuelven por el pecho y me apartan las manos con tanta fuerza que incluso hago una mueca. A su vez, veo que Holden separa a Tyler agarrándolo por el cuello de la camisa que, después de tantos golpes, se le ha deformado. No se resiste a Holden. Está clarísimo que ha perdido y no quiere seguir peleando conmigo.

Pero... No-se-calla.

—¿Todo bien?

Por lo visto, quien me está reteniendo es Bennett. Asiento e intento relajarme para que me suelte. Y más cuando veo que Ro viene hacia mí con una mezcla de preocupación y enfado contenido en el rostro. Es como si quisiera pegarme y luego curarme para que vuelva a estar bien.

Le dejaría hacer tanto una cosa como la otra encantado.

—¿Estás bien? —se interesa.

—Estoy bien, princesa —respondo enseguida.

Bennett me suelta los brazos y musita algo por lo bajo mientras se aleja.

Holden se lleva a Tyler hacia la puerta, pero no es lo suficientemente rápido y al idiota le da tiempo a girarse hacia nosotros y soltar:

—Yo que tú añadiría «contraer una ETS» a la estúpida lista sexual esa que tienes de cosas que quieres hacer.

Ro empalidece de golpe. Quiero decirle que vi la lista y que no tiene nada de qué avergonzarse, pero se siente humillada y, sin duda, muy molesta. Lo cual, para mí, ya es suficiente.

Pero también quiero volver a pegar a Tyler, así que salgo disparado. Bennett, pese a ser un tipo corpulento de la hostia, es sorprendentemente más rápido que yo y me echa hacia atrás.

—Para —me ordena en voz baja pero firme—. Holden, saca a este de aquí.

Holden obedece, pero Ro tiene pinta de seguir al límite.

Le paso un brazo por el hombro, lo cual no parece molestarle. Con paciencia, me limpia la sangre del único golpe que Tyler ha conseguido darme, o quizá hayan sido dos; aun así, lo hace casi sin respirar apenas y con la mirada perdida.

Cuando salimos del baño, Bennett parece alterado.

—Vete a casa. Asegúrate de que Rhys beba un poco de agua antes de dejarlo en su cuarto. Ahora iré yo y me ocuparé de todo —suelta Bennett.

Como si tener que ocuparse de un Rhys triste y borracho y del hecho de haber parado una pelea en el salón no fuese suficiente ya, veo clarísimamente que ha pasado algo más que ha acabado de

sacar a Bennett (normalmente un tipo cuidadoso y controlado) de sus casillas.

No obstante, estoy demasiado preocupado por Ro como para preguntar nada. Así que asiento y le cojo la mano mientras bajamos por las escaleras traseras, salimos fuera y rodeamos la casa en dirección al coche de Sadie, que está aparcado un poco más abajo de la calle.

Casi no hemos salido ni del jardín cuando intento frenar a Ro.

—Princesa —digo, pero ella no se detiene—. Eh, Ro, espera.

La agarro de la muñeca. Ella para en seco y levanta la vista para mirarme con los ojos vidriosos.

—No tienes que avergonzarte de lo que haya dicho Tyler. —«Qué sutil, Fredderic»—. Puedes contármelo a mí. No me... Quiero saberlo.

No es lo mejor que podría decirle, pero es que no puedo dejar de pensar en ello, y no puedo dejar de pensar en que ojalá supiera dónde vive ese tío para así poder ir y seguir pegándole una paliza por hacer que Ro se sienta así.

—Déjalo, Freddy —suspira ella, liberándose de mi mano.

Ante su gesto, me siento solo y ese reguero de abandono empieza a abrirse paso por mi mente. Intento deshacerme de todas las voces que empiezan a invadirme de inmediato e intentan decirme lo idiota y patético que soy. Que soy un golfo. Un bruto.

—Rosalie...

—He dicho que no quiero hablar del tema, Matt —me suelta, y yo casi me estremezco—. Y menos contigo.

Sus palabras me sientan como unas jodidas puñaladas. Habría preferido que me diese un sinfín de patadas en el estómago.

Pero en lugar de dejar que vea nada de eso, asiento y esbozo una minúscula sonrisa mientras caminamos hacia el coche.

Hacemos el trayecto en silencio.

Ni siquiera Sadie pone música.



No esperaba volver a recibir un mensaje de Ro. Incluso pensé que a lo mejor dejaría de ser mi tutora y le pasaría el muerto a algún otro después del numerito de anoche. Así que, cuando veo que al final acepta quedar conmigo en el Brew Haven, pego un salto de la cama y me pongo una sudadera y unos pantalones de chándal a la velocidad de la luz.

Por suerte, y para sorpresa mía, me despierto igual de temprano que Bennett. Es decir: lo suficiente como para oír que está hablando en voz muy baja con alguien en el pasillo y esperar a que cierre la puerta de entrada para hacer acto de presencia.

—Si que te has levantado pronto.

Lo digo más por sonsacarle algo que por evidenciar el hecho en sí mismo, porque Bennett siempre se despierta pronto. Parece molesto, pero asiente sin apartar los ojos de la puerta, como si estuviese intentando tomar una decisión.

—Anoche no te oí llegar a casa, y menos aún con invitados —señalo mientras me pongo los zapatos al lado de la puerta y me ato los cordones con cuidado.

Ya han pasado dos meses, pero todavía sigue costándome no pensar en que este mismo cordón estuvo entrelazado en el pelo de

Ro. Recuerdo cómo fue atárselo y notar sus rizos en las palmas de la mano.

Carraspeo con tantísima fuerza que parece que Bennett se sobresalta y, al final, se gira para mirarme. Lleva unos pantalones de pijama largos, pero va sin camiseta y se le agita el pecho con un poco de pesadez. Es como... como si le hubiese dado un ataque de pánico y estuviese intentando controlar la respiración.

—¿Estás bien?

—Sí —musita antes de disponerse a subir las escaleras con fuerza, dirigirse al cuarto de Rhys y aporrear su puerta. Se oye un gruñido acallado desde dentro del cuarto (tiene toda la pinta de provenir de un Rhys con resaca) y Bennett le suelta—: ¡Tenemos que hablar, joder!

«Bueno, yo me largo».

Cada vez hace más frío. Cabría pensar que, tras casi cuatro años que llevo ya viviendo en la zona noroeste del país, me habría acostumbrado a las bajas temperaturas, pero después de haber aparcado al final del edificio, entro en el Brew Haven temblando. Es un lúgubre sábado por la mañana y en la cafetería hay la gente suficiente como para que el pequeño aparcamiento del local esté lleno.

A través de los altavoces del techo, a un volumen suave, suena «Good Looking», de Suki Waterhouse, lo cual, junto a la neblina y al rocío de fuera, le da al ambiente un toque onírico. Hay tanta cola para llegar a la barra que, de ser un día cualquiera, me largaría.

Pero Ro está aquí, brillando con todo su esplendor en una de las mesas color caoba que quedan a la izquierda. Alcanzo a vislumbrar un cálido y atractivo trozo de piel morena que no le acaba de cubrir

esa sudadera oversize azul cobalto que lleva. Se ha recogido el pelo con una goma y le caen unos cuantos rizos sueltos por la cara.

Cuando pienso en Ro (cosa que está empezando a suceder bastante a menudo), siempre me la imagino así: dulce y natural. Aunque con el pelo recogido con el cordón de mi zapato. Y lo que es más: está agarrándome...

«Para».

Casi tropiezo al dirigirme hacia ella antes de que me dé tiempo de deshacerme de esos incipientes pensamientos, como si Ro pudiera oírlos. Esta chica es tan maravillosa que, en realidad, no me sorprendería que pudiese leerle la mente a todos, y más a mí.

Pero no. Sigue sonriéndome un tanto tímida mientras yo permanezco de pie al lado de la mesa un segundo más de lo necesario, lo cual resulta un tanto incómodo.

—Buenos días —me dice en voz baja mientras se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, que inmediatamente le vuelve a caer en la cara—. Gracias por venir.

—Gracias por invitarme —contesto con un tono de voz igual de tierno que el suyo, apoyándome en el respaldo de madera.

Como enseguida empiezo a mover la rodilla a toda velocidad, aparto las manos de la mesa para que no tiemble todo.

—Te he preparado un café. Creo que recuerdo cómo te gusta.

Y yo creo que me bebería leche pasada si me la preparase ella.

—Gracias, Rosalie —suspiro, y disfruto un segundo de cómo se sonroja al oírme llamarla por su nombre completo.

Se hace un brevísimo silencio y...

—Siento muchísimo...

—Siento...

Hablamos los dos a la vez y nos detenemos también en el acto para dejar hablar al otro. Y, luego, solo risas; risitas agudas por su parte y unas carcajadas discretas por la mía. Esos sonidos aplacan un poco el bullicio que notaba en mi interior.

—Tú primero —me dice ella.

Obedezco encantado.

—Siento lo de anoche. Es que... Me dejé llevar un poco por Donaldson. No es solo por ti, Ro. Se ha pasado años comportándose como un cabrón conmigo. Y tú... —Se me apaga la voz mientras intento pensar la mejor forma de decirle esto sin asustarla—. Me importas. Y él estaba siendo un capullo. Lleva todo el semestre siendo un capullo contigo.

—Pues sí, la verdad. —Se encoge de hombros con una humilde sonrisa en los labios; siento que se me encoge el corazón y cierro los puños justo encima de los muslos—. Pero no pasa nada. De hecho... Gracias por defenderme. Siento que no...

De pronto, deja la frase a medias y empieza a negar con la cabeza.

—¿Qué? —le pregunto.

Ro se inclina hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa. Imito su postura. Estamos solos en esta mesa, disfrutando de la privacidad que nos ofrece esta esquina. Aun así, Ro quiere que hablemos aún más bajo.

—Tyler estaba utilizando algo privado para meterse conmigo y también estaba portándose mal contigo. Y yo me... me he dado cuenta de lo inocente que estaba siendo. Estaba molesta y ayer estallé contigo. Yo también lo siento muchísimo. ¿Volvemos a ser amigos?

Sonrío con el corazón rebosante de la bondad que inunda este momento.

—¿Acaso habíamos dejado de serlo? Venga ya, Ro... Que yo no me asusto tan fácilmente.

Ella se ríe y es como si, con ese sonido, estuviese volviendo a coser partes de mí que no sabía que estaban rotas. Aquellas partes que habían destrozado mis inseguridades con la amistad, los errores y esa sensación persistente de ser lo suficientemente bueno para nada de todo esto, joder.

Seguimos hablando en voz baja durante lo que me parecen unos minutos, pero que en realidad han sido horas. Luego, Ro se va a la cocina y regresa con todo un desayuno a base de sus platos favoritos para que yo los pruebe.

Todavía vamos por la mitad cuando me doy cuenta de que me duelen las mejillas de tanto sonreír. Y en ningún momento lo he hecho para quedar bien.

Como todo lo que tiene que ver con Ro, mi sonrisa es auténtica.

Al terminar de comer, la cafetería ya está casi vacía y Ro les pide dos bebidas más a las chicas que hay detrás de la barra. Hoy no le toca trabajar a Sadie; de lo contrario, estoy convencido de que Ro no me habría dicho de quedar aquí, puesto que nuestra conexión, nuestra *amistad*, todavía es una especie de secreto.

Pero me da igual. Es como si, por ahora, fuese algo solo nuestro. Algo que, mientras siga siendo así, solo nuestro, ninguno de nuestros amigos podrá estropear. Total, los demás están demasiado ocupados y ensimismados en sus propios asuntos como para prestarnos atención.

Ro continúa riéndose de la historia que le acabo de contar (acerca de los disfraces de Halloween de segundo de carrera y un Bennett borracho que acabó en bolas por error y tuvo que echar a correr hacia el baño tapándose con una toga hecha jirones y el culo al aire) cuando por fin consigo armarme de valor para preguntarle acerca de Tyler.

—Bueno... ¿Puedo preguntarte por Donaldson? ¿Seguís juntos o...?

—No —me corta con empatía.

—¿Te dejó él y te está tocando las narices con el tema? ¿Por qué? —Nada más soltar esas preguntas, sacudo la cabeza y levanto las manos en señal de rendición—. No tienes por qué responderme. Solo... solo dime si puedo ayudarte, no sé, a quitártelo de encima o algo. Si te molesta y quieres que te ayude, puedo mantenerlo alejado de ti. No sé... ¿Igual puedo fingir que tonteo contigo? ¿O puedo amenazarlo? Puedo pedirle a algún chico del equipo que le toque las narices. O a varios...

A pesar de tanta verborrea, parece que soy incapaz de parar. Así pues, cojo uno de los tenedores y remuevo la salsa que ha sobrado, dibujando un símbolo del infinito que voy resiguiendo sin cesar.

—Pues... sí. Tyler me está molestando. Se... —Guarda silencio, se muerde el labio, sacude un poco la cabeza y se le mecen los elásticos tirabuzones que envuelven su cara con forma de corazón—. De hecho, ya piensa que nos estamos acostando. —Le resulta casi imposible pronunciar esa última palabra sin sonrojarse—. Así que igual podrías... Yo, esto...

Me suplica con la mirada. Es como si estuviera rogándome que termine yo las frases.

—Vaaaale... —digo arrastrando la palabra y apoyando los antebrazos en la mesa—. ¿Quieres que...?

A pesar de que creo que sé dónde quiere ir a parar, no voy a ser yo quien lo diga por ella. Tiene que ser Ro quien me lo pida.

—O sea, tampoco hace falta que hagas nada extraordinario. A lo mejor..., antes o después de clase, podrías tontear un pelín conmigo. Como sueles hacer, pero...

—¿En plan besarte? —digo un poco demasiado ilusionado.

Ro frunce el ceño como si mi sugerencia le diese asco. No sé por qué, pero su reacción me hace reír.

—No. Tyler sabe que yo no voy tan deprisa.

—¿Tan deprisa? —pregunto sonriendo socarrón—. ¿Eres virgen?

—¡No! —grita prácticamente antes de mirar alrededor para ver si alguien nos ha oído a pesar de estar tan aislados.

Se abraza, a la defensiva, pero alarga el cuello y endereza la espalda con orgullo. Una mezcla extraña de ansiedad y valentía que no consigo descifrar. Un pesado silencio se abre paso entre nosotros antes de que Ro se venga abajo y se muerda el labio inferior.

—¿Por qué? —me pregunta con un tono de voz más bajo y delicado que antes—. ¿Tengo pinta de ser virgen?

Tengo que aguantar la respiración para no soltar una carcajada porque su expresión es demoledoramente seria.

—No soy una cría... —dice.

Abro los ojos como platos y me doy con la cadera contra la mesa con fuerza mientras trato de levantarme, pero de una forma totalmente torpe y descoordinada. Le agarro los bíceps con cuidado. Sí, con cuidado, pero también lo suficientemente fuerte como para

llamar su atención. Porque tanto su expresión como su tono de voz denotan puro dolor.

—Ro, no. No quería que sonara así.

Sacude la cabeza.

—No, no pasa nada. A ver, que no lo soy. Que lo he hecho. Con Tyler.

Por desgracia, soy consciente de ello. Por cotilla. Sin embargo, preferiría no oír ni una palabra más al respecto. Levanto la mano entre los dos y vuelvo a acomodarme en mi asiento.

—Ahórrame los detalles, por favor —le pido.

«Al menos, si tienen que ver con Tyler Donaldson». Sin querer, he pensado cómo sería Ro si la tocaran como es debido. He pensado en lo rápido que se desharía en mis manos, con su tez morena sonrojada y sus resplandecientes ojos color avellana.

«Para. Para. Para».

«Es tu amiga».

—Bueno, ¿qué quieres que haga exactamente?

29

Ro

Tyler no se presenta en clase ni el lunes ni el miércoles. Al final, se planta en la uni el viernes diciendo que estaba enfermo porque había pillado una gastroenteritis.

Sobre todo, para esconder los moratones que le habían salido después de la paliza que le dio Freddy.

Atacadísima de los nervios, veo que entra por la puerta y saluda al resto de los ayudantes (sus amigos, no los míos, me recuerdo enseguida) antes de girarse hacia donde estoy yo ordenando hojas de examen.

—Ro —me llama, invadiendo un poco mi diminuto espacio personal.

Lo tengo tan cerca que puedo ver el tono amarillento que ya va abandonando su piel y el sutil corte que tiene en el labio. Casi sonrío.

Podría saludarlo, ir de maja y, luego, ignorarlo educadamente. Pero es que, teniendo en cuenta la de veces que ha conseguido que volviese a caer en su trampa, el simple hecho de hacerle caso me parece peligroso.

—Un poquito demasiado cerca, Donaldson.

Resulta que no hace falta que sea yo quien tome ninguna decisión, porque Freddy aparece detrás de mí y estira el brazo para colocarle la mano en el hombro a Tyler y alejarlo un poco.

Su falsa bravuconería hace acto de presencia casi de inmediato, pero no me pasa desapercibida la sutil forma en que mi exnovio se estremece.

—Solo estábamos hablando, Fredderic.

Retrocedo un poco, sin darme cuenta de lo muy cerca que tengo a Freddy hasta toparme con su cálido pectoral con el hombro.

—Preferiría que no te acercaras tanto a mi chica cuando hables con ella —comenta este.

Freddy me envuelve los hombros con un brazo y, con unos movimientos tiernos y exasperantemente delicados, me acaricia la parte desnuda de la clavícula con los dedos.

Le dije que nada de besarnos porque dudaba que pudiese soportarlo (y me refiero a mí, claro). Que pudiese soportar que me besara *él*. Sin embargo, esto parece ser aún peor. Me arde la piel y, de repente, tengo la impresión de que el jersey oversize que llevo, que me cae por el hombro, es sumamente caluroso.

Tyler suelta una risita, pero la forma en la que frunce el ceño me lleva a hundirme todavía más en el abrazo de Matt. Este me agarra la cadera con la otra mano para estabilizarme sumamente rápido.

—Como te he dicho... —continúa Tyler con desdén—. Excelente elección, Ro. Con este segurísimo que podrás hacer todo lo que querías. Cuando hayas terminado de jugar, avísame.

Lo que hace que me entren ganas de estallar no es la pullita que me suelta a mí, sino una extraña sensación de protección hacia Matt. Una sensación que hace que me ponga a la defensiva como nunca

antes; ni siquiera cuando Sadie soltaba esos mordaces comentarios sobre Tyler.

—Hey —me susurra Freddy a la vez que me gira hacia él y me apoya sus grandes palmas en los hombros—. ¿Estás bien, princesa?

—Sí.

Asiento y resisto la apremiante necesidad que siento de girarme para mirar cómo debe de estar reaccionando Tyler.

Los estudiantes empiezan a entrar en el aula, y tengo la sensación de que absolutamente todo el mundo está fijándose en que Matt tiene las manos sobre mi piel desnuda.

Y, más en concreto, la doctora Tinley. La mujer se aclara la voz para llamarnos la atención, tanto a nosotros como al resto de la clase.

—Tengo una norma contra las muestras de afecto en público, Ro. Este comportamiento es inapropiado.

Me da un vuelco el estómago, pero Freddy le pone fin a todo con un breve gesto con la cabeza, asintiendo a Tinley por encima de mi hombro.

—La culpa es mía —dice—. Intentaré controlarme.

Freddy vuelve a mirar a la doctora Tinley con el ceño fruncido antes de darme un beso en la frente y dedicarme una sonrisa deslumbrante con la que casi consigue que me derrita ahí mismo. Acto seguido, me sube la tela del jersey para cubrirme un poco más el hombro, se gira y va a sentarse.

Pero el Efecto Matt Fredderic no desaparece cuando termina la clase...

Tyler no vuelve a molestarme en todo el día.



El portazo que oigo en el apartamento hace que me sobresalte tanto que se me cae la cuchara que tengo en la boca y repiquetea contra el suelo. El sonido acaba amortiguado por el correteo de unos pies que me indica que han venido los hermanos de Sadie.

Salgo sonriendo de mi cuarto y me apresuro a darle un abrazo a Liam y a saludar a Oliver con un gesto con la mano mientras ellos se dirigen hacia la habitación de su hermana, cargando con la bolsa de hockey que comparten.

—A la ducha y a la cama —les dice Sadie que, al verlos salir corriendo, añade enseguida—: ¡Y lavaos los dientes!

Tiene… mala cara. Guapa, porque Sadie siempre lo es, y fuerte e impávida, pero se frota los ojos con las manos como si no hubiese pegado ojo en toda una semana.

—Hey —la saludo con ternura; dejo la cuchara en el fregadero y saco otras dos limpias del cajón para ofrecerle el helado que tengo en las manos.

—Buenas —me devuelve el saludo.

Se quita los zapatos con un puntapié y se desata el moño engominado antes de pasarse los dedos de forma brusca por el pelo. Quiero ofrecerme para peinárselo, sentarla en una de las sillas y tomarme un buen rato para desenredarlo y que así desaparezcan las marcas de estrés que le tiñen el rostro.

—¿Va todo bien, Sadie?

Suspira con pesadez. Se detiene en la esquina de la barra de desayuno de nuestra acogedora cocina y niega con la cabeza.

—La verdad es que prefiero no hablar del tema.

—Claro. Lo entiendo perfectamente.

En realidad no es así. Lo detesto. La ansiedad se adueña de mí mientras intento pensar en cualquier otra conversación que hayamos tenido a lo largo de la semana, o del mes incluso. ¿Puede ser que haya hecho algo para que ahora esté molesta conmigo? ¿Que haya hecho algo para que ahora Sadie no quiera contarme qué le preocupa?

La necesidad de disculparme que siento es tal que casi no puedo reprimirme ni mordiéndome la lengua. Sin embargo, consigo tragarme dicha sensación y me limito a asentir con una sonrisa amplia, y totalmente falsa.

Sadie se gira para marcharse hacia su cuarto mientras yo, sin moverme del sitio, le grito:

—¡Buenas noches!

El apartamento, lleno a rebosar, parece vacío, y yo regreso lentamente a mi habitación.

Me vibra el móvil y casi se me cae del susto.

Qué tal mi niña? Descansando?

Al ver el mensaje de mamá, cierro los ojos y me la imagino abrazándome y a mí hundiendo la cara en su hombro mientras ella me acaricia el brazo con delicadeza con las uñas para tranquilizarme.

Durante un instante, me planteo llamarla y contarle al dedillo cómo me siento: que estoy preocupada por Sadie, que tengo miedo cada vez que me suena el móvil, que mis sentimientos hacia Matt son muy complicados... No obstante, a medida que voy pensando en

qué le diría y noto que empiezan a llenárseme los ojos de lágrimas, meto el móvil en un cajón y lo cierro de un golpe.

Mi madre y mi padre son lo mejor que tengo en la vida. No se merecen mis quejas. Se merecen que tenga éxito porque llevan siete años dejándose la piel para que todo nos saliera bien.

Así pues, me trago todo lo que siento (una buena dosis de «¿Estará enfadada conmigo?» junto con una cucharada de «Echo de menos a mi familia» y «Tengo el corazón roto», además de otra de «Me da miedo que nunca vuelva a pasarme nada bueno») y enciendo la máquina de coser.

Cuando paro, ya es más de medianoche y tengo un montón de piezas de ropa que he vuelto a diseñar tiradas por el suelo del cuarto. Es como si el proyecto de alguna estudiante de moda estuviese tirado en medio de la habitación, pero arriba del todo está la corbata. Una de color azul marino con el parche del logo de los Waterfell Wolves en la punta y unas letras blancas bordadas por detrás.

Cuando miro el móvil de nuevo, tengo veintitrés llamadas perdidas de dos números desconocidos. Se me remueven las tripas. Borro las notificaciones y vuelvo a guardar el teléfono en el cajón, de malas maneras. Lo dejo ahí toda la noche porque solo de pensar en cómo gestionar este problema se me acelera el pulso y me entra la jaqueca del siglo.

Me obligo a estudiar una hora las asignaturas de mi carrera antes de quedarme frita encima del edredón, con un libro de texto de tapa dura como almohada.

30

Freddy

Muevo la rodilla tan deprisa que me preocupa que vaya a desgarrarme algo antes del partido del fin de semana. Pero es que la ráfaga de emociones que me invade es superior a mí.

Una puta reunión obligatoria con mi orientador y mi profesor de mates, como si los hubiesen invitado al espectáculo que es mi humillación y tuviesen asientos en primera fila. Y todo porque he suspendido otro examen.

Mi madre está delante de mí, cual guerrera, gritándoles palabras que no entiendo al director de mi colegio y a la malvada profesora a la que no le caigo bien.

Aguardo en silencio y voy moviendo los pies para no «entrar en bucle». Mamá dice que es lo que pasa cuando mi cerebro empieza a pensar en todo demasiado deprisa y no consigo estar presente o prestar atención.

El coche del entrenador Ace sigue aparcado delante de la escuela. Él me dedica una sonrisa rápida y me abrocha el cinturón en el asiento trasero antes de arrancar.

—Solo tiene ocho años —le dice a mi madre apretándole la mano —. Saldrá bien.

—Archer, deberías haber oído cómo hablaban de él. Con el niño delante.

Siguen hablando tan bajo que a duras penas puedo distinguir lo que dicen. Sin embargo, hay una palabra que no paran de repetir y que me resulta muy confusa, así que, al final, pregunto:

—¿Qué es «disco-lu-lia»?

Mamá se gira para mirarme. Se agarra con fuerza al asiento de cuero (con las uñas pintadas de verde con caritas sonrientes dibujadas en blanco y unos dibujos muy chulos) y me sonríe con ternura.

—Discalculia —dice antes de que se le escape una sutil risa—. Qué palabra tan difícil, ¿eh?

—Superdifícil —coincide el entrenador Ace—. Creo que yo tampoco sé decirla, Matty.

Suelto una risita, y luego les sonrío.

—¿Qué quiere decir? —insisto.

—Pues solo que te cuestan un poco los números, compi. No es nada grave, pero está bien que lo sepamos porque, así, ahora podremos ayudarte para que te resulte todo más fácil.

Mamá asiente como dándole la razón y responde:

—Exacto, Matty.

No puedo evitar empezar a mover la rodilla otra vez.

—Pero... Se me dan mal las palabras. Pensaba que los números serían más fáciles.

Entonces me fijo en que estamos parando delante de la casa de mamá. Esta se desabrocha el cinturón y abre la puerta antes de que

se detenga el coche, cosa que creo que no se puede hacer nunca jamás, sobre todo porque el entrenador Ace casi suelta una palabrota cuando frena en seco y a mí me da un fuerte tirón el cinturón.

Se abre mi puerta y la bonita cara de mamá llena mi campo de visión.

—Eres superlisto, Matty, ¿vale? Que te cuesten las palabras y los números no significa que no puedas hacerlo. Puedes hacer lo que sea, ¿entendido? Necesito que me digas que lo entiendes.

Parece que esté a punto de llorar. Y odio ver a mamá llorando. Así que asiento.

—Lo entiendo, mamá. Te lo prometo.

Me desabrocho justo a tiempo para que mamá me abrace con fuerza y me dé un beso en el pelo. El entrenador Ace se suma al abrazo un segundo y luego se separa para que mamá pueda bajarme del coche y darme la mano para ir hacia casa.

—No vuelvas a hacer eso, Els —oigo que le susurra a mamá—. Casi me da un infarto.

Pero ella no está prestándole atención. Solo está mirándome a mí con una amplia sonrisa llena de ilusión.

—Yo siempre estoy muy pero que muy orgullosa de ti, Matty.

—¿Matthew?

Sacudo la cabeza y me centro en el hombre que tengo delante: mi orientador, aunque no recuerdo cómo se llama.

No paro de mover los pies, dando unos sutiles golpecitos a la pata de la mesa que tengo delante con la punta del zapato mientras intento mantener la rodilla quieta.

«Céntrate. Te han hecho una pregunta».

—¿O sea que solo ha pasado con mates? —quiere saber, a pesar de que su tono me indica que ya me lo ha preguntado antes.

Me entra el calor.

—¿Suspender? Sí. Creo que...

Alguien llama a la puerta, la abre y entra.

Mis profesores. En concreto: el doctor Cipher seguido de una pesadilla andante.

—Doctora Tinley —la saluda mi orientador, claramente sorprendido —. No sabía que asistiría usted a la reunión.

Carmen sonríe y se acomoda su corta melena color rojo vino detrás de la oreja antes de aceptar el apretón de manos del orientador.

—Acabo de terminar de calcular las calificaciones ponderadas de Freddy para ver qué media le queda este semestre y, cuando he visto el e-mail, he pensado en pasarme.

«En "pasarme". Ya, claro».

Cierro los puños y miro a ambos profesores mientras se acomodan delante de mí en esta mesa de la sala de conferencias.

—Pensaba que esta reunión era solo para hablar de mates —consigo decir, a pesar de que la voz me sale tan áspera que parece que Carmen se lo tome como una ofensa—. Estoy aprobando Biología. No hace falta que ella también esté aquí.

La tensión inunda la sala de repente y enseguida me arrepiento de lo que he dicho y de las alarmas que haya podido hacer saltar con mis palabras. Pero mi deseo de que Carmen no esté aquí es mucho mayor que cualquier verdad desagradable que pueda salir a la luz acerca de las relaciones que ella mantiene con sus alumnos.

—Freddy —me dice, y luego carraspea y se endereza un poco más en la silla, con su impecable chaqueta puesta—. No he venido aquí por nada malo. En todo caso, he venido para apoyarte.

«Sí, claro. Y yo acabo de ganar el Premio Nobel de Física». Me cuesta todo un esfuerzo físico morderme la lengua y no reír por la incredulidad.

—En fin... —Me encojo de hombros, me inclino hacia delante y empiezo a mover la pierna con un poco más de ahínco por debajo de la mesa en un intento por desviar la energía que me carcome por dentro, porque en esta mesa no hay nada con lo que pueda mantener las manos ocupadas—. Acabemos ya.

El doctor Cipher se aclara la voz y empieza a pasar las hojas que tiene en la carpeta con cuidado. Son fotocopias de los dos últimos exámenes que he suspendido. Carmen procede a mordisquearse las uñas; aun así, veo por el rabillo del ojo que observa mi examen con cierta preocupación y luego estudia mi cara.

Me siento como si alguien me estuviese rajando la piel con las uñas. Cierro los ojos y suspiro.

—Tal y como está la cosa, el señor Fredderic volverá a suspender —anuncia sin rodeos el doctor Cipher.

Lleva todo el semestre siendo un cabrón y estoy casi convencido de que no se ha molestado en echarle una ojeada a mi informe en ningún momento, porque no me ha dado ni un minuto de más para ninguna de las actividades.

Bueno, tampoco es que el tiempo adicional pudiera ayudarme. A duras penas conseguí acabar el instituto, por más que mamá y Archer me ayudasen. Y ahora... Vuelvo a pasear la vista por la sala.

Ahora estoy solo. Es imposible que consiga salir de esta.

Alguien llama a la puerta con fuerza, impaciente, e interrumpe lo que sea que estuviera diciendo el doctor Cipher.

Mi orientador mira a su alrededor y, al final, se levanta para ir a abrir. Parece un poco molesto por la interrupción. Y esa molestia no hace sino aumentar cuando abre la puerta y aparece un tándem extraño al otro lado.

El entrenador Harris, con expresión seria y los brazos cruzados. Y, delante de él, con un conjunto verde chillón, como si estuviésemos a principios de primavera en lugar de a mediados de octubre, está Ro.

Ro con el pelo semirrecogido con su lazo habitual y sus elásticos rizos envolviéndole la cara como un halo. Ella también está seria, imitando la táctica intimidatoria de mi entrenador.

—Estamos en medio de una reu...

—Creo que nosotros también deberíamos estar aquí, señor Hibberd —anuncia ella.

Eso. Ahora me acuerdo del nombre.

Ro empuja la puerta con delicadeza para entrar en la sala sin que la haya invitado nadie y haciendo caso omiso de la forma en que el entrenador Harris fulmina al otro hombre con la mirada por ella.

—Señorita Shariff, creo que ya le dije por correo electrónico que no hacía falta que se personara en esta reunión.

«Señorita Shariff». Me entran ganas de sonreír al oír que la llama de esa forma, pero el orgullo se adueña de mí. Ro lleva una sudadera con el dibujo de un gatito jugando con un ovillo de lana verde, a conjunto con el color de los pantalones de lino que se ha puesto y que parecen la parte de abajo de un pijama. Va vestida al más puro estilo Ro y, aun así, consigue mantenerse firme delante de un montón de estirados cabrones colegiados.

Por absurdo que parezca, me entran ganas de sacarle una foto. Y puede que hasta de enviársela a Tyler con un «Jódete».

Ro estudia la sala rápidamente, manteniendo la compostura, y solo relaja su seria expresión un segundo para guiñarme un ojo mientras toma asiento a mi lado y deja una gruesa carpeta encima de la mesa.

El entrenador Harris me da unas palmaditas y un apretón en el hombro y permanece de pie al otro lado.

—Así es. Sin embargo, siguiendo la política de la universidad y teniendo en cuenta que el señor Fredderic es un deportista que está estudiando aquí con una beca para atletas, se *anima* —dice enfatizando esa última palabra— a que su entrenador asista a dichas reuniones, por más que no siempre sea necesario. Además, yo soy la tutora que le ha sido asignada este semestre y, por ende, también debería participar.

El señor Hibberd parece frustrado. Casi sonrío.

Ro saca los dosieres que tiene en la carpeta. Están subrayados y llenos de separadores, y también me pasa una copia a mí.

Carmen le sonríe con un gesto un tanto forzado. Ro parece no darse cuenta y, en el caso de que sí se haya percatado, pasa de ella. En cierto modo, esto hace que me sienta todavía mejor.

Ya he salido del bucle. Ahora que sé que el entrenador me apoya y que Ro ha venido a defenderme, me invade cierta paz.

—La documentación sobre el TDAH, la dislexia y la discalculia de Matt Fredderic. Llevo cuatro años haciendo de tutora aquí, en Waterfell, y he ayudado sobre todo a alumnos con dislexia. Sin embargo, no me había encontrado con ningún estudiante con discalculia hasta este año. —Pasa de página y todo el mundo la imita

—. Tengo los historiales de sus tutorías desde que empezó primero. Ha conseguido que siguieran becándolo durante tres años consecutivos; ha suspendido dos clases y, ahora que está a medio repetir una de ellas, la está aprobando. —Ro señala rápidamente a Carmen Tinley, que asiente brevemente y se relaja contra el respaldo de la silla. Seguro que, ahora mismo, ella también admira a Ro tanto como yo.

El señor Hibberd la corta con brusquedad:

—Somos conscientes de su aprobado en Biología, señorita Shariff, pero lo que nos preocupa no es eso. El señor Fredderic está suspendiendo la única asignatura que tiene de Matemáticas.

—Estudia Comunicación.

El señor Hibberd frunce el ceño.

—¿Y? —cuestiona.

—¿Y? ¿Por qué lo estamos torturando? —Pasa a otra página que ha marcado en todos los dosieres con unos pósits lilas—. Aquí hay casos comparables de diez alumnos más con discalculia que sustituyeron las clases de Matemáticas por unas de Pensamiento crítico. No solo lo veo como una opción viable para Matt, sino que pienso que es la única opción que puede ofrecerle esta universidad para evitar que se abra una investigación interna por no haber tenido en cuenta su caso ni haberle ofrecido distintas formas de aprendizaje o adaptaciones.

La sala entera se sume en el silencio y mi alegría se vuelve casi tangible.

Nadie, desde mi madre, me había defendido nunca con tanta fiereza.

Creo que me he enamorado de ella. Y no hablo de enamorarme en el sentido romántico, sino de haberme enamorado de su alma. Siento devoción por Ro.

Al ver que nadie habla, Ro carraspea y vuelve a levantarse solo para repartir algo más. Una única hoja. Una con un listado de clases online de Pensamiento crítico y el coste que le supondría a la universidad.

—Matt es un alumno con talento, brillante. Con las adaptaciones adecuadas, obtiene unos resultados increíbles. Sería una pena enorme ver que la universidad le falla en este sentido.

Vuelve a dedicarme otra sonrisa y me aprieta el hombro con sus delicados y finos dedos. Y yo tengo que resistir la tentación de abrazarla y hacerla girar por la sala.



Salgo de la sala de reuniones flotando, con el número de matrícula de mi nueva asignatura sustitutoria bien apretado en la mano, siguiendo como un cachorro perdido a una Ro que avanza a zancadas.

—Qué absurdo —musita—. Me parece aberrante que te traten de esta manera. ¿Han sido siempre así contigo?

No espera a que le responda. Sigue caminando decidida por el césped, dejando que el viento le suelte algunos rizos hasta darle un aire un poco más informal, más dulce. No puedo dejar de mirarla.

—Acusarte de no esforzarte lo suficiente, por Dios... Hasta me siento insultada yo por ti. ¿Y llevarme la contraria? Pero si no saben nada de ti. —Ro se gira hacia mí de repente y me señala la cara con

un dedo—. No escuches ni una sola palabra de lo que han dicho. Eres listo y amable, y estoy orgullosa de ti. Mira... ¡Que les den! Total, eres mejor que todos ellos juntos, Matty. Y también más listo.

Debería reírme, pero es que no puedo respirar.

«Matty». El apodo me sienta como una cálida ola de confort. Me recuerda a casa.

Siento que se me fractura el alma entera y Ro, que no tiene ni la menor idea, sigue andando con aire audaz hacia la zona del aparcamiento, donde ahora veo que tiene el coche. Y yo continúo siguiéndola.

—Perdona, es que... —Suelta un sutil gruñido y sacude la cabeza —. Ya paro. Lo prometo.

—No, puedes seguir —balbuceo—. Me gusta verte enfadada por mí.

Sonríe y se le escapa una discreta sonrisa. Respira profundamente y suelta el aire despacio, como si estuviese intentando tranquilizarse.

—Lo estoy. Estoy muy enfadada por ti. Pero como sé que tienes que irte a entrenar te he traído algo. —Abre la puerta del coche, alarga el brazo, saca una pequeña bolsa de regalo y me la pasa un tanto cohibida—. Es una tontería, pero quería prepararte algo para tu primer partido fuera de casa este finde, antes de que empezara oficialmente tu última temporada. Así que...

Se encoge de hombros otra vez y toda la ira que parecía emanar antes de su cuerpo desaparece, reemplazada por la timidez.

Al verla así, me entran aún más ganas de ver lo que hay en la bolsa, de donde saco una larga tela sedosa de color azul. Es una corbata con el logo de los Wolves y mi número bordado en cursiva junto con una estrella.

—¿Una estrella?

—Jugarás para los Dallas Stars, ¿no? Me ha parecido que te traería suerte. Es...

—El mejor regalo que me han hecho en la vida. En toda mi vida, Rosalie. —La atraigo con fuerza contra mi pecho sin dudar ni un segundo, le doy un beso en el pelo y apoyo la mejilla sobre su cabeza mientras nos mezo a los dos—. Gracias.

31

Freddy

En realidad, hacía bastante que no actuaba de forma tan impulsiva. Sin embargo, después de la reunión de ayer (y del regalo que me llevé a mi habitación esa misma noche como si fuese una preciada joya, cuyo bordado estuve resiguiendo sin parar), quiero hacer algo por ella.

Así que he encontrado el lugar perfecto al que llevarla. Que sí, que igual habría estado mejor que le hubiese preguntado con antelación por su horario o si tenía tiempo libre. Lo que pasa es que, tras ver lo cerca que estaba la tienda, la ilusión casi no me ha dejado pegar ojo.

Aparco frente a su residencia e intento llamarla, pero me salta directamente el buzón de voz.

Frunzo el ceño y opto por mandarle un mensaje.

Puedes salir un minuto?

Añado unos cuantos emojis hasta que el mensaje parece sutilmente absurdo. Tiene el móvil en modo «No molestar», pero lo lee

enseguida, desaparece la notificación y Ro empieza a teclear.

Estás en Millay!?!?!?

Al leer el mensaje, oigo su voz. Continúa escribiendo durante un buen rato (seguramente, demasiado para mi gusto), pero entonces me llega un audio.

Solemos enviarnos audios en lugar de mensajes de texto. Empezó ella, pero a mí también me encantan. No solo porque me resulta más fácil y más rápido comunicarme así cuando voy con prisas, sino porque me he vuelto bastante adicto al sonido de su voz.

En varias ocasiones (cuando he tenido que marcharme todo el fin de semana o no he podido asistir a alguna tutoría porque me tocaba entrenar dos veces al día, y, sobre todo, cuando tengo que estudiar para algún examen que está a la vuelta de la esquina), Ro me envía audios para que pueda revisar los temas que no hemos podido repasar juntos. Estoy convencido de que mis compañeros de equipo creen que, cuando voy con los auriculares puestos, estoy escuchando música, aunque en realidad estoy escuchando la voz de la chica que más quiero en el mundo.

«Holaaaa —dice arrastrando el saludo; parece que tenga la boca llena mientras se aleja del teléfono y vuelve a acercarse—. Creo que será más fácil enviarte un audio, pero ¿qué haces ahí fuera de la resi? Has acabado de entrenar hace... —guarda silencio un segundo — menos de diez minutos. Qué locura. —Tras una breve risa, añade —: En fin, ya bajo. Espera que encuentre primero los pantalones. ¡Vale, ya voy!».

Se oye algo de ruido al final del audio. Sonrío de oreja a oreja y me sonrojo un poco al imaginarme a Ro sin pantalones. Sacudo rápidamente la cabeza para apartar ese pensamiento.

Y parece que lo hago justo a tiempo para ver a una chica vestida con una bonita sudadera lavanda y una falda de tenis plisada de color blanco que baja saltando los escalones de Millay a toda prisa y viene directa hacia mi coche, que he aparcado en la acera con las luces encendidas.

La misma acera donde la dejé la noche que ella no recuerda.

«Creo que sería muy fácil quererte».

Se detiene al llegar a la puerta del copiloto, cuya ventana está bajada. Se apoya en ella, se pone de puntillas y me sonríe.

—No he encontrado pantalones —suelta antes de morderse el labio inferior y sacudir la cabeza como si eso no fuera lo que pensaba decir.

—Ya lo veo —contesto, y me remuevo en el asiento—. ¿Nos vamos?

Abre de par en par sus ojos color avellana.

—¿Tengo que traer algo?

—Solo tu presencia. Sube, Ro. Tenemos un sitio al que ir.

Acepta fácilmente. La puerta emite un chirrido al abrirse y Ro se acomoda en el asiento.

No me pregunta adónde vamos, solo se limita a conectar el móvil al cable como si se sintiese cómoda estando aquí conmigo, como si lo hubiese hecho una infinidad de veces, y se recuesta contra el reposacabezas mientras suena «Dizzy on the Comedown», de Turnover. Sin subir las ventanas, arranco y me separo de la acera.



Ro se ha quedado petrificada, en shock, y es incapaz de decir absolutamente nada. Yo me la quedo mirando con una sonrisa tan amplia que incluso me duelen las mejillas.

—Cuando estés lista, entramos.

—¿Pero cómo has encontrado este lugar? —pregunta con un sutil tono de voz a pesar de que aquí dentro solo estamos nosotros dos.

En el coche sigue sonando la música que ha puesto a través de su móvil desde que empezamos el trayecto hace una hora. No me ha hecho ninguna pregunta en todo el camino, ni un «¿Adónde vamos?». Ni siquiera me ha pedido que le diera una pista. Me fascina que confíe tanto en mí.

Me encojo de hombros.

—He investigado un poco. —«Me he pasado la noche entera buscando algo con lo que pudiera demostrarte, ni que fuese muy ínfimamente, lo agradecido que estoy por lo que has hecho por mí»—. Pensé que te gustaría.

Sigue mirando, con los ojos como platos, el edificio de color amarillo desvaído que está encajado entre un par de tiendas de pared de ladrillo. Tiene una marquesina a rayas verdes y blancas y un viejo letrero rosa que reza: «Acaramelados». Pintado de lado a lado del escaparate, pone: «Novelas eróticas de época, *vintage*, tiernas y picantes».

Ro se tambalea un poco al acercarse a la puerta principal y yo agarro ese pomo de latón un poco suelto para abrírsela. El olor a libros viejos se mezcla con sutileza con un discreto olor a té, café y mantequilla que proviene de la pequeña cafetería que hay al fondo.

Sé que está porque he llamado a la propietaria.

Por sorprendente que parezca, Acaramelados tiene muy poca presencia en internet. La dueña de la tienda se llama Opal y encontré su número de teléfono en una página web de negocios casi vacía después de rebuscar bastante. Ha respondido a todas mis preguntas con bastante ternura y amabilidad y me ha dado información de sobras, de modo que a mí me ha quedado claro que traer a Ro aquí merecería la pena.

Me basta con ver la reacción de Ro al estudiar esta pequeña librería para sentirme feliz de por vida.

Acaricia las ediciones especiales cubiertas con fundas de plástico que hay al lado de la puerta mientras, por los altavoces, suena una melodía de violín. Ro pasea la vista por los ejemplares firmados expuestos en la zona delantera antes de dirigirse hacia los libros de segunda mano que se encuentran en la pared del final de todo.

—Oye, Ro —le digo para llamar su atención—. Hay una cafetería al fondo. Voy a por un café y un chai, si tienen, ¿vale? Tú mira tranquila.

Ro asiente distraída mientras continúa paseando la vista por todo el local.

Encuentro a Opal en la zona de la cafetería. Es una mujer de pelo canoso y carácter apacible vestida con estampados florales de color pastel. Hablamos en voz baja porque estoy desesperado por preservar el carácter de ensueño del tiempo de Ro.

Cuando Ro termina, se une a nosotros con un montón de libros en los brazos. Opal alaba todas sus elecciones, libro por libro, y acaba sugiriéndole unas cuantas obras más. Están las dos embelesadas la una con la otra.

—¿La tienda la abrió usted? —se interesa Ro, que felicita a la mujer por cada pequeño detalle.

Opal le sonríe y niega con la cabeza. Coge una foto enmarcada que tiene al lado de la caja registradora y la coloca ante nosotros.

—Sue —dice, y señala a la alta pelirroja con los labios pintados de un tono burdeos que aparece en la foto—. Abrió el local por mí. Sus padres se lo legaron cuando era una pequeña cafetería, una tienda de refrescos. A ambas nos encantaba leer y nos encantaban las novelas románticas. Así que, cuando yo me marché a Nueva York para intentar convertirme en escritora, ella transformó el local en una librería. Cuando por fin publiqué mi libro, fue un fracaso total. Sin embargo, aquí se convirtió casi en best seller gracias a Sue. Luego regresé y nos fuimos juntas a una casa de campo. Yo seguí escribiendo y ella continuó haciendo crecer la tienda. No es que prosperase del todo, pero... Quiero mantener el local abierto tanto tiempo como pueda. En su honor.

—Porque así siente que sigue cerca de ella. —Las palabras se me escapan sin que pueda controlarlas, pero Opal asiente, sonríe y me acaricia la mano desde el otro lado de esta pequeña mesa de madera.

—Exacto —confirma.

Opal nos cobra. Yo ya me he ocupado de pagar por adelantado para que Ro no tuviera ni la más mínima oportunidad de intentarlo.

Voy colocando los libros (algunos viejos, otros nuevos) en una bolsa de tela que también hemos comprado y me cuelgo la bolsa rosa pastel del hombro mientras voy hacia la puerta con Ro detrás. Cada vez que la veo paseando la vista de nuevo por la tienda y le

pregunto si quiere quedarse un poco más, me asegura que ya podemos marcharnos.

—Es... lo mejor que ha hecho nadie por mí —me dice casi flotando mientras me sigue al salir—. En serio... No me puedo creer que este sitio sea real.

Río, le abro la puerta del coche para que suba y, acto seguido, abro la puerta trasera para dejar los libros sobre el asiento con cuidado. A continuación, me siento detrás del volante y arranco mientras la miro y vuelvo a sonreír.

—Me alegro de que te haya gustado.

—Te tienes que haber aburrido como una ostra —comenta distraída.

Coge el móvil y le saca una foto a uno de los libros que no ha guardado en la bolsa: una cuidada edición que reconozco como una de las que me ha enseñado antes. Le suena el móvil con un fuerte tono; hace doble clic para colgar e intenta hacer la foto de nuevo.

—Para nada. Creo que mi nuevo hobby favorito es ver cómo miras embobada a esos tipos descamisados de las portadas de los libros. Además... —Me encojo de hombros y aparto la mirada de ella—. Puede que, de paso, yo también haya pillado algún que otro audiolibro en CD para poder leer tus historias favoritas.

Marcados a fuego es tan viejo que mis únicas opciones se han reducido a un casete, a pesar de que no tengo con qué escucharlo, y a un CD que Opal ha conseguido encontrar entre las cajas de donaciones.

Parecía cosa del destino.

Alargo el brazo hacia la guantera y, al hacerlo, le rozo la pierna desnuda a Ro. Saco el CD con una carátula verde salvia y se lo paso.

Ella deja el teléfono en el posavasos. Se le ilumina la pantalla y deja a la vista una foto en la que salen Sadie, Liam, Oliver y Ro haciendo caras graciosas. Coge el CD y lo estudia riendo, desconcertada.

—No te creo...

El móvil le vibra sin cesar y yo desvío la atención hacia el posavasos mientras me adentro por una carretera secundaria de dos carriles para evitar el tráfico de la autopista. En la pantalla del teléfono de Ro aparece un número que no reconozco con prefijo de otra región. Llama varias veces y desaparece, pero Ro está demasiado distraída.

Paso de las llamadas, pero enseguida le vuelve a vibrar el teléfono. Y otra vez. Todas desde un número distinto.

—Te están volviendo a llamar —señalo inútilmente mientras me rasco la nuca y freno en un semáforo en rojo.

Ro se ruboriza y pone el móvil boca abajo.

—No es nada. Déjalo.

Molesto ante su tono evasivo a pesar de que esconde un evidente miedo, cojo el móvil y lo giro hacia mí. Me siento un poco infantil. En ese momento, el teléfono deja de sonar y veo que a Ro se le tensan los hombros, es como si esperase que volvieran a llamarla.

Y ocurre. Mientras lo tengo yo en la mano. Acto seguido, llaman desde un número diferente. Dos veces.

La pantalla está bloqueada y se van acumulando notificaciones de un sinfín de llamadas unas sobre otras. Hay cinco o seis de cada número, todos con prefijos de regiones distintas.

Voy bajando por esta lista aparentemente interminable y me siento incluso un tanto mareado. Son todas llamadas de los últimos

dos días.

—¿Esto son...? Eh... Yo qué sé. ¿Estafas telefónicas? —le pregunto. Sé perfectamente que no es el caso, pero soy incapaz de atar cabos—. Ro, ¿quién te llama desde estos números?

—Matt... —dice con el labio inferior temblando—. Se ha puesto en verde.

«Este es el menor de mis problemas», pienso. Sin embargo, me meto en la zona de aparcamiento vacía de una lavandería que tenemos al lado y aparco el coche.

—¿Qué está pasando, Ro?

Levanta las manos como si quisiera tocarme a mí y abrazarse a sí misma a la vez. Al final, se decanta por abrazarse por la cintura y me da un vuelco el estómago.

—Lo hace porque quiere molestarme...

«¿Quién...?».

—¿Tyler? —pregunto. No doy crédito y se me nota un poco en la voz—. ¿Todas estas llamadas son suyas?

—Suelen serlo, sí.

Ro asiente a regañadientes como si fuese ella quien estuviese haciendo algo mal.

—Ro, esto es acoso, joder. Es ilegal. Tienes que denunciarlo.

—No me ha hecho daño. A veces hace estas cosas para intentar llamar mi atención. Se crea distintos perfiles en Internet o me llama desde números diferentes. No sé qué tengo que hacer...

Se le rompe la voz y yo siento que no puedo respirar.

—Princesa... —La llamo con un tono áspero en la voz porque casi no me salen las palabras del nudo que siento en la garganta. Abro la

puerta y voy hacia el otro lado del coche para abrir también la suya, puede que con demasiada fuerza—. Ven aquí.

Baja del coche y se hunde en mis brazos. La abrazo tan fuerte como puedo y voy dejándole besos en los rizos mientras le acaricio la espalda, dibujándole círculos con las manos, y me trago la rabia y el cabreo que siento correr por mis venas.

Le vuelve a vibrar el móvil y no puedo evitar cogerlo y separarme de Ro, que está hecha un ovillo, para no pegarle mi rabia.

—¿Qué cojones quieres, cabrón?

Tras una pausa extremadamente larga, una voz que reconocería hasta con los ojos vendados pregunta:

—¿Este no es el número de Ro?

—¿Rhys?

—¿Freddy? —suelta medio atragantado.

Estoy lo bastante lejos de Ro como para que ella no me oiga del todo. Sin embargo, se da cuenta de la confusión que se me dibuja en el rostro.

—¿Qué? Es... ¿Qué pasa? —quiere saber mientras se me acerca.

Me muerdo el labio, desesperado por tranquilizarla.

—Ahora mismo estamos, eh..., estudiando. —Pongo la mano sobre el micrófono, como si así pudiese impedir que se me oyera desde el otro lado de la línea, y le susurro a Ro—: Es Rhys, princesa. Yo me ocupo. —A continuación, vuelvo a dirigirme a Rhys y le pregunto lo que más me incumbe ahora mismo, que es por qué coño llama a Ro.

Ro lo oye y yo no puedo hacer nada para que desaparezca la clara sensación de culpa que la invade. De modo que cedo y le paso el teléfono.

—¿Que por qué...? —responde igual de irritado que yo—. Sadie quiere que deje a sus hermanos en la resi con Ro.

—Hey. Perdona, he tenido algunos problemas con llamadas indeseadas. —Cierro los puños con fuerza y aprieto la mandíbula—. Esto... Eh... No pue... —Mira a nuestro alrededor, como si de repente acabase de acordarse de lo lejos que estamos—. No llegaré a la resi hasta dentro de unas horas. Jolín...

Rhys le dice algo con su habitual tono reconfortante. Consigue calmar a Ro y detesto la irritación inconsciente y repentina que eso me genera hacia mi amigo. «Rhys y Bennett son, los dos, la calma en medio del caos. ¿Cómo vas a conseguir tú calmarla jamás?».

Ro cuelga y levanta los ojos hacia mí, despacio.

—Creo que deberíamos volver.

Cierro los ojos y asiento. Sin embargo, noto una punzada en el corazón que me pide que dé media vuelta y regrese a esa pequeña librería de color pastel para poder alejar a Ro de todo lo que le haga daño.

32

Ro

Es una tranquila noche de jueves. Son mis noches favoritas porque cuido de Oliver y Liam.

Nunca me sabe mal tener que cuidar a los hermanos de Sadie, pero hoy estoy especialmente ilusionada porque mi amiga va a pasar la noche con Rhys Koteskiy. Estoy tan contenta por ella que parece que sea yo la que está de cita romántica.

Los chicos están tumbados entre el sofá y el palé de cojines que tenemos en el suelo, viendo no sé qué película de dibujos animados que ha elegido Liam esta noche. A la siguiente le tocará escoger a Oliver. Tenemos rotuladores y demás material de actividades tirados por el salón, proyectando una caótica aunque acogedora panorámica. Le da un toque de hogar.

Alguien llama a la puerta y nos miramos los tres alternativamente. Me levanto y me acerco a la mirilla. Se me iluminan los ojos en cuanto veo que al otro lado de la puerta de mi apartamento de la resi está Matt Fredderic.

—Vengo con regalitos —dice levantando una caja de pizza que tiene en la mano mientras me sonríe en cuanto abro.

—Freddy. —Me dejo caer contra el marco y me muerdo el labio—. No me pillas en el mejor momento...

Se sonroja y le cambia la expresión a una de abatimiento, como un cachorro al que acaban de regañar.

—Ah, claro... Perdona. No sabía que tenías invita...

—¿Has pedido pizza? —pregunta Liam, que se acerca a la puerta y levanta la vista para mirar a Freddy con los ojos abiertos como platos. Al terminar de estudiarlo detenidamente, Liam me mira enarcando una ceja—. ¿Has asustado al repartidor de pizzas? Sadie sieeempre los asusta.

Río y niego con la cabeza.

—No. Este es mi amigo Freddy. Freddy —cojo a Liam por los hombros y lo acerco más a mí—, este es Liam, el hermano de Sadie.

—Hola. —Le sonríe él con timidez.

—¿Quieres pasar?

—Sí. —Suspira y atraviesa el umbral.

Mientras seguimos a Liam hacia el salón, los escucho con discreción mientras Freddy responde a todas las preguntas atolondradas que le hace el niño de seis años: «¿Estás en el equipo de hockey?», «¿Rhys es tu mejor amigo del mundo mundial?», «¿Tú marcas todos los goles?» y, esta última, seguida de un: «Es *imposible* que seas mejor que mi hermano. Se llama Oliver». Y señala, innecesariamente, a su hermano.

Freddy sonríe al estoico chico de doce años y le dice:

—¿Ah, sí? ¿En qué posición juegas?

—Era ala, pero ahora estoy en la línea defensiva. —Se encoge de hombros—. Soy el más grande del equipo.

No lo dice con arrogancia, sino a modo de aclaración.

Liam salta con un:

—Sí. Y el entrenador Max dice que tiene, eh..., ¿cómo has dicho que se decía?

—Instintos protectores —contesta Oliver, que sigue con la frente un tanto arrugada y se sonroja un poco.

Se parece a Sadie: pelo castaño oscuro y ojos grises. Sin embargo, ahora que tiene el ceño fruncido y que la vergüenza le ha sonrojado la piel, un tanto pecosa, todavía se parece más.

Cojo un paquete de platos de cartón de la estantería de arriba del todo de la cocina y regreso al salón con ellos. Freddy está abriendo la caja de pizza inclinado sobre Liam, que ahora se ha sentado en uno de los cojines que tenemos en el suelo.

En la caja hay triángulos de diferentes tamaños con todos los sabores de pizza que os podáis imaginar metidos ahí dentro, todos juntos, para formar una pizza entera de distintos gustos.

—¿Y este revoltijo de pizzas? —pregunta Oliver, torciendo un poco el gesto al ver la mezcla de trozos.

—Bonita expresión, Ollie —lo alabo en voz baja al pasar.

—Es lo que ha sobrado de la cena del equipo de hockey que hemos hecho en casa de Koteskiy —cuenta Freddy mientras se aclara la voz—. Me ha parecido gracioso, pero ahora que lo veo, tiene una pinta más bien de rara y puede que un tanto asquerosa.

Se frota la nuca y se despeina un poco los rizos. Se sienta con su ancho torso de espaldas a la cocina, con Liam a su derecha, mientras Oliver coge otra botella de agua para su hermano.

No puedo resistirme a tocar a Freddy mientras dejo el paquete de platos en la mesita de café para despeinarlo un poco y apartarle la mano del pelo.

—Muy rara y puede que un tanto asquerosa —repito en plan broma—. Me encanta.

Freddy se relaja y casi presume un poco al mirarme.

—¿Sí?

—Sí. —Asiento.

Cuando empiezo a alejarme, él me recorre la pantorrilla desnuda y le da un delicado apretón antes de soltarme.

Se me pone la piel de gallina bajo su tacto y sigo así incluso un rato después de haberme acomodado en los cojines que tenemos en el suelo, en mi esquina de la mesita de café. Cojo el mando y vuelvo a darle al play.



No pasa ni una hora antes de que Liam se haya quedado frito encima del bíceps de Freddy. La estrella de hockey, normalmente un manojo de nervios, no mueve ni un músculo hasta que me levanto y me dispongo a llevar a Liam.

—Que duerma en la cama de Sadie, mientras. Todavía no he puesto los colchones.

Freddy arruga la frente un poco y pregunta en un susurro:

—¿Te importa si lo llevo yo?

Pero no busca mi visto bueno, sino el de Oliver, que está a su derecha. El mayor de los hermanos de Sadie asiente y empiezo a sentir cómo se forma un nudo en mi garganta cuando veo a Matt Fredderic poniéndole la palma de la mano por detrás de la cabeza a Liam y agachándose para levantar al niño de seis años, que ya está

hecho un ovillo. Camina despacio hacia el cuarto de Sadie y recoloca un poco al pequeño que tiene en brazos para poder abrir la puerta con más facilidad.

Me doy la vuelta para decirle algo a Oliver, pero alguien aporrea la puerta de la entrada con fuerza, sin cesar, y me interrumpe.

—Supongo que será la auxiliar de la resi —le digo a Oliver, que se ha cuadrado de hombros ante el abrupto ruido.

Aunque no debería, porque le hice de tutora gratis el año pasado a cambio de que no me hiciera preguntas sobre la asiduidad con la que se quedaban a dormir los hermanos de Sadie.

—Ro —dice alguien quejándose con voz grave al otro lado de la puerta mientras me acerco.

Conozco demasiado bien esa voz y me da un vuelco enorme el estómago.

Oliver está a mi lado y me coloca la mano en el bíceps para detenerme.

—Quizá no deberíamos abrir —comenta.

Se oyen más golpes e intento esbozar una sonrisa convincente para tranquilizarlo.

—No pasa nada, Oliver. Te lo prometo. ¿Por qué no vas a ver cómo está tu hermano?

El niño niega vehementemente con la cabeza.

—Yo me quedo aquí —anuncia.

«Dios». Casi me atraganto con mi propia saliva. «Quizá no debería abrir y dejar que se pasara la noche llamando a la puerta». Pero eso me parece todavía más perjudicial para los dos niños que tengo ahora aquí, que necesitan sentirse seguros y a salvo, y para quienes

este pequeño apartamento es uno de los pocos lugares a los que pueden acudir siempre.

Así que abro con recelo.

Tyler cruza el umbral con brusquedad y casi se tira encima de mí. Está borracho, tiene los ojos vidriosos y la cara roja, y apesta a alcohol.

—Ro —dice con desdén, agarrándome de los brazos para mantenerse de pie.

Me cuesta un poco contenerme, pero al recordar que tenemos público, permanezco inmóvil.

—¡Eh, suéltala! —grita Oliver haciendo ademán de colocarse frente a mí para protegerme.

Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, Freddy agarra a Oliver por el hombro y lo echa hacia atrás con cuidado. Freddy se coloca delante, tapando a Oliver, alejando a Tyler de mí y acorralándolo sin esfuerzo contra la puerta, que ahora está cerrada. Es como si Tyler fuese un peso pluma ante la ira de Freddy.

—Quieres volver a pelearte conmigo, ¿eh, Donaldson? —Suspira un poco y agarra a Tyler por el cuello de la camisa.

—Aparta, coño —le suelta Tyler, articulando mal las palabras—. He venido a hablar con Ro.

—Con lo listo que pareces, eres estúpido de cojones —ríe Freddy antes de añadir con un tono sumamente cortante—: Aléjate de Ro. Deja de llamarla, déjate de números falsos. Déjala-en-paz. ¿Te ha quedado claro?

—¿O qué?

Freddy tira de él con fuerza y vuelve a empotrarlo contra la pared, ahora un poco más fuerte.

—O sacaré una copia del historial de llamadas y mensajes de texto del móvil de Ro y se lo enviaré a Adam Reiner para que me haga un favor.

Al oírlo mencionar al padre de Bennett, Tyler empalidece.

—No he hecho nada...

—Se llama *acoso*, cabrón. La estás acosando. Y creo que, en un caso como este, una orden de alejamiento implicaría que tendrías que largarte de Waterfell directamente. —Freddy se toma el silencio de Tyler como una señal de aceptación y, sin dejar de agarrarlo por el cuello de la camisa como si fuera un perro, lo empuja hacia el otro lado de la puerta—. No conduzcas, pero vete a tu puta casa. No me hagas llamar a los de seguridad del campus. —Lo agarra por el mismo sitio de nuevo; Tyler se estremece y casi grita—. Te lo digo en serio, Donaldson. Como te pongas detrás de un volante así de borracho, me encargaré de matarte personalmente.

Lo suelta y cierra de un portazo de inmediato. Tengo el cuerpo paralizado. O temblando, no estoy segura. Me enderezo y me giro hacia Oliver, que parece un poco sonrojado y no puede apartar los ojos de la puerta.

—¿Estáis bien? —nos pregunta Freddy a los dos, alternando la vista entre Oliver y yo.

Asiento rápidamente y dejo que repose la mirada en el imponente crío de doce años que está cubriéndome un poco con el hombro, tan protector como siempre.

—¿Oliver? —le pregunta de nuevo y se le acerca un poco—. ¿Estás bien?

—Sí —musita el niño.

—¿Quieres hablar del tema?

El niño arruga aún más la frente. Se parece tantísimo a la cabreada compañera de piso a la que tanto adoro que siento una punzada en el pecho.

—No es asunto tuyo.

—De acuerdo. —Freddy asiente antes de agacharse para quedar al mismo nivel que Oliver—. Pero si necesitas hablar de algo, a Rhys se le da genial escuchar. Y es superprotector. Siempre te cuidará.

Tras una larga pausa durante la cual Oliver guarda silencio, el niño le pregunta:

—¿Y a Sadie?

—También —decimos Freddy y yo a la vez.

Freddy despeina al chaval y Oliver se separa enseguida, pero a Freddy no parece importarle demasiado.

—Mi capitán está loco por tu hermana. Es muy serio y yo le confiaría mi vida sin dudarlo. Cuidará de Sadie, te lo prometo.

Veo que Oliver va asimilando las palabras y sé que le están calando hondo. Si llegar a conocer a Sadie ya es difícil, conseguirlo con Oliver todavía lo es más. Son los dos completamente distintos a Liam, un niño abierto y bondadoso. Oliver es protector, lleva siéndolo desde la primera vez que lo conocí: fue cuando yo iba a primero de carrera y él era un niño enfadado y asustado que me miraba siempre con la frente arrugada, hasta que pareció que me lo había ganado al ayudarle a construir un fuerte de cojines para él y su hermano Liam que, por aquel entonces, tenía tres años.

—Me voy a la cama —anuncia con cierta extrañez antes de dar media vuelta sin preámbulo alguno y echar a andar hacia el cuarto de Sadie.

Freddy me mira con una sonrisa un tanto confusa, hasta que niego con la cabeza y le digo:

—Oliver es así. Todo en orden.

Deja de fruncir tanto el ceño y se le dibuja cierta preocupación en el rostro mientras me envuelve la cara con las manos, con dulzura. Está medio estudiándome medio venerándome, y recorre mi cuerpo entero con la mirada.

—Estás bien.

Creo que quería preguntármelo, pero ha sonado más como si estuviese tratando de convencerse a sí mismo.

—Sí, estoy bien. —Me giro y regreso al salón para ponerme a limpiar—. Más avergonzada que otra cosa.

Freddy arruga la frente y me coge el brazo para detenerme.

—No tienes de qué avergonzarte, Ro. No has hecho nada malo.

Asiento. Prefiero no discutir con él.

—Gracias por haber venido a pasar la noche. Y perdona. Seguramente no haya sido lo que esperabas...

Me baja la mano por el brazo, despacio. Jugueteamos con los dedos, nos los agarramos y luego los soltamos hasta que, al final, los entrelazamos. Se me acelera el corazón.

Me inclino hacia él y Freddy hace lo mismo. Es como si fuésemos imanes. Y me siento igual que me sentí a los dieciocho años en aquel cuchitril de la hermandad universitaria.

«Bésame», pienso, extasiada por Freddy. «Bésame. Acuérdate de ese primer beso».

Me echo hacia atrás porque, al estar tan cerca de él, darme cuenta de que no se acuerda me duele todavía más.

—No te disculpes. Ha sido una noche perfecta. Yo solo quería estar un rato contigo sin tutorías de por medio.

Estamos delante de la puerta de mi habitación. Sería tan fácil ceder otra vez a él... Acercarlo a mí mientras yo me tumbo en la cama y el frescor de las sábanas de flores acaricia mi acalorada piel...

—Claro. —Asiento, y trago saliva con fuerza—. Como amigos.

Al oír esa palabra, Freddy frunce el ceño. Es como si le doliese. Aun así, consigue esbozar una de sus típicas sonrisas al más puro estilo Matt Fredderic (aunque, de todas, es la que menos me gusta a mí) y me da un golpecito en el hombro con el suyo.

—Ya, bueno... —Ahí está: su muletilla favorita—. Amigos.

33

Freddy

Ganar un partido de hockey es como ir colocado. De hecho, es uno de los motivos por los cuales nunca he probado nada más fuerte que el alcohol; por eso y por la continua amenaza de los controles antidopaje aleatorios.

Sin embargo, ganar teniendo a Ro sentada detrás del cristal, brillando con luz propia bajo los focos de la pista, en cierto modo es todavía mejor. Me muero de ganas de verla. Mi pierna no para de temblar y los nervios se adueñan de mí mientras voy desviando la vista hacia las puertas correderas en busca de Sadie y de Ro.

No tardan demasiado. Aparecen en el patio trasero, y Rhys y yo saltamos un poco demasiado ilusionados.

—Bonita chaqueta, Sadie —le digo mientras las chicas se abren paso entre esa variopinta multitud de nuestro círculo de amigos (formado, mayoritariamente, por la primera y la segunda línea del equipo, con la excepción de Toren Kane).

—Gracias —responde un tanto distraída sin apartar sus penetrantes ojos grises de mi capitán—. La ha hecho Ro.

Sadie pasa por mi lado y Ro se detiene justo ahí, con una discreta sonrisa en los labios.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Ro se sonroja—. Y esta. —Ro gira sobre sí misma para enseñarme su cazadora vaquera *vintage* al estilo *patchwork*—. Y tengo una sorpresa para ti.

—¿Porque he ganado? —le pregunto envolviéndole los hombros con un brazo y acercándola a mí con un apretón.

—Claro.

Sonríe y gira la muñeca sin que yo la suelte para enseñarme el «27» que lleva cosido en la manga.

El corazón me late desbocado. Quiero besarla, pero sé que no puedo. En lugar de eso, cojo su mano y la coloco sobre mi pecho para que vea cómo me late el corazón y sepa lo que siento por ella. Para que entienda el inconmensurable nivel de admiración que siento hacia su deslumbrante y tierno corazón, ese que pone siempre por delante para que absolutamente todo el mundo sepa que los ve, que los quiere y que se preocupa por ellos de verdad.

—Freddy —me llama Holden, que va hacia la mesa de *beer pong* —. ¿Preparado?

Asiento antes de colocarle un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—Estás guapísima. —Se me escapa antes de que pueda disimular señalando la mesa con un gesto de la cabeza y preguntándole—: ¿Te animas a jugar con nosotros?



La primera ronda de *beer pong* va bien. Genial, de hecho.

Ro y yo ganamos sin problemas a Holden y a Paloma Blake, que ya lleva un pedo descomunal. Abrazo a Ro por la cintura para celebrarlo y la levanto sutilmente del suelo.

—Hostia puta —resopla Holden, a pesar de que le brillan los ojos cuando me mira. Sacude la cabeza y se deja caer de nuevo contra la silla que tiene detrás, desde donde algunos de nuestros amigos han estado observando nuestra competición más bien poco encarnizada.

—¿Ro?

La grave voz masculina que la llama de esa forma capta mi atención antes que la suya.

Ro se gira y sus suaves labios se curvan formando una amplia y genuina sonrisa cuando ve al chico alto que tiene detrás, que, de hecho, me resulta familiar. El tipo tiene la tez oscura y unos rizos apretados en la parte de arriba de la cabeza; el resto del pelo, lo lleva formando un degradado. El chaval es atractivo. Por desgracia.

—Walker —lo saluda ella—. Hola, ¿qué tal?

Él sonríe y se coloca entre Ro y yo.

—De maravilla. De hecho, ayer ganamos el partido. ¿Fuiste?

Ro niega con la cabeza mientras intento acordarme de qué narices conozco yo a este idiota. «Un partido ayer... Me resulta familiar...».

Walker Taylor: receptor abierto del equipo de fútbol americano de Waterfell. La categoría de élite, los elegibles para la NFL.

—Vaya... —responde este, llevándose la mano al pecho como si le doliese. Me doy cuenta de que yo hago exactamente lo mismo porque siento cierta opresión en esa misma zona—. El semestre pasado me prometiste que...

—Ya lo sé. —Ro suelta un leve gruñido y asiente—. Lo siento. He estado muy ocupada. Pero este semestre estoy siendo más

aventurera.

El chico arquea las cejas, y yo entrecierro los ojos y suelto una maldición por lo bajo al ver la insinuación involuntaria de Ro, que casi nunca tontea así con alguien de forma voluntaria. Aunque, vaya tela, porque el tipo este se está aferrando a la más mínima insinuación de Ro como si fuesen migajas para llegar hasta ella.

—¿SÍ? ¿Lo suficiente como para echar una partida de *beer pong* con tu antiguo alumno?

«Antiguo alumno».

¿Ro fue su maldita tutora?

De repente, me encuentro frotándome el centro del pecho porque siento que el dolor me recorre el cuerpo.

Paloma vuelve a chocar con la mesa y suelta una risita mientras la cerveza nos salpica tanto a ella como a mí, y yo aparto la vista de la escena de flirteo que está ocurriendo delante de mis narices.

Holden se apresura a levantarse y agarra a Paloma por la cintura para obligarla a sentarse en la silla que él mismo acaba de dejar libre; la chica obedece sin rechistar. Va demasiado borracha, y ahí hay algo que... no me cuadra. Si tuviese la capacidad de centrarme en otra cosa que no fuese Rosalie Shariff, intentaría ver qué le pasa a Paloma o buscar a alguna de sus amigas.

Aunque, pensándolo bien, nunca he visto a Paloma con amigas. Al menos, no con amigas de verdad ni con nadie cuyo nombre conozca. Siempre la he visto sola.

Por suerte, cuando vuelvo a desviar la vista hacia ella, Bennett ya ha llegado. Se coloca a su lado, en cuclillas, y se apresura a susurrarle algo al oído. Paloma niega con la cabeza y cierra los ojos. Bennett aprieta la mandíbula con fuerza, pero no se mueve. Al saber

que ya no tengo que estar vigilándola, me relajo un poco. Sé que cualquier miembro de mi equipo cuidaría de ella, pero en quien más confío todavía es en Bennett.

—¿Freddy?

Me doy la vuelta y entonces me doy cuenta de que Ro me ha llamado en repetidas ocasiones. Sin embargo, se está alejando de nuestro lado de la mesa, con Walker detrás, y este le ha acercado la mano justo encima de la cadera. No quiero ni pensar en si Ro lo ha notado, si sabe que tiene la mano ahí o si el tío está esperando a que surja la oportunidad adecuada.

—Dime, princesa —respondo con una sonrisa pícara, obligándome a arrastrar las palabras y a que la voz suene profunda, porque sé que así conseguiré que su piel adquiera ese bonito tono rosa dorado.

Al oírlo, Walker cambia de postura y, finalmente, se decide a posar la mano en la curva de su cintura. Aprieto tantísimo la mandíbula que incluso me duele.

—¿Quieres echar otra partida?

Le sonrío, ahora de verdad, y asiento.

—Por supuesto.



Cuando he aceptado jugar a una segunda ronda de *beer pong*, no tenía la intención de hacer equipo con un Holden extremadamente competitivo que ha intentado convencernos de que nos tragásemos una birra entera por cada punto.

Y lo que quería aún menos era que el puto Walker Taylor (el jugador estrella del equipo de fútbol americano cuyo apellido

también es un nombre de pila y cuyo nombre de pila también es un apellido) estuviese todo el maldito rato encima de mi tutora.

—Espabila —suelta Holden, dándome una palmada tan fuerte en la espalda que casi se me escapa la pelota de ping-pong que tengo en la mano.

Me cabrea, pero consigue alejarme de esa peligrosa fijación y de mis inapropiados pensamientos, esos que me llevan a imaginarme cortándole las manos a Walker Taylor cada vez que las utiliza para «colocar bien» a Ro. Ahora, Rosalie se ha quitado la chaqueta y le han quedado los brazos al descubierto, y él no para de dibujar círculos en su piel.

Acierto fácilmente y llamo la atención de mi tutora, que me sonríe con los ojos llenos de vida y le da un largo y deliberado sorbo a la bebida antes de apartar el vaso.

Cuando Holden acierta, pide que le pasen las pelotas y Walker nos las desliza por encima de la mesa pegajosa y llena de firmas hechas con rotulador y de números de teléfono difuminados. Cojo la pelota verde y la sumerjo rápidamente en uno de los vasos de agua; levanto la vista dispuesto a tirar y, entonces, Walker decide apoyar la barbilla en el hombro semidesnudo de Ro y susurrarle algo al oído. Ella se sonroja.

Se me escapa la pelota de los dedos. No acaba cayendo en ningún vaso ni tocando la mesa siquiera y rebota por el suelo hasta acabar en los pies de Walker.

Ojalá le hubiese dado en la puta boca.

—Joder... —musita Holden, que le da al borde de un vaso al levantarse y el recipiente acaba cayendo—. Yo creo que doy la noche

por finiquitada. —Me da una palmada aún más fuerte en la espalda, se aleja y pregunta—: ¿Alguien ha visto a Paloma?

No respondo. No miro a mi alrededor para ayudar. Porque tengo la ligera sensación de que estoy que ardo por dentro. Debería alegrarme de ver a Ro tonteando con alguien y sonriendo... Si siguiera pensando en ella como en una amiga, me alegraría. Pero ahí hay algo que no me gusta.

Y no puedo deshacerme de la desesperación que siento por que me sonría así a mí. De la misma forma que jamás conseguiré borrar de mi memoria el recuerdo de Ro diciéndome que sería muy fácil querer a alguien como yo.

Creo que sería más sencillo pasarme el resto de mi vida sin el eco de esas palabras atormentándome, sin haber conocido con qué facilidad me defiende, me anima...

Ahora, pasarme el resto de mi vida sin ella me parece complicadísimo. Aunque pasarme el resto de mi vida con ella también me lo parece, porque la admiración y el respeto que siento hacia Ro están empezando a ser tan fuertes que no sé si alguna vez conseguiré superarlos.

—¿Ro? —la llamo antes de que el jugador de fútbol americano intente besarla—. ¿Te importaría ayudarme un segundo con algo?

Si me hubiera respondido de una manera cortante, me habría decepcionado, pero la preocupación inunda su rostro de inmediato y se disculpa con Walker enseguida antes de apartarse de él para seguirme al interior de la casa por la puerta trasera.

—¿Todo bien, Matty?

«Matty». Una sensación de posesividad me recorre de arriba abajo, pero no es de mí hacia ella, sino de ella hacia mí.

Me termino la cerveza, ya caliente, y dejo el vaso en la mesa para coger a Ro de la mano y guiarla hacia las escaleras. Hay unos cuantos grupos en la entrada y alguien abre la puerta principal para que entre un poco de aire fresco en la casa, que está a oscuras y hace muchísimo calor.

Cuando me fijo en que hay una pareja en medio de la escalera, empiezo a chasquear los dedos para indicarles que están en una zona «prohibida», pero entonces me doy cuenta de que es mi compañero de piso.

Bennett tiene a una chica sentada dos peldaños por debajo de él. Ella está envolviendo la gigantesca pierna de Bennett con los brazos y su rubia melena cae por encima de los vaqueros de nuestro portero mientras él le acaricia el pelo despacio, con cuidado y ternura. No está mirándola a ella, sino que está controlando la fiesta, como suele hacer siempre. Pero...

Trastabillo al andar y vuelvo a mirarlos al pasar por delante. Ahí veo que la chica en cuestión es Paloma. Tiene una expresión serena y los ojos cerrados, y está apoyada en el regazo de Reiner mientras nuestro estoico portero la protege con cuidado.

Bennett casi no levanta la vista para mirarme. Aun así, se pone extremadamente serio antes de hacer un gesto con la cabeza para señalar a Ro, que me pisa los talones, y mirarme con el ceño fruncido en señal de desaprobación.

«El que tiene a la puta Paloma Blake durmiendo como un cachorrito en el regazo mientras le acaricias el pelo eres tú. Pero, claro que sí, venga: cuestiona *mis* decisiones».

Sacudo la cabeza y continúo andando. El pulso me late tan fuerte que lo noto en los oídos. Ro me sigue sin perder ni un segundo

hasta que llegamos al pasillo, oscuro y ensombrecido, que separa nuestras habitaciones. Rhys tiene la puerta cerrada, pero escucho algo de música que viene del interior; seguro que están pasándoselo de maravilla con su novia, celebrando la victoria.

Al darme cuenta de que ninguno de los que vivimos en esta casa estamos participando en la fiesta, casi me entran ganas de reír. Pero Ro me agarra el brazo.

—¿Freddy, estás...?

Me giro y apoyo la mano contra la pared, por encima de la cabeza de Ro, para arrinconarla hasta prácticamente rozarle el cuerpo con el mío.

Ro abre los ojos, se le ensombrece la mirada y se le dilatan las pupilas bajo la tenue luz.

—¿Está Tyler?

Su pregunta hace que me dé un vuelco el estómago, y eso aviva un poco los celos que aún siento en mi interior, así como el cabreo que he sentido antes, cuando estábamos abajo, y que todavía no se me ha pasado.

—¿Por qué narices iba a invitar yo al abusón y capullo de tu ex a la fiesta? —suelto entre dientes—. No. Tyler no está aquí.

—Pero... Estás... —Señala con disimulo el punto donde estoy casi recostándome en ella, empujándola ligeramente hacia el hueco del pequeño pasillo que da a mi habitación—. Estás...

Debería centrarme en el hecho de que Ro cree que cualquier muestra de afecto que haya tenido con ella ha sido por Tyler. Pero no puedo.

—¿Ibas a irte a casa con Taylor Walker? —le suelto de golpe, pasándome la mano por el pelo antes de humedecerme el labio

superior.

Veo que Ro sigue el gesto con la mirada y noto cierto cosquilleo en la boca. En un acto reflejo, yo también le miro los labios.

—Yo diría que es al revés...

—Ro. —Sacudo la cabeza y espero a que me mire a los ojos—. ¿Ibas a acostarte con él?

—No —contesta enseguida con firmeza.

Asiento.

—¿Y a besarlo? —quiero saber.

—Puede... Sí.

Se sonroja y su tez morena resplandece. Entre el calor que hace aquí porque la casa está atiborrada de gente y que nos hemos pasado la noche tomando alcohol, se le está empezando a encrespar el pelo y se le van formando pequeños rizos alrededor de la cara.

Vuelvo a asentir.

—Vale. Eso puedo gestionarlo.

—¿Qué quieres decir?

Se me encoge el corazón y siento un nudo en la garganta a la vez que unas mariposas revolotean en mi estómago, cosa que no me había pasado en la vida. Normalmente, cuando estoy así con una chica, reboso confianza porque esta es mi zona de confort.

—¿Querías besarlo porque te gusta?

«La dejaré en paz», me juro a mí mismo. «Como me diga que le gusta, me alejaré de Ro».

Ella niega con la cabeza.

—¿Solo querías besar a alguien y ya está?

Asiente.

La música suena más alto. Las paredes vibran al son de «Scary Love», de The Neighbourhood, y me pregunto si el sonido viene de abajo o del cuarto de Rhys.

—Si quieres besar a alguien, me tienes justo aquí. —Las palabras me salen cargadas de aire, pero sonrío y le voy subiendo la mano por el lateral derecho del cuerpo hasta reposársela en el cuello. Me inclino y le rozo la mejilla con la nariz—. Y, joder... Soy muchísimo mejor que él. Eso te lo aseguro, princesa.

Se humedece sus carnosos labios con la lengua de un color rojo cereza (cortesía de no sé qué bebida que ha ido tomándose a sorbitos mientras jugábamos). Se va mordiendo el labio sin parar en el mismo sitio y yo pierdo el poco control que me quedaba.

Y la beso.

A pesar de estar agarrándola con fuerza, de la ferocidad de mis sentimientos hacia ella y de lo rápido que me late el corazón, la beso con tanta ternura como puedo.

Me separo muy sutilmente, dejando que nuestros labios se sigan rozando y que podamos seguir notando el aliento del otro, y apoyo la frente en la suya.

—Somos amigos —dice Ro un poco aturdida. Le tiembla la voz, jadeante y dulce en este espacio que compartimos—. Los amigos no...

—A veces, los amigos también pueden hacer esto.

—¿Sí?

Alarga las manos tímidamente hacia mí. Me coge el antebrazo con una y me va subiendo la otra por el bíceps hasta descansarla en mi hombro. Me contengo para no pedirle que me lo apriete, que me

clave las uñas (con esos dibujos en la manicura) lo suficientemente fuerte como para dejarme marca a través de la tela de la camiseta.

—Claro —le digo dejándole otro beso en su ardiente cuello—. Esto se me da muy bien. Por favor, Ro, déjame que te lo demuestre. —Vuelvo a acercarle los labios a la piel—. Solo un beso.

Espero un segundo, pero basta con eso para que Ro asienta, se ponga de puntillas y se adueñe de mi boca con entusiasmo. Es todo lo que necesito a modo de permiso para envolverla y abrazarla fuerte contra mí, desesperado por sentir su calor y oler el aroma a flores y coco que desprende su pelo.

Así, con el pelo liso y suave, está preciosa. Sin embargo, una parte de mí echa de menos sus rizos enmarañados, porque me gustaría poder hundir los dedos en ellos como sueño con hacer desde hace semanas.

A Ro se le entrecorta la respiración mientras se separa solo para volver a pegarse contra mí con, tal vez, demasiada fuerza. Aprieto los dientes y trastabillo un poco antes de cogerla para evitar que se caiga. Podría llevarla en brazos, pero es tan perfectamente alta que sus piernas van encontrándose con las mías mientras ambos retrocedemos a trompicones hasta llegar a la puerta de mi habitación. Busco el pomo a tientas para abrirla antes de que acabemos entrando también a trompicones y riendo, obligándonos a separar los labios del otro.

Baja la vista con un poco de timidez y se alisa la seda de su top con las manos. No para de morderse el labio, hinchado, y eso me distrae.

Nos quedamos de pie, quietos un segundo más de lo necesario, hasta que nos sonrojamos los dos. Quiero volver a tocarla, pero por

primera vez desde que tenía catorce años, no sé cómo hacerlo.

—¿Puedo volver a besarte? —me pregunta, y yo sonrío de oreja a oreja.

Quiero cerrar los ojos y disfrutar de lo que me hace sentir su pregunta. Sin embargo, en lugar de eso, asiento y abro los brazos para que Ro venga hacia mí.

De repente, su vergüenza desaparece por completo y Ro hace justamente eso. Presiona sus labios contra los míos y me agarra por los hombros mientras yo retrocedo hasta apoyarme en la puerta para mantener el equilibrio.

Levanto más el muslo, haciendo que Ro se ponga de puntillas y ahogue un grito con la boca pegada a la mía, desesperada, como si la presión que siente la distrajera tanto que no pudiera seguir centrándose en el beso. Empieza a mover las caderas. Al principio, tantea un poco el terreno, luego echa la cabeza hacia atrás y yo la agarro por la cintura para sujetarla mientras se frota conmigo.

Tiro sutilmente de ella, con cuidado. Ro echa las caderas hacia delante sin problema y se le escapa un poco el aire entre los labios. Se me eriza la piel a la altura del cuello.

—Muy bien, princesa —musito antes de recorrer toda su afilada mandíbula con la lengua hasta llegar a su oreja. Beso su mejilla, sonrío y le susurro—: Venga, Rosalie, dime si te gusta.

Ella gime y jadea, y se me sube un poco más al muslo para seguir cabalgándome más deprisa, clavándome las uñas con fuerza en los hombros como si...

«Joder. Está a punto de correrse».

—Matt... —me suplica antes de contonearse deprisa contra mí, frotándose en un total abandono.

—Eso es, cielo. Toma lo que necesites.

Gime con todas sus fuerzas y yo me trago los sonidos con un beso mientras ella va dejándose llevar por el orgasmo. Acto seguido, frena, despacio.

Me hunde la cara en el arco que forman mi hombro y el cuello. Me siento un poco extasiado y, como estoy acariciándole la espalda con dulzura con ambas manos, noto que entra en tensión.

Ro se tensa a más no poder y, de pronto, se separa de mí y se baja del muslo, cabizbaja, con la vista clavada en el suelo. Es como si... como si estuviera avergonzada.

El silencio me chirría en los oídos y me da un vuelco enorme el estómago mientras yo intento esbozar una amable sonrisa antes de levantarle la barbilla.

—Hey, ¿estás bien?

La voz me suena un poco ronca, como si hubiese estado tragando arena.

—¿Ro?

Asiente y levanta la cabeza para mirarme a los ojos como haría una presa ante la fulminante mirada de su depredador. Al verla así, la ansiedad empieza a regresar a mí porque, hasta hace solo unos minutos, Ro estaba siendo supertierna conmigo, disfrutando abiertamente entre mis brazos. Y ahora está tensa y dubitativa.

—Perdona. —Se recoge el pelo en una coleta, lo enreda como si fuese a hacerse un moño solo para dejar que vuelva a caerle por la espalda y se encoge de hombros—. No sé qué me ha pasado. No... no soy... —Cierra los ojos y vuelve a abrirlos para mirarme—. Creo que solo es porque estoy borracha —susurra como si no acabase de clavarme una puñalada en el pecho.

—Yo no voy borracho —balbuceo—. ¿Tú sí?

Estoy convencido de que no está borracha porque no me he separado de ella en toda la noche. Y, aun así, algo parecido al alivio se abre paso en mi interior al verla negar con la cabeza.

—Qué vergüenza... —Levanta las manos para cubrirse la cara, ruborizada de nuevo—. ¿Podemos fingir que esto no ha pasado, por favor?

Si se sintiese claramente avergonzada por haber hecho esto conmigo, por ser así conmigo, aceptaría su súplica. Pero algo me dice que no es por eso.

«Piensa, Matt. Conoces a esta chica».

A pesar de que intento no sacar conclusiones precipitadas, la conozco lo suficiente como para prácticamente notar la presencia de Tyler Donaldson aquí, en mi cuarto, con nosotros. Y la rabia vuelve a invadirme despacio.

—Rosalie —le digo en un tono calmado, pero alzando un poco más la voz en comparación con los susurros de antes—. Yo no me avergüenzo de nada de lo que ha ocurrido. Ha sido increíble. Eres increíble. ¿De qué te avergüenzas tú?

34

Ro

«No llores. No llores. No llores».

Me resulta imposible evitar que se me escapen unas cuantas lágrimas.

Ya han empezado a brotar a causa de la vergüenza que estoy sintiendo, pero las palabras de Matt Fredderic no han hecho sino acabar de llevarme al límite... «*Eres increíble*», me ha dicho. Y el contraste entre esas palabras y el eco de los vestigios de lo que solía decirme Tyler me inunda por dentro. La tierna admiración y maravilla que he visto en sus ojos después de que ocurriese, la dulce caricia de sus manos en mi piel...

—¿De qué te avergüenzas? —vuelve a preguntarme, calmado.

«*Menuda ridiculez, Ro*».

«*No. No vamos a hacer eso. ¿Por qué coño quieres hacer eso? Es denigrante*».

«*Es que ni te veo ni quiero verte así. ¿Acaso no quieres que te respete*?».

Quiero que vuelva a abrazarme, que su fuerza se cuele un poco en mi interior para que no me tiemble la voz al contestar:

—No quiero que pienses que soy una... una zorra. Sé que lo que me pasa no es normal, pero no puedo controlarme. Me dejo llevar.

Claramente no es la respuesta que esperaba Freddy.

Su expresión muta por completo en una mezcla entre asco y shock y abre los ojos a más no poder; es como una pesadilla que acaba de hacerse realidad. Me atraganto con otro sollozo porque sé que Freddy ha estado con otras chicas antes, con muchísimas, y me siento ridícula. Ridícula por haberme corrido tan deprisa. Por haberme cargado el momento justo después. Por haberme frotado contra su muslo en el primer lugar que hemos pillado como un animal en celo.

—Rosalie —me dice tranquilo—. ¿Por qué piensas eso?

«*Cuando te comportas así, pareces una zorra*».

Algo atraviesa su mirada. Una emoción que no logro descifrar. Sin embargo, desearía poder arrancársela de su precioso rostro. Y, entonces, casi a regañadientes, vuelve a apoyarse contra el marco de la puerta y suspira profundamente.

La vulnerabilidad lo envuelve de los pies a la cabeza, como un manto raído y desgastado.

—¿Te acuerdas de la chica que te conté?

Asiento porque no se me ha olvidado ni un segundo de ninguna de las conversaciones que he mantenido con Matt Fredderic, y muchísimo menos una tan delicada como esa, en la que me dijo que él no es solo sonrisas melosas y gestos propios del payaso de clase, que es un chico con un corazón que estoy empezando a pensar que es más delicado que el mío, que se rompe a la mínima de cambio.

—Hacía que me esmerara por su afecto a todas horas. Y yo estaba tan... desesperado... Tantísimo que habría hecho cualquier cosa que

me hubiese pedido, lo que fuera. Y, durante un tiempo, lo hice. Pero... —Niega con la cabeza y cierra los ojos antes de proseguir—. Para ella, la cosa nunca iba de amor, sino de control. Y ya sé que no es lo mismo, pero creo que sabes cómo es sentirse así. Intentarlo todo para que te aprecien.

Vuelvo a asentir y el corazón casi obstaculiza el aire que quiere colárseme en los pulmones mientras intento tragar saliva y respondo:

—Sí...

—Ya... —dice él—. Vale.

—Yo... —Trato de deshacerme del nudo que se me ha instalado en la garganta con todas mis fuerzas y me tiembla la voz—. Daba igual lo que hiciera, siempre hacía algo mal, siempre había algo que lo estropeaba todo. Nunca fui lo suficientemente perfecta. Nunca fui lo bastante lista ni lo bastante sofisticada. Y en la cama... —Bajo la voz hasta susurrar—: Era virgen. Pero quería... Quería hacerlo. Disfruto y a veces me dejo llevar tanto que me comporto como una puta.

—Hey —me corta él con ternura—. Nada de describirnos con esas palabras.

He oído a Matt Fredderic describirse a sí mismo como un «puto» o el «golfo de la uni» en una infinidad de ocasiones. Sin embargo, Freddy es mucho más protector con cualquier otra persona del mundo de lo que lo será jamás consigo mismo.

—Hace muchísimo tiempo que Tyler tiene ese poder sobre mí, y lo odio por ello.

—Sé que sonará a cliché, pero créeme: te entiendo. Yo también le di muchísimo poder a ella, incluso después de que acabara todo. —Hace una mueca—. Cuando desapareció de mi vida, seguía haciendo

cosas pensando en ella, pero era como si estuviese viviendo con una neblina que me encapotaba la mente, como si fuese con el piloto automático puesto y sin rumbo fijo; solo oía su cruel voz en la cabeza. Confiaba en ella, y eso lo complicó todo aún más. —A juzgar por cómo habla, parece como si todo eso se le hiciera una montaña aún a día de hoy—. Así que sé lo mucho que cuesta deshacerte de esas voces. —Me da un tierno y delicado beso en la frente y vuelve a agarrarme la mano—. Pero creo que hablar del tema ayuda.

—Tengo miedo.

—Ro —me dice con la voz ronca y una sonrisa pesarosa en su perfecto rostro—. Me estás rompiendo el corazón, princesa. —Otro beso en la sien—. No pasa nada. No hace falta que me cuentes...

—No —lo corto sacudiendo rápidamente la cabeza—. Quiero contártelo. Es solo que... No quiero que me veas con otros ojos.

Esta confesión tan pura se me escapa de la boca, donde aún noto cierto cosquilleo después de ese beso.

—Eso nunca.

Me dedica una sonrisa tan cegadora que es como si fuese de día y estuviésemos en la playa, bajo el cálido sol de California. Me siento como en casa.

35

Ro

—Tengo una pinta ridícula —comento con un hilo de voz.

Me muerdo el labio inferior y me giro de lado para verme en el espejo.

—Déjame ver —dice la voz de Sadie desde la videollamada en la que estamos ahora mismo, porque yo he dejado el móvil enfocando el techo con la cámara para cambiarme.

Incluso en el apogeo de la faceta fiestera de Sadie, antes de que Rhys Koteskiy apareciera en su vida, mi amiga siempre pasaba Halloween a solas con sus hermanos. En realidad, pasa todas las vacaciones con ellos, aunque yo me ofrezca constantemente para acompañarla o para que venga a casa conmigo a California.

—¡Tacháááán! —digo levantando el móvil, enfocando el espejo y alejándome torpemente para que pueda ver el outfit entero.

Liam aparece en pantalla y le pone la capucha del mono de *wookiee* a Sadie, que se disfraza cada año de lo mismo y seguirá haciéndolo hasta que a Liam se le pase esa obsesión con *Star Wars*.

—Sexi —comenta ella.

No todo el mundo puede sostener la intensidad de su mirada. Sin embargo, Sadie es mi mejor amiga y en su gélida mirada yo solo

encuentro confort.

—Ha sido un buen partido —le informo mientras me aprieto los lazos rojos con los que me he atado mis largas trenzas de raíz—. Rhys ha jugado de maravilla.

Sadie pone los ojos en blanco, pero veo que un atisbo de preocupación cruza muy brevemente su mirada.

—¿Lo has visto bien?

Suele hacer esa misma pregunta muy a menudo y, aunque yo sé que no me lo cuenta todo, sí me ha confesado que Rhys sufrió un golpe muy fuerte la primavera pasada durante un partido y que a veces ella se preocupa cuando él sale a patinar... Sobre todo, si no puede estar ahí para verlo en persona.

Yo le dije que me parecía muy mono que se preocupara tanto por él. Sadie dibujó una falsa mueca y fingió tener arcadas, pero bajo esa fachada se escondía una sonrisa pletórica.

—Increíble. Y Bennett ha conseguido dejar la portería a cero.

—Mírate... —exclama Sadie—. Ya dominas la jerga.

Suelto una risita y me relajo mientras mantengo el equilibrio sobre una sola pierna para subirme las medias blancas hasta medio muslo, que van a conjunto con este vestido de cuadros y de mangas abullonadas que tengo desde hace años, y que nunca he sabido con qué ponerme: así es como acabo consiguiendo la combinación perfecta entre lo mono y lo sensual.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento sexi y, además, me siento yo misma.

—¿Seguro que quieres ir sola? —me pregunta Sadie.

Puede que se le dé fenomenal ir de borde y fingir que le importa todo más bien poco, pero en el fondo se preocupa, y mucho. Sé que

si le dijera que no quiero ir sola llamaría a alguien para que viniese a buscarme o pasaría su cumpleaños conmigo en lugar de estar con sus hermanos. Pero no pienso robarle eso jamás.

—Sí. Voy a pedir un Uber. Está a... cinco minutos en coche o así. Por cierto, ¡felicida...!

—No lo digas o cuelgo —me corta, gruñona. Gira la cara para mirar por encima de ambos hombros y se hunde un poco más en el sofá antes de acercarse todavía más el teléfono—. Bueno, ¿piensas contarme qué tienes con Freddy?

—Nada —me apresuro a responder.

Sin embargo, tartamudeo un poco con la palabra porque se me cuela una imagen de Freddy en la cabeza. Una de él respirando profundamente y susurrándome elogios al oído mientras me...

Me entra calor.

—Somos amigos. —Carraspeo—. Además, sigo siendo su tutora hasta finales de semestre. Es solo que le gusta... tontear.

«Y el contacto físico», quiero añadir. Pero sé qué conclusiones sacará Sadie a partir de la connotación que esconden esas palabras. Además, aunque lo dijera, tampoco iría en ese plan.

Freddy es calidez y luz de esa que brilla y resplandece sobre el azul del océano, esa en la que quieres perderte. Su mirada es cálida como un abrazo. Y siempre acaba tocándome de una manera u otra porque muestra el afecto que tiene por los demás de forma física, pero sin que tenga absolutamente nada que ver con la atracción.

Con sus amigos y compañeros de equipo es igual: una palmadita en la espalda o un apretón de hombros, fuertes abrazos y choques de pectorales o de cascos después de un gol para celebrarlo... Es fácil ver que necesita contacto físico, por más platónico que sea,

pero me resulta aún más fácil imaginármelo intimando casualmente con alguna chica a la que encuentre atractiva; con una novia, quizá.

Con una mano en el muslo mientras conduce, dibujándome círculos en la piel. Agarrados siempre de la mano y jugueteando con los dedos por encima de la mesa durante alguna conversación. O por debajo de la mesa, antes de colármela por debajo de la falda e ir subiéndomela, ejerciendo presión hasta que ya no puedo contener mis...

—¿Ro?

Sacudo la cabeza e intento, por milésima vez, quitarme esa imagen de la mente. Esa de Matt Fredderic empotrado contra la puerta de su cuarto, con los labios hinchados de tanto besarnos y la camisa arrugada por mi culpa antes de que dicha imagen destroce hasta la última neurona que me queda.

—¿Sí?

—Diviértete esta noche. —Sadie me atraviesa con la mirada, como si sus palabras fuesen más una amenaza que una sugerencia—. Si no, te vas a enterar...

—¿Desea algo más, mi reina del hielo? —le pregunto haciéndole una reverencia en plan vacilón.

—Sí. —Sonríe—. Deberías ponerte mi pintalabios. Está en la repisa del baño.



Ya he llegado!

Escribo a Freddy mientras cruzo la puerta, que está abierta. Cuando llego, la fiesta ya está en pleno apogeo. Me abro paso por el atestado salón, con invitados por todas partes, bailando pegados los unos a los otros o apoyados contra las paredes.

Me resulta abrumador por un segundo y, como no encuentro a Freddy y veo que tampoco me contesta, echo a andar hacia los baños. Necesito un respiro.

La puerta está cerrada con pestillo y, en una hoja de papel, han puesto: «tías». Aquí se está un pelín más tranquilo, así que me apoyo contra la pared y desvío la vista hacia el jardín. Han encendido una hoguera a lo lejos y, alrededor de esta, hay un grupo de chicos y chicas riendo y charlando.

La puerta corredera que da al jardín se abre un poco bruscamente y entran dos personas a trompicones. La chica va vestida de Hiedra Venenosa, con unas medias verdes, un corsé también verde, el pelo rojo chillón y...

Paloma Blake.

Paloma Blake con una peluca roja y los ojos enrojecidos entrando en la casa a trompicones con alguien gigantesco pisándole los talones. Se mete en el baño que está vacío, donde los muy brutos han puesto un papel a modo de cartel que dice «pollas», y cierra de un portazo.

La persona que iba detrás de ella se queda en mi tranquilo pasillo sin decir nada, simplemente se apoya en la pared de delante. Como lleva una máscara de Ghostface, no sé si me está mirando. Entre esto y que va con unos simples vaqueros y una camisa prácticamente translúcida (porque está empapada y se le pega a la

piel) y abierta casi del todo, diría que no se ha esmerado demasiado en encontrar disfraz.

Se acaba de desabotonar la prenda y se la quita, dejando a la vista su piel morena. Casi me atraganto con mi propia saliva. Este tío es músculo sobre músculo y su cuerpo adopta un tono ámbar bajo la luz de la única lámpara de pie que hay en este espacio, que a todas luces parece gritar: «decoración del cuarto de un tío».

Acto seguido, el chaval se quita la máscara. Y es ahí cuando me doy cuenta de que es el tío que le pegó a Tyler: Toren Kane.

Lo busqué después de toparnos esa vez y de oír cómo anunciaban su nombre en el partido que jugaron en casa. Es igual de aterrador que como me lo imaginaba e incluso me atrevería a decir que, en persona, todavía da más miedo. Bueno, la máscara de Ghostface tampoco ayuda, que digamos.

Está recubierto de tatuajes y no puedo evitar estudiarlos poco a poco. Reconozco algunos.

La noche estrellada le envuelve el torso. *El dormitorio en Arlés* en un bíceps. En el brazo lleva un diseño único que parece una mezcla entre el famoso autorretrato de Van Gogh y el jarrón de girasoles. El *Almendro en flor* desciende por el otro brazo hasta casi rozarle la punta de los dedos. Este chico está bañado en obras de Van Gogh.

Y no solo obras famosas. También lleva algunas menos conocidas.

Tiene tatuado el *Cráneo con cigarro encendido*, pero este diseño está envuelto por una mezcla de paisajes y escenas campestres que imagino que estarán basadas en el trabajo del renombrado artista. Y aunque todo está pintado en tonos grises y negros, es fácil reconocer las obras.

Como me ha pillado mirando y me pongo roja como un tomate de la vergüenza, le pregunto tartamudeando:

—¿Superfan de Van Gogh?

Al oír mi pregunta, se tensa de los pies a la cabeza y, acto seguido, me mira a los ojos un tanto extrañado.

—¿Cómo dices?

Se me seca la boca y el sudor me empapa el cuello ante la intensidad de su mirada. Del mismo color que el oro fundido. Furiosa como una cerilla en plena incandescencia.

—Tus... tus tatuajes. Es... es como una colección entera de Van Gogh.

Enarca las cejas.

A lo mejor nunca nadie se lo ha preguntado. A lo mejor solo han reconocido *La noche estrellada* y los girasoles, pero no se han molestado en fijarse en que ha convertido su piel en un santuario para las obras del artista.

—Sí. Me... me gustan sus obras.

Se lleva la mano derecha al bíceps y se acaricia distraídamente la tinta que le cubre esa zona. Entrecierro los ojos para mirar con más detalle el punto en el que tiene tatuado un ramo de lirios entre todos esos cuadros y bocetos de Van Gogh. De hecho, acabo localizando varios manojos alrededor de su cuerpo, esparcidos entre las distintas imágenes que le cubren la piel.

—No sabía que Van Gogh pintase lirios.

Por algún motivo, mis palabras lo llevan a tensarse de arriba abajo. Es como si yo acabase de darle a un botón. Una silenciosa ira atraviesa su rostro antes de que el chico se cuadre de hombros, suspire profundamente y me haga un gesto con la cabeza.

—Si chasqueas los tacones tres veces, ¿crees que terminarás en tu residencia o en la cama de Fredderic? —suelta con una sonrisa socarrona antes de pillar la máscara, volver a ponérsela, coger la camisa con la otra mano y salir cabreado de allí.

36

Ro

Alguien disfrazado de Tortuga Ninja viene bailando hacia mí. Se mueve tan sincronizado al son de «Gasoline», de The Weeknd, que es como si estuviese delirando un poco y hubiese regresado a primero de carrera, cuando lo vi por primera vez.

Nunca le he preguntado a Matt si se acuerda de que ya nos conocimos al empezar la uni. Ni le he contado que, hace tres años, me pasé horas, días y semanas esperándolo. Dudo que pueda soportar su respuesta, tanto si se acuerda como si no. Ninguna de las dos traería nada bueno.

Sacudo la cabeza con una sonrisa bobalicona en los labios al ver a Matt Fredderic descamisado y pintado de verde mientras él se mueve, juguetón, a mi alrededor.

—Hola, Rosalie —me susurra al oído cuando lo tengo suficientemente cerca.

—Hola, Matty.

Me abraza con fuerza y yo chillo y me echo hacia atrás para asegurarme de que no me ha manchado de verde.

—Venga ya, princesa —dice jugando con la punta de mi coleta—. Ya sabes que nunca estropearía este disfraz tan mono. Te lo has

currado un montón.

Estudio a Matt con la mirada y una sonrisa se dibuja en mi cara.

La pintura verde y amarilla que le cubre la cara, el cuello, el torso y los brazos no parece seguir un patrón correcto; es como si quienquiera que le hubiese pintado hubiera tenido que enfrentarse a un Freddy distraído que no paraba de moverse. Me imagino a un paciente Bennett tirando la toalla con el trabajo a medio hacer, lo cual explicaría por qué tiene los brazos a trozos en lugar de tenerlos pintados del todo. Lleva una máscara lila con unos cortes mal hechos a la altura de los ojos, bien atada a la cabeza y envuelta por sus atractivamente despeinados mechones de pelo, lo cual viene a ser típico en Freddy.

—¿Qué Tortuga Ninja se supone que eres?

Se lleva la mano al pecho, con fuerza.

—Me siento insultado. ¿No lo sabes?

—Soy hija única y no veía dibujos ni pelis —le cuento encogiéndome de hombros.

—¿En serio? ¿Estabas demasiado ocupada con Beethoven para bebés? ¿O con pelis para mejorar tu coeficiente intelectual ya desde pequeñita, cerebrito mío?

Me arde la cara. Suelto una risita y asiento. Las dos copas que me he tomado ya empiezan a hacer su efecto. No es que su presencia me ponga contentilla, sino que me embriaga por completo. Perderse en la calidez que es Matt resulta casi demasiado fácil.

«Sería muy fácil quererlo», pienso para mis adentros.

Me ha venido de un pelo no soltar este comentario. Le cojo la mano y tiro de él para acercarlo a mí.

—¿Bailas conmigo? —le pregunto.

Él sonríe y me roza la nariz con la suya.

—Siempre.

Se separa un momento para beberse la cerveza de un tirón. Le recorro la nuez del cuello con la mirada y se me hace la boca agua al verlo tragar.

Matt me coge de la mano y me hace girar. Lo acerco un poco a mí. Soy plenamente consciente de que estoy jugando con fuego, pero me da igual.

—Eres preciosa —me susurra al oído antes de echarse hacia atrás de nuevo para dedicarme una sonrisa pícara que es toda dulzura, y no una de esas que suele usar para ligar.

Le envuelvo el cuello con los brazos para acercarlo a mí y siento que se me encoge el corazón. Freddy huele a whisky y a pintura corporal, y siento que es peligrosamente mío.



Matt Fredderic va completamente borracho.

Tiene los ojos vidriosos a causa de los chupitos que nos hemos tomado, sobre todo los que se ha tomado él en mi lugar cuando yo he dicho que no quería beber más, pero al grupo le apetecía seguir jugando al juego que tocase en ese momento.

A lo largo de la noche, ha reído y ha hecho bromas con sus compañeros de equipo, pero se ha asegurado de que me sintiera incluida en todo momento. Me estoy dando cuenta de que Freddy nunca deja que nadie se sienta como un intruso. Es amable con todo el mundo. Es físicamente atractivo, sí, pero lo que lo hace más atractivo es cómo trata a quienes lo rodean.

Bennett nos ha traído a la Hockey-morada y, una vez allí, se ha brindado a llevarme a la resi, lo cual ha hecho que Matt, que estaba adormilado en el asiento trasero, se pusiera a rechistar enseguida y abrazarme desde detrás del asiento. El portero del equipo ha sacudido la cabeza, pero se ha ofrecido para ayudarnos a entrar. Como parecía inquieto, le he asegurado que podía encargarme de Freddy yo sola y meterlo en casa, lo cual está resultando más complicado de lo que pensaba.

Subir estos escalones despacio con el peso añadido de un musculado jugador de hockey de metro noventa no es fácil. Aun así, consigo guiarlo hacia su cuarto por más que me distraiga notar su aliento en el cuello cada vez que exhala, porque tiene la cabeza en mi hombro.

Reposa todo su peso en mí y su cuerpo brilla bajo la tenue luz de la lamparita que tiene en su desordenada habitación. Aunque ahora me doy cuenta de que se trata de un caos organizado. Nada más girarme para cerrar la puerta, Freddy se tumba bocarriba en la cama.

—Buenas noches —dice sonriendo.

Así de adormilado, emana un aire tan pueril que no puedo evitar mirarlo maravillada.

—No tan deprisa, Matty —lo reprendo mientras le sacudo los brazos y tiro de una mano hasta que vuelve a sentarse.

—Quiero dormir. ¿No quieres dormir conmigo, Dorothy? —Debo de haber exhalado demasiado fuerte, porque se le curvan los labios y me aprieta sutilmente la mano—. ¿O prefieres que te llame *princesa*?

—Venga. —Vuelvo a tirar de él—. No puedes irte a dormir pintado de verde. Tenemos que meterte en la ducha.

—¿Y me lavarás tú?

—Si con eso lo consigo, sí.

Se le dibuja una sonrisa deslumbrante en los labios y, de repente, toda la energía que parecía que había abandonado su cuerpo regresa a él con brío. Se levanta y se mete en el baño casi a la velocidad de la luz.

La ducha es pequeña, no más que un estrecho cuadradito donde no cabremos los dos ni de coña. Así que dejo que se siente en el váter y abro el grifo para que corra el agua hasta que salga caliente.

Rebusco entre sus cajones y armarios y encuentro unas toallitas para bebés escondidas detrás de un montón de productos por utilizar y una torre de toallas de varios colores.

Cojo la más gruesa. Es suave y la dejo encima del poco espacio que hay en la repisa. Saco dos toallitas y, en voz baja, le pido a Matt que cierre los ojos. Le quito la máscara y le limpio la pintura que cubre su hermosa cara. A medida que voy pasándole la toallita, se le sonroja un poco la piel, pero él se relaja y la respiración empieza a volvérsele cada vez más profunda y pesada.

Cojo un paño, lo mojo y me pongo a tararear una canción de Cigarettes After Sex en voz baja.

Sigo limpiándole el cuello, quitándole la pintura verde que poco a poco va desapareciendo, y le voy moviendo cuidadosamente la cadena para asegurarme de que también quede limpia, incluido su elaborado colgante: un pequeño y delicado grabado de dos figuras aladas abrazándose. Como nunca lo había visto tan de cerca, aprovecho para inspeccionarlo. Reconozco las figuras: es una famosa

representación de Psique y Cupido. Quiero preguntarle por el collar, pero tiene los ojos casi cerrados del todo. ¿Se habrá quedado dormido?

A pesar de que he mojado la toalla con agua caliente, se le pone la piel de gallina en todas las partes del cuerpo que quedan expuestas. Levanto la toalla para limpiarle la cara con delicadeza.

—¿Te gusta porque es más listo que yo?

Lo pregunta con un hilo de voz tan delicado que, por un segundo, estoy convencida de que no ha dicho nada. De que ese susurro ha sido cosa de mi imaginación.

Detengo el movimiento de la mano justo encima de su mejilla y desvío la vista hacia los ojos de Freddy, pero él está mirando abajo mientras juguetea con el dobladillo de mi falda extremadamente corta.

—¿Quién? —le pregunto tras aclararme la voz.

—Donaldson. Saliste mucho tiempo con él. ¿Es porque es listo?

Me distraen sus manos. Tiene una cálida palma apoyada en la parte de atrás de mi muslo, como si estuviese intentando que me quedase justo ahí, entre sus piernas abiertas. Y, con la otra, está dibujándome espirales con los dedos justo encima de las medias, jugueteando con la tela y con la piel que me queda al descubierto entre el encaje y la falda.

Sin embargo, su voz no es la del tono coqueto o guasón típico de Matt Fredderic. Ni tampoco suelta ninguna broma para disimular sus inseguridades.

—Matt... —Se me atascan las palabras—. Lo hemos dejado. Definitivamente. Y tampoco es tan listo, te lo prometo. De hecho, creo que tú eres más listo que él en muchos aspectos.

Levanta la vista hacia mí; unas cuantas motas verdes, como pecas, le salpican la piel bajo los ojos, y una sonrisa preciosa se le abre en los labios carnosos.

—Ya, bueno... —Pone los ojos en blanco en plan juguetón—. Ojalá yo fuese igual de listo que tú. Eres increíble.

Se me encoge el corazón al oírlo justo antes de que empiece a latirme con fuerza. Es como si tanto el corazón como los brazos me estuviesen suplicando a gritos que lo abrazara.

—Tú sí que eres increíble, Matt —susurro mientras le limpio el verde que todavía le queda donde le nace el pelo. Ya tiene toda la cara limpia, pero yo sigo acariciándole la piel con unos movimientos suaves y delicados—. Eres superlisto y creativo y divertido. Eres increíble.

Suspira. Noto su aliento en los dedos y entonces me doy cuenta de que estaba recorriendo sus labios.

—Me muero de ganas de volver a besarte —resopla, y sacude la cabeza—. Pero te prometí que seríamos solo amigos.

«Yo también quiero besarte».

«Desesperadísimamente».

Pero la amistad que tengo con Matt me importa demasiado, así que trago saliva para humedecerme la boca seca por el fuerte anhelo que siento por él.

—Me encanta ser tu amiga, Matt —le digo, porque es cierto.

Pero también se lo digo porque no se me ocurre nada más aparte de: «Sí, bésame, por favor» o «Esto de ser solo amigos creo que está muy sobrevalorado».

Como él sonríe, yo le devuelvo el gesto.

Con la misma naturalidad con la que respiro.

—Esto es mucho más difícil que un examen. —Gruñe un poco y agacha la cabeza hasta rozarme el estómago.

—¿El qué?

—No tocarte —susurra antes de separarse de mis brazos con cuidado, balancearse lentamente hasta llegar a la ducha y girar el grifo con torpeza—. Necesito pegarme una ducha fría antes de que haga algo de lo que luego te arrepientas.

37

Ro

Dejarlo solo en la ducha es como dejar solo a un cachorro triste.

Pero tanto él como yo necesitamos un respiro. No podemos seguir tensando la cuerda de nuestra amistad de esa manera. Significa demasiado para mí.

Así pues, me pongo a deambular por el organizado desorden de su cuarto. ¿Debería irme antes de que vuelva él para que así estemos los dos a salvo?

Abre la puerta del baño sin haber cerrado el grifo de la ducha y una nube de vapor sale tras él.

Freddy lleva una toalla que le cuelga de forma precaria de la cintura y que está sujetándose en el lateral con la mano, como si no se hubiese ni molestado en taparse bien. Con cada paso que da, todo el muslo centellea, hasta la cadera, y unas gotas de agua resplandecen sobre el tatuaje de la mariposa que cubre su sonrosada piel.

De repente, me invade la necesidad de buscar «¿Los humanos pueden atragantarse con su propia saliva?» en Google para asegurarme de que no tengo que ir corriendo al hospital.

Por más que adore a Freddy y que haya intentado que todos mis pensamientos se queden tan en la *friendzone* como sea posible, es muy difícil ignorar su belleza. Es tan atractivo... Con esa mandíbula marcada y sus gruesos y apretados labios que ya sé que saben a caramelo... Ahora, su rubia melena ha quedado más oscurecida por el agua, que sigue mojándole esos fuertes hombros y le resbala por ese musculado abdomen.

—¿Ro? —me llama.

Es como si hubiese estado intentando captar mi atención mientras yo me lo comía con la mirada.

—¿Sí?

Noto cierto calor en las mejillas a causa del bochorno.

—Puedes ducharte. —Se hace a un lado dejando entrever, de nuevo y de forma indecente, todo su muslo—. Te he dejado una toalla preparada. Y te dejaré algo de ropa para que puedas cambiarte. Si quieres.

«Di que no. Dile: "Gracias, Matt, pero debería pedir un taxi e irme a dormir a casa"».

Sin embargo, asiento y me meto de cabeza en el baño para ducharme bajo la vaporosa y cálida agua. Busco en ese cajón sorprendentemente grande y repleto de diversas cosas, entre las cuales encuentro limpiadores faciales y cremas hidratantes en formato viaje, así como unos productos increíbles para el pelo. Todo en recipientes y cajones distintos.

No debería extrañarme semejante selección. El chico es guapo y está clarísimo que cuida su imagen e higiene.

Me lo tomo con calma (aunque me juro a mí misma que no lo hago para evitar a Freddy). Salgo de la ducha con la piel enrojecida

y cojo la ropa que me ha dejado en el umbral de la puerta antes de cerrarla del todo: unos pantalones cortos de deporte con cordón que consigo atarme a la altura de la cintura y una camiseta que me cuelga un par de centímetros por debajo de los pantalones y que hace que me sienta como si no llevase nada debajo gracias a que tengo unas piernas larguísimas.

No sé por qué, pero pensaba que al salir del baño me lo encontraría vestido de pies a cabeza. Sin embargo, Freddy está tumbado en la cama (deshecha), con un bóxer estrecho de color gris que, básicamente, no deja nada a la imaginación. Desvío la vista hacia el techo de golpe; en cierto modo, esto resulta todavía peor, así que clavo la mirada en mis pies.

—Me, esto... —carraspeo.

Tengo la sensación de que me arde el cuello a pesar de llevar el pelo recogido en un moño.

—Puedes... —dice antes de apoyarse en los codos.

Se le tensan los abdominales con el movimiento y se le relajan de inmediato. Joder, parece un provocativo modelo de ropa interior. Sin embargo, su expresión es la misma que la de un cachorro pateado: tiene el ceño fruncido y la mirada entristecida. Detesto verlo así.

Me acerco un poco a él, atraída por su magnetismo.

—¿Te quedas a dormir? —me pregunta y alarga la mano para coger la mía. La acepto y jugueteamos con los dedos del otro—. Solo... Quédate.

—Vale.

Apago la luz. Aparece algo en la tele, sin sonido pero con el brillo suficiente como para iluminarnos a nosotros también: los dos mismos chicos de siempre, comiendo algo rarísimo en un escritorio.

Es un programa que hace sentir bien a Freddy y que suele poner a menudo. Es relajante y reconfortante, acogedor, por extraño que parezca.

Me hundo en la cama, en la parte que Freddy ha dejado libre para mí, hasta que me envuelve con sus cálidos brazos por la cintura y me acerca a su firme y cálido pecho.

—¿Puedo?

Su susurro me acaricia la piel justo debajo de la oreja y siento un escalofrío.

—Sí —respondo en un hilo de voz prácticamente inaudible.

—Solo quiero abrazarte. Solo hoy, por favor.

Tardo demasiado en quedarme dormida, cortesía de la maravillosa distracción que supone notar su ligero aliento en el cuello.



Estamos a viernes por la tarde y Sadie me ha dejado vía libre para que la peine y la maquille como yo quiera. Eso sí: seguirá poniéndose su pintalabios oscuro habitual; de todos modos, y por más que me dejara, jamás se lo cambiaría.

—Hacía un montón que no dejabas que te peinara. —Le sonrío a través del espejo—. De hecho..., ¿me has dejado alguna...?

—Calla —me corta riendo y me da un sutil codazo en la cadera. Se muerde el labio inferior y estudia el recogido que le he hecho—. Ha quedado... genial.

Sus palabras son sinceras, genuinas, al más puro estilo de Sadie, ya esté alabándote o criticándote. Va de dura, como siempre, pero

cuanto más tiempo pasa con Rhys Koteskiy, más puedo ver la dulzura que emana de su persona.

Rhys trata a Sadie, que es dura como una piedra, como si fuese de porcelana. Y creo que, bajo la atención del jugador, algo en el interior de mi amiga está empezando a relajarse, despacio.

—¿Puedo ver ya el vestido? —me pregunta pronunciando las palabras con dificultad porque se está pintando los labios de ese color cereza oscuro y tiene la boca entreabierta.

—¡Sí!

Ilusionada, corro hacia la puerta del armario que tienen en el cuarto extra de la Hockey-morada. Ahora, en esta habitación hay dos camas individuales plegables que tengo clarísimo que ha comprado Rhys para que los hermanos de Sadie puedan quedarse a pasar la noche aquí, con ella, y tengan un lugar al que ir que no sea su casa, donde la felicidad brilla por su ausencia.

Tras coger este simple vestido negro de seda que Sadie sabrá llevar con elegancia, me giro y se lo enseño a mi mejor amiga con una pizca de dramatismo.

Abre sus bonitos ojos grises de par en par y se sonroja mientras se acerca y acaricia la tela con la mano.

—Ay, Dios... —suelto—. ¿Vas a llorar?

—No —contesta casi gritando y pestañeando deprisa—. Me... No, no iba a llorar. O sea, ¡no lloraré!

Está a puntísimo de llorar. Claramente.

—Sadie... —digo gimoteando y se me empiezan a llenar los ojos de lágrimas.

Intento abrazarla, pero me aparta de un manotazo y sacude la cabeza a toda prisa.

—No. —Se separa y yo la persigo, vestido en mano—. Esto me lo has pegado tú. Yo no lloro por estas tonterías.

Me llevo una mano al pecho, me detengo y la miro como si fuese el último gatito más dulce del mundo en adopción.

—A mí me da que yo no tengo la culpa de nada —respondo, y luego cuelgo el vestido en lo alto de la puerta—. Diría que si estás así de emotiva y sentimental es porque estás *enamoraaadaaa* —añado remarcando la última palabra, moviendo repetidamente las cejas con la vista puesta en ella antes de agacharme por si decide tirarme uno de sus tacones de tiras.

—Menuda tontería... —se queja.

Se estrecha un poco más mi peludo albornoz a la altura de los hombros. La prenda le cubre el cuerpo entero. Aun así, ella no niega lo que acabo de sugerir.

Sí: está enamorada de él.

—Deberías decírselo.

Sus labios se curvan hacia abajo y frunce sutilmente el ceño mientras se mira en el espejo. ¿Verá lo mismo que veo yo cuando la miro? ¿A la chica más fuerte y segura de sí misma que conozco? ¿A alguien a quien admiro y a quien tomo como ejemplo en muchísimos aspectos?

—Puede... —susurra.

Saco el vestido de la percha y Sadie me lo coge de las manos. Se mete en el baño y entrecierra la puerta para ponérselo.

—¿Me lo abrochas? —me pide pasados unos segundos.

Me meto en aquel baño vacío y prístino, y sonrío pletórica al ver lo bien que le queda el vestido, cuya raja es ideal para su tonificado

muslo. Además, aunque Sadie sea bajita, el corte de la prenda la hace parecer más alta.

—¿Sabes? —me dice, con su mirada centelleando sutilmente mientras yo le cojo la cremallera y se la subo por la espalda, tirando con delicadeza de la tela para que no se enganche—. Podrías venir con nosotros. Bennett te llevaría encantado. Rhys dice que nunca ha llevado a ninguna cita.

«De hecho, Bennett sí llevaría encantado a alguien, pero si ni siquiera Rhys sabe quién es la chica en cuestión, dudo que el resto vayamos a saberlo jamás».

—O Freddy.

Lo dice con segundas y a mí me entran ganas de chincharla para ver qué sabe.

En concreto, para ver si sabe que Freddy me lo pidió. Después de presentarse en mi clase y esperar a que saliera, me preguntó si «por favor, por favor» lo ayudaría a buscar traje e incluso se ofreció para comprarme un *dirty chai* extragrande por ir de compras con él.

No hacía falta que me sobornara de esa forma, pero yo me dejé mimar.

Nos pasamos la tarde mirando algunas tiendas en el centro de Waterfell y, al final, nos decantamos por una *vintage* a la que yo ya había ido antes. Sobre todo porque el traje azul marino que tenían en el escaparate me llamó la atención de inmediato. Freddy se lo probó, pero le quedaba grande. De todas formas, los arreglos que había que hacer no eran demasiado complicados y podía ajustárselo yo misma.

Y, en el silencio de mi habitación en la resi, a altas horas de la noche y después de que tomarle las medidas de su ancho pecho nos

llevase a respirar con pesadez a los dos y a casi besarnos de nuevo, Freddy se separó de mí con su sonrisa habitual y se sentó en mi cama. Aun así, no lo vi cómodo en ningún momento: parecía más bien tenso y nervioso.

«Podrías venir conmigo. Como mi cita».

Sentí que se me ensanchaba el corazón. Me lo planteé durante un largo minuto. Me lo imaginé.

Pero recordé que esa fecha estaba bien marcada en el calendario que tenemos colgando de la puerta de la nevera, rodeada en rojo y decorada con corazones. Sadie me lo contó llena de ilusión cuando me preguntó si podría cuidar de Oliver y Liam.

«No puedo. Lo siento».

Eso le respondí a Freddy.

Él sacudió la cabeza con una afligida sonrisa en los labios que hizo que se me encogiera el corazón y luego asintió.

«Ya. Por supuesto, claro».

Sé que solo tendría que mencionar que me apetecería ir para que Sadie contratara a una canguro, aunque detesta tener que hacerlo con toda su alma si no conoce a la chica en cuestión. Sin embargo, quiero que, por una vez en la vida, Sadie se divierta. Cuando se divierte de verdad, ya no se siente vacía, se siente llena.

Rhys le hace bien. El amor le hace bien.

—¿Ahora haces de celestina?

Sonríe.

—Venga ya, ¿una tutora y un deportista?

Lo dice en tono juguetón, riéndose de lo mucho que le he vacilado yo con el cliché de una patinadora artística y un jugador de hockey,

y de la de veces que le he dicho que hacen la típica pareja perfecta de novela romántica.

—Ya, bueno... —respondo. Esta muletilla que tan a menudo utiliza Freddy me sabe amarga y me basta con eso y con saber que voy a tener que verlo cuando bajemos (vestido con la bonita americana que yo misma le ayudé a escoger) para que los nervios se adueñen de mí y me invada la apremiante necesidad de salir por patas—. Además, alguien tendrá que cuidar de Oliver y Liam.

—No creo que a los Koteskiy les importase que vinieran —comenta Sadie, aunque sus palabras van cargadas de ansiedad. Es como si no estuviera segura de hasta qué punto lo que acaba de decir pueda ser cierto.

«Hazlo por ella».

—En serio: me hace mucha ilusión pasar la noche con los peques.

Sadie niega con la cabeza.

—No. Tú ve a recogerlos al entreno. Hoy les toca noche de pizza, así que acabarán tarde igualmente. Y, luego, llévatelos a la resi o a donde quieras hasta que termine la gala. Pero he pensado que pueden quedarse aquí.

—¿Estás segura? Si Rhys y tú queréis tener algo de intimidad...

—No. No quiero dejarlos otra noche solos tan seguido.

Acato órdenes, asiento y le vuelvo a colocar bien un mechón del flequillo que sé que se corta ella misma una vez al mes. Si me sobrara algo de dinero, la enviaría a una peluquería como Dios manda. Sadie tiene el pelo ideal para hacerse algo guay y creativo, algo más que mi creación chapucera basada en un tutorial que he encontrado en YouTube.

—¿Preparada?

«¿Para ver a Matt Fredderic en un traje que, cuando le vi probarse por vez primera, casi hace que me atragante con el *dirty chai*? No. Para nada».

Aun así, asiento y le ofrezco el brazo para que pueda ponerse bien los tacones de tiras antes de bajar las escaleras.

38

Freddy

Odio los hospitales.

La gala ha ido genial, como todo lo que cuenta con el apoyo de Max y Anna Koteskiy. Sin embargo, el subidón que he sentido en aquella sala repleta de gente y con tan buen ambiente se ha desvanecido en cuanto Rhys ha aparecido justo a mi lado y el de sus padres con una evidente expresión de pánico y una Sadie aterrada y con los ojos muy abiertos al lado.

Nos hemos ido y hemos dejado en la sala a Bennett (que seguía perdido por ahí) para venir directos al hospital. No me ha dado tiempo de preguntar qué había pasado antes de llegar aquí, porque la tensión que se respiraba en el coche era tal que he sido incapaz de abrir la boca y menos aún de suplicarles que me dejaran en el arcén de la autopista mismo para no tener que entrar con ellos.

Todavía me noto las tripas revueltas y casi he tenido que disculparme para ir al baño y vomitar en más de una ocasión. Aun así, he conseguido mantener la compostura por el bien del crío que tengo ahora mismo sentado en el regazo, que está jugando con mi iPad.

El olor a cobre y a antiséptico está haciendo que una neblina de recuerdos que tan fervientemente quiero contener vuelva a mí.

«*¿Has ganado el partido, Matty*?».

«*Los médicos me han dicho que igual puedo ir al siguiente*».

«*Lo siento, Matty, pero dudo que ella pueda*...».

Sacudo la cabeza con más fuerza de la necesaria. Empiezo a mover la pierna antes de que pueda controlar el movimiento y Liam suelta un «¡Ehhh!» porque ha perdido la racha que llevaba en lo que quiera que esté jugando, algo de colores muy chillones.

—Perdona, colega —le digo sonriendo para disimular el profundo dolor que siento en todos y cada uno de los músculos, que amenaza con hundirme más y más a cada segundo que paso en este maldito edificio.

Desvío la vista hacia la esquina, donde Rhys sigue hablando con un Oliver prácticamente inconsolable. Está al borde del histerismo desde que hemos aparecido sin Sadie y le ha ido gritando a las enfermeras que no lo tocaran hasta que Rhys ha apoyado ambas manos en los hombros del chaval de doce años y le ha susurrado algo al oído. Oliver ha dejado caer todo su cuerpo contra los brazos de nuestro capitán de inmediato y las ganas de pelearse han desaparecido enseguida, sustituidas por el miedo.

Un miedo que, por lo visto, solo Rhys consigue mitigar.

Cosa que vuelve a sentarme como una patada en el estómago.

Un recuerdo algo más borroso y aún cubierto de dolor vuelve a mí. El recuerdo de un hombre de pelo oscuro devastado y de un adolescente de dieciocho años aterrado, ambos vestidos íntegramente de negro. Demasiado asustados como para abrazarse como Rhys está haciendo ahora mismo con el hermano de Sadie.

Empiezo a respirar de forma entrecortada mientras abrazo a Liam con algo más de fuerza cuando él se apoya en mi pecho.

Se oye el sutil sonido de una puerta al cerrarse a nuestras espaldas y, antes de que me dé tiempo a girarme, Liam salta de mi regazo y empieza a llamar a su hermana a gritos. Al bajar, me da un codazo, pero me olvido enseguida cuando lo veo de nuevo con Sadie.

—Hola, bichito —le dice ella, dedicándole una sonrisa. Ahí me doy cuenta de que nunca la he oído hablando con ese tono amable y tranquilizador; uno que me recuerda a Anna Koteskiy. Que me recuerda a mi propia madre—. ¿Ya te han mirado de arriba abajo?

—Está bien. Solo tiene un rasguño en el codo. ¿A que sí, chavalín? —comento despeinando al crío.

Ahora veo a Sadie con otros ojos. A lo mejor es por todos los recuerdos que siguen atormentándome o porque la estoy viendo tratar a sus hermanos como lo haría una madre. A lo mejor es cosa del arrepentimiento que sigo sintiendo por haberla juzgado en el pasado.

—Freddy dice que él empezó a jugar al hockey cuando tenía mi edad —señala Liam. «¿Yo he dicho eso?». Debo de habérselo contado cuando estaba intentando evitar cualquier pensamiento que incluyese las palabras *hospital*, *madre* o *padre* con todas mis fuerzas. Por defecto, siempre acabo sacando el hockey a colación—. Y dice que algún día seré más grande que él.

Venga ya. Eso segurísimo que no lo he dicho. «Será trasto...».

—¡Mentiiira! —Río y le doy con la rodilla, con cuidado, para hacerlo trastabillar un poco y sonsacarle otra risa, cosa que, hasta ahora, es lo que parece dar más resultados.

Al final, Oliver suelta a Rhys y mira a su hermana desde la otra punta de la sala. Soy testigo de cómo mantienen toda una conversación entera sin terciar palabra hasta que Rhys le coloca una mano a Oliver en la espalda en señal de apoyo y lo lleva hasta ella. Nuestro capitán le da un beso en la sien a la patinadora antes de saludar a su madre, una forma discreta de darles un segundo a solas a Oliver y Sadie.

Aparto la vista de ellos, que tienen la mirada perdida y parecen muy preocupados.

Rhys me da una palmada en el hombro y me guía hacia la puerta.

—Oye, ¿te importa ver cómo está Ro? Igual podrías llamarla...

Su pregunta produce el mismo efecto que si acabasen de chutarme adrenalina en vena y me encuentro asintiendo y sacando el móvil antes de que le dé tiempo a terminar la frase.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Sí. —Se frota la nuca y suspira—. Solo que... No me gusta cómo le he hablado en caliente. Luego le pediré disculpas, cuando haya dejado a los chicos y a Sadie en casa, pero...

—¿Qué le has dicho?

Me pasa el móvil con la pantalla desbloqueada y yo me veo obligado a volver a guardarme el mío en el bolsillo para ver lo que pone en el suyo.

Cuando he ido a recogerlos no estaban allí. He entrado en
pánico y he empezado a llamarte. He ido a la pista pero
nadie había visto quién se los había llevado

Se ve que se los ha llevado su padre y han tenido un accidente. Vamos de camino al hospital. Están todos bien

Ya salgo. Os veo allí

Da igual, quédate en casa. Si vienes, solo conseguirás que Sadie se agobie aún más. Te mantendré informada

Ro no ha respondido a ese último mensaje. Y yo tengo clarísimo por qué.

Mantengo una voz calmada cuando comento en un susurro muy bajo:

—Joder, Rhys, deberías de haber sabido que no se lo tomaría bien...

—Ya lo sé... —Rhys suspira y se frota los ojos sin demasiado entusiasmo.

Los tiene rojos y vidriosos, como si hubiese estado conteniendo las lágrimas. Como si se hubiese puesto el sombrero de capitán valiente para que la familia Brown al completo pudiese aferrarse a él como si fuese un bote salvavidas, pero Rhys no puede con tanto.

Sin embargo, si algo sé por experiencia es que, cuando Rhys Koteskiy quiere a alguien, ama con lealtad y firmeza. Y me basta con ser consciente de eso para saber que está diciendo la verdad: no quería hacerle daño a Ro.

—Yo la llamo y me ocupo del tema —le digo antes de darle un empujón a la altura del pecho—. Pero discúlpate ya. Rosalie es la persona más altruista que conozco. Debe de estar en casa, llorando.

Se me encoge el estómago.

—¿Rosalie? —me pregunta él, arqueando las cejas.

—Vete a la mierda —suspiro—. Me voy, pero mantenme informado. Y cuídalos.

—Lo haré —promete Rhys—. Oye, Freddy...

—Dime.

—Siento haberte dicho que te mantuvieras alejado de ella. Eres un buen amigo y creo que es justo lo que Ro necesita.

«Buen amigo». Eso me ha dolido, pero sonrío.

—Claro. Para eso estamos.

39

Freddy

Los viernes por la noche, la residencia tiende a quedarse vacía y no suele haber demasiado ruido. Sin embargo, después de llamar y escribir a Rosalie sin éxito alguno, decido ir a visitarla directamente.

—Sé que estás ahí, princesa —repito golpeando la puerta con más ímpetu.

Si pensara que ya se ha quedado dormida, me sentiría mal. Pero conozco lo bastante a Ro como para saber que, después de todo esto, no podrá pegar ojo ni de coña.

«Conozco a Ro». Dios, qué bien me sienta saber que es cierto, que la conozco lo suficiente en todos los aspectos como para poder estar aquí y reconfortarla cuando normalmente suele ser ella quien me reconforta a mí.

—Rosalie, por favor... —le suplico acercando la boca a la madera y proyectando la voz.

Al final, abre la puerta. Como estoy apoyado sobre esta, trastabillo un poco y tengo que agarrarme al antebrazo de Ro para no caer.

«¿Para no caer o para tocar su piel y punto?».

Ro es tan guapa que, cada vez que la veo, me siento como si algún defensa descomunal acabase de empotrarme contra las vallas,

porque me deja literalmente sin aliento.

Nunca le había visto el pelo tan encrespado; es como si el estrés y la ansiedad de la noche le hubiesen pasado factura no solo a su cuerpo, sino también a sus rizos. Todavía va vestida con lo que supongo que es la ropa del trabajo: unos vaqueros y un top holgado de color verde salvia. Tiene el lazo con el que se ha recogido el pelo un poco caído y la coleta casi deshecha del todo.

Cuando hace ademán de secarse las lágrimas que siguen brotándole de los ojos, le tiemblan las manos. Lleva las uñas pintadas de un tono perlado. Sacude la cabeza y también le tiembla el labio inferior. Tiene la cara pálida y los ojos color avellana enrojecidos y vidriosos.

—Perdona.

Cierro la puerta tras de mí.

—Rosalie, ven aquí —le susurro, y ella se hunde en mis brazos. Apoyo la espalda contra la puerta para que descargue todo su peso sobre mí. La abrazo y le voy dando besos en el pelo y en la frente mientras le digo con un hilo de voz—: No pasa nada. Sadie, Liam, Oliver... Están todos bien. Están todos bien y a salvo. Y tú también, Ro.

—Es por mi cul...

—No es por tu culpa —la corto, y la separo un poco de mí—. Eh, mírame. —Espero a que me mire fijamente a los ojos para que vea lo muy en serio que voy—: Tú no tienes la culpa de nada, ¿de acuerdo? Tú no has hecho nada.

—Intenté llamar a...

—Ya lo sé, princesa. —Vuelvo a acercarla a mi pecho y la abrazo —. Eres perfecta, siempre te preocupas por todos. Te desvives por la

gente que te rodea y lo de hoy solo ha sido un accidente. Podría haberle pasado a Sadie si hubiese ido ella a recogerlos, o a Rhys o a Anna o a Max. Podría haberle pasado literalmente a cualquiera de ellos. ¿Te gustaría ver a Sadie atosigándose así?

Niega con la cabeza, rozándose la frente con la camisa de botones almidonada y la americana que llevo puestas.

—¿Pensarías que Rhys no le conviene a Sadie si le hubiese ocurrido a él?

Vuelve a negar con la cabeza.

—Exacto. Así que deja de culparte, ¿vale?

—Vale.

Espero a que me suelte, pero Ro me abraza con más fuerza todavía y yo me siento deseado. Siento que *me necesita* para que la reconforte y un escalofrío me recorre el cuerpo entero.

Hasta que noto que empieza a tiritar todavía más y me doy cuenta de que... Está sollozando. Muchísimo.

—Hey. —Trato de separarla de mí con cuidado, pero no se mueve —. Rosalie, por favor...

Al final, consigo alejarla lo suficiente para ver que está llorando desconsolada. Me da un vuelco el corazón.

—Hey, hey, hey... —Le aparto el pelo con dulzura de la cara una y otra vez—. Me mata verte llorar. Princesa, por favor...

—Lo... lo siento —tartamudea, y se le entrecorta la voz al hablar mientras gimotea.

—No te disculpes, cariño. Solo dime qué puedo hacer para que te sientas mejor. ¿Qué pasa?

—No lo sé. Creo... —Intenta tomar el aire necesario, pero le entra hipo al inhalar—. Echo de menos a mi familia —susurra en medio de

esta oscura y silenciosa estancia.

Un dolor familiar se adueña de todo mi cuerpo. «Yo también, princesa».

—Vale. —Asiento y vuelvo a darle un beso en la frente y a abrazarla con fuerza—. Haremos una cosa. Quiero que te duches y que hagas lo que tengas que hacer para relajarte y volver a sentirte bien. Si hace falta, llora. Tómate el tiempo que necesites.

No puedo dejar de ir dándole besos por la piel, sobre todo porque parece que así se le ralentizan las lágrimas hasta que los sollozos empiezan a amainar cada vez más.

—Vale.

—¿Te importaría prestarme el ordenador mientras te duchas, princesa?

Niega con la cabeza, se separa de mí, me coge la mano y me guía hacia su cuarto. Deja que me acomode a los pies de la cama con su portátil en el regazo, coge algo de ropa y se mete en el baño.

Espero a que haya abierto el grifo antes de morderme la lengua y tragarme los nervios que me provoca lo que estoy a punto de hacer. Y le doy al botón de llamar que aparece en la pantalla.

Responde al segundo tono.



Como se ha lavado el pelo y ha seguido su rutina de cuidado para los rizos, ha tardado muchísimo más. Una vez, cuando le pregunté por esa rutina, me habló de ella como quien no quiere la cosa, esperando que fuese a aburrirme después de cada paso, pero podría escucharla hablar del proceso científico que tiene lugar cuando se

seca la pintura sin pestañear siquiera. Todo lo que dice Ro me resulta fascinante.

Sin embargo, eso significa que he tenido que pasarme casi treinta minutos hablando y riendo con la dulce y amable mujer que aparece en la pantalla.

Aun así, cuando sale Ro, enmudezco.

Está en la puerta del baño. Se ha puesto un pantalón de pijama de rayas rosas que le llega hasta los tobillos (tiene las piernas tan largas que a duras penas se las cubre enteras) y una camiseta extremadamente oversize que le llega hasta medio muslo con el dibujo de un oso de peluche con gafas que está leyendo un libro y unas letras grandes y llamativas que rezan: «Leer es maravilloso».

Se me ensancha la sonrisa, acerco el dedo a la cámara y dejo el portátil en la esquina de su cama, un poco deshecha.

—¿Es mi madre?

Le cojo la mano a Ro y la acerco a la cama.

—He pedido que te trajeran algo de comida del The Chick —le digo a pesar de que soy plenamente consciente de que en The Chick no hacen entregas a domicilio y que me he aprovechado de mis temibles privilegios de estudiante de último curso para que uno de los chicos de primero que juega en el equipo de hockey hiciera el viaje por mí—. No creo que tarden en llegar. Te lo dejaré fuera de la habitación y llamaré a la puerta para que sepas que ya ha llegado.

Tiene pinta de haberse quedado en shock, pero no parece descontenta cuando se gira hacia la pantalla, donde su madre sigue sonriendo como si acabase de tocarle un crucero gratis.

No espero para ver cuál es su siguiente reacción. Salgo del cuarto de Ro y me dirijo hacia el salón.



—¿Sigues aquí?

Me yergo de inmediato. Casi me había quedado dormido en el sofá. Me levanto y me giro para mirarla.

Carraspeo.

—Ha llamado Rhys —le digo—. Sadie se quedará a dormir en casa de su padre, con los niños. Y... yo no quería que te quedaras sola. —«Ni ahora... ni nunca, si puedo evitarlo»—. ¿Qué tal ese ratito con tu madre?

—Genial —contesta ella acercándose para sentarse en la otra punta del sofá, de cara a mí—. Gracias, Matt. No sé... No sabes cuánto significa para mí.

—Bien. —Le sonrío con ternura.

—Y gracias también por la comida.

Río un poco.

—Cuando tienes los sentimientos un poco revueltos, el The Chick siempre es una buena opción. He ahogado mis sentimientos con la comida de ese sitio tantas veces que no puedo ni contarlas.

Ro sonríe y sacude la cabeza.

—Todavía llevas el traje.

Caigo en que, efectivamente, sigo vestido de los pies a la cabeza, americana incluida.

—Solo para ti, princesa —le digo tonteando—. He pensado que querrías admirar lo que tú misma elegiste en persona.

Se le sonrojan sutilmente las mejillas.

—Sabía que te quedaría bien el azul marino. Además, no te imagino con esmoquin.

—¿No?

Niega con la cabeza y se muerde el labio.

—Tienes razón —le digo mientras me levanto para quitarme la americana y dejarla en el respaldo del sofá. Aprovecho la oportunidad para sentarme más cerca y estiro el brazo por detrás de ella—. No me he puesto uno en la vida.

Ro vuelve a sonreír con la pajita entre los labios y le da otro sorbo a la bebida. Le da al play del televisor, cuya música estaba en pausa, y empieza a sonar «The Sunshine», de Manchester Orchestra.

—El chico con el que fui al baile de fin de curso el año antes de acabar el instituto se puso un esmoquin azul cielo horrendo que no pegaba para nada con mi vestido Jacquard de color rosa, al que yo misma le había hecho los bajos y le había cambiado el cuello. Lo compré en una tienda de segunda mano.

—Eres consciente de que ahora tendré que ver fotos de eso, ¿no? —le digo.

Ro sonríe y el orgullo le centellea en la mirada.

—La cuestión es que, con el esmoquin celeste ese ochentero y mi vestido y mis tacones rosas, dábamos un cante que no veas. Éramos como dos huevos de Pascua disparejos.

Suelto una carcajada absolutamente genuina y echo la cabeza hacia atrás mientras le envuelvo los hombros con el brazo y la acerco un poco a mí.

—No tengo la menor duda de que tú ibas guapísima y el tío no era más que un mal accesorio. —Tiro un poco del hilo suelto que le sobresale del cosido de la camiseta a la altura del hombro—. ¿Te redimiste al año siguiente?

Ro niega con la cabeza.

—No. Esto... —Deja la frase a medias, dubitativa, y se muerde el labio incansablemente—. Ese mayo, el del penúltimo curso, mi padre tuvo un derrame cerebral. Estuvimos a la espera de su evolución durante bastante tiempo.

Empieza a latirme con más fuerza el corazón y abrazo aún más a Ro. Un dolor parecido y ya familiar se me cuela en el pecho.

—Después de eso, me pasé mucho tiempo cuidándolo.

—No lo sabía —suspiro—. Es... es terrible, Ro.

—Sí... —Asiente moviendo la cabeza, que queda fuera de mi abrazo—. Pero ahora ya está mejor. Aunque no puede moverse tan bien como antes y le cuesta hablar. A veces se atasca con las palabras. —Guarda silencio unos instantes—. Por eso empezaron a llamarme Ro. Porque a él le costaba menos pronunciarlo que Rosalie.

—Es...

No existen palabras para describirlo y las que hay no consiguen salir de mi garganta.

«Eres la persona más maravillosa e increíble que he conocido jamás, y a veces casi me pongo enfermo con solo pensar en qué haré sin ti cuando todo esto acabe. En sueños, cuido de ti como tú cuidas de los demás, y te veo relajada y tranquila. Y, antes de irte a la cama, me dices lo fácil que es quererme. Estoy empezando a pensar que daría lo que fuera, e incluso renunciaría al hockey, con tal de poder vivir esa vida contigo».

En lugar de decirle nada de eso, me inclino hacia ella y la beso en la frente, con fuerza, concediéndome unos instantes para disfrutar del roce de su piel en mis labios. Todavía la tiene cálida y húmeda

de la ducha. El fresco olor a flores tropicales y a coco que emana de sus elásticos y empapados rizos se me cuela en la nariz.

—Eres perfecta, ¿lo sabías?

Ro ríe.

—Ya, bueno... —Se acurruca contra mí, tan relajada que me sienta como un tranquilizante. Se le apaga un poco la risita, y entonces pregunta—: Y tu baile de fin de curso, ¿qué?

Quiero sonreír de forma socarrona y responder: «¿Cuál? ¿Ese en el que mi profesora de Historia me enseñó cómo hay que comérselo a una tía en un armario? ¿O ese en el que mi novia, a quien yo le había organizado una noche la mar de romántica, en la que me gasté hasta el último centavo que tenía en el banco para planearle algo especial, me preguntó si quería montarme un trío con ella y su mejor amiga en un hotel?».

Pero la forma en que me está mirando, con sus ojos color avellana bien abiertos y una dulce sonrisa en los labios, hace que quiera ser distinto. Hace que desee ser otra clase de persona. Su vulnerabilidad me empuja a sacar la mía a la luz, por eso yo estoy ahogándome en la humillación.

Así que miento.

—Fue genial. A mí, el azul cielo me sienta que ni pintado, princesa.

Al darse cuenta de que no voy a entrar más en detalles, Ro se acomoda el pelo detrás de la oreja y se me acerca todavía más. Tenemos los muslos apretados el uno contra el otro, de la rodilla a la cadera.

—¿Quieres pasar la noche aquí? —me pregunta en un susurro y con la cabeza casi demasiado pegada a la mía.

—Sí —digo con un suspiro. La respuesta me sale con más facilidad de lo que esperaba—. ¿Tú quieres que me quede?

—Sí.

Empezamos a respirar despacio, pero de forma entrecortada, mientras acercamos la boca a la del otro, cada vez más cerca. Ahora mismo me resultaría más fácil besarla que no hacerlo, pero...

—¿Quieres que te bese? —le pregunto rozándole los labios con los míos al pronunciar esas palabras.

Se le escapa un sutil gemido gutural, pero sigo viendo que duda un poco. Y eso es más que suficiente para que me separe.

—Espera, he...

—No pasa nada, Rosalie —respondo en voz baja, echándole el pelo hacia atrás con ternura—. Pero quiero que sepas una cosa: en cuanto me pidas que vuelva a besarte, no pienso contenerme.

Pero a pesar de que sé cómo controlarme, no soy un santo. Así que le robo un beso; uno en la mejilla, justo en la comisura de los labios.

—¿Solo tengo que pedírtelo? —cuestiona ella, levantando la mano hasta donde tenía yo los labios hace un segundo.

Asiento.

—Solo tienes que pedírmelo.

40

Ro

—Venga, princesa. Toma lo que necesites —me dice con la voz ronca.

Está abrazándome por la cintura mientras yo lo cabalgo. Estoy jadeando y se me hincha y deshincha el pecho con pesadez mientras me agarro a sus hombros para no perder el equilibrio.

—Así, Rosalie.

Oírlo pronunciar mi nombre entero es como un chute de adrenalina espectacular que casi me hace llegar a esa escurridiza y misteriosa ola. Siento un poco de miedo y me da un vuelco el estómago mientras...

—Rosalie...

Abro los ojos de repente, con la frente empapada en sudor. Parecía la voz de...

«Dios mío».

Matt Fredderic.

Matt Fredderic en mi diminuta cama individual, pegado de los pies a la cabeza contra mi espalda mientras yo estoy retorciéndome con

la mano... (bajo un segundo la vista) metida por debajo de los pantalones del pijama.

La vergüenza se adueña de mí tan deprisa que creo que voy a desmayarme de la intensidad del bochorno. Eso o llorar, porque empiezan a escocerme un poco los ojos mientras yo me quedo completamente petrificada con la vista puesta en la pared de mi habitación.

Me quedé en este lado de la cama por insistencia suya después de que le pidiera si quería quedarse a dormir. Estaba demasiado de bajón como para quedarme sola y a Matt le preocupaba que fuese a caerme de la cama, que es superpequeña, al intentar meternos los dos aquí, con lo altos que somos.

—¿Ro? —pregunta Matt de nuevo.

Tiene la barbilla sutilmente apoyada en la curva de mi hombro y noto su respiración en el cuello. Lo cual no ayuda para nada con mi situación actual.

—Me... he...

Nada. No tengo palabras. Solo un nudo en la garganta y la piel que me arde a causa de la humillación que siento. La vergüenza me carcome despiadadamente por dentro.

—Rosalie —exhala él, subiéndome la mano hasta la cintura y moviéndome las caderas.

Con el movimiento, me rozo con la mano y casi suelto un gemido.

En lugar de eso, solo dejo que se me escape un acallado jadeo a través de los labios, que tengo sellados.

—Necesito...

Matt coloca su mano encima de la mía, por encima de la delgada y suave tela de los pantalones del pijama. Mi cuerpo, acalorado a más

no poder, reacciona igual que si acabase de meterme en una bañera de agua helada o como si acabasen de prenderle fuego a un bidón de gasolina, porque mi necesidad y mi desesperación aumentan hasta alcanzar niveles desorbitantes.

—Calma, princesa —me dice con un tono serio, pero con una especie de aspereza matutina en la voz que hace que se me encojan los dedos de los pies—. ¿Quieres que te ayude?

Quiero que me haga *lo que sea*.

—Sí, por favor —suspiro.

Matt suelta una risita y me da un beso justo debajo de la oreja.

—Qué educada —me alaba—. Qué buena chica...

—Freddy...

—No —me corta con rudeza—. Llámame Matt, por favor.

Matt aplana la mano sobre la mía, ejerciendo cierta presión sobre esta y mi sexo. Al notar esa sensación, ahogo un grito y empiezo a menear las caderas hacia delante, un tanto desesperada.

—¿Puedes correrte así? —me pregunta sin picardía alguna en la voz. No es más que una pregunta tierna, genuina—. Quiero saber qué te gusta, princesa.

—Me gusta todo —digo con la voz tan temblorosa que temo que no me haya entendido al hablar—. Por favor.

—Mueve los dedos —me ordena a pesar de decirlo en un tono de voz monocorde—. ¿Quieres notarme a mí también?

—Sí. Por favor...

No sé si he asentido o si es porque se me ha nublado la vista. Pero Freddy me gira para que quede más recostada bocarriba y deja un brazo debajo de mi nuca.

Matt me pasa los dedos por el estómago y los mete por debajo de la cintura de los pantalones con un tacto fino como una pluma, acariciando mi extremadamente sensible piel hasta que el calor de su mano se funde con el mío.

No es lo que esperaba cuando ha dicho eso de notarlo a él también, pero es ideal.

Voy dibujando unos círculos lentos pero concisos con los dedos en el clítoris. Matt me roza los pezones con el bíceps por encima de la camiseta y eso, junto con el tacto de su desnuda piel contra la mía y tan cerca de donde lo necesito, hace que se me escape un gemido ansioso.

La vergüenza amenaza con adueñarse de mí, pero antes de que me dé tiempo a pensar en nada que pueda acabar con mi excitación, Matt vuelve a susurrarme al oído:

—Eres preciosa, Ro. Sigue haciendo lo que te gusta. Así, princesa. Buena chica.

Su elogio me sienta igual de bien que su tacto. No paran de escapárseme sonidos cada vez más fuertes a medida que él mueve la mano y ejerce presión con los dedos en el centro de mi placer.

Casi me atraganto con mi propia saliva y se me escapa un agudo y fuerte sonido de los labios parecido a un sollozo. Aparto la mano, me muerdo el labio y frunzo el ceño mientras Matt empieza a meterme los dedos.

Para un segundo y yo me agarro a las sábanas a ambos lados de mi cuerpo con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos.

—Respira, Ro. Puedes tocarte, cielo —me dice para reconfortarme y me da un beso en el pelo.

Tiene unos dedos grandes. Y yo estoy tan vergonzosamente empapada... Me contraigo a su alrededor mientras él me dilata, despacio.

—Necesito... —empiezo a decir.

Qué vergüenza. Tyler habría detestado todo esto: que no pudiese correrme como las demás chicas. Que no me sintiera lo suficientemente bien solo con él. Tyler detestaba que intentase tocarme a mí misma mientras estábamos...

Matt deja de tocarme y ahora sí que casi se me escapa un sollozo. Me da un vuelco el estómago y la cálida ola de lujuria que atraviesa mi cuerpo se mezcla con la misma pizca de ansiedad de siempre al pensar en pedir lo que quiero.

Pero no lo necesito.

Porque él encuentra mi mano, me la vuelve a bajar hacia mi húmedo e hinchado sexo y me mueve los dedos en un marcado y delicado círculo.

—No pares —me dice—. Si es lo que te gusta, no pasa nada por quererlo todo a la vez.

El alivio que siento es instantáneo, al igual que la ola de calor que me invade cuando Matt vuelve a introducirme un dedo con cuidado, con ternura.

—Quiero que disfrutes, Ro —suspira metiéndome y sacándome el dedo una vez, dos, antes de sumarle otro. Yo reacciono agarrándole el antebrazo con fuerza.

La necesidad de dejarlo justo ahí y luego moverle la mano es tal que me da otro vuelco el estómago.

Encorva los dedos y yo me sobresalto. Me muevo hasta que noto la firmeza de su miembro en mi cadera. Saber que esto está

surtiendo el mismo efecto en Matt, que me desea tanto como yo lo deseo a él, hace que una embriagadora ola de confianza se adueñe de mí.

Eso es suficiente para que me relaje bajo su tacto mientras me toca. Es como si Matt fuera un músico virtuoso y yo su instrumento, por más que los sonidos que me arranca sin parar sean de todo menos melódicos. Así que no me contengo y me permito entregarme entera a él.

La ola de calor que noto en la entrepierna no hace sino aumentar, volviéndose cada vez más densa hasta dar paso a una presión insoportable.

—Rosalie... —gime en mi oído.

Me quiebro y, con la voz ronca, contesto:

—Matt...

Me dejo llevar por esa ola con un total abandono a sabiendas de que él me ayudará a atravesarla. Que se asegurará de que yo esté a salvo.

El silencio inunda la habitación y solo se oyen los jadeantes sonidos de nuestra respiración y el sonido de sus labios, besándome el cuello con delicadeza. Sigo con el cuerpo a mil, pero toda la energía que sentía se convierte en vergüenza y pánico al instante. Me separo de su brazo con brusquedad y salgo casi corriendo hacia el baño, cierro la puerta y me dejo caer contra esta.

Al cabo de un segundo, me llama:

—¿Rosalie?

Dios... ¿Me cansaré alguna vez de oír cómo pronuncia mi nombre?

—Dame un segundo —le digo apoyando la barbilla en el hombro —. En realidad, eh... Tengo que... Tengo que irme a trabajar. Tengo

que prepararme.

—Vale. —Me lo imagino asintiendo repetidamente fuera del baño —. Vale. Esto... Puedo irme, sí. A no ser que necesites que te lleve.

Me da un vuelco el corazón y noto un nudo en la garganta.

—No. Ya, eh... Voy por mi cuenta.

Tras una larga pausa, responde:

—De acuerdo. Pues nos vemos luego, ¿vale?

Detesto notarle semejante tristeza en la voz. Esa tristeza se va instalando en todo mi cuerpo, como si estuviese retorciéndome sobre trozos de cristal roto.

—Sí, vale.



La doctora Tinley me pide que vaya a su despacho el lunes por la mañana, de modo que me paso la noche del domingo sin pegar ojo porque estoy atacada de los nervios y no paro de soñar que me salto la reunión o incluso que me despide.

Me apresuro a llamar a la puerta y la abro discretamente. Aquí siempre se respira una agradable calidez.

—Adelante, Ro. —Me sonríe con la taza de café pegada a los labios.

—Buenos días —la saludo, y luego me siento en la butaca que tiene delante del escritorio.

Dejo la mochila en el suelo. Cruzo las piernas y las descruzo de nuevo.

—Bueno, chiqui, ya sabes que te adoro. —Ríe y se echa el pelo hacia atrás—. Eres muy lista y tienes muchísimo talento. Soy muy

afortunada de tener a una chica como tú tanto en mi equipo de tutores como en mi grupo de preparación académica.

—Gracias. —Me sonrojo, y el alivio empieza a calmarme los nervios.

—No hay de qué. —Le da otro sorbo al café y se inclina sobre el escritorio—. Verás, quería hablar contigo sobre una cosa. Del grupo.

Trago saliva con algo más de fuerza. Ojalá tuviera alguna bebida a mano para aclararme la voz. Me mosqueo conmigo misma por haberme dejado la botella de agua.

—Tyler me ha dicho que habéis roto. Que, oye... —levanta las manos—, no es asunto mío en absoluto. Sin embargo, también me ha dicho que ¿no has cooperado? ¿Que has complicado las cosas en el equipo? ¿Que ya no vas a ningún evento?

Claro que he cooperado. Al grupo casi ni lo veo como para «complicar las cosas». Y si no voy a ningún acontecimiento es porque no me invitan. Tyler es quien está al mando de todo esto y lo está haciendo todo a propósito.

—Vale... —digo y, como soy incapaz de dar con una respuesta, dejo que se me vaya apagando la voz.

—Mira, Ro, me caes bien. Pero necesito que, en mi equipo, la gente colabore. Que esté dispuesta a dejar sus diferencias a un lado, que su resentimiento por las cosas del pasado no se enquiste y que pueda trabajar con personas con quienes tal vez no se lleve bien.

Me arden las mejillas. A juzgar por el tono de voz con el que me está hablando, parece que esté riñendo a una niña pequeña. Lo detesto. Me remuevo en el asiento, desesperada por preguntarle si puedo renunciar al puesto y largarme.

—Buenos dí... —oigo.

Como si acabase de caerme en los abismos del infierno y hubiese invocado al mismísimo diablo, Tyler aparece por la puerta.

—¡Ay! Perdón, doctora C., no sabía que tenía reunión tan temprano. Luego me paso.

—De hecho, Tyler, estábamos hablando del rendimiento de Ro en el equipo.

—¿En serio? —Tyler sonríe con malicia y me mira de tal forma que se me remueve el estómago—. Oye, pues, si quieres más oportunidades para trabajar y conocer mejor al equipo, hoy vamos a comer juntos.

—¡Qué bien, Tyler! —dice la doctora Tinley, que le sonríe como si él acabase de anunciar la cura para el cáncer—. Perfecto. ¿A que sí, Ro?

«No, de "perfecto" nada». Hoy tengo una tutoría con Matt y le he prometido que quedaríamos antes para comer. Y no solo eso, sino que, después de lo de la otra noche, quiero saber cómo está todo entre nosotros.

—Claro —contesto.

—Además —sigue Tyler—, nos reuniremos todos en mi casa el jueves por la noche para revisar un par de cosas antes de que termine el plazo para enviar las solicitudes. Creo que lo mejor sería que vinieras, Ro.

Y yo creo que lo mejor sería que fuera a cualquier otro sitio donde no estuviera Tyler, tanto para mi salud mental como para mi bienestar. Sin embargo, ahora mismo no puedo arriesgarme a perder mi puesto en el equipo, ni tampoco el respeto de la doctora Tinley. Y menos cuando está a punto de decidir a quién aceptará en el programa de prácticas.

—Genial —digo a pesar de que me arrepiento de inmediato.

Al llegar a la cafetería de la biblioteca, donde solemos reunirnos, veo que Matt ya lo ha dejado todo sobre la mesa y ha empezado a hacer los deberes de la semana pasada. Cuando me siento delante de él, me estudia con la mirada y me ruborizo hasta adoptar su mismo tono de piel, porque también se le han subido los colores.

Ahora que le ha desaparecido por completo el moreno del verano y le ha quedado la piel de un tono muchísimo más pálido que el mío en condiciones normales, me resulta más fácil ver cómo la vergüenza le tiñe el rostro. Pero es que tanto él como yo estamos rojos como tomates mientras evitamos el tema que nos invade la mente a los dos.

Nos ponemos a trabajar un rato en silencio al son de «As I'm Fading Into You», de Belvins, que suena a través del móvil de Matt y va aliviando muy sutilmente mi ansiedad. Voy moviendo el lápiz que tengo en la boca al ritmo de la canción.

—Que no te dé apuro lo del sábado, por favor —suelta él apoyando las manos en la mesa de golpe, soltando el boli que estaba sujetando—. En serio. Podemos hacer como si no hubiese pasado nunca.

Esta última frase me sienta como una patada en el estómago.

—¿Eso...? —Trago saliva con fuerza, cojo su boli y jugueteo con él, pasándomelo entre los dedos—. ¿Eso quieres?

Matt frunce el ceño y una expresión entre frustrada y aterrada inunda su rostro. No hace nada por disimularla y la vulnerabilidad que emana es embriagadora.

—¿No era lo que querías tú? O sea... Somos amigos —suelta finalmente—. Pero yo...

—Sí —contesto. Es como si estuviese tragándome un cuchillo en lugar de saliva—. Claro, tienes razón. Somos amigos. Podemos hacer como si no hubiese pasado nunca.

Le paso el boli. Matt titubea un segundo, como si acabase de ofrecerle veneno en lugar de algo con lo que escribir, y luego lo coge.

Nos pasamos el resto de la tutoría sin hablar casi y yo me encuentro frotándome el pecho cada pocos minutos, justo donde noto esa punzada.

Una punzada que se intensifica al darme cuenta de que Matt está haciendo lo mismo.

41

Freddy

Ha sido una semana infernal de principio a fin y, ahora, el entrenador Harris está haciendo que nos dejemos la piel, otra vez, en el entreno del jueves por la noche. De todos modos, yo no consigo quitarme esta estúpida sonrisa de la cara. Ni siquiera cuando Gracy (Roman Garcia, un defensa de segundo curso) me empotra con cierta brusquedad contra las vallas.

De eso suele encargarse Kane, pero ahora mismo Johnson, el asistente del entrenador, le está pegando el broncazo del siglo. La cosa pinta tan mal que incluso veo que Holden, que está cerca de su compañero de línea, hace una mueca.

Estos dos han empezado a llevarse cada vez mejor, supongo que tanto como uno podría imaginarse que puede llevarse Toren Kane con alguien. Sin embargo, Holden le sigue por todas partes como un golden retriever que intenta hacerse amigo de un dóberman.

Sea como fuere, yo estoy disfrutando de un momento de dicha temporal. Desde que dejé ese curso de Mates imposible de aprobar, estoy obteniendo mejores resultados; además, ya he acabado todos los deberes y exámenes, cuyas notas también me han dado. Estoy satisfecho con la prueba de Biología, al igual que Ro. No he vuelto a

verla desde el lunes y estos tres días de breves conversaciones a través de mensajes y durante los cuales ella ha estado relativamente ocupada han hecho que me costase un poco más concentrarme, sobre todo porque me han cambiado la rutina.

O porque, tras correrme en su cama con los pantalones puestos cual adolescente y tener después la tutoría más incómoda de mi vida, no hemos hablado de nuestra relación.

Si consigo esperar hasta que deje de ser mi tutora, tal vez la invite a una cita. Ya solo tengo que hacer los exámenes finales y aprobar para escaquearme del periodo de prueba.

«Oye, ahora que no te pagan para supervisarme, ¿quieres venir a pasar un día conmigo?».

Sacudo un poco la cabeza con solo pensarlo. A Ro le gusto, le gusto de verdad. Solo tengo que enseñarle que no soy el fiestero ni «el golfo de la uni» que todos creen que soy. Puedo ser serio e inteligente, como ella.

—Una vez más y acabamos por hoy —dice el entrenador Harris haciéndoles un gesto con la cabeza a los otros dos asistentes, así como a los dos alumnos que tienen estos en prácticas, para anunciar el final del entreno—. Nos vemos mañana. Freddy, ven un momento.

Al ver que me llama, algunos sueltan un «Uhhh», pero yo ya no me pongo nervioso cuando tengo que hablar con el entrenador. Tras ver cómo apoyó a Ro en la reunión con mi orientador y cómo me defendió y creyó lo bastante en mí como para hacerlo, me siento más cómodo con él.

—¿Sí? —le digo, mientras apoyo una pierna en el banco y me quito el casco con rejilla.

—Tienes visita. Y me está exigiendo que lo deje pasar a mis entrenos a puerta cerrada.

—¿Quién? —pregunto.

El sudor que empieza a cubrirme la frente nada tiene que ver con la intensidad del entreno.

—Tu padre.

Me da un vuelco el estómago, siento náuseas y aprieto los puños dentro de los guantes.

El entrenador Harris se fija en todos y cada uno de mis movimientos. Bennett, que está sentado en el banco mientras su compañero termina el último ejercicio, también se da cuenta.

No hablo nunca de mi padre, pero tampoco es difícil atar cabos. Sobre todo, porque mi progenitor siempre anda rogándoles entrevistas a los medios de comunicación a la mínima que puede. Solo porque así puede decir que soy hijo suyo, burlándose con dos cojones de la palabra y acto seguido criticar mi técnica y mis habilidades delante de todo el país.

A veces no sé si quiere que me vaya bien en la vida (porque, dada su exigencia y su insistencia, podría pensar que así es) o si es que solo está poniéndome palos en las ruedas constantemente en un desesperado intento por verme fracasar.

—Vale —respondo—. ¿Quiere que hable con él?

—Es insistente. Nada que no pueda manejar yo, pero necesito que me digas cómo quieres que gestionemos el tema.

Harris desvía la vista muy sutilmente hacia Bennett antes de volver a mirarme a mí.

Claro, porque en el equipo somos tres los hijos de exjugadores de la NHL, Max y Rhys no son el único maravilloso dúo padre-hijo. Sé

que, en privado, la relación que tiene Bennett con su padre es más bien tensa, lo cual es fácil de ver si pasas el tiempo suficiente cerca de ellos. El padre de Bennett jamás se atrevería a personarse en un entreno y a Max Koteskiy le pondrían la alfombra roja directamente.

El entrenador no sabe qué hacer con mi padre porque, en los tres años que llevo aquí, no ha venido al campus ni una sola vez.

Y está esperando a que sea yo quien le diga cómo proceder.

—Ya me ocupo yo —comento, y espero a que el entrenador Harris asienta con la cabeza y me dé permiso para marcharme antes del entreno.

—Está en el vestuario —me informa cruzándose de brazos—. Tienes veinte minutos como máximo, Fredderic.

La sangre me ruge con tanta fuerza en los oídos que a duras penas lo oigo mientras camino cabreado por el túnel que lleva a los vestuarios.

—Hay que ver qué pocas agallas tiene el mindundi de tu entrenador, que te manda a ti para que hables conmigo.

Llevo tres años oyéndole la voz únicamente por teléfono y, ahora, oírsela en persona me resulta tan abrumador que me ceden las rodillas y tengo que agarrarme a la pared para seguir de pie.

No nos parecemos, y de pequeño eso me preocupaba. En su día, quería ser su igual, pero eso fue antes de que infectara todo lo que me rodeaba con su veneno hasta que eso acabó deteriorando todo lo bueno que había en mi vida.

Tiene la piel morena y demacrada, como si se hubiese pasado estos tres años bebiendo en alguna playa de Miami. De hecho, puede que se haya dedicado justo a eso. El pelo lo tiene entre canoso y de un rubio más claro que el mío, lo cual enseguida anula

la personalidad seria que intenta aparentar con este traje barato que se ha puesto y que le queda como el culo. El alto soy yo, cosa que sé que sigue irritándolo a día de hoy, sobre todo ahora que llevo los patines y las protecciones, lo cual añade unos centímetros más a mi altura.

Me mira con sus ojos marrones desprovistos de emoción alguna desde el otro lado del vestuario, que en nada se asemejan a los míos, de color verde. ¿La verá a ella cuando me mira a mí? ¿Le dolerá? Eso espero.

Y, sin embargo, no quiero que mi padre piense en ella. No se merece ni su recuerdo.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ver patinar a mi hijo. A ver cómo avanza. Quien paga esta estúpida universidad soy yo, ¿no? —Alarga los brazos a ambos lados, los levanta y sonríe.

He aquí nuestra única similitud. La puta sonrisa de los Fredderic: «Los rompecorazones, el playboy de los Dallas y el que está a punto de ser su reemplazo».

En su día, quería ser como él. Ahora, casi me entran náuseas con solo pensar en ello, con solo pensar en la de tiempo que perdí con mi padre cuando podría habérselo dedicado a ella.

«Mira que llegas a ser estúpido...».

—Qué gracioso —suelto como si nada—. Porque estoy becado.

«No podrías pagar por una universidad así de pija ni queriendo, viejo».

Me siento y empiezo a desatarme los patines. Quiero que se haya ido antes de que salga alguien del hielo.

En un periódico, lo llamaron «La mayor decepción de los Dallas» en negrita y en un tamaño de letra gigante después de que le renovaran el contrato por segunda vez. Me acuerdo porque Archer dejó el periódico justo al lado de mi desayuno y me guiñó un ojo antes de irse hacia la esquina de la cocina para darle un sorbo al café con disimulo cuando entró mamá.

Hacía tiempo que no la oía reír con tantas ganas. Acto seguido, me dio un beso en el pelo, que por aquel entonces llevaba larguísimo, y me despeinó un poco mientras leía el artículo en voz alta incluso antes de que a mí me diera tiempo a preguntarle qué ponía.

Estoy convencido de que John Fredderic ha sido «la mayor decepción» para un montón de gente, pero la peor parte nos la llevamos mi madre y yo.

—Voy a traer algunos entrenadores de otros equipos para que te vean practicar. Quiero que les enseñes lo que mejor se te da, patina rápido, demuéstrales...

—Los entrenos de Harris son a puerta cerrada.

Pasa olímpicamente de mí.

—Y he hablado con tu orientador y con tus profesores sobre eso de desapuntarte de Matemá...

—¿Qué?

Al oírlo, me quedo petrificado y la incredulidad se adueña de mí.

—Esa tal señorita Tinley, que es una monada, cree que te has equivocado. Dice que estás optando por la salida fácil. Y tu orientador parecía echarle la culpa a una chica que...

—No tienes ningún derecho a meterte en mis asuntos académicos. Son las normas.

Mi padre sonríe.

—No. Cuando te matriculaste, firmaste un formulario de excepción. Supongo que pensabas que podrías contar con Elsie, que lo firmabas para ella, pero... —Se encoge de hombros, como si estuviese hablándome del tiempo en lugar de estar dándome palos por todos lados.

—¿Por qué no me dejas en paz? —le pregunto falto de aliento, como si acabase de dar nueve vueltas a la pista en lugar de haber estado manteniendo una conversación con mi padre.

—Sinceramente, hijo...

—Que no me llames así, hostia —le digo con un tono peligroso. Como he alzado un poco demasiado la voz, el eco de mis palabras retumba en este vestuario vacío.

Resoplo y me quito los patines mientras pruebo a tranquilizarme.

Él habla más alto para igualar mi tono. Porque siempre tiene que ser el mejor en todo, tiene que llevar la voz cantante.

—Soy tu padre, Matthew. Te guste o no, joder. No sé qué mierdas te metió esa zorra en la cabeza durante tantos años, pero son todo gilipolleces.

Me muerdo el labio para no gritar y, como buenamente puedo, contesto:

—Por sorprendente que te parezca, John, nunca me dijo nada malo de ti. El de los juegos esos eras tú. —Me pongo una camiseta gris sin molestarme en ducharme siquiera. Quiero largarme de aquí tan rápido como pueda—. Hasta Archer se mordía la lengua cada vez que yo te mencionaba. Era más hombre de lo que serás tú en toda tu vida.

—Claro —resopla John—. La pobre e inocente Elsie, siempre haciéndose la víctima para que algún miserable mayor que ella la rescatara. ¿También llamas *papá* a Archer? ¿O Elsie se encargó de encontrar alguna palabra en concreto...?

Lo agarro por el cuello y lo empotro contra la pared antes de que me dé tiempo a pestañear siquiera.

Quiero parar. No quiero ser como él, pero me resulta imposible contener el arrebato de ira que me corre por las venas. No oigo absolutamente nada hasta que alguien me agarra, me separa de él y me estremezco de los pies a la cabeza.

«¿Me está gritando alguien? ¿Estoy gritando yo?».

—¿Freddy?

Es la voz de Holden. «Holden». Joder, menos mal que no es...

Kane aparece detrás de él, cerca de la salida y con los brazos cruzados como si fuese una especie de guardaespaldas que, en cierto modo, estuviese asegurándose de que el resto del equipo siga fuera mientras mi padre y yo estemos aquí.

—Largo de aquí antes de que te mate, joder.

Mi padre trastabilla al andar y desvía la vista, nervioso, hacia el defensa lleno de cicatrices que sigue con la equipación puesta, patines incluidos (lo cual le ayuda a llegar a unos aterradores dos metros). El musculoso y tenebroso Kane aguarda con la misma quietud con la que un depredador agazapado espera para atacar a su presa.

—Le supliqué que se deshiciera de ti —suelta John, alisándose su horrenda americana de cuadros mientras se dirige hacia la salida—. Y, ahora, mira: con cada segundo que pasa, te conviertes en una decepción cada vez mayor.

Desearía que, a estas alturas, me resbalara todo lo que me dijera. Pero no es así.

Nunca lo es. Da igual que me lo tome con una sonrisa o cuánto me ría del tema. Tengo el corazón expuesto como si de una segunda capa de piel se tratase, ahí, sin escudo alguno. Y cada palabra me sienta como si acabasen de clavarme una flecha tras otra, dando en el blanco hasta dejarme desangrado en el suelo del vestuario.

Tras su marcha, no pierdo ni un segundo y me largo cabreado, haciendo caso omiso de mis dos compañeros mientras rezo por que nunca saquen esto a colación.



Me encierro en mi cuarto dando un portazo, quizá un poco demasiado fuerte. Por un segundo, me entran ganas de disculparme, pero luego le pego una patada a la puerta.

¡Joder! Si es que así no puedo pensar. Por no poder, casi no puedo ni respirar.

No paran de venirme a la mente flashes de momentos en los que estuve en la puta misma situación a los seis, doce, quince años... Una y otra y otra vez. Con mamá sentada a mi lado, ayudándome a recuperarme. Pero ahora no está aquí. Tengo que enfrentarme a esto solo. Sin nadie, porque no tengo a na...

«Tienes a Ro».

Marco su número sin pensarlo dos veces y los tonos se alargan tanto que estoy casi convencido de que no lo cogerá.

Sin embargo, cuando responde, casi desearía que no lo hubiese hecho.

—Hola —susurra con una voz ligera y temblorosa.

—¿Ro?

Cuando oye mi voz, la escucho maldiciendo por lo bajo. También oigo una puerta cerrarse, unas cuantas inhalaciones discretas y algo de ruido antes de que diga:

—¿Freddy?

—Necesito que me hables, princesa.

Cuando pronuncio esas palabras, tengo la sensación de estar vomitando cuchillas de afeitar. «Si es que eres patético, joder».

Me paso una mano por el pelo y me froto los ojos, que ya empiezan a escocerme, mientras espero a que pase algo. Lo que sea. Ro puede hacer que todo mejore. Solo necesito que...

Cómo coño voy a saber yo lo que necesito si siento que me aporrean tanto la cabeza que no puedo ni pensar, hostia. Solo sé que necesito a Ro.

—Freddy, ¿estás bien? —me pregunta todavía en voz baja.

—¿Te he despertado? —Vuelvo a mirar el móvil y me doy cuenta de lo tarde que es—. Mierda, ni siquiera he... Odio preguntarte esto, pero ¿puedes hablarme hasta que me calme? No puedo hablar de este puto tema.

Mis palabras son crudas, pero tengo la voz llena de dolor. ¿Oirá mi desesperado e implorante tono a través del teléfono?

—Matt... —susurra, y solo oírla pronunciar mi nombre con esa dulzura, hace ya que me resulte más fácil exhalar—. Hey, necesito que respires, ¿vale?

Acato sus órdenes con más facilidad que nunca antes en los últimos veinte años, durante los cuales he intentado, desesperadamente, hacer lo correcto a pesar de fracasar una y otra

vez. Aun así, siento que estoy entrando en bucle, que mi autodesprecio no para de crecer, y necesito que Ro me reconforte.

—Ro, ¿crees que soy mala persona?

Se me atascan las palabras y toso en un exasperado intento por disimular mi nivel de sufrimiento actual. Doy media vuelta para separarme de la puerta y camino en pequeños círculos por mi desordenada habitación.

—No —suspira—. Hey, oye, no, Matt. Eres una buena persona. El mejor. Eres... eres increíble...

—¿Puedo ir a verte? —le pregunto con la voz temblorosa porque no me basta con oírselo decir. Y me da igual lo patético y necesitado que suene ahora mismo.

Permanece callada durante tanto rato que me da un vuelco el estómago y las náuseas vuelven a mí.

—Freddy —dice, y al oír que pasa a llamarme así y que le cambia el tono de voz... Joder. Una puñalada en el estómago me habría dolido menos—. No puedo... Estoy...

—Dios. Lo siento. —Me muerdo el labio—. Estás ocupada, claro. Lo siento. Ignórame, por favor...

—No, Matt. Puedo...

—Todo el mundo está superliado ahora mismo y yo aquí, siendo un egoísta. —Asiento al hablar para darme la razón a mí mismo.

Estoy empapado en sudor y se me ha pegado la camiseta a la piel, lo cual hace que las ideas aún se dispersen más hasta que consigo quitarme la prenda por la cabeza.

Me aparto el móvil de la oreja frenéticamente mientras respiro con pesadez.

Oigo otro sonido y, a continuación, una voz más profunda y amortiguada a lo lejos.

—Enseguida voy —dice Ro.

Pero no me lo dice a mí. Sino a él.

He entrado en tal frenesí que no puedo contenerme y suelto:

—¿Es Tyler?

Ro enmudece. Luego, dice:

—Freddy...

—Joder. Lo siento. No... no debería haber llamado. Ya te dejo.

No quiero dejarla. Pero está con Tyler, el puto genio maravilloso que no va tirándose a cualquiera por ahí y que es mayor, más listo y menos cabra loca que yo.

«*Creo que sería muy fácil quererte*».

Me siento tan estúpido, joder...

Me dejo caer en el suelo y recuesto la cabeza contra la puerta mientras río amargamente y empiezo a mover la pierna.

—Matt, para.

—Déjalo —digo con la voz ronca.

Me escuecen los ojos y me apoyo el móvil en el regazo. El corazón me late tan fuerte que lo noto incluso en la cabeza, de modo que, en el caso de que Ro diga algo, ya no la oigo. Y los temblores empiezan a adueñarse de mí.

«*Le supliqué que se deshiciera de ti*».

«*¿Es verdad que te has acostado con tus profesoras para que te aprueben*?».

«*Casi no sabes leer, casi no sabes ni sumar... ¿Qué cojones sabes hacer*?».

«*Ha estado bien, Freddy. Pero esto no... no eres lo que yo necesito*».

—Lo siento, Ro —digo con la respiración todavía alterada cuando vuelvo a coger el teléfono. Estoy seguro de que sabe que estoy llorando, seguro que debe de notármelo en la voz, joder. Pero Ro guarda silencio mientras yo prosigo—: No sé por qué te he llamado. Estoy bien. Y tú estás ocupada. Todo el mundo está ocupado con los finales ahora mismo y nadie tiene tiempo para estas gilipolleces. Lo siento. Debería colgar.

Intenta decir algo, pero cuelgo antes de que me dé tiempo a oír ni una palabra más.

He escrito a Bennett, a Rhys y a Holden por el chat de grupo, pero nadie responde. Ni siquiera Toren Kane, que no para de salirse del grupo al que Holden sigue añadiéndolo sin cesar.

Me meto en el contacto de Archer. Aparece una foto justo en medio de la pantalla, una en la que estamos los dos el día en que firmé mi contrato con los Dallas.

No obstante, cuando me meto en su chat, veo el montón de mensajes que me ha enviado para ver cómo estaba y a los que yo no he respondido. Hay tantos que darían para todo un año. Paseo los dedos por encima del teclado...

Pero no puedo.

De pequeño, mi padre me llevó a un partido en Las Vegas y luego a un casino y a un club de estriptis. Por aquel entonces, yo tenía once años y todo ese espectáculo me revolvió el estómago y me hizo sentir incómodo, sobre todo porque tanto él como sus amigos estaban con unas chicas que parecían muy tristes.

Como me dio demasiado miedo contárselo a mamá, me fui a la cabina de la gasolinera que había justo al lado del local y llamé a Archer, a un número que me había hecho memorizar.

Archer se subió a un avión en pijama esa misma noche y voló a Las Vegas para recogerme. Cenamos en un bar de esos que están abiertos veinticuatro horas y, después de que me disculpara por haberlo hecho venir a rescatarme, él me miró desde el otro lado de la mesa, repleta de la típica comida de los desayunos, con hamburguesas y dulces, y me dijo:

—Si alguna vez necesitas algo, Matty, lo que sea, solo tienes que llamarme. Cuando sea.

En ese momento, no me costó deshacerme de la vergüenza que se había adueñado de mí y dejarla atrás, bajo esas luces de neón, mientras Archer me llevaba a casa.

Ahora, en cambio, es complicado. Porque la vergüenza que me invade se ha convertido en una capa de protección y una prisión a partes iguales.

Estoy desesperado por utilizar ese comodín una vez más, pero, tras seis meses de silencio absoluto, no sería justo para él. Archer no debería tener que lidiar con esta versión de mí.

Arrugo la camiseta con las manos y la tiro con fuerza al otro lado del cuarto. Cierro los ojos y me hundo aún más en las sombras de mi autodesprecio. Es como saludar a un viejo conocido.

42

Freddy

«No estoy en mi casa», pienso nada más despertarme.

Me froto los ojos con una mano, cabreado, y alargo la otra para buscar el móvil por encima de estas sedosas sábanas. Miro la pantalla:

11:30 h
(16) llamadas perdidas de Princesa
(24) mensajes de texto de Princesa
(10) llamadas perdidas de Capitán Risketos
(4) llamadas perdidas de REIN de la portería
(30) mensajes de texto de LOS GUAPERAS DE LA PRIMERA LÍNEA

«Hostia put...».

Alguien me empieza a bajar la mano por el pecho. Alguien con una manicura francesa impecable que me acaricia la piel al desnudo y la va bajando y bajando y bajando hasta llegar a mi cadera, hasta que la agarro por la muñeca, brazalete incluido.

El estómago me da un vuelco descomunal nada más girarme y ver a Carmen Tinley envuelta entre las sábanas, con las mejillas

manchadas de rímel y una sonrisa pletórica y seductora en los labios. Ya he estado aquí antes, varias veces, pero me siento...

Mal. Siempre me he sentido mal de cojones. «Menuda cagada, joder».

—Me alegro de verte aquí, cariño —susurra ella.

Por un segundo, sus palabras me sientan bien. Me sienta bien saber que he hecho algo bueno para alguien. Que la he satisfecho. Que he sido suficiente como para...

«No. Frena».

—¿Cómo he acabado aquí? —le pregunto mientras me siento, me recuesto contra el cabezal y me froto los ojos.

Me duele la hostia el entrecejo.

Carmen ríe con condescendencia, salta de la cama y se pone un albornoz que combina con su habitual conjunto de seda negro.

—A alguien se le fue un poquito de las manos, anoche, en el Howler...

El Howler.

Me cago en la puta, joder.

No debería sorprenderme tanto que fuese en busca de confort en el único sitio que juré que no volvería a pisar en la vida. El Howler, es decir: un antro que hay entre Waterfell y Boston, como si estuviese en ambas ciudades y en ninguna a la vez. Creo que cuando fui allí por primera vez, cuando iba a primero de carrera, siguiendo a mi profesora como un perrito faldero, me convertí en el cliente más joven en pisar el local. Teniendo en cuenta que los habituales tienden a ser bastante más mayores que yo, es muy probable que anoche siguiera siendo el cliente más joven.

Carmen y yo nos veíamos allí porque no podían verla conmigo en Waterfell. En su día pensé que era porque yo estudiaba en la universidad. Jamás pensé que pudiese ser porque se avergonzaba de mí.

O porque estuviese casada.

Pero para ella todo fue un juego. Seguramente, el más fácil de su vida.

Cuando pienso en mi yo de aquel entonces, en lo que hice y en lo desesperado que estaba por ciertas cosas como para rebajarme una y otra vez, todavía me entran más ganas de vomitar. De modo que sacudo la cabeza y me centro en lo que sí recuerdo.

Que viene a ser casi nada.

—¿Cómo he acabado aquí?

—Me llamaron para que viniera a recogerte.

Su respuesta no hace que me tranquilice lo más mínimo.

—¿Nos...?

—No, Freddy. No nos acostamos. No quisiste. Ni siquiera intentaste besarme —dice de nuevo con condescendencia, acercándose al borde de la cama por donde he colgado yo las piernas para levantarme—. Estabas tan borracho que dabas pena.

Frunzo el ceño y levanto la vista para mirarla.

—Lo he estado muchas veces.

«Seguramente, la mitad de las veces que nos acostamos en el pasado».

«Ahogándome en un dolor que era como un océano infinito del que no podía salir».

Pero... «No quisiste». Oigo el eco de sus palabras. La rechacé. No le puse los cuernos a...

«¿Que no le pusiste los cuernos a Ro? Pero si no estáis saliendo, so gilipollas...». Dios, me da vueltas la cabeza.

—En esa época estábamos... juntos. Ahora no. Es distinto —dice ella con el mismo tono que ha utilizado siempre conmigo, como si estuviese riñendo a un niño rebelde.

Y, por un segundo, vuelvo a sentir esa misma frustración, ese mismo ardor, esa misma sensación extraña que solía adueñarse de mí cuando estaba en primero. Una sensación alimentada por el dolor y por el enfado, que me empujaba a buscar la fuerza en una mujer que tanto poder tenía sobre mí. Y que me alabara por ello.

«*Por si te sirve de algo, aunque sea yo quien te lo diga... Creo que eres increíble, Matt. Eres de los buenos*». Oigo la voz de Ro en mi mente, en bucle, y voy recomponiéndome poco a poco. «*Creo que sería muy fácil quererte*».

—¿Qué tal va con Ro?

Me había recompuesto un poco, pero vuelvo a desmoronarme en el acto.

Tengo ganas de vomitar. Tantísimas que me levanto y corro hacia el baño, medio desnudo y pasando por el lado de Carmen. Odiando cada uno de los tres pasos que tardo en llegar hasta allí. Y lo que odio aún más es saber dónde está, lo familiar que me resulta esta situación.

—Va —suelto inclinado sobre el lavamanos.

Ojalá no tuviera que decir absolutamente nada, pero sé que algo tengo que decir. Siento la apremiante necesidad de defender a Ro, sobre todo ante Carmen. Y, en concreto, después de lo que he hecho.

«Maldito playboy egoísta... Por esto Rhys y Bennett querían que te mantuvieras alejado de ella».

Me lavo la cara con agua fría, pero no sirve de nada y siento que me da vueltas la cabeza. Es como si no pudiese respirar porque he entrado en pánico y soy incapaz de aferrarme a un único pensamiento el tiempo suficiente como para decidir qué hacer.

—Te debe de estar yendo bien. Randall me dijo que le suplicaste que la llamara a ella en lugar de a mí.

Randall, el camarero que debió de llamar a Carmen.

Ella se recuesta contra la pared y juega con su suave melena pelirroja. Hubo un día en que notarla tan cerca y ver que quería hablar conmigo, dejando el sexo de lado, me habría llevado a hacer de todo por un revolcón más.

Ahora, en cambio, se me tensan los hombros y me quedo de piedra como un ciervo arrinconado en este impecable baño de mármol.

—Me dio mucha pena enterarme de que lo había dejado con Tyler. Eran una pareja con potencial.

Me agarro al lavamanos con más fuerza.

No digo ni mu. Seguramente, por más que pudiera decir algo, no lo haría. El simple hecho de imaginarme hablando de Ro con Carmen hace que me tiemblen las piernas.

Joder... ¿Tanto bebí como para tener esta resaca de caballo?

—Pero tiene pinta de que a vosotros dos os va bien, ¿no?

Levanto la cabeza para mirarla y pregunto:

—¿Qué?

A Carmen parece sorprenderle un poco mi reacción y yo cierro los ojos mientras intento respirar profundamente una vez. O doce.

«Haz-el-puto-favor-de-calmarte».

—Freddy, estás... Estás aprobando. Teniendo en cuenta que estamos hablando de ti, es increíble.

Como suele ocurrir con Carmen, todos sus cumplidos vienen acompañados de un insulto disfrazado.

—Debería irme —musito.

Noto que empiezan a fallarme las extremidades.

Carmen chasquea la lengua y dice:

—Freddy..., mira que llegas a ser sensible.

¡Y dale con esa puta palabra! Sigue irritándome igual que antes. Es como coger un papel de lija y pasarlo por encima de una herida que no ha cicatrizado desde ese día en el porche de la entrada de su maldita casa, la misma en la que me encuentro ahora.

Si se ha dado cuenta de lo pálido que me he quedado ante su tono burlón, no dice nada y prosigue tan tranquila:

—Te lo pregunto como amiga. Tyler me ha dicho que ha estado dando problemas en el grupo... ¿A ti te ha parecido verla distinta?

—¿Qué?

El cabreo que me ha invadido antes en nombre de Ro vuelve a mí y lo agradezco.

—Ro. Que últimamente ha estado actuando de forma distinta. Parece más segura de sí misma, sí, pero también ha dado algunos problemas entre los chicos de mi equipo.

Me dan ganas de poner los ojos en blanco. Carmen Tinley no se pondría jamás de parte de otra chica ni aunque esta fuese un bote salvavidas y ella un náufrago en alta mar. Preferiría ahogarse mientras espera a que llegue algún grupo de pescadores jóvenes que ponerse en plena disposición de la otra.

—Es muy buena tutora —respondo—. Mucho mejor de lo que lo fue Tyler jamás.

—¡Anda, claro! —suelta ella, y se le ilumina la mirada—. Que lo tuviste a él en segundo... ¿Sabes que fue el mismo año en que empezaron a salir?

No me sorprende que lo sepa. Carmen siempre ha mantenido una relación demasiado estrecha con sus alumnos, rozando la línea de lo inapropiado, pero lo disimula bien porque le cae bien a todo el mundo. Me acuerdo de que una vez, estando yo muy borracho, dejé una reseña online rajando sobre ella. Estaba cabreado porque Carmen tenía una puntuación casi impecable y había un montón de cuentas anónimas que no paraban de llamarla «sexi».

—Me da igual. —Sacudo la cabeza—. Aunque él no me tiene ningún aprecio y lo ha dejado más que claro.

A juzgar por cómo reacciona Carmen, que ríe y asiente, es como si acabase de decirle que Tyler me ayudó a aprobar Astrofísica.

—He... Uy. —Gira la cabeza hacia la cama, se aleja del baño y regresa con mi móvil en la mano—. Ya te están llamando otra vez.

—Tengo que cogerlo.

Sonríe. Lo único que siento yo es una enorme culpabilidad y arrepentimiento que me carcomen por dentro.

—Voy a prepararte algo de café antes de que te vayas, monada.

Me estremezco de nuevo al oír ese apodo que me persigue día y noche, pero espero con la mandíbula apretada hasta que Carmen se ha ido. Y respondo.

—¿Ro?

—Hostia, Freddy —gruñe la áspera voz de Bennett desde el otro lado del teléfono—. ¿Dónde coño estás?

La vergüenza se adueña de mí.

—Estoy en... en... Estoy...

—Teníamos entreno por la mañana. ¿Qué? ¿Te has quedado dormido? —Suspira profundamente y casi puedo imaginármelo frotándose la frente con el índice y el pulgar—. ¿Estás con Ro, al menos?

—¿Qué? No... Espera, ¿por qué?

—No está con ella —dice alejándose del teléfono—. Joder.

—¿Qué ha pasado con Ro? Ben, ¿qué ocurre? —El pánico me inunda la voz.

—No lo sabemos —musita—. Pero anoche les dejó unos mensajes de voz a Rhys y Sadie, aterrada. Decía que estaba preocupada por ti y que iba a pedir que la trajeran a casa para venir a verte, pero nunca apareció y nadie ha sabido nada más de ella.

El terror se arremolina en mi estómago y una sensación desesperante de estar ahogándome se apodera de mí. Me tiembla la mano mientras me separo el móvil de la oreja y me meto en el chat de Ro, a cuyos mensajes no he respondido.

—¿Freddy? —Carmen entra en el cuarto y me acerca el café—. ¿Todo bien?

—¿Es Ro? —quiere saber Bennett.

—No —respondo con los dientes apretados.

Oigo que Bennett suelta un taco antes de colgar. Sin embargo, su decepción me hace compañía durante un buen rato más.

Los mensajes de Ro se mofan de mí desde la resplandeciente pantalla de mi teléfono.

Llámame

Contéstame, por favor. Dime algo. Dime que estás bien

Freddy, por favor, coge el teléfono. Me estoy asustando

Al ver ese mensaje, me da un vuelco el estómago. Aun así, sacudo la cabeza y sigo leyendo despacio. Por si no me cuesta ya bastante leer mensajes de texto, el corazón me late con tantísima fuerza y la jaqueca que siento es tal que me resulta casi imposible descifrar lo que pone.

Solo dime dónde estás y voy para allá

Todo irá bien, Matt. Te lo prometo

Lo solucionaré. Sea lo que sea

Salgo del chat y me fijo en que son los mismos sentimientos una y otra vez. Es como si Ro hubiese estado tranquilizándome mientras yo no le respondía.

Mientras yo estaba emborrachándome a más no poder y durmiendo en la lujosa cama de Carmen Tinley.

Si por una de esas extrañas casualidades hubiese conseguido deshacerme ni que fuera de una milésima parte de mi

autodesprecio, ahora esa emoción regresa a mí multiplicada por mil. Pillo los vaqueros y la camiseta del suelo y pido un Uber que me costará un ojo de la cara para regresar directo al campus.

43

Ro

Da igual que estemos en mitad de noviembre, estoy sudando. Estoy regresando a la resi desde el campus siguiendo una ruta más larga de lo normal.

Me he pasado el día estudiando en la biblioteca de la Facultad de Veterinaria, encerrada en una sala privada porque el edificio lleva abierto desde las seis de la mañana.

«Esto de trabajar en grupo es una mierda». Voy practicando la frase mentalmente como si esa fuera a ser mi respuesta a cualquier cosa que me vaya a decir la doctora Tinley la semana que viene. Ya no quiero seguir colaborando con su equipo.

Anoche fui a casa de Tyler, un apartamento a las afueras del campus, con la mochila en la espalda y dispuesta a pasarme horas trabajando con el resto del grupo. Sin embargo, me encontré con que Tyler estaba solo y había puesto la mesa para cenar: un par de platos de espaguetis y una botella de vino de las caras.

Me disculpé para ir al baño y casi llamo a Matt, aterrada, justo cuando apareció la payasada de foto que tengo en su contacto en la pantalla: un selfi del tatuaje de Hello Kitty.

Sonreí antes de que su pánico aplacara mi ansiedad.

—No sé por qué te he llamado. Estoy bien. Y tú estás ocupada. Todo el mundo está ocupado con los finales ahora mismo y nadie tiene tiempo para estas gilipolleces. Lo siento. Debería colgar.

—Matt, por favor... Dime dónde...

Cuelga sin que haya terminado la frase. Y luego Tyler llama a la puerta. Estoy convencida de que se ha pasado el rato llamando, pero yo he desconectado.

Me incorporo con un gruñido desde donde estoy acurrucada contra la puerta del baño, y la abro de par en par.

—¿Qué quieres de mí, Tyler?

Resulta evidente que mi repentino cambio de actitud lo ha sorprendido, porque se queda literalmente boquiabierto. Parece un pez.

Pongo los ojos en blanco y paso decidida por su lado. Cojo la mochila y voy hacia la puerta.

—¡Espera! Ro, escucha...

—¡No! —Me giro hacia él—. Quien tiene que escucharme eres tú a mí. Hemos roto. Se acabó. Definitivamente.

—¿Porque te estás acostando con Fredderic? —ríe—. En serio, RoRo... Es patético hasta para ti.

—Matt es mejor persona de lo que tú lo serás jamás —espeto—. Pero que te quede clara una cosa: esto —digo señalándonos a los dos— no tiene nada que ver con él. Freddy es mi amigo*, cosa que tú nunca has sido para mí. Debería haberte dejado hace muchísimo tiempo*.

Tomo una profunda bocanada de aire e intento calmarme, aunque no me sienta nada relajada precisamente.

—Esto ha sido, en el mejor de los casos, inapropiado. Y, en el peor, un abuso de poder. Te he pasado demasiadas cosas ya, puede que porque haya sido muy inocente, pero pienso quejarme de esto a Tinley.

—Tinley no se pondrá de tu parte en esto. Quien lidera su grupo soy yo.

Es cierto, lo cual me cabrea, aunque en el pasado haya intentado que ni me molestase ni me doliese. Intenté autoconvencerme de que eso de que Tinley tenía favoritismos hacia los chicos del grupo y ninguno hacia mí eran imaginaciones mías. Intenté no tomármelo como algo personal.

—Tinley puede que no —contesto—. Pero el decano seguro que sí. Sobre todo si acompaño mi queja con pruebas que demuestren que has pasado de adaptar las tutorías de los alumnos a sus necesidades.

Ante tal amenaza, se le hinchan las fosas nasales.

—¿Eso te ha dicho Fredderic? —Ríe, y un escalofrío me recorre de los pies a la cabeza—. Ese tío es idiota y un puto mentiroso. Inténtalo, Ro. Te aseguro que tengo a tanta gente que me apoya en el departamento que no podréis tumbarme ni aunando fuerzas los dos.

Quiero seguir discutiendo, pero noto la amenaza en su voz. Está intentando desarmarme para volver a clavarme las garras.

Pero no pienso permitirlo. No pienso dejar que Tyler me vea reaccionar como tan desesperadamente quiere.

—Déjame en paz. Deja a Matt en paz. Para. O voy a ir al departamento. Ya me da todo igual, Tyler.

Irme de su casa fue lo más fácil que he hecho jamás en cualquier cosa relacionada con Tyler. Quería ver a Freddy lo antes posible, pero no he conseguido dar con él.

Además, después de haberle plantado cara a Tyler, estaba que rebosaba energía. Ahora, casi veinticuatro horas después y tras haberme pasado la noche estudiando y perfeccionando mi propuesta de investigación (la original, antes de que Tyler intentara que la cambiase), sigo sintiéndome igual.

Hacía años que no me pasaba la noche entera trabajando. Sin embargo, entre lo ocurrido con Tyler y que no conseguía quitarme de la cabeza todas las hipótesis de lo que podía estar pasando con Matt, decidí que lo mejor sería ser productiva. En algún momento del día se me ha muerto el móvil y no he reunido el valor para marcharme hasta hace poco, así que básicamente estoy... desconectada.

Cuando he terminado con la propuesta, me he dedicado a escribir en mi diario, igual que hacía cuando iba al instituto. Después de que mi padre sufriera el derrame cerebral, la terapeuta familiar me sugirió que empezara uno, y eso me ayudó. Sin embargo, cuando me mudé a Waterfell y empecé a estar más ajetreada, dejé de cuidarme y de priorizarme a mí misma.

Y luego también he estado leyendo los libros que me compró Freddy en ese viaje a la librería, que ya parece uno de esos hechos vitales que acaban definiéndote como persona.

«*Ser amado significa ser visto, con todos tus matices*».

Un viejo dicho, pero también una cita del personaje tímido y marginado de mi novela favorita, cuando la chica se hace fuerte y se convierte en la heroína de su propia historia.

¿No es eso lo que está haciendo Matt? ¿Verme tal y como soy?

Intento no darle demasiadas vueltas porque, si algo he aprendido siendo la tutora de Freddy, es que tiene una inteligencia emocional espectacular.

Eso y que siente una fuerte necesidad por complacer a todo el mundo y hacer que la gente esté siempre feliz.

El sol se puso a las cuatro y el viento empieza a soplar con más fuerza mientras subo los escalones de la entrada de Millay, paso la tarjeta y empujo la puerta con fuerza. En lugar de coger el ascensor (que no cumple la normativa ni de broma), subo por las escaleras. El sudor me va empapando la nuca y empiezo a jadear bochornosamente antes de llegar a...

—¿Freddy?

Matt Fredderic está aguardando en la puerta de mi cuarto, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Es demasiado grande para estar en este pasillo, que es viejo y absurdamente pequeño. Él, con su más de metro noventa, está espatarrado perezosamente en el suelo y me pregunto si alguien lo habrá pisado sin querer al intentar esquivarlo y saltar por encima de sus largas piernas. Tiene la sudadera arrugada alrededor de los hombros, como si la estuviese utilizando de almohada, su pelo dorado está todo enmarañado y está sujetando la mochila en el regazo, como si fuese un osito de peluche.

—¿Matt? —lo llamo.

Él se sobresalta y empieza a mover las pestañas. Es tan atractivo que parece un príncipe de Disney en una versión alternativa de *La Bella Durmiente* en la que el protagonista es un chico.

—Ro —suspira con una sonrisa—. Estás aquí.

«Estás aquí». Y lo dice con ese tono alegre y tierno que hace que me sienta deseada y necesitada.

—¿Qué haces aquí?

Me entran tales ganas de reír y abrazarlo que tengo que agarrarme con fuerza a la tira de la mochila.

—Me he pasado primero por la biblioteca, por tu oficina... He ido a todas partes. He empezado por aquí y luego he... —Deja que se le apague la voz y se encoge de hombros—. He vuelto otra vez aquí al salir de clase. He pensado que en algún momento tendrías que venir.

«"Al salir de clase...". ¿O sea, que lleva aquí sentado desde las dos de la tarde?».

—Son las nueve de la noche.

—Joder... ¿En serio?

Por un segundo, le cuesta ponerse de pie, así que extiendo el brazo para ayudarlo. No se apoya en mí, pero sí me agarra la mano en busca de contacto sin preocuparse por soltarme.

—¿Te has pasado siete horas aquí sentado, esperándome?

—Me sorprende que no hayan llamado a los de seguridad del campus. —Frunce el ceño, como si estuviese meditándolo—. Pensándolo bien, es preocupante. Igual no deberías seguir viviendo aquí. Puedes quedarte en la Hockey-morada.

Suelta esa sugerencia, sutilmente absurda, tan deprisa que no puedo evitar que se me escape la risa. Hasta que empiezo a sollozar y me entra el hipo.

—Eh, Ro...

Me abraza por los hombros para que pueda hundirle la cara en el cuello.

—Me pegaste un buen susto... —Sacudo la cabeza, rozándole la sudadera y el cuello con la nariz—. Pensaba que... Me has tenido toda la noche preocupada, tontaina.

Me separo y le doy un sutil empujón a la altura del pecho.

—Ya lo sé. —Se rasca la nuca y se muerde el labio inferior. Sigue pálido—. ¿Puedo pasar? Siempre y cuando no estés ocupada, claro. No... —Se da una palmada en la frente—. No sé cómo no se me ha ocurrido antes. Sé que vas muy liada y siento haberte robado tantísimo tiempo, pero de verdad que procuro mejorar.

Apenas se detiene a tomar aire. Ni siquiera cuando abro la puerta, paso y Matt me sigue dentro.

—¿La clase esa para sustituir la de Mates? Una pasada. Me siento genial. Y... —Se muerde el labio, de un tono rosado, y añade—: Quería darte las gracias otra vez.

—No fue nada —respondo mientras dejo la mochila al lado de la puerta de entrada, junto a los zapatos que nos hemos quitado los dos—. En serio. Deberían habértelo ofrecido desde un principio. ¿No hiciste la prueba para entrar en la clase de Mates?

—Pues, eh... De hecho, no. Me dejaron posponerla porque... Este... Porque mi madre estaba enferma. Y diría que luego ya se me olvidó.

Vuelve a encogerse de hombros y clava la vista en los azulejos del suelo de la cocina.

Matt tira del cordón de su sudadera y se pone a juguetear con él, enrollándolo y desenrollándolo alrededor de su dedo.

—Bueno... —Suelta el aire y se sonroja mientras pasea la vista por el piso—. Ya no me acuerdo de adónde quería llegar con todo esto.

—Me has preguntado que si estaba demasiado ocupada para que entrases y habláramos —respondo.

Cojo un par de zumos (que es todo cuanto tenemos ahora mismo, aparte de agua del grifo) y le paso uno.

—Ya... —Sacude la cabeza y la vergüenza lo lleva a ruborizarse todavía más—. Y voy yo y me autoinvito igualmente. Puedo irme...

—Siéntate, Matty —digo en voz baja mientras paso por su lado y le doy un apretón en el brazo antes de sentarme en una de nuestras disparejas sillas de madera.

—No hace falta, en serio... —Sonríe socarrón—. Pero me gusta que te pongas mandona conmigo.

El tonteo no estaría mal, pero no es real. Recurre a él como si quisiera protegerse. Ya lo ha hecho en otras ocasiones. Sin embargo, ahora lo veo tan roto y dañado que no me cuesta atisbar lo que se esconde debajo. Inseguridad. Vergüenza.

—Quiero que te quedes.

Al oír mis palabras, esa falta de sinceridad desaparece y es reemplazada por una débil confianza.

—¿Sí?

—Matt, te he llamado..., no sé, unas doce veces.

—Dieciséis, en realidad —responde él agitando el móvil con la mano—. Siento no habértelo cogido. Estaba... He tenido una mala noche.

—Nos puede pasar a todos —respondo—. Pero tú me ayudaste cuando estuve mal. Me ha dolido no poder hacer lo mismo por ti. Has herido mis sentimientos, pero también me asustaste un montón.

—Tengo muchísimo que contarte, pero no sé ni por dónde empezar.

Su confesión es genuina, al igual que la capa de ansiedad que lo envuelve. Así que me levanto, le cojo las manos y esbozo una sonrisa amable.

—¿Qué tal se te da cocinar?

Empalidece de golpe.

—¿Dónde tenéis el extintor?



—En cuanto a lo de ayer... ¿Quieres hablar del tema?

Resulta que Matt Fredderic no es tan malo cocinando como él pensaba. Aunque sí, vale: simplemente está hirviendo pasta y aderezándola con la salsa pesto que he sacado de la nevera mientras yo ya he cortado y cocinado el pollo.

Lo hemos preparado todo más bien en silencio, dejando que se concentrara en los movimientos y las instrucciones que le iba dando yo para que así se calmara un poco. Mientras tanto, «Smoke Signals», de Phoebe Bridgers, suena por el altavoz de bluetooth que tenemos apoyado en la encimera, peligrosamente cerca del fregadero.

Matt para un segundo y levanta el hombro mientras sigue de pie, delante de los fogones, y va removiendo la pasta. Espero a que ría y suelte alguna excusa al más puro estilo Freddy. Sin embargo, en lugar de eso, toma una profunda bocanada de aire.

—Mi, eh... —Se frota la nuca, negándose a girarse y a mirarme—. Mi padre se presentó en el entreno.

Su padre. He ahí un tema que no hemos acabado de abordar nunca. Al principio, asumí que su padre era Archer (porque habla de

él con sumo respeto), pero no entendía por qué Matt lo llamaba por su nombre de pila.

—¿No te llevas bien con tu padre? —pruebo a preguntar, y sigo centrándome en la última tira de pollo, que corto más despacio mientras espero a que Freddy conteste.

La risa que suelta hace que se me encoja el corazón y la punzada que noto es aún más aguda cuando veo que gira la cara por encima del hombro para mirarme.

Su mirada refleja una especie de dolor profundo, resultado de un rechazo acumulado.

—Mi padre preferiría que yo ni existiera —responde con sinceridad. Es como si ya lo tuviera aceptado pero siguiera doliéndole, como si de una herida reciente se tratase—. Pero aquí estoy.

Trago saliva para deshacerme del nudo que siento en la garganta y me exijo ser más fuerte. Por él. Para que pueda compartir esta parte de su vida conmigo sin tener que preocuparse por mí.

—¿Jugaba...? ¿Jugaba al hockey? —pregunto.

Diría que lo mencionó una vez o quizá fui yo quien lo leyó en algún artículo.

—Sí. Y creo que desearía que yo nunca hubiese cogido un *stick*.

—¿Porque odia el deporte ahora?

Niega con la cabeza y la esconde, muy sutilmente, mientras se cruza de brazos y se apoya contra la encimera, más bien poco sólida, de la pequeña cocina que tenemos en nuestro piso de la residencia.

—Creo que no soporta que sea más bueno de lo que fue él. Nunca.

Aparto la tabla de cortar a un lado y lo miro a los ojos.

—Me presiona para que mejore, para que me esmere más, y se pasa el día entero restregándome cada uno de los errores que cometo en el camino. Pero no quiere verme triunfar. No si con eso alguien va a verme como al «Fredderic mejorado».

—¿Ha sido siempre así?

—No tan drástico, pero... —Se encoge de hombros y asiente—. Sí.

Matt se gira hacia el armario, coge un par de boles y me dice que me siente en la mesa. Sin embargo, yo decido que estaremos más cómodos en el suelo del salón, sobre los cojines, como de costumbre.

Una vez sentados encima de los cojines y envueltos por la luz de la lámpara dorada del salón, con los boles calientes de mi reconfortante comida favorita entre las manos, Matt se abre aún más conmigo.

—Mi madre solía preparar lo mismo —confiesa con la boca medio llena.

Sonríe con una pizca de picardía, y luego traga.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Asiente.

—¿Cuántos años tenías cuando se puso enferma?

Nunca había sido tan directa con él en este tema porque siempre he intentado abordarlo con delicadeza. Los dos nos hemos acercado al dolor del otro desesperados por hacer que el otro se sintiera mejor, a pesar de que eso significase dejar de lado lo malo.

Pero esto es importante. Quiero que me vea como un lugar seguro al que acudir.

Deja el bol en la mesita de café haciendo un poco de ruido y se pasa la mano, temblorosa, por el pelo.

—Mmm... Puede que dieciséis. La primera vez. De esa se recuperó enseguida: hizo quimio y le fue bien por un tiempo. Luego tuvo una recaída, pero en el corazón. Un angiosarcoma: muy poco común y muy agresivo. Le dieron seis meses después del diagnóstico.

Se me encoge el corazón. Permanezco inmóvil y guardo silencio para dejar que hable sin interrumpirlo.

—Aunque solo aguantó cuatro.

—Matt...

Pero ahí me callo porque... ¿Qué puedo decirle? Nada de lo que yo pueda decirle va a mejorar la situación o va a ahorrarle ningún dolor a Matt. ¿Cuántas veces oí a la gente diciéndome «Lo siento» o, peor aún, «Todo pasa por algo» cuando mi padre tuvo el derrame cerebral?

«Cuatro meses».

Incluso un pronóstico de diez años sería duro. Cuando, sin demasiada certeza, nos dijeron que mi padre «seguramente se quedaría así para el resto de su vida», mi madre y yo empezamos a vivir con un dolor constante. Pero al menos mi padre seguía ahí, estaba vivo. Todavía podía sonreírme desde su butaca reclinable de cuero favorita.

—Háblame de ella.

44

Freddy

«Háblame de ella».

¿Cuándo fue la última vez que alguien me pidió justamente eso?

Se me dibuja una sonrisa en los labios. Solo pensar en el pedazo de mujer que era mi madre hace que la alegría me inunde el cuerpo. No sé por dónde empezar, pero suelto:

—Era muy lista.

Ro me recompensa por esta confesión con una sonrisa y un:

—¿Sí?

—Sí. —Asiento—. Acabó el máster antes de tiempo: Medicina deportiva. Le llovieron las ofertas, pero como un amigo suyo del instituto ya estaba jugando al hockey, aceptó la oferta de los Dallas porque... creo que no quería sentirse sola. Sus padres eran bastante fríos y no muy majos. Yo solo llegué a conocerlos una vez, de muy pequeño. Casi ni me acuerdo de esa visita, pero Archer dice que nunca fueron demasiado amables con ella.

—¿El amigo ese era Archer?

—Sí.

Vuelvo a sonreír al acordarme de la foto de mamá y Archer que había en el salón de casa: una Polaroid metida en el marco donde

tenía encuadrado su diploma. Una foto borrosa de mamá y Archer en la graduación del instituto en la que aparece Archer levantándola en brazos y ella tiene cara de sorprendida y feliz mientras está sujetándose el birrete con una mano para que no se le caiga. Mamá sale mirándolo a él, y Archer, sonriendo a la cámara con el birrete medio caído a causa del alboroto.

—Al poco tiempo de que el equipo la contratara, mi madre conoció a mi padre... —Corto la frase aquí mismo porque me basta con mencionar a mi padre para que las buenas sensaciones que me aportan los recuerdos de mamá empiecen a desvanecerse.

—No hace falta que me hables de él —me dice Ro con un tono de voz distante.

Pero... pero quiero hacerlo.

—Era... Es un narcisista. Se creía el mejor del equipo, pero yo diría que, al principio, pintaba más a que a mamá le parecía encantador. Él le iba detrás sin reparos, de forma muy pública. Acudía a cada entreno o a cada sesión de estiramientos acompañado de mi madre cargada de flores y regalos extravagantes. Archer ya no jugaba. Sufrió una lesión grave el primer año que mi madre estuvo trabajando para los Dallas y empezó a hacer de entrenador. Mi madre lo ayudó a recuperarse de la lesión, pero entonces John Fredderic apareció en escena y la cazó. —Me aclaro la voz y añado —: Mi madre era la mejor persona que he conocido jamás. Era...

Me llevo la mano al ojo porque noto cierto escozor y, cuando la aparto, me doy cuenta de que tengo los dedos mojados.

«Mierda. ¿Estoy llorando?».

—Perdona... —Río y sacudo la cabeza mientras me froto los ojos con fuerza—. No me puedo creer que esté llorando. O sea... Han

pasado cuatro años.

—Eh... —dice Ro antes de venir hacia mi lado gateando y envolverme en un abrazo, que yo le devuelvo con todas mis fuerzas.

—Ojalá hubieses podido conocerla. Te dije que me recordabas muchísimo a ella porque las dos sois amables y cariñosas. Majas con todo el mundo. Sois auténticas. Estáis dispuestas a ayudar. Pero mi padre... se lo cargó. Siempre se lo cargaba todo.

—¿Llegaron a casarse?

Niego con la cabeza.

—No. Aunque mi madre me puso el apellido de mi padre porque iban a casarse. Creo. Todo eso está un poco borroso.

La pasta se ha enfriado porque solo hemos comido un poco y luego nos hemos olvidado de la cena por completo. Y me siento como una toalla usada. Es como si me hubiesen escurrido y me hubiese quedado sin nada.

Ro pone su programa online favorito y lo deja en reproducción automática mientras yo apoyo la cabeza en su hombro y ella descansa la suya sobre la mía. Sus rizos me hacen cosquillas en el cuello y en la mejilla, e inhalo el embriagador y fresco aroma de su champú y de su perfume.

Giro la cabeza despacio hasta que puedo reposarle los labios en el cuello. Le dejo un beso. Dos. Y luego le rozo un poco la piel con la nariz para poder olerla.

Me separo de Ro y la miro. Tiene las mejillas sonrosadas, las pupilas dilatadas y la respiración ralentizada.

Creo que verla debajo de mí, estar dentro de ella, me cambiaría para siempre. Es tan perfecta, lista, amable y cariñosa... Vuelvo a sentir esa misma necesidad imperiosa de satisfacerla... Es como si

esa sensación que habita en mí tuviese vida propia y me suplicara que la alejara un poco y hundiera mi cara entre sus piernas hasta que se sintiera bien y estuviera feliz, relajada, saciada.

Eso es lo que quiero.

Pero ahora el sexo (sobre todo con Ro) me inquieta un poco. La necesidad que siento por complacerla como mejor sé está librando una batalla con la necesidad que siento por no perder su amistad. Su respeto. Y esas cosas, para mí, nunca han ido de la mano.

Así que sonrío y pego un salto para levantarme.

—Debería irme.

—¿Quieres quedarte a dormir?

He dormido las veces suficientes a su lado como para saber que mi respuesta es un sí rotundo, pero no debería. Aunque da igual. Asiento antes de que pueda autoconvencerme de que vale más que me marche.

Ro se levanta justo a mi lado y trastabilla un poco, ilusionada. Es trepidante y humilde a la vez.

—Solo tengo que ducharme.

¿Por qué ha sonado como si acabase de pedirme que me desnudara?

Se me seca la garganta.

—Vale.

—Entra si quieres.

«¿En la habitación? ¿En la ducha? ¿En ella?».

—Genial.

Asiento como un tonto y la sigo hasta su cuarto, bañado por la tenue luz de la lámpara. Es como si acabasen de inyectarme un chute de dopamina: toda la habitación es Ro. La misma colcha de

patchwork color verde salvia y las sábanas florales. Las mismas guirnaldas y la máquina de coser en el escritorio, con un proyecto a medias. Su perfecto calendario de pared, rellenado meticulosamente con... Me detengo un segundo para mirarlo, levanto la mano y lo toco. Ro ha venido a todos los partidos que hemos jugado en casa y ahora sé por qué.

Acaricio la caligrafía negra con los dedos. Aquí aparecen todos mis partidos anotados con las fechas correspondientes.

—Ah... —dice, y se sonroja al darse cuenta de lo que estoy mirando—. Sí, es que... No quiero perderme ninguno, ¿sabes? Así que los he apuntado todos.

No puedo tragar saliva porque mi garganta se ha cerrado.

—Enseguida salgo —dice antes de girarse a toda prisa y desaparecer en el baño.

Mil pensamientos me inundan la mente y se enfrentan los unos a los otros. Es como un juego mental de esos en los que vas arrancándole los pétalos a una flor: «Me quiere, no me quiere...».

Ro tiene mis partidos apuntados en un calendario. Me hizo una corbata y bordó unas estrellas y mi número en la tela. Me ha preguntado por mi madre. Me ha pedido que me quede a pasar la noche.

«No te hagas esto a ti mismo —pienso mientras cierro los puños en los costados—. No sería la primera vez que te equivocas».

Oigo el eco de la voz de Carmen en mis oídos antes de que lo frene: «*Ha estado bien, Freddy. Pero esto no... No eres lo que yo necesito*».

Ro es distinta. Tengo que creérmelo. No jugaría con mis sentimientos como han hecho tantas otras personas antes. Ella es

real.

No me parece que lo más adecuado sea entrar en el baño de golpe, pero no puedo contenerme. Me rodea el vapor de la ducha. Me cubro los ojos y suelto:

—¿Te gusto?

—¿Matty? ¿Qué haces?

—¿Te gusto? ¿Sientes algo por mí?

Oigo el sonido del metal y, en un acto reflejo, me aparto la mano de los ojos. Ro saca la cabeza desde detrás de esa colorida cortina de ducha. Tiene los rizos atados en un moño alto, aunque algunos se le han mojado y se le han quedado pegados detrás de su largo cuello.

Me estudia con esos ojos color avellana hasta que me doy cuenta de lo que acabo de hacer. ¿En qué narices estaba pensando? Que no...

—Matt —dice suspirando, con la mirada relajada—. Claro que me gustas. Sería imposible que no me gustase algo de ti.

«¿Quieres que nos apostemos algo?», dice esa voz que tanto se parece a una mezcla de la mía y la de mi padre en mi cabeza.

Se mordisquea el labio inferior mientras nos quedamos aguantándonos la mirada en este húmedo baño lleno de vapor.

—¿Me besas?

—¿Qué?

Casi tropiezo, así que separo un poco más las piernas para no quedar aún más en ridículo.

Una pizca de inseguridad se dibuja en el rostro de Ro, que se agarra un poco más fuerte a la cortina, como si fuese a cerrarla de golpe y a decirme: «Lárgate de aquí».

—Dijiste que solo tenía que ped....

No dejo que termine la frase. Voy directo hacia ella y apoyo una mano en la pared que hay al lado de la bañera mientras, con la otra, la agarro de la nuca y la beso. Ro sabe a caramelo y a la calidez del verano, tiene los labios mojados y yo bebo de su boca.

Le separo los labios con la lengua y un escalofrío me recorre entero al oír el sonido que se le escapa. Ella me lo devuelve con las mismas ganas. Ro besa como una adolescente ilusionada, como si acabase de descubrir los besos con lengua. Algo se despierta en mí, algo que hace que, con cada roce, me sienta como si fuera la primera vez.

Especial.

Me separo y sonrío mientras respiro con pesadez. Ro hace lo mismo, hasta que los dos nos quedamos mirándonos mutuamente con los ojos bien abiertos.

—Entra, Matty —dice antes de volver a meter la cabeza bajo el chorro de la ducha.

Se me corta la respiración. Ro no...

—No hace falta que lo hagas, si no quieres —dice por encima del sonido del agua—. Pero yo sí quiero.

«Yo sí quiero».

Es como si me estuviese desnudando por primera vez. Tiro la sudadera y la camiseta en una esquina antes de quitarme los pantalones con demasiada prisa y hasta tengo que apoyarme en la pared para no perder el equilibrio.

Por un segundo, me planteo si debería quitarme los calzoncillos o no, lo cual resulta ridículo. Nadie se ducha con ropa interior.

«Cuando no quieren presionar a la chica que ya está dentro de la ducha, sí», pienso. Pero es que ella ya está desnu...

Hostia. Rosalie Shariff está desnuda. Y mojada. En la ducha. Esperándome a mí.

No lo pienso más. Aparto la cortina y me meto en ese pequeño espacio.

Me recibe la larga y desnuda línea de su columna. Ro tiene la piel de un tono bronceado dorado de los pies a la cabeza y yo trago saliva mientras voy bajando la vista más y más y más hasta llegar a su pequeño culo respingón. Es alta, delicada y tan jodidamente preciosa que no puedo dejar de pasear la vista de una parte a otra de su cuerpo porque no sé dónde mirar primero.

Gira la cabeza para mirarme por encima del hombro y baja la vista por mi cuerpo hasta...

—¿Por qué te has dejado los calzoncillos puestos?

«¿Qué?».

Pfff, joder. Pues no, no me los he quitado. Aunque ahora ya tengo la tela gris de los calzoncillos pegada a la piel, húmeda a causa del aire, cálido y también húmedo.

Se gira, pero enseguida se lleva las manos al pecho para cubrirse.

—Mierda.

Me muevo como puedo, estampando la mano contra los vaporosos azulejos de la pared, y me bajo los calzoncillos. Dejo que me resbalen hasta los tobillos y, una vez allí, me los acabo de quitar de un puntapié y los tiro fuera de la ducha hacia el suelo del baño.

Ro inhala con fuerza al estudiarme.

Si me resulta atractiva es por su inteligencia y amabilidad. Pero, joder, con este cuerpazo, estoy a nada de arrodillarme y quedarme

así, admirándola como la obra de arte que es sin acabar de saciarme del todo jamás.

—Rosalie... —suspiro, y luego trago saliva con fuerza—. Eres preciosa.

Se sonroja y baja los brazos a los costados, dejando a la vista dos pequeños pechos adornados con un par de pezones también pequeños.

Se me hace la boca agua. Quiero recorrer todos y cada uno de los centímetros de su cuerpo con la boca, tomándomelo con calma para ir bajando por su esbelto cuerpo hasta llegar a los suaves rizos castaños que le cubren la entrepierna. Ya sé cómo es sentirla y suelo soñar con ello a menudo, pero quiero verla mientras lo hago, teniendo mis dedos dentro, dándole placer.

—¿Puedo tocarte?

Al oír su pregunta, se me escapa un gemido y bajo la mano para agarrármela. Estoy empalmadísimo, prácticamente apuntando hacia ella.

—Sí, sí.

Estira el brazo hacia mí, despacio y con cuidado. Intenta agarrármela entera con la mano, envuelta de unas finas pulseras de cuentas. Ro tiene los dedos largos, pero a duras penas puede rodearla del todo.

Tengo clarísimo cómo soy a nivel sexual: tío blanco, objetivamente atractivo, con una cara bonita y de cuerpo musculado. Posiblemente podría decirse que tengo la polla perfecta: gruesa y de buena longitud. Y lo que es más importante: sé utilizarla. El sexo se me da bien, al igual que el hockey.

Y, sin embargo, ante el titubeante agarre de Ro, la polla me gotea como si fuese virgen.

—No... no sé si sabré hacerlo bien.

Casi me río ante la absurda idea de que a Ro le salga algo mal, pero me muerdo la lengua y me acerco a ella para tocarle la desnuda piel del hombro con los dedos.

—Tú solo acarícíamela. No puedes hacerlo mal.

Ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que me hicieron una paja, pero jo-der. Su tacto conseguirá que me corra en cinco segundos, como un puto adolescente.

—¿Así?

—Sí, princesa —suspiro mientras levanto la mano para acariciarle la mejilla. Tiene la piel cálida del agua y está sonrojada a causa de la excitación—. Quiero besarte —jadeo—. Por favor... Por favor, déjame besarte.

Se lo digo casi lloriqueando. Tal vez debería avergonzarme, pero necesito tantísimo a Ro que me da igual.

Ella se apresura a asentir y me mira a los ojos, apartando su intensa mirada de mi polla. Se muerde el labio inferior y yo la beso con ahínco. La empujo contra los fríos azulejos de la pared y el agua me moja un costado mientras me inclino más.

Ro gime en mi boca, casi frenética, y yo, más que ver, noto cómo aprieta las piernas.

—Rosalie —la llamo mientras acabo de empotrarla contra la pared. Ella sigue masturbándome y yo le separo las piernas con la rodilla—. ¿Tienes ganas, princesa?

—Sí —suspira—. Matt, por favor...

—Cábalgame el muslo, cielo. Toma lo que necesites.

Y lo hace. Se frota contra mí con desenfreno. La beso de una forma salvaje, frenética, mordisqueándole el cuello e intentando, con todas mis fuerzas, no correrme.

Hasta que...

—Cuando me toco, pienso en ti —me dice con la boca pegada al cuello y me lo mordisquea—. Me...

Me corro. Con fuerza, de golpe, con un gemido prolongado. El orgasmo me azota como un relámpago. No me da tiempo a prepararme, ni tampoco a avisarla. El semen mancha su piel de color bronce y el agua de la ducha lo limpia enseguida.

Ro deja de frotarse conmigo de inmediato y yo la beso, con más pasión todavía, como si esa fuese mi forma de darle las gracias. Espero a que siga, a que continúe follándome la pierna, y la agarro por las caderas mientras la impaciencia empieza a adueñarse de mí.

—No hace falta que... —me dice Ro, temblando, cuando ejerzo presión en su clítoris con la rodilla—. Ya has terminado. Podemos parar si...

Niego con la cabeza.

—La cosa no va así. No pararemos hasta que te corras, Ro.

La agarro con delicadeza por la nuca y la echo hacia atrás de nuevo para mirarla a los ojos.

—Y normalmente más de una vez —añado, y ella abre los ojos como platos—. Aunque se nos acabará el agua caliente.

—Pero...

—¿Te gusta?

Ro asiente.

—¿Quieres correrte?

Se pone roja como un tomate, pero logra asentir de nuevo. Me agarra por la cadena que me cuelga del cuello y tira sutilmente de ella. Podría ir llevándome por ahí agarrado de esa misma cadena y yo la seguiría como si fuese un maldito perro.

Le beso la sien y vuelvo a levantarla.

—Pues sigue, princesa. Igual que la otra vez.

Ro jadea y se deshace en un sutil aunque desesperado gemido. Empieza a mover las caderas con más ganas y sus afiladas uñas se clavan en mi piel mientras ella va dándose más y más placer hasta llegar al orgasmo.

—Así, preciosa —le digo con la boca pegada al cuello y la beso mientras continúo animándola—. Venga, Rosalie. Suéltate. Córrete para mí. Por favor, Ro, necesito notar cómo te...

Se le escapa un grito que se convierte en un agudo chillido, uno que parece casi un sollozo de alivio y que hace que me empalme como una roca en un tiempo récord. La agarro de las caderas y la voy moviendo despacio mientras ella se deja caer cada vez más contra mi cuerpo.

Vuelvo a ponerla de pie y espero a que recupere el equilibrio. Me sonríe, satisfecha y feliz. Pensaba que complacer a alguien, quien fuese, daba rienda suelta a las endorfinas de mi cuerpo, que me embriagaba saber que alguien me necesitaba y me deseaba en igual medida. Sin embargo, con Ro, esto parece una sobredosis. Y me muero de ganas de seguir.

Cojo la esponja de Rosalie y la embadurno con una cantidad exorbitante de jabón (un jabón que huele a flores y a coco y a ella) y se la paso por el pecho, por el vientre y por la entrepierna, con

cuidado. Me agacho para frotarle también las piernas con unos movimientos largos y lentos.

Levanto la vista para mirarla y me detengo. Tiene los ojos puestos en mí y respira con algo de pesadez. Aun así, lo que veo en ella no es lujuria, sino gratitud y admiración, como si no tuviese claro si está soñando o si esto es real.

El sentimiento es mutuo.

«*Creo que sería muy fácil quererte*».

Querer a Rosalie Shariff sería lo más fácil que he hecho en la vida. Y lo sé porque ya lo estoy haciendo. Creo que llevo queriéndola desde el día en que me defendió en esa sala de conferencias. Primero la quería como amiga, algo que nunca he tenido, pero ahora la quiero como algo más.

Es un sentimiento abrumador. De repente, me cuesta tragar saliva e incluso mirarla. Así que la giro y la enjabono por detrás, venerándola. No puedo evitar dejarle un beso en la espalda, justo en la parte de arriba de la columna.

«Creo que quererte sería lo mejor de mi vida».

45

Ro

Me siento embriagada de Matt Fredderic.

Me deja en la ducha para que acabe de enjuagarme sin decir nada. Me envuelvo con una toalla grande de color verde y me siento en el borde de la bañera. Es como si tuviese la mente nublada y me diese vueltas la cabeza. Como si estuviese en una nube.

Tengo la ropa delicadamente doblada sobre la encimera del lavamanos, pero ahora mismo no me siento cómoda volviendo a ponérmela. Así pues, me pongo una camiseta oversize con vibras de alguna obra de arte de Lisa Frank y me dejo el pelo suelto. Tengo los rizos elásticos y más encrespados que antes, cortesía del vapor de esta ducha tan larga.

Debería estar cohibida. Sin embargo, cuando algo tiene que ver con Matt Fredderic, es imposible sentirse así o de alguna forma parecida.

Lo que sí siento es una alegría maravillosa en mi interior. Matt es como pegarte una ducha y meterte entre unas sábanas frías después de haberte pasado un buen rato tostándote bajo el sol del verano. Como una siesta al volver de la playa. Todo en uno, reconfortante y revitalizante.

Sanador.

Cuando regreso a la habitación y me detengo justo delante de Matt, que sigue con una toalla envuelta alrededor de la cintura, un extraño silencio se abre paso entre nosotros. Nos quedamos mirándonos mutuamente, dubitativos, sonriendo tímidos y con las manos temblorosas.

Matt carraspea y dice:

—Hey.

—Hey.

Se inclina sobre mi escritorio, aparta las hojas de papel que tengo esparcidas por ahí y deja a la vista la cartulina que hay debajo. La señala mientras gira la cabeza por encima del hombro y me pregunta:

—¿Qué es?

Toda la melosa calidez que hubiese podido sentir abandona mi cuerpo y se me hiela la sangre.

—No... Es una tontería.

Freddy arruga la frente, pero decide insistir. Al ver su reacción, no sé si odiarlo o quererlo.

—¿Por qué? A mí me parece una lista divertida.

Me está retando. Me ha soltado ese comentario ligón para ver si le sigo la corriente. Mueve repetidamente las cejas mientras lee algunos puntos de la lista en voz alta.

No hace falta que me los recuerde. Me los sé de memoria.

Bailar encima de una barra a lo Bar Coyote

Llegar a la tercera base en un coche

Bañarme desnuda! (Pero que no me pillen

y me metan en la cárcel!)

Hacer algún viaje alocado durante las vacaciones de primavera

(pero sin que me detengan!) Perder la virginidad con alguien que me quiera

La lista sigue, pero yo me quedo pensando en este último punto. Me duele pensar en eso. Me duele intentar diseccionar qué sentía Tyler por mí realmente.

—Es algo que hice con Sadie en primero. Para que yo pudiese ir tachando todas esas cosas que siempre había querido hacer pero nunca había hecho.

Matt se queda estudiando la lista un segundo. La coge y corre hacia la cama. Me cuesta apartar los ojos de él. Se gira y me guiña el ojo por encima del hombro, como si ya supiera qué estoy mirando.

—¿Tatuajes? —me pregunta—. Esa te la tacho ya. ¿Tienes un rotulador? —Abre el cajón del escritorio sin perder tiempo y pilla uno de color verde y otro de color negro de mi ordenado montón—. ¿Con cuál quieres que sigamos?

Está ilusionado. Verlo así libera una parte de mí que llevaba años encerrada bajo llave.

Cuando Tyler vio la lista por primera vez, también parecía ilusionado. Pero, luego, esa ilusión desapareció. Entierro la esperanza bajo los recuerdos de su risa y me doy un toque de atención para estar alerta.

—Con ninguna —digo mientras le arranco la cartulina de las manos—. En serio, es una tontería de primero.

Mis propias palabras me suenan tan detestables que cierro los ojos con fuerza. Pero mi desagradable tono no va por él. Ese odio y

ese cabreo van dirigidos a mí misma porque, en su día, esta lista me importó. Fue un rayo de esperanza al marcharme de casa. Sin embargo, acabó disipándose, junto con mi ilusión. Ahora, cuando miro esta lista, cuando veo los garabatos y los besos que estampamos en el papel con pintalabios, lo único que siento es una punzada de dolor por haber perdido el tiempo.

—Intentémoslo de otra manera... —dice Matt, aunque parece que esté hablando para sus adentros—. A mí me gustaría hacer las cosas de la lista contigo. De hecho, me encantaría. Pero solo si a ti también te apetece. ¿Quieres probar alguna conmigo?

Me lo pregunta con tanta delicadeza que incluso me entran ganas de llorar.

—¿Ahora?

Freddy se encoge de hombros, sonriente.

—Sí, ¿por qué no? Si quieres hacer estas cosas conmigo, la única que puede detenernos eres tú, porque vamos a hacerlo juntos. Pero quien está al mando eres tú, Ro.

Sus palabras son encantadoras, dulces. Sin embargo, hay algo que no me gusta. Es como si alguien me estuviese pellizcando el brazo.

—¿Y tú qué?

—¿Yo? ¿A qué te refieres?

Sigue sonriendo con los ojos bien abiertos y un atractivo pueril.

—También es tu cuerpo, Matt. Tú también estás al mando.

Las palabras me resultan pesadas e incómodas, y una parte de mí quiere salir por patas. Sin embargo, la otra, una más grande, insiste en que esto es importante.

Al oírme, la expresión relajada que le veía antes en la cara desaparece y Matt me estudia con el ceño fruncido. El hecho de que

lo que le acabo de decir le resulte tan nuevo hace que la rabia se adueñe de mí.

Matt levanta las manos como si fuese a tocarme, pero entonces aprieta los puños y los apoya en la cama, entre nosotros. Suelta una risa amarga y luego sonríe con los labios separados.

Espero en silencio y me lo quedo mirando mientras él intenta no caer en lo que haría habitualmente en una situación así. Es como si estuviese intentando desaprender esa actitud coqueta que utiliza a modo de escudo y que tan cómoda le resulta.

Vuelve a mirar la lista como si le fuera la vida en ello antes de anunciar:

—Creo que deberíamos empezar por lo de la nata. ¿Tienes?

Sería muchísimo más fácil aceptar. Cambiar de tema por completo.

—Lo sabes, ¿no? —insisto—. ¿Que tú también tienes el control? ¿Que también puedes opinar?

Matt guarda silencio durante un segundo. Uno largo y durante el cual los dos permanecemos envueltos por la incomodidad de esta conversación a pesar de que la mera presencia del otro nos reconforta mutuamente.

—No soy... —Deja la frase a medias y aprieta la mandíbula—. Sé que soy de los que van por ahí acostándose con gente y tal. Soy consciente de la reputación que tengo, pero... no soy así. Contigo no.

Empatizo con él. Noto un nudo en el estómago y siento que se me encoge el pecho.

—Lo sé, Matt.

Él asiente.

—Es que... Todo esto es nuevo para mí. —Se le escapa una risita y se frota la nuca, despeinándose su empapado pelo rubio—. Y puede que no se me dé bien, así que... perdona si la cago.

Es más amable de lo que Tyler ha sido jamás conmigo. Más empático y comprensivo, más cuidadoso con la gente que lo rodea que cualquier otra persona a quien conozco. Y se está disculpando porque un sinfín de personas le han hecho creer que estas cosas no se le dan bien, que no sirve para nada más aparte del sexo. Como si ni siquiera se mereciera la oportunidad de intentarlo.

—No la cagarás —respondo con calma.

Freddy hace una mueca y contesta:

—Igual sí.

—Siguiendo tu lógica —respondo acercándome a él—, yo la cago fijo.

—¿Tú? —Niega vehementemente con la cabeza—. Jamás.

Lo miro con las cejas enarcadas y estiro los brazos hacia los costados como para decirle: «¿Lo ves?».

—¿Quieres salir conmigo? —suelto.

Matt empalidece, se le cae la cartulina al suelo y se agacha para cogerla. Al levantarse, casi se pega un cabezazo con el somier.

—¿Qué? ¿En plan...? ¿En plan cita o...?

—Sí.

Asiento. Estoy tan ilusionada que la cabeza me da vueltas. Nunca le he pedido una cita a nadie. Es emocionante y hace que me sienta liberada cuando, hasta ahora, pensaba que iba a ponerme supernerviosa.

Matt tarda un segundo en responder. Me estudia la cara y el cuerpo con la mirada, como si intentase leer mi lenguaje corporal.

Se le dibuja una sonrisa encantadora en el rostro, titubeante y cegadora a la vez, y se apresura a asentir.

—Sí. Es... Sí, Ro. Quiero tener una cita contigo.

Para él, esto no es la típica conversación sanadora. Aquí todo resulta delicado, como si Matt estuviese al límite. Pero por algo se empieza y, precisamente, deberíamos empezar por tener una cita de verdad. Por hacer las cosas bien.

Matt gatea por encima del colchón hasta apoyar la espalda contra el cabezal y, con una sonrisa pletórica, me invita a que yo también me suba a la cama.

—Venga, ven y léeme la lista, princesa. Algunos puntos están escritos con muy mala letra.

Sadie tiene letra de médico, mientras que mi caligrafía es esmerada y decorativa, elegante.

—Vale —respondo, y vuelvo a perderme en él.

46

Freddy

Estamos en la última semana de clases antes de las vacaciones de Acción de Gracias. Casi todo el mundo ha hecho las maletas y se ha largado a casa, y la mitad de los profesores terminaron las clases la semana pasada, de modo que yo he estado de un humor magnífico.

Sobre todo porque cierta tutora atractiva me ha pedido una cita.

Esta semana solo nos hemos visto una vez para nuestra tutoría habitual, durante la cual me he pasado casi todo el tiempo intentando distraerla. Acariciándole la suave piel de los muslos con los dedos o susurrándole un «Me gusta tu falda, princesa» mientras intentaba conseguir que Ro rompiese las normas de guardar silencio de la planta donde nos encontrábamos.

Más allá de eso, Ro ha estado ocupada. Entre que tenía que ayudar a Sadie con sus hermanos y acabar de rellenar la solicitud de las prácticas a las que se quiere presentar, no he querido molestarla.

El fin de semana jugamos contra Harvard y perdimos, cosa que estoy intentando no ver como una razón para justificar que necesitamos a Toren Kane, que, por lo visto, tiene prohibido jugar en la pista de esa universidad. Antes de irnos, encontré las inquietantes grabaciones de su último partido contra ese equipo (eso, después de

pasarme un buen rato navegando entre vídeos cortos de fans del defensa de metro noventa y ocho).

Un fin de semana sin Toren ha sido como unas vacaciones. Sin embargo, ahora ya volvemos a insultarnos mientras él gira al pasar por mi lado y me da en el hombro.

—Atento, superestrella —suelta Toren con desdén.

Desvío la vista hacia él, dispuesto a soltarle otra pulla, cuando me doy cuenta de que su provocación era una advertencia real. Hay un grupo de hombres trajeados todos de pie justo detrás de la barandilla de los asientos, con el entrenador Harris y sus asistentes. Están todos de brazos cruzados, como si fuese algún grupo extraño de individuos enfrentándose para ver quién controla la situación.

Echo a patinar hacia ellos, seguido de Rhys y Bennett, y Holden hace un esprint desde el otro lado de la pista. Incluso Toren se nos acerca un poco. Estamos casi todos los del equipo allí juntos.

—Se lo he dicho tres veces, señor Fredderic: es un entreno a puerta cerrada.

Mi padre hace una mueca de desprecio, pero la disimula de inmediato.

—Solo unos minutos para ver jugar a Matthew. He traído a algunos seleccionadores de...

—¿Os ha dicho que Matt Fredderic es un agente libre? —le corta el entrenador Harris—. Porque ya ha fichado para los Dallas y no tiene intención alguna de cambiar de opinión. ¿Verdad, Freddy?

—Así es.

Mi padre pone los ojos en blanco.

—Yo diría que aquí el experto no es usted. Y como el futuro agente de Matthew...

—No eres mi agente.

John Fredderic desvía la atención hacia mí, rojo como un tomate a causa de una frustración que a duras penas puede contener.

—Tu madre no está aquí —dice sin apenas bajar la voz—. Esa maldita zorra que...

Me hierve la sangre.

—Ni se te ocurra hablar de mi madre, so cabrón —exclamo.

Noto cómo se me revuelven las tripas y siento una punzada en el corazón.

Cuando algo tiene que ver con el hockey, me resulta imposible no acordarme de mi madre. Son dos aspectos que van de la mano, más que mi padre, que jugó en la NHL.

A mamá le encantaba el hockey. Siempre le gustó. Cuando yo era pequeño, íbamos a todos los partidos juntos. Pero algo cambió. Recuerdo que mamá empezó a ponerse cada vez más triste y que una expresión cada vez menos esperanzada y menos alegre se dibujaba en su rostro en cada partido al que acudíamos. Hasta que dejamos de ir.

Mi padre tiene a otra chica aquí, vestida con su camiseta y sentada en nuestro sitio. Es joven y guapa, pero no como mamá.

Mamá está de pie en las escaleras, unas gradas un poco más arriba de nuestros asientos reservados, y se ha quedado helada con su bonito mono negro y el gorro de los Dallas con esa peluda borla arriba con la que le he pedido que me dejase jugar durante todo el trayecto. Yo voy con mi camiseta de los Dallas, con el número de papá, y tengo la vista clavada en el hielo con una sonrisa de oreja a oreja mientras intento llamar su atención.

Pero él está lanzándole besos a la chica que hay sentada en nuestro puesto. Desvía la mirada sutilmente hacia mamá con una pizca de titubeo antes de saludarme con la mano, deprisa, y girarse para seguir calentando.

Me ha saludado, pero algo va mal.

Esa sensación empeora todavía más en cuanto mamá me hace subir los peldaños de las escaleras a toda prisa y a trompicones. Cuando llegamos al vacío pasillo que hay detrás, hacia la salida, alguien la llama.

—¡Elsie!

Giro la cara para mirar por detrás del hombro y veo a un hombre trajeado. Entorno los ojos para verlo bien y me fijo en que es el entrenador Ace.

Es igual de alto que papá, pero está más cuadrado que él y va vestido con un traje oscuro y una corbata verde de los Dallas. Pelo oscuro, ojos oscuros y una piel también color caramelo que hace que el ya pálido tono de mamá parezca más claro todavía.

Tiro sutilmente del brazo de mamá para asegurarme de que ha oído al hombre que la está llamando. Ella ralentiza el ritmo, pero no se detiene y se pasa la larga manga de la camisa por debajo de los ojos. Se me encoge el estómago al verla.

—Mami, ¿estás bien?

—Sí, cariño.

Mamá sorbe por la nariz e intenta sonreírme, pero algo no me cuadra. Es muy guapa, incluso cuando tiene los ojos rojos y las mejillas sonrojadas, como ahora. Dice que he sacado sus ojos, pero los suyos son muchísimo más bonitos: son del color de la hierba cuando le da el sol en primavera.

—Elsie, espera —dice el entrenador Ace mientras se detiene justo frente a nosotros, me sonríe deprisa y me da una palmadita en la cabeza—. Hola, campeón —me saluda.

—Entrenador —le devuelvo el saludo y sonrío.

Siempre es majo conmigo y, cuando vengo a entrenar y papá está demasiado ocupado, juega conmigo. No para de decirme que lo llame «Archer» o «Ace», pero a veces me gusta llamarlo «Entrenador», porque así me siento como si formara parte de su equipo.

Mamá mira al entrenador Ace como si estuviese a punto de echarse a llorar y, al verle la expresión, el hombre toma una profunda bocanada de aire y la abraza con fuerza.

—Archer...

—Lo siento, Els.

Él la abraza como he visto que se abrazan otros padres y madres, con ternura. Le da un beso en la frente y le acaricia el pelo como me hace mamá cuando me da vueltas la cabeza.

Nunca he visto a papá tocándola así.

Aunque, ahora que me acuerdo, sí he visto al entrenador Ace abrazando a mamá. Cuando papá estampó el coche y me sacó de la sillita, recuerdo que me eché a llorar y le pedí que sacara a mamá, pero papá empezó a alejarse y la dejó ahí mientras me sentaba a mí en el césped. Y alguien empezó a gritar y a correr detrás nuestro mientras se acercaba.

Y, de repente, ahí estaba el entrenador Ace abriendo la puerta a la fuerza, sacando a mamá y abrazándola.

Me acuerdo de eso en especial porque el entrenador estaba llorando con ganas, más que yo incluso, y le gritaba a mi padre:

—¡Llama a emergencias!

No paraba de gritárselo mientras tumbaba a mamá en el césped, como si fuese la Bella Durmiente, e iba ejerciendo presión en su cuerpo. Mamá se recuperó, pero yo aún tenía pesadillas relacionadas con eso. Y ahora, mientras el entrenador Archer abraza a mamá porque está llorando, yo siento ese mismo dolor y me llevo las manos al pecho. Como si así pudiese pararlo.

«Que pare ya».

Sacudo la cabeza y noto que se me van llenando los ojos de lágrimas. «Que pare ya. Que pare ya...».

—Vete a la mierda —es todo cuanto consigo decirle con la voz rota y desgarrada.

—No sabrías lo que te conviene ni aunque te lo pusieran delante de las narices, hijo —gruñe mi padre.

—Largo de mi puta pista.

Todo el mundo se queda helado ante el tono de voz, sutilmente alto y amenazante, del entrenador Harris.

—¡Ya! —grita.

Y yo noto la respuesta de mi equipo.

Los hombres trajeados que hay detrás de mi padre empiezan a desfilar y yo no puedo evitar sonreír con sarcasmo y despedirme de ellos con la mano, sin quitarme el guante, mientras se marchan a toda prisa escaleras arriba.

Mi padre, en cambio, no se mueve.

—William...

—Tú llámame Harris, cabrón —exclama el entrenador—. Tienes prohibida la entrada. A partidos, a entrenos y a cualquier otra cosa

que te pueda llevar a poner el pie en esta pista. ¿Me has entendido?

—¿Estás de puta coña?

—En absoluto. Joder, si es que te prohibiría la entrada al campus entero si pudiera. Y como me entere de que te acercas al director general de los Dallas o a cualquiera que esté mínimamente relacionado con el contrato de Freddy, te encontraré y me ocuparé de ti yo mismo. Largo de aquí de una puta vez.

—¿Tienes idea de quién soy yo? —suelta mi padre con la voz un tanto temblorosa.

Su frase cliché.

—¿Un exjugador fracasado que no ha tocado la Copa Stanley en su puta vida? Sí, ya sé quién eres. ¿Cuántos años llevas castigando a Freddy por ser mejor que tú?

El estómago me da un vuelco descomunal.

No puedo evitar que la vergüenza se adueñe de mí por completo y me resbalen los patines bajo los pies, hasta que alguien (Rhys, por lo visto) me sujeta por la espalda. Me mira y asiente rápidamente con la cabeza, como para preguntarme si estoy bien, pero no deja de envolverme la cintura con el brazo.

Le devuelvo el gesto con la cabeza y suspiro con discreción. Suerte que la rejilla disimula un poco lo rojas que tengo las mejillas y suerte, sobre todo, que Rhys es como un pilar inquebrantable.

—Pues lo que yo decía... —añade el entrenador Harris asintiendo al ver que mi padre no responde—. Venga, fuera de mi pista.

Ahora, John Fredderic hace algo que no le he visto hacer en la vida: escuchar y acatar órdenes.

Bennett y Toren, los dos gigantes de los Wolves, permanecen de pie como un par de centinelas en cada lado de nuestro pequeño

grupo mientras el resto del equipo, que hasta hace un momento estaba entrenando, nos sigue mirando desde los laterales de la pista. Me apostaría mi beca entera y mi acuerdo contractual con los Dallas a que si nos están mirando es porque el entrenador Harris ha gritado. Ese hombre nunca alza la voz.

Se respira tal silencio en la pista entera que, cuando la puerta que hay arriba del todo de las escaleras se cierra, parece que el sonido reverbere por toda la zona.

—Se acabó el entreno. Nos vemos mañana. Será el último antes de Acción de Gracias. Que no juguemos este fin de semana no significa que vayamos a descansar. —Da un par de palmadas y todo el mundo echa a patinar para salir y perderse por los túneles, avanzando en grupos reducidos y en silencio—. Oye, Freddy —me llama antes de que me dé tiempo a levantar el patín del hielo lo suficiente como para girarme.

—¿Sí?

—La cabeza bien alta, chaval.

Lo dice con un tono de voz tan amable que me recuerda a Archer y cierro los ojos esperando disfrutar de esa calidez un segundo más.

Rhys y Bennett se quedan conmigo en el hielo mientras los demás se marchan, ambos ofreciéndome su apoyo en silencio. Sin embargo, al final, Rhys dice:

—Tu padre es un puto cabrón, Freddy.

Resoplo y asiento mirándolo.

—Sí... Nada que ver con el tuyo, Rhysie —respondo.

Bennett levanta una mano, se quita la máscara y sacude los rizos con una sonrisa.

—A mí no me miréis. A Adam Reiner no se le pasaría por la cabeza en la vida.

A los tres se nos escapa una discreta risa antes de que yo les dé una palmada en la espalda a los dos y entremos en el túnel.

—Venga, vagos, que tengo que ir a un sitio y ver a cierta persona —anuncio, y vuelvo a esbozar una sonrisa socarrona, al más puro estilo Freddy.

La verdad es que nada de lo que haya dicho hoy mi padre puede hacer que deje de sentirme así de ilusionado por dentro. Y ver cómo me ha defendido el entrenador Harris no ha hecho sino mejorar mi humor.

Tengo una cita con Rosalie Shariff. Creo que voy a explotar de ilusión, por más que me note una pizca nervioso. Estoy dispuesto a ser lo suficientemente bueno.

47

Freddy

Me sudan las manos. Me sudan demasiado como para apoyárselas en el muslo aunque me muero de ganas de hacerlo. De acariciar su pierna (que está al descubierto porque se ha puesto una falda pantalón vaquera) y recorrérsela hasta llegar al borde de sus altas botas de tacón.

Yo también he intentado arreglarme y me he cambiado unas cinco veces antes de optar por unos vaqueros negros, una camiseta blanca y una chaqueta de lana de color crema oscuro. Esta combinación me da un toque más dorado a la piel, porque ahora ya hace unos meses que no me expongo al calor del sol y, por lo tanto, he ido perdiendo el moreno del verano.

Cuando Ro ha salido de Millay, con el sol del atardecer iluminando su rostro y una pletórica sonrisa, casi me atraganto con mi propia saliva.

Nos hemos quedado los dos ahí de pie unos minutos, ilusionados y con la vista puesta en el otro, ambos sonrojados y con las manos temblorosas.

Al final, yo me he inclinado para darle un rápido y fuerte abrazo antes de invitarla a subirse al asiento del copiloto de mi coche.

Suena la música bajito a través del altavoz. Elección suya, por supuesto. Nat y Alex Wolff cantan «Glue» mientras Ro va dándome direcciones de vez en cuando a medida que nos acercamos cada vez más a Boston.

—¿Sabes una cosa? Creo que es la primera vez que alguien me organiza una cita —le digo cogiendo la salida correspondiente de la autopista.

En realidad, esta es una de las pocas citas que he tenido jamás, pero eso me lo callo.

—¿Soy egoísta si me alegro de ser la primera? —pregunta.

No puedo remediarlo. Se me escapa la risa y Ro palidece.

—O sea, quiero decir que... —empieza a justificarse.

—Ya sé lo que quieres decir —respondo.

Cuando llegamos a un semáforo en rojo, me inclino para darle un beso en la mejilla y apoyar mi palma en su mano por debajo de la rodilla mientras me yergo.

«Así. Mira qué fácil».

—¿Aquí? —le pregunto, un tanto perplejo, cuando veo el insulso edificio con ventanas tintadas de negro y lámparas *vintage* fuera donde hay un único portero—. ¿Me has traído hasta aquí para matarme en pleno frío glacial?

Ro asiente y yo entro despacio en el amplio aparcamiento que hay cerca de la entrada para que podamos salir con facilidad en caso de que el espacio, ahora medio vacío, se acabe llenando más.

—Pero si aún no ha nevado siquiera...

La estudio con la mirada y comento:

—Y yo que pensaba que eras californiana hasta la médula...

—A lo mejor no soy tan tiquismiquis con el frío —contesta antes de abrir la puerta y saltar fuera, donde la envuelve el frío de la noche.

Río por lo bajo, la sigo y la envuelvo con un brazo para protegerla del viento.

—Diosss, qué frío. Siento ser un aguafiestas, princesa, pero creo que me quedaré helado antes de que puedas asesinarme a lo *Saw* en este espeluznante edificio.

Me da un delicado golpe en el hombro y los ojos le brillan de tal forma que me entran ganas de hacer un salto mortal hacia atrás o convertirme en bufón a tiempo completo para que Ro siga riendo así toda la noche.

—Llevas cuatro años fuera de Texas. Pensaba que a estas alturas ya te habrías acostumbrado —comenta sonriendo, orgullosa de sí misma.

Me guardo cualquier réplica de defensa y me limito a seguir mirándola.

Es tan guapa... Le enseña el carné de identidad al portero, atraviesa la puerta y espera a que yo la siga.

Aquí dentro ya hace más calor, el humo le da un toque más difuso al ambiente y parece que no hayan cambiado demasiadas cosas desde que abrieron el local en los años sesenta, según explican los letreros pintados que hay encima de la barra. Las mesas son, en su mayoría, de las altas, y también tienen unos cuantos sofás de vinilo de color rojo. Las luces le dan un brillo atenuado al espacio y tiñen ese suelo a cuadros negros y blancos de tonos azulados y verdosos.

En el pequeño escenario de la esquina hay una cantante con una guitarra haciendo una preciosa versión acústica de algún temazo de

la radio. La pista de baile está a petar y las parejas van girando despacio al son de la música.

Ro me ha advertido de que era un local «de bocaditos», lo cual significa que alimentarme aquí podría costarme el presupuesto entero que tengo previsto destinar a la compra del súper de toda la primavera. Echo una ojeada a la carta mientras nos acercamos a la barra y me alegro de haber comido antes.

Pido una copa para cada uno: el whisky de la casa para mí y un cóctel afrutado para Ro. Brindamos y nos sonreímos para calmar el estado de nerviosismo que nos aporta este exceso de ilusión. La emoción incluso permea el aire que nos separa.

—¿Quieres bailar? —le pregunto.

Ro asiente de inmediato y sonríe de buena gana mientras yo me bebo la copa y espero a que ella termine la suya. Le cojo la mano y la guío hacia la multitud de personas que se mecen despacio.

Ro apoya la cabeza en mi pecho y sus suaves rizos descienden por mi brazo. Es como si se hubiese dejado casi toda la melena suelta y sus tirabuzones de un marrón oscuro cayesen en cascada. La mujer que hay en el escenario tararea, con una hermosa voz ronca, «We Don’t Have To Take Out Clothes Off» con el acompañamiento de fondo de un piano y una guitarra.

Me entran ganas de dibujar las palabras en la piel de Ro. De asegurarme de que entiende todo lo que pienso sin el terror de tener que decírselo en voz alta.

«Tu tacto es distinto».

«Tus palabras son distintas».

«Contigo, todo es distinto. Mejor».

Le dejo un beso en el pelo. Luego otro en la frente. Y veo cómo sus carnosos labios dibujan una sonrisa y Ro levanta los ojos para mirarme.

Las palabras casi se me escapan en más de una ocasión. Es nuestra primera cita, pero me da igual el resto. Estoy harto. Ya lo he decidido.

«Sé mía. Déjame que te presente como *mi novia*, no solo como *mi amiga*. Seré tan jodidamente bueno contigo...».

Cierro los ojos e inhalo, alegre, el familiar aroma de su fresco perfume de flores y coco. Aquí todo parece perfecto, como en las fotografías de los marcos de fotos de las tiendas: familias felices inmortalizadas compartiendo momentos magníficos. Quiero un millón de momentos así con Ro.

Pero cuando abro los ojos, veo un fantasma.

Carmen.

Carmen Tinley está aquí, en mi burbuja de felicidad, como un inquietante recuerdo de todo lo que no quiero, que incluye que no se acerque a Ro. Intento pestañear con la esperanza de que no sea más que una ilusión óptica, de que desaparezca.

Pero ahí sigue: en la barra, tomándose una copa de vino del mismo color que su pintalabios, con su llamativa melena y con la misma pinta de mujer triste y solitaria que la primera noche que pasamos juntos. Y, al igual que ocurrió la última vez, se me queda mirando.

Acerco a Ro aún más a mí, casi por accidente, y ella suelta un suspiro feliz.

—Me gusta estar así... —susurra. Su vulnerabilidad hace que me sienta un poco turbado, un tanto inquieto. Lo suficiente como para

apartarla de mí y pasarme las manos por el pelo—. ¿Matt?

Incluso ahora, confundida, me habla con un tono dulce, delicado. Como animándome.

—Deja que, eh... —Sacudo la cabeza—. Voy a por otra copa. Y pago la cuenta.

Porque, por más que ahora necesitaría un buen trago de alcohol, la necesidad que siento de largarme de aquí es todavía mayor.

—Vale. —Sonríe—. Yo voy un segundo al baño.

Me la quedo mirando mientras atraviesa la sala hasta el pasillo y siento una sensación en la nuca de que alguien me está observando. Cuando Ro está lo suficientemente lejos, me giro y voy hacia la pequeña barra para pedir un chupito de whisky para mí y un segundo cóctel para Ro.

—Qué gracia encontrarte aquí —dice Carmen, sonriente.

Sus blancos dientes centellean bajo ese pintalabios rojo. Ta m - bién se ha maquillado con una oscura y brillante sombra de ojos. Esos ojos en los que, en su día, me perdí.

—¿Ahora me controlas o qué? —le suelto por toda respuesta.

Ella le da un largo sorbo al vino y niega con la cabeza.

—Pura coincidencia, lo prometo —dice dibujándose una cruz en el pecho a modo de juramento.

—He venido con Ro —escupo con la mandíbula apretada y el cuerpo hecho un flan, como si fuese incapaz de mantenerme firme.

—Ya lo he visto.

Se inclina lo suficiente para rozarme la chaqueta con algunos de sus mechones pelirrojos. En un acto reflejo, muevo el hombro con fuerza, como si acabase de tocarme la piel.

—¿Cómo funciona entonces? ¿Ella te ayuda con las respuestas y tú la ayudas con los orgasmos?

Esa acusación hace que el alcohol que me corre por las venas se convierta en veneno. Ya no me apetece tomarme el chupito que me deja el camarero justo delante. En lugar de eso, me gustaría echar a correr hacia el baño, aporrear la puerta hasta que Ro me deje entrar y besarla. Y decirle exactamente cómo me siento.

Que Carmen se meta conmigo es una cosa, puedo gestionarlo. Estoy acostumbrado. Lo que me enfurece es su sutil insinuación hacia Ro.

Al final, entro en acción. Me tomo el chupito de un trago y niego con la cabeza hacia la mujer a la que un día miré como si fuese absolutamente todo lo que yo quería. A la mujer cuya atención buscaba constantemente, cuya aprobación tanto anhelaba.

El escozor del whisky me quema la garganta y me separo de la barra con un empujón.

—La cosa no va así y lo sabes.

—Ya... —responde mientras sacude la cabeza.

Hago ademán de marcharme, pero Carmen se levanta y oigo el repiqueteo de sus tacones mientras se me acerca y me agarra por el bíceps para detenerme.

—No estoy intentando ser cruel, Freddy —susurra ella. Me detengo un segundo, sin dejar de darle la espalda. La compasiva lástima que le noto en la voz hace que los recuerdos me inunden la mente—. Me preocupo por ti. Tienes tantas fantasías en la cabeza... No quiero que sufras.

—Ro no me hará daño —respondo a pesar de que no sueno convencido en absoluto.

Carmen es lista. Y Ro también. Las dos están destinadas a lograr grandes cosas y a querer a alguien estable. A tener a alguien brillante y con una buena educación a su lado. Para Carmen, lo que tuvimos fue una época de diversión. ¿Acabará todo esto siendo lo mismo para Ro? ¿Acabará echándome en cara que no puedo ser lo que necesita?

«Eres la vía de escape, macho», me vacila una voz parecida a la de Tyler.

«*Le supliqué que se deshiciera de ti*», dice la de mi padre, burlándose de mí con un tono igual que el mío.

«*Ha estado bien, Freddy. Pero esto no... No eres lo que yo necesito*».

Sacudo la cabeza para sacar a la antigua Carmen de ahí, esa que le hablaba con ternura a un Freddy más joven que estaba llorando en el porche de la entrada de su casa mientras su marido nos miraba.

—Ro es una chica brillante y tiene una vida maravillosa por delante. No la pongas en ridículo. Y no esperes que vaya a querer...

Se le va apagando la voz y a mí me centellea la mirada.

—Que no espere que vaya a querer más de mí, ¿no? —Río. Me entran náuseas—. Créeme: no volveré a cometer el mismo error otra vez.

Y lo digo como si fuese una promesa. Tanto hacia ella como hacia mí.

Me libero de la mano de Carmen con una sacudida, dejo unos cuantos billetes en la barra de mala gana y me alejo. Veo que Ro viene caminando hacia mí con una sonrisa enorme en los labios que se le va desdibujando a medida que me mira con más detenimiento.

—Hey —dice ella—. ¿Estás bien?

—Quiero irme —suelto en un tono desesperado y lleno de inquietud—. ¿Podemos marcharnos?

Asiente aprensiva, pero no me hace ninguna pregunta, solo me coge de la mano. Echo a andar decidido hacia la salida porque... no-puedo-respirar. ¡Joder! Ni siquiera el paseo a pie hacia el aparcamiento, bajo el frío de la noche, consigue calmarme o enfriarme un poco la piel: estoy ardiendo. Seguro que estoy agarrando a Ro por la mano con demasiada fuerza, pero es que mis músculos no colaboran.

—¿Esa era la doctora Tinley? —me pregunta Ro justo cuando atisbo mi coche.

—No —miento tan deprisa que me sorprendo a mí mismo.

Guarda silencio un segundo e insiste:

—¿Y quién era?

—Nadie —resoplo con los ojos desorbitados mientras me giro hacia ella, desbloqueo el coche y abro la puerta del asiento trasero —. Sube aquí, princesa. Hace un frío que pela y quiero que entres en calor.

Eso puedo hacerlo. Es quien soy. Es lo único que se me da bien.

48

Ro

Algo va mal.

Mis oídos no se han acostumbrado al silencio. Sigo oyendo, mentalmente y en bucle, la última canción que tocaban en el bar: una versión acústica y ligera de «You're Somebody Else», de flora cash. Tanto que, de camino al aparcamiento, casi empiezo a tararearla.

Hasta que he visto los ojos de Matt y me he fijado en esa mirada feroz y hecha polvo cuando me ha dado la vuelta y me ha levantado para meterme en el coche.

—Hey...

Me agarra por la cintura con las manos sudadas y temblorosas. Me inclino hacia atrás y me dejo caer, satisfecha, contra el asiento de cuero. Quiero tomarme un segundo para apreciar lo delicada que me siento estando debajo de Matt, pero no puedo. Porque, bajo esos resoplidos y la máscara que se le va cayendo, parece destrozado.

—Freddy —le digo.

Aun así, él vuelve a besarme mientras juega con la cintura de mi falda pantalón con la mano. Luego me la cuela por debajo de la tela

y hace que me dé un agradable vuelco el corazón a pesar de la batalla que se está librando en mi mente.

—¿Te gusta esto, cielo? —me pregunta hundiendo su cara en la pendiente de mi cuello.

Quiero relajarme bajo su cuerpo, dejarme llevar por su tacto, pero esto no va bien. Esto no va nada bien.

Parece... Falso.

«Páralo. Matt no está bien. Páralo».

—Freddy...

Me corta con un gemido y dice:

—Eso, cielo. Di mi nombre.

Me baja los dedos por el estómago, ahora al descubierto porque me ha subido la camiseta. Se me tensan los abdominales y él se pelea con la cinturilla de mi falda alta. Pero está pálido y tiene los ojos rojos.

—Matt —suelto.

Me duele el estómago de las piruetas que siento en mi interior, bajo su tacto, pero en realidad no siento a Freddy. La mezcla de deseo, preocupación y una amalgama de emociones confusas que siento resulta nauseabunda.

Al oírme llamándolo, se detiene y levanta los ojos hacia mí con las pupilas tan dilatadas que casi no veo el verde de sus iris. La tintineante farola que ilumina este aparcamiento medio vacío es la única luz que hay en la zona y el centelleo dorado que arroja sobre la piel de Matt le da un aire casi etéreo.

Etéreo pero roto. Parece un ángel caído.

Freddy titubea un segundo, aparta la vista y su coraza se resquebraja al mirarme a los ojos. Sin embargo, la vulnerabilidad

que atisbo por un segundo en su rostro desaparece en el acto.

—Deja que te dé placer —dice Matt agarrándome las caderas con fuerza mientras se humedece los labios y la vulnerabilidad que le había visto hace solo un segundo vuelve a desaparecer bajo esa máscara tan típica de Freddy—. Por lo menos, eso sí se me da bien, ¿no? —dice con la voz ronca, como si acabase de correr una maratón—. Eso se me da de puta madre. Deja que te lo demuestre.

Esta noche ha pasado algo que ha llevado a Freddy a entrar en este bucle. Y... detesto que haya ocurrido algo así. Quiero gritar y llorar porque deseo a Matt más que a nada en el mundo, pero así no, así nunca.

—Matt, no —suspiro y se me parte el corazón por él, por el chico que se esconde bajo esa máscara y al que le aterra que le hagan daño—. Para.

Y me basta con eso. Se separa de golpe y casi se cae al echarse atrás. El miedo y la vergüenza se adueñan de su rostro, sonrojado a causa del viento o del esfuerzo o de este absoluto caos emocional, no lo sé.

Parece casi horrorizado. Levanta las manos en señal de rendición antes de que se le escape otro jadeo. Es como si estuviese a nada de hiperventilar.

—Estoy... Diosss. Lo siento muchísimo. No he...

—Hey —susurro, y luego me levanto como puedo para salir del coche y caminar hacia él, que sigue tratando de poner más distancia entre los dos—. Matt...

—Tengo... —Mira desesperado a su alrededor y, por un segundo, pienso que va a salir por patas a pesar de que estemos a media hora del campus—. Tengo que ir a casa. ¿Podemos volver?

Noto cierta presión detrás de los ojos y en los oídos, de modo que pestañeo para deshacerme de las lágrimas. No quiero incomodarlo ni hacer que se sienta peor. Quiero que esté bien. Ahora mismo, parece que Matt acabe de matar a alguien de forma involuntaria, no que se haya puesto un pelín demasiado intenso mientras se liaba conmigo. «Aquí hay algo más que va mal...».

—Sí. ¿Quieres que conduzca yo?

—No. —Niega con la cabeza y, acto seguido, esconde la barbilla en el pecho y se frota los ojos—. Pero creo que yo no puedo... —Susurra en voz baja y rota, como un niño asustado.

No digo nada. Simplemente me acerco a su lado. Le hundo la mano en el bolsillo de delante de los pantalones con cuidado para buscar las llaves mientras lo distraigo dejándole un delicado beso en la mejilla. La tiene ardiendo.

—Vale, Matt. Tú siéntate delante un segundo y yo conduzco hasta el campus.

Se acomoda en el asiento del copiloto mientras yo me coloco detrás del volante y arranco.

—Has bebido...

—Me he tomado un cóctel con un poco de alcohol. Solo uno. No me he llegado a beber la segunda copa que me has pedido antes de que nos marcháramos.

Algo de esas tres frases hace que Matt se estremezca un momento, pero asiente y apoya la cabeza contra el frío cristal de la ventana, alejando todo su cuerpo de mí.

Conduzco despacio. Suena música de fondo, como si fuese la triste banda sonora de una especie de ruptura fundamental de Matt Fredderic. Tengo que agarrarme con fuerza al volante para contener

las ganas de frotarme el pecho y aliviar un poco el dolor que siento en esa zona.

Nada más aparcar delante de la Hockey-morada, Matt abre la puerta de inmediato y salta del coche. Lo sigo tan deprisa como puedo sin poner mi vida en peligro.

—Espera, Matt...

—Lo siento, Ro. Es que... necesito estar solo, ¿vale?

Se abre la puerta principal y sale Bennett, llaves en mano. Le dice algo a Matt al pasar por su lado. Este ignora al portero, sacude la cabeza y le susurra no sé qué.

—Dijiste que no me alejarías —le recuerdo.

Una pizca de pánico se me cuela en el pecho.

—Créeme: esto es lo único que no quieres saber. —Matt suelta una risa amarga—. Porque me odiarías.

Entra en casa y cierra de un portazo.

Bennett se me acerca. Parece agotado y triste.

—Te llevo a casa —se ofrece en voz baja.

Me froto los ojos. Me escuecen tantísimo que me da igual que se me corra todo el rímel.

—No, no te preocupes. Ya pido un Uber...

—Iba a salir igualmente. Además... —Se encoge un poco de hombros—. Llegados a este punto, ya es como si tuviera mi propio servicio de taxi, y con máxima puntuación, eh.

Si lo ha dicho en plan de broma, no he apreciado humor alguno en su voz. Más bien parece frustrado.

—Lo siento. En serio, no hace falta que...

—No, no. El que lo siente soy yo. Yo también he tenido una mala noche.

—¿Ah, sí?

—Sí...

Me subo al coche y empieza a sonar la suave música que Bennett tiene puesta. Es relajante, que es como me he sentido siempre en su presencia.

Carraspea antes de decir en voz baja:

—A veces, las personas a quienes más queremos son las que nos hacen daño más fácilmente. Aunque no lo hagan a propósito.

Guardo silencio, atónita ante su declaración.

—¿Y las perdonas?

—Sí. Al menos... a ella sí. A ella siempre la perdonaré. —Agarra el volante con más fuerza—. Creo que no podría guardarle rencor ni queriendo.

Su confesión me sorprende un poco. De hecho, nunca lo había oído hablar tanto.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué seguir intentándolo si duele tanto?

Casi me atraganto con las palabras, pero Bennett se limita a sonreírme con pesar y se frota un poco la boca mientras circula por South College.

—Porque ya les han decepcionado demasiadas personas —responde—. Y yo no pienso hacer lo mismo. —Guarda silencio un momento y suspira con fuerza—. Y porque... Ella se lo merece.

«Matt también».

Todas las personas que han estado junto a Matt Fredderic no han hecho sino alimentar el monstruo que habita en su cabeza, ese que

le dice que no es lo suficientemente bueno, que solo sirve para lo que les interesa a los demás.

Esta vez seré paciente. Porque Matt lo está pasando mal. Lo está pasando fatal y, cuando me he sentido yo así, él ha estado a mi lado. Constantemente. Matt necesita a alguien que se quede a su lado, a alguien que esté dispuesta a demostrarle todo lo que vale. A demostrarle que se merece todo lo bueno que tiene la vida.

49

Freddy

Menuda cagada.

Tengo dieciocho años. Estoy en primero de carrera y voy tan borracho que todo me da vueltas.

Me choco con alguien más pequeño que yo y casi nos caemos los dos contra el tabique que hay fuera, en la esquina del edificio. ¿Es este el edificio en el que debería estar?

—Hey, cuidado, chico —dice alguien que me ayuda a apoyarme contra la pared—. Tienes mala pinta. ¿Estás bien?

«¿A ti qué te parece?», quiero responderle. Pero como así solo conseguiría que la jaqueca fuese a más, sonrío y asiento sin abrir los ojos.

—Estoy bien. En serio.

«Sigue sonriendo». ¿Eso no era lo que decía el pez ese de la película de Disney?

Bueno, no lo sé, pero lo hago.

El agua de la ducha empieza a caer fría antes de que me dé cuenta de cuánto tiempo llevo aquí metido. Sacudo la cabeza en un intento

desesperado por deshacerme de todos los fantasmas que se aferran a mí como si les fuera la vida en ello. Pero no funciona. No del todo.

Me quedo mirando la cómoda tanto rato que ya casi ni me acuerdo de qué hago aquí.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta esa voz femenina.

Consigo abrir los ojos, pero con la taja lo veo todo borroso. Aunque a ella sí la veo. Lleva una elegante y llamativa coleta pelirroja, tiene la tez pálida y parece preocupada. Es bastante guapa, de una forma más bien impactante.

—Freddy —respondo.

Hace una semana no me llamaba así, pero es el apodo que me han puesto todos y, como vuelva a oír a otra persona llamándome «Matty», puede que acabe en la miseria... otra vez.

Alguien aporrea la puerta con fuerza. Con tres golpes seguidos.

—¿Freddy? —me llama Bennett—. ¿Estás bien?

—Sí —resuello.

Al ver que tarda en contestar, me preocupa que tal vez mi tono de voz le haya dejado entrever que claramente no es así, que no estoy bien.

—Vale, Freddy... —suspira la mujer—. Creo que estás... indispuesto. —Quiere decir «borracho», pero es demasiado educada—. Igual deberías irte a casa.

Asiento, pero no me muevo con la esperanza de que al final se canse y se aleje de mí.

—Deja que te lleve.

—El entreno empieza en quince minutos. Te espero en el coche. Yo te llevo.

—Estoy bien.

—Puedo ir en mi coche.

—No vas a conducir. ¿Vives en la resi?

—Sí. Puedo ir andando. —Si es que consigo acordarme de dónde está la resi, aunque también debería acordarme de dónde estoy yo.

—Está en la otra punta del campus. Deja que te lleve. Tengo el coche justo detrás de este edificio, en el aparcamiento.

—Yo te llevo —insiste Bennett. Su tono me indica que no aceptará réplica alguna, así que no me molesto en responder.

—No puedo faltar a clase —contesto cabreado y medio atragantándome con un sollozo. Me siento estúpido y tengo miedo. Intento respirar, pero cada inhalación me duele más que la anterior —. Necesito...

—Es sábado —señala ella.

Al oírla decir eso, me siento todavía más avergonzado que si fuera borracho a clase. Ya no sé ni en qué día vivo. No es la primera vez que me pasa, pero antes tenía algo a lo que aferrarme. Tenía a mi madre...

Inhalo lo que parece una llamarada de fuego ardiente y me froto los ojos con tanta fuerza como puedo para contener las lágrimas.

Pero no me sirve de nada porque empiezan a resbalarme por las mejillas de todos modos.

—Ay... —suspira la mujer—. ¿Quieres...? No sé...

Parece igual de incómoda que yo, lo cual lo empeora todo aún más y hace que la humillación que siento se multiplique por mil. Sacudo la cabeza.

—Lo siento. He... Solo necesito un minuto.

La mujer se separa y me mira extrañada, como si no supiera qué hacer con un tío de más de metro noventa que está llorando y hecho un desastre. Trago saliva para deshacerme de tantas emociones como puedo hasta que vuelvo a sentir que he recuperado un poco el control, como si ya pudiera volver a tomar las riendas de mi vida.

Le sonrío. Parece que la mujer se relaja, al igual que le ocurre siempre a todo el mundo, y la sigo hacia su coche.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto cuando estamos a mitad de camino del aparcamiento y me arrepiento de no habérselo preguntado antes.

—Carmen —contesta ella—. Encantada de conocerte, Freddy.

Nada más vestirme con la ropa de entreno, decido tumbarme. Solo unos minutos.

Noto la suave seda de las sábanas de la cama bajo mi espalda, desnuda, mientras estiro los brazos por encima de la cabeza y me relajo un poco después de esta extenuante ronda. Carmen sonríe socarrona, satisfecha y sugestiva mientras regresa a la habitación con dos vasos de un alcohol oscuro. Los rayos de luz que se cuelan a través de su balcón y de los ventanales le iluminan la piel.

Le recorro el dobladillo del vestido de satén negro con el dedo y la miro, sonriente, mientras el cuarto por fin deja de dar vueltas.

—¿Estás mejor? —se interesa a la vez que me pasa el vaso. Asiento y me tomo el chupito de un trago—. Hoy lo has hecho genial, Freddy. Cuánto talento...

Al oír su elogio, me sonrojo. Esta extraña mezcla entre una alabanza y el pitorreo hace que me dé un vuelco el estómago.

—Tengo una buena profesora —respondo, y veo que se le enciende un poco la mirada.

Volvimos a toparnos otra vez, antes de que empezara la uni. Darme cuenta de que la mujer a quien había besado de forma impulsiva en su coche, delante de la resi, era mi nueva profesora, debería de haberme disuadido. Al principio, todo eso me dio vergüenza, pero luego ella me pidió que la acompañara a casa.

Y eso hice.

Y me sentí bien.

Llego tarde.

En plan casi veinte minutos tarde. Lo cual no me ocurría desde primero. He perdido facultades en todos los aspectos.

Me salto un ojal al pasar los cordones para atarme los patines y suelto una maldición por lo bajo.

Mientras ella quiso que la cosa fuese durando, a mí me resultó casi demasiado fácil decir que sí. Yo llevaba manteniendo una vida sexual activa desde, seguramente, demasiado temprano. Y, por desgracia, no era la primera vez que me lo montaba con una profesora.

Pero esta vez sí era distinto. Era extraño ver las ganas que tenía ella de tenerme a su lado y las ganas que tenía yo de complacerla. Anhelaba sus elogios y solo me los dedicaba cuando me la follaba duro, rápido, con rudeza. Como si... Como si la odiara.

Cosa que a mí no me gustaba. Lo que sí me gustaba, en cambio, era ver cómo me reconfortaba ella luego. Dejaba que la abrazase o que me quedase a pasar la noche. En lugar de mimos, aceptaba ir a cenar conmigo o que nos fuéramos a algún sitio. Tendía a ponerme pegas, pero es que yo cada vez estaba más desesperado.

Cuando echo a patinar sobre el hielo con la cabeza gacha, avergonzado, nuestro portero ni me mira. El entrenador Harris no hace ningún comentario, simplemente me observa con desaprobación. Lo cual me lleva a pensar que cierta persona le habrá dicho algo que no tocaba.

Y lo cual, a su vez, solo sirve para avivar aún más el cabreo y el autodesprecio que me carcomen por dentro.

—¿En serio? —dice alguien.

Me despiertan los gritos. Deslizo la mejilla por las sábanas de seda y frunzo el ceño al oír a un hombre gritando en la distancia.

—¿No podías haber esperado unas cuantas semanas?

—Henry, por favor... Vete. Ya lo hablaremos mañana.

Eso lo dice Carmen. Reconozco su voz. Esa que esconde esa misma pizca de mordacidad en todas y cada una de las palabras que pronuncia hasta que te resulta imposible descifrar la intención con la que las dice.

—No. Esta es mi casa. Déjame entrar.

Estoy en el entreno, no allí. Casi tengo que recordármelo.

Al oír eso, pego un salto, me pongo los pantalones de chándal y casi tropiezo al intentar llegar, cual maníaco, hasta el alboroto que proviene del salón. No, de la puerta principal.

Carmen está en la puerta, con la cadera apoyada en el marco y bloqueándole el paso a alguien.

—¿No puedes volver mañana y ya? Se suponía que no tenías que volver hasta...

—Déjame pasar, Carmen.

Me resulta imposible centrarme. Patino descoordinado, y los tiros a portería también son malos, siempre abiertos. Toren me acusó una vez de no pasar el *puck*, pero ahora todo eso es verdad.

Así que intento echar leña al fuego. Es decir: incordiar a Toren Kane.

Un sentimiento protector se adueña de mí, ignorando por completo esa vocecita que me dice, mentalmente, que eso no está bien.

Carmen gira la cabeza para mirarme por encima del hombro antes de salir y cerrar la puerta tras de sí.

Me detengo un segundo. Ha intentado cerrarse en banda conmigo en más de una ocasión, pero quiero que vea lo mucho que me importa.

Abro la puerta con el corazón aceleradísimo, dispuesto a defender a Carmen, a demostrarle lo mucho que me importa.

—¿Qué pasa? —pregunto con los ojos puestos en el hombre trajeado y mayor que veo delante de Carmen.

Me coloco al lado de ella con los brazos cruzados y el pecho desnudo, y alterno la mirada entre ellos dos.

Carmen parece... avergonzada.

—¿Va todo bien?

Las primeras veces, Toren no muerde el anzuelo por más que yo intente pegarle algún que otro golpe en el hombro al pasar o que lo empuje contra las vallas cuando me pongo a atacar la portería y él la defiende. Es un tipo brusco de la hostia, pero con el equipo se controla un poco más. A propósito.

—Venga ya... —El tío se echa a reír—. ¿Me tomas el pelo, Car?

—Henry... —Carmen suspira y pone los ojos en blanco—. No...

—Es un puto crío, Car. Por favor... Dime que no es alumno tuyo, joder.

Carmen no dice nada. Ahora mismo, está toda roja.

El tío se toma el titubeo de Carmen como una afirmación, sacude la cabeza y me mira con una expresión extraña y compasiva en el rostro.

No quiero a este Kane. Quiero al cabrón que casi se cargó la carrera de Rhys, al que casi lo mata.

—Déjalo en paz. Es... No es nada. —Carmen da un paso al frente y me mira como si estuviese arrepentida—. Freddy, ¿puedes irte? Estamos...

—¿Qué? —le pregunto. No es la pregunta más adecuada, pero estoy perdido y confundido—. Pensaba... Pensaba que éramos... Te

quiero —suelto.

No debería haberlo dicho. Carmen suelta una maldición y Henry estalla en una carcajada antes de pasar por nuestro lado y dirigirse hacia la puerta.

—Lo siento, chaval —me dice dándome una fuerte palmada en la espalda—. Dudo que te haya contado nada de mí, pero soy Henry, su marido.

Me estremezco y retrocedo un poco, como si el tipo fuese a empezar a pelearse conmigo. Sin embargo, él se limita a sacudir la cabeza y añade:

—Siempre hace lo mismo. Tranquilo.

—¿Ahora sigues las normas? ¿Eh? —provoco a Toren y lo empujo mientras él patina a mi alrededor—. Vi el vídeo ese en el que se te fue la pinza, la famosa actuación que te costó no poder volver a jugar en la pista de Harvard...

¡*Mal, mal, mal! Todo esto está mal. Está saliendo todo al revés y soy incapaz de decidir cómo debo actuar*.

—Carmen...

—Freddy —me corta ella, hundiendo la cara entre las manos. Está avergonzada. De hecho, lo está desde el principio... Pero ahora me doy cuenta de que lo que pasa es que se avergüenza de mí—. Creo que deberías irte a casa.

Unas centelleantes llamas aparecen en la mirada de Toren, que frena en seco.

—¿Tienes algo que decirme? —suelta.

—Pensaba que... Pensaba que estábamos juntos —digo, y esas palabras me resultan estúpidas, que es como me siento yo ahora. Me froto la cara con las manos y las lágrimas me humedecen las palmas.

—¿Por qué? ¿Tú sí? —Me acerco a él hasta que quedamos tan cerca que parece que estemos susurrándonos tácticas de juego en lugar de estar a punto de empezar una pelea—. ¿Quién era? ¿El tío? ¿La pelirroja...?

—Ha estado bien, Freddy —dice Carmen con la voz afilada—. Pero esto no... No eres lo que yo necesito.

Da media vuelta, regresa al interior de su enorme casa y llama a su marido. Yo permanezco con la cabeza gacha y con cara de humillación absoluta mientras sigo en el amplio porche de la entrada, en un barrio pijo, cual cachorro triste y extraviado.

Toren me empotra contra la valla sin dudar siquiera y me agarra por el cuello del jersey.

—Deja el puto tema, superestrella. Estás jugando con fuego. Ni se te ocurra ir por ahí.

Me suelta y empieza a patinar para alejarse. No sé si porque no quiere pelearse o porque yo me he pasado de la raya, aunque diría que es más bien por lo segundo.

Sea como fuere, las ganas de dejar de sentirme así de una vez me superan.

Lo empujo un poco más fuerte cuando pasa patinando por mi lado y lo agarro por el cuello del jersey para que le queden claras cuáles son mis intenciones.

—Pégame —le ordeno.

Toren abre un poco los ojos y se le dibuja una extraña sonrisa en el rostro.

—¡Hey! —grita Rhys, que deja de entrenar y viene a toda prisa hacia nosotros. Desde el fin de semana que jugamos contra Harvard, se ha mostrado todavía más irritado con Kane, pero no quiere decirnos por qué—. Basta.

Está echándole la bronca a Kane, no a mí, el instigador.

—Aparta, Koteskiy, coño —responde Kane como quien no quiere la cosa girando la cabeza por encima del hombro.

—Si quieres pelearte con alguien, peléate conmigo —responde Rhys.

Al oírlo, me siento un poco avergonzado, porque el que quiere acabar a hostias aquí soy yo.

¿Se cabreará Kane al ver que todo Cristo da por hecho que quien empieza las peleas es siempre él? ¿Se sentirá igual que yo cuando la gente me llama «playboy» o «el golfo de la uni»?

—¿Sí? —Kane se echa a reír, un tanto distraído por nuestro capitán, pero no me suelta—. No sé yo, Rhys. Yo diría que tú ladras mucho, pero quien muerde es tu novia.

Rhys se abalanza sobre nosotros. No lo he visto pelearse casi nunca, pero esta mención a Sadie lo ha enfurecido y ya ha tirado los guantes sobre el hielo.

—Basta —tercia Bennett, metiéndose en el jaleo. Se quita la máscara—. Parad. Todos. —Tira de Rhys hacia atrás para separarlo y le dice—: Relájate un poco. Y tú también, Kane.

—De eso nada —responde este último con desdén, soltándome por fin, quitándose los guantes y tirándolos sobre la pista—. El

guaperas de nuestra superestrella lo necesita, ¿a que sí?

—Venga —lo incito de malas maneras.

—Qué mal lo estás pasando, ¿eh? —Toren resopla y esboza una sonrisa al estilo Gato de Cheshire.

—Pégame de una puta vez, cabrón.

—Vale —responde Kane sonriente. Me agarra por el cuello del jersey y tira de mí hacia delante con fuerza—. Pero no por eso te vas a sentir mejor, créeme.

—Ya, bueno...

—Va en serio —dice Toren dándome otra sacudida—. Llevo años haciéndolo.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Pues que todavía me siento como si acabasen de pegarme un tiro en el estómago y no parase de sangrar. —Me pega un puñetazo en el abdomen, pero yo me tenso antes porque lo he visto venir—. No para nunca. Y nunca deja de doler.

Y, dicho eso, Kane se suelta.

Yo puedo ser de los que provocan, de los que insultan sin medida, pero no soy de los que se pelean. He tenido algún que otro roce, pero soy demasiado buen jugador como para pelearme de verdad, como para arriesgarme a que me expulsen del partido o que me penalicen con unos minutos de banquillo. Sin embargo, ahora sí que quiero pelearme, porque así no voy a notar el dolor.

Pero no funciona.

«*Tienes tantas fantasías en la cabeza... No quiero que sufras*».

Vuelvo a pegarle yo y le doy en la barbilla.

«*Le supliqué que se deshiciera de ti*».

Otro golpe, pero ahora ya me parecen lentos, débiles. Estoy jadeando y el sudor me resbala por la cara.

«*Claro que me gustas. Sería imposible que no me gustase algo de ti*».

Me van viniendo a la mente flashes de Ro anoche, preciosa pero sufriendo. En el asiento trasero de mi coche, tumbada bajo mi cuerpo y con sus largas y morenas piernas iluminadas por la luz de las farolas. Con expresión abatida y los ojos abiertos como si no me reconociera...

«*Matt, no. Para*».

«*Dijiste que no me alejarías*».

Estoy distraído. Tanto que Toren me da con la fuerza suficiente para tirarme al suelo y saltar encima de mí como si fuera a seguir pegándome.

Pero no lo hace.

—No sé qué has hecho —me suelta Kane, y el gozo de la pelea se desvanece enseguida—, pero arréglalo.

Me deja ahí, tumbado en el hielo, acompañado por la tenebrosa amenaza de sus palabras.

50

Ro

Sé que es Freddy incluso antes de que llame a la puerta.

Abro despacio, como cuando te da miedo arrancar la tirita de golpe, aunque así duela todavía más. La silueta de Freddy va apareciendo poco a poco al otro lado de la puerta: cabeza gacha y mirada clavada en el suelo. Parece tan pequeño, ahí, en mi puerta, con un corte en la ceja y otro en el labio, con un ojo morado... Estaba esperándolo porque Bennett me ha mandado un mensaje hace diez minutos.

Esperaba que viniera, pero no así. Está sudado, tiene el pelo empapado y no porque se haya dado una ducha. Parece que se haya quitado los patines y los pantalones de entreno, se haya puesto unos pantalones de chándal y haya echado a correr con todas sus fuerzas desde el campus hasta llegar a la residencia.

—Hey... —lo saludo con un tono dulce, en voz baja.

Freddy no levanta la mirada.

Como mañana ya empiezan oficialmente las vacaciones de Acción de Gracias, la residencia está más bien tranquila. Además, Sadie se ha ido a pasar las vacaciones con sus hermanos: van a quedarse en casa de los Koteskiy, y a mí eso me causa una sensación agridulce.

Estoy feliz a más no poder por Sadie, Oliver y Liam, que por fin tienen una familia que se ha convertido en su hogar. Sin embargo, también me siento un poco sola, porque no hay nadie más en nuestro apartamento.

Aunque ahora, mientras retrocedo un poco para dejar que entre la triste figura de Matt Fredderic, me alegro de no tener compañía.

—Pasa —le digo en una sutil orden.

Matt me sigue, arrastrando los pies, pero se detiene nada más atravesar el umbral. Está agarrando la tira de la mochila que le cuelga del hombro con tanta fuerza que incluso tiene los nudillos blancos.

—Lo... —Calla en seco. Le suena la voz pesada y un poco ronca—. Lo siento.

Sigue sin mirarme.

—Matty, ¿estás bien?

Asiente una única vez, despacio y temblando.

Necesita a alguien que lo cuide, que lo mime. Así que le cojo la mano con la que está sujetando esa tira con tanta fuerza y, lentamente, se la aparto de ahí para cogerle la mochila del hombro. La dejo en el suelo, justo al lado de mi habitación.

—Ven conmigo.

Hablo en voz muy baja y tiro de Matt para guiarlo hasta mi cuarto. Una vez allí, lo meto en el baño. Abro el agua caliente de la ducha, pillo una toalla de las mullidas de debajo del lavamanos y la dejo sobre la encimera.

—Dúchate. Tómate el tiempo que necesites y, mientras tanto, iré a por algo para curarte las heridas. ¿Vale?

Asiente. Por fin levanta la vista y me mira a los ojos.

—Vale —responde.



Cuando sale de la ducha, Matt parece estar aún peor. Le chorrea el pelo y solo se ha puesto el bóxer que le he dejado después de rebuscar en la mochila que tiene en el suelo, al lado de la puerta. De ahí saca también unos pantalones de chándal grises.

Está agotado.

Tengo una lista de reproducción puesta en bucle y a través de los altavoces suena, suave, «Quiet the Winter Harbor», de Mazzy Star, una melodía que nos serena a ambos.

—Ven aquí —le digo para que se acerque.

Me he cambiado y ahora estoy sentada en la cama, contra la pared. He dejado la luz apagada y la única iluminación del cuarto proviene de las bombillitas de la guirnalda de luces. Matt se sube a la cama de rodillas, dubitativo.

—¿Quieres que me...?

—Túmbate.

Otra orden, clara pero tierna. Matt obedece, se tumba a mi lado y apoya la cabeza en mi regazo.

Cojo una toallita antiséptica, la abro y se la voy pasando por los cortes de la cara. Él no hace ninguna mueca, pero yo sí. Es como si empatizara con su dolor.

Ahora mismo, ponerle la tirita de Hello Kitty que me ha hecho reír cuando la he encontrado en el botiquín que tenemos en el apartamento me parece lo menos adecuado. Sin embargo, Matt deja que se la coloque en la piel rasgada de la ceja sin rechistar siquiera.

Simplemente me mira con los ojos abiertos, asombrado.

—No estaba allí cuando ocurrió —dice con la voz ronca, girándose de lado—. Y, luego... No estuve... No me comporté bien.

Quiero detenerlo, preguntarle algo directamente porque estoy desesperada por entender a este hombre bello y sensible. Pero no lo hago. En lugar de eso, levanto la mano con cuidado y le acaricio la espalda desnuda.

—No estaba allí cuando mi madre murió. Cuando llegué, ya se había ido. Y Archer estaba... No soportamos la idea de quedarnos en esa casa, ni él ni yo. Regresé al cabo de una semana. No sirvió de nada. Ya no quería sentir nada de eso. Así que empecé a darme a la bebida. Y luego apareció ella...

Cierra los ojos, sacude la cabeza y su cuerpo se tensa por un segundo.

—¿Quién? —le pregunto.

—Carmen —contesta mientras sus mejillas se tiñen de rojo—. Estuve... estuve liado con la doctora Tinley.

Siento un gran vacío en el estómago. No sé por qué, pero esto no me lo esperaba en absoluto; de todos modos, lo que siento no es sorpresa, sino malestar. Porque mi imaginación ya está haciendo de las suyas. Quiero preguntarle mil cosas, pero me lo callo todo.

Y lo dejo hablar.

—Fue mi profesora de Biología en primero y yo... Yo estaba hecho una mierda, Ro. Fue una estupidez tan grande... Ni siquiera sé por qué... —Deja la frase a medias y traga saliva con fuerza—. Menuda estupidez —repite—. Pero no nos... No eché nunca el freno. Estaba muy deprimido y me pasaba el día bebiendo. Fue una cagada enorme y ahora me parece vergonzoso...

—No es vergonzoso —susurro incapaz de contener las palabras—. Estabas pasándolo mal.

Matt asiente con discreción.

—Creo que ella lo sabía. Y creo que por eso le resultó más fácil. Tenerme así, digo. Tenerme a su merced... Pero estaba casada. —Su voz roza casi la desesperación—. Estaba casada y yo no lo sabía. Te juro que no lo sabía, Ro.

—Te creo, Matt.

Freddy se calma tras su confesión. Apoya la cabeza en mi regazo de nuevo y noto la suavidad de su pelo aún empapado contra mi muslo desnudo porque se me ha subido un poco la camiseta.

—Fue vergonzoso. Su marido ahí, discutiendo con Carmen, y yo de pie como un puto crío. Es asqueroso, y odio... Luego me odié a mí mismo. Un borracho, roto, que estaba acostándose con su profesora, destinado a convertirme en exactamente lo que todo el mundo dijo que acabaría siendo. El golfo de la uni. —Esas odiosas palabras le salen casi a regañadientes, como si estuvieran pegadas a su garganta y Matt tuviese que ir arrancándoselas de dentro a la fuerza—. Pero yo pensaba que era real. Pensaba que estaba enamorado de ella. —Ríe a pesar de que el sonido que sale está desprovisto de humor—. Y pensaba que ella me quería. —Es una declaración angustiosa, desgarradora, y siento una punzada de dolor en el pecho. ¿Le habrá contado esto a alguien alguna vez?—. Me dijo que lo sentía, que no quería que yo «me llevase la impresión equivocada». —Resopla—. Pero le sorprendió muchísimo que yo pensara... —Guarda silencio durante un buen rato, y luego sus ojos se llenan de lágrimas. Recordar ese momento de su vida lo está dejando agotado y noto cómo su cuerpo se va volviendo cada vez

más y más pesado—. Que yo pensara que significaba algo para ella, que era algo más que solo sexo. Que pensara que podía «ir en serio» conmigo. Y se me daba bien el sexo, soy bueno con mi cuerpo, pero pensaba que le gustaba para algo más... Y luego, cuando me di cuenta de que todo el mundo me vería solo así... Lo acepté. Y empecé a gustarle más a la gente por ir de ese palo. Así que me convertí en «Freddy»: el tío con el que pasar un buen rato, la estrella del hockey. Una leyenda, el playboy fiestero. —Matt se estremece un segundo y ese gesto se convierte en un temblor real —. Mi madre se habría llevado una decepción enorme conmigo...

—No, Matt. No digas eso.

Está temblando de los pies a la cabeza y las lágrimas ya han empezado a brotarle de los ojos. Se tumba bocarriba, se lleva las manos a los ojos y se los frota en un intento por esconderse a pesar de estar librando una batalla sin su máscara habitual, esa de chico gracioso y ligón.

Lo giro, despacio pero con firmeza, hasta dejarlo de cara a mi abdomen y, poco a poco, voy acariciándole el pelo y el cuero cabelludo.

—Lo si-siento. No s-sé por q-q-qué estoy tembl-bl-blando —dice tartamudeando en voz baja mientras las lágrimas corren silenciosas por sus mejillas—. No te-tengo fr-frío.

—No pasa nada, Matt. —Le hundo la cara en mi regazo y me agacho para dejarle un beso en la sien—. No pasa nada.

Espero a que haya dejado de sollozar y, luego, levanto su cabeza, le coloco un cojín debajo y lo tapo con una manta. Está agotado y los párpados se le mueven a toda velocidad, pero no cierra los ojos. Está empeñado en intentar mirarme. Paro la música y alargo el

brazo para apagar las lucecitas que hay al lado de la cama, pero Matt levanta la mano para detenerme.

—Déjalas —susurra—. Quiero verte.

—Vale —respondo con el corazón aún encogido y un nudo en el pecho mientras me acurruco a su lado en mi diminuta cama.

Hoy no nos abrazamos. En lugar de eso, nos quedamos con las manos entrelazadas y la frente apoyada en la del otro.

—Duerme un poco —le digo, y luego le doy un delicado beso en la nariz.

Soy consciente de que yo no conseguiré pegar ojo. De que me pasaré la noche cuidándolo porque es lo único que puedo hacer. Es tanto un deseo como una necesidad. Cuidarlo, protegerlo. Después de todo lo que me ha contado hecho un ovillo en mi regazo, la cabeza me va a mil por hora.

Por un segundo, creo que se ha quedado dormido y hago ademán de separarme. De coger el portátil y empezar a trabajar en mis cosas. Pero Matt se me acerca todavía más para pegárseme del todo y me agarra la mano con más fuerza.

—Echo de menos a mi madre —dice.

Guardo silencio mientras lloro por una mujer a quien nunca conoceré y por el chico al que dicha mujer quiso más que a su propia vida. El chico del que yo sé, a ciencia cierta, que estaría orgullosa, por más que él no lo vea.

«Yo lo cuidaré», le prometo a su madre en silencio. «Lo juro».

51

Freddy

Me siento un poco como si me hubiese arrollado un tráiler o como si tuviese una resaca del copón a pesar de no haber bebido nada de alcohol.

Me duele la cabeza a causa del gancho de izquierda de Toren Kane, pero por fin pestañeo. Abro los ojos para ver a Ro durmiendo medio sentada, en una posición incómoda y con la cabeza apoyada contra la pared. Yo tengo la cabeza aplastada contra su muslo y estoy abrazándome a su pierna, pegada contra mi pecho, como si la hubiese utilizado como almohada corporal.

Empiezan a venirme a la cabeza un montón de recuerdos de anoche, pero en lugar de arrepentirme de nada o de estar nervioso, me siento... aliviado. Como si por fin me hubiese quitado de encima un poco de ese enorme peso que me oprimía el pecho y me aplastaba los hombros. No ha desaparecido del todo, pero ya no pesa tanto.

Desenredo mis extremidades de ella con cuidado y me alegro al ver que no se despierta, porque así puedo tumbarla bien en la cama, con dulzura, y taparla con una manta. Ro se gira, relaja el cuerpo en la almohada y sonríe plácidamente.

Hay tantas cosas bonitas en ella... Como su vitalidad y su alegría contagiosa. Se me derrite el corazón al ver a Ro así, cómoda, dormida y despeinada.

Le aparto el pelo de la cara y le dejo un beso en la mejilla.

Me esmero por intentar no pensar demasiado en lo que ocurrió anoche, pero la ansiedad se adueña de mí de todas formas. No saber cómo se siente después de que se lo confesara todo y me derrumbase luego está crispándome los nervios.

«Debería hacer algo por ella».

La cocina del apartamento de Ro y Sadie está, en mi opinión, demasiado vacía. Sin embargo, en el fondo de la nevera hay un bote de masa de galletas para prepararlas sin demasiadas complicaciones y media docena de huevos.

Con eso bastará. Aunque...

Cojo la sudadera (pero primero la huelo) y las llaves de la resi de Ro. Me calzo los zapatos que dejé al lado de la puerta y bajo por las escaleras hasta salir al frío y vacío campus.

Un par de edificios más abajo hay una cafetería que, por suerte, sigue abierta durante las vacaciones. Pido un *dirty chai latte* con hielo para ella y un americano bien caliente para mí. Solo hay un tío trabajando y va tan lento que no paro de moverme como un lunático mientras espero a que termine, sobre todo, porque me he dejado el móvil y no tengo ni idea de cuánto está tardando.

Cuando regreso a la habitación, ella ya se ha despertado y parece un poco sorprendida al verme. Los dos hablamos a la vez:

—Estás aquí.

—Estás despierta.

Reímos al unísono.

—Perdona. —Ro sacude la cabeza—. No... ¿Es café?

—Eh..., no. —Muevo un poco los pies y, por un minuto, me arrepiento de mi elección—. Es un *dirty chai* con hielo. He pensado... Puedo volver y pedirte un café caliente. O te doy el mío.

Echa a andar hacia mí y me coge la bebida fría de la mano, que se me ha quedado helada.

—Es mi bebida favorita.

Asiento y contesto:

—Lo sé.

Nos quedamos los dos de pie, callados, pero el silencio se vuelve ensordecedor. Trato de no preguntarle en qué está pensando para así intentar darle espacio y que pueda mostrarse vulnerable, hasta que al final me da tantas vueltas la cabeza que necesito hablar.

—Lo siento —suelto—. Siento lo de anoche y... Y sé que no debería... Ni siquiera sé si aún debería estar aquí o si quieres que me vaya. Pero, antes de que digas nada, te... te prometo que no sabía que estaba casada.

—¿Casada? —salta Ro—. ¿De qué estás hablando?

—No quiero que pienses que soy mala persona... O, no sé, peor persona de lo que ya...

—Para —me riñe—. Matt, me... —Empieza a hablar, abre la boca y vuelve a cerrarla varias veces, pero parece que no encuentra las palabras—. Voy a dejar su programa —anuncia con la frente arrugada.

No esperaba que saliera con esa respuesta.

—¿Qué?

—Que voy a dejarlo. El programa de Tinley —aclara con los dientes apretados y un evidente disgusto en la voz.

Nunca había oído a Ro hablando con un tono tan severo. Jamás. Al igual que tampoco la había visto así de acalorada y con la mirada tan llena de odio. La veo fuerte y decidida, pero es prácticamente incapaz de pronunciar el nombre de Carmen sin que la invada la ira.

—Lo que te hizo es imperdonable, Matt. Se aprovechó de ti, te utilizó, te manipuló...

—No me presionó. Yo lo hice por voluntad propia. Porque quería...

—Que tú lo hicieras por voluntad propia o porque quisieras no quita que ella estuviera en una posición de poder, cosa que utilizó en tu contra. Te manipuló. Y sé que lo hizo porque, aunque tú no me hubieses contado nada de todo eso, ¡lo hace constantemente!

Al final de la frase, casi grita con todas sus fuerzas. Ro está que echa humo, metafóricamente hablando.

«Está... enfadada. Está enfadada con Carmen, no conmigo. Está enfadada *con* Carmen *por* mí». Me da vueltas la cabeza.

—¿Ya no quieres seguir trabajando con ella? —Trago saliva para deshacerme del nudo que siento en la garganta—. Me... me preocupaba que fueras a enfadarte conmigo.

—¿Por qué iba a enfadarme contigo? —pregunta. Parece confundida de verdad.

—Porque te he jodido las prácticas. Lo que tenías previsto hacer cuando te graduaras... todo. Y, Ro, te prometo que si quieres trabajar con ella, yo nunca me enfadaré por que...

—¿Enfadarte? —La incredulidad le tiñe su precioso rostro—. Matt, nadie a quien le importes querría volver a estar cerca de esa mujer en la vida. Yo nunca... Dios, si es que no tengo ni idea de cómo podré seguir estando en la misma sala que ella de aquí a que

termine el semestre. ¡Por supuesto que voy a retirar mi solicitud del programa!

Me siento totalmente lleno de admiración y de afecto por esta mujer, y me quedo sin aliento al ver esa fiera determinación en su rostro. Tiene la misma mirada que cuando se presentó en la reunión con mi orientador, cuando se enfrentó a unos profesores titulares que le duplican la edad y que tienen el doble de experiencia que ella sin pestañear siquiera ante la frustración o la desconfianza que demostraron hacia ella.

La quiero.

De verdad. Y no solo eso. La admiro. Admiro absolutamente todo lo que la convierte en mi Rosalie.

—Vale —respondo tontamente.

—He empezado a redactar la solicitud para el programa de Khabra. Y, en realidad, trabajar con ella me beneficiará mucho más. En realidad, esa era mi primera opción hasta que llegó Tyler y me jodió los planes.

—Ro...

—Además, tú ya no necesitarás más tutorías el semestre que viene. Estás aprobando, y te va bien. Si necesitas ayuda, puedes preguntarme a mí. Así que no tenemos ni que preocuparnos por si esto puede afectarnos de alguna forma en enero, porque puedo hacerte tutorías privadas.

Utiliza el plural con tanta naturalidad que se me encoge el corazón y me cuesta hablar.

—¿Ro?

—Los tíos de mi programa son... —Sacude la cabeza y pone los ojos en blanco—. Son horribles. El ambiente de trabajo es

espantoso, cosa que me tenía muy preocupada. Además, estoy convencidísima de que el currículum de la doctora Khabra en general encaja mucho mejor con lo que yo quiero. Y...

—¿Lo estás haciendo por mí? —la corto.

Ro enmudece de repente, pestañea con sus ojos color avellana bien abiertos y me mira.

—Bueno, y por todas las razones que acabo de enumerar. Pero... sí —admite con un hilo de voz.

Se me dibuja una sonrisa en los labios y el corazón se me deshace por completo dentro del pecho porque esto es lo más generoso, protector e increíble que ha hecho nadie por mí en toda mi vida.

—Lo estás haciendo por mí —repito, solo que ahora es una afirmación y no una pregunta, y no sé si se lo digo a ella o si me lo estoy diciendo a mí mismo.

Los tres pasos que tardo en llegar hasta Ro me parecen eternos. Tenerla entre mis brazos siempre me ha resultado catártico, como si estuviese ejerciendo presión con algo suave sobre unos cortes que nunca he logrado cicatrizar.

—Voy a besarte.

—Por favor —gime ella, y casi no puede acabar de pronunciarlo porque enseguida cubro sus labios con los míos.

Intento hacerlo con ternura, pero la libertad de estar con ella de verdad me exalta, y me inunda la necesidad de tocarle el cuerpo entero.

Trastabillamos contra la pared al caminar, riendo un poco sin dejar de besarnos, mientras yo suspiro aliviado. No siento la presión de tener que fingir nada, de tener que ser como Ro quiere que sea, porque Ro me quiere tal y como soy.

Con o sin el sexo. Con o sin el hockey. Cree que soy listo y amable y buena persona. Y, por más que me cueste reconocerlo, es la primera persona que me ve realmente como soy.

Siendo sincero conmigo mismo, es la primera vez que me siento cómodo e ilusionado por entregarme tal y como soy por completo.

Ro se echa hacia atrás, impulsándose con fuerza contra mi pecho durante un segundo, por lo que me veo obligado a interrumpir el beso. En esta ocasión, me busca los ojos con la mirada, con los labios hinchados y las mejillas sonrosadas. Es una distracción en toda regla, pero, aun así, yo no puedo centrarme en otra cosa que no sea ella.

—¿No te vas a casa por Acción de Gracias? —se interesa.

Niego con la cabeza y ella sonríe con timidez.

—¿Y tú? —le pregunto mientras le acaricio la piel desnuda de los brazos por debajo de la camiseta oversize de manga corta que lleva puesta.

Ella también niega con la cabeza. Sonrío y la cojo en brazos.

—Genial. Así podremos pasar las vacaciones juntos —sentencio.

Le mordisqueo el cuello y la tumbo cuidadosamente sobre la cama revuelta, antes de disfrutar de la calidez de la risa que se le escapa cuando yo también me tumbo.

52

Freddy

Nos hemos pasado el primer día de las vacaciones viendo una cantidad absurda de vídeos de YouTube, echando una buena siesta y comiendo en la cama. Pero antes me he tenido que poner bajo las órdenes de la «Chef Ro» en la cocina mientras me reñía porque yo intentaba distraerla en todo momento.

Por la noche, trato de acurrucarme con ella bajo las sábanas y recorrer su cuerpo con las manos, pero Ro no está por la labor.

En lugar de eso, me obliga a tumbarme bocabajo para darme un masaje que consigue arrancarme unos sonidos de los que no me enorgullezco. Sin embargo, a juzgar por el tono sonrosado que veo en sus mejillas cuando me giro inevitablemente para mirarla, no me arrepiento de dichos ruiditos. Ver el efecto que tienen en Ro siempre es una buena recompensa.

Cuando termina, me siento como si estuviera en una nube. Nos quedamos abrazados y ponemos una peli que ninguno de los dos ve, porque compartimos nuestro aliento en silencio y estamos demasiado asustados para cerrar los ojos o acercarnos.

—Ahora quiero hacértelo yo —digo finalmente mientras le quito la camiseta.

Ro abre los ojos de par en par.

Río, pongo los ojos en blanco, la tumbo bocabajo y me inclino para susurrarle al oído:

—Mira que eres malpensada...

Ella se agarra a las sábanas y veo cómo se le pone la piel de gallina a la altura del cuello, los hombros y los brazos.

Me echo en las manos un poco de crema de lavanda de la que ha utilizado ella conmigo y me las froto para calentármelas antes de colocarlas sobre su piel.

Se le escapa un gemido, discreto pero inesperado, y se me pone la polla dura como una roca de golpe. Se me habría empalmado de todos modos. Tocar a Ro es mi fetiche, pero ¿oírla? Eso ya es otro nivel.

—No hace falta que... —Deja la frase a medias para gemir de nuevo.

—Quiero hacerlo. Además, tú también te lo mereces —le susurro mientras, egoístamente, voy dejándole besos por la columna.

Acerco la mano a su sujetador de encaje. El cierre está ahí, provocándome, y al final coloco los dedos por debajo para esparcirle la crema. Pero Ro me detiene y dice:

—Puedes quitármelo.

Lo sugiere con un hilo de voz casi inaudible, pero oigo sus palabras como si tuviese el oído de un superhéroe.

Le desabrocho el sujetador hábilmente sin dudar siquiera y empiezo a masajearle la piel con reverencia mientras cojo más y más confianza a medida que voy llegando al delicado dobladillo de sus finos y suaves shorts del pijama.

Los gemidos que suelta a medida que se le van destensando los músculos se van convirtiendo, despacio, en... algo más.

Al ver lo mucho que se le acelera la respiración, lo pesada que se le vuelve y la fuerza con la que se está agarrando a las sábanas, me separo. Ro está jadeando, frotándose sutilmente con el colchón, meneando las caderas.

Es tan jodidamente sexi que tengo que tragar saliva para contener un gemido gutural y no agarrármela por encima de los pantalones del chándal.

—Lo siento —dice Ro de repente, que se gira para quedar bocarriba, se tapa la cara y sacude la cabeza—. Soy... No sé qué me pasa...

—Ro. —Me inclino sobre ella—. Para, ¿vale? No te disculpes. No te pasa nada.

—Soy... Es que no...

Decidido, le cojo la mano para separársela de las sábanas y se la coloco encima de mi polla, empalmadísima y dura como una piedra bajo los pantalones.

Abre los ojos como platos y me mira con las pupilas dilatadas sin rechistar. Titubeante, me quita las manos de encima y las lleva detrás de su cuerpo para apoyarse en los codos.

—Quiero que hagamos una cosa —le digo poniéndome de rodillas —. Quiero que te toques.

—¿Mi-mientras me miras?

Los nervios se adueñan de su rostro, pero también atisbo interés y curiosidad en ella. Sigue cachonda, pero está nerviosa. Lo de los nervios puedo arreglarlo.

—¿Tú también lo harás? —me pregunta—. ¿Por favor?

—¿Quieres que me toque para ti? ¿Que te haga un mini espectáculo mientras juegas con tu bonito coño?

Se le escapa un chillido ahogado. Junta las piernas de golpe y las aprieta. La vergüenza que le veo en el rostro, bañada en lujuria, es igual de embriagadora que siempre. Atisbo atrevimiento y sus ganas deseando salir de debajo de esos nervios que sé, clarísimamente, que son el resultado de haber estado con Tyler.

Estoy convencido de que llegará un día en el que Ro tome las riendas de su propio placer. En el que ya no tenga miedo de pedir lo que quiere. Pero hasta que llegue ese día, yo estoy encantado de ser quien la guíe. De enseñarle que quiero que desee todo esto, que pida lo que quiera. Que esté a gusto.

—Quítate los pantalones, Rosalie. Y túmbate.

Obedece, despacio y con cuidado, sin apartar la mirada en ningún momento.

—Buena chica —la alabo. Ro gime y yo me siento para quitarme los pantalones del chándal y agarrarme la polla—. Abre las piernas para mí, princesa.

Vuelve a obedecer sin dudar y la brillante piel morena de sus muslos me demuestra lo cachonda que está.

—Eres jodidamente preciosa, Ro —exhalo—. Y mira qué mojada estás para mí.

Baja la mano hasta el punto exacto en el que me necesita, pero alargo el brazo desde el otro lado de su diminuta cama, le agarro la muñeca y disfruto del puchero que hace.

Le doy un beso, rápido y casto, antes de acercarle la boca a la oreja y mordisqueársela.

—Matt...

—Shhh, cielo. Ya lo sé. Te prometo que dejaré que te toques, pero cuando yo te diga, ¿vale?

Gime mientras me separo, pero asiente con vehemencia.

—Esa es mi chica. Qué obediente... —le digo mientras me arrodillo entre sus piernas, pero lo bastante lejos como para poder ver cómo se mueve su cuerpo entero cuando se retuerce con lujuria y necesidad.

—Primero quiero que te humedezcas los dedos y que juegues con los pezones, ¿vale, Ro?

—Vale —suspira, y sigue mis instrucciones.

Su pecho sube y baja, y su piel brilla con un tono rosa dorado.

Yo sigo agarrándome la base de la polla con firmeza y ejerzo un poco de presión en la punta para frenar el desgarrador cosquilleo que noto en la parte inferior de la columna.

—Ahora quiero que vayas bajándote la mano por los muslos, despacio —le ordeno con un tono de voz áspero porque estoy salido a más no poder, pero me centro en ella—. Puedes tocarte donde quieras menos ahí.

Hace lo que le digo. Empieza a bajar las manos, temblorosas, por la acalorada longitud de todo su cuerpo. Se pellizca un pezón con los dedos de una mano y, con la otra, se agarra el muslo un segundo, como si estuviese intentando contenerse y no tocarse.

Espero paciente mientras ella sigue provocándose y...

Empieza a mover las caderas en el aire y a encoger los dedos de los pies.

—Matt... —gime en lo que resulta ser casi un lloriqueo—. Por favor...

—Tócate, Rosalie —susurro.

No duda. Hunde la mano entre sus piernas y ejerce una firme presión contra el clítoris antes de apartarla y empezar a dibujarse círculos con un par de dedos en esa misma zona sin parar.

Yo comienzo a masturbarme y ella frena de inmediato al ver mis movimientos. Clava los ojos en mí mientras me acaricio la polla con la mano, con rudeza.

—Así. Enséñame qué haces para correrte cuando estás sola —gruño con firmeza.

Ro vuelve al lío de inmediato, pero no aparta los ojos de los movimientos que yo estoy haciendo.

Se muerde el labio inferior como si estuviese intentando reprimir los sonidos de su propia excitación.

Vuelvo a colocarme encima de ella y le muerdo el labio inferior para arrancárselo de entre los dientes.

—Quiero oírlo todo. Todos tus sonidos. Quiero saber que mi chica está disfrutando.

Basta con que le diga eso para que se le escape un gemido. Tenerla tan cerca y ver cómo se le ilumina la mirada es embriagador. Así que me apoyo sobre un codo para continuar haciéndome una paja con la otra mano mientras miro a Ro a la cara, a la vez que ella empieza a tocarse más deprisa y con más fuerza. Cuando veo que su respiración se entrecorta, sé que está a punto de llegar al clímax.

—¿Así te corres cuando yo no estoy aquí contigo, princesa?

—Mmm —suelta—. Pi-pienso mucho en ti.

Joooder. Eso ya me lo había dicho, en la ducha. Sin embargo, ahora que estoy agarrándome a lo que sea con tal de mantener el control y no correrme antes que ella, me basta con oír esa frase

para casi partirme la mandíbula en dos por la fuerza con la que estoy apretando los dientes.

—¿Sí, eh?

—Imagino que eres tú. Pi-pienso en cómo debes moverte cuando lo haces. Lo bien que se te debe dar... —Suspira—. A veces te imagino enseñándome a mí, como si la alumna fuese yo y tú fueses mi tutor.

«La madre que me parió...». Ya no puedo más. Estoy llegando al orgasmo, que se adueña de mí demasiado deprisa.

—Rosalie...

—Me corro... —gime ella, y levanta las piernas para envolverme a mí, que sigo acomodado entre sus muslos—. Matt...

Oírla pronunciar mi nombre mientras se corre junto con la fantasía que acaba de describirme es suficiente como para que estalle a lo bestia y vea las estrellas. Me tiembla el brazo en el que me estoy apoyando en la cama mientras le salpico la barriga de semen a Ro.

Nos quedamos los dos quietos, jadeando durante un minuto largo, hasta que al final me giro para darle un beso en la mejilla, otro en la comisura de los labios y otro en la frente, con reverencia.

—Quédate aquí —le digo con dulzura—. Yo te limpio.

—Vale —murmura, relajada y soñolienta, y estira los brazos por encima de la cabeza.

Voy al baño caminando hacia atrás y me choco con fuerza contra la pared. Ro suelta una carcajada sin moverse de la cama y a mí me basta con eso para agradecer el dolor que siento de inmediato en la espalda.

Vuelvo con una toalla húmeda que he mojado con agua caliente para limpiarle la piel y, cuando termino, desplazo un poquito a Ro

para acurrucarme a su lado. La acerco a mi pecho y jugueteo con su melena mientras voy dejando besos en sus rizos y empiezo a notar el peso de su cuerpo mientras ella se relaja en mis brazos.

—Descansa, princesa.

53

Ro

Tengo una cita. Con Matt Fredderic.

No es la primera que tenemos, pero estoy convencida de que sí será la mejor.

Después de haber desayunado una tostada con mermelada, Matt se ha ido para que yo pudiera cambiarme para «nuestra primera cita de verdad» y lo único que me ha dicho ha sido que me pusiera ropa cómoda y calentita.

Pero es una cita, una a la que me muero de ganas de acudir, lo cual significa que me pruebo unos quince outfits distintos hasta que parece que el armario haya explotado y haya acabado todo desparramado por el suelo. Cuando me frustro y las lágrimas empiezan a inundar mis ojos, abro el ordenador y llamo a mi mejor amiga.

—Hey —me saluda Sadie despacio y un tanto adormilada aún.

Lleva el pelo recogido en un moño alto despeinado, sigue con un ojo cerrado y va con una camiseta gris que casi le cae por un hombro de lo dado que tiene el cuello.

—¿Te he despertado?

Suelta un resoplido. Para algunos podría parecer un gesto sarcástico, pero yo sé que es una risa al más puro estilo Sadie Brown.

—Sí, pero teniendo en cuenta que ya son casi las once de la mañana, debería de haberme levantado hace horas. —Dice no sé qué por lo bajo acerca de «un fiera sobreprotector».

—¿Qué tal el tobillo? —me intereso mientras me acomodo en el borde de la cama y descanso el ordenador en mi regazo.

El fin de semana pasado, cuando los chicos jugaron contra Harvard, Sadie se hizo un esguince en el tobillo. No me ha contado directamente lo que ocurrió, pero tuvo algo que ver con que forzó demasiado el músculo por entrenar más de la cuenta. Si a eso le sumamos el repentino despido de su entrenador de patinaje, no me cuesta atar cabos. Sobre todo porque su novio y toda la familia Koteskiy están mostrándose demasiado protectores con Sadie y sus hermanos.

—Bien.

—Bien no —dice una voz masculina a lo lejos y ella pone los ojos en blanco.

Río, sacudo la cabeza y pregunto:

—¿Es Rhys?

—No —responde Sadie antes de que él se coloque detrás de mi amiga y aparezca en pantalla, dejándose caer en la cama de nuevo.

—Sí —dice Rhys sonriendo a la cámara mientras se baja la camiseta, como si acabase de ponérsela para ser educado conmigo —. Me alegro de verte, Ro.

—Hola, Rhys.

Él envuelve a Sadie por la cintura con un brazo y se la acerca al pecho. Con el ceño un tanto fruncido, Rhys me pregunta:

—¿Estás en la resi?

—Nada como pasar las vacaciones en Millay —canturreamos Sadie y yo al unísono.

Hemos pasado casi todas las vacaciones juntas en Millay, menos una semana que me fui a casa por Navidad. En su día, me desvivía por poner unas decoraciones descomunales y organizar fiestas temáticas para los chicos.

Nos reímos de nuestra broma privada, pero está claro que a Rhys no le hace ni pizca de gracia.

—Tenemos habitaciones de sobras —señala él—. Si quieres desconectar de la resi, estás invitadísima a quedarte con nosotros.

A Sadie se le relaja la expresión y sus ojos grisáceos brillan maravillados mientras mira a su novio de refilón.

—Eso, Ro. Estaría guay. Liam y Ollie estarían encantados.

Sacudo la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Gracias, chicos. Os lo agradezco de verdad. Pero, de hecho, esta noche tengo una cita. —Me acomodo el pelo detrás de la oreja y me muerdo el labio inferior—. Con Freddy.

Sadie se echa a reír y asiente.

—Lo sabía —dice—. Me debes unos... treinta pavos, fiera.

Rhys se pone como un tomate y sacude la cabeza.

—Ro, te juro que no he apostado a que Freddy y tú fuerais a...

—Exacto. Apostaste a que no lo harían. Paga.

Rhys fulmina a Sadie con la mirada y le sonríe.

—Grisi, ¿quieres hacer esto aho...?

Alguien llama apresuradamente a la puerta. Tanto Sadie como Rhys se dan la vuelta y, cuando alguien abre, la expresión de ambos se relaja.

—Buenas, colega —dice Rhys.

—¿Puede alguien venir a jugar conmigo, por favor? —oigo que dice la vocecita de Liam y se me derrite un poco el corazón—. Oliver está con su nueva novia y no quiere ju...

—Ya voy yo —se ofrece Rhys.

Le da un par de besos a Sadie, uno en la mejilla y uno en la comisura de los labios, y luego le hace una mueca de asco a Liam antes de saltar de la cama.

—Chicas... Qué palo... —dice cuando desaparece de la pantalla y Liam se ríe.

Sadie les saca la lengua a los dos y oigo que cierran la puerta.

—¿Cómo que una nueva novia? —pregunto riendo.

Sadie sacude la cabeza y me cuenta:

—Liam no para de hablar del tema y Oliver está que se sube por las paredes. Solo tiene una nueva amiga. Casi ni habla de ella, pero como es chica, Liam se burla de él todo el rato.

—Ayyy... —Sonrío—. Echo de menos a los peques.

—Y nosotros a ti. Venga, al lío —dice Sadie mientras va hacia el baño y apoya el móvil en el espejo antes de abrir el grifo y lavarse la cara mientras hablamos—. ¿Qué vamos a ponernos para la cita en cuestión?

Abro los ojos como platos.

—¿No vas a hacerme ninguna pregunta? ¿Sobre...?

—¿Sobre el hecho de que estés saliendo con Matt Fredderic? Mmm, espera que piense... —Se frota la barbilla con dramatismo y

aprieta los labios antes de ponerse seria y preguntar—: ¿Te trata bien?

—Sí.

—¿Y te gusta?

—Muchísimo, sí.

—¿Y estás contenta? ¿Lo estás pasando bien?

Me sonrojo y asiento en silencio. A Sadie se le dibuja una peculiar sonrisa en los labios, permanentemente pintados, y asiente.

—Entonces no. No tengo ninguna pregunta. Y me alegro un montón por ti.

—Yo también —contesto—. Por ti. Por fin pareces relajada.

—Relajada por obligación —se queja ella—. Como tengo el tobillo vendado, Rhys no me deja hacer nada. Si viera que he venido andando yo sola al baño, seguro que montaría un pollo.

—No me digas que te ha llevado en brazos al baño cada mañana.

A Sadie le suben los colores y su pálida tez se ruboriza.

—Mejor no hablar del tema... —responde.

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza. Me levanto y coloco el ordenador de cara al armario y al montón de ropa que tengo esparcida por el suelo.

—Venga, enséñame qué opciones tienes...



Me pongo a deambular por el apartamento. Los nervios y la ilusión me inundan las venas y, al final, parezco un cable de alta tensión que va soltando descargas eléctricas con cada movimiento que hago.

Todo ello resulta un poco embarazoso porque todavía faltan veinte minutos para la hora en la que, técnicamente, pasará a recogerme. Toc, toc, toc.

Llaman tres veces muy seguidas a la puerta. Me meto en el cuarto para volver a mirar mi aspecto: al final voy con unos vaqueros oscuros cómodos, una camiseta de manga larga suave de color blanco y la chaqueta de franela gruesa verde y lila que tengo colgada al lado de la puerta.

Y un lazo en el pelo. Me siento femenina, mona y lo que es más importante: me siento yo.

Vuelvo a sonreír de nuevo al ver mi reflejo. Satisfecha con el maquillaje y el look en general, voy corriendo hacia la puerta.

Al abrirla, me encuentro con un Matt Fredderic un tanto aturdido, como si, a pesar de haber llamado repetidamente a la puerta, no esperase que fuese a abrir. Va vestido con unos pantalones técnicos negros y un jersey de color verde oscuro, y lleva el pelo recién lavado. Matt está siempre guapo. Sin embargo, lo que hace que me quede sin aliento, que me dé un vuelco el corazón y que se me instale un nudo en la garganta no es él, sino el enorme ramo de flores que tiene envuelto en papel de pergamino, donde hay algo escrito con rotulador. Aunque no alcanzo a leerlo porque está cubriéndolo con el brazo de una forma casi protectora.

—Madre mía...

—Hola —balbucea—. Estás preciosa.

Me sonrojo ante su atención porque quien hace que me sienta preciosa bajo su mirada es él.

—Perdona. Sé que llego temprano...

Sacudo la cabeza e intento cortarlo:

—Matt...

—Si quieres que espere aquí fuera, no pasa nada. Tómate el tiempo que necesites. Pero tenía... —Guarda silencio, sacude la cabeza y sonríe. Parece igual de aturdido y embobado que yo—. Tenía demasiadas ganas de verte como para seguir esperando, así que he venido. Y te he traído esto, pero... Hay otra cosa aquí. Le he pedido a la chica de la floristería que lo escribiera ella porque te costaría un montón leer mi letra y además me temblaban las manos, así que...

—Llevo leyendo tu letra desde principios de semestre, Matty.

Río y cojo el ramo de flores que me está pasando con el brazo estirado.

Matt se sonroja y se rasca la nuca.

—Sí, claro, es verdad.

Suena distraído. Y yo, que entro en la cocina y me separo las flores de debajo de la nariz porque estaba olfateando los pétalos, tardo un poco en verlo:

¿Quieres ser mi novia?

Matty

Firmado: «Matty». No «Freddy». En ese aspecto, es mío. Puede que sea «Freddy» para el resto del mundo, el chico risueño que se burla de sí mismo. Pero para mí es «Matty» o «Matt», sin máscaras, su «yo» de verdad.

—Matt, es...

Dejo la frase a medias porque no tengo palabras para describirlo, para describir la contagiosa y apabullante alegría que me invade por

dentro.

—No hace falta que respondas ahora mismo —dice despacio—. Pero es como me siento. Quiero salir contigo, oficialmente. Y no quiero que confundas lo que siento por ti. Como... —Su voz se vuelve más suave y parece más relajada, y luego baja la vista, como si estuviera avergonzado—. Como tampoco quiero confundir lo que sientas tú por mí. No quiero juegos.

Se me encoge el corazón.

«Le da vergüenza pedirme algo más porque nunca nadie se lo ha dado antes».

Dejo las flores en la encimera, me giro, me acerco a trompicones y le cojo las manos.

—Matt —suspiro con una infinidad de emociones amontonadas en la garganta—, es lo más romántico y maravilloso que ha hecho nadie por mí en toda mi vida. Y eso me recuerda que no es la primera vez que te lo digo.

Nos echamos a reír los dos, pero paramos enseguida porque los nervios que flotan en el ambiente son casi sofocantes.

—Solo quiero que quede claro cómo me siento.

—Quiero estar contigo. Me encantaría ser tu novia. Y yo también quiero que quede claro. —Noto el peso de mis propias palabras nada más decirlas—. Sé cómo te sientes. Yo también me he confundido en el pasado con otras personas. Tyler hacía que me sintiera avergonzada por no sentirme deseada cuando yo creía que sí lo hacía. Todo eran juegos constantes. Y no quiero volver a sentirme así nunca más. No quiero que tú también te sientas así nunca más.

—Entonces, ¿prometemos que nunca dejaremos que el otro se sienta así? —Duda un segundo y medita bien las palabras antes de

decir—: ¿Que... nos cuidaremos mutuamente?

Matt lo dice como si fuese igual de fácil que respirar.

Y a lo mejor lo es.

—Sí. Nos cuidaremos mutuamente. —Sonrío y le aprieto las manos antes de llevarme una a los labios y besársela. Porque puedo y punto—. Creo que eres una de las mejores personas que he conocido en mi vida. Y creo que sería casi demasiado fácil enamorarme de ti.

Al oír mis palabras, se le ilumina la expresión, me acerca a él y me abraza.

—¿Sí?

Le tiemblan un poco los brazos, pero su sonrisa, pegada a la piel de mi cuello, es contagiosa.

—Sí —digo con un suspiro—. Venga, que quiero tener una cita con mi novio.

Me besa y, recordando aquella primerísima vez que me besó en primero, se me doblan las rodillas.

54

Freddy

—¿A patinar?

—Sip. —Levanto la cabeza para sonreír a Ro porque estoy arrodillado a sus pies en un puesto cutre de alquiler de patines. Me basta con mirar esa cuchilla desafilada para que todo mi cuerpo se vuelva a estremecer—. Es una de las cosas de tu «Yo nunca...» que no llegamos a hacer el día que hicimos pellas.

—Para ser vacaciones, hay un montón de gente... —dice Ro mientras mira a todas las familias que hay patinando en la pista pública. Se sonroja—. Estoy un poco nerviosa. Igual podemos volver cuando haya practicado un poco más en una pista vacía.

—Nope —respondo remarcando la «p» exageradamente—. Mira, era esto o «bailar encima de una barra», según tu lista. Y los bares que hay abiertos en Acción de Gracias son un poco turbios, me dan mal rollo. Preferiría que no te subieras a la barra de un bar mientras suena música de padre divorciado en bucle y hay gente ahogando sus penas en cerveza.

Ríe, y cuando eso pasa, yo me siento relajado.

Le cojo las manos y veo cómo le tiemblan los tobillos, débiles, cuando se pone de pie frente a mí. Sigue siendo más bajita que yo,

pero es más alta que cualquier otra chica de por aquí.

—Soy superalta y cero coordinada —se queja como si pudiera leerme la mente sin problema e intenta esconder la cara, avergonzada—. Pareceré una cría de jirafa.

—Ohhh... —canturreo mientras entro en la pista, marcha atrás, sin soltarle las manos a Ro, que camina despacio por un hielo que ya está fatal—. Una cría de jirafa muy pero que muy mona, eso sí.

Ro da dos pasos por encima del hielo, trastabilla, se le separan muchísimo las piernas de inmediato y temo que vayan a rajársele los vaqueros. Suelta un delicado grito antes de que le pase los brazos por la cintura para sujetarla mejor.

Ro sopla para apartarse los rizos que le caen sueltos y me observa por encima del hombro para fulminarme con la mirada. Yo consigo mantener la compostura y mi apariencia inocente.

—Pensaba que eras una estrella del hockey o algo por el estilo.

Se me escapa la risa.

—Y yo pensaba que entrar en la pista sería más fácil. —La agarro con un poco más de fuerza, ejerciendo más presión en sus caderas con las manos—. Voy a soltar...

—¡No, espera! —dice con un tono de voz desesperado y tira con fuerza de los cordones de mi sudadera.

—Relájate, princesa —intento calmarla—. Yo me pongo delante. Tú solo mantente de pie y yo tiraré de ti, ¿vale?

—Por favor, no dejes que me caiga... —me pide con una voz tan nerviosa que parece casi aterrada.

Me da un vuelco el estómago, pero asiento y dibujo una expresión relajada y neutral. «Muéstrate firme, como Bennett. Que Ro pueda confiar en ti».

—No dejaré que te caigas —le prometo antes de soltarla con cuidado y colocarme delante de ella. Vuelvo a cogerle las manos y separo un poco más las piernas—. ¿Preparada?

—No —responde mientras sacude la cabeza a toda prisa—. Aunque seguramente deberíamos apartarnos de la entrada.

—Seguramente.

A decir verdad, me quedaría aquí con ella tanto tiempo como fuera necesario. Pero mi chica es valiente y determinada, aunque muchos no lo sepan o no sean capaces de verlo.

Patino marcha atrás como si nada mientras tiro de Ro hacia la esquina oblicua de la pista. Ella intenta moverse más de la cuenta y casi tropieza hacia atrás en el acto. Unos cuantos niños pasan cerca de nosotros como buenamente pueden, junto a sus padres, pero siguen patinando tres veces más deprisa. Ro los mira, insegura.

—Creo que necesito una cosa de esas.

Giro la cabeza para mirar por encima del hombro y suelto una carcajada al ver a un niño patinando agarrado a un soporte de plástico, avanzando tranquilo hacia su madre: una mujer con patines profesionales que está justo en la línea roja.

—¿Un soporte? —Niego con la cabeza y el pelo me cae perezosamente sobre los ojos antes de apartarlos con un ligero movimiento—. Qué va, tú me tienes a mí. No te pasará nada. Y además, lo estás haciendo mejor que él.

Se lo digo con firmeza y serenidad, pero la verdad es que no. Casi ni nos hemos movido, somos los más lentos de la pista. Y cada vez que uno de los mocosos con una pinta evidente de jugar al hockey pasa a toda velocidad excesivamente cerca de Ro, ella vuelve a ponerse nerviosa y casi se cae. Me entran ganas de estampar a los

críos en cuestión contra la valla, pero deben de tener unos doce años y así solo conseguiría que nos echaran de aquí.

Se me curva la comisura de los labios. Quizá merecería la pena...

Ro avanza un poquito, pero sigue moviéndose más de lo que debería porque tiene miedo.

—Creo que debería soltarte.

—No, por favor...

Su tono de voz es tan desesperado que incluso me duele oírla. Le agarro las manos con un poco más de fuerza.

—Vale. Te prometo que no te soltaré hasta que tú me digas. —Dudo un segundo, pero al final añado—: Pero creo que deberías caerte. Con cuidado.

—¿Caerme? Es justo lo que no quiero.

—Ya lo sé. Pero creo que así cogerás más confianza. Si te caes y ves que no pasa nada, tendrás menos miedo de volver a caerte. Y así patinarás mejor.

Sus ojos son dos mares expresivos de color avellana que parecen estar completamente inundados de miedo. Y yo empiezo a arrepentirme de haberla traído aquí.

—¿Puedo intentarlo otro día?

—Por supuesto —respondo contento de poder abrazarla y tirar de ella por toda la pista.

Patinamos un poquito más hasta que la determinación aparece en su rostro.

—Vale. Suéltame. Lo intentaré.

Soy incapaz de contener la sonrisa. Le suelto las manos y patino al lado de Ro mientras ella se mece como si fuera uno de esos monigotes hinchables que tienen en los concesionarios de coches.

Aun así, logra mantenerse de pie y se da impulso solo con el patín derecho mientras sigue avanzando sin levantar el izquierdo del hielo.

—¡Lo estoy haciendo! —grita llena de ilusión.

Gira la cabeza por encima del hombro como si quisiera asegurarse de que la estoy mirando. Pero entonces pierde el equilibrio y cae de culo sobre el hielo.

Y a mí me da un maldito vuelco el estómago. Echo a patinar a toda prisa hacia ella, freno en seco y me arrodillo a su lado.

—¿Estás bien?

Ro asiente y levanta la vista hacia mí con cierta mirada soñadora en los ojos. Suspiro con fuerza mientras le cojo las manos y la ayudo a levantarse.

—Eso no me ha gustado nada... —me quejo en voz baja mientras me paso una mano por el pelo.

—¡Si me has dicho que me cayera! —dice ella riendo incrédula.

Sacudo la cabeza.

—Porque soy idiota. ¿Cuándo aprenderás que no tienes que hacerme caso? Creo que me he asustado más yo que tú.

Se gira en mis brazos y me acaricia el pelo a la vez que nos apoyamos en las vallas que tenemos cerca.

—Pero ya me siento mejor. Tenías razón, ya no tengo miedo.

Apoyo la cabeza en su mano y me brillan los ojos al responder:

—Ya, yo tampoco.

Esas palabras van cargadas de sentido. Es como si ya no estuviéramos hablando de patinaje.

—Venga, ¿lista?

—¿Para seguir patinando? —Ro sonríe, aunque esta vez lo hace de verdad, y asiente—. Sí. Creo que podré hacerlo si me coges de la

mano.

Me muerdo el labio e intento contener las ganas que siento de agacharme un poco y darle un beso en la mejilla, aunque luego me doy cuenta de lo estúpido que es pensarlo siquiera. Me echo hacia delante y le planto un beso en su piel sonrojada.

—Quiero arrastrarte un poco más deprisa. ¿Confías en mí?

—Sí.

Sonríe como si mi pregunta la hubiese hecho más feliz que el beso.

Empiezo despacio y voy girando la cabeza para asegurarme de que no tenemos a nadie detrás. Ya casi es hora de cenar, así que la pista se va vaciando poco a poco y hay menos personas con quienes podamos chocar.

A medida que vamos ganando velocidad, empieza a sonar por los altavoces «I Don't Wanna Wait Til Christmas», de Summer Camp. La verdad es que hasta ahora han ido sonando, en gran parte, fragmentos de canciones de Navidad (sobre todo versiones de artistas independientes).

—¿Estás segura de que Sadie no sigue trabajando aquí? —le pregunto con una sonrisa socarrona.

El gusto musical de su compañera de piso ya se ha infiltrado en mi vida y no solo a través de Ro, sino a través del obseso del capitán de mi equipo de hockey. Tengo la música de Sadie en casa, en los vestuarios... En todas partes.

A Ro se le escapa una risita mientras se tambalea y recupera el equilibrio cuando yo cojo la curva deprisa, patinando hacia atrás y cruzando las piernas para ir más rápido. Esos movimientos parecen

embaucar a mi novia, que me observa patinar como si estuviese haciéndole un truco de magia.

—¿Por la música? —pregunta. Asiento, y Ro se limita a encogerse de hombros y a mover la cabeza al ritmo de la canción—. No me extrañaría que hubiese hackeado todo el sistema de la pista entera para que solo suene su música a través del equipo de sonido.

—No, si no me quejo. Tiene bastante buen gusto.

—Pues sí. —A Ro le cambia un poco la expresión y, acto seguido, confiesa—: Se, eh... Se lo he dicho a Sadie y a Rhys. Lo nuestro.

A mí también me cambia la expresión antes de que pueda controlar mi reacción y freno despacio al lado de las vallas. Ro se apresura a disculparse, lo cual solo consigue que me dé otro vuelco el estómago.

—Lo siento. Debería haberte preguntado antes. Pensaba que...

—No —la corto enseguida—. Me alegro de que se lo hayas dicho. No es ningún secreto. Quiero que se entere todo el mundo de que estamos saliendo.

«Nada de juegos. Solo tú y yo, princesa. Siendo reales».

A Ro se le sonrojan las mejillas.

—¿Sí?

—Sí. —Sonrío un segundo. Y entonces empiezan a bombardearme los recuerdos de todas y cada una de las veces que Bennett y Rhys (y, joder, hasta Sadie) me advirtieron para que me mantuviera alejado de Ro. Se me desdibuja la sonrisa y la inseguridad se adueña de mis palabras, de modo que tardo un poco en decir—: Pero, mmm... ¿Te han dicho algo? ¿Se han enfadado? O... no sé. ¿Qué te han dicho?

—Se han alegrado por nosotros.

—¿En serio?

Ahora la que arruga la frente es Ro.

—¿Por qué pareces tan sorprendido? —pregunta con ternura.

—Sorprendido no. Es solo que... Creo que estoy un poco nervioso.

—¿Por?

Esto es dificilísimo de decir. Ojalá estuviéramos en casa. Entre la fuerte luz de los fluorescentes y la música... Es como si el escenario fuese demasiado apabullante como para desnudarme emocionalmente delante de Ro, para mostrarme tan vulnerable como estoy a punto de hacer.

—Sé que tengo cierta... reputación y que es por mi culpa —digo, y enseguida siento una punzada en el corazón y un nudo en la garganta. Incluso sueno tenso, incómodo. Levanto las manos para cubrirme la cara porque hasta temo que vaya a echarme a llorar, joder—. No quiero que tengas que cargar con eso, que tengas que ir argumentando por qué estamos juntos ni que la gente se ría de ti por...

—Matt —me corta Ro tirándome de las manos; dejo que me las aparte de la cara y me muerdo el labio—. Me importa una mierda tu reputación, en serio. Es una tontería absolutamente infundada. Lo único que me importa es cómo eres conmigo. Y con quienes te rodean. Eres una buena persona. Creo que eres la persona con más inteligencia emocional que he conocido.

Todas y cada una de las palabras que dice Ro me calan bien hondo y van construyendo algo nuevo alrededor de las finas y deterioradas partes de mi corazón que, durante tanto tiempo, han sentido que no merecían ser queridas. Alrededor de mi yo de diez, quince, dieciocho años, e incluso del de ahora, que ha visto cómo su

padre prefería que no hubiera nacido, que ha visto cómo las mujeres se aprovechaban de su desesperado anhelo por encontrar el amor..., que se ha roto a sí mismo una y otra vez.

Y también oigo unas palabras que Ro no llega a pronunciar: «Yo no te abandonaré. Tu corazón está a salvo conmigo».

«Nada de juegos».

—No me gusta nada ver que te sorprende que nuestros amigos se alegren de que estemos juntos. Rhys y Sadie están contentísimos, y el resto de tus compañeros de equipo también lo estarán. —Permanecemos quietos cerca de la salida de la pista. Ro levanta la vista hacia mí y me sonríe—. En realidad, solo tengo a dos personas a quienes contárselo, pero si te ayuda a entender que de verdad me importa una mierda lo que piensen los demás, me pondré una camiseta con tu cara estampada donde ponga: «Soy la novia de Matt Fredderic».

Se me escapa la risa.

—Pues yo creo que te quedaría genial.

—Ajá. —Suspira y se relaja mientras la abrazo. No quiero soltarla —. Apuesto a que sí te gustaría.

—Aunque creo que sería mejor que te pusieras mi camiseta.

—Hecho —contesta ella—. El próximo día que juguéis en casa, iré al partido con tu camiseta.

El humor y la ilusión me iluminan la mirada, y le pregunto:

—¿Quieres que demos otra vuelta a la pista?

—Claro —responde ella agarrándome las manos de nuevo—. Pero quiero verte patinar más rápido, Veintisiete.

Al ver que me reta, me enciendo enseguida y echo a patinar a toda pastilla, arrastrando a Ro a toda prisa detrás de mí hasta que

ella empieza a reír vertiginosamente.

55

Ro

Después de cenar la «mejor pizza de Massachusetts», decidimos pasar la noche en la Hockey-morada, que está vacía. Antes Matt para en la resi para que yo pueda coger todo lo que necesito.

Me deja una toalla preparada para que me duche enseguida. Todo me resulta tan familiar que empiezo a sentir cómo crece la tensión.

Matt Fredderic es el hombre más sexi que he visto en la vida. Ya lo era cuando lo conocí en primero de carrera, con dieciocho años recién cumplidos y cuando podía contar con los dedos de una mano a cuántos chicos había tenido tan cerca. Ahora, tumbado sobre su cama deshecha (aunque no hay nada tirado por el suelo), Matt está espectacular.

—¿Has ordenado el cuarto? —le pregunto al salir del baño.

Él suelta el aire y se rasca la nuca, cohibido.

—Sí. No tenía previsto que fuéramos a venir aquí, pero quería... Quería que lo encontraras en mejores condiciones.

—¿Me prestas una camiseta?

Me sonrojo nada más pedírselo. Espero a que me suelte una reprimenda: se acaba de pasar quince minutos en el coche mientras esperaba a que yo cogiera mis cosas y las metiera en una bolsa para

que ahora venga yo y le pida que me deje algo que, clarísimamente, ya he traído.

—Claro, claro. —Asiente repetidamente y tarda un segundo en saltar de la cama y entrar en acción.

Rebusca entre los cajones y saca una camiseta vieja de un voluntariado que debió de hacer en algún evento navideño. Es suave y está desgastada, y lo que es más importante: huele a él.

Le doy las gracias y me giro, dándole la espalda, para quitarme descaradamente la toalla y ponerme su camiseta por la cabeza antes de soltarme el despeinado moño con el que me había recogido el pelo y dejar que los rizos me caigan por la espalda, cubriendo la tela verde de la prenda.

Ahora todo parece más ligero. Ya no siento el peso de aquella desconocida responsabilidad que me suponía ser la novia de Tyler. Con Matt no hay lugar para juegos ni dudas constantes, ni para el miedo a estropearlo o a hacer algo mal. La ansiedad por lo que ocurrirá en el futuro no existe. Lo único que siento es una ilusión inmensa por lo que esté por llegar.

Matt está de pie al lado de la cama, pestañeando como un búho, incapaz de apartar los ojos de mis largas piernas. Al verlo así, camino con mucha más confianza antes de subirme a la cama a cuatro patas y relajarme entre sus sábanas con un suave y calculado gemido.

Matt traga saliva con tanta fuerza que incluso puedo oírlo mientras me mira detenidamente.

—¿Ro?

—¿Matt?

—Me, eh... Eres muy guapa.

Le sonrío, feliz, y le pregunto:

—¿Piensas quedarte ahí de pie o vas a tumbarte aquí y abrazarme?

—Me gustaría hacer más que abrazarte —suelta mientras apaga las luces de la habitación y enciende la lámpara que tiene en la mesita de noche antes de acercarse a la cama, justo delante de donde estoy yo.

—¿Qué tal los pies? —me pregunta con un tono dulce y calmado.

De todos modos, yo soy incapaz de centrarme en otra cosa que no sea él arrodillado ante mí, siendo plenamente consciente de que no llevo otra cosa que su camiseta. Siendo plenamente consciente de que él también es plenamente consciente de que no llevo otra cosa que su camiseta.

—Hinchados —respondo.

Matt está macizo de los pies a la cabeza, mientras que yo soy alta pero tengo las capacidades atléticas de una cría que aún está aprendiendo a caminar. «Bambi on ice»,* como diría Sadie. Así que me duelen unos músculos que ni sabía que tenía en los abdominales y las piernas, además de que mis pies han desarrollado un latido propio.

Me levanta un pie y empieza a masajearme la planta. Se me escapa un gemido gutural.

—¿Te gusta?

A este paso, si saliesen a la luz las cosas que me vienen a la mente, me detendrían por escándalo público. Su voz no ha sonado impúdica en absoluto, pero es como si yo acabase de oírle decir: «¿Quieres que me desnude para ti, princesa?».

—Ajá...

Matt me mira como si tuviera clarísimo en qué estaba pensando, así que me sonrojo tanto que estoy convencidísima de que tengo las mejillas en llamas.

Me masajea ambos pies, despacio, arrancándome ruidos obscenos mientras me recorre ávidamente las pantorrillas con las manos hasta llegar a la parte trasera de las rodillas. Me estremezco. Matt empieza a acariciarme con más dulzura; provocándome, más que nada.

A la que me va subiendo las manos por los muslos más y más y más, siento que se me estremece el cuerpo entero; me tiemblan las manos y me cuesta mantenerme aquí sentada. Ahora, Matt está de pie, inclinado encima de mí.

—Deberíamos enrollarnos.

Las palabras se me escapan de la boca y las sílabas se amontonan las unas sobre las otras hasta formar una única palabra larga.

—¿Deberíamos? —pregunta Matt con tono provocador sin dejar de acariciarme el interior del muslo con el pulgar.

Las ganas me llevan a asentir con demasiado ahínco, como si fuese un personaje de dibujos animados.

—Sí, pero...

El calentón se esfuma de inmediato y siento que me va bajando la temperatura cuando la voz de Tyler empieza a colarse en mis pensamientos.

Como Matt se da cuenta enseguida de mi repentino cambio, se me acerca y me aparta un mechón de la cara.

—¿Qué pasa? —Al ver que no contesto, vuelve a preguntármelo y retrocede un poco para poder mirarme mejor—. Ro, ¿en qué piensas? ¿Qué pasa?

Siento un nudo en la garganta y la voz me suena un poco ronca cuando, en un susurro, le advierto:

—Esto se me da mal. Creo que no... En el pasado, no se me daba bien. Y sé que tú tienes mucha experiencia. Así que no quiero decepcionarte.

—¿Decepcionarme? —me pregunta, incrédulo. Asiento y me cubro la cara con las manos. Matt me las aparta en el acto—. Rosalie, estoy... Ni siquiera me... Joder —gruñe y sacude la cabeza con los dientes apretados. Toda su calma y ese disfrute despreocupado que emanaba Matt desaparecen, se esfuman por completo—. Pensaba que no había persona en el mundo a quien pudiese odiar más que a mi padre, pero creo que Tyler se lleva la palma.

Hago ademán de abrir la boca, pero no tengo ni idea de qué voy a decir.

—Lo siento, Ro. Siento que Tyler sea un pedazo de mierda y te haya hecho sentir así. Siento que te haya hecho esto, que te haya ido desgastando hasta cargarse la confianza en ti misma. Eres perfecta, real, pura y muy apasionada. Superatenta. —Se estremece —. Si a alguien se le daba mal algo, era a él. ¿Entendido?

Asiento.

—Dime que lo entiendes, princesa.

—Lo entiendo.

—Bien —suspira—. Ahora, trae esa boquita, Rosalie. Te necesito.

Todo ha cambiado. Empieza a hacer más calor en el cuarto y el deseo empieza a inundar mis venas.

Se me entrecorta la respiración mientras la calidez que emana Matt me envuelve por completo. Se coloca encima de mí y los dos guardamos silencio. De fondo, bajito, suena «Kissing in Swimming

Pools», de Holly Humberstone, lo cual me indica que Matt ha encontrado mi *playlist* y no la de Sadie.

Me besa despacio, a conciencia, con menos frenesí que antes.

—Hace bastante tiempo... —susurro, y luego me muerdo el labio inferior.

—¿Sí? ¿Cuánto, princesa?

Trago saliva con tanta fuerza que deben de haberlo notado desde la estratosfera.

—Desde febrero.

Matt suelta un sonido en señal de aprobación y me besa la mandíbula mientras inspira por la nariz para oler mi piel.

—¿Y por eso tienes tantas ganas? ¿O eso es por mí?

—Lo segundo —gimo. Lo deseo con tantas ansias que es casi embarazoso; me basta con ver su cuerpo encima del mío para que se me haga la boca agua—. Por ti.

—Esa es mi chica.

Su elogio me cala bien hondo. Es como una droga que hace que todos los músculos de mi cuerpo se relajen. Matt Fredderic es embriagador.

Siempre tan delicado, incluso como amigo. Sin embargo, ser el objeto de toda su atención casi me abruma. Podría ahogarme en él.

Me baja la mano por el cuerpo, me sube la camiseta y hunde la cabeza debajo para lamerme y succionarme los pezones. Me arqueo contra su boca con un silencioso gemido. Tengo cada centímetro de la piel insoportablemente sensible.

Se separa demasiado pronto y se queda de pie delante de mí, al final de la cama, recorriéndome el cuerpo, que ya tengo a mil, con

su ardiente mirada. Me acaricia la piel con la mano mientras se acerca a la mesita de noche y saca un preservativo.

—Iba a tomármelo con calma —me dice acercándose a la cama para subir, colocarse encima de mí y volver a ponerme a cien—. Iba a hundirte la cara entre los muslos hasta que dejaras las sábanas empapadas antes de hacértelo.

Se me escapan unos gemidos mientras él juguetea con cuidado con mi hinchado sexo, provocándome.

—Por favor...

—Pero —continúa— ya estás tan empapada y tan lista para mí que no quiero esperar.

—No esperes —jadeo—. Por favor, Matt. Te necesito.

Se sienta encima de las rodillas, entre mis piernas, y se quita los pantalones del chándal. Su erección, gruesa y dura, se yergue contra su abdomen. Es como si yo estuviese disfrutando de una performance privada a lo *Magic Mike*, atrevido y sensual, con el simple hecho de ver cómo se pone el condón.

Despacio, tan despacio que incluso temo que vaya a explotar antes de tenerlo dentro de mí, Matt coloca su enorme cuerpo encima del mío y se va introduciendo lentamente en mi interior. Suspiro con fuerza con el primer empujón y me agarro a él.

—Joder, qué pasada, princesa —me susurra en la oreja, y a mí se me escapa un bochornoso y codicioso gemido.

Estoy agarrándolo por el cuello con tanta fuerza que parezco una cobra y el corazón me late desbocado bajo las costillas. El colgante que lleva Matt cae entre los dos y se me pega en el canalillo.

Vuelve a besarme la mandíbula con fuerza y me baja los labios por el cuello y por el pecho, liberándose hábilmente de mi agarre. Sujeto

las sábanas con firmeza para anclarme en la cama. Me siento tan ligera que temo que vaya a salir volando. Es abrumador.

—¿Me dejas entrar, cariño? —dice.

A pesar de que me dedica una delicada sonrisa, su rostro es pura tensión. Es como si le estuviese doliendo físicamente tener que estar así.

—M-Matt... —digo e inhalo temblorosa.

Y luego otra vez, mientras él empieza a deshacerse en elogios.

—Ya lo sé, princesa, ya lo sé. Así. —Un beso. Otros dos, cubriéndome la cara con ternura—. Respira y relájate. Deja que entre dentro de ti.

Lo hago. Respiro despacio mientras voy dejando que se hunda en mí, centímetro a centímetro, y me siento un poco ridícula ante esta sensación, casi etérea.

—Dios... —dice estremeciéndose y ejerciendo presión con sus caderas contra las mías. Estoy tan llena que creo que voy a explotar y convertirme en luz estelar—. Estás guapísima así, conmigo dentro.

—La tienes muy grande... —comento atascándome un poco con las palabras, embriagada por la lujuria que me provoca Matt.

Muevo las caderas y me doy cuenta de que, al hacerlo, es aún mejor. Levanto las manos para agarrarlo con fuerza por los bíceps, suplicándole que se mueva.

Vuelve a besarme, acariciando su lengua con la mía, y empieza a moverse. Primero lo hace lento, con unas embestidas fuertes y profundas que luego adoptan un ritmo más rápido, más frenético.

Y no para de hablarme en ningún momento, de alabarme.

—Buena chica. Qué bien lo haces, princesa. No, quiero oír lo bien que te hago sentir. Quiero estar así siempre, dentro de ti. Eres

absolutamente perfecta, Rosalie. Córrete para mí.

Lo hago y ahora me cuesta menos dejarme llevar. Matt me toca el clítoris con los dedos, ejerciendo la presión justa, ni demasiada ni demasiado poca. Ya domina mi cuerpo a la perfección y se fija en cómo reacciono a todo.

—Qui-quiero que te corras —digo jadeante—. Quiero saber cómo es sentir que te corres dentro de mí.

—Joder... —gruñe, y sus embestidas, ya frenéticas, se vuelven desiguales y más fuertes mientras me sigue el ritmo—. Ah, joder, Ro... Me estás apretando otra vez. ¿Te vas a volver a correr para mí, princesa?

Asiento enérgicamente.

—Buena chica —dice arrastrando las palabras, despacio, mientras yo grito y me corro con todas mis fuerzas.

Matt me sigue y tiembla mientras se vacía en mi interior.

Se deja caer encima de mí con todo su peso. Quiero quedarme así, notando todo su cuerpo sobre mi piel, cálido y reconfortante.

Me escuecen los ojos, llenos de lágrimas, porque para mí el sexo nunca había sido así. Y siempre había querido sentirme como me siento ahora. Quiero decírselo. Quiero darle las gracias por hacer que me sienta tan valorada, deseada y libre. Quiero decirle que me estoy enamorando de él.

Pero las palabras se me atascan en la garganta.

—Ro, ¿estás bien? —me pregunta sonriéndome y acomodándome el pelo, empapado, detrás de las orejas—. ¿Te...? ¿Te ha gustado?

—Ha sido increíble, Matt —le digo, y sonrío con tantas ganas que creo que se me van a desgarrar las mejillas. Juego con la cadena que le cuelga del cuello—. Me... ¿Cuándo podemos volver a repetir?

Me avergüenzo de habérselo preguntado casi inmediatamente, pero la sensación desaparece enseguida, nada más oír la risa de Matt, que tiene la cara hundida en mi cuello, y notar su aliento en la piel.

—Dame un poquito de tregua, ninfómana —dice en plan broma.

Suelto una carcajada y me acurruco entre sus brazos mientras nos vamos susurrando cosas bajo el manto de la noche.

56

Ro

Nos pasamos lo que queda de las vacaciones de Acción de Gracias envueltos el uno en el otro. Y los días avanzan demasiado rápido.

Sin embargo, al final, hasta tengo ganas de volver a empezar las clases a pesar de la ansiedad que me genera lo que vendrá a continuación. Porque Matt Fredderic es mi novio y estará ahí para apoyarme.

Es como si fuese un chute adicional de confianza, que me refuerza firmemente cuando me despierto el domingo por la mañana a primera hora y me acomodo en la cocina vacía de la Hockey-morada para redactar un e-mail.

Empecé a preparar el borrador la noche en que Matt me contó lo de su relación con la doctora Carmen Tinley. Todo el correo destilaba odio puro, así que me quedó un escrito grosero y para nada profesional. Ahora que lo releo, estoy de acuerdo con todo lo que escribí, pero no puedo poner al decano en copia en un mensaje de estas características.

Alguien cierra la puerta de entrada de un portazo y yo me quedo petrificada. Me muerdo el labio inferior y espero primero para ver quién ha entrado.

Bennett Reiner aparece, se detiene en la puerta de la cocina y se me queda mirando un momento.

—Hola —lo saludo con la voz aguda y acomodándome el pelo detrás de la oreja—. Necesitaba trabajar un poco en silencio, pero no quiero molestarte.

Bennett sacude la cabeza.

—No te preocupes, Ro.

Las palabras en sí son amables, pero lo dice con un tono sumamente monocorde y con el ceño fruncido. Se gira la gorra para ponérsela del revés y suelta un fuerte suspiro mientras se dispone a coger varios ingredientes de la nevera y de las estanterías metódicamente.

Respira hondo y agacha la cabeza antes de echarse un trapo por encima del hombro y girarse hacia mí.

—¿Tienes hambre?

—¿Yo? —Se me dispersan todos los pensamientos porque establecer contacto visual directo con Bennett es algo intenso—. Pues, eh..., sí. Pero no hace falta que...

—Cocinar me ayuda a pensar —confiesa, y se da la vuelta de nuevo para quedar de cara a los fogones—. Y me tranquiliza.

A pesar de que lo dice como si las palabras le estuvieran rasgando la garganta al pronunciarlas, su declaración es dulce, delicada.

—A mí me pasa con la costura. Hacer prendas... A ver, que no quiero convertirme en diseñadora ni modista ni nada por el estilo, pero me gusta.

Bennett asiente y gira la cabeza por encima del hombro para dedicarme lo que intuyo que es una especie de sonrisa por su parte.

—Igual que yo. No quiero ser chef. Simplemente me gusta cocinar para los demás.

La mañana avanza en silencio (dejando de lado los variados sonidos que produce Bennett mientras cocina y los míos mientras tecleo en el ordenador, escribiendo y reescribiendo el e-mail). Al final, Matt baja las escaleras con celeridad y me planta un beso en la mejilla al sentarse a mi lado, en la encimera de la barra de la cocina. Bennett me pone delante un plato de gofres con fruta fresca, una tortilla a la francesa tradicional con guarnición incluida, y otro plato de beicon glaseado con jarabe de arce (que creo que ha hecho él mismo). Me quedo literalmente boquiabierta.

—Esto no me gusta —comenta Matt frunciendo el ceño y cerrándome la boca con un dedo.

—¿El qué?

—Que mires a mi portero como si acabase de obrar algún milagro —aclara con dramatismo.

—Pues aprende a cocinar —le dice Bennett en voz baja con una discretísima sonrisa en los labios mientras le pasa un plato a rebosar con una tortilla rellena, verduras y pollo.

—O... —dice Matt despacio y mirándome con una sonrisa socarrona—. Puedo llevarte arriba otra vez y...

—Esto ya parece una reunión familiar —suelta alguien con una voz profunda justo a tiempo—. Y huele a que Bennett ya vuelve a estar por aquí.

Sadie está subida a la espalda de Rhys y parece un koala muy reacio y enfadado. Todavía lleva el tobillo totalmente vendado, pero sé que solo tiene un esguince y que puede andar. Hasta es posible que ya la dejen volver a patinar.

Mi compañera de piso me saluda con la mano antes de golpearle el pectoral al capitán del equipo de hockey con el puño.

Él le aparta el brazo de un manotazo como quien ahuyenta una mosca.

—Sadie —la saluda Matt—. Pareces... más alta.

—Ja, ja —suelta ella sin gracia alguna—. Me troncho.

—Eso igual no, pero ¿sabes lo que sería buena idea? Que te pilláramos una silla de ruedas para que pudieses ir por Waterfell. Hasta me ofrezco voluntario para llevarte.

—Puedo andar —se queja ella—. Bájame, fiera.

Rhys se gira para darle un beso en los labios a Sadie y dibuja una sutil sonrisa socarrona antes de obligar a su ala izquierdo a que baje de la silla para sentar a mi amiga a mi lado.

—Cuánta tontería... —rechista ella, y luego me roba un trozo de fruta del plato que aún no he tocado—. ¿Lo estás viendo?

Rhys chasquea los dedos y, con cara seria, le dice:

—Si tienes que subir, me avisas.

—Sí, seguro.

Sadie parece un gatito feroz enfrentándose a un labrador firme y sereno.

—Tú camina y verás qué pasa, *kotyonok*.

Rhys marca con fuerza el acento ruso al pronunciar esa palabra y yo me derrito un poco. Incluso a Sadie se le enturbia un poco la vista antes de que pueda remediarlo.

—Hey —interviene Matt separándose de su amigo, a quien acaba de abrazar—, no mola. Nada —les dice a ambos—. Ya basta de hablar en otro idioma. Eso es trampa. —Señala a Bennett—. Y tú, basta de cocinar delante de mi novia. Es... aún peor. Creo.

Asiento con una sonrisa pletórica en los labios. Le pego un mordisco a los gofres y suelto un gemido.

—¿Ves? —dice Matt, y resopla molesto.

A mi lado, Sadie suelta una risita. Me pilla un poco de comida del plato y asiente igual que yo.

—La comida es definitivamente lo más romántico del mundo.

Rhys y Matt se cruzan de brazos y nos miran a ambas. Bennett se sonroja y se excusa para ir al baño.

—Tenemos entreno por la noche —informa Rhys a Matt—. ¿Quieres que vayamos en mi coche? Las chicas pueden quedarse aquí.

Siento cierto vértigo al oír esas palabras. Mi mejor amiga y yo disfrutaremos de una noche de chicas mientras nuestros *novios* van al entreno de hockey. Es como estar en una película pero mejor, porque tengo a Sadie y a Matt. Y son mejores que cualquier otro personaje que pueda imaginarme.

Me siento como si hubiera encontrado la calidez de mi hogar aquí también. Por primera vez desde que me marché de California, no me siento nostálgica.



El lunes por la mañana, se respira calma en los despachos de la Facultad de Ciencias y Matemáticas, de modo que puedo aprovechar para ensayar mi discurso. Por suerte, para retirar la candidatura no tengo que hablar directamente con la doctora Tinley.

Por desgracia, tengo que hablar con Tyler Donaldson, el jefe de los asistentes de profesor del programa.

Carraspeo y aúno, por fin, el valor para acercarme a él.

—¿Puedo hablar un segundo contigo, Tyler?

Está rodeado de sus amigos, su cuadrilla, es decir, básicamente todas las personas con quienes trabajamos. Me he pasado años intentando no sentirme aislada y sola. Como estaba saliendo con Tyler, pensé que podría contar con que esos chicos también fueran mis amigos, pero no lo son. Nunca lo han sido.

«No pasa nada. Tengo amigos de verdad, gente que se preocupa por mí. Sadie, Matt, Rhys, Bennett...».

«Gente de verdad que me apoya. A quienes les caigo bien tal y como soy».

—¿Ahora? —se queja Tyler, y luego se gira para soltar algún comentario condescendiente sobre mí (eso seguro). Lo ignoro y sigo centrada en lo mío.

—Será solo un segundo.

Suspira con pesadez, se cruza de brazos y pone los ojos en blanco mientras se da la vuelta para mirarme.

—Sea lo que sea, dispara.

—Vale. —Paseo la vista por el resto de su grupito. Algunos apartan la vista incómodos porque no quieren verse metidos en este asunto. Mark sonríe socarrón e imita la pose de Tyler al dedillo—. Voy a retirar mi candidatura de las prácticas con Tinley. Solo quería avisarte formalmente.

Tyler arruga la frente. A Mark se le ensancha aún más la sonrisa.

—¿Por? —pregunta mi ex con cara de sorprendido. Veo cómo va recuperando la compostura despacio. Seguro que no esperaba que le dijera algo así—. O sea, está claro que tampoco iban a escogerte

a ti, pero te pusiste tan tozuda con intentarlo... Así que, por favor, RoRo, ilumínanos. ¿A qué se debe este cambio de opinión?

—Para empezar —digo, y entonces veo que mi actitud lo ha pillado un poco desprevenido—, no me llames así. No estamos saliendo. Además, siempre he odiado ese apodo. Y, para terminar, la causa de mi decisión no es asunto tuyo.

La rabia tiñe las mejillas y la punta de las orejas a Tyler de un sutil tono rosado.

—¿Sabes qué, Ro? He intentado ser majo contigo, guiarte cuidadosamente por el camino correcto. Pero tú nunca has estado a nuestro nivel. Nunca has sido una aspirante seria, ni para Tinley ni para mí, así que me alegro de que te hayas dado cuenta a tiempo, antes de que te rechazaran y acabaras muerta de vergüenza.

Siento un nudo en la garganta y trago saliva. La humillación me arde en el estómago como si fuese ácido corrosivo.

No es que me crea lo que está diciendo. Pero no por eso me duele menos que alguien que en su día me dijo que me quería venga ahora y me suelte todas esas patrañas con tal de hacerme daño.

—Me gané un sitio en el equipo igual que todos vosotros.

Bien. Inmediatamente siento un chute de orgullo por defenderme a mí misma.

—¿De verdad crees que llegaste hasta aquí por meritocracia? —Tyler ríe, y yo me vengo un poco abajo.

Estoy tratando de contener las lágrimas con todas mis fuerzas. Pero es que como me eche a llorar delante de estos voy a demostrarles que tienen razón.

—Tyler...

Mi ex invade mi espacio personal y tira sutilmente del lazo de seda con el que me he atado una de las trenzas. De repente, me siento como si tuviera diez años y mi profesora me estuviese diciendo que no me enemiste con los niños a pesar de que sean ellos los que se están burlando de mí.

—Te vistes como una cría y también actúas como tal. No sé cómo pude llegar a pensar que podía tomarte en serio como novia.

Mira detrás de él, hacia todo su equipo, y vuelve a reír.

Quiero gritar. O llorar. Hasta puede que vomitar.

—Ya basta —suelto, y me atraganto con el enfado que hace que las lágrimas empiecen a anegarme los ojos—. Para.

Mi evidente reacción, la forma en la que he sucumbido a sus pullitas, no hace sino animarlo.

—No. —Tyler niega con la cabeza—. Deberías darme las gracias por haberte dado una oportunidad siquiera. Aunque, para ti, nunca fue suficiente.

—Estás intentando hacerme daño y sabes perfectamente que no eres más listo que yo. —Me cruzo de brazos en un intento por contener la apremiante necesidad que siento de salir corriendo y esconderme. De calmarlo lo suficiente como para poder irme sin más —. Así que estás intentando meterte con... ¿Qué? ¿Mi forma de vestir? ¿El error que cometí al salir contigo? Madura, Tyler. Y supéralo ya.

Es como si no hubiese dicho absolutamente nada. Tyler se limita a levantar aún más la voz para seguir hablando por encima de mis protestas.

—Cuando estábamos juntos, te comportabas como una zorra, así que no creo que nadie se haya sorprendido al ver que te enrollabas

con el golfo de la uni.

Lo único que oigo es el rugir de la ira, el enfado y el dolor azotándome los oídos hasta que ya no puedo más.

—Teniendo en cuenta que, para empezar, quien escribió el artículo de investigación con el que conseguiste entrar en este programa fui *yo*, me parece que eres *tú* quien debería de estar dándome las gracias *a mí*.

Alguien nos llama en un intento por captar nuestra atención, pero Tyler y yo estamos demasiado metidos en el enfrentamiento. Años de frustración acumulada contra un único argumento circular y narcisista.

—¿Darte las gracias a ti? —suelta Tyler con desdén y bajando la voz—. Mira que llegas a ser patética... Si trabajas aquí es única y exclusivamente porque yo aposté por ti, zorra. Le pedí a la doctora Carmen que te aceptara, que te tuviese en cuenta para las prácticas. —Se me acerca todavía más con toda su amenazante ira; es como si se le hubiesen cruzado los cables y ahora estuviese dejando a la vista el monstruo que se escondía bajo su máscara de privilegio y falsa confianza—. Nadie pensó jamás que fuesen a aceptarte en el programa. Madura, Ro.

Tyler me deshace el lazo del pelo de un tirón al pasar por mi lado y me golpea el hombro con el suyo con la fuerza suficiente como para hacer gritar a cualquiera.

Matt. Matt está aquí.

A mi lado, tal como prometió.

—Aléjate de ella, cabrón —gruñe mi novio entrando decidido en la sala.

No sé cuánto tiempo lleva aquí, pero en cuanto su mano roza la mía, el alivio me invade el cuerpo como si de una descarga se tratase. Retrocedo hasta prácticamente hundirme en sus brazos y dejo que me resbalen unas cuantas lágrimas. Porque da igual que no deba hacer caso de lo que dice Tyler. No me creo una sola palabra de lo que me está diciendo, pero me sigue doliendo igual. Sigue siendo real.

La entrada de Matt Fredderic no ha hecho sino avivar el frenesí de Tyler.

—¿Ya le has dicho a tu nuevo noviete lo obsesionada que estabas con él? —pregunta girándose hacia nosotros.

Reparo, muy sutilmente, en la presencia de la doctora Tinley, que está casi escondida detrás de la puerta de su despacho, mirándonos a todos.

—¿Que mentiste a todo el mundo diciendo que lo conociste en primero? ¿Que me dijiste que fue tu primer beso? —Suelta una risa y me guiña un ojo—. A ver, que ya sabía que eras patética, Ro, pero...

—¿Qué? —pregunta Matt, que frunce el ceño y me mira durante un único milisegundo antes de volver a fulminar a Tyler con la mirada.

—Uy, ¿que no te lo había dicho nunca? —Tyler se da una palmada; parece casi entusiasmado—. Y yo que pensaba que sería lo primero que le dirías, para recordarle que fue tu primer beso en primero de carrera, ¿no? Qué romántico...

—¿Ro?

—Yo... Eh...

No me sale nada. La humillación y la ansiedad libran una batalla en mi interior que me lleva a buscar dónde está la papelera más

cercana por si decido vomitar de verdad.

—Dios, para ser tan lista, a veces te comportas de manera tan estúpida que es hasta ridículo —suelta Tyler poniendo los ojos en blanco—. Nuestra RoRo, que lleva teniendo un *crush* contigo desde primero de carrera. Le dijo a todo el mundo que fuiste su primer beso; que compartisteis una especie de noche mágica.

Tyler mira a Matt sacudiendo la cabeza. Es como si estuviese hablando con uno de sus colegas en lugar de estar dirigiéndose al tío del cual se ha burlado incansablemente, al alumno a quien ha tutorizado de forma precaria y al que ha odiado durante años.

—Al principio pensé que lo decía para ponerme celoso. Luego empezó a querer ir a todos tus partidos. Y, al final, nos suplicó que la dejásemos ser tu tutora, justo después de que rompiéramos. —Tyler resopla, ríe y se hunde las manos en los bolsillos—. Odio tener que decírtelo, Freddy, pero así es Ro. Es una acosadora. A ver, que empezamos a salir después de que yo te hiciera de tutor a ti...

La sala se sume en un profundo silencio y un frío glacial me envuelve la piel, que sigo notándome al rojo vivo.

No... no es cierto.

O sea, sí, algunas cosas sí, pero... Pero si algo les supliqué fue que no me pusieran de tutora de Matt. Y yo nunca tuve la menor idea de que Tyler había sido el tutor de Freddy.

Cierro los ojos con fuerza, aterrada por ver ya sea convicción o asco en el rostro de Matt.

—Matt, te juro que...

Matt levanta una mano para frenar mi verborrea. Me arden todavía más las mejillas y la humillación me carcome por dentro.

—Escúchame bien, Donaldson. Eres un pedazo de cabrón. Si alguien es patético aquí, eres tú. Ya sé que piensas que soy demasiado estúpido como para acordarme de cómo nos conocimos exactamente, pero todavía no me han tirado tantos *pucks* a la cabeza. Ro es la mejor persona de este departamento. Es lista. De hecho, es un genio. Y tú te sientes tan amenazado por ella que no soportas el hecho de no poder controlarla como te gustaría. Pero no puedes seguir evitándolo; Ro es mejor que tú.

—No es...

—No he terminado, Donaldson —lo corta Matt con parsimonia—. Mi padre es igual que tú. Un cabrón abusivo y narcisista. Y ha acabado como seguro que acabarás tú también: siendo un fracasado y un miserable. Para ya. Te encanta decirle a los demás lo estúpidos que son, pero tú eres un idiota de manual. —Ríe con una mirada intensa, a la vez que desvía los ojos hacia mí—. ¿Me estás diciendo que mi novia y yo nos besamos en primero? ¿Que durante los años que ha estado saliendo contigo yo era su *crush*? —A Matt se le dibuja una sonrisa cegadora en el rostro y me envuelve con los brazos por los hombros antes de añadir—: Es lo mejor que he oído en todo el año.

Tyler está furioso y mis emociones son una montaña rusa tan espectacular que incluso siento un poco de náuseas, así que me recuesto en Matt en busca de apoyo.

—Venga, princesa. —Matt se gira hacia mí y me da un beso en la mejilla—. ¿Necesitas algo más? ¿Quieres decir alguna cosa más antes de que nos marchemos?

Niego con la cabeza. Levanto los ojos, abiertos como platos, y lo miro maravillada.

—Genial —concluye Matt.

Echa a andar hacia mi escritorio y los deja a todos petrificados por la estupefacción cuando coge todo lo que tengo encima de la mesa, lo mete dentro de mi mochila color verde salvia con el lacito aún colgando y cierra la cremallera. Se la cuelga de un hombro sin dudar ni un segundo, me coge de la mano y me guía hacia fuera.

Primero pasamos por al lado de Tyler y mi novio se inclina hacia él para susurrar:

—Gracias por la info. No tienes ni idea de lo bien que me sienta saber que las únicas cinco veces que te has acostado con mi novia, ella estaba pensando en mí. —Coge a Tyler por el hombro y lo sacude un poco—. Buena charla, colega. Ah, y... si alguna vez vuelves a hablar con ella, te las verás conmigo. Pero entonces será de verdad.

Esboza una amplia y pletórica sonrisa, vuelve a cogerme de la mano y atravesamos la zona principal en dirección a la salida. De camino, pasamos por delante del despacho de la doctora Tinley.

Carmen Tinley sigue medio escondida detrás de la puerta y parece un poco aturullada con tanto jaleo.

—Me marcho, doctora Tinley —digo sin casi controlar mi tono de voz—. Lo dejo. Las tutorías, lo de ser asistente de profesora... Todo. Y quiero que desestime mi solicitud para el curso intensivo de primavera.

Ella carraspea y pregunta:

—¿Y se puede saber por qué?

Desvía la vista hacia Matt y yo me yergo un poco más. Ojalá pudiese cubrirlo de los pies a la cabeza.

—Creo que ya lo sabe —respondo.

Cruzamos la puerta en silencio. Cuando ya estamos fuera del edificio de la Facultad de Ciencias y Matemáticas y seguimos andando por las zonas verdes que quedan en el centro del campus, Matt se gira y me envuelve en un abrazo.

—¡Estoy orgullosísimo de ti! —decimos a la vez, dejando que nuestras palabras se solapen a la perfección, y nos echamos a reír, alegres.

Es como empezar de cero. Solo que ahora de verdad.

«Puedo ser quien yo quiera».

57

Freddy

Termino mi último examen final con una sonrisa pletórica en los labios. Estoy convencido de que, al salir del aula donde me han colocado para poder terminar la prueba con tiempo extra, tengo la pinta de un idiota ilusionadísimo. Pero me da absolutamente igual porque sé que he aprobado. Lo presiento.

La sensación que tengo es la misma que siento cuando marco el gol de la victoria.

Porque no solo he aprobado, sino que tengo a alguien animándome. Y sé que me graduaré, algo que mi padre juró y perjuró que no conseguiría jamás. Y, sobre todo, porque eso era algo que mi madre deseaba fervientemente.

«Dios... Espero que estés orgullosa de mí, mamá».

De vuelta a la Hockey-morada, entro lleno de energía en mi cuarto, donde me encuentro a Rosalie Shariff sentada de piernas cruzadas sobre mi cama, con un libro de texto en los pies y el ordenador apoyado precariamente sobre la rodilla.

Al verme, con las prisas por levantarse y venir a saludarme, casi se le cae el portátil.

—¡Hey!

Ahora estoy sonriendo igual que el mismísimo Joker. Lo noto. Pero Ro ya sabe por qué.

—¡Has aprobado! —chilla, y luego se lanza en mis brazos—. Joder, estoy orgullosísima de ti, Matty.

Lo dice con los labios pegados a mi cuello y yo la hago girar.

—Yo también estoy orgullosísimo de mí —digo riendo mientras vuelvo a dejarla de pie y la despeino un poco—. ¿Qué tal la reunión?

Ro se ha reunido con la doctora Khabra, la otra profesora con un programa de prácticas enfocado en lo que quiere hacer Ro cuando se gradúe. Algo relacionado con pruebas neurológicas y creatividad. Estoy intentando informarme más del tema para entender mejor el trabajo y los intereses de Ro, pero esta chica es tan brillante que solo pillo una pequeña parte de lo que me cuenta.

Por eso y porque tiendo a distraerme con la apremiante necesidad que siento de besarla o tumbarla y arrancarle unos cuantos gemidos más. Que es justo el tipo de celebración que quiero ahora.

—Genial —ríe ella, dejándose caer en la cama.

Yo me tumbo encima de Ro, con cuidado, y la recuesto en el colchón. Le beso el cuello mientras la agarro por la cintura. Ro me coloca las manos en los hombros y me separa muy sutilmente de ella.

—En realidad, quería hablarte de algo...

—¿De qué? —Me da un vuelco el estómago. Nunca mola oír el típico «Tenemos que hablar», pero me muerdo la lengua para evitar verbalizar mis agitados pensamientos—. ¿Va todo bien?

—Sí, es solo que... —Carraspea—. Me voy a casa por Navidad.

—Ah... —Asiento—. Claro. Guay.

«Sí que es guay, cabrón. Alégrate un poco más por ella, que echa tanto de menos a sus padres como tú. Anímala ahora que va a verlos».

—Son bastantes horas de vuelo —dice como si fuese a desviarse un poco del tema—. ¿Quieres venir conmigo?

—¿A California?

—Sí. —Me mira con cierta timidez—. Ya sé que seguramente sea demasiado pronto para presentarte a mis padres, pero es que me encantaría que los conocieras en persona. Ya conoces a mi madre, más o menos.

—Sí. Y es genial.

—Sí... —Sonríe—. Bueno..., ¿lo pensarás?

—No tengo que pensar nada, Ro. Iré. —Casi no aguanto más y le pregunto—: ¿Puedo besarte ya?

Ro se muerde el labio inferior y asiente. Me suelto, la cojo en brazos, la levanto de la cama y ella chilla.

—Esta noche tengo que traba...

—Tenemos tiempo.

Sonríe antes de morderse el labio de nuevo y me pide que vuelva a dejarla en el suelo.

—Tengo una petición. Para que me... enseñes una cosa. —Carraspea, y luego añade—: Sexualmente, digo.

Se me enciende todo el cuerpo y mis ojos recorren su temblorosa figura.

—¿Ah, sí?

—Sí. No sé... Quiero aprender. No sé cómo hacerlo.

—¿Cómo hacer qué, princesa?

—Cómo... —titubea de nuevo y me doy cuenta de que vuelve a encerrarse en sí misma, como si la pizca de miedo que le genera lo que sea que quiere aprender a hacer sea suficiente como para engullirla entera.

—Rosalie —la llamo algo más fuerte, con una mezcla de tonos graves y suaves, pero firme—. ¿Cómo hacer el qué? Dime.

Se estremece y responde:

—Cómo chuparte la polla.

—Buena chica... —digo, y cierro el puño en un acto reflejo al oírla diciendo una guarrada. Me inclino para besarla y le echo el pelo a un lado para poder acercarle la boca a la oreja—. Creo que, como ya me he sacado el título, ahora sí puedo enseñarte algo.

Se le escapa un gemido y asiente casi frenéticamente.

—¡Sísísí! —dice en una única palabra—. Señor eh...

—Matthew, por favor, señorita Shariff. —Se le ilumina la mirada—. Lección número uno: las chicas se corren primero.

La tumbo en la cama y me arrodillo para poder quitarle esos cómodos pantalones de chándal y la ropa interior. Noto la calidez y la suavidad de su piel bajo las manos, maleable mientras le separo las piernas.

Le humedezco la entrada con la lengua y se la cuelo con un poco de fuerza antes de desviarme hacia arriba y tocarle el clítoris. Se lo presiono sutilmente con los dedos, con precisión, y me centro en seguir un ritmo marcado con la boca hasta que se corre, preciosa y sin tapujos.

—Perfecto —digo dejándole un beso en el muslo y luego otro en el estómago al desnudo—. Espectacular. Sobresaliente, Rosalie.

Ríe y se cubre los ojos con un brazo mientras sacude la cabeza.

—Pero no es... Yo no quería eso.

—¿Ah, no? —le pregunto y alzo las cejas con falsa sorpresa.

—¿Porfi?

El cuerpo entero se me derrite ante su súplica. Me desabotono los vaqueros, me los quito del todo y empiezo a bajarme el bóxer. Sin embargo, ella me detiene con las manos para apartar las mías y sus brazaletes me rozan un poco la piel mientras acaba de desnudarme y tira mi ropa interior al suelo.

—¿Así? —me pregunta con los ojos bien abiertos y mirándome arrodillada.

Al verla en esa posición, me ceden las rodillas y trastabillo un poco hacia atrás hasta chocar de nuevo con la cama.

—Justo así, princesa.

Intento mantener un tono de voz bajo y sensual, pero me estremezco. Las manos me tiemblan sin que pueda hacer prácticamente nada por remediarlo mientras ella, dubitativa, me agarra la polla y saca la lengua para humedecerse los labios... antes de humedecerme a mí la piel.

Alargo las manos para agarrarme a ella. A su pelo, a sus hombros, a lo que sea que pueda sujetarme porque me basta con notar la calidez y la humedad de su boca en la punta para tensarme de arriba abajo.

«Contrólate, hostia», me reprendo a mí mismo con los ojos cerrados porque verla, oírla y notarla me llevan al límite.

Ro vuelve a apartarse y levanta la cara para mirarme y decir:

—Enséñame, porfa.

La ayudo con delicadeza. Vuelvo a guiar su boca hacia mi sexo y adopto un ritmo que sé que, de normal, me ayudaría a ir llegando

despacio al clímax. Solo que con Ro es casi imposible que pueda mantener el control.

—Perfecto —suspiro—. Dios, Rosalie, no voy a tardar mucho en...

Le brilla la mirada, como si imaginarse eso la satisficiera, y acelera el ritmo. Empieza a succionar con más fuerza...

—Joder —gimo—. Me corro, princesa.

Me la chupa con más firmeza y mueve las caderas contra el aire como si estuviese buscando fricción. Me corro de golpe y consigo mantener las manos en el suave pelo de Ro mientras ella se traga todo mi semen con una enérgica y alegre sonrisa.

Cuando ya he recuperado la respiración, musito:

—¿Vuelves a estar cachonda, Rosalie?

Asiente entusiasmada y con las mejillas sonrosadas. Me inclino para levantarla del suelo y acomodarla en la cama, listo para volver a saciar a la insaciable de mi novia otra vez.



Cuando ya se ha relajado después de la entusiasta labor de mi boca y lengua, llevo a Ro hacia la ducha y voy a la cocina para pillar algo para picar. No me molesto en vestirme porque sé que estamos solos. Comemos en la cama, entre risas y sonrisas, y, más que zampárnosla, jugamos con la comida.

Bastante he aguantado ya. Además, tener que esperar varios días a que ella terminase los exámenes finales y yo acabase con el tiempo extra de mis pruebas ha sido una tortura. Pero creo que, por más que quisiera, no podría esperar más a preguntárselo.

—Bueno... —Me aclaro la voz mientras le paso una bebida isotónica de color azul que Ro se bebe con avidez. Su evidente cansancio hace que me inunde la satisfacción—. Quiero que hablemos de lo que dijo Tyler.

Ro se queda petrificada. Acto seguido, se sonroja como si hace nada no hubiese estado gritando y suplicándome, diciéndome «Porfa, porfa, haz que me corra» mientras yo la alababa y la guiaba paso a paso. Vuelve a ensanchárseme el corazón, como si quisiera salírseme del pecho y hundirse en el de Ro.

—S-sí... —tartamudea, se acomoda el pelo detrás de la oreja con timidez y evita mi mirada—. Ya. Eh... Gracias, por cierto. Por haberme defendido.

Niego con la cabeza y le levanto la barbilla con un dedo.

—Me tendrás siempre a tu lado, Rosalie.

Nos sumimos en otro prolongado silencio, pero, como de costumbre, con ella resulta cómodo. Es como si los dos le dejásemos espacio al otro.

—Lo que dijo... No era del todo mentira. A ver, sí, nos conocimos en primero. En una fiesta. Y tú me diste mi primer beso.

Estoy sonriendo con tantas ganas que me duelen las mejillas.

—¿Fui tu primer beso?

Es como si Ro acabase de decirme que me ha tocado la lotería o que he ganado la Copa Stanley. Asiente tímida.

—¿Sí? —le pregunto.

Agacho la cabeza para mirarla a los ojos y demostrarle lo mucho que estoy sonriendo. Parece que así se relaja un poco y empieza a hablar más.

—Sí. Me tomé mi primer trago de alcohol, también gracias a ti, y luego me besaste.

No puedo evitar preguntarle:

—¿Estuvo bien el beso?

—Sí —suspira, y se muerde el labio sin dejar de sonreír.

Se me acelera el pulso como reacción a algo que no recuerdo. Lo cual también hace que desee que ojalá existiera una máquina del tiempo para volver atrás y pegarme una buena colleja por lo que resulta evidente que pasó: que hice alguna estupidez y la pifié con esta chica.

Una chica que se preocupa por mí, que me defiende y a quien le gusto. Y no solo por mi cuerpo y mis habilidades, sino por ser yo. Por mi forma de ser. Con Rosalie Shariff soy inequívocamente yo mismo y puede que lo esté siendo por primera vez en mi vida.

—Estuvimos toda la noche juntos. Jugando al *beer pong* y riendo y... —Sacude la cabeza y se le dibuja una sonrisa agridulce en los labios—. Y fue increíble.

—Peeerooo... —dejo la palabra colgando y noto cómo cambia la atmósfera a nuestro alrededor.

Pasó algo. «Piensa». Pero no puedo. No me acuerdo de nada de eso. De nada en absoluto.

—Pero entonces... Desapareciste.

—¿Qué?

—Me dijiste que enseguida volvías y me dejaste ahí.

«Piensa, piensa, piensa». El corazón me late con fuerza y noto que se me revuelven las tripas mientras rebusco entre los recuerdos espantosos e intermitentes que tengo de cuando iba a primero. «Piensa, piensa, piensa».

Pero todo cuanto recuerdo de esa época son cosas que desearía poder olvidar, y a Ro no querría olvidarla jamás. Me conozco. Por más que tuviera dieciocho años y estuviera sufriendo, habría vuelto a rastras hacia su luz y su amabilidad.

—Y... —Sacude la cabeza y esconde la cara entre las palmas de las manos—. Y ya sé que no te acuerdas. No pasa nada. Es solo que...

—¿Te acuerdas de cuándo fue? ¿En qué momento de primero?

Asiente.

—Fue el fin de semana justo antes de que empezaran las clases de otoño.

Me da un vuelco el estómago y se me hiela el corazón. Me cubro con la manta hasta la cintura y bajo la vista. Ahora mismo, me siento incómodo estando desnudo porque tengo clarísimo a qué fin de semana se refiere.

Primero de carrera. Mi primera gran fiesta con el equipo después de haberme pasado el verano entrenando y de haber vuelto a Texas para estar con mi madre. Fue una condición extraoficial para que viniera a Waterfell. Una condición, de hecho, con la que el entrenador Harris se ganó mi eterno respeto y mi absoluta lealtad hacia su equipo. Y él guardó mi secreto.

La idea era que jugara con ellos, pero había excusado mis ausencias para irme a casa siempre que me necesitaran allí. Al final, resultó que no me haría falta ninguna excusa.

Porque mamá falleció antes de que empezara siquiera el semestre.

Ahora busco entre esos recuerdos. Una escena de fiesta borrosa. Ni siquiera veo con claridad la cara de ninguno de los jugadores de mi equipo con quienes pasé la noche. Y, luego, una llamada telefónica. Estridente e inolvidable.

Dolorosa incluso a día de hoy.

Archer susurrando un «Matty..., lo siento...», con la voz quebrada. Yo regresando a la residencia, que parecía casi demasiado lejos. El puto Bennett Reiner y su padre encargándose de todo. Volando en un avión privado sin poder parar de temblar y de mover las piernas en todo el trayecto.

Lo demás está todo borroso. Las lágrimas me inundan los ojos y me llevo las manos a la cara para secármelas.

—¿Matt? —me pregunta Ro con la voz temblorosa—. ¿Puedo abrazarte?

—Por favor... —contesto con la voz ronca.

Ro no sabe por qué estoy llorando, pero tampoco me lo pregunta, ni lo intenta siquiera. Me abraza con sus largos brazos alrededor de mis hombros anchos y me acerca más a ella.

—Lo siento, Matty —me dice a pesar de que su voz se sobrepone al eco de la de Archer, que aún oigo en la cabeza.

Cuando las lágrimas ya han cedido, consigo desenredar ese recuerdo de mi cerebro y verbalizarlo. Tardo un poco y voy atascándome todo el rato a lo largo de la historia, pero Ro aguarda paciente y me escucha sin soltarme las manos en ningún momento.

Paciencia. Amabilidad. Amor. Todo eso emana de Ro, como el agua de una fuente.

—Tengo que dejar de ser tan intenso contigo —le digo riendo y le suelto la mano para secarme los ojos hasta que consigo serenarme —. Es absurdo...

«Es como si estuviese absorbiéndote la fuerza y el amor y la calidez. Y no quiero convertirme en alguien así para ti», pienso, aunque no se lo digo.

—No —responde ella con ligereza—. Quiero estar ahí para ti. Tú has estado a mi lado un montón de veces. Además, me gusta esta parte de las relaciones. Creo que es saludable, y es algo que no había tenido nunca.

—Yo tampoco.

Nos quedamos mirándonos mutuamente, envueltos por el silencio de mi habitación, hasta que unas adorables sonrisas se dibujan bajo nuestras miradas de enamorados. Es tranquilo y perfecto.

Ro se levanta, despacio y casi a regañadientes, para cambiarse para ir a trabajar. Pero yo la cojo y la acerco a mí de nuevo.

—No me puedo creer que vayas a dejarme... —musito, haciendo pucheros y poniéndole ojitos.

Ro ríe y me aparta con ternura. Coge la ropa y se viste con calma.

—Me voy a trabajar, no a alistarme al ejército —responde.

Se muerde el labio inferior y se mete en el baño, cuya puerta deja entreabierta, para adecentarse el pelo. Pillo unos cuantos clips de mariposas de la mesita de noche, la sigo y me coloco detrás de ella. La imagen resulta cómica: yo, completamente desnudo, y ella, completamente vestida. Le peino unos cuantos mechones hacia atrás como la he visto hacer miles de veces y le coloco un clip en cada lado.

—Perfecta —susurro mientras me inclino para besarla y la abrazo por la cintura.

Ro se sonroja y me mira, y a mí ya se me vuelve a empalmar la polla, lo cual viene a ser como un círculo vicioso. Ella se sonroja todavía más.

—Dame un segundo y te llevo yo.

—Vale —dice con tono soñador.

La siento en la encimera para que pueda ver cómo me cambio al igual que he hecho yo con ella antes. Bajamos las escaleras cogidos de la mano y salimos a la entrada de casa, donde tengo el coche mal aparcado sobre la acera.

Una vez dentro, con la música sonando a un volumen suave, me dice:

—Tengo una petición.

—¿Cuál?

—Creo que deberías llamar a Archer.

Se me instala un nudo en la garganta casi de inmediato y empiezo a notar una pátina de sudor en la frente.

—Creo... Dudo que quiera hablar conmigo ahora mismo. Llevo ignorándolo una eternidad.

Ro niega con la cabeza y me mira con los ojos llenos de ternura, afecto y suma calidez.

—Lo dudo mucho, Matt. Creo que te quiere y seguramente esté deseando que lo llames.

Cuando detengo el coche delante del Brew Haven para dejarla en el trabajo, maldigo el hecho de que hoy Ro tenga turno. Quiero pedirle que se quede, que hable conmigo hasta que su cercanía consiga disipar los ecos de mi vergüenza.

Me da dos besos en los labios y luego otro en la mejilla antes de saltar del coche y estremecerse ante la helada ráfaga de viento que la recibe en la calle.

—No hace falta que hagas nada que no quieras —me dice—. Tú solo piénsalo. Creo que os vendría muy bien. A los dos.

58

Freddy

El pitido de llamada suena tan sumamente fuerte que parece el sonido que emiten en la pista al marcar un gol, y más aún, el que emiten cuando estás jugando fuera de casa y marca el equipo local. Sin embargo, ahora estoy más nervioso que durante cualquier partido de hockey que haya jugado hasta la fecha.

Archer responde al primer tono.

—Hombre —me saluda arrastrando la palabra y oigo un portazo de fondo—. Pero si es mi chico favorito. ¿Cómo estás?

Una calma instantánea me invade por completo, como si fuesen las olas del mar humedeciendo una playa extremadamente seca.

«Pero si es mi chico favorito».

No obstante, sus palabras son una mezcla de voces viejas y nuevas. Y ese recuerdo me azota como una descarga eléctrica.

Uno de cuando yo tenía nueve años y estaba entrenando en una pista privada con un entrenador de la NHL.

Mi momento favorito de la semana son los sábados después de que termine la sesión de patinaje a primera hora. Sobre todo, cuando el entrenador Ace viene a recogerme, porque eso quiere decir que

puedo seguir entrenando con él. Pero hoy me está costando más porque se supone que tengo que pasar lo que queda del fin de semana con papá.

Digo «lo que queda» porque tenía que presentarse el viernes, pero no vino. Otra vez.

—Creo que no le caigo muy bien a papá...

Las palabras me salen sin querer, y la vergüenza y la humillación tiñen mis mejillas de rojo. No quería decir eso, pero cuando estoy con el entrenador Archer siempre se me escapa algo.

Frunce el ceño y a mí me da la impresión de que debería de haberme callado. Pero... quizá estaría bien que lo supiera. Hacer de hijo no se me da bien.

Cuando los demás niños del equipo me preguntaron si mi padre jugaba al hockey conmigo, casi les hablé de Archer. A veces me monto películas mentales en las que mi padre es él. Sobre todo antes de irme a dormir por las noches. Pienso en la foto que tenemos en la cocina donde salimos mamá, Archer y yo, y hago como si mi padre no existiera.

Aun así, empalidezco un poco.

—No le digas a mamá que he dicho eso... —añado mientras patino cerca del puck *que me ha lanzado—. No quiero que piense que ella lo está haciendo mal*.

—Vale —responde Archer—. Será nuestro secreto.

No dice nada más hasta que vuelvo a tirar y marco un gol perfecto, haciendo pasar la pastilla justo por debajo del poste superior de la portería.

—Buen tiro, Matty. —Me da una palmadita en el casco antes de echar a patinar para colocarse detrás de mí y agachar la cabeza para

mirarme a los ojos a través de la rejilla. Me coge por los hombros y dice—: Y que conste que yo creo que eres el mejor de todos.

Abro los ojos como platos.

—¿De toda la clase?

Niega con la cabeza y aclara:

—Del mundo. Eres mi chico favorito en todo el mundo.

No puedo contener la sonrisa que se me dibuja en la cara, que no desaparece ni durante el resto del entreno ni durante la hora de cenar. Archer, que está sentado al lado de mamá, también está sonriendo igual que yo.

—Hey —le digo intentando tragarme todo ese lío de emociones que me asaltan de inmediato—. Todo bien. En realidad, acabo de terminar los finales.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tal la uni?

—Bien. —Asiento como si fuera a verme y, acto seguido, me siento un tanto ridículo y me doy un golpe a mí mismo en la cabeza —. Me... me ha costado un poco, pero he tenido una tutora superbuena y he aprobado. En plan... no solo rozando el larguero, ahora saco notables.

—Guau, eso está genial, chaval. Estoy muy orgulloso de ti.

La calidez que se me cuela en el pecho acaba sanando eso que tanto tiempo llevaba roto en mi interior.

—Sí... —suspiro.

Una pizca de nerviosismo se adueña de mí. «¿Qué más le digo? ¿De qué querrá hablar?».

A estas alturas, debo de ser como un total desconocido para él. Así que echo mano del único tema que se me ocurre, el único del

que la gente disfruta hablando conmigo.

—El hockey me va genial. Estamos teniendo una temporada brutal. Rhys ha vuelto. No sé si nos ves o si estabas al tanto de que...

—Siempre estoy al tanto de lo que tiene que ver contigo, Matty.

Siento una punzada en el pecho y me lo froto mientras prosigo:

—Bueno, entonces sabrás que Rhys se lesionó en el Frozen Four del año pasado. Y, de hecho, ¿sabes el tío que lo embistió? ¿El Kane ese que no paraba de salir en las noticias hace unos cuantos años? Pues está en nuestro equipo. Es el defensa de mi lado. Que, por cierto: ahora estoy en la primera línea. De hecho, me subieron en segundo de carrera.

Estoy divagando. Soy consciente de ello, pero es que no puedo parar. Aun así, Archer no me interrumpe en ningún momento.

Al final, consigo frenar. Trago saliva con fuerza y concluyo:

—Así que... Bueno, eso sería todo.

«"¿Eso sería todo?" ¿Es que acaso no sé mantener una simple conversación con alguien o qué?».

—Me alegro mucho, chaval. El hockey siempre ha sido muy importante para ti, pero... ¿Qué hay de ti, Matty? ¿Cómo estás tú?

—Bien. Sí, mmm... He aprobado todas las asignaturas. —«Eso ya se lo he dicho». Me aclaro la voz y vuelvo a intentarlo—: He tenido una tutora que era maravillosa... Pero ya no me hace tutorías.

—¿Y eso?

—No ha pasado nada malo. Ahora... En realidad, ahora es mi novia. Es... Se llama Ro. Bueno, a ver, se llama Rosalie, pero todo el mundo la llama Ro. Es superinteligente. Es un genio, como mamá.

Hundo la cabeza contra la mano y guardo silencio. Es como si acabase de soltar una bomba en plena charla. Siento la apremiante y extraña necesidad de colgar, pero consigo no hacerlo.

—¿Ah, sí? —me pregunta.

Su voz denota el mismo alivio que siento yo.

Archer es la única persona que conocía a mi madre con quien comparto recuerdos de ella. Cuando entré en un bucle de aflicción al perderla, mantener a Archer alejado de mi vida me pareció lo correcto porque no quería arrastrar a la única persona que me importaba en el desastroso cacao que tenía yo en la cabeza.

Sin embargo, perder esa conexión, alguien con quien poder hablar de mamá cuando, a la larga, me sintiera mejor, resultó ser más duro de lo que me había imaginado.

Archer sufrió la muerte de mi madre como yo me imaginaba que se sufre la muerte de un alma gemela.

Recuerdo que, cuando todo ocurrió, estaba muy confundido y sentía una gran frustración. Porque mi padre volvió a hacer acto de aparición y, de repente, empezó a fingir que se preocupaba por mi carrera como jugador de hockey. O porque, cuando regresé a la uni, él intentó que dejara los estudios al enterarse de lo mucho que significaba graduarme, tanto para mí como para mi madre. A mi padre nunca le importamos, ni ella ni yo.

Cuando mamá cayó enferma, Archer dejó de trabajar y se vino a vivir con nosotros. Si ella estaba demasiado cansada, Archer le daba de comer. Y yo había dejado que el dolor y el enfado me cegaran tantísimo que no vi que, si hacía todo eso era porque Archer estaba enamoradísimo de ella. Se consagró a mamá y, al final, acabó destrozado.

Me acuerdo de la noche que lo encontré hecho un ovillo en pleno ataque de pánico porque estaba sollozando tantísimo que no podía ni respirar.

De haber podido, creo que se habría ido con mamá. Pero no lo hizo. Y ahora me doy cuenta de que, si no lo hizo, fue por mí.

Para cuidarme. Debería darme igual que mi padre nunca haya ejercido como tal, porque tengo a Archer. Y, si le hubiera dejado, él sí habría adoptado ese rol.

—Te echo de menos —suelto, y me siento aliviado nada más decirlo—. Igual podríamos... ir a comer, algún día. Si alguna vez estás cerca de Waterfell. O de Boston incluso.

—Tú solo tienes que decir el día y la hora, chaval —contesta nostálgico. Tiene la voz igual de profunda y tranquilizadora que cuando yo era pequeño—. Ahí estaré.



—¿Seguro que estarás bien?

—Sip —respondo—. No estoy enfermo, Rosalie. Solo nervioso.

—No sabía que te diese miedo volar.

«Es que no me da miedo. Lo que pasa es que estoy aterrado de conocer a tus padres. Oficialmente. Como tu novio». Como no puedo decírselo, guardo silencio.

Ella coloca su fina mano sobre la mía para que deje de repiquetear en el reposabrazos. Entrelaza los dedos con los míos y dobla la esquina de la página que está leyendo de su libro romántico sexy antes de mirar el recorrido del vuelo en la pantalla que llevo mirando todo el rato, diligentemente.

—¿Quieres que escuchemos un libro juntos?

Al oírla decir eso, levanto la vista hacia ella.

—¿De esos subiditos de tono que lees tú?

—Me da igual. —Me deja el móvil en el regazo—. Tú eliges.

Me decanto por el que tiene, según creo yo, la mejor portada. Le doy al play para escuchar el primer capítulo y Ro suelta una risita.

Al llegar al capítulo número cinco ya estoy rojo como un tomate.

Cuando la azafata me pregunta si quiero algo para beber, casi pego un buen salto. Ro a duras penas puede parar de reír el tiempo suficiente para pedir una cerveza de jengibre.

—Tú sigue, Señorita Cara-de-Póker-Mientras-EscuchamosEscenas-de-Sexo-en-el-Avión.

—Qué apodo tan largo —ríe ella.

—Que sepas que cuando lleguemos a tu casa, te haré lo más picante que aparezca en el libro en la cama donde creciste.

Ro deja de reír casi en el acto y se muerde el labio inferior, sonrojada a más no poder. Me muero por besarla, pero la necesidad que siento por tomarle el pelo es todavía mayor, así que consigo mantener las distancias.

Cuando aterrizamos, intento secarme las lágrimas de los ojos con discreción, pero Ro se percata enseguida.

—Es una historia dura, ya lo sé... —dice mientras me acaricia la espalda y yo guardo los auriculares en la mochila—. La primera vez que lo leí, lloré a mares.

—No pensaba que pudiese ser tan emotivo. La portada es muy sensual, con los personajes arrancándose la ropa.

Ro ríe y asiente.

—Es novela romántica, no erótica. Pero me alegro muchísimo de que te haya gustado.

—De hecho, me ha encantado —confieso—. Asegúrate de escoger otro bueno para el vuelo de vuelta.



Los Shariff viven en una austera casa de madera marrón oscuro al más puro estilo bungaló cerca de Solvang que, por lo que estoy viendo, es un destino turístico muy cotizado. Sobre todo en Navidad.

El Uber que hemos pedido ha ido recorriendo el pueblo y yo me he quedado maravillado con el estilo ecléctico y los diseños únicos del centro. La fascinación se debe haber dibujado en mi rostro, porque Ro se ha inclinado hacia mí y me ha susurrado:

—Te prometo que volveremos para verlo de noche.

Ahora, mientras sacamos el equipaje del maletero y el vehículo se aleja, los nervios vuelven a adueñarse de mí.

La madre de Ro está en el porche. Es una mujer de tez aceitunada, pelo oscuro rizado cortado a la altura de los hombros y va ataviada con un estilo hippie moderno. A su lado, sentado en una mecedora de madera, está un hombre que supongo que será el padre de Ro.

Es un señor curtido, de pelo canoso y barba oscura. A juzgar por su cuerpo, diría que, cuando está de pie, debe de ser alto, incluso puede que en su día estuviese musculado, aunque ahora presenta una figura delgada y frágil. Sonríe a Ro más despacio que su mujer, pero parece estar igual de entusiasmado de ver a su hija.

Yo me quedo rezagado y dejo que Ro los salude primero, a solas.

—Mamá —suspira ella, y se deja caer en los delgados y largos brazos de su madre.

Se abrazan durante un minuto bien largo y su padre me mira un segundo.

Sonrío como un idiota, manteniendo la distancia y sudando bajo el sol californiano.

—Hola, papá —lo saluda Ro sonriente y lo despeina un poco antes de agacharse para abrazarlo sin que él se levante de la silla.

El hombre le devuelve el gesto, con calma, y la abraza con fuerza.

—Ro —dice con la voz ronca—. ¿Quién...?

—Pues... he venido con mi novio. —Ro me hace un gesto para que me acerque a ella—. Mamá, papá, este es Fr...

—Matt —la corto—. Encantado de conocerlos.

La gente suele llamarme «Freddy». Prefiero que la única persona que me llame «Matt» o «Matty» sea Ro, con la excepción de Archer, pero soy consciente de que a su padre le resultará muchísimo más fácil llamarme «Matt». Quiero que el hombre se sienta cómodo conmigo. Quiero caerle bien.

Además, no es que yo haya tenido demasiada suerte con esto de los padres...

—Encantada de verte fuera de la pantalla, Matt —dice la señora Shariff a la vez que le da un apretón en los hombros a su marido—. Vamos a cenar dentro. Debéis de estar muertos de hambre.

Cojo el equipaje y lo dejo en un rincón de la entrada, pero enseguida regreso con Ro y su madre, que están ayudando a su padre a levantarse de la silla.

—Puedo andar —dice él muy despacio.

—Pasad —les digo a mi novia y a su madre—. Yo le ayudo a entrar, señor Shariff.

—No necesito ayuda —gruñe el hombre mientras me agarra del brazo y utiliza mi cuerpo como punto de apoyo.

Tenía razón: es alto. Y cascarrabias. Aunque esto parece haberlo reservado solo para mí.

—¿Adónde quiere ir? ¿A la mesa de la cocina o al sillón?

Al principio no dice nada. Simplemente se me queda mirando, escéptico.

—O puedo volver a sentarlo fuera y dejar que vuelva a levantarse solo desde el principio.

El señor Shariff me agarra con más fuerza. Primero me da la impresión de que se ha enfadado, pero entonces me doy cuenta de que está... riendo. Está riendo tantísimo que creo que incluso va a caerse, así que le paso el brazo por la cintura para sujetarlo bien.

—Cocina —responde.

Ahora, mientras nos vamos adentrando juntos lentamente por la casa, sonríe. Lo acomodo en la silla de su elección. Ro se pasea entre el hombre y su madre, como si no tuviera claro lo que debe hacer.

—Ro nos ha contado que juegas al hockey —me dice su madre mientras sigue removiendo una olla grande que tiene en el fuego.

—Pero no ha dicho que seas bueno —resopla su padre con cierto brillo en los ojos.

Ro me contó que, a veces, no le cuesta hablar y las frases le salen solas. En otras ocasiones, en cambio, le cuesta incluso articular una única palabra.

—Sí, señora. Juego en el equipo de hockey de la universidad. Aunque, de hecho, he fichado para jugar con los Dallas en la NHL cuando me gradúe.

—Anda, eso es genial —dice la señora Shariff mientras estira el brazo para coger algo que queda detrás de Ro, pero esta la detiene y le pasa los boles a su madre—. Tus padres deben de estar muy orgullosos.

El dolor que habita de forma permanente en mi pecho se aviva un poco. Ro echa a andar alrededor de la mesa, se coloca detrás de mí y me da un apretón en los hombros.

—Sí... Mi madre falleció hace unos años, pero estaba muy orgullosa de mí.

Ahora me sale con más facilidad. Es como si fuese una ola de dolor. Sin embargo, permitirme hablar tan abiertamente de ella, de haberla perdido, también tiene algo bonito.

Ro cambia de tema para desviar la conversación de mí. Se lo agradezco. Me basta con ese respiro para poder adaptarme a su rutina de la hora de cenar y, en cuanto me colocan un bol de curri delante junto con una tacita de arroz, me rugen las tripas.

Comemos, reímos y hablamos sentados alrededor de la mesa y, luego, regresamos al jardín, donde seguimos comiendo, riendo y hablando un poco más. La madre de Ro nos cuenta historias de cuando era joven, y su padre le agarra la mano y le acaricia la palma y los dedos mientras ella le apoya la cabeza en el hombro.

Ver a Ro con sus padres es revelador.

Se queja de que la traten como a una niña, pero se ablanda un poco ante su atención. Y está jodidamente preciosa. Ojalá pudiera hacer que se quedase aquí, donde está cómoda y lejos de toda la

mierda de la uni y de Tyler y de mi puto pasado. Quiero que pueda sentirse así. Siempre.

59

Ro

—No hacía falta que hicieras todo eso, de verdad.

—*Yavrum*... —dice mamá. Me aprieta los brazos y mira por encima de mis hombros para inspeccionar cómo estoy amoldando la masa—. Quería hacerlo. Creo que puede estar bien que cenemos *manti*, ¿no? ¿Cuánto crees que deberíamos hacer?

Mi madre estudia el montón de *dumplings* rellenos de cordero a los que acaba de echarles más harina y pone los brazos en jarras con las manos todavía empolvadas.

—A ver, yo diría que hay de sobras...

—Matt está en edad de crecimiento.

—Pero tampoco es un gigante —río y sacudo la cabeza mientras termino de preparar los últimos *dumplings*. Mamá me mira como queriendo decir: «Definitivamente sí es un gigante...»—. Ya has preparado suficiente comida, ¿vale? Metámoslos en el agua antes de que hierva.

Me pongo con la salsa y saco los ingredientes de la nevera mientras mi madre canturrea en voz baja. La nostalgia de todo en general (de su voz, del olor de su comida...) me sienta como una

caricia que hace que mis músculos se desetensen aún más. Hacía años que no me sentía tan relajada.

Mamá me mira mientras trabajo, pero no como si estuviese esperando a que la pifiara, sino más bien como si estuviese estudiándome, como si quisiera grabarse este momento (algo que en su día fue tan familiar) en la memoria.

—¿Qué? —le pregunto sonriendo, y luego soplo para apartarme un rizo de los ojos.

Mamá y yo nos parecemos un montón. Mi padre tiene un tono de piel más claro y los ojos azules, completamente opuestos a la tez morena, los ojos color avellana y el enjambre de rizos negros de mamá. Puede que yo tenga el pelo un poquito más claro que ella, con un toque un poco más castaño tirando al color de papá, pero está clarísimo que soy hija de mi madre.

«Te quiero con todo mi corazón». Eso me lo han dicho tanto mamá como papá, dos personas cariñosas por naturaleza. Mientras que mi padre tiene una apariencia más arisca, mamá es lo más dulce que ha pisado la capa de la Tierra. Frágil, sí, pero su fragilidad y su vulnerabilidad la hacen fuerte. Algo a lo que yo siempre he aspirado.

Solo que me he perdido por el camino.

—Mamá... —consigo decir, temblorosa, mientras me concentro en remover la salsa roja que tengo delante—. Me alegro mucho, muchísimo, de que podáis conocer a Matt. Me... me ha ayudado un montón este semestre y... para mí es muy especial que esté aquí, contigo y con papá.

Ahora mismo, mi novio está viendo los partidos de preparación para los Mundiales júnior (en los que participará uno de los

jugadores del equipo de Waterfell). Además, por lo que voy oyendo desde aquí, se pasa el rato entero explicándole cómo va eso del hockey a papá y respondiendo a todas sus preguntas.

Matt es paciente, y verlo así de cómodo con mi padre, sin que se moleste en ningún momento por lo lento que habla o por lo que tarda en responder, hace que el corazón me lata todavía más fuerte al asimilar la verdad:

«Estoy enamorada de Matt Fredderic».

—No llegamos a conocer a tu otro novio...

Vuelvo a centrar la atención en lo que estoy haciendo y aparto la olla del fogón sin dejar de remover el contenido. Desvío la vista hacia la intensa mirada de mi madre, llena de amor. Una mirada que me dice: «Me tienes aquí» y «Nada de lo que digas hará que te quiera menos. Jamás». Reconocer eso hace que me sienta un poco avergonzada; es como una espada de doble filo: me avergüenza que ocurriese en sí, pero me avergüenza todavía más porque nunca se lo he contado a mamá.

—Es difícil de explicar —comento. Mamá aguarda, paciente; me coge la salsa de las manos, la deja en un lado y me guía hacia la otra punta de la cocina americana para que quedemos un pelín más alejadas del salón—. Tyler se... se portó muy mal conmigo.

Se lo cuento. Mamá escucha sin cortarme en ningún momento, simplemente asiente mientras se le van llenando los ojos de lágrimas.

Al final, acabamos llorando las dos.

—No quería decírtelo porque... solo quería que fuera todo más fácil. Para ti. Para papá. Y ya sé que...

—Rosalie Defne Shariff —me grita mamá en un susurro a la vez que alarga los brazos para cogerme por los hombros y darme una leve sacudida—. Lo eres todo para tu padre y para mí. Has sido el mejor regalo que nos ha dado la vida. No cambiaría ni un segundo, pero me habría gustado que hubieses sentido que podías contarme esto antes. —Guarda silencio y mira a su alrededor un momento antes de carraspear y añadir—: Y creo que también me gustaría que hubieses traído a ese tal Tyler aquí para que pudiese pegarle una buena bofetada.

—Mamá... —río.

—¿Acaso crees que lo digo en broma?

Nos abrazamos y las risas ceden para dar paso a más lágrimas. Me recompongo poco a poco con cada «Eres muy fuerte, *yavrum*. Estoy orgullosísima de ti» que me dice mamá. Es como un abrazo directo al corazón que sigue curándome esas partes blanditas que tenía rotas.

—Haré *simit* por la mañana —anuncia separándose de mí, totalmente resuelta.

—Mamá... —la reprendo.

Aunque, para ser sincera, la verdad es que no quiero decirle que no. Es mi comida favorita (sobre todo, si va acompañada de mermelada), pero mamá solo la prepara en ocasiones especiales. Para elaborar ese pan hay que dedicarle mucho tiempo a cocinar, así que cuando lo hace es casi como un regalo.

—Vaya que si voy a hacerlo —responde, y me da un codazo mientras aparta la olla con *manti* del fogón y empieza a emplatar la comida—. Te lo mereces, *yavrum*.



Espero al día después de Navidad, que es el último que pasaremos aquí antes de regresar a Waterfell, para llevar a Matt al centro del pueblo.

Solvang está a rebosar de gente, pero es tan bonito que consigue que te olvides de las multitudes bajo las guirnaldas resplandecientes.

Nos hemos pasado los últimos cuatro días en casa de mis padres, intercambiando regalos en silencio. Mis padres dicen que no celebran la Navidad, pero siempre nos hemos hecho un regalo a cada uno y hemos visto la peli navideña favorita de mamá: *La Navidad de Charlie Brown*. Es una de mis tradiciones preferidas, en la que me moría de ganas de incluir a Matt. Ahora, estando los cuatro juntos, aún me siento más en casa.

Compramos unos cuantos dulces daneses en una de las miles de pastelerías que hay en el centro y pedimos un poco de todo lo que esté de temporada. Matt se ha puesto un gorro de Papá Noel y yo, que llevo mis largos rizos sueltos, una diadema con astas de ciervo y campanitas colgando.

Al hacer de turista en un pueblo en el que he estado innumerables ocasiones, el lugar me parece completamente distinto. Porque estoy aquí con Matt y es como si estuviese en Solvang por primera vez en la vida, ilusionadísima a más no poder y con constantes ataques de risa. Nos sacamos fotos en cada sitio al que vamos hasta que, al final, me quedo sin memoria en el móvil y empezamos a usar el suyo.

Cuando cae la noche, nos terminamos el último vaso de chocolate caliente que hemos pedido y lo cambiamos por el vino caliente que

sirven en un bar tiki poco iluminado en una esquina.

Matt se dirige a la gramola (un servicio de *streaming* la mar de popular) y escoge la misma canción que sonaba por los altavoces el día en que fuimos a patinar.

—Hora de tachar otra cosa de tu lista, Rosalie —me dice dándome un ligero cachete en el culo mientras me levanta y me coloca encima de la barra...

Lo que viene a ser un segundo, porque nos echan enseguida. Acabo con mis largas piernas colgando por encima de los hombros de Matt mientras él sale por patas del local, conmigo a cuestas, ambos riendo y cantando «I Don't Wanna Wait Til Christmas», a pesar de que nos inventamos casi toda la letra.

Matt me ha regalado una suscripción a un taller de artesanía donde podré probar todas las actividades que siempre he querido probar. Yo le he regalado esta pequeña escapada antes de que cojamos el avión de regreso a Waterfell. Una noche solos nosotros dos.

Me deja en el suelo antes de trastabillar hacia delante mientras ríe y se gira hacia mí con los brazos extendidos sin dejar de cantar. Me lo quedo mirando y se me apaga la voz. Estoy perdidamente enamorada de él.

Al darse cuenta de que me he quedado quieta en la acera, justo debajo de unas brillantes guirnaldas que hacen que parezca que estemos en una de esas bolas de nieve con aire romántico, Matt también me mira. Está sonriendo y se le marcan esas finas líneas en las mejillas, a ambos lados de la cara.

—¿Qué? —me pregunta.

Río y noto cómo una intensa y rebosante sensación me invade el cuerpo entero, como un manto estrellado cubriendo la noche.

—Te quiero —le digo.

Matt se queda petrificado y luego una tierna sonrisa se va abriendo paso en su rostro. Parece nervioso, como si tuviese miedo de que fuese a retractarme.

—¿Sí? —me pregunta, incrédulo y con tanta ilusión que hace que se me ensanche el corazón.

—Sí —le aseguro con firmeza—. Y no tengo miedo, porque eres tú. Estaba aterrada de que fuese a costarme volver a confiar en alguien otra vez, volver a mostrarme así de vulnerable, pero... —Me muerdo el labio inferior antes de que las palabras me salgan solas, como si fuesen vino al derramarse de una copa—. Creo que enamorarme de ti es lo más fácil que he hecho en toda mi vida.

Ahora quien ríe es él, pero se le ilumina la mirada y las lágrimas brillan en sus ojos. La preocupación se arremolina en mi estómago.

—¿Qué? —pregunto yo ahora.

Matt sacude la cabeza y camina hacia mí.

—Nada. Es solo que... que una vez dijiste algo muy parecido.

Frunzo el ceño.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Matt estira los brazos y me coloca las manos en la cintura —. En esa fiesta de agosto, ¿sabes?

—Ay, Dios... —gimoteo e intento cubrirme la cara con las manos, pero Matt me las aparta con la nariz—. Esa en la que me marqué un karaoke en tu coche como una borracha demente...

Se le ensancha la sonrisa.

—Esa en la que me llamaste «tu *crush* famoso».

—No te llamé...

—Y te tiraste a la piscina desde el cobertizo para «sentir algo».

—Me... —Pero en esta ocasión, no consigo decir nada. Sacudo la cabeza y noto que me arden las mejillas—. Dios, me voy a morir de la vergüenza...

—No —me corta, y luego me da un breve beso en los labios. Seguido de otro, mucho más lento y más delicado. Con la frente apoyada en la mía, prosigue—: Salté contigo y, cuando estábamos los dos en el agua, me dijiste que creías que sería muy fácil quererme.

Levanto la vista de donde la tengo clavada, en sus pectorales, y lo miro a sus intensos ojos de color verde primavera.

—¿En serio?

—Sí... —suspira—. He pensado mucho en eso. O sea, a diario. Fue la primera vez que alguien me dijo que sería fácil quererme.

Matt intenta que suene a broma, pero veo lo mucho que significó para él y me entran ganas de abrazar a mi yo borracha por haber sido tan sincera.

—Vaya... —Es todo cuanto consigo decir, embriagada por él en esta situación.

Nos besamos, con ternura y casi con timidez hasta quedarnos los dos sin aliento.

—Y, por si no quedaba ya claro, yo también te quiero —me dice—. Creo que llevo queriéndote muchísimo tiempo.

Cuando llegamos a la habitación del hotel, Matt me empotra contra el colchón y yo me regodeo bajo sus atenciones. Nos desnudamos el uno al otro con parsimonia y unos movimientos lánguidos.

Ahora, cada vez que estamos juntos, íntimamente, me siento cómoda. Matt acapara mi atención por completo y hace que desaparezca la amenaza de los dolorosos pensamientos autodestructivos del pasado.

Se arrodilla en el suelo de parqué, me coloca las rodillas por encima de sus hombros y empieza a besarme los muslos, provocándome y evitando rozarme la zona donde tanto le necesito hasta que le suplico, jadeante. Casi no me da tiempo de decir nada antes de que él me acaricie el clítoris con la lengua, firme e insistente.

Los orgasmos me resultan tan embriagadores que a duras penas me doy cuenta de lo vocal que me he vuelto o de lo mucho que grito, pero a Matt le gusta. Suelta gemidos guturales y no para de decirme «Eso es, princesa. Quiero oírte» mientras yo me derrito entre sus manos.

Va moviéndose despacio por mi cuerpo y, cuando se apoya en los antebrazos, veo que mi humedad hace que sus labios brillen. La reconfortante presión del frío metal de su collar al entrar en contacto con mi acaloradísima piel no hace sino excitarme aún más y estiro los brazos para hundirle las manos en el pelo.

En esta ocasión, bajo tanta intensidad, también se esconde cierta ternura inherente. Una que siempre ha estado ahí, en una esquina del cuarto mientras nosotros explorábamos el cuerpo del otro. Sin embargo, ahora, junto con el peso de los «Te quiero» compartidos, acompaña todos nuestros movimientos, todas nuestras caricias.

Matt es muchísimo más que su cuerpo, muchísimo más que un polvo. Pero él siempre ha expresado su amor desde un plano físico. Y ahora lo noto cada vez que se aprieta contra mí. Cada vez que me besa. Cada vez que se le entrecorta la respiración mientras entra en mí. Tenemos la boca a milímetros uno del otro, pero no nos besamos, sino que nos limitamos a compartir un mismo aliento. El aroma a vino caliente especiado llena el ambiente mientras jadeamos y él me regala otro orgasmo.

Ralentiza el ritmo y noto a Matt por todo el cuerpo, como si acabasen de rociarme la piel con sirope. Quiero sentirme siempre así, teniéndolo a él firme entre mis piernas y sin moverse de ahí mientras yo acabo de llegar al clímax, disfrutando de cada sensación.

—Eres perfecto... —gimo, y veo cómo mis palabras lo encienden —. Dios, Matt... Por favor, amor... ¡Másmásmás! —digo aturulladamente y echando la cabeza hacia atrás.

Matt empieza a mover las caderas más deprisa y esa intimidad lenta se convierte en una energía frenética a medida que él también está cerca de llegar al orgasmo.

—Córrete para mí —le digo yo esta vez.

Y se corre, gimiendo mi nombre. Lo beso en el cuello y en la mandíbula, y él me devuelve los besos acercándome los labios a la frente y el pelo, empapados en sudor, antes de mirarme a los ojos.

Nos quedamos observándonos maravillados y preguntándonos, mutuamente y en silencio: «¿Eres real?».

—Te quiero, Rosalie —suspira, y sonríe pletórico con esas líneas que se le marcan profundamente en las mejillas—. Dios, qué bien sienta decirlo.

—Te quiero, Matty —susurro.

Entrelazo los dedos con su cadena dorada y la giro. Él se inclina hacia mí hasta reposar su nariz sobre la mía y sonreímos los dos, entre besos, hasta casi rozarnos los dientes. La alegría me burbujea por las venas como si fuese champán.

Esto, con él, para siempre. No me había sentido tan bien en la vida. Esto es amor. Y es real.

60

Freddy

Nos pasamos la noche de Fin de Año besándonos bajo las sábanas florales de color pastel de Ro, y las guirnaldas de luces que tiene colgadas por la habitación, diciéndonos «Te quiero» tantas veces que las palabras podrían perder el sentido.

Pero nunca lo pierden.

Los entrenamientos de hockey siempre empiezan antes de que comience el semestre, así que tuve que regresar a Waterfell. Ahora ya hace una semana que hemos empezado las clases y estamos preparándonos para el primer partido del año. Ro y Sadie están en la planta principal de la Hockey-morada, vestidas con sus chaquetas (ahora ya) habituales y con nuestros números pintados en las mejillas, mientras Rhys, Bennett y yo bajamos por las escaleras con las bolsas a cuestas.

—¿Qué pasa, Grisi? —pregunta mi capitán, con un evidente tono juguetón en la voz.

Cuando, la semana pasada, Ro y Sadie disfrutaron de una noche de chicas, Rhys echó el rato conmigo, sin Bennett. Pillamos unas hamburguesas de nuestro local favorito y me lo contó todo: los problemas que estaba teniendo desde la primavera pasada, el estrés

postraumático, las pesadillas, que estaba yendo a terapia... Absolutamente todo.

Y luego, después de varios abrazos, me habló un poco más de la patinadora con mala leche que es su novia y de sus hermanos.

—Debería disculparme con Sadie —le dije yo, llevándome la mano a la frente.

Rhys negó con la cabeza y respondió:

—No. Casi puedo garantizarte que la respuesta no será ideal. Además, bastante mal se siente ya por haberte juzgado con Ro.

Mi capitán me sonríe y estira la mano para darme un apretón en el brazo.

—Sois los dos muy protectores. Y me encanta que seáis así, Freddy. Tanto tú como Bennett. Sin vosotros dos, yo no habría aguantado estos últimos seis meses. Os necesito tanto como necesito a Sadie.

Todas las grietas que se habían ido abriendo entre los dos empezaron a cerrarse a partir de allí. Que nuestras novias sean mejores amigas también ayudó.

—¿Animadoras personales? —pregunta Rhys cruzándose de brazos.

—Ya te gustaría, fiera —suelta Sadie.

Justo a la vez, Ro, por su parte, grita:

—¡Sií!

Río abiertamente y bajo los últimos dos escalones de un salto para coger a mi esbelta novia en brazos. La hago girar, disfruto del chillido que suelta y le doy un beso en la frente mientras miramos a la otra pareja que hay en la sala.

Rhys le musita algo a Sadie en ruso, en un tono bajo y seductor. Y, a pesar de que tengo clarísimo que Sadie no entiende nada de lo que le dice, se sonroja a más no poder bajo las atenciones de nuestro capitán.

—Estoy superorgullosa de ti —me dice Ro, llamando mi atención —. Vas a petarlo, Matty.



Antes de que nos fuéramos, Ro me ha atado uno de los lazos que llevaba en el pelo en la mochila. «Para que te traiga suerte», me ha dicho. Como me siento bastante chulito, tiro la bolsa en lo que vendría a ser el centro del vestuario para que los chicos lo vean. Para que me pregunten.

—Es de mi novia —respondo casi gritando cuando Holden por fin se interesa por el lazo.

Soy todo sonrisas. Y, por fin, son todas reales.

Las veo nada más salir del túnel para entrar en la pista.

Rosalie está en su sitio habitual, pero no está sola. Hay toda una multitud de personas vestidas con los colores de Waterfell a su alrededor, y no estoy hablando solo de Sadie y sus hermanos, sino que también han venido los padres de Ro. Su padre está sentado, bien abrigado y sonriendo. Y su madre y Ro están sujetando una pancarta que reza: «¡Te quiero, 27!» decorada con un montón de corazones y estrellitas.

Y, a la izquierda de Ro, pegado al metacrilato, está Archer.

Me da un vuelco enorme el estómago y los recuerdos empiezan a inundar mi mente. Archer en mis partidos; Archer y mamá, juntos,

en mis partidos, gritando a los árbitros y animándome.

Sacudo la cabeza y, cuando Rhys me aparta a un lado, me doy cuenta de que todavía no estoy en el hielo y que estoy bloqueándole el paso a todo el mundo.

—¿Estás bien? —me pregunta nuestro capitán.

—Sí. —Sonrío—. Sorprendido, nada más.

—Ese club de fans mola —comenta él, golpeándome el casco y sacudiéndome un poco—. Nadie se lo merece más que tú, Freddy. Venga, a ganar este puto partido.



Casi no hemos ni llegado al segundo tiempo, pero ya estoy jugando el partido de mi vida. Tengo la equipación empapada en sudor y el pelo me chorrea mientras me reajusto el casco con rejilla y salto la valla, listo para otro saque.

No puedo evitar desviar los ojos hacia Archer y me fijo en que tiene la vista puesta en mí. En todo momento.

—¡Tú puedes, chaval! —grita cuando me acerco lo suficiente como para oírlo.

Es como si acabasen de inyectarme un chute de adrenalina en vena.

«Tú puedes».

Uno de los jugadores del equipo rival hace un mal pase, el *puck* rebota contra el patín del defensa contrario y acaba deslizándose hacia mí. Miro a mi alrededor y veo que no tengo a absolutamente nadie cerca: la mayoría de los jugadores de mi equipo están transicionando hacia atrás.

Así que cojo el disco y echo a patinar a toda velocidad hacia la portería, aprovechando que no tengo a ningún jugador que me impida el paso. Oigo al público gritando a pleno pulmón, lo cual no hace sino animarme más.

Marco un gol espectacular que entra justo por encima del guante del portero.

La multitud grita alegre mientras todos los de mi línea se abalanzan contra mí, rebosando felicidad. Pero yo no estoy mirándolos a ellos, sino a Archer, que está abrazando a mi novia con fuerza mientras saltan y gritan para animarme.

Están aquí por mí. Son mi familia.

¿Se sentirá así Rhys cuando sus padres vienen a los partidos? ¿O Bennett cuando ve a Adam Reiner en las gradas? No puedo ni imaginarme lo que debe de ser sentir semejante subidón en cada partido. Porque vaya si es un subidón contar con el apoyo de la gente a la que quiero, gente que me quiere, animándome mientras practico el deporte que más me gusta. Un deporte en el que soy jodidamente increíble, hostia.

Es el mejor partido que he jugado en mi vida. Y se lo debo todo a esa chica a la que quiero tanto.



Ganamos.

Marco mi primer *hat-trick* de la temporada, cosa que me ayuda a sumar puntos. El tercer gol lo marco justo en el lado donde está sentado Archer y estampo el puño contra el cristal, como si así pudiese abrazarlo.

La noche está repleta de momentos memorables.

Los chicos me obsequian con un trofeo: un nudo de sangre, hecho con cuerdas de las porterías de los partidos que hemos ganado. Una tradición sagrada de los Wolves. Casi no me salen las palabras porque estoy demasiado ilusionado por ver a mi... A mi familia.

Doy un breve discurso, me ducho y me cambio más deprisa de lo que lo he hecho jamás. Tengo el cuerpo entero en tensión, temblando, y noto una energía irrefrenable corriendo por mis venas mientras salgo de los vestuarios y voy directo hacia la salida, donde amigos y familiares (y fans) nos esperan en el exterior de la pista.

Aún es temprano, así que solo hay unas pocas personas por aquí, pero yo paso de todos ellos y paseo la vista entre la gente hasta encontrarlo.

Archer, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y de pie en medio de este estrecho pasillo, lejos de la conmoción de la multitud al salir.

Una parte de mí quiere echar a correr hacia él y abrazarlo, aunque solo sea para liberarme de estos nervios que me carcomen por dentro. Sin embargo, en lugar de eso, voy a toda prisa hacia él y me detengo. Archer enseguida centra su atención en mí.

—Buenas, chaval.

Tiene la voz exactamente igual que como la recordaba: relajante, tierna y profunda. Nunca le he oído alzar la voz cabreado, ni como entrenador ni como hombre en general. Físicamente también está igual: pelo negro, barba con alguna que otra cana, tez de un fuerte color aceitunado y una nariz con pinta de haberse roto en demasiadas ocasiones. Sus ojos marrones están llenos de amabilidad y empatía, y me miran un poco húmedos.

—Has jugado de maravilla, Matty.

—Gracias —consigo decir con los ojos vidriosos—. Por venir.

Archer sonríe y sacude la cabeza.

—Dáselas a tu novia. Quienes me han traído han sido ella y sus padres. Pero me alegro de que... —Se aclara la voz; es como si él también tuviese todas las emociones amontonadas en la garganta—. Me alegro de que quisieras que estuviese aquí.

Guardamos silencio un minuto y nos quedamos mirándonos, indecisos, nerviosos.

Entonces me señala el cuello con la cabeza y me pregunta:

—¿Te acuerdas de cuando compró esa cadena?

Me acuerdo de absolutamente todo lo que ocurrió ese día. Mamá fue hablándome de todos los mitos que describían los colgantes que había en la tienda, me fue contando todas las historias y respondiendo, paciente, a todas mis preguntas.

«*Pero este es mi favorito*», dijo paseando los dedos por encima del grabado de Psique y Cupido sin llegar a tocarlo mientras me narraba la historia con la otra mano en mi brazo. Archer tenía apoyada la suya en el hombro de mamá.

—Sí —le respondo ahora a él—. En esa excursión que hicimos a la playa después del entierro del abuelo. Yo debía de tener unos cinco o...

—Tenías seis años.

Lo dice convencido, seguro. Si ya dudo que mi padre sepa la edad que tengo ahora, ni de coña iba a saber la que tenía en esa época, cuando aún tenía una vida propia en la que centrarse, además de en sí mismo. Archer, en cambio... Él siempre ha estado ahí.

—¿Estabas...? Estuviste ahí, pero pensaba que era porque te había enviado mi padre. Que él no había podido venir y no había querido que mamá estuviera sola.

Archer niega con la cabeza y responde:

—No. Fui porque tu madre acababa de perder a su padre y lo último que necesitaba era estar sola, por más que ella pensara que era una mujer fuerte. Y porque la quería. —Se le llenan los ojos de lágrimas e intenta secárselas desesperadamente antes de que resbalen mejilla abajo—. Todavía la quiero. Siempre la querré. Y siento no haber estado ahí para ti cuando ella murió. Dedebería haberme esmerado más. Sé cómo piensa John y sabía que ese hombre no... Que no era bueno para ti. Pero... es tu padre. Y yo estaba...

—Tú también me importabas —le digo, a pesar de que esas palabras me saben a poco—. Le importabas a mamá. Mamá te... Creo que te quería. En su día me costó, pero ahora ya empiezo a entenderlo.

A Archer se le dibuja una sonrisa brillante y cegadora en el rostro a pesar de tener los ojos rojos y las mejillas húmedas por culpa de las lágrimas.

—Elsie fue lo mejor que me pasó en la vida. Ya la quería cuando éramos críos: era mi mejor amiga, mi animadora personal cuando jugaba en el equipo de hockey de nuestro pequeño pueblo. Y, luego, cuando se pasó el verano entero ayudándome a recuperarme para que pudiese volver a jugar, me enamoré de ella. Cuando lloró conmigo después de que me lesionara por segunda vez. Y, cuando me enteré de que ya no podría volver a jugar nunca más, se pasó la noche bebiendo conmigo... Siempre lo supe. Siempre. Siempre supe

que, para mí, no había otra mujer. Y me bastaba con eso. Con estar ahí para ella a pesar de que ella estuviese con otro hombre.

«Dios, ¿por qué tengo la sensación de que me va a estallar el corazón?».

Levanta la cadena que él también lleva con un colgante brillante (claramente bien cuidado) idéntico al mío.

—Esto fue lo único que me quedó de ella durante muchísimo tiempo —dice, y suspira casi sollozando—. Aparte de ti.

—¿Yo?

—Matty... —Da un paso al frente y me acerca una mano al cuello —. Te quiero como si fueras mi propio hijo. Siempre estaré ahí para ti. Siempre que me lo permitas.

Se me escapa un sonido desgarrador de los labios mientras Archer apoya la frente en la mía antes de abrazarme con fuerza.

—No te machaques tanto —musito sin separarme de él—. Yo tampoco lo hice bien. En primero, hice bastantes gilipolleces.

Se separa y dice:

—Ya, bueno... Al menos te mantuviste cuerdo durante su funeral.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir? Tú estabas ahí como una estatua, mientras que yo no podía parar de llorar desconsoladamente.

Archer ríe y casi se atraganta al hacerlo.

—Matty, casi intento matar a tu padre cuando se presentó en el funeral. Estuvimos peleándonos en el pasillo hasta que nos separaron varios tipos.

Suelto una carcajada, sorprendido, y nos quedamos mirándonos el uno al otro.

Físicamente no me parezco a Archer. Sin embargo, ahora mismo, yo diría que sí. Porque los dos tenemos los ojos vidriosos y unas sonrisas idénticas en el rostro, entre pesarosas y alegres.

Vuelvo a abrazarlo sin que él me lo impida. Y esto es mejor que marcar cualquier gol.

61

Ro

FEBRERO

Suena «Jump Rope Gazers», de The Beths, a través del altavoz bluetooth.

Oigo un discreto tarareo, pero es suficiente para que desvíe la mirada de golpe hacia donde está Matt espatarrado, perezosamente, como si acabase de despertarse de una siesta en lugar de estar en plena sesión de estudio. Su piel brilla bajo las lámparas y las guirnaldas de lucecitas que tengo por el cuarto. Parece gigantesco así tumbado en mi cama individual.

Es tan guapo que hasta me duele.

—¿Estás cantando?

Sonríe pícaro y contesta:

—La pones muchísimo.

—Es que me recuerda a ti.

Matt presta atención. Se sabe la letra, sabe a lo que me refiero cuando le digo eso.

—¿Sí, eh? —Sonríe—. A mí también me recuerda a ti.

Río con ligereza y lo sigo con la mirada mientras él se levanta y camina hacia donde estoy yo. Se queda de pie delante de mí y apoya las manos en mi escritorio, envolviéndome completamente entre sus brazos.

—Se supone que deberías estar estudiando —lo reprendo con la voz temblorosa.

Este semestre ya no le hago de tutora. Tiene unas asignaturas bastante fáciles, pero preferimos estudiar juntos, pasar tiempo con el otro siempre que podamos.

—Mmm —dice Matt con voz grave.

Pega su cara a la mía para que note su piel y, acto seguido, me roza el hombro desnudo con la nariz antes de subirla por mi cuello hasta llegar a la oreja.

—Eso hacía. Pero me estás distrayendo.

—¿Yo?

Ha sonado más bien a gemido y, del bochorno que siento al ver lo mucho que ya conoce mi cuerpo, me sonrojo. Matt casi ni me ha tocado y yo ya estoy a cien.

—Sí. Porque muerdes los lápices.

—¿Y así te distraigo?

—Porque no puedo dejar de mirar tu boca, sí.

Me cuela las manos por debajo de la camiseta y me acaricia la piel desnuda del estómago. Juguetea con la cintura de mis pantalones de chándal antes de estirar los brazos para abrir los paneles (hasta ahora cerrados) del espejo del tocador *vintage* que tengo en el escritorio.

—Ah... —suspiro.

—¿Tienes idea de lo mucho que me torturaste el semestre pasado? ¿De la de veces que tuve que pasar por casa antes del entreno sin llegar apenas a la pista porque tenía que hacerme una paja después de estar mirando tu boca mientras mordisqueabas este puto lápiz durante las tutorías?

Se me escapa otro gemido gutural y me muerdo el labio, desesperada por contener todos estos ruiditos.

—Ya, bueno... —dice Matt mientras aparta las manos de donde las tenía, rozándome las braguitas de encaje, y me separa el labio inferior de entre los dientes con el pulgar—. Ya hemos hablado de eso, Rosalie —dice alargando las sílabas de mi nombre con ese tono sensual que hace que parezca que esté pronunciándolo en forma de gemido—. Quiero oír a mi chica disfrutando. Venga, no interrumpas mi historia.

—Eh... Va-vale...

Sonríe socarrón mirándome a los ojos a través del espejo y me da un beso rápido en la mejilla.

—Buena chica —susurra.

Suelta un suspiro largo, y su aliento me roza el cuello y los hombros desnudos.

Los ojos amenazan con cerrárseme mientras él va bajando las manos despacio por delante de mi cuerpo, rozándome los pezones, endurecidos, bajo la camiseta.

—Por desgracia... —me susurra al oído, jugueteando con el dobladillo de mis pantalones—, tengo entreno.

Se separa de mí de golpe y me planta un firme y húmedo beso en la mejilla. Hago pucheros y él ríe.

—Deberías descansar un poco —me dice—. Pero no te pegues una siesta demasiado larga, princesa. Esta noche tenemos una cita importante. —Me levanta la barbilla para que lo mire a los ojos—. Hey. Te quiero.

Me derrito por completo y contesto:

—Yo más.

Pilla la mochila (la equipación del entreno ya la tiene en el coche, porque así no apesta el cuarto entero) y me da tantos besos de despedida que acabo arrastrándolo a la cama conmigo.



Nuestro restaurante tailandés de confianza está lleno, aunque tampoco está hasta los topes porque es una noche entre semana.

Estoy sentada en una mesa larga de madera con mi novio, mi mejor amiga y su novio. Es mi primera cita doble.

Se me dibuja una sonrisa permanente en el rostro, una enorme y brillante. Estoy contentísima y me cuesta tanto contener la alegría que creo que incluso puede que acabe estallando. Es como estar en una peli.

Junto a nosotros, sentada en una silla a la misma altura que las nuestras, Sadie tiene un aspecto un poco rídículo. Pilla su bebida y le da un sorbo, tiñendo la pajita con su pintalabios rojo oscuro. Mientras tanto, su novio se recuesta, relajado, contra el respaldo de la silla y mira a Sadie como si mi amiga fuese a desaparecer. Está completamente absorto con todos y cada uno de sus resoplidos y movimientos.

—¿Tú no tenías que graduarte antes de tiempo y largarte? —le pregunta Matt a Sadie mientras apoya el brazo en el respaldo de mi silla.

—¿Y tú no tenías que mantener la polla alejada de mi mejor amiga?

Rhys sacude la cabeza pero observa, en silencio, la conversación a base de pullitas que están manteniendo los otros dos. Solo se mueve para besar a mi amiga en la sien o para darle un sorbo a su agua con hielo.

Me preocuparía, pero ya me he dado cuenta de que la relación de amistad entre Matt y Sadie será así: todo pullitas y comentarios irónicos.

Matt con una sonrisa socarrona en los labios y Sadie con el ceño fruncido.

—*Touché* —le responde él a la vez que se echa hacia delante para dar un trago de su margarita afrutado—. Pero no puedes culparme por eso. Mírala.

Matt me pellizca la mejilla y me señala como si fuese una obra de arte expuesta en la pared de algún museo. Me sonrojo. Sadie deja de fruncir tanto el ceño y esboza una delicada sonrisa. Bajo su aspecto de tipa dura, Sadie esconde una faceta romántica y se alegra de vernos juntos.

Y yo me alegro de que estemos todos juntos.

Si echo la vista atrás y pienso en hace un año, resulta casi surrealista. Por aquel entonces, mi compañera de habitación estaba a punto de venirse abajo, sufriendo y cabreada; ahora, en cambio, es feliz y tiene a gente que la quiere, además de un chico que la adora y la cuida. Y yo estaba en la miseria, trabajando con gente

que me odiaba sin disimularlo o que me trataba de forma distinta a los demás. Sin embargo, ahora estoy aprendiendo de la profesora con mejor rendimiento de nuestro departamento, tengo línea directa con dos de mis unis de posgrado de preferencia y formándome en lo que siempre he querido estudiar. El desespero que sentía por ser lo bastante buena para un chico que no me quería y que no me merecía ha desaparecido y ha sido reemplazado por la apacible seguridad de que Matty me adora completa y absolutamente.

Así que estoy muy agradecida. Por todo.

Ahora Matt llama a mis padres casi más que yo. Queda una vez al mes o más (si no tiene un horario demasiado exigente) para comer con Archer, y organizamos una cita cada dos semanas, aunque los dos somos conscientes de que puede haber cambio de planes y somos comprensivos.

Estar con él resulta fácil. Y quererlo todavía más.

—Como el sábado no tenemos nada, Sadie y yo intentaremos pasar el próximo finde en Boston. ¿Os apuntáis? —sugiere Rhys, que le acaricia la nuca a Sadie con una mano.

Matt suspira con discreción y niega con la cabeza.

—Le dije a Archer que pasaría el día con él. —Se gira hacia mí y acerca mi silla a la suya hasta que nuestras rodillas se rozan—. Pero tú deberías ir.

—Qué va... —Sacudo la cabeza—. No. No hace falta, en serio.

—Venga, princesa. Así podrás estar todo el día con tu mejor amiga. Confío en que Rhys y Bennett te cuidarán. No te pasará nada.

Confianza. Preocupación. Pero solo por mi comodidad y bienestar. A veces, todo esto me parece inverosímil, pero tengo que

recordarme que es lo normal. Que se supone que las relaciones sanas tienen que ser así.

—Además... —Matt se inclina hacia mí y planta un rápido beso en mi mejilla—. En cuanto acabe, me uno a vosotros. Podemos pasar el sábado por la noche y el domingo juntos, ¿te parece?

—Pero no vayas con prisas con Archer.

—Nunca. Será perfecto.

«Ya lo es».

Epílogo

Freddy

CINCO AÑOS DESPUÉS...

—Llegarás tarde.

—No voy a llegar tarde, señora Shariff. Lo prometo.

—Claro que sí —se queja delicadamente a través del altavoz—. Lo presiento.

Río en silencio mientras cojo el programa que me ofrece el hombre que hay en la puerta, que no deja de mirar el móvil que tengo pegado a la oreja como si fuese alguna especie de parásito que hubiese pillado en la calle.

—Tengo que colgar. Ya he llegado.

—Matt...

—¿Lo ve? Le dije que no llegaría tarde.

Suspira con pesadez y le tiembla un poco la voz al decir:

—Me siento tan mala madre por no estar allí...

—Deje de decir eso —respondo—. Tiene que estar con Daniel. Además, yo me ocupo de grabarlo todo, ¿de acuerdo?

El año después de que acabáramos la carrera, Daniel Shariff empeoró tras sufrir un segundo derrame cerebral que lo dejó

prácticamente postrado en la cama. Yo ya estaba hablando con un contratista para que les construyera una casa de planta baja más cerca de Dallas, pero Daniel me echó la bronca nada más sugerirlo.

Así que todavía seguimos negociando.

De todos modos, sé que tanto la madre como el padre de Ro se sienten fatal por no poder asistir hoy a su graduación. La suerte es que emiten la ceremonia en directo, y que anoche me pasé casi todo el vuelo de vuelta a casa conectado al wifi para asegurarme de que encontraran la página correcta y pudiesen cargarla sin problemas.

—De acuerdo, *oğlum.* —«Hijo mío». Lleva llamándome así desde mucho antes de que nos casáramos—. Cuando termine, llamadme.

Acepto y cuelgo de inmediato antes de poner el móvil en «No molestar». Veo a Archer casi delante del todo. Debe de haber llegado nada más han abierto las puertas a los asistentes para poder pillar buenos asientos. Me saluda con la pequeña y delicada mano de la bebé que está agarrándole la muñeca.

Voy hacia el centro de la fila y sonrío con ternura al ver a Archer sujetando a mi hija, Elsie: la niña más dulce y encantadora que he visto en la vida. El bebé más mono del mundo. Si Ro me dejara presentarla a concursos, ahora tendría un trofeo que lo demostraría.

—¿Cómo está mi niña? —pregunto cogiéndosela a Archer y acariciándole ese moflete regordete con la nariz mientras inhalo su aroma a bebé.

—Feliz de ver a su padre —responde Archer sonriendo y acariciándole el pelo. Se gira hacia la enorme bolsa de pañales que lleva siempre a todas partes y saca un gorrito pequeño para cubrir sus bonitos rizos—. Pero aquí hace un frío que pela, así que ponle esto.

Como una mamá oso. Así ha sido Archer desde que nació la pequeña.

Supero mi aversión a los hospitales en cuestión de segundos, cosa que creo que es lo normal cuando tu mujer rompe aguas a medianoche y espera a las dos de la madrugada para despertarte porque quiere asegurarse de que duermes lo suficiente.

Lo que me hace reaccionar de verdad es el terror que siento.

Cuando lo único que me preocupan son los gritos de dolor de Rosalie y la tremenda fuerza con la que me coge la mano, no me viene ni un solo recuerdo negativo a la cabeza.

Archer es el primero en llegar. Deambula por el pasillo, fuera de la habitación, hasta que, al final, lo invito a pasar. Da igual que lleve años siendo alguien extremadamente importante en nuestras vidas: todavía duda de vez en cuando, y ese titubeo es el mismo que veo reflejado en mí constantemente.

Los dos deseábamos y temíamos lo mismo: la aceptación y el rechazo.

—Es preciosa —dice mirando por encima de la cuna que hay al lado de la cama.

Ro sonríe soñolienta desde la cama, y me mira.

Ya lo habíamos planeado y Ro me ha dicho clarísimamente que quiere que sea yo quien se lo diga a Archer.

—Se llama Elsie. Elsie Rose Shariff.

Al oír ese segundo nombre, Ro pone los ojos en blanco, pero yo sonrío pletórico. Mi niña favorita se llama como las dos mujeres más importantes de mi vida.

Y es una Shariff. Como su madre. Y como yo, porque cuando nos casamos adopté el apellido de Ro. Mi madre no se apellidaba Fredderic. La única figura paterna que he conocido de verdad ha sido Archer, que tampoco es un Fredderic. Así que enterré ese apellido junto con los lacerantes recuerdos de mi pasado. Mis amigos de Waterfell siguen llamándome «Freddy», pero para el resto del mundo soy «Matt», «Matty» o «el Sheriff», que es como me apodan en mi nuevo equipo.

Por no mencionar que el hecho de llevar el apellido de Ro en la espalda en cada partido se ha convertido en un plus. Me gusta todavía más que verla a ella con mi camiseta puesta.

A Archer empiezan a brotarle las lágrimas casi de inmediato y a mí me ocurre exactamente lo mismo. Hasta que nos quedamos mirándonos el uno al otro y vamos desviando la vista hacia la bebé, que está dormida, solo para volver a mirarnos sin dejar de llorar. Y así una y otra vez. En este cuarto se respira tantísimo amor que creo que voy a estallar.

—¿Puedo...? —Se aclara la voz, inundada por las lágrimas—. ¿Puedo cogerla?

Asiento y él se lava las manos antes de que yo coja lo más preciado que tengo en esta vida y se lo coloque en los brazos. Archer la abraza acercándosela al pecho y la mira maravillado.

—Hola, Elsie —susurra—. Soy tu tío Archer.

Ro carraspea y arquea las cejas mientras lo señala con más bien poco disimulo.

—Eh... Verás... —digo con la voz cargada de nervios. Me inclino un poco más hacia Ro, en busca de fuerza—. Quiero que Elsie sepa de mi madre. Y quiero que sepa lo mucho que os queríais. —Ahora,

quien carraspea soy yo porque creo que, entre los nervios y la ilusión, voy a vomitar—. Tú siempre has sido un padre para mí y quiero que te conozca como mi padre... Como su abuelo.

Archer se atraganta con un sollozo y se apresura a asentir.

—Qué... Dios, chaval. Qué honor. —Vuelve a bajar la vista de inmediato hacia la bebé que tiene en brazos y, con una voz todavía más dulce, le dice—: Soy tu abuelo Ace. Y te quiero muchísimo.

—¿Ahora ya ocupo el segundo lugar en tu puesto de favoritos? —río masajeándole el hombro a Ro.

Archer levanta la vista hacia mí con una sonrisa cegadora y dice:

—No, Matty. Tú siempre serás mi favorito.

Ahora es prácticamente como si Archer se hubiese venido a vivir a nuestra casa. A lo largo de los últimos meses, mientras Ro terminaba sus estudios y yo viajaba, ha sido como una niñera a tiempo completo. Por suerte, Elsie llegó al mundo cuando ya había acabado la temporada, porque no pasamos de la primera ronda de los *playoffs*.

Me solidaricé con el resto del equipo, pero estaba encantado de poder pasar más tiempo con mi mujer y mi hija recién nacida.

Pero además de eso, he descubierto un nuevo hobby: grabarlo todo en vídeo.

Durante el cuarto año de doctorado, Ro se pasó casi todas las noches llorando, totalmente absorbida por la investigación para su tesis y con la sensación constante de que, cada vez que salía por la puerta para ir a la universidad, se perdería algo.

Así que empecé a grabar todo lo que hacíamos con Elsie (con Archer presente) con la esperanza de que así a Ro no le daría la

sensación de haberse perdido ni un segundo. La verdad es que amorticé bien el tiempo entre temporadas.

Leen los nombres con bastante celeridad y Archer se inclina hacia mí para decirme:

—Es la siguiente.

Coge a Elsie para que yo pueda ir hasta un lateral del escenario, desde donde pueda ver mejor a Ro para grabarla. Mi mujer se ha calzado unos tacones verdes que, junto con las varias tiras que adornan la túnica completamente negra que lleva puesta, son lo único que le da un toque de color al atuendo.

—¡La doctora Rosalie Shariff!

—¡Esa es mi mujer! —grito con una mano alrededor de la boca para proyectar la voz.

Archer levanta un poquito a Elsie para que pueda ver a su madre. La niña gorjea y ríe mientras aplaude con sus manitas. Grabo a Ro con una mano y, con la otra, levanto el pulgar en su dirección a la vez que su directora de tesis le coloca la banda alrededor de los hombros. Al hacerlo, casi se le cae ese extravagante birrete de la cabeza, pero Ro levanta una mano para sujetárselo y me devuelve el gesto, levantando también el pulgar.

Tiene una sonrisa deslumbrante.

Las lágrimas me humedecen las mejillas mientras continúo mirándola. Ro vuelve a saludarnos con la mano. Desvío la vista hacia Archer y veo que él también está llorando.

No he estado tan orgulloso en toda mi vida.

«Te quiero», articulo en dirección a Ro, sin llegar a pronunciarlo en voz alta. Estamos lo suficientemente cerca como para que pueda

leer mis labios y ella me lanza un beso antes de articular exactamente las mismas palabras en silencio.

Estas chicas... Esta es la familia que hemos formado. He nacido para esto. Para quererlos. Para protegerlos a todos.

Sé que mi madre nos dejó hace tiempo. Pero sigue estando aquí, en mí. En mi ternura con Ro. En el amor de Archer hacia mí. En los vivos ojos verdes de Elsie. La noto en todas partes, incluso cuando no la busco.

Un año después...

Ro

Hoy tengo un mal día. Con el nuevo trabajo, no suele ocurrirme tanto ni tan a menudo, pero es que hoy ha sido un día agotador. Me he mareado tantísimas veces que, al final, el catedrático con el que estoy trabajando me ha enviado a casa.

Sentada en el coche, en el garaje, y con los ojos llenos de lágrimas, abro el móvil y me meto en la carpeta de «La vida con Elsie», donde guardo todos los vídeos de Matt y mi hija juntos.

—Hola, mami —dice el tono alegre de Matt a través del altavoz. No se le ve en pantalla porque está enfocando a Elsie, que está sentada en la trona—. Hoy vamos a probar algo nuevo.

Elsie golpea la bandeja rosa de plástico con las manos y ríe con los ojos brillantes mientras mira a su padre. Lleva prendada de él desde el día en que nació y, cada vez que Matt entra en una sala y la llama, a Elsie se le ilumina la mirada.

«Si es que le pasa igual que a mí...».

Matt abre un recipiente y levanta el móvil para que pueda verlos a los dos en un encuadre más amplio. Coge una cucharita diminuta y la mete en esa masa pringosa de color beige.

—Vale, primero yo, Els —le dice a nuestra hija despeinándole los rizos dorados mientras se mete la cucharita para niños en la boca. Matt arruga la cara a más no poder y suelta—: ¡Por el amor de Dios, la mierda esta está asquerosa!

Elsie ríe chillando como si entendiese lo que acaba de decir su padre. Él se sonroja y sacude la cabeza antes de esbozar una sonrisa e intentar, con todas sus fuerzas, tragarse la papilla.

—Si es que hasta me siento mal dándote esto de comer... —le dice a Elsie a pesar de acercarle la cuchara a la boca a la niña, como si fuera un avión, acompañando el gesto con unos sonidos alegres y animados.

Elsie se lo come como si nada y sin dejar de sonreír en ningún momento.

Salgo del vídeo sintiéndome un poco más aliviada, como me pasa siempre que veo uno de los vídeos que me manda Matt. Casi todos son de cuando me pasaba demasiado tiempo fuera de casa para ir a la universidad, pero he empezado a devolverle el favor y, cuando Matt entrena o juega fuera de casa, yo también se los envío. Incluso Archer nos manda algunos por el chat de grupo que tenemos.

Al entrar en casa oigo a Mouse antes de que me dé tiempo a verlo siquiera. Mouse es nuestro bóxer, que viene corriendo hacia mí con cierta torpeza pero extremadamente ilusionado y me salta a las piernas, aullando. Justo después oigo un grito alegre:

—¡Mami!

Elsie viene correteando y Archer la sigue, pisándole los talones. La niña es rápida, además de alta, para los dos años que ya casi tiene. La levanto y saludo a Archer rápidamente mientras ella empieza a contarme algo entre balbuceos y palabras reconocibles.

—¿Ha llegado ya Matt?

Archer asiente y sonríe.

—Sí. Estaba vigilando yo a la niña mientras él prepara la cena.

Arqueo las cejas.

—¿Matt preparando la cena? —pregunto.

Al oír eso, Archer se sonroja y se encoge de hombros antes de darme un beso en la mejilla y darle otro a Elsie en el mismo sitio.

—Nos vemos luego.

—¡Adiós, abuelo Ace! —grita Elsie, que se despide de él con la mano.

Archer tampoco tiene que irse demasiado lejos. Cuando construimos la casa, pedimos que nos hicieran una pequeña estructura aparte al otro lado del garaje para él. De este modo, todos podríamos disfrutar de cierta privacidad, pero seguiríamos teniéndolo aquí.

Al final, mi padre aceptó la sugerencia de Matt de construirles una casa de planta baja para que les fuera más fácil seguir viviendo de forma independiente, solo que ahora viven en Dallas para estar más cerca de mí. Y del centro de investigación médica donde trabajo.

No espero hacer ningún hallazgo milagroso que vaya a curar a mi padre. Doy gracias de que siga con nosotros. De que sea feliz. Y de que podamos verlos tanto.

Tenemos las paredes llenas de fotos: de cenas de equipo que llevamos organizando en casa desde hace dos años ahora que Matt se ha ganado la «C» de capitán, que luce con orgullo en su camiseta; de nosotros el día de nuestra boda; de nosotros el día de la boda de Rhys y Sadie... De la red familiar que llevamos construyendo juntos desde hace siete años.

Oigo música en la cocina y me encuentro a Matt bailando al son de «Forever», de Noah Kahan, mientras prepara el pollo para lo que parece que va a ser una noche de tacos.

—¡Matty, ya he llegado! —grito para que me oiga por encima de la música.

Se da la vuelta con una sonrisa impresionante y con las líneas que se le dibujan en la mejilla cada vez que hace ese gesto bien marcadas. Lleva el pelo más corto: un poco más rapado en los laterales y peinado a la perfección en lo alto. Está todavía más cuadrado que antes: su intensa rutina le ha dado un cuerpo bien musculado que mantiene con un rendimiento deportivo impoluto. Tiene unas cuantas arrugas en los ojos porque se pasa el día sonriendo y la tez morena de nadar en la piscina con nuestra hija. Y, cuando nos abraza a las dos, noto la calidez de sus fuertes brazos.

—Princesa —me dice, y luego me besa en los labios antes de darle un beso en el pelo a Elsie—. Y mi sirenita —añade.

Al oír nuestros respectivos apodos, se nos escapa una risita a las dos.

—Elsie —digo dejándola en el suelo, y ella se tambalea un poco con sus piececitos—, ¿puedes ir a por los juguetes de Mouse?

Cuando nuestra hija se marcha poco a poco, sin que la perdamos de vista en ningún momento, me giro hacia Matt con los ojos vidriosos.

Mi marido deja la espátula, me rodea los brazos y me acerca un poco más a él.

—¿Rosalie?

Clavo la vista en sus ojos color esmeralda, ahora llenos de inquietud y protección. Este hombre... lo besé a los dieciocho años,

me enamoré de él porque tiene un corazón enorme y llevo siete años creciendo a su lado. Cada día lo quiero más.

—Ya sé que lo teníamos todo planeado... —Se me rompe la voz—. Pero... vuelvo a estar embarazada.

Teníamos previsto esperar, disfrutar del tiempo con Elsie sin sumarle nada más a nuestras vidas, que ya son una locura, pero nos hacen inmensamente felices.

Matt echa la cabeza hacia atrás y suelta un taco con la vista puesta en el techo antes de abrazarme con firmeza.

—Ro, por Diosss... Pensaba que había pasado algo malo. —Me besa en todas las partes de la cara habidas y por haber, riendo. Cuando vuelve a hablar, lo hace con suma alegría—: ¿Vamos a tener un bebé?

—Vamos a tener otro bebé —río, y las lágrimas que me resbalan por las mejillas le hacen la competencia directa a las suyas—. ¿Estás contento?

—No sabes cuánto. —Desvía la vista hacia nuestra hija, que está parloteándole al perro mientras juega con él—. Jamás pensé que se pudiera llegar a ser tan feliz, de verdad. Pensaba que era imposible. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Quererlo es lo más fácil que he hecho en mi vida.

—Y me encanta la vida que hemos construido juntos.

Nunca estamos solos. Nos tenemos siempre el uno al otro.

Y nuestra casa rebosa amor.

Agradecimientos

Esta historia trata fundamentalmente sobre amor y aflicción. ¿Verdad que es bonito que estas dos cosas encajen de forma tan natural?

Así pues, este libro es, en primer lugar, para la gente que forma parte del club de los que han perdido a su padre/madre, al cual yo también pertenezco. A nadie le apetece formar parte de ese club, pero en él nunca sufriréis solos. Y también es para cada uno de vosotros, lectores, que habéis compartido vuestras propias experiencias sobre el sufrimiento y la pérdida.

A mi madre. Este libro también va dirigido a ti. Te estoy eternamente agradecida por ser tan fuerte. Eres mi heroína. Gracias por compartir tus complicadas experiencias con el narcisismo. En cierto sentido, escribir este libro nos ha unido todavía más. Y es algo por lo que estoy inmensamente agradecida.

A mi padre, como siempre. Estás presente siempre en todo lo que escribo, y creo que siempre lo estarás.

Este libro también es para ti, Isabella. Mi hermana pequeña y mi eterna compañera en esta aflicción. Gracias. No dejemos de apoyarnos nunca. Papá estaría muy orgulloso.

A Austin. Porque te prometo que sería incapaz de hacer nada sin tu paciencia, amor y apoyo constantes. Te quiero. Gracias por ser tan cuidadoso con mi corazón y por rescatarme cada vez que algún pensamiento depresivo amenaza con hacer acto de presencia.

A Bal. Dudo que fuera capaz de adentrarme en el viaje que supone publicar un libro si no te tuviera a ti a mi lado, de veras. Gracias por cogerme de la mano a lo largo de este largo recorrido. Me ayudas a ser mejor escritora. Adoro tus libros y te adoro a ti.

Caitlin. No hay palabras en inglés (ni en cualquiera de los otros idiomas que hables) para expresar cuán importante eres para mí. Estoy eternamente agradecida de que descubrieras mi libro y de que me descubrieras a mí. Eres la mejor compañera, guardiana, amiga, maga, etc. (podría pasarme páginas y páginas ampliando la lista) que podría pedir. Por seguir trabajando juntas, codo con codo, muchísimo tiempo más.

Melanie, la REINA de la edición. Sin tus valiosas aportaciones, este libro no sería más que un montón de ideas dispersas. Gracias por aceptar las reuniones intempestivas, por responder a mis mensajes inesperados y por esos chats tan divertidos en nuestra mesa de BB. Cuánto me alegro de que este libro nos haya permitido acercarnos más. (P. D.: Nuestros dragones se echan de menos).

Dayna y Holly: ¡el *dream team*! Qué feliz me hace poder decir que os tengo en mi vida (jeje). Dayna, tu inteligencia y lo mucho que te esmeras en idear cada plan ha hecho que la publicación de este libro haya sido mágica. Holly, gracias por asegurarte de que sigo estando cuerda y sigo siendo precavida (dos cosas que me cuestan a diario). Qué alegría poder contar con vuestra presencia. Cuando escribo estas líneas, una sonrisa se dibuja en mis labios.

A Jo, que escucha todas las ideas que se me pasan por la cabeza y me anima a seguir las buenas (y me recomienda, con todo el tacto del mundo, que descarte las malas). Gracias por leer mensajes de texto hiperlargos y por escuchar notas de audio eternas. Estoy

superagradecida de que nos conociéramos en esa aplicación. Nuestra amistad lo es absolutamente todo para mí.

A Monica, por tus atentos consejos y recomendaciones. Gracias por ayudarme a exponer correctamente las diferencias de aprendizaje y el TDAH de Freddy, así como los efectos del abuso narcisista. Y gracias también por animarme siempre.

A Grace, mi dulce kiwi. Gracias por darles vida a los personajes con tus dibujos. Estoy contentísima de poder ver tus diseños en la portada de mi libro cada vez que lo miro. Te adoro, de veras.

A vosotros, lectores. De no ser por vuestro apoyo infinito, nada de esto existiría. Me resulta imposible expresar todo lo que habéis hecho por mí, por este libro, por mi vida. Os quiero mucho a todos.

Y, por último, a mí misma. Esto de darme las gracias está empezando a convertirse en una costumbre. Escribir este libro me ha supuesto un reto mayor que escribir *Unsteady*. De hecho, me ha costado más de lo habitual. Puede que se deba a que las batallas que deben librar estos personajes me tocan muy de cerca. Así que, a mi yo de hace meses, que lloraba porque tenía miedo de escribir esta historia: lo hemos conseguido, cielo.

[*] «Bambi en el hielo». Se ha dejado la expresión original por seguir la misma estructura que se usa en los espectáculos de patinaje sobre hielo con temática Disney, donde también se mantiene el inglés. (*N. de la t.*)

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com